PRISCILA SERRANO

En la Última Aurora



EN LA ÚLTIMA AURORA

PRISCILA SERRANO

Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgadas por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obras en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la obra a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha obra. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Título: En la última aurora

© 2025 Priscila Serrano.
Todos los derechos reservados.

Portada: Iria; @Artcane (Instagram).
Maquetación: Fanny Ramírez.
Fecha de edición: Abril 2025.

A quienes han amado y perdido,
A quienes han partido y regresado,
A quienes alguna vez creyeron que no habría un nuevo amanecer.

Índice

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1

Louise

Año 2014

Antes siquiera de abrir los ojos, estiré una sonrisita provocada por el sueño que acababa de tener y tanteé sobre la colcha en busca de una bolita de pelo muy, muy pesada, la cual me extrañaba no sentir lamiéndome la cara. Me incorporé, pestañeando para acostumbrarme a la claridad que entraba por la ventana, y miré debajo de la cama por si estaba jugando con los cordones de mis zapatillas.

Pero no. Lo único peludo que había allí eran pelotas de pelusa del tamaño de mi cabeza que, si no quitaba pronto, tendríamos que empadronar en casa. Y no creo que eso les hiciera mucha gracia a mis padres.

Mis pies descalzos tocaron el suelo. Hice una mueca con los labios al sentir cómo la piel se me erizaba por el frío. Busqué debajo del escritorio, en el cesto de la ropa sucia e incluso dentro del armario.

No. Estaba. Por. Ningún. Lado.

Y eso ya me estaba poniendo de los nervios. Tanto, que casi me tiro de los pelos por la desesperación.

—¿Fufú? —Me aventuré a llamarlo de manera suave, por si seguía dentro del dormitorio, para no asustarle.

Pero entonces reparé en que la puerta estaba lo suficientemente abierta como para que pudiera salir por la rendija. Sin pensarlo, salí del cuarto, bajando los escalones de dos en dos hacia la planta baja… hasta que me topé con mi señor padre, que iba camino al salón.

Llevaba una taza de café a medio camino de la boca y, con solo la mirada que me lanzó, logró que no diera un paso más. Estaba vestido con un jersey marrón que hacía resaltar sus ojos verdes y unos pantalones de vestir negros. No obstante, todavía llevaba puestas sus zapatillas de andar por casa.

—¿A dónde te crees que vas así, señorita? —me señaló de arriba a abajo con el dedo, como si estuviera evaluando cada centímetro.

Vale, puede que estuviésemos en pleno invierno, a siete grados y sin calefacción, y que yo llevara puesto entre poco y nada de ropa. Le sonreí como si no hubiese roto un plato en mi vida —no podía ser bueno empezar el día enfadándose tan temprano—, pero ni con eso conseguí el indulto. Puse los ojos en blanco, subí, me puse una bata peluda color rojo, las zapatillas de conejo que ya tenían un par de temporadas, y bajé antes de que le diera tiempo a pegar otro sorbo a su café.

—Ahora sí está mejor. —Se acercó a mí y me dio un beso en la cabeza—. Buenos días, terremoto. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan nerviosa?

—No encuentro a Fufú por ningún lado. Puede perderse otra vez, papá. —Él se llevó un dedo a la barbilla, como si pensara profundamente —siempre tan teatrero— y luego rodeó mis hombros con su brazo izquierdo, manteniendo la taza lejos de mí para no quemarme.

Me llevó hasta el salón, y no hizo falta que me señalara nada. Ahí estaba: sobre las piernas de mi madre, dormido como todo un angelito del cielo.

—Fufú… —Me senté a su lado y le acaricié la cabecita—. Aquí estabas, señor travieso.

—¿Te creías que se había escapado? —dijo mi madre. Asentí sin dejar de mirarlo.

—Me lo encontré en el pasillo maullando, y me lo traje para darle algo de comer. Desde entonces, no se ha movido de aquí.

Suspiré, dejando que el susto se esfumara poco a poco. Para mí, Fufú era tan importante como cualquier otro miembro de mi familia, y solo de pensar en perderlo me ponía a temblar. Me lo encontré hace años, vagando por el hotel de la familia Spencer, y me lo traje a casa sin pensarlo. Era tan pequeñito, tan indefenso, que no podía dejarlo a su suerte.

Al principio, mis padres ni sabían que lo tenía. No estaba segura de que quisieran quedárselo, y aunque se enfadaron bastante cuando se enteraron, al final acabaron aceptándolo. Puede que

ayudara un poco mi forma de convencerlos… les conté una historia digna de un Oscar, en la que Fufú estaba a punto de morir de frío y hambre.

El timbre de casa sonó y fue mi padre quien fue a abrir. Yo no quería moverme del sofá; Fufú dormía hecho un ovillo sobre mis piernas y no pensaba separarme de él tan fácilmente.

Poco después, escuché la voz de mi mejor amigo, Jerome, acercándose al salón.

—Buenos días, señora Betancourt —saludó con ese tono educado que siempre sacaba cuando había adultos cerca.

Alcé una ceja y solté una risita irónica.

¿Por qué me reía? Porque Jerome era un auténtico trasto cuando no lo vigilaban, pero sus padres se habían encargado de inculcarle modales. Verlo así, tan serio y correcto, me hacía muchísima gracia. Aunque lo cierto era que, detrás de ese comportamiento impecable, seguía siendo un buen chico. Uno de los mejores.

Nos conocíamos desde que éramos niños. Bueno, tampoco es que ahora fuéramos tan mayores. Yo tenía dieciséis y él diecisiete. Nuestras madres habían sido amigas desde siempre, y eso hizo que nuestras familias se volvieran inseparables. Al final, nosotros también.

Me levanté con cuidado de no despertar a Fufú, tomé la mano de Jerome y lo arrastré fuera del salón.

—Vamos, hay que aprovechar que es sábado —le dije con una sonrisa.

—No os vayáis muy lejos, Lou —dijo mi madre antes de que saliéramos de mi casa.

—¿Le haremos caso? —Me preguntó Jerome y negué.

Claro que no, si quería ir a patinar teníamos que irnos un poco lejos de nuestra urbanización, casi metiéndonos en el parque donde, en invierno los lagos se congelaban y podía dejarme llevar por mi pasión; el patinaje.

Entre risas y con el bolso de los patines a cuestas, corrimos lo suficientemente rápido para que a mis padres no les diese tiempo a darse cuenta de que me los había llevado. Aunque, a decir verdad, dudaba mucho que no supieran ya que lo hacía cada vez que podía.

Llegamos al parque unos minutos después y nos sentamos en un banco a descansar. La carrera nos había agotado.

—Lou, tengo un problema —comentó, provocando que lo mirase con una ceja alzada—. Quiero entrar en el equipo de Hockey, pero…

—¿Tú? ¿En el equipo de Hockey? —Me reí—. Buena suerte.

—No te rías. —Me dio un empujón cariñoso—. Esto es serio, Lou.

—¿A qué viene ese interés ahora? ¿Es por alguna chica? —Moví las cejas sugestivamente y sonrió; había dado en el clavo—. Jerome, no sabes patinar y para entrar en el equipo, lo primero que te piden es eso, ¿lo pillas? —Moví las manos delante de su cara para que se diera cuenta.

Me puse los patines y él sacó unos de su mochila, algo que no me esperaba. Entonces lo entendí. Sin necesidad de pedírmelo, sabía que mi mejor amigo lo que quería, era que le enseñara. Empecé a negar eufóricamente, antes de que abriese la boca y juntó sus manos como si estuviera rezándole a la virgen y fruncí los labios, creando una mueca que le hizo reírse a carcajadas.

—Si sigues riéndote de mí, no te enseñaré. —Me miró con los ojos muy bien abiertos y paró de reír—. A ver, Jerome. —Solté un suspiro a la vez que me pasaba los dedos por las sienes—. Llevo patinando desde que tengo uso de razón y me ha costado mucho aprender a moverme con soltura sobre el hielo, como si estuviese flotando, así que no pretendas conseguirlo en un par de horas. —Se quedó en silencio—. ¿Cuándo es la prueba?

Dejó de mirarme, agachó la cabeza y se concentró en ponerse sus patines.

—Jerome, ¿cuándo es la prueba? —Le repetí la pregunta, como si no la hubiese escuchado ya.

—La semana que viene. —Abrí los ojos desorbitadamente—. El miércoles.

—¿Estás demente? No podré enseñarte en tan poco tiempo. No, no… o sea, no. —Volvió a juntar las manos—. No tienes que rezarme a mí, es mejor que vayas directamente a la iglesia y pidas un milagro, amigo.

Sus risas resonaron en todo el parque, contagiándome y al final lo consiguió, me convenció de que le enseñara, a pesar de que nada

más poner los pies sobre el hielo, se cayera de culo. Dejé de contar las veces que se cayó, a la décima vez.

—Esto va a ser un desastre —dije más para mí que para él, pero me escuchó.

—Lo siento, creo que esto no es lo mío —se rindió y yo odiaba que la gente hiciera eso.

Rendirse no era una opción, no para mí, al menos. Si querías algo, tenías que luchar con todas tus fuerzas, aprovechar al máximo las ganas que tenías de hacerlo para ponerlo a tu favor, solo así conseguiría todo lo que se propusiera. La motivación, era la recarga que necesitábamos las personas que amábamos este deporte, aunque él quisiera usarlo para el Hockey. Lo bueno de todo, es que ambas cosas, estaban relacionadas y poder patinar con mi mejor amigo, era algo que siempre quise hacer. Eso de que se quedase sentado cada vez que venía a acompañarme, iba a cambiar.

—Vamos de nuevo, Jerome —le exigí y negó—. El "no" conmigo, no funciona, así que mueve el culo hasta aquí. ¡Ya! —Grité e hizo lo que le pedí.

—Vale, tranquila, Lou. —Puso un dedo en mi nariz y le sonreí tan abiertamente, que mis ojos verdes lo hicieron a su vez.

—Venga, intenta moverte como lo hago yo, ¿de acuerdo? —Se encogió de hombros.

Eché mi cuerpo hacia delante, pero solo un poco si no quería caerme de boca. Empecé a deslizarme por el hielo con movimientos suaves, como si estuviese dando un paseo. En un principio, Jerome, lo hizo, pero él sí que se cayó hacia delante por no estirar su espalda como debía.

—La próxima vez, tráete un casco y rodilleras, por favor.

—No quiero que la gente me vea con esas pintas —se quejó.

—¿Prefieres que te vean con la cara destrozada por caerte mil veces? —Puso los ojos en blanco—. Además, aquí apenas viene nadie, así que no hay posibilidad de que te vean.

Seguimos patinando, casi una hora y, aunque aún le costaba mantenerse en pie, parecía que ya estaba cogiéndole el truco. Ciertamente, me sorprendió la facilidad con la que aprendía y estaba segura de que acabaría siendo muy bueno.

Cuando ya no sentía el trasero de tantas veces que lo estrelló contra el hielo, decidimos volver a nuestras casas. Ya era tarde y debíamos llegar para almorzar si no queríamos que nuestros padres nos castigaran de por vida. Bueno, estaba exagerando, el castigo no sería tan largo.

Guardamos los patines y nos fuimos dando un paseo. No teníamos tanta prisa como antes y aún faltaba una hora para el medio día.

—No se te ha dado tan mal —mencioné mientras caminábamos.

—¿En serio? Díselo a mis agujetas mañana. —Me reí.

—Toma agua con azúcar, te ayudará con esas agujetas —le comenté y puso cara de asco—. ¿Qué? Solo es agua con un poco de azúcar. Piensa que estás tomando una coca cola blanca y asunto arreglado.

—¿No te da asco? —Negué.

—Estoy acostumbrada.

Después de caminar un buen rato, llegamos por fin. No es que estuviera a la vuelta de la esquina, pero el trayecto siempre se nos pasaba volando cuando íbamos juntos. Nos sentamos en las escaleras de mi porche para descansar un poco y seguir hablando de tonterías, como hacíamos siempre.

—¿Qué harás esta tarde? —Preguntó y me encogí de hombros—. Yo he quedado con Parker para ir al cine. ¿Te vienes? Podemos decírselo también a Jess, aunque no me caiga tan bien. —Le di un empujón cariñoso.

—Oye, Jess es muy buena, ¿por qué no te cae bien? —Quise saber.

—Porque es una acaparadora y muy cargante. Siempre quiere estar contigo y no nos deja tiempo para nosotros —expresó, volviendo a hacerme reír.

—¿Estás celoso de Jess?

No me respondió, se cruzó de brazos y se carcajeó al ver mi cara de desconcierto. Al final asintió y acabamos los dos riéndonos tan fuerte, que mis padres salieron para ver lo que nos estaba pasando. Cuando comprobaron que estábamos bien, que solo era un momento de locura transitoria por culpa de las ocurrencias de mi

mejor amigo, volvieron al interior de la casa, dejándonos solos de nuevo.

—Para mí, eres el número uno. —Le abracé—. Eres mi mejor amigo, mi hermano y eso nadie lo va a cambiar nunca, ¿vale? Aunque seas un pesado y celoso.

—Vale, haré como que te creo, pero como Jess vuelva a intentar separarte de mí, la fulminaré con mi mirada. —Achinó los ojos.

—¿Tienes rayos láser en los ojos? —Reprimió la risa, abriéndolos de golpe—. Bueno, ¿qué película vamos a ver? —Sonrió complacido.

—Divergente. No sé de qué va, pero tiene buena pinta.

Asentí eufóricamente, pues ya había visto el tráiler y tenía muchas ganas de verla. Le pedí que me esperara un momento para pedirle permiso a mis padres y así poder ir.

Entré y el primero que vino verme, fue Fufú. Me agaché a su altura y lo saludé, acariciando su cabecita. Me levanté y fui hasta el salón, donde mis padres charlaban animadamente, sentados en el sofá, con la chimenea encendida y haciéndose arrumacos. Caminé hasta ellos y me puse delante, tapándole el calorcito que daba la chimenea y que dio a parar a mi trasero, algo que agradecí porque el frío ya me estaba calando los huesos.

—Quieres ir al cine, ¿verdad? —Preguntó mi padre antes de que abriese la boca.

—¿Me has espiado? —Negó con una sonrisa.

—Os he escuchado por casualidad —respondió, aunque no sonaba muy convincente.

—Bueno, da igual. ¿Me dais permiso para ir al cine con Jerome, Jess y su hermano? Por fi. —Junté las manos, imitando a mi mejor amigo y así conseguir que me dejaran.

—¿A qué hora? Ya sabes que no nos gusta que estés en la calle tan tarde, cielo —intervino mi madre.

Salí rápidamente para preguntarle a Jerome la hora y regresé.

—A las seis —respondí—. Es una hora muy buena, ¿no? Además, después puedes venir a recogerme, papá.

Los miré fijamente, como si con eso fuera a convencerles y, sorprendentemente, lo conseguí. Asintieron y comencé a dar saltitos

como una niña que acababa de abrir el primer regalo que papá Noel me había traído por navidad.

—Pero…

—Ya decía yo —comenté apiñando los labios después.

—Tienes que estar descansada para el entrenamiento de mañana, cielo. Ya sabes que Lauren es muy exigente y no queremos que después nos eche la bronca por no cumplir con los horarios, ¿de acuerdo? —Asentí dándole la razón.

Lauren era mi entrenadora y, como decía mi madre, era muy exigente. Me estaba preparando para una competición importante, una que me permitiría ascender al siguiente nivel de patinaje. A mis dieciséis años, cada campeonato era un paso clave: no solo tenía que clasificarme bien, sino destacar frente a otras chicas de mi edad. En este deporte, cualquier oportunidad podía abrir o cerrar puertas para siempre, y Lauren lo dejaba muy claro.

Mi objetivo principal era competir en los campeonatos juveniles. Si lograba un puntaje alto aquí, podría clasificarme para el siguiente nivel en las competiciones nacionales, lo cual sería un avance muy grande. En el patinaje, las puntuaciones no solo valoraban el rendimiento técnico, como los giros y las combinaciones de saltos dobles que estaba aprendiendo a dominar, sino también cómo me desenvolvía en la pista y si lograba transmitir la emoción del programa.

Lauren siempre me decía que, aunque ahora los movimientos complicados eran importantes, mi energía y estilo eran igual de valiosos. Todo se reducía a eso: cumplir con cada giro, cada paso y cada expresión para que los jueces notaran que mi lugar estaba en la cima y en el siguiente nivel.

CAPÍTULO 2

Jerome

Solo se me ocurría a mí, pedirle a Louise que me enseñara a patinar para entrar en el equipo de Hockey, con lo torpe que era. Estaba seguro de que no iba a entrar, que en cuanto el entrenador me viese, me echaría a patadas de la pista y los demás se estarían riendo de mí por meses. Si no fuera porque Parker, mi mejor amigo, me estuvo convenciendo durante horas, recordándome lo mucho que le encantaba a Kelly este deporte, seguramente me habría negado. Pero es que, esa chica, me gustaba mucho y no podía dejar escapar la oportunidad de salir con ella, aunque mis oportunidades fueran escasas.

—¿En qué piensas? Llevo un rato hablando sola. —Sentí la mano de Lou en mi hombro.

Había entrado a pedirle permiso a sus padres para que la dejaran venir al cine con nosotros. Y, a pesar de que no me gustaba que fueran tan estrictos, entendía que mi mejor amiga tenía entrenamientos para la próxima competición de patinaje que tenía en Carcross. Me encantaría ir con ella y así apoyarla, pese a que no estaba seguro de que nuestros padres me dejasen ir.

—Nada, estaba esperándote. ¿Qué te han dicho? —Pregunté, esquivando así tener que darle la respuesta verdadera.

—Que sí, pero no puedo llegar muy tarde. Ya sabes, los entrenamientos están siendo muy duros y tengo que ir preparada a la competición del mes que viene. —Suspiró.

—¿Te pasa algo? —Negó a la vez que me miraba fijamente.

—Bueno, a ti no puedo mentirte. —Sonreí a la vez que negaba—. Lauren es demasiado dura y tengo tanta presión, que no sé si cuando llegue el momento, estaré a la altura. Ya sabes… no quiero decepcionar a mis padres, están trabajando muy duro para poder pagarle a la entrenadora. —Agachó la cabeza.

Era cierto, esa mujer cobraba una fortuna por hacer que su hija fuera la mejor, al igual de lo que ella lo fue antes de convertirse en

entrenadora.

Estuve un rato más con ella, hasta que mi padre me llamó desde la puerta para avisarme de que el almuerzo ya estaba listo. Me despedí de Lou con un apretón de manos, como si fuéramos dos colegas y nos reímos. Le recordé que vendría a buscarla en un par de horas y me fui directo a mi casa.

Llegué enseguida, ya que éramos vecinos, algo que ayudaba bastante y por lo que nos hicimos amigos desde que tenía uso de razón. Nuestras madres, estudiaron juntas en la escuela, en el instituto y hasta en la universidad. Estaban tan unidas o más que nosotros.

—¿Qué tal el patinaje? —Escuché la voz de mi madre en mi espalda.

Giré sobre mis talones y la miré con el ceño fruncido.

—¿Qué? He visto que te has llevado los patines que te regalamos el año pasado y que no habías estrenado aún —me recordó y sonreí de lado, aunque sin decirle el motivo por el que los había cogido—. ¿No me vas a decir nada? —Me encogí de hombros—. Oh, es un secreto. —Caminó en mi dirección—. Tendré que preguntarle a Lou.

—Vale, vale. —Alcé una mano para frenarla—. Le he pedido que me enseñe a patinar. —Alzó una ceja—. Quiero entrar en el equipo de Hockey y las pruebas son la semana que viene.

Estaba tan sorprendida como yo y no la culpaba, ambos sabíamos lo mal que se me daba caminar, como para ponerme a patinar sobre hielo. Pasé por su lado sobándome el trasero y escuché una carcajada que alertó a mi padre, por lo que vino a saber el motivo por el que mi madre se estaba riendo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cuál es el chiste? Quiero reírme también —comentó él con su sonrisa tan parecida a la mía.

—Nada, tu hijo necesita un masaje en el trasero. —La miré de reojo y me reí por su ocurrencia.

Si bien era cierto que me parecía físicamente a mi padre, mi carácter irónico y carismático, sin duda, era de mi madre.

—Anda, ven que te voy a dar un analgésico para ese dolorcito. —Me revolvió el cabello como si fuese un niño pequeño—. Mi grandullón.

Almorzamos en familia, como tanto nos gustaba. Sin embargo, no podíamos hacerlo todos los días. Mis padres llevaban el hotel *Paraíso Boreal* que les dejaron mis abuelos a mi madre cuando fallecieron. Este estaba al lado del lago Chadburn y cuando llegaba el invierno, se llenaba de muchos turistas que venían buscando la magia que se formaba de noche; las auroras boreales que dibujaban el cielo cuando este no estaba cubierto de nubes espesas; era mágico y a mí y Lou, nos encantaba escaparnos para verlas juntos, a pesar del frío que hacía. No importaba, para nosotros, era como una tradición que ninguno de los dos olvidaba.

Sobre las cinco, le comenté a mis padres que me iría al cine con Lou, Parker y su hermana Jess.

—Vale, ya sabes que tienes que cuidar de Lou como…

—Ya, mamá, como si fuera mi hermana. Lo sé, me lo repites cada vez que salgo con ella… lo tengo claro —la interrumpí.

—Así me gusta. —Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla —. No llegues tarde, ¿de acuerdo? —Asentí con una sonrisa.

Me despedí de mi padre, alzándole la mano desde la puerta y salí de mi casa. Fui directo hasta la de Lou y me abrió la puerta nada más subir los escalones del porche. La miré con una ceja alzada y me sonrió.

—Te estaba esperando —aclaró e hice un movimiento con mi cabeza de modo afirmativa—. ¿Has quedado con Parker en el cine? ¿O tenemos que ir a su casa a por ellos? —Quiso saber—. ¡Me voy! —Gritó para que sus padres la oyeran.

—Vamos a su casa —respondí cuando me dejó hablar.

Nos dirigimos hasta la calle de atrás, donde vivían los hermanos Simons. Parker y Jess eran mellizos y, aunque eran muy diferentes físicamente, tenían el mismo carácter curioso y molesto, pero eran buena gente. Vale, Parker me caía mejor que Jess, eso no era un secreto para nadie, ni siquiera para ella.

Llegamos y mi mejor amigo ya nos esperaba en la puerta junto a su hermana. Louise fue directa a su amiga y la abrazó; ellas se llevaban de maravilla, incluso creía que más que conmigo. «Deja los celos», pensé a la vez que saludaba a Parker. No era un celoso, es que Lou y yo estábamos unidos desde pequeños, como si fuéramos

hermanos y había veces que algunas personas nos preguntaban si lo éramos en realidad.

—¿Has conseguido que Lou te enseñe a patinar? —Preguntó Parker bajito para que solo pudiera oírlo yo.

—Sí, aunque es bastante duro y no sé si lograré estar preparado para la prueba de la semana que viene —respondí con seriedad.

—Vamos, no es tan difícil y al final lo conseguirás —parecía sincero—. Piensa en Kelly, como te mirará cuando estés en la pista jugando. —Sonreí, aunque ni yo mismo me lo creía.

Llegamos al cine y nosotros nos encargamos de comprar las entradas e invitar a las chicas. Yo me consideraba un caballero, aunque solo tuviera diecisiete años y no iba a dejar que Lou se pagase ella su entrada, a pesar de que sabía que sus padres les habría dado dinero.

Me acerqué a mi amiga y le di la suya. La miró con el ceño fruncido y cuando le dije que la había invitado, saltó para darme un abrazo. Yo era mucho más alto que ella y eso le dificultaba bastante llegar hasta mis hombros.

—Venga, dejaos de ñoñadas y vamos a comprar las palomitas —propuso Jess, interrumpiendo nuestro momento más loco de amistad.

Y justamente por eso no me caía bien, ¿por qué tenía que meterse? Era como un virus que no dejaba que Lou y yo nos juntáramos y no lo entendía. ¿Qué le pasaba conmigo? ¿O era con ella? Daba igual, no debería de importarme.

—No le hagas caso, Jerome —me pidió Louise y la miré para después, poner los ojos en blanco, provocándole una risotada.

Entramos en el cine y compramos los refrescos y las palomitas. La película estaba a punto de empezar, así que nos fuimos hasta los sillones y, como no, Jess se sentó al lado de mi mejor amiga, prohibiéndome que yo lo hiciera, ya que Lou estaba en el primer asiento, el que daba a las escaleras. Le regalé una mirada de "quítate de ahí y siéntate al lado de tu hermano" y me ignoró por completo, desviando la mirada a las palomitas.

—Ven, tío, déjalas a ellas tranquilas —me pidió Parker y terminé haciéndole caso.

¿Qué más podía hacer? Era eso, o sentarme solo al otro extremo. No quedaban asientos libres, la película era un estreno y me arrepentí de no haber comprado las entradas antes, de haberlo hecho, habría conseguido sentarme con ella.

—¿Estás cabreado? —La voz de Parker me sacó de mis pensamiento.

—No, ¿por qué?

—No paras de mirar a mi hermana y a Lou con este gesto. —Me imitó y me reí; era un caso serio.

—No es nada, es que me habría gustado que nos sentáramos todos juntos, pero tu hermana se ha adelantado… como siempre —eso último, lo dije bajito, para que no pudiera escucharlo.

—Cualquiera diría que estás celoso de mi hermana. ¿Es qué te gusta Lou? —Escupí el sorbo de refresco que recién me había bebido y empecé a toser.

Estuve unos segundos tosiento, hasta que conseguí controlarlo y empecé a reírme por la tontería que acababa de decir Parker. ¿Gustarme Louise? Claro que no. Solo era mi mejor amiga, me había criado con ella y, para mí, era como una hermana, la hermana que nunca tuve.

—¿Por qué me tiene que gustar? El hecho de querer pasar tiempo con ella no significa nada, capullo —me quejé y él se encogió de hombros—. Además, ya sabes que me gusta Kelly.

Mi respuesta pareció convencerle y eso me ayudó a olvidar el tema.

Unos minutos después, la película comenzó y, aunque vine a verla porque pensé que no tenía romance, sí que lo había y eso me sacó un poco de la historia, por lo que, cuando terminó, no me enteré muy bien de que iba. Estaba liado y no me gustó.

Salimos del cine y las chicas iban hablado sobre "Cuatro", el protagonista de la historia. Comentaban que estaba como un queso; palabras de Jess, no de Lou.

—¿Cómo un queso? No, amiga… porque si fuera un queso, me lo comería. —Se carcajearon y yo las miré con el ceño fruncido.

¿Esas palabras salieron de la boca Lou, la misma que se ponía roja cuando un chico la miraba más de cinco segundos? «Ver para

creer», pensé a la vez que nos sentábamos en una hamburguesería para comer algo antes de regresar.

—¿A vosotros os ha gustado? —Quiso saber Jess.

Parker se encogió de hombros y yo negué, provocando una mala mirada de la rubia y cargante: Jess. Lou alzó una ceja y me preguntó el motivo por el que no me había gustado esa increíble distopia que, a ella, como si no fuese evidente, le fascinó. Cuando le comenté que no me había enterado muy bien, se carcajeó, dejándome en ridículo.

—Vamos a ver, Jerome. En el mundo de Divergente, la gente vive dividida en facciones, ¿vale? Cada grupo representa una virtud: los súper honestos, los valientes, los inteligentes… Bueno, tú ya sabes. Pero la protagonista, Beatrice, resulta ser divergente, lo que significa que no encaja en ningún grupo. Como dicen en la peli, 'la razón por la que no encajas en ninguna facción es porque perteneces a todas'. Eso la pone en peligro, porque el sistema no soporta a los que no se dejan clasificar. Al final, la cosa se complica, porque hay una conspiración en marcha, y claro, ella acaba en medio del lío. ¿Ahora te queda claro? —Me contó el argumento y asentí, a pesar de que seguía sin entenderlo muy bien.

Sin embargo, le sonreí agradecido por tener la consideración de explicármelo. Tras eso, volvíamos a centrarnos en la carta de la hamburguesería; ya teníamos bastante hambre, pese a que nos habíamos hinchado a palomitas.

CAPÍTULO 3

Louise

¿Cómo no le iba a gustar la película a Jerome? Había sido una pasada y ya estaba deseando ver la segunda parte. Claro que, también me leería los libros, no iba a dejar escapar saber más de Cuatro y Beatrice.

El camarero vino a tomarnos nota de lo que comeríamos y yo, como siempre, no encontraba nada que pudiera comer. No era como las demás adolescentes, que se hinchaban de hamburguesas, pizzas y todo lo que contuviera grasas. No, claro que no. Yo solo podía comer proteínas magras como pollo, pavo, pescado y productos lácteos bajos en grasa. Si mi entrenadora se enteraba que había probado las palomitas, estaría castigándome hasta que se me olvidara el sabor. Así que opté por una ensalada. ¿Qué más podía hacer?

—¿Eso es lo que vas a comer? —Preguntó Jess, confundida.

—Claro, Jess. Te recuerdo que Louise se está preparando para una competición muy importante y no puede comer grasas —respondió Jerome por mí, de ese modo tan despectivo que lo caracterizaba cuando mi amiga estaba delante.

A veces creía que se ponía así con ella porque le gustaba, que todo su "odio" era porque estaba loquito por Jess, pero ya no lo tenía tan claro.

—Perdón, no sabía que fueran tan estrictos —respondió, agachando la cabeza, algo avergonzada.

—No pasa nada, Jess. —Cogí su mano—. Es mi entrenadora, se preocupa demasiado. ¿Sabes lo que diría si se enterase de que he comido palomitas? "Las palomitas son el demonio encubierto en maíz inflado" —dije imitando su tono dramático, provocando las risas de los demás—. Y si viera este sitio, estoy segura de que me haría correr diez kilómetros extra solo para compensarlo.

—¿Y qué tiene de malo una hamburguesa de vez en cuando? —preguntó Parker, sosteniendo la suya como si fuera un trofeo, una

vez que la trajeron—. Seguro que el hielo lo quema todo.

—¡Claro! Porque no es como si cada paso en la pista fuera calculado y medido… —le respondí, poniendo los ojos en blanco—. En serio, chicos, si Lauren me ve cerca de una hamburguesa, sería capaz de confiscarme los patines. Así que, mejor me quedo con mi ensalada, y todos contentos.

No volvieron a decirme nada y lo agradecí. Si ellos supieran que me encantaría comer de todo lo que me gustaba, como el chocolate. Dios, lo que daría por comerme, aunque solo fuera una pequeñísima onza. Pero tenía que ser consciente con lo que quería, mi sueño de ser patinadora profesional estaba por encima de lo que me gustaría hacer.

Quizá el hielo sea el único lugar donde puedo mostrar quién soy en realidad… pero a veces, solo desearía que alguien me viera más allá de las piruetas y las victorias. Así como me veía Jerome. Él era el único que era capaz de ver más allá de unos patines, más allá de un sueño que quería alcanzar a toda costa. Por eso era tan importante para mí poder compartir con él cualquier momento, por pequeñito que fuera.

—Y bueno, Jerome —habló Jess, tras tragar el último pedazo de su hamburguesa grasienta, la misma que había estado mirando de reojo desde que se la pusieron sobre la mesa—. He oído que quieres entrar en el equipo de los Yucón. ¿Es así? ¿O mi informante me ha mentido? ¿Sabes que puedo enchufarte? Mi padre es muy amigo del entrenador y puedo…

—Cállate, Jess —la interrumpió su hermano—. No te cuento las cosas para que vayas divulgándolo por ahí.

—No necesito que nadie me enchufe, ¿sabes por qué? —Se encogió de hombros—. Te lo diré de todas formas. Lo que consiga, que sea por mí mismo en vez de ir detrás de papá para que te dé todos los caprichos de niña pija. ¿Estamos? Y tú, gracias por contarle a tu hermana las cosas que hablamos entre nosotros. ¡Eres increíble! —Exclamó mi mejor amigo, levantándose para salir de la hamburguesería.

—¿Ves por qué no puedo contarte nada? Siempre acabas metiendo la pata, Jess —le reprochó Parker y no escuché nada más

porque fui detrás de Jerome.

Salí del local y lo encontré en la esquina, pegándole una patada a la papelera. Puse una mano en su hombro, asustándole; no me esperaba. ¿O sí? Seguro que sabía que vendría detrás de él, siempre lo hacía y siempre lo iba a hacer.

—¿Quieres que nos vayamos a casa? Aunque puedo llamar a mi padre para que venga a recogernos —me quedé en silencio, dándome cuenta de que estaba haciendo lo mismo que Jess: buscando a papá—. Mejor no, vayámonos dando un paseo. —Me sonrió.

—No pienso lo mismo de ti, Lou —me aclaró—. Pero tengo clarísimo, que cada vez soporto menos a Jess. —Metí mi brazo por debajo del suyo.

—Anda, vamos. —Tiré de él y se extrañó.

—¿Por qué tanta prisa? —Me carcajeé.

—No hemos pagado. ¡Corre!

—¿En serio, Lou?

Escuchamos las voces de nuestros amigos desde la puerta, quejándose por haberlos dejado tirados cuando todavía no habíamos abonado la comida que pedimos, pero los ignoramos por completo.

Unos larguísimos minutos después, llegamos a nuestra calle, sin dejar de reírnos por lo que acabábamos de hacer. Estaba segura de que Jess me llamaría en cuanto pudiera y se enfadaría conmigo por haberle hecho esa trastada. "Eso por fastidiar a mi mejor amigo". A ver, no me gustaba que lo tratasen mal y, aunque entre ellos la relación era así, fría y distante, no permitía que alguien se aprovechara de Jerome, por muy amiga mía que sea ella.

Nos sentamos en las escaleras de mi porche, agotados y avisé desde afuera a mis padres de que ya había llegado.

—Estás loca —mencionó Jerome—. Parker dejará de hablarme por tu culpa. —Me reí.

—Que se joda, por ser tan bocazas —expresé, riéndome también.

—Bueno, igualmente le pagaré lo que hemos pedido. —Me encogí de hombros—. ¿A qué hora tienes mañana el entrenamiento? —Preguntó y suspiré—. ¿Qué te pasa? ¿No quieres ir?

—No es eso, es que a veces siento que me estoy perdiendo muchas cosas solo por alcanzar mi sueño… ya sabes, ser una adolescente normal que pueda salir sin tener que ver la hora, lo que coma… No sé. ¿Me estaré equivocando? —Negó eufórico.

—¿Equivocando? Tú no te ves cuando patinas, pero yo sí que lo hago —dijo, mirándome fijamente—. Es como si te transportaras a otro lugar, como si estuvieras en un mundo solo tuyo… y, honestamente, creo que no podrías equivocarte ni, aunque lo intentaras.

Le di un abrazo cuando escuché sus palabras y él se tensó, ya que no se lo esperaba.

—Gracias, necesitaba escucharlo de alguien que no fueran mis padres o Lauren. —Puse los ojos en blanco cuando dije el nombre de mi entrenadora y soltó una carcajada—. Bueno, ya tengo que entrar. Me lo he pasado muy bien hoy… bueno, como siempre, amigo. —Choqué la palma de mi mano con la suya.

—Al final no me has dicho a qué hora tienes que irte —me recordó a la vez que nos levantábamos.

Antes de entrar en mi casa, le dije que a las siete de la mañana tenía que estar arreglada y abrió los ojos con asombro, volviendo a hacerme reír. Me encogí de hombros y alcé la mano para despedirme y entrar al fin.

Mis padres estaban cenando cuando arrastré los pies hasta la cocina y los saludé dándole un beso a cada uno. Me senté al lado de mi madre y me preguntó si había cenado. Su pregunta me hizo reír al recordar lo que habíamos hecho Jerome y yo y quiso saber que otra trastada habíamos hecho mi mejor amigo y yo. Cuando se los conté, en un principio se carcajearon, pero luego me regañaron por no pagar lo mío.

—No pasa nada, mamá. Mañana iré y le daré mi parte a Jess, ¿de acuerdo? Es que no me ha gustado como se ha comportado con Jerome y no lo pensé, solo lo hice. —Me levanté—. Bueno, me voy a descansar.

—Buenas noches, cielo —dijo mi madre.

—Que descanses, renacuaja. —Mi padre se levantó para darme un beso en la cabeza.

Salí de la cocina, cogí a Fufú y me lo llevé conmigo a mi habitación, ya que siempre se acostaba a mi lado para coger calorcito.

Lo primero que hice fue darme una ducha caliente, me puse el pijama y me eché en la cama boca arriba, con el cojín debajo de mi cabeza para tenerla más alzada. Aún no iba a dormir, me quedaría un rato viendo videos de patinaje, como hacía todas las noches antes de que me entrase el sueño.

Recibí un mensaje de Jerome, justo cuando tenía el primer video abierto y entré en la aplicación para ver que me había escrito.

"Me lo he pasado muy bien hoy😊"

Sonreí, ya que podría habérmelo dicho antes de despedirnos. Pero Jerome era muy tímido y, a veces, solo a veces, le costaba abrirse conmigo.

"Lo sé, aunque podrías habérmelo dicho antes, ¿no? 😳"

"Tienes razón, pero ya sabes como soy"

Estuve un rato más hablando con él, justo el tiempo que utilizaba para ver los videos y le di las buenas noches cuando mis ojos comenzaron a cerrarse por el cansancio. No tardé en poner el móvil en silencio, tras activar la alarma a las seis de la mañana y lo dejé encima de la mesilla de noche.

Sentí a Fufú colocarse a mi lado y lo abracé para proporcionarle más calor. Con el sonido de su ronroneo, me quedé plácidamente dormida.

Por la mañana, el sonido del despertador me sacó del sueño que estaba teniendo. Bueno, más que un sueño, parecía el recuerdo de un momento vivido con Jerome, a pesar de que todos y cada uno de mis recuerdos, eran con él. Estábamos en el hotel, una de las noches en las que su familia preparaba una cena especial para pasarlo juntos con mis padres y nos escapamos cuando estaban en el sobre mesa, para ver las auroras boreales. Aquella noche era tan perfecta, que jamás me olvidaría de ello.

Las auroras boreales parecían algo sacado de un sueño. Era como si alguien estuviera pintando con luz en el cielo, y los colores se movían despacio, como si estuvieran vivos. Había verdes

intensos, como un bosque brillante, y destellos de rosa y púrpura que se mezclaban en el aire. Parecían cortinas de luz que el viento movía de un lado a otro, sin hacer ruido, solo flotando en la oscuridad. Viéndolas, era como si todo lo demás en el mundo dejara de importar por un momento, porque ahí, justo delante, estaba algo que ningún libro podría explicar del todo.

Me vestí con ropa cómoda y guardé en la maleta unos leggins térmicos, un jersey grueso, y mis guantes de lana. Sabía que el hielo iba a estar helado —obvio—, pero prefería no terminar congelada. Eché también mi gorro favorito y esa bufanda enorme que podía casi cubrirme entera. Lista para enfrentar el frío y lanzarme a patinar sin parecer un muñeco de nieve.

—Toc, toc —la voz de mi madre es escuchó en cuanto abrió la puerta de mi habitación.

—Buenos días, mamá —la saludé con una sonrisa.

—¿Estás lista? Lauren ya me ha llamado. —Rodé los ojos—. Ya sabes lo intensa que es. —Nos reímos.

—Lista —dije en cuanto agarré mi cabello castaño en una trenza.

—Anda, deja que te lo arregle —mencionó mi madre al ver lo mal que me lo había dejado.

Volvió a peinarme, impidiendo que se me quedasen mechones sueltos, aunque sin apretar demasiado para estar cómoda. Me miré al espejo y sonreí; había quedado mejor de lo que me esperaba. Tenía el cabello largo hasta la cintura y a veces me costaba mucho peinármelo y que se quedase lo más decente posible. Suerte que tenía a mi madre para conseguir el toque final.

—Lista —recalcó y me dio un beso en la mejilla—. Anda, vamos para que puedas desayunar algo.

Bajamos a la cocina y comí fruta, algo ligero para no sentir mi estómago lleno y acabar vomitando con las piruetas. Cuando terminé, salí con mi madre, que me llevaría. El aire fresco de la mañana me despertó, y aunque el cielo estaba nublado, eso no iba a arruinar mi ánimo. Mi mente estaba llena de pensamientos sobre el entrenamiento. Tenía que concentrarme en mis movimientos, en cada giro y salto. Era como un baile sobre el hielo, y cada vez que patinaba, sentía que podía volar. "¡Vamos, Louise! ¡Hoy lo darás

todo!” me dije a mí misma, mientras subía al coche, lista para enfrentar la pista y desafiar mis propios límites.

CAPÍTULO 4

Jerome

Al despedirme de Lou por mensaje, puse el despertador; quería acompañarla al entrenamiento, aunque fuera por primera vez en mi vida. Vale, ya la había visto patinar, pero nunca del modo en el que lo hacía cuando se preparaba para una competición tan importante como la que tenía el mes que viene.

Me desperté a las seis y media, no había escuchado el despertador y solo me dio tiempo de asearme. Por suerte, me duché anoche, así que estaba limpito. Me vestí rápidamente y bajé las escaleras de dos en dos en cuanto salí de mi habitación. Antes de salir de mi casa, la voz de mi padre me sorprendió.

—¿Jerome? —Giré sobre mis talones—. ¿Dónde vas a esta hora? —Tenía el ceño fruncido y no lo culpaba, ya que jamás en mi vida había madrugado un domingo para nada.

—Buenos días, papá —respondí, aunque no lo que él quería escuchar.

—¿Dónde vas? —Me repitió la pregunta, como si no lo hubiese escuchado.

—Quiero acompañar a Louise al entrenamiento —dije, acercándome a él.

—¿Al entrenamiento? ¿Por qué? A ver, sé que irías con Lou hasta el fin del mundo. Lo que me extraña, es…

—Ya sé, que haya madrugado tanto —terminé la frase por él y asintió con una sonrisa.

No sabía que explicación darle al respecto, solo que tenía ganas de ir con mi mejor amiga a algo que era tan importante para ella, que sintiera mi apoyo de cerca, a pesar de que solo fuera un entrenamiento. Le gustaba que fuera tan buen amigo y yo sabía que no me negaría la salida, así que me despedí de él y salí de mi casa al fin. Justo cuando bajé los escalones del porche, vi a Lou subirse al coche de su madre.

—¡Espera, Lou! —Grité, acelerando el paso para alcanzarla antes de que arrancara.

—¿Jerome? ¿Qué haces aquí? —Preguntó confundida en cuanto llegué a la puerta del coche.

—¿Puedo ir contigo? —Abrió los ojos llenos de sorpresa.

Se quedó unos segundos en silencio, supuse, esperando a que su madre le diera permiso. Kayla, la madre de Lou, asintió y ella sonrió con alegría. Me subí al asiento trasero y arrancó para irnos de una vez al pabellón norte, donde estaban las pistas de hielo. Ciertamente, había ido varias veces a ver jugar a los Yucón y, con suerte, yo estaría en el siguiente partido, aunque solo fuera desde el banquillo.

Por el camino, Louise puso su música favorita, con la que sabía que le gustaba patinar. **Sia - Cheap Thrills** era la que más escuchaba. Bueno, en realidad, todas las canciones de esa cantante la motivaban demasiado y no podía negar que a mí acabó atrapándome.

Llegamos en unos quince minutos y Lauren, su entrenadora, ya estaba en la entrada del pabellón, con ese gesto tan amigable que la caracterizaba, lo que me hizo reír bajito, aunque no lo suficiente y Lou se unió a mis risas. Kayla nos regañó entre dientes, a pesar de que ella pensaba lo mismo que nosotros.

—Ya era hora, Louise. Llevo esperando más de media hora — se quejó Lauren, con el ceño fruncido, dejando claro que la paciencia no era su fuerte.

—Siento el retraso, Lauren. Hemos tenido un problema con el cepillo. —Frunció el ceño—. No había manera de conseguir peinarla en condiciones. —Su madre sonrió al terminar de explicarle el motivo por el que se habían retrasado.

—¿Quién es él? —Preguntó, sin saludar si quiera.

—Es mi mejor amigo —respondió Lou con seriedad, esperando que fuera suficiente para zanjar el tema.

Lauren cruzó los brazos, observándome como si midiera hasta el último detalle de mi presencia.

—¿Piensa quedarse? Porque ya sabes lo que opino sobre las distracciones —continuó, sin perder el tono severo—. Si quieres

llegar a lo más alto, Louise, no puedes permitirte desviar la atención. Nadie llega a la cima así.

Mi mejor amiga asintió, sintiendo la tensión en sus hombros, pero se mordió la lengua, consciente de que, si me defendía, solo complicaría las cosas.

—Además —añadió Lauren, con un suspiro exasperado—, no estás aquí para socializar. ¿Lo entiendes? Es trabajo duro o nada.

Lou tragó saliva y pude comprobar el mal rato que estaba pasando por mi culpa, por haberme atrevido a venir, así que me acerqué a ella para decirle al oído que no pasaba nada, que me iría. Sin embargo, negó eufóricamente, echando los hombros atrás, sacando su carácter para enfrentarse a ella.

—Lauren, con el debido respeto, Jerome solo ha venido para verme y no me voy a distraer por eso, ¿de acuerdo? Con esto te quiero decir, que él se queda —expresó, haciéndome sonreír de puro orgullo.

—Él se va —insistió sin amilanarse.

Antes de que Lou volviese a responderle, Kayla se metió y le pidió a Lauren que fuese más flexible con su hija, que por tener a alguien mirándola desde las gradas, no iba a pasar nada. Se apartaron para que no pudiéramos escucharlas.

—Me iré, Lou —insistí y ella negó.

—De eso nada, después del madrugón que te has pegado por mí… Ni lo sueñes. —Cogió mi mano y las miré—. Lo siento —se disculpó cuando se dio cuenta de lo que estaba observando y se soltó de inmediato.

Volví a cogerla, no quería que se sintiese incomoda conmigo, no cuando éramos como hermanos. Le sonreí y tiró de mí para entrar en el pabellón, pasando por el lado de su entrenadora, ignorando por completo sus réplicas. Lauren no tardó en llegar y, aunque seguía negándose a que yo presenciara el entrenamiento, no le quedó más remedio que aguantar lo que Lou y Kayla le habían pedido. No sabía exactamente lo que la madre de mi mejor amiga le habría dicho en privado, pero estaba seguro de que no le gustó demasiado, por cómo empezó.

—Vamos, Louise —la llamó—. Ve a cambiarte rápidamente.

Lou desapareció, metiéndose en los vestuarios y salió unos minutos después con otra ropa más cómoda y los patines puestos. Se sentó para quitar la funda a las cuchillas y se metió en la pista de hielo para empezar a escuchar los gritos de Lauren.

Me senté en las gradas, con los ojos fijos en ella. Había algo casi hipnótico en la forma en la que se movía, y no podía apartar la vista. Mientras giraba sobre el hielo, todo en Louise parecía ligero, casi sin peso. La veía deslizarse con una facilidad que me resultaba imposible de comprender; de algún modo, era como si sus pies, o más bien esas cuchillas finas de metal, supieran exactamente adónde ir, incluso antes de que ella se moviera. Aunque yo no sabía nada sobre saltos o piruetas, reconocía la gracia con la que se desplazaba, sus movimientos precisos, y el modo en que sus brazos parecían marcar el compás de algo que yo no escuchaba.

Por momentos, parecía que todo lo demás desaparecía para ella. Ni las indicaciones de Lauren ni el ruido de fondo del hielo quebrándose bajo sus patines parecían existir en su mundo. Desde donde yo estaba, pude ver su concentración: la intensidad en sus ojos, la leve inclinación de su cabeza mientras preparaba lo que supuse que sería un salto. Y entonces, la vi lanzarse al aire, girar en ese eje invisible y volver a caer con una perfección que no necesitaba explicación. A pesar de que yo no sabía el nombre de esos movimientos, ni cuánto esfuerzo le tomaba lograrlos, me bastaba ver su expresión para saber que, en esos instantes, ella era feliz de verdad.

Fue entonces cuando pude ver, por primera vez, a Lauren sonreír por ver que Lou había conseguido el salto sin caerse de culo contra el hielo.

—Eso es, Louise —la animó a seguir—. Sigue así y llegarás lejos.

El entrenamiento duró poco más de una hora y me di cuenta del cansancio que Louise tenía en su rostro. No solo por haber estado patinando tanto tiempo, con apenas, un descanso de cinco minutos para hidratarse, también por haber madrugado tanto.

Salió de la pista y bajé las escaleras de las gradas para ir hasta donde estaba ella; necesitaba hacerle saber lo mucho que me había gustado verla así, lo mucho que había disfrutado viéndola

concentrada en algo tan apasionado, para ella, como era el patinaje. Me acerqué, temeroso de que Lauren me echase una mala mirada y se giró para ir a coger sus cosas.

—Creo que al final me la he ganado —bromeé, señalándole a su entrenadora y se carcajeó—. Ha sido increíble, Lou.

—No es como si ya no me hubieras visto patinar, bobo —respondió secándose el sudor con una toalla.

—Es cierto, te he visto mil veces patinar, pero jamás como hoy… no sé cómo explicarlo… ha sido increíble, de verdad —insistí, haciendo que se sonrojara.

Le di un beso en la mejilla y me pidió que la esperase unos minutos, que iría a cambiarse.

Me quedé mirando la pista y, por estúpido que pareciera, me gustó la idea de aprender a patinar, de entrar en el equipo de hockey, a pesar de que no sabía jugar. Tendría que pedirle a Parker que me enseñara.

Tal y como dijo, tardó unos pocos minutos en regresar. Lauren ya se había ido, ni siquiera me dijo adiós y estaba seguro de que tampoco se había despedido de ella. No le pregunté, ¿para qué? Apostaría lo que no tenía, a que estaba acostumbrada a los desplantes de su entrenadora y era lo único que no me gustaba de esto, saber que había alguien detrás diciéndote todo lo que podías o no hacer.

—¿Qué harás hoy? Mis padres van al hotel y tengo que ir a echarles una mano, ¿te apuntas? —Le pregunté y asintió, moviendo la cabeza tan deprisa, que estaba seguro de que acabaría mareada.

—¡Eso no se pregunta! —Alzó la voz, estaba emocionada—. Vamos, mi madre estará esperándonos.

Salimos del pabellón y corrimos hacia el coche, hacía más frío que cuando llegamos y ciertamente no me había abrigado tanto como debería. Le dijimos a Kayla que iríamos al hotel y no se negó, aunque sabía que no lo haría, nunca lo hacía.

—Nosotros iremos también, tu madre nos ha invitado a almorzar con ellos —comentó y eso nos gustó.

Hacía tiempo que no preparaban una reunión familiar, como Lou y yo lo llamábamos. Echábamos de menos las noches en las que nos

escapábamos para ver las auroras boreales y deseaba poder volver a hacerlo. Lo bueno era que pronto llegaría ese momento, ya que estábamos cerca de terminar las clases y pasaríamos más tiempo juntos.

Llegamos y me despedí de Lou y su madre hasta después de unas horas, que volveríamos a vernos. Mi mejor amiga necesitaba descansar un rato y, sobre todo, darse una ducha; palabras de ella, no mías.

—Hola, cariño, que pronto has llegado —habló mi madre nada más verme.

—Sí, el entrenamiento no es más de una hora —respondí, dándole un dato que yo no sabía hasta hoy.

—Lo que me ha sorprendido es que te hayas levantado a las seis y media para ir con Lou. —Se carcajeó—. ¿Estás bien? —Preguntó, tocando mi frente para ver si tenía fiebre y alcé una ceja.

—Bueno, por un día no le va a pasar nada, ¿no? —Comentó mi padre y me uní a sus risas porque no me quedó más remedio.

Me senté a desayunar y después fui con mi padre al patio trasero para ayudarle a terminar de barnizar unos muebles de terraza que quería llevar para el hotel. Estuvimos con eso, hasta la hora de irnos y si no fuera porque mi madre me pidió que subiera a cambiarme de ropa, me habría ido con la misma que tenía, a pesar de que estaba limpia. Sin embargo, había sudado un poco y mi progenitora era muy maniática.

Nos subimos cada uno a nuestros coches; Lou con sus padres y yo con los míos, y, como siempre, nos seguíamos de cerca. Aunque solo era un domingo cualquiera, íbamos comentando por mensaje todo lo que haríamos al llegar al hotel, como si se tratara de un gran plan, haciendo que el fin de semana se sintiera especial.

Al llegar, nuestros padres ya estaban saludándose y Lou bajó del coche con una sonrisa. Me di cuenta de que estos pequeños momentos, las risas y las bromas con ellos, hacían que todo lo demás fuera más fácil.

CAPÍTULO 5

Louise

Me sorprendí mucho de que Jerome quisiera venir conmigo a ver mi entrenamiento. Nunca lo había hecho y, aunque no me disgustaba y sabía que Lauren se negaría, me sentía bastante nerviosa. No era porque no me hubiese visto patinar antes, claro que no.

El simple hecho de que me viera cuando me dejaba llevar tanto por el patinaje, de que me observara tan vulnerable, tan concentrada... pensé que me costaría poder hacer los saltos teniéndole allí, en las gradas.

Cuando terminé y me dijo lo que le pareció, hizo que sintiera un pellizco en el corazón, algo que no me había pasado nunca con él. ¿Por qué me ponía así? Estaba acostumbrada a recibir los cumplidos de mi mejor amigo. No obstante, era diferente… el momento lo era. Evité seguir hablando con él y fui a por mis cosas para regresar a casa; mi madre estaría esperándonos afuera del pabellón.

Por el camino, me preguntó si quería ir al hotel y, obviamente, no me negué. Me gustaba tanto ir allí, que no veía la hora en la que saliéramos. Lo que más me gustó, fue saber que mis padres también irían y que almorzaríamos todos juntos, después de bastante tiempo sin hacerlo por motivos laborales por parte de mis padres.

Al llegar, Jerome se fue a su casa y yo a la mía; necesitaba descansar, al menos, una hora.

—¿Qué tal ha ido el entrenamiento, cielo? —Quiso saber mi madre, a la vez que entrabamos a la casa.

—Bien, he conseguido el salto sin caerme. —Sonreí complacida —. ¿Sabes qué? —Me miró expectante—. Lauren ha sonreído. —Soltó una carcajada a la que tuve que unirme por lo gracioso de la situación.

No es que mi entrenadora no supiera sonreír… «Vale, era un ogro», pensé, y mi madre me dio un beso en la mejilla antes de dirigirme escaleras arriba. Subí a mi habitación directamente, ya que

mi padre estaba trabajando en el taller. Siempre lo hacía hasta tarde, ajustando cada tornillo con precisión, como si el destino de las máquinas estuviera en sus manos. A veces me preguntaba si él entendía el peso que cargaba sobre sus hombros. No solo reparaba coches; también mantenía vivo mi sueño, trabajando horas extra para que pudiera seguir entrenando.

Entré en mi habitación, con Fufú pisándome los talones y fui directa al baño para darme una ducha caliente. No tardé más de diez minutos y, tras secarme el cuerpo, manteniendo mi cabello envuelto en una toalla, me vestí con ropa cómoda y calentita. Después cogí el secador y empecé a secarme el pelo. En eso tardé un poco más, ya que lo tenía bastante largo y no me gustaba dejarlo húmedo; tenía que conseguir secarlo por completo. Una vez acabé, me acosté un rato para descansar, aunque no me iba a dormir, no podía hacerlo una vez que me despertaba; por muy cansada que estuviera.

Cogí mi móvil y le envié un mensaje a Jess para pedirle disculpas por lo que habíamos hecho Jerome y yo anoche, además de decirle que le pagaría lo que nos habíamos comido, aunque tuviese que abonar también lo de mi mejor amigo.

"Hola, Jess"

"Siento mucho lo de anoche, fue una broma de mal gusto"

Vi que estaba en línea y supuse que leyendo lo que le había escrito. Sin embargo, no me respondía y no quería que estuviéramos enfadadas, a pesar de que hice lo que hice por culpa de ella misma, por haber sido tan imprudente con Jerome.

"Vale, sé que estás cabreada"

"¿Me perdonas? 🙏😔🤦‍♀️🤦‍♂️😳😟🥺💔"

"Por fi, te prometo que te pagaré la cena"

Me quedé esperando un par de minutos a que respondiera, pero seguía sin hacerlo, así que bloqueé la pantalla y dejé el móvil encima de la mesilla de noche. Tampoco iba a estar rogándole; ya se le pasaría, ¿no? Y si no era así, pues allá ella.

Unos minutos después, recibí varios mensajes y cogí el teléfono para ver si era Jerome. Para mi sorpresa, era Jess respondiéndome.

"Hola"

"No te preocupes, sé que me pasé anoche con Jerome"

"No te preocupes por la cena, pagó mi hermano"

"Además, Parker es un bocazas y si no quería que supiera lo de su amiguito, podría haberse callado, ¿no?"

Razón no le faltaba, Parker podría mantener la boca cerrada en vez de ir por ahí contando las cosas que hablaba con mi mejor amigo, aunque esas cosas fueran una tontería como lo era meterse en el equipo de Hockey por una chica. Menos mal que eso no lo contó, de haberlo hecho, Jess habría sido más indiscreta y el cabreo de Jerome sería mucho peor.

Estuvimos un rato más hablando por mensaje y mis ojos querían cerrarse. Me obligué a mantenerme despierta para poder descansar mejor por la noche, ya que, si dormía ahora, me costaría mucho más hacerlo después y mañana teníamos instituto.

Un par de horas después, en las que estuve todo el tiempo leyendo Divergente, le pedí a mi madre que me comprara, al menos, el e-book para poder empezar a leerlo. Le gustó saber que quería leer, que haría algo más además de patinar, y no se negó.

Obviamente, leer la primera parte después de haber visto la película podía parecer una tontería para muchas personas, pero no para mí. Los libros y las películas nunca eran iguales; siempre, siempre, se te escapaba algo, y eso lo confirmé al leerlo.

—Lou, nos vamos ya —dijo mi padre desde el pasillo.

Me levanté como un resorte y cogí mi mochila para guardar los patines.

—¡Ya estoy! ¡Ya estoy! —Elevé la voz mientras bajabas las escaleras de dos en dos.

—Hija, cualquier día te abrirás la cabeza bajando así de rápido —mencionó mi madre al ver la velocidad que cogía.

—Para nada, mami —respondí con una sonrisa—. Sé dónde debo poner cada pie y nunca me caeré. —Alzó una ceja, ya que mi respuesta no le parecía convincente.

Me agaché para coger mis patines y me incorporé bajo la atenta mirada de ambos. Mi madre se cruzó de brazos y mi padre solo podía sonreírme.

—¿Qué? ¿No pensaríais que iba a dejar aquí mis patines? —Se encogió de hombros.

—¿No has patinado suficiente ya? —Negué sin borrar la sonrisa porque, de hacerlo, acabaría convenciéndome de que no debería seguir por hoy—. Quiero que descanses, cariño… solo por un día, ¿es mucho pedir?

Miré a mi padre buscando apoyo y él le dijo que me dejara, que patinar por diversión y entrenar eran dos cosas muy diferentes. Ella no parecía convencida, aun así, asintió dejando que me los llevara. No estaba segura de que Jerome cogería los suyos, pero teniendo en cuenta de que quería que le enseñara y teniendo tan poco tiempo para aprender, supuse que los llevaría también.

Nos montamos en el coche y la familia Spencer también. Fuimos en comitiva, uno detrás del otro. Me habría gustado ir en el mismo vehículo de mi mejor amigo, pero lo dejé para el regreso.

Llegamos al hotel *Paraíso Boreal* un rato después. No estaba lejos, pero lo suficiente como para escuchar, al menos, ocho canciones o eso creía yo.

Nos bajamos y mientras que nuestros padres se saludaban y hablaban entre ellos, cogí a Jerome del brazo para llevarlo a una esquina y así preguntarle si había cogido sus patines.

—Dime que los has traído —dije rápidamente, sin darle más detalles.

—Si te refieres a los patines… ¡Claro que yes! —Me reí por su comentario y le di un abrazo.

—A veces me sorprende lo mucho que te conozco, amigo mío. —Me dio un empujón cariñoso—. Anda vamos a decirles a nuestros padres que nos vamos al lago.

—¿En serio le avisaremos? —Fruncí los labios y negué—. Ellos ya saben que una vez que llegamos aquí, desaparecemos como por arte de magia.

—Eso es cierto.

Salimos del hotel con nuestras mochilas a cuestas y caminamos por la nieve. Los pies se hundían un poquito, dejando huellas que parecían una hilera interminable de pasos torpes. El frío no era tan intenso como esperaba, pero aun así me ajusté la bufanda por

enésima vez. El cielo estaba cubierto de nubes, y la luz grisácea hacía que todo el paisaje pareciera sacado de una fotografía antigua.

Jerome caminaba a mi lado, pateando un montoncito de nieve de vez en cuando, como si necesitara entretenerse.

—¿Seguro que no te arrepientes? —preguntó, sin mirarme.

—¿De qué? —respondí, sin llegar a entenderle.

—De no haberte quedado en casa, calentita, mientras yo me congelo aquí contigo.

Me encogí de hombros, metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo.

—Si no vengo, luego dirás que soy una aburrida.

Sonrió y seguimos caminando. El sonido de nuestros pasos mezclándose con el viento que silbaba suavemente entre los árboles cercanos. Aunque las auroras no se verían, había algo mágico en el día: la nieve, el silencio, y la sensación de que, a pesar de todo, estábamos exactamente donde debíamos estar.

—Por cierto, he hablado con Jess —anuncié y me miró con una ceja alzada—. Tranquilo, está bastante arrepentida de haber sido tan indiscreta contigo anoche… eso sí, le echa toda la culpa al bocazas de su hermano, que es quien debe mantener la boca cerrada con respecto a lo que habla contigo. ¿No crees? Yo pienso que Parker no debería de ir contando lo que no debe, aunque sea una tontería. ¿Quién no te dice que se lo ha dicho a más gente? Si su hermana lo sabe… —me quedé en silencio en cuanto me di cuenta de que estaba a punto de enfadarse—. No te enfades conmigo por ser tan sincera.

—No me enfadaría contigo nunca, Lou. —Me miró con cariño—. Pero es cierto, debería de dejar de contarle a Parker ciertas cosas. Me moriría de vergüenza si Kelly llegaba a enterarse de que me gustaba. —Se tapó el rostro con ambas manos y me carcajeé.

—Tranquilo, esa chica es… ¿cómo decirlo? Algo cortita. —Intenté que sonara más como una afirmación segura, pero me falló la lingüística.

Jerome levantó una ceja, intentando ocultar una sonrisa, como si quisiera corregirme, pero prefiriera dejarme en evidencia.

—"Cortita" no es precisamente diplomático, Louise —lo dijo con ese tono suyo de falsa seriedad que usaba cuando quería picarme un poco.

—Vale, pero ¿acaso no lo es? —respondí, cruzándome de brazos y alzando las cejas, esperando que, por una vez, no me contradijera.

Jerome se rió por lo bajo y negó con la cabeza, como si no hubiera remedio conmigo. Pero, en el fondo, sabía que estaba de acuerdo, aunque no lo admitiera.

—Mejor dejemos de hablar de 'Kelly' —dije, cambiando el tono de mi voz al decir su nombre— y vayamos a patinar, ¿de acuerdo?

Asintió, pero no pudo evitar darme un empujón. No midió la fuerza, lo que hizo que acabara cayendo sobre la nieve. Su reacción fue empezar a carcajearse como si no hubiera un mañana. No me hice daño, había caído en blando, pero sí me piqué bastante, lo suficiente como para que me entrasen unas ganas tremendas de vengarme.

Agarré un puñado de nieve, compactándola rápidamente en una bola, y se la lancé directamente a la cara sin que se diera cuenta. El impacto fue glorioso, callando sus carcajadas en cuestión de milésimas de segundo.

Vi cómo la nieve se estrellaba contra su cara con una precisión que casi me hizo sentir orgullosa, y mis risotadas resonaron tan alto que, por un momento, pensé que nuestros padres en el hotel podrían haberlas escuchado, a pesar de la distancia.

—¿Con que quieres jugar? ¡Esto es la guerra! —gritó Jerome, recogiendo nieve y preparando su contraataque.

Me preparé para esquivar, pero no pude evitar reírme como una loca mientras las primeras bolas de nieve volaban hacia mí. Corrí, resbalando un poco en el camino, y me agaché para formar mi arsenal. La pequeña tregua de risas se había convertido en una batalla campal, y, aunque hacía frío, no importaba. Estábamos completamente metidos en nuestro improvisado campo de batalla, olvidándonos de todo lo demás.

CAPÍTULO 6

Jerome

El rato que estuvimos lanzándonos bolas de nieve, nos olvidamos completamente del patinaje. Fue divertido ver que mi mejor amiga podía disfrutar de algo más que de patinar, y aunque habíamos venido hasta aquí para que ella siguiera enseñándome, no podía evitar seguir lanzándole nieve a la cara. Era ver sus cejas blancas y no poder parar de reír.

—¡Para de reírte de mí, Jerome! ¿O quieres que no te enseñe a patinar? —dijo, y enmudecí al instante.

—Así está mejor —dijo, alzando una ceja con altanería, sin borrar esa sonrisa triunfal por haber ganado esta pequeña batalla al lanzarme la última bola de nieve directo a la cara.

—No me olvidaré de esta humillación —dije con seriedad, sabiendo que le picaría. Me encantaba hacerlo.

—No lo creo, tienes muy mala memoria —me recordó, con una sonrisa irónica. —Vamos ya, llevamos aquí más de media hora y no hemos patinado ni un poco.

Me acerqué a ella con nieve en la mano, la escondí rápidamente detrás de mi espalda y, en cuanto la tuve frente a frente, le eché la nieve a la cara como si le estuviera lanzando una tarta. Se quedó muy seria por un momento, los segundos más largos de mi vida. Y cuando vio que yo también me ponía serio, soltó una estruendosa carcajada que resonó entre los árboles, asustando a algunos pájaros que descansaban sobre las ramas.

—No me creo que hayas hecho eso —logró decir cuando finalmente controló las carcajadas—. Me vengaría, pero si lo hago, no haremos lo que hemos venido a hacer. Así que, por favor, ¡muévete!

A veces sonaba muy autoritaria, pero lejos de molestarme, aquello siempre me hacía gracia. Creo que por eso me encantaba hacerla rabiar, solo para ver cómo se ponía seria y lo fácil que era sacarla de sus casillas.

—Está bien. —Alcé las manos en señal de rendición, esbozando una sonrisa—. Vamos a patinar, jefa.

Me dio un empujón fuerte, intentando moverme de su camino, pero ni con esas consiguió tirarme a la nieve. Claro, ¿cómo iba a lograrlo si yo le sacaba al menos una cabeza de altura? Sin embargo, si algo tenía Lou era esa terquedad que rozaba lo adorable. Cuando quería algo, no paraba hasta conseguirlo.

Antes de darme cuenta, estaba subida a mi espalda, enganchada como un mono, buscando mi punto débil: las cosquillas.

—¡Cáete de una vez! —gritó, removiéndose sobre mí mientras yo intentaba mantener el equilibrio.

—Estás loca, Lou —contesté riendo, tratando de moverme para obligarla a soltarme.

En un movimiento brusco, la hice deslizarse hacia adelante, colocándola frente a mí. Lo que no me esperaba era tropezar con un pequeño montículo de nieve, porque así era yo: un auténtico desastre.

—¡Lou, cuidado! —intenté advertir, pero era demasiado tarde.

Ambos caímos de golpe, y para mi mala suerte, o quizá buena, terminé justo encima de ella. Estábamos tan cerca que apenas podía pensar con claridad. Sus ojos verdes brillaban a pesar del frío, y por un segundo me olvidé de todo: del golpe, del lugar, incluso de que deberíamos estar patinando.

—¿Siempre tienes que acabar encima? —preguntó, su voz teñida de una mezcla entre burla y nerviosismo.

—Siempre que estés tú debajo —respondí casi sin pensar, con una sonrisa que no pude controlar.

Un leve rubor coloreó sus mejillas, y aunque el frío nos rodeaba, juraría que en ese momento sentí el calor de su piel mucho más que la nieve bajo nosotros.

Cuando se dio cuenta de que seguíamos en la misma posición tras varios minutos, se removió para escapar de mi cuerpo. Estaba nerviosa… ambos lo estábamos, y no entendía el motivo que nos llevaba a sentirnos así, cuando éramos amigos, los mejores. Más bien, Louise y yo prácticamente éramos como hermanos, y eso siempre iba a ser así.

—Eh, vamos —titubeó, sin poder controlar su agitación.

Iba a acercarme a ella para seguirla, pero levantó entre ambos un muro invisible que no me dejó acceder al otro lado. Comenzó a caminar deprisa, como si quisiera escapar de mí.

—¡Espera, Lou! —La alcancé y cogí su brazo para que frenara—. ¿Por qué te has puesto así? —No quería mirarme; sus ojos estaban fijos al frente.

Cogí su mejilla para obligarla a mirarme, solo a mí, y se mordió el labio inferior. ¿Provocándome? No, Lou no estaba provocándome, ¿verdad? Qué tontería.

—Solo era una broma, ¿vale? No quería que te sintieras incómoda —expliqué, más para autoconvencerme que para ella.

—Vale, no pasa nada —respondió, desviando la mirada de nuevo —. Vamos, se nos hará tarde, y nuestros padres no tardan en buscarnos para almorzar.

Sus palabras parecían un cierre definitivo al tema, pero había algo en su tono que me dejó intranquilo. No supe qué era exactamente, pero decidí no presionarla. Con Lou, insistir nunca funcionaba; solo lograbas que levantara más barreras.

—Está bien, pero admito que no me esperaba el ataque sorpresa. Creo que he subestimado tus habilidades de ninja.

—Jerome, por favor. Si realmente quisiera tirarte, ahora estarías enterrado bajo un montón de nieve.

Me reí, siguiéndole el juego. Sus comentarios siempre tenían esa mezcla perfecta entre sarcasmo y diversión que lograban romper cualquier tensión.

—Claro, claro… —respondí mientras avanzábamos juntos, mis pasos en sincronía con los suyos—. Pero que conste que tropezar con un montoncito de nieve no cuenta como derrota.

—Lo que tú digas, pero sabes que yo gané.

Sonrió, y yo me relajé al verla un poco más como la Lou de siempre. Aun así, no podía sacarme de la cabeza esa mirada que había evitado antes, como si ocultara algo que no podía compartir conmigo. Pero eso no importaba ahora. Volvíamos a caminar juntos, como siempre lo hacíamos, como los mejores amigos que éramos. Y eso era suficiente.

Llegamos al lago, completamente congelado, justo lo que buscábamos. Lou se sentó en una roca para ponerse los patines sin pensarlo dos veces y me pidió que hiciera lo mismo, a pesar de que yo ya estaba sacándolos de mi mochila. Caminamos con cuidado hasta el borde del hielo, y ella entró sin ningún problema, deslizándose con una soltura que parecía imposible para alguien que no fuera ella. Yo, en cambio, caí al suelo en cuanto puse el primer pie sobre el hielo. Por supuesto, ella no tardó en soltar una carcajada que resonó en el aire helado.

—Primera caída, Jerome. Creo que con esto ya estamos completamente en paz. —Me miró divertida, y yo puse mi mejor mueca de indignación, lo que solo la hizo reír más fuerte.

—¿Eso es lo que querías? —pregunté con sarcasmo, mientras extendía la mano para que me ayudara a levantarme—. O sea, para que yo lo tenga claro, ¿te gusta verme caer?

—Un poco, sí. —Su risa no disminuía mientras tiraba de mí para ponerme de pie—. Aunque me parece que esta vez no necesitas ayuda para darte contra el hielo.

Me acerqué como pude, tambaleándome, y terminé agarrándome de su brazo para no caer de nuevo. Ella se quedó quieta, pero pude notar cómo su postura se tensaba ligeramente.

—¿Qué pretendes, Jerome? —preguntó, con una mezcla de curiosidad y nerviosismo que no pude ignorar.

—Nada. —Sonreí de lado—. Solo estoy demostrando que puedo mantenerme en pie si te tengo cerca.

—Ya, claro. —Intentó disimular su nerviosismo y desvió la mirada hacia el lago—. Vamos a patinar, ¿vale? No creo que quieras que Kelly no se fije en ti porque no entraste al equipo de hockey.

—¿Kelly? —Alcé una ceja, confundido. No entendía por qué me sacaba a esa chica en la conversación.

«¿Será porque es por ella por lo que quieres entrar en el equipo? ¿Acaso te has olvidado del motivo? ¿Qué te pasa, Jerome?», mi mente comenzó a divagar por un instante y fue su voz lo que me sacó de mis pensamientos.

—Sí, Kelly. Ya sabes, la chica que siempre te sonríe cuando pasas por los pasillos. No lo digo por nada, eh. A mí me da igual.

—Ajá, claro. —Aproveché su comentario para devolverle la jugada—. ¿Y tú? ¿Por qué te pones tan nerviosa?

El ambiente se volvió extraño, denso por un segundo. Ella rodó los ojos, intentando actuar como si nada, y volvió a deslizarse sobre el hielo con una elegancia que me dejó clavado en el mismo sitio. Yo suspiré y decidí seguirla, intentando no caerme otra vez. Al fin y al cabo, con Lou siempre era así: una mezcla constante entre caos y calma que no podía evitar disfrutar.

El tiempo que estuvimos patinando… bueno, que ella estuvo patinando, porque yo seguí cayéndome más veces de las que fui capaz de contar, no volvimos a sentirnos así, tan tensos estando juntos. Era extraño, casi absurdo. Lou y yo nunca nos habíamos sentido incómodos el uno con el otro. Entre nosotros siempre había existido una complicidad que rozaba la locura, una conexión inquebrantable que no necesitaba palabras. Pero ahora, mientras trataba de mantenerme de pie sobre el hielo, no podía dejar de pensar en la pregunta que Parker me había hecho en el cine.

¿Me gustaba Lou?

No, claro que no me gustaba Lou. Eso sería ridículo, imposible. Nuestra amistad estaba por encima de todo, por encima de cualquier cosa que pudiera ponerla en peligro. Pero entonces, ¿por qué esa pregunta seguía rondando mi cabeza? Era como si se hubiera instalado en mi mente, negándose a desaparecer, empeñada en crear un caos innecesario.

Miré a Lou mientras deslizaba con elegancia sobre el hielo, ajena a mis pensamientos. Su sonrisa era despreocupada, completamente inmersa en lo que hacía, como si el mundo no existiera más allá del lago congelado. Y por un momento, solo un segundo, deseé ser capaz de mirarla de esa forma sin sentir que algo había cambiado.

Lo que fuera que estuviéramos pensando en este momento, lo que fuera que estuviera intentando abrirse paso entre nosotros, debía quedarse aquí. Congelado en el hielo, atrapado en el frío. En un lugar donde no pudiera salir jamás.

Una hora después, estábamos agotados; ella de patinar y yo de caerme. Salimos del lago congelado y nos quitamos los patines para volver al hotel. A pesar de no tener frío por haber estado en

constante movimiento, las temperaturas eran lo suficientemente bajas como para congelarnos si seguíamos allí.

—Creo que es hora de volver —anunció Lou mientras cogía el móvil y veía las cinco llamadas perdidas de su madre. Puse los ojos en blanco, y ella sonrió, divertida.

—Sí, vayámonos ya si no queremos que nos castiguen de por vida. —Me reí, intentando quitarle importancia.

Guardamos los patines en silencio y comenzamos a caminar en dirección al hotel. El frío nos rodeaba como una niebla invisible, pero más extraño aún era el ambiente entre nosotros. El silencio reinaba mucho más de lo que esperaba, y aunque normalmente podíamos hablar de cualquier cosa, ahora parecía que no teníamos nada que decirnos.

No podía ignorarlo. Algo estaba cambiando, y no quería que fuera nuestra amistad. No podía dejarlo así.

—Lou, ¿todo bien entre nosotros? —pregunté, sintiendo cómo mi voz rompía la quietud.

Ella frunció el ceño, claramente sin entender a qué me refería.

—Es que… parece que… —Vacilé, buscando las palabras, pero no llegué a completar la frase.

—Jerome. —Paró en seco y se puso frente a mí, con las manos en la cintura, como si intentara que entrase en razón—. Nada de lo que pase o hagas… —Me dio un empujón cariñoso—. Nada hará que nuestra amistad se rompa, ¿de acuerdo?

—¿De verdad? —Insistí, porque algo dentro de mí me decía que las cosas no eran tan simples.

Lou soltó un suspiro, y por un momento pensé que iba a regañarme, pero lo que dijo después me tomó completamente por sorpresa.

—A ver, reconozco que me he puesto nerviosa cuando has caído sobre mí. —Se tapó el rostro con ambas manos, sus mejillas enrojecidas tanto por el frío como por lo que estaba a punto de decir —. Pero… es solo porque nunca te había tenido tan cerca y… joder, Jerome, ¡eres increíblemente guapo!

No pude evitar soltar una carcajada. Su honestidad siempre era tan inesperada como divertida. Ella se unió a mis risas, y el

ambiente entre nosotros volvió a ser el de siempre: cómodo, sincero y lleno de complicidad.

CAPÍTULO 7

Louise

Mi madre estaba furiosa. Lo supe en cuanto vi las cinco llamadas perdidas y leí los mensajes en mi móvil que llegaron poco después: "¿Dónde estáis?", "Louise, respóndeme ahora mismo", y el clásico "Cuando lleguéis, hablamos." Ese último mensaje era el más preocupante. Siempre lo usaba cuando estaba tratando de controlarse, como si guardar la calma le evitara regañarnos en público.

Caminábamos de vuelta al hotel con los patines guardados en nuestras mochilas. Jerome, por supuesto, no parecía tan preocupado. Se limitaba a tararear una canción, como si no le importara que nuestros padres estuvieran esperando impacientes para almorzar mientras nosotros habíamos estado patinando como si el tiempo no existiera.

—¿Crees que estarán muy enfadados? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Seguro que se les pasa en cuanto nos vean. ¿Quién puede resistirse a nuestras caras? —respondió, sonriendo con esa confianza que siempre parecía sacarse de la manga.

Lo miré de reojo y no pude evitar soltar un suspiro. Ojalá yo pudiera ser así de despreocupada. Para mí, cada pequeño problema era un torbellino mental que me hacía pensar en mil maneras de solucionarlo antes incluso de que ocurriera. Tal vez por eso éramos tan buenos amigos: él era mi equilibrio, y yo su recordatorio constante de que debía tomarse las cosas un poco más en serio.

Cuando llegamos al hotel, vi a mi madre asomada por una de las ventanas del restaurante. Nos localizó al instante y me lanzó esa mirada que siempre me hacía sentir como una niña pequeña pillada en plena travesura.

—Bueno, hora de enfrentarse al tribunal —dije, medio en broma, mientras Jerome se encogía de hombros y me seguía hasta la entrada.

No nos dio tiempo a entrar cuando mi madre y la de Jerome salieron a nuestro encuentro, listas para echarnos la bronca del siglo. Por suerte, siempre encontrábamos la manera de que nos perdonaran. No éramos malos chicos… solo un poco traviesos y escurridizos. Sobre todo, eso.

—Lo siento, mami —dije con mi vocecilla especial, esa que ablandaba hasta a la persona más dura.

—No me vengas con esas, Lou. ¿Sabéis el susto que nos habéis dado? Llevamos un rato llamándoos. —Su tono era severo, pero podía notar el alivio detrás de las palabras.

Jerome frunció el ceño, claramente incómodo con la situación.

—Ni siquiera miraste tu móvil, ¿a qué no? —intervino su madre, cruzándose de brazos. Jerome apretó los labios, tratando de no empeorar las cosas, pero al final no tuvo más remedio que sacar el teléfono de su mochila.

—Eh… no. —Negó con la cabeza mientras revisaba la pantalla. Sus ojos se abrieron un poco más al ver lo mismo que yo: cinco llamadas perdidas. Exactamente las mismas que tenía yo.

—Perdón —empezó a explicar, improvisando como podía—. Es que… nos pusimos a jugar con la nieve. Lou quería vengarse de mí, una cosa llevó a la otra y… bueno, acabamos tirados uno encima del otro y…

—¡Jerome! —le interrumpí con un codazo rápido en las costillas.

Nuestras madres se miraron entre sí, arqueando las cejas tanto que parecía imposible que el músculo pudiera aguantarlo. Por un segundo, temí que se pusieran a interrogarnos como si fuera un juicio, pero en lugar de eso, mi madre suspiró, exasperada.

—Bueno, espero que esto no se repita, señorita —concluyó mi madre antes de estrecharme en un abrazo—. Me has asustado, pequeñaja.

—Pues ya deberíais estar acostumbrados, ¿no? —dijo Jerome con su tono despreocupado, ganándose de inmediato una mala mirada de su madre—. Es decir… —añadió rápidamente, levantando las manos como si se rindiera—. Siempre que llegamos al hotel, salimos a pasear por los alrededores y ahora que Lou me está enseñando a patinar, pues eso hicimos...

—¿Habéis ido al lago con lo peligroso que es? ¡No puedo contigo, Jerome! ¿Cómo se te ocurre? Sabes que no está completamente congelado y podríais haber acabado... —La voz de su madre se quebró un poco antes de terminar la frase—. No quiero ni pensarlo.

Erika se llevó los dedos al puente de la nariz, intentando calmarse, pero su preocupación y enfado eran evidentes. No habíamos sido prudentes, y lo sabíamos. No deberíamos haber ido, pero claro, tampoco imaginamos que sería tan peligroso. Nunca nos había pasado nada en ese lago, al menos hasta ahora.

Decidimos dejar el tema de lado cuando mi madre, con un tono más relajado, nos recordó que la comida se estaba enfriando. Por suerte, nuestros padres no se sumaron a la regañina. Lo que nuestras madres nos habían dicho ya era más que suficiente para hacernos sentir culpables.

Sin embargo, lo que realmente me incomodó fue cuando Jerome, como si nada, empezó a contarles lo ocurrido esta mañana, hablando del tema como si fuera una simple anécdota más en su día a día. ¿De verdad lo veía tan simple?

Le lancé una mirada rápida mientras hablaba, pero él seguía tan relajado como siempre, ajeno a lo que estaba pasando por mi cabeza. Me había tomado demasiado en serio lo que ocurrió, lo sabía, pero no podía evitar sentirme rara cada vez que pensaba en ello.

Sí, había admitido que nunca lo había tenido tan cerca y, sí, Jerome era increíblemente guapo. Uno de los chicos más guapos del instituto, para ser sincera. Pero no... no podía permitirme fijarme en él. Era mi mejor amigo, y nuestra amistad siempre había rozado la familiaridad.

Nuestras familias llevaban años unidas, habíamos crecido juntos como si fuéramos hermanos. Entonces, ¿por qué sentía que algo había cambiado en mí esta mañana? Qué tontería... y qué tonta era por darle tantas vueltas.

Durante la comida, nadie volvió a mencionar lo ocurrido, y lo agradecí. Lo único que necesitaba era olvidar este día y concentrarme en lo que realmente importaba en mi vida: subir de nivel en el patinaje. No podía permitirme salirme de la línea, ni

descarrilar como un tren fuera de control. Mi objetivo era claro: convertirme en una patinadora profesional. Nada más.

«¿Y Jerome? ¿Dónde entra Jerome en esa ecuación? No te olvides de que, por unos segundos, te sentiste atraída por él», me recriminé mentalmente, mientras las palabras que intercambiamos en la nieve volvían a mi mente con una nitidez molesta: "¿Siempre tienes que acabar encima?", "Siempre que estés tú debajo". Era absurdo. ¿Cuándo había sido tan descarado conmigo? No, no podía seguir pensando en eso.

—Pequeñaja, ¿estás bien? —La voz de mi padre me sacó de mis pensamientos y alcé la vista hacia él.

—Sí, claro —respondí con una sonrisa forzada, que claramente no convenció a nadie.

Un leve golpe en la espinilla me hizo dar un respingo. Jerome, sentado a mi lado, me miraba con una ceja alzada y una sonrisa burlona. Tragué saliva al encontrarme con sus ojos azules. «Pero ¿qué haces, Lou? Deja de fijarte en cosas que nunca habías notado de tu mejor amigo...» Me regañé a mí misma. Recuerda esto y grábatelo a fuego: Jerome es solo tu mejor amigo.

Era el mismo chico que me hacía reír con las tonterías más absurdas, el que lograba sacarme una carcajada incluso en los días más grises. El mismo que, de alguna manera, conseguía que me olvidara de todo lo que podía hacerme daño, aunque, siendo sincera, pocas cosas en mi vida me lastimaban.

¿Por qué entonces, con una vida tan buena, una familia que me adoraba y el mejor amigo que cualquiera podría desear, sentía esta extraña inquietud en el pecho?

Cuando acabamos de comer, finalmente me relajé. Guardé mis pensamientos en un rincón seguro, esperando que no volvieran a salir, y traté de volver a ser la misma de siempre con mi mejor amigo.

Nuestros padres decidieron tomarse una copita para calentar las gargantas—o eso dijo mi padre, siempre tan ocurrente—y nosotros, después de pedir permiso «para evitar más broncas», salimos a caminar. Esta vez prometimos no alejarnos mucho del hotel y

regresar en un par de horas. Después de todo, mañana era lunes y teníamos clases.

—¿Has pensado en lo que harás si no entras en el equipo? —pregunté sin pensar demasiado en si podía incomodarlo. Sabía que Jerome no era de ofenderse por tonterías.

—Nada, ¿qué más podré hacer? No sé jugar al hockey, por mucho que tú me enseñes a patinar —respondió con un deje de frustración en la voz.

—¿Y por qué no ves algún video de entrenamientos? Al menos te servirá para aprender algo teórico antes de salir a la pista —le recomendé con naturalidad—. Es cierto que lo tienes bastante complicado, amigo mío, pero en esta vida no hay nada imposible. Yo creo en ti. —Jerome me miró con una sonrisa que era mitad agradecimiento y mitad burla—. Siempre voy a creer en ti, Jerome.

Sin previo aviso, me rodeó con su brazos que me pilló desprevenida, estrechándome contra su pecho. La calidez que desprendía era reconfortante, y aunque no era la primera vez que nos abrazábamos, esta vez me sentí diferente. No quise soltarme.

—Gracias, Lou —musitó cerca de mi oído, su aliento chocando ligeramente contra mi cuello.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, pero no supe si era por el frío o por tenerlo tan cerca.

—Eres la mejor amiga que podría tener y te quiero mucho.

En cuanto esas palabras salieron de su boca, me di cuenta de que, una vez más, era yo quien se estaba haciendo ideas erróneas.

«¿No se suponía que habías guardado esos pensamientos en un lugar seguro? ¿Qué te pasa, Lou?», me regañé mentalmente. Desde nuestra caída en la nieve no había dejado de pelear con mi propia cabeza.

Tragué saliva y me aparté de él lentamente, dedicándole la sonrisa más fingida que podía recordar. Por suerte, Jerome no pareció notar nada extraño y seguimos paseando como si nada. O al menos, él lo hizo. Parecía tenerlo todo muy claro, mientras yo no podía dejar de sentirme confundida.

Las horas pasaron deprisa, entre risas y conversaciones sobre todo y nada a la vez. En algún momento, surgió en la charla el

nombre de la chica que le gustaba: Kelly. Con solo escuchar su nombre, mis dientes rechinaron. Era extraño sentir que alguien me caía mal, porque no solía ser así. Nunca había tenido problemas con las chicas que llamaban la atención de Jerome.

No era la primera vez que mi mejor amigo se fijaba en la más guapa o popular. Siempre había sido un picaflor, y no parecía que eso fuera a cambiar ahora, ¿verdad? Lo que solía venir después de esas "grandes historias de amor" era su queja constante sobre cómo las cosas no habían salido como esperaba. O bien porque la chica no le daba lo que necesitaba, o porque él mismo no había estado a la altura. ¿Realmente el problema lo tenía Jerome? No lo sabía, y si soy honesta, tampoco quería saberlo.

Cuando llegamos a nuestro barrio, ambos estábamos agotados. Nos despedimos rápidamente al bajarnos del coche, ansiosos por descansar después de un día tan intenso.

—Mañana nos vemos, Lou —dijo desde su coche, dándome una última sonrisa antes de cerrar la puerta.

—Hasta mañana, Jerome —respondí, alzando una mano en un gesto perezoso.

Al entrar en casa, Fufú corrió a mi encuentro. Lo levanté en brazos y acaricié su suave pelaje. Su ronroneo constante me arrancó una sonrisa, calmando un poco el caos en mi cabeza.

—¿Vas a cenar algo primero, cielo? ¿O prefieres ducharte antes? —preguntó mi madre mientras se cruzaba en mi camino, mirándome con esa expresión de preocupación que solo ella sabía poner.

—No tengo mucha hambre —respondí sinceramente—. Creo que me tomaré un tazón de yogur con fruta después de darme una ducha.

—Perfecto, yo te lo preparo mientras tanto. —Me dio un beso en la frente y desapareció en dirección a la cocina.

Subí a mi habitación con Fufú siguiéndome como una sombra y fui directa al baño. Necesitaba una ducha caliente y algo de comodidad. En cuanto salí, me puse el pijama más calentito que encontré en el armario. Por suerte, mi padre se había encargado de dejar la calefacción encendida antes de irnos. Si no, ahora

estaríamos todos tiritando mientras la casa se calentaba lentamente, como de costumbre.

Todo lo hice rápido: la ducha, la cena ligera, preparar la mochila para mañana. Sentía que cada minuto que pasaba era un recordatorio de lo cansada que estaba. Finalmente, me metí en la cama, con la esperanza de que el cansancio me ayudara a quedarme dormida enseguida.

Por favor, que esta noche, al menos, mi mente se mantuviera en blanco.

CAPÍTULO 8

Jerome

Estaba tumbado en mi cama, mirando al techo, pero mi mente no dejaba de repasar el día. Louise y yo siempre habíamos sido un equipo, una especie de desorden perfectamente sincronizado. Pero hoy… hoy había sido diferente. Esa tensión extraña, ese momento en el hielo... Sacudí la cabeza, intentando borrar esos pensamientos.

«¿Qué me pasa?», me dije a mí mismo, exasperado. No podía permitirme pensar demasiado en esto. Lo nuestro era simple, claro como el hielo: éramos los mejores amigos y siempre lo seríamos. Punto.

Entonces recordé algo que ella había dicho en el último paseo: *"¿Y por qué no ves algún video de entrenamientos? Al menos te servirá para aprender algo teórico antes de salir a la pista." "No creo que quieras que Kelly no se fije en ti porque no entraste al equipo de hockey".*

Sonreí al recordarlo. Louise siempre sabía cómo darme un empujón, aunque fuera de forma indirecta. Me levanté de un salto y encendí el ordenador. Si tenía que distraerme, qué mejor manera que sumergirme en el hockey, en algo que realmente creía que me importaba lo suficiente como para ponerle todo mi empeño.

Abrí YouTube y busqué algunos partidos de equipos profesionales. Los movimientos rápidos, los pases precisos, las jugadas en equipo… todo parecía tan sencillo desde la pantalla, pero sabía que no lo era. Agarré una libreta vieja de matemáticas y empecé a escribir:

1. Mantener la postura.
2. Controlar el stick.
3. Estar siempre atento al disco.

Mientras escribía, sentí cómo mi mente se despejaba, como si el ruido que me atormentaba desde que salimos del lago se congelara

por completo. En el hielo, todo parecía más fácil. Al menos ahí, sabía exactamente qué hacer.

No podía estar mucho tiempo despierto o por la mañana sería un completo zombi. Así que, una vez que apunté lo principal, cerré el ordenador y regresé a la cama, decidido a dormirme de una vez. Aunque sabía que me costaría muchísimo conciliar el sueño, haría lo posible, incluso si tenía que apretar los ojos con fuerza para mantenerlos cerrados.

Por la mañana, mi madre vino a despertarme. Desde la puerta, su dulce voz me pidió que me levantara de una vez.

—Jerome, grandullón —repitió—. Vamos, arriba, por favor. No querrás llegar tarde, ¿no?

—¡Voy! —respondí, elevando la voz mientras abría mis ojos perezosos.

Me incorporé en la cama, y en cuanto mi madre vio que estaba despierto, me dejó solo para que me preparase. Al poner un pie en el suelo, sentí el frío inmediato que anunciaba una mañana más fresca de lo habitual. Dormía sin calcetines, así que era lógico notar el frío en cada rincón. Con una parsimonia que pondría de los nervios a cualquiera, busqué mis zapatillas. Suerte que estaba solo, porque si no, mi madre ya estaría echándome la bronca por ser tan lento.

Me aseé y vestí en tiempo récord. No estaba dispuesto a congelarme y, además, no podía retrasarme más de la cuenta. Cogí mi mochila y guardé los libros que debería haber preparado anoche, colgándomela del hombro izquierdo. Antes de salir de mi habitación, agarré el móvil y le envié mi mensaje rutinario de buenos días a Lou.

"Buenos días, Lou 🌞"

Miré la pantalla unos segundos, y su respuesta llegó rápidamente. Supuse que tenía el móvil en la mano, esperando que le escribiera.

"Buenos días, Jerome"

Sonreí y le respondí al instante, aunque estábamos a pocos minutos de vernos cara a cara.

"Abrígate, que hoy hace mucho frío ❄️"

"Creo que hoy nos congelaremos ⛄ "

Desde abajo, escuché la voz de mi madre apremiándome, así que guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón. Bajé las escaleras de dos en dos después de cerrar la puerta de mi habitación con un portazo.

—¡Cierra con más cuidado, por favor! —gritó mi madre, haciendo que me riera.

—Se me escapó, lo siento —respondí al verla en frente de mí.

—Anda, desayuna, que vas a llegar tarde.

Dejé la mochila en la entrada y fui a la cocina a comerme un tazón de cereales. Por la mañana me costaba comer, y si por mí fuera, no desayunaría. Pero sabía que mi madre me estaría regañando todo el día si no lo hacía, y ahora que planeaba entrar al equipo de hockey, sus regaños serían peores.

Terminé de comer en cinco minutos y me dirigí a la puerta. La madre de Lou era la encargada de llevarnos al instituto esta semana, ya que se turnaba con la mía para que ambas tuvieran tiempo para sus cosas.

—Eh, eh. ¿Y mi beso de despedida? —se quejó mi madre con las manos en la cintura y una ceja alzada.

—Mamá, ya no soy un niño pequeño, ¿vale? Pronto cumpliré los diecisiete.

—¿Y eso me tiene que importar? —respondió con una mirada desafiante.

—Supongo que no...

—Claro que no, señorito. Para mí, siempre serás mi pequeño revoltoso, y si no me das un beso, me sentiré triste todo el día. ¿Quieres que esté triste todo el día?

Sabía perfectamente que estaba usando su mejor táctica de chantaje emocional. Suspiré y me acerqué a darle un beso en la mejilla.

Aprovechó la ocasión para apretarme en un abrazo, haciéndome reír.

—Venga, mamá, que no me voy a la guerra.

—Ya, pero no está de más recordarte que te quiero —dijo, con los ojos entrecerrados.

—Estaré aquí a mediodía y, con lo pesado que soy, acabarás mandándome a dar una vuelta para que te deje en paz.

Ella se carcajeó, y yo aproveché para salir antes de que me volviera a detener. Lou ya estaba esperando en el coche con su madre, así que me subí al asiento trasero y me disculpé por la tardanza. Ambas sabían que, si me demoraba, era porque mi madre tenía que despedirse de mí como era debido.

El trayecto fue inusualmente silencioso, algo que me resultó extraño, ya que Lou y yo solíamos hablar sin parar desde el momento en que nos veíamos. Pensé que, después de los mensajes de esta mañana, todo volvería a ser como antes. Pero algo no estaba bien.

Me dieron ganas de enviarle otro mensaje para preguntarle si todo iba bien, pero preferí esperar. Al fin y al cabo, solo faltaba un par de minutos para llegar al instituto Yucón.

Al llegar, Lou le dio un beso a su madre en la mejilla, y yo me bajé tras despedirme con un rápido "adiós". Me quedé esperando a que ella bajara, decidido a interceptarla antes de entrar al centro. Cuando finalmente salió del coche, se acercó con el ceño fruncido, como si estuviera anticipando algo. Parecía esperar a que le dijera lo que ambos sabíamos.

—¿Me vas a decir de una vez qué te pasa? Porque no me creo que hayas estado callada todo el camino porque te gusta escuchar el canal de radio que pone tu madre por las mañanas.

Lou soltó una risita irónica que hizo que yo alzara una ceja incrédulo.

—No me hace gracia, Lou.

—Lo siento, estaba concentrada recordando las respuestas del examen de hoy, y por eso no he hablado —respondió. Sonaba sincera, pero no terminaba de convencerme del todo.

—¿Seguro? ¿No estarás todavía rara por lo de ayer? —pregunté.

Vi cómo su cuerpo se tensaba, y segundos después, un leve rubor coloreó sus mejillas, haciéndola lucir preciosa.

—Para nada, Jerome. —Titubeó antes de continuar—. Eso está más que olvidado.

Esta vez su tono parecía más firme, y yo decidí no insistir.

—Menos mal. —Suspiré aliviado—. No me gustaría que nuestra amistad se pusiera tensa, no sé qué haría sin mi mejor amiga.

Pasé mi brazo por encima de sus hombros, acercándola a mí como siempre que llegábamos al instituto. No la miré mientras caminábamos, pero algo me decía que seguía nerviosa. Podía sentir la tensión en su cuerpo, y cómo desviaba la mirada cada vez que yo intentaba cruzar la mía con la suya.

A pesar de sus palabras, algo me decía que aquello no estaba tan olvidado como quería que creyera. Por Dios, no quería que lo nuestro se estropeara por una tontería como esa.

Cuando entramos al centro, Lou se separó de mí al ver a Jess. Corrió hacia ella con una sonrisa, mientras yo seguí caminando. Jess y Parker estaban en mi aula, contigua a la de Lou, ya que estábamos en cursos diferentes. Nosotros teníamos un año más que ella, algo que, por alguna razón, siempre parecía marcar cierta distancia.

Pasé por su lado intentando escuchar algo de lo que hablaban. Lou me miró de reojo, pero no dijo nada. Me limité a seguir adelante hasta donde Parker me esperaba, con los brazos cruzados. Sabía perfectamente por qué estaba así.

—Ya sé, ya sé, lo siento —me disculpé antes de que pudiera decirme nada—. Toma.

Saqué el dinero de mi cena y la de Lou, pero él negó con la cabeza.

—¿Por qué? —pregunté, algo incrédulo.

—Porque Louise ya le pagó a mi hermana lo de los dos —respondió con seguridad.

—¿Cuándo? Ellas no se han visto.

No entendía en qué momento mi mejor amiga había pagado nuestra cena. Tampoco me gustaba que lo hubiera hecho. Yo era quien debía invitarla, como siempre. Parker me explicó que había sido la madre de Lou quien se encargó de enviar el dinero, junto con una disculpa.

No me gustó la sensación de que alguien tuviera que sacarme de mis problemas, como si no fuera capaz de resolverlos por mí mismo. De todas formas, le devolvería el dinero a Lou, aunque tuviera que insistir.

Cuando sonó la sirena, entramos a nuestras respectivas aulas y nos sumergimos en el estudio. El día prometía ser pesado. Entre matemáticas, historia, geometría y mil cosas más, apenas dábamos abasto. ¿En serio era necesario saber esto para poder pedir una hamburguesa en un restaurante o calcular cuántas pizzas comprar para una fiesta? Porque, sinceramente, no veía otra utilidad.

Las horas pasaban desesperantemente lentas, y yo ya estaba deseando que llegara el descanso para ver a Lou y devolverle el dinero de la cena. No quería ser pesado con el tema, pero saber que ella lo había pagado me molestaba bastante, especialmente porque no me había dicho nada. Pensé que teníamos la suficiente confianza como para contarnos todo.

Cuando la sirena sonó, me levanté como un resorte, listo para salir del aula. Parker gritó algo detrás de mí, pero no me detuve. Salí al pasillo en busca de mi mejor amiga y la vi esperándome en una esquina. Me acerqué con decisión, agarré su brazo y la llevé a un lugar más apartado, donde pudiéramos hablar sin que nadie nos escuchara.

—¡Espera, Jerome! —protestó, tratando de soltarse—. ¿Qué te pasa? ¡Qué prisas!

—¿Por qué no me dijiste que le pagaste a Jess el dinero de la cena?

Lou alzó una ceja y cruzó los brazos sobre el pecho. Fue ahí cuando cometí el error de mirar donde no debía. Tragué saliva, sintiéndome como un completo depravado. Sacudí la cabeza, intentando apartar cualquier pensamiento fuera de lugar, y volví a concentrarme en nuestra conversación.

—Te lo iba a decir. —Soltó, con una sonrisa que no sabía si era divertida o defensiva.

—Claro. —Respondí con sarcasmo—. Seguro que ibas a decírmelo, pero como siempre, me adelanté.

—Jerome, en serio. Pensaba decírtelo, pero tampoco es un crimen que lo haya hecho.

—No quiero que pagues nada, Lou. —Di un paso hacia ella, acortando la distancia entre los dos—. Ya sabes que conmigo no tienes que pagar nada. Siempre voy a invitarte, ¿de acuerdo?

Elevó la cabeza, clavando esos ojos verdes en los míos. Su mirada era tan intensa que no pude evitar ponerme nervioso.

—¿No puedo invitarte yo alguna vez? ¿Es un delito hacerlo? No creo que tengas que pagar todo siempre, Jerome.

Suspiré y puse las manos sobre sus brazos, pero al hacerlo, ella bajó la mirada. Parecía tan nerviosa como yo.

—Lo siento —murmuré, dando un paso atrás antes de que las cosas se pusieran más incómodas—. De verdad.

Me alejé sin darle tiempo a responder y me dirigí al baño lo más rápido posible. Necesitaba agua. Urgentemente.

Abrí el grifo y me eché un buen chorro en la nuca, intentando enfriar no solo mi cuerpo, sino también mi cabeza. «¿Qué cojones te pasa, Jerome? ¿Desde cuándo te pones a mirarle las *"tetas"* a tu mejor amiga? Maldita sea, Parker, todo esto es culpa tuya y de tu estúpida pregunta», pensé, mientras seguía mojándome la cabeza en un intento desesperado de calmarme.

CAPÍTULO 9

Louise

Por la mañana, recibí un mensaje de Jerome antes de vernos, algo a lo que ya estaba acostumbrada. Lo hacía a diario, y sus buenos días eran los más importantes para mí.

Mi madre me estaba esperando en la cocina para desayunar, y antes de bajar, me abrigué bastante después de leer el comentario meteorológico de mi mejor amigo: hacía un frío horrible.

Cuando llegué a la cocina, me encontré con un plato de fruta cortada con un poco de sirope de arce por encima. No podía abusar mucho del sirope, pero como decía mi abuela Laisa: "una vez al año no hace daño". Pensar en ella me llenó de nostalgia. Mi abuela materna era una de las personas más importantes en mi vida, pero no la veía a menudo porque vivía en otro condado. Deseaba que llegaran las fiestas para pasar más tiempo juntas. Además, me encantaría que viniera a verme el día de la competición; sabía que, si ella estaba presente, todo sería perfecto.

—Lou, ¿te has abrigado bien? —La pregunta de mi madre me sacó de mis pensamientos y me hizo fruncir el ceño.

Ella sonrió con ese toque sarcástico tan suyo, y yo no pude evitar contestarle en el mismo tono.

—Oh, ya. Lo dices porque voy forrada. —Ambas nos reímos—. Muy graciosa, mamá. ¿Papá ya se fue a trabajar?

Asintió mientras recogía su taza de café.

—Hoy ni siquiera me dio tiempo a despedirme de él.

Con eso en mente, terminé de desayunar y llevé el bol al lavavajillas. Estábamos listas, y si no salíamos ya, llegaríamos tarde al instituto.

Al poner un pie en la calle, ambas tiritamos por el frío que se nos coló hasta los huesos. El castañeo de dientes que se escuchó de las dos nos hizo reír de nuevo. Corrimos hacia el coche, y mi madre encendió la calefacción en cuanto puso el trasero en el asiento del conductor.

Llevábamos cinco minutos esperando a Jerome, que, como siempre, no llegaba. Sabíamos perfectamente que su madre no lo dejaba salir hasta que no se despedía de ella como era debido. Esto había sido así desde siempre. Unos minutos después, lo vimos corriendo hacia el coche. Subió al asiento trasero, saludándonos y excusándose con exactamente lo que habíamos imaginado.

Solté una risa bajita para que no me escuchara y fijé mi mirada en la ventanilla, observando el paisaje que se cernía a lo largo del camino.

Con una música de fondo que no conocía —mi madre siempre ponía un canal de radio de su época—, el ambiente estaba en completo silencio. Era extraño. Jerome y yo solíamos hablar sin parar desde el momento en que nos veíamos, pero todavía me sentía extraña por lo que pasó ayer en la nieve.

No sabía cómo gestionar lo que había sentido. Nunca me había sentido atraída por mi mejor amigo, y no quería que esto pasara. No quería que lo nuestro se estropeara por algo que no tenía ni pies ni cabeza. Éramos como hermanos, por el amor de Dios.

Llegamos en poco tiempo, a pesar de que no estábamos precisamente cerca. En cuanto me despedí de mi madre, bajé del coche y fui directa a Jerome, que me esperaba con una impaciencia que no intentaba disimular. Lo primero que hizo fue preguntarme qué me pasaba y por qué no había dicho ni una palabra durante todo el camino.

Después, sacó el tema de ayer, y no sabía dónde esconderme. Sentí cómo mis mejillas se encendían al instante, un calor que contrastaba con el frío de la mañana. Ya estaba temblando, pero no por el clima.

No me quedó más remedio que reunir fuerzas de lo más profundo de mi ser y decirle que todo estaba olvidado. Pareció convencido, lo cual me hizo soltar todo el aire que había estado reteniendo. Pero justo cuando pensaba que había escapado, pasó su brazo por encima de mis hombros, como hacía siempre. Sin embargo, esta vez no se sentía igual.

«Joder, ¿en qué momento había cambiado todo?», divagué, desviando la mirada hacia cualquier lado, intentando evitar que

nuestras miradas se cruzaran.

Cuando entramos al centro, aproveché la oportunidad para escapar de él y corrí hacia Jess, que me esperaba con una sonrisa. Me encantaría tenerla como compañera de aula, pero estaba en un curso superior, junto con Jerome y su hermano Parker.

—Buenos días, Lou. —Me abrazó con entusiasmo—. ¿Cómo estás? ¿Nerviosa por la competición?

—Un poquito, pero todavía faltan unas semanas —le recordé, aunque mis ojos seguían buscando a Jerome desde mi posición.

Lo vi acercarse a Parker y darle algo. Supuse que era el dinero de la cena que no pagamos el día que salimos al cine. Me había olvidado completamente de decirle que ya lo había pagado yo.

—¿Por qué miras tanto a Jerome? —La voz de Jess me sacó del trance en el que me había metido sin darme cuenta.

—Eh… por nada —titubeé, nerviosa, mientras ella me miraba de una forma diferente, como si intentara descifrar algo—. ¿Qué? No pasa nada.

—¿Segura? Cualquiera diría que te gusta tu mejor amigo.

Abrí los ojos como platos, y ella se echó a reír al verme en ese estado.

—Era una broma, Lou. —Su sonrisa era burlona, pero intenté no tomármelo en serio.

Sonreí falsamente, pero sus palabras me habían dejado helada.

—Si te hubieras visto la cara… de verdad que parecía que había acertado. Menos mal que no, ¿no?

—Claro que no. ¿Cómo me va a gustar Jerome? Somos prácticamente hermanos y… para qué negarlo, no es mi tipo —mentí descaradamente.

«Mentirosa, eres una mentirosa, y te crecerá la nariz como a Pinocho», pensé mientras la sirena sonaba y cada una se dirigía a su aula, una contigua a la otra.

La mañana la pasé metida en los libros, aunque no podía quitarme a Jerome ni las palabras de Jess de la cabeza. ¿Por qué no podía olvidarme de lo que sentí cuando lo tuve encima de mí? Joder, con la de veces que Jerome y yo nos habíamos abrazado, o dado besos; en la mejilla, claro. No entendía qué me estaba pasando, y

eso me desconcertaba aún más porque yo no era una chica enamoradiza. Nunca me fijaba en ningún chico del instituto, a pesar de que había muchos que eran bastante guapos.

Solo había que echar un vistazo al equipo de hockey para ver los modelos que teníamos como jugadores. No había ni uno feo.

Intenté concentrarme en el examen de historia que tenía delante. Sabía que iba a aprobar porque siempre era aplicada en mis estudios, pero algo me decía que hoy no alcanzaría la nota a la que estaba acostumbrada.

«Maldito Jerome. Maldita sonrisa y maldita mirada, capaz de descongelar todo el Polo Norte si se lo proponía», pensé, frustrada.

La sirena volvió a sonar, anunciando un descanso más que merecido. Me levanté de mi asiento como un resorte y me dirigí al lugar donde siempre esperaba a Jerome: una esquina junto a las taquillas. Por lo general, él siempre se retrasaba porque se ponía a hablar con sus compañeros, y me tocaba esperarlo.

Sin embargo, hoy salió antes de lo previsto. Lo vi acercarse con decisión y, antes de que pudiera decir nada, me cogió del brazo y me llevó hacia un lugar más privado. Me quejé por el camino, pero no se detuvo hasta que llegamos a la puerta que daba a la salida de emergencia.

—¿Por qué no me dijiste que le pagaste a Jess el dinero de la cena?

Fue lo primero que me dijo en cuanto estuvimos a solas. Alcé una ceja, cruzando los brazos sobre mi pecho, y vi cómo Jerome se ponía nervioso. Lo noté en el instante en que tragó saliva, y sus ojos viajaron hacia mi pecho. Sentí que mi cuerpo temblaba como una hoja, notando, por primera vez, una extraña excitación que no conocía y que no sabía cómo gestionar.

—Te lo iba a decir —murmuré, rompiendo el silencio que se había vuelto demasiado incómodo.

Quise evitar nuestro contacto visual de alguna manera, así que hablé para que reaccionara, para que ambos lo hiciéramos.

Jerome estaba visiblemente molesto conmigo por no haberle contado que mi madre se había encargado de enviarle el dinero de nuestra cena, acompañado de una disculpa. Me explicó que él

siempre iba a invitarme, que yo no tenía que pagar nada. Sus palabras me enternecieron, pero al mismo tiempo me hicieron sentir vergüenza. Bajé la cabeza durante unos míseros instantes, hasta que reuní el valor para mirarlo de nuevo y clavar mis ojos en los suyos.

Entonces, Jerome puso sus manos sobre mis brazos, y fue como si el mundo se detuviera por un segundo. Mis ojos viajaron instintivamente hacia sus manos, y, al notarlo, él se apartó de inmediato, disculpándose apresuradamente. Antes de que pudiera reaccionar, se dio la vuelta y salió corriendo hacia el baño.

Yo me quedé estática, sin saber qué paso dar, qué movimiento hacer, y mucho menos cómo detener la tensión que empezaba a formarse entre mi mejor amigo y yo.

Cuando pude reaccionar, me dirigí a la cafetería, donde normalmente nos reuníamos durante el descanso: Parker, Jess, Jerome y yo. Sin embargo, hoy fue diferente. Parker se llevó a Jerome a la mesa del equipo para presentarlo oficialmente como el próximo jugador de los Yucón. Me sentí un poco mal al darme cuenta de que había olvidado nuestro momento juntos, aunque fuera solo media hora de risas en medio de la mañana.

Para empeorar las cosas, noté que Kelly estaba sentada allí, junto a sus amigas, y sentí cómo mi corazón se encogía un poco.

—¿Estás bien? Hoy estás especialmente distraída —dijo Jess, sacándome de mis pensamientos por enésima vez.

—Sí, tranquila —respondí, intentando que mi tono sonara sincero.

—¿Seguro que está todo bien con Jerome? Es raro que no haya venido aquí con nosotras como siempre.

Tenía razón. Era extraño que Jerome se perdiera nuestras risas, nuestras charlas sin sentido y los chismes del día. Algo no encajaba, y no me gustaba la sensación que me dejaba. ¿Esto era lo que iba a pasar ahora? ¿Que en cuanto Jerome entrara al equipo de hockey se olvidaría de mí?

No quería ni imaginarlo. No sabía cómo sería mi vida sin él, sin su compañía constante. «A lo mejor es hora de que cojas otro camino», pensé por un instante. Pero no, nunca tomaría un camino

en el que no estuviera Jerome. Siempre estaríamos juntos, incluso cuando ambos tuviéramos nuestras propias parejas, trabajos e hijos. Éramos familia, y la familia se mantiene unida… al menos, eso era lo que mis padres me recordaban siempre que podían.

—Tranquila, pronto lo tendremos aquí de nuevo peleándose contigo. —Jess sonrió, y ambas soltamos una carcajada.

Instintivamente, miré en dirección a Jerome. Me estaba observando. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, se disculpó con el equipo y vino hacia nosotras.

—¿Me echabais de menos? —preguntó con esa sonrisa que siempre conseguía hacerme sentir bien.

—No tanto —repliqué, intentando picarle un poco.

—Oye, eso duele —dijo sarcásticamente, y no pude evitar reírme.

Jess se levantó para ir a comprar algo de beber, dejándonos solos una vez más. Volví a tensarme.

—Lou… —musitó, con un tono que parecía casi culpable—. Siento lo de antes. No quería dejarte tirada, y mucho menos discutir contigo por lo de la cena.

Mientras hablaba, tomó mi mano por encima de la mesa y comenzó a acariciar mis nudillos con la yema de sus dedos.

—Tienes las manos tan suaves —murmuró como si nada, como si decirme ese tipo de cosas fuera lo más normal del mundo.

Jerome y yo siempre habíamos tenido mucha complicidad, pero no hasta el punto de decirnos cosas que solo se dirían las personas que se gustaban. Entre nosotros eso no estaba pasando, ¿verdad?

Lo miré a los ojos, y tragué saliva. Por un momento, no pude apartar mi mirada de la suya. Fue como si nos hubiéramos metido en una burbuja invisible que nos dejaba completamente ajenos al mundo que nos rodeaba.

«Por Dios, que esto pare, porque no sé cuánto tiempo más podré aguantar sin desmoronarme», pensé, desesperada por encontrar la forma de salir de aquella burbuja antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 10

Jerome

No podía seguir frente a ella; estaba seguro de que se había dado cuenta de que mis ojos se clavaron en su pecho. ¿Qué pensaría de mí? Era mi mejor amiga. Nunca me había sentido así con Lou, y esa sensación me estaba dejando completamente descolocado.

Me encerré en el baño más tiempo de lo normal, intentando sofocar el calor que me invadía de pies a cabeza. Mi mente no dejaba de reproducir en bucle el momento en la nieve y sus… mierda, ni siquiera podía decirlo.

«¿Qué cojones te pasa, Jerome? ¡Despierta!», me recriminé mentalmente mientras trataba de sacarme cualquier pensamiento inapropiado de la cabeza. Me di un respiro, me acomodé la ropa y salí del baño. Si seguía allí, no iba a aprovechar el descanso, y, además, Lou probablemente ya me estaría esperando en nuestra mesa de siempre.

Cuando entré a la cafetería, Parker apareció de la nada y me cogió del brazo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, tíos —saludó mientras me arrastraba a la mesa del equipo de hockey—. Os presento al próximo jugador de los Yucón.

Sonó tan seguro que casi me lo creí por un segundo.

—Bueno, todavía no he entrado en el equipo —le recordé con cierto nerviosismo.

—Eso es un hecho, tío. Créetelo. ¿Verdad que tiene que creérselo? —dijo, mirando a sus compañeros.

Los demás asintieron con entusiasmo y me dieron la bienvenida como si ya fuera parte del equipo. Algunos se presentaron, aunque ya conocía a la mayoría; después de todo, éramos compañeros del mismo instituto.

De repente, escuché la risa de Lou y, casi por reflejo, giré la cabeza hacia ella. Me estaba observando, y por un momento, nuestras miradas se encontraron.

—Me disculpáis un momento —dije rápidamente antes dirigirme a nuestra mesa sin esperar respuesta.

Cuando llegué, me senté al lado de Lou, haciéndola reír como siempre. Les pregunté si me habían echado de menos, y ella, en su tono sarcástico habitual, me respondió que no tanto. Sabía que estaba bromeando; su sonrisa lo decía todo.

Nos quedamos solos por un momento, ya que Jess se levantó para comprar algo de beber. Aproveché la oportunidad para tomar su mano y disculparme por lo que había pasado hacía apenas unos minutos. No me di cuenta de que estaba acariciando sus nudillos hasta que mis labios soltaron, sin pensarlo:

—Tienes las manos tan suaves.

«¡Joder, Jerome! ¿Cuándo vas a parar?», me abofeteé mentalmente, sintiéndome como un idiota por ser tan descarado.

Nuestros ojos se encontraron y, de pronto, el silencio entre nosotros lo dijo todo. Ninguno de los dos parecía capaz de apartar la mirada, como si estuviéramos atrapados en una burbuja invisible que nos aislaba del resto del mundo.

No sabía cuánto tiempo iba a durar ese trance, pero empezaba a temer que no podría soportarlo mucho más sin desmoronarme.

—Eh, ¿hola? —La voz de Parker rompió la burbuja en la que, sin darnos cuenta, nos habíamos metido.

Lou soltó mi mano de inmediato y se levantó como un resorte, saliendo, corriendo hacia la puerta sin decir una palabra.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido por algo? —preguntó Parker, algo confundido.

Negué, suspirando con frustración.

—Bueno, a decir verdad, discutimos antes por lo del dinero, y estaba pidiéndole disculpas porque me puse muy cabezón… nada más.

Parker frunció el ceño, aunque enseguida enarcó una de esas sonrisas que decían más de lo que sus palabras podrían expresar.

—Pero estabais agarrados de la mano —dijo, arqueando una ceja con picardía.

—Ya sabes que Lou y yo somos muy "ñoños", o eso dice tu hermana siempre, ¿no?

—¿Qué es lo que digo yo siempre? —Jess nos interrumpió, sentándose al lado de su hermano—. ¿Dónde está Lou?

—Ha salido corriendo —respondió Parker antes de que yo pudiera hacerlo.

Jess enarcó una ceja, se levantó de inmediato y, sin esperar respuesta, dijo:

—Voy a buscarla.

Hizo lo que yo debería haber hecho: ir tras Lou para saber qué le pasaba. ¿Se habría enfadado conmigo por haber estado tan…? Mierda. Era muy posible que la estuviera confundiendo con mis idas y venidas. Lo último que quería era que mi mejor amiga pensara que la estaba tratando como a las demás. *«Las conquistas y las dejas»,* solía decirme Lou. Palabras suyas, no mías.

Pero esa no era la realidad. Yo no conquistaba a las chicas para luego dejarlas cuando me cansaba. Simplemente, no había encontrado a la chica que lograra entrar en mi corazón, esa que me hiciera perder la cabeza. Y, aun así, Lou siempre me miraba como si fuera el mayor *picaflor* del instituto.

—¿Seguro que estáis bien? —preguntó Parker, sacándome de mis pensamientos.

—Que sí, joder —bramé, más fuerte de lo que debería. Al darme cuenta de mi tono, suspiré y añadí—: Lo siento. Estoy sometido a demasiada presión. ¿Sabes lo nervioso que estoy? Las pruebas para el equipo son el miércoles y no estoy preparado. ¡Voy a palmar!

Cambié de tema deliberadamente, esperando que dejara de insistir en lo que había pasado con Lou.

—No te preocupes, tío. En el equipo entra cualquiera. Para sentarse en el banquillo, no tienes que saber jugar —ironizó con una sonrisa de suficiencia que logró sacarme de quicio.

—No me apoyes tanto, tío.

Ambos soltamos una carcajada justo cuando sonó la sirena, anunciando el fin del descanso.

Se me había hecho más corto de lo normal, aunque quizá también fuera porque había pasado más tiempo discutiendo con Lou que disfrutando de nuestro momento juntos. Y eso me molestaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, incluso para mí mismo.

Aunque nos veíamos a diario, hacíamos los deberes juntos y, a veces, hasta cenábamos en compañía del otro, hoy había algo distinto. Y ese "algo" no dejaba de dar vueltas en mi cabeza.

Lo que quedó de clases no sirvió de nada; no pude concentrarme en absolutamente nada. Lo único que deseaba era salir de allí y hablar con Lou para disculparme de nuevo. En solo dos días, le había pedido perdón más veces de las que podía recordar, y así no funcionaba nuestra amistad. Nunca nos habíamos peleado, por lo tanto, nunca había sido necesario disculparnos por nada.

—Eh, Jerome —el susurro de Parker interrumpió mis pensamientos.

Doblé mi cuerpo hacia atrás, solo un poco, intentando que el profesor no se percatara de que estábamos de cháchara, como él decía, mientras explicaba algo que supuestamente era importante. Aunque, siendo sinceros, eso nos lo hacían creer todo el curso.

—¿Qué? —susurré de vuelta.

—Dime la respuesta de la pregunta cinco.

Abrí los ojos desmesuradamente, mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

—¿Estás loco? ¿Cómo voy a darte la respuesta de un examen, tío? —murmuré con la voz baja, aunque llena de incredulidad—. Se nos caerá el pelo si se da cuenta el *"Vinagre".*

Le llamábamos *"Vinagre"* al profesor porque siempre tenía cara de asco, como si se hubiera tomado un chupito de ese líquido tan fuerte que solo servía para aliñar ensaladas. *El vinagre era asqueroso; el sabor, no él.*

Pese a todo, terminé diciéndole la respuesta rápidamente, rezando para que no nos pillara. Si eso llegaba a pasar, nos suspendería sin piedad y, probablemente, nos castigaría de paso. Mis padres, por supuesto, me encerrarían en mi habitación por el resto de mi vida. Y si eso ocurría, daba igual que Lou y yo estuviéramos tensos, peleados o lo que fuera: no volvería a verla en mucho, mucho tiempo.

Las clases terminaron, y recogí mis cosas con rapidez para salir de una vez. Al salir del aula, no vi a Louise por ninguna parte, así

que decidí preguntar a alguna compañera suya. Me acerqué a Janet, que era la más cercana.

—Hola, Janet. ¿Sabes si Lou ha salido ya?

—Sí, hace unos minutos que se ha ido —respondió mientras fruncía el ceño.

—Gracias.

Giré sobre mis talones sin esperar más y me dirigí a la salida, con la esperanza de que Lou estuviera en la calle esperándome, algo que no solía hacer, pero últimamente parecía que todo estaba cambiando.

En la calle, mis ojos recorrieron el aparcamiento, buscando el coche de su madre, pero no lo encontré. En su lugar, vi a mi padre al otro lado, esperándome junto al coche familiar. Me acerqué a él, todavía algo desconcertado.

—Hola, papá. ¿Qué haces aquí? —pregunté, sorprendido.

—Recoger a mi hijo. ¿Qué pasa, no te gusta que te recoja yo? —ironizó, mostrándome su blanca dentadura en una sonrisa.

—No es eso, pero siempre me voy con Lou y… no está. No sé dónde está.

Mi padre asintió, subiendo al coche.

—Sube —me pidió, y lo hice sin protestar—. Kayla me avisó de que no podía esperarte. Vino a recoger a Lou, y se fueron rápido porque su abuela llegó de sorpresa y tenían que recogerla en la estación.

—Oh, ha venido la yaya Laisa —dije con una mezcla de alegría y sorpresa.

Mi padre soltó una carcajada.

—Ya sabes que no le gusta que la llames "yaya".

Me encogí de hombros. En realidad, sabía que sí le gustaba. Me quería tanto que aguantaba mis ocurrencias, aunque siempre me recordaba, medio en broma, que llamarla así la hacía sentirse mayor. A pesar de sus sesenta años, Laisa no aparentaba su edad. Era una mujer cómica, con un sarcasmo tan parecido al de Lou y Kayla, que me encantaba. Siempre me hacía reír demasiado cuando estaba cerca.

Saber que la abuela de Lou había llegado antes de tiempo me alegró, pero no pude evitar sentir una pequeña punzada de molestia porque no me hubiera esperado para decírmelo. Al menos eso me merecía, ¿no?

Sin embargo, no podía recriminárselo.

Llegamos a casa y todavía no estaba el coche de Kayla. Entramos, y mi madre estaba sirviendo el almuerzo. Me acerqué a saludarla con un beso en la mejilla, y ella me envolvió en un abrazo como si no me hubiera visto en años.

Después de lavarme las manos —porque, si no lo hacía, sabía que mi madre no pararía de insistir—, me senté a la mesa y comencé a comer en silencio, aunque bajo las constantes miradas de mis padres.

—¿Qué pasa? —pregunté, algo incómodo. Sus miradas fijas empezaban a ponerme nervioso.

—Esta noche vamos a preparar una cena de bienvenida para Laisa, ¿qué te parece? —anunció mi madre con una sonrisa.

Asentí con entusiasmo.

—Sabíamos que te gustaría la idea.

—¿Pero? Porque hay un "pero", ¿verdad?

—Qué listo es mi niño —ironizó mi padre con una sonrisa.

—Queremos que te portes bien, Jerome —añadió mi madre.

Fruncí el ceño, sin entender a qué se refería.

—Siempre me porto bien. Ni que fuera un bebé —respondí, poniendo los ojos en blanco.

—No es eso, cariño —intervino mi madre con un tono más conciliador—. Es solo que, a veces, eres algo intenso, y tus bromas son… ¿cómo decirlo? Hirientes.

Abrí la boca en una "o" exagerada, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—No sé a qué te refieres, mamá. Nunca he hecho una broma que moleste a alguien o, al menos, no es mi intención —dije con sinceridad—. A ver, si es porque le digo "yaya" a Laisa, dejaré de hacerlo, pero no creo que…

—Eso a ella le gusta —interrumpió mi madre con una sonrisa.

Giré la cabeza hacia mi padre, recordándole lo que me había dicho en el coche. Él simplemente se encogió de hombros.

—A veces, cuando hablas, sueltas cosas, cielo. Sabemos que no lo haces con mala intención, pero puede llegar a molestar a alguien.

No entendía muy bien a qué se refería mi madre con eso. Me consideraba un chico educado y respetuoso. Si ser gracioso significaba molestar, entonces tendré que convertirme en una pasa para que nadie se ría conmigo, pensé.

Cuando dije eso, ambos se echaron a reír. Hice un gesto de afirmación, como si aceptara que mi humor podía ser un poco peculiar, y ellos entendieron que no había sido mi intención molestar nunca.

Aun así, decidí que tendría más tacto a la hora de hablar, especialmente con los adultos. Aunque, siendo sinceros, los invitados de esta noche eran prácticamente de la familia.

Al terminar, recogí mi plato y lo dejé en el lavavajillas antes de subir a mi habitación. Tenía un montón de deberes pendientes, así que sabía que estaría encerrado al menos tres horas. Era el tiempo perfecto para tranquilizarme y pensar en cómo hablar con Lou. Necesitaba que entendiera que, a pesar de todo, seguíamos siendo amigos. Solo amigos.

CAPÍTULO 11

Louise

La vergüenza que sentí al ser pillados en esa tesitura por Parker fue demasiado para mí. Me levanté como un resorte y salí corriendo, alejándome lo más posible de Jerome, su mirada y esa bonita sonrisa. ¿Qué me estaba pasando? Empezaba a sentirme atraída por mi mejor amigo, algo para lo que no estaba preparada. Necesitaba verle menos veces al día. Apartarme de él sería lo mejor para mi cordura.

Me refugié en el baño, donde finalmente pude volver a respirar con normalidad. Por un momento, mientras nuestras miradas se cruzaban, ajenos a todo a nuestro alrededor, había sentido la necesidad de que sus labios se unieran a los míos.

—Estás loca, Lou —me dije a mí misma en un susurro apenas audible.

—¿Lou? —La voz de Jess me sobresaltó mientras entraba en el baño—. ¿Estás bien? Parker me ha dicho que saliste corriendo. ¿Te ha pasado algo?

Mis ojos se encontraron con los suyos, nerviosos, mientras negaba rápidamente, intentando sonar lo más convincente posible.

—¿Estás segura? Llevas extraña desde esta mañana, y todo apunta a que es algo con Jerome. Vamos, cuéntamelo, somos amigas.

Le regalé una sonrisa sincera, aunque forzada, y nos sentamos juntas en el banco de madera bajo la ventana. De repente, una alumna salió de uno de los cubículos. Apenas recordaba su nombre; nunca hablábamos.

Aquello me hizo quedarme en silencio. No iba a empezar a contar algo así delante de una extraña. Si se enteraba más gente, todo el instituto acabaría sabiendo lo que pasaba, incluido Jerome. Y para eso tampoco estaba preparada.

—Bueno, ya estamos solas —me apremió Jess en cuanto la chica salió del baño.

—No es nada… es solo que… no sé cómo decírtelo —musité, las palabras apenas salían de mi boca—. Ayer fuimos al hotel de la familia de Jerome y salimos, como siempre, a dar un paseo por la nieve y a patinar en el lago…

—¿Y? —Jess me miraba con curiosidad, impaciente, mientras yo buscaba las palabras adecuadas. Solo recordar lo que pasó hacía que mis mejillas se sonrojaran.

—Tropezamos jugando, y él… cayó sobre mí.

Jess frunció el ceño, mirándome concentrada, con los ojos entrecerrados, como si intentara leer mi mente.

—Me sentí extraña… Joder, es que fue muy raro. Seguro piensas que estoy loca. —Me levanté del banco, incapaz de quedarme quieta —. Desde ese momento, he empezado a sentirme rara a su lado, como si…

—Como si te gustara —terminó la frase por mí.

Asentí lentamente, tapándome el rostro con ambas manos.

—Tranquila, Lou, es normal que te sientas atraída por Jerome. Pasáis demasiado tiempo juntos y sois amigos desde niños. Si soy sincera, siempre supe que esto pasaría. Más bien, me sorprende que hayas tardado tanto en darte cuenta.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Darme cuenta de qué?

Sabía a lo que se refería Jess, pero prefería escuchar a alguien más decirme lo que yo misma ya sabía. Sí, Jerome empezaba a gustarme, y lo peor era que, en el fondo, creo que siempre había sentido algo por él. Como un barco que choca con un iceberg, como el agua que se encuentra con el hielo o la nieve que brilla bajo el sol. Jerome y yo éramos polos opuestos, y justamente esas diferencias eran lo que más nos atraía el uno hacia el otro.

Sin embargo, entre él y yo no podía haber nada más que una bonita y ferviente amistad. Nada más. Si era sincera conmigo misma, eso era lo mejor para ambos.

—Estás enamorada de Jerome, Lou —dijo Jess con seguridad.

No podía decir que tanto como enamorada.

Me volví a sentar mientras negaba con la cabeza. Claro que no estaba enamorada. Lo que sentía por él era… admiración. Siempre

estábamos juntos, me defendía, y, sí, a veces nos tratábamos como si fuéramos algo más, pero eso no significaba nada. ¿Verdad?

—No hasta ese punto —murmuré finalmente, intentando convencerme tanto a mí misma como a Jess—. Es cierto que somos muy unidos, que quiero a Jerome… muchísimo, pero no de la manera en la que tú piensas.

Jess rodó los ojos, claramente sin creerme.

—Si eso te ayuda a convencerte, me parece bien —respondió con indiferencia.

Seguimos hablando unos minutos más. Le conté lo que había pasado por la mañana y también lo de la cafetería. A cada cosa que decía, Jess parecía más convencida de que ambos sentíamos lo mismo. Yo, en cambio, negaba con la cabeza como una desquiciada. Jerome no sentía nada por mí. Eso sí que era imposible.

De pronto, la sirena sonó. Antes de salir del baño, le hice prometerme que no se lo contaría a nadie, que esto tenía que quedarse entre nosotras. Solo cuando me lo juró, salimos y nos fuimos cada una a nuestra aula.

El resto de las clases se me hicieron eternas. Solo quería salir y hablar con Jerome. Necesitábamos aclarar las cosas por el bien de nuestra amistad.

«¿Y si sales con otros chicos? Quizá sería bueno empezar a conocer a más personas», pensé mientras miraba por la ventana, fijándome en el cielo gris que cubría el instituto.

—Señorita Betancourt, ¿sabe el teorema de Pitágoras?

El tono severo del profesor Radford me sacó de mis pensamientos.

—¿Perdón? —pregunté, sin haber escuchado nada de lo que había dicho.

—Espero que preste atención. Lo que estoy explicando ahora mismo estará en el examen de la semana que viene —me reprendió, y yo asentí rápidamente mientras escuchaba las risitas ahogadas de algunos compañeros.

Giré la cabeza, buscando al graciosillo de turno, y mis ojos se encontraron con Lion, uno de los jugadores del equipo de hockey. No podía negar que estaba como un queso.

Él me sonrió con una ceja alzada, y yo volví a mirar al frente, fingiendo concentración.

Por suerte, el profesor Radford ya había pasado de mi caso y seguía explicando. Dibujó un triángulo rectángulo en la pizarra, marcando sus tres lados con las letras A, B y C.

—Recordad, chicos, que el teorema de Pitágoras dice que, en cualquier triángulo rectángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. Es decir... —continuó escribiendo en la pizarra—. Esto no solo es útil en geometría; lo veréis aplicado en muchas áreas de la vida real.

Cogí el bolígrafo y empecé a copiar, pero mi mente seguía en otra parte. Claro, entendía el teorema, no era tan difícil: si conocías dos lados del triángulo, podías calcular el tercero. Sin embargo, lo único que podía pensar era en cómo encajaba Jerome en mi vida. ¿Éramos dos lados del triángulo, sosteniéndonos mutuamente? ¿O éramos dos catetos, ambos tratando de conectar sin que la hipotenusa se rompiera? Dios, qué pensamiento tan absurdo.

Suspiré y traté de centrarme en las matemáticas, aunque sabía que mi cabeza estaba demasiado lejos del aula.

Llegó la hora de salir del instituto y me dirigí a la esquina de siempre para esperar a Jerome. Esa era mi intención, hasta que mi madre me llamó al móvil para decirme que ya estaba afuera esperándome.

—Tenemos que irnos —dijo, algo apresurada.

—Estoy esperando a Jerome —respondí, con un deje de duda en la voz.

—No hay tiempo, cariño. Su padre ya vendrá a recogerle.

No me gustaba la idea de irme sin decirle nada, pero supuse que, si mi madre estaba tan insistente, debía de ser por algo importante.

Al salir, me subí al coche, y en cuanto la saludé, me soltó la noticia:

—Vamos a la estación a recoger a tu abuela. Ha venido de sorpresa.

—¿Qué? ¿La abuela ya está aquí? —exclamé, incapaz de contener la emoción.

—Sí —asintió con una sonrisa—. Me avisó hace una hora de que estaba llegando. No podía creérmelo. Ya conoces a mi madre, siempre sorprendiendo.

Nos carcajeamos juntas.

Así era mi abuela: impulsiva, espontánea y la mejor mujer que había conocido en mi vida. La adoraba demasiado, y saber que este año había llegado antes de lo previsto me llenaba de felicidad.

El camino hacia la estación se me hizo eterno. Estaba nerviosa, tamborileando con los dedos sobre mi rodilla mientras mi madre conducía. Media hora después, finalmente llegamos y aparcamos.

Entramos y fuimos hacia la puerta por la que salían los viajeros. Nos sentamos en unos bancos frente a la entrada y nos quedamos esperando.

Mientras tanto, mi móvil empezó a sonar. Sin mirar la pantalla, ya sabía que eran mensajes de Jerome. Estaba a punto de cogerlo cuando la vi: mi abuela Laisa saliendo, cargada con una pequeña maleta y una gran sonrisa.

Me levanté de golpe, como si tuviera un resorte, y corrí hacia ella.

—¡Abuela! —grité, llena de emoción—. ¡Te he echado mucho de menos!

—¡Mi niña! Yo también te he extrañado muchísimo —respondió, dándome un beso en la frente mientras me estrechaba entre sus brazos—. No sabes las ganas que tenía de estar aquí con vosotras.

Cogió la mano de mi madre con ternura cuando me separé de ella.

—Hola, mamá. ¿Qué tal el viaje? —preguntó mi madre, abrazándola con cariño.

—Bien, algo pesado, pero bien —respondió, su rostro iluminado por una sonrisa que hacía casi desaparecer las arrugas que marcaban sus años.

Después de un rato de charla, nos preguntó por mi padre y, cómo no, por su nieto Jerome.

Ella siempre lo trataba como a un nieto más, porque, para todos nosotros, éramos como una familia. Sus padres y los míos eran amigos tan cercanos que parecían hermanos, y mi abuela lo

consideraba parte de nosotros desde siempre. Así había sido toda nuestra vida, y así seguiría siendo.

Sin darme cuenta, volví a pensar en él. ¿Por qué estaba todo girando tanto en torno a Jerome últimamente? Si seguía así, iba a acabar volviéndome loca.

Salimos de la estación para regresar a casa y, por el camino, Erika llamó a mi madre. Quería avisarle de que esta noche organizarían una cena en su casa para darle la bienvenida a mi abuela. Por supuesto, mi madre aceptó encantada. No se iba a perder una velada con la familia Spencer por nada del mundo, y menos si era para celebrar que mi abuela había llegado antes de lo previsto.

Yo, en cambio, sentí cómo los nervios se apoderaban de mí. Volvería a ver a Jerome, y no sabía cómo empezar a decirle que debíamos olvidarnos de la tensión que había comenzado a crecer entre nosotros. Era lo mejor para ambos, para nuestra amistad.

Siempre había tenido confianza con él, la suficiente como para contarle cualquier cosa. Pero esto… Esto iba a costarme mucho. Tanto, que ni siquiera sabía qué palabras usar para expresarlo.

Al llegar a casa, mi madre aparcó frente al garaje y salimos del coche. Instintivamente, mi mirada se dirigió a la ventana de su habitación. Allí estaba, asomado. Alzó la mano para saludarme, y le correspondí con una sonrisa, aunque el corazón me latía con fuerza.

—Vamos, Lou, ayúdame con el equipaje de la abuela —la voz de mi madre me devolvió a la realidad.

Me acerqué a ellas, cogí una de las maletas y entré en casa. El calor de la calefacción me envolvió al instante, aliviando el frío que se me había metido en los huesos.

Mi padre vino a recibir a su suegra, y ella, como siempre, le dio un abrazo lleno de cariño. Lo adoraba, y él a ella también. Para mi abuela, mi padre era como un hijo más.

Aproveché ese momento para subir a mi habitación y adelantar los deberes que tenía pendientes. Quería dejarlos listos antes de la cena en casa de Jerome. Lo último que necesitaba era acumular tareas y agobiarme más tarde.

Mientras me sumergía en mis deberes, mi mente seguía volviendo a Jerome, a esa sensación extraña entre nosotros, como si el silencio entre las palabras pudiera decir más que cualquier confesión. Era el momento de hablar, pero no sabía si mi corazón estaría preparado para escuchar lo que mis labios no se atrevían a decir.

CAPÍTULO 12

Jerome

Estuve mucho rato esperando a que apareciera el coche de la madre de Lou. Solo quería verla, aunque fuera por la ventana. Necesitaba saber si estaba bien. No me gustó la forma en que se fue tras la interrupción de Parker en la cafetería.

Vale, yo me había comportado como un auténtico gilipollas, diciéndole cosas que no debería. Teníamos que parar esto que empezaba a crecer entre nosotros antes de que fuera demasiado tarde.

Lo único bueno era que hoy no necesitaría buscar una excusa para verla; vendría a mi casa a cenar, así que aprovecharía ese momento.

Intenté centrarme en los deberes mientras esperaba, pero me costaba horrores concentrarme. Mis pensamientos no dejaban de volver a Lou y a todo lo que había pasado.

Cuando escuché el sonido de un coche acercándose, me levanté rápidamente y me asomé a la ventana. Ahí estaban. Lou se bajó y, como si supiera que la estaba mirando, levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron.

Levanté la mano para saludarla con una sonrisa, como siempre. La quería demasiado, y estar así con mi mejor amiga estaba siendo una tortura.

Ella me devolvió el saludo, pero su madre le pidió ayuda con el equipaje de la yaya Laisa, desviando la mirada y acercándose a ellas. Poco después, desapareció dentro de su casa.

Suspiré, volviendo al escritorio, decidido a seguir con mis tareas, pero me era imposible concentrarme.

Cogí el móvil con impaciencia y le envié un mensaje. El corazón me latía con fuerza, como si estuviera escribiéndole a una chica que me gustaba y no a mi mejor amiga.

"Hola, Lou."

Eso fue lo único que mis dedos pudieron teclear. Mi mente no daba para más en ese momento.

"Cuando vengas…"

Me quedé mirando la pantalla, divagando entre mil palabras que pudiera decirle sin sonar demasiado ansioso. Porque, sinceramente, lo estaba.

Antes de que pudiera acabar de escribirle, su respuesta apareció.

"Hola, Jerome."

"¿Qué querías decirme?"

Mierda. Nunca habíamos estado tan secos entre nosotros, y justamente esto era lo que quería evitar. Decidí recurrir a lo de siempre: una broma. Era mi mejor recurso para picarla y sacar una sonrisa, y haría lo que fuera necesario para no perder a Lou como amiga, aunque eso significara renunciar a algo más.

"Cuando vengas no te comas toda la tarta de chocolate que está haciendo mi padre."

No tenía ni idea de por qué había dicho eso. Ni siquiera sabía si mi padre estaba preparando tarta. Pero, por alguna razón, funcionó.

"¿Tarta? ¿Sabes con quién estás hablando? No como chocolate, Jerome."

Sonreí, complacido. Había entrado en el juego, pese a que no tenía claro lo que estaba haciendo. Tecleé otra respuesta, buscando que reapareciera esa Lou sarcástica y carismática que tanto conocía.

"Oh, pues tendré que comérmelo yo solo y me pondré muy gordo."

"Así no podré entrar en el equipo. ¿No piensas ayudar a este pobre futuro gordo?"

Mis ojos se quedaron anclados a la pantalla, esperando una respuesta que me demostrara que Louise y yo seguiríamos siendo los de siempre, que nada hará que eso cambie.

"En ese caso, y solo si es por una buena causa… 😌🍫"

"Me comeré la mitad, así nos ponemos gordos los dos 😂🍰"

—¡Sí! ¡Lo he conseguido! —grité, levantándome de la silla como si hubiera logrado algo imposible.

—¿Jerome? ¿Qué te pasa? —La voz de mi madre me sobresaltó al entrar en mi habitación, atraída por mi grito.

Negué rápidamente, intentando disimular.

—¿Seguro? —insistió, cruzándose de brazos—. ¿Qué es lo que has conseguido?

—Eh, yo… —busqué desesperadamente una respuesta convincente—. Entender este ejercicio. No había manera de que me entrara en la cabeza.

Ella sonrió, asintiendo con una mezcla de orgullo y escepticismo.

—Bueno, termina y luego date una ducha, ¿de acuerdo? No quiero que te acuestes esta noche después de haber sudado todo el día porque… —se llevó un dedo a la nariz, fingiendo oler algo desagradable—. Hueles mal.

—¡Mamá! —protesté, indignado, mientras ella salía de mi habitación a carcajadas.

Terminé de hacer todos los deberes. Gracias a nuestros mensajes, comencé a sentirme mejor y pude concentrarme de nuevo. Guardé todo en la mochila y cumplí con lo que mi madre me pidió: meterme en la ducha antes de "empezar a oler mal".

No tardé mucho en asearme y vestirme con ropa cómoda y holgada, de esas que tanto me gustaban. Salí de mi habitación y bajé las escaleras para preguntar a mis padres si necesitaban ayuda con la cena o con cualquier otra cosa.

Justo cuando puse un pie en el último escalón, sonó el timbre. Miré el reloj de pared y vi que ya eran casi las nueve, así que podían ser perfectamente los Betancourt.

—Jerome, abre tú, cielo —me pidió mi madre desde la puerta de la cocina.

Caminé hasta la puerta y la abrí, encontrándome con la sonrisa cálida de la yaya Laisa. Al verme, amplió aún más su sonrisa y me dio un efusivo abrazo.

—Pero bueno, el pequeño Jerome es todo un hombretón —bromeó, haciéndome reír—. Qué guapo eres.

—Hola, yaya Laisa —respondí con cariño, porque el sentimiento era genuino.

—Mi nietecito… eres al único que dejo que me llame yaya —susurró al oído, guiñándome un ojo.

Se apartó y fue a saludar a mis padres. Kayla y James, los padres de Lou, entraron detrás de ella, y, por último, lo hizo Lou.

Cuando estuvo frente a mí, nuestros ojos se encontraron, y por unos segundos, nos quedamos mirándonos. Quise acercarme, pero al verla tan seria, me cohibí. ¿Y si seguía tensa conmigo? ¿Y si lo nuestro no tenía arreglo? No sabía si podría soportar perderla.

—Bueno, gordito. ¿Y esa tarta? —dijo finalmente, con una sonrisa que me hizo soltar el aire que llevaba conteniendo.

Le devolví la sonrisa y me acerqué a darle un abrazo, reencontrándome con mi mejor amiga.

—En realidad, no hay tarta —susurré en su oído.

Por un momento, nos quedamos abrazados. Podía sentir el latido de nuestros corazones, sincronizados, como si se reconocieran. Aspiré su aroma, una mezcla de algo fresco y puro, como el aire helado de un bosque en invierno, con un toque dulce que recordaba al hielo cubierto de sol. Era único.

—¡Chicos! ¿Pensáis quedaros abrazados toda la cena? —La voz de Laisa nos interrumpió de golpe, haciendo que nos separáramos avergonzados—. Qué monos sois los dos —añadió, con esa sonrisa traviesa que solo ella podía poner.

—Anda, abuela, vamos a cenar —dijo Lou rápidamente, alejándose de mí antes de que Laisa soltara algo que nos hiciera sentir aún más incómodos.

Mi padre se encargó de servir la carne que había preparado. El resto ya estaba listo, y la mesa parecía una cena de Navidad: todos juntos, celebrando un año más unidos. Estos momentos siempre eran especiales, y yo adoraba compartirlos con ellos, mi familia al completo.

Como siempre, Lou y yo estábamos sentados uno al lado del otro. Bajo la mesa, llevé mi mano hacia la suya, buscándola. Necesitaba que me mirase, aunque no sabía exactamente por qué. Me costaba mucho estar a su lado y no comportarme como siempre.

Mis impulsos parecían tomar el control, y mucho más, mis sentimientos.

Cuando Lou notó mi mano, me miró extrañada. Le devolví una sonrisa suave, intentando demostrarle que yo seguía siendo el mismo, aunque mi interior estuviera en completo caos. No estaba seguro de poder seguir este camino en el que parecía haberme metido sin darme cuenta.

—Bueno, contadme, chicos —Laisa volvió a interrumpirnos, atrayendo nuestras miradas hacia ella—. ¿Qué tal estáis? ¿Qué es de vuestra vida? ¿Estáis saliendo con alguien? Venga, no os quedéis callados.

—Mamá, déjalos. Todavía no piensan en esas cosas, ¿verdad? —Kayla miró a su hija, quien negó rápidamente con las mejillas rojas como un tomate.

—¿Cómo qué no? A su edad, yo ya estaba enamorada de tu padre —respondió Laisa, recordándole una historia que todos conocíamos de memoria.

Había contado tantas veces cómo conoció al abuelo de Lou que era imposible olvidarla. Tenía quince años y ambos eran vecinos. Al principio, se odiaban, no se soportaban en absoluto. Sin embargo, una noche en la que Laisa sacó a su perro, un hombre intentó robarle. Él apareció de la nada para salvarla.

Ese incidente los unió de tal manera que, en cuestión de semanas, estaban enamorados.

Era difícil imaginar enamorarse tan rápido, pero si ella lo decía, debía de ser cierto.

El padre de Lou y el mío cambiaron de tema, hablando del hotel y las mejoras que querían hacerle. Aprovechamos esa distracción para terminar de cenar, y cuando acabamos, les pedimos permiso para irnos arriba. Asintieron sin problema.

Sin saber por qué, mis ojos se clavaron en la abuela de Lou. Ella me dedicó una sonrisa cómplice que me confundió, como si intentara decirme algo que yo no lograba entender.

—Vamos, Jerome, antes de que mi abuela vuelva a preguntarnos algo que no podamos responder —dijo Lou, tirando de mi brazo para sacarme del salón.

Subimos a mi habitación, y Lou se sentó directamente en la cama. Se quitó los zapatos y subió los pies, acomodándose con la

confianza de quien había hecho eso mil veces antes. Yo estaba acostumbrado a verla hacer cosas así, pero esta noche me sentía especialmente confuso.

Todo lo que hacía parecía tener un significado oculto, como si cada gesto suyo pudiera llevarnos a algo más… Algo que no entendía y que tampoco quería analizar demasiado.

«A veces eres un poco tonto», pensé, mientras hacía lo mismo que ella.

Me senté a su lado, descalzándome, y ambos reposamos la espalda en el cabecero de la cama. Nos quedamos en silencio unos segundos. Fueron los más largos de mi vida.

—Eh, Jerome…

—Yo, Lou…

Hablamos a la vez, interrumpiéndonos mutuamente. Nos miramos y soltamos una carcajada al percatarnos de lo ridículo del momento.

—Jerome, no podemos seguir así —dijo finalmente, su voz sonando más seria de lo habitual—. Nosotros somos amigos, y lo que esté pasando ahora mismo… solo es una confusión que…

—Ya, pero —la interrumpí, dejando que las palabras salieran antes de pensarlas.

—¿Pero? ¿Qué? —preguntó, girándose un poco para mirarme directamente.

Su mirada me atravesó, como si buscara una respuesta que yo no sabía si quería dar.

Mi mente buscó las palabras adecuadas, pero no las encontraba. Era como si se hubieran escondido en lo más profundo de mi cerebro, bloqueándome, impidiéndome aclarar mis propios pensamientos y, mucho menos, los de ella.

Tenía que hacer como si nada. Como si lo que estaba empezando a florecer entre nosotros no fuera más que una confusión absurda entre dos amigos que pasaban demasiado tiempo juntos. Tenía que convencerme de que la atracción física era solo una ilusión, algo que debíamos apartar antes de que se interpusiera entre nosotros.

Y si para lograrlo debía salir con otras chicas, lo haría.

Prefería mil veces tener a Louise como siempre. Los cambios no siempre eran buenos, así que ¿para qué arriesgar algo que funcionaba perfectamente tal y como estaba?

—Nada… tienes razón, Lou —dije al fin, cuando mi mente desbloqueó las palabras que había estado buscando—. Solo estamos confundidos por la relación que tenemos, pero somos amigos, y no quiero perderte de ninguna manera.

El gesto de Lou cambió al instante. Sus ojos dejaron entrever una emoción que no logré descifrar.

Lo extraño era que había sido ella quien había comenzado diciendo que todo esto era una confusión, pero, por alguna razón que no alcanzaba a comprender… «Más bien, no quieres comprenderlo».

No, no quería verlo. Porque si lo hacía, sabía que todo lo que intentaba evitar arrasaría conmigo, con ella, con nosotros. Era más seguro mantenerme en esta mentira que en una verdad que podría cambiarlo todo para siempre. todo lo que habíamos construido con nuestra amistad.

CAPÍTULO 13

Louise

Y pensar que quería decirle todo lo que estaba sintiendo. Había pensado mil veces en las palabras que le diría cuando estuviéramos a solas, pero ahora que estábamos aquí, frente a frente, sentados en su cama, no podía decirle nada. Preferí no hacerlo.

Después de hablar por mensajes con Jerome, una parte de mí parecía volver a la normalidad, como si todo estuviera bien. Pero no fue así, porque todo cambió ayer, cuando fuimos al hotel. En solo unas horas, me estaba viendo arrasada por una ventisca llamada Jerome, una que amenazaba con destrozar mi corazón si no la congelaba antes de que fuera demasiado tarde.

Jerome y yo seguiríamos siendo los mejores amigos, era lo mejor para los dos, o al menos eso quería creer.

—Bueno… —musité, soltando un suspiro—. ¿Has visto algún video de hockey?

Cambiar de tema siempre se me dio bien, y él lo sabía. Me sonrió y asintió.

Eso me demostró, una vez más, que él no sentía por mí lo mismo que yo empezaba a sentir por él. Se levantó para coger su móvil y se acomodó de nuevo en la cama. Buscó el video que había estado viendo y me lo mostró para que ambos pudiéramos verlo.

—¿Has aprendido algo? Porque te recuerdo que tienes un día para prepararte. —Puso los ojos en blanco y no pude evitar reír.

—A ver, yo puedo quedar mañana por la tarde para seguir enseñándote a patinar, aunque creo que ya te desenvuelves bastante bien.

—¿En serio? ¿Crees que me desenvuelvo bien? Si no paro de caerme. —Llevé mis manos a los labios para reírme por su ocurrencia.

—Vamos, Jerome, tú puedes caerte mejor… digo, hacerlo mejor. —Me dio un empujón cariñoso, y seguimos riendo.

El ambiente se fue llenando de una extraña quietud. Volvimos a quedarnos en silencio, mirando el video, o al menos eso intentábamos. Sin embargo, nuestros ojos no podían apartarse. Nuestra respiración se volvió más pesada. Quería hacerle otra broma para distraerme, pero no podía. Me estaba costando demasiado.

—Entonces… —musitó él, su voz cortada, como si temiera la respuesta—. ¿Estamos bien?

—Claro, siempre vamos a estar bien, aunque quieras conquistarme con tu sonrisa.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí. Un calor sofocante me subió de los pies a la cabeza, y Jerome me sonrió con picardía, como si estuviera haciendo justamente lo que le había pedido: conquistarme.

—¡Lou! —La voz de mi madre se escuchó desde el piso de abajo, interrumpiendo el momento y haciendo que apartáramos la mirada al instante.

—Creo que es hora de irme —dije con nerviosismo, mientras me ponía rápidamente los zapatos.

Iba a levantarme, pero Jerome cogió mi mano con suavidad y, en un gesto inesperado, tiró de mí para abrazarme.

—No quiero que pienses que podría tratarte como a las demás, Lou —susurró en mi oído—. Eres mi mejor amiga y no te haría nada malo, nunca.

Mi corazón latió frenético, mis ojos se aguaron por sus palabras, aunque no sabía si era de emoción o decepción al darme cuenta de que jamás me vería como a las demás. Qué tonta era. Jerome y yo nunca seríamos algo más que amigos, porque entre nosotros no podía crecer nada más que el amor de hermanos, como siempre nos habían enseñado desde pequeños.

—Lo sé —susurré, sin saber qué más decir. —Tengo que irme.

—Está bien —respondió él, pero con una mirada que no podía disimular. —Aunque me gustaría que te quedaras a dormir, como cuando éramos pequeños. ¿Te acuerdas?

Sonreí con nostalgia.

Fueron buenos tiempos, cuando no teníamos preocupaciones, solo pensábamos en que amaneciera rápido para volver a ver al

único amigo que tenía, el único que me daba todo lo que necesitaba. Dormíamos juntos, hacíamos todo juntos, y conforme crecíamos, eso se fue afianzando. Por eso, debía entender que dar un paso más sería un error. Un paso en falso que podría destruir lo que habíamos construido durante tantos años.

—No sé si nuestros padres estarían de acuerdo.

Él alzó una ceja.

—¿Por qué? Antes no les importaba. —Lo repitió, como si con eso fuera a convencerme.

—Antes éramos unos niños y ya no lo somos, Jerome. Las cosas cambian y… bueno, ya sabes…

—No, no lo sé —respondió, pero algo en su voz me dijo que lo único que quería era que se lo dijera yo.

—Joder, Jerome. Somos adolescentes, las hormonas disparadas. Nada más tienes que ver que con solo una caída estamos confundidos, creyendo que nos gustamos cuando la realidad es otra. ¿Cómo pretendes que me quede a dormir contigo con todo esto? Ni siquiera soy capaz de mirarte sin ponerme roja como un tomate.

Solté todo lo que pensaba a toda prisa, y él soltó una carcajada que me desconcertó al principio. Pero luego, me uní a su risa.

—Gracias por decirme lo que pensabas de verdad —dijo, levantándose de la cama para acercarse a mí—. Me ha costado, pero al fin puedo ser sincero contigo. —Fruncí el ceño—. Pensé que nuestra amistad se rompería si empezábamos a tratarnos de forma diferente, como si nos gustáramos. Ahora sé que eso no pasará.

—¿Por qué? ¿Acaso no puedo gustarte? —Volví a decir las cosas sin pensar e intenté hacerle ver que había sido una broma—. Te la creíste —me burlé al ver su mirada.

—Uf, me has asustado. Eres de lo que no hay, Lou.

Volví a escuchar la voz de mi madre, así que me despedí de él y salí de su habitación. Cuando cerré la puerta, me apoyé en ella, intentando recobrar la cordura que había perdido en esa habitación, ante él, y que solo él podía devolverme. Mis ojos se aguaron por unos segundos y me prohibí llorar en ese momento, justo cuando estaba a punto de ver a todos. No quería que se dieran cuenta de lo

que me pasaba, a pesar de que yo era como un libro abierto para todo el mundo.

Cuando me recompuse, suspiré y bajé las escaleras, encontrándome con mis padres y mi abuela en la puerta, esperándome.

—Venga, ya es tarde, cielo —me apremió mi madre.

Me acerqué a Erika y Lincon, los padres de Jerome, para darles un beso de despedida y salí detrás de mi familia.

Iba lentamente, arrastrando los pies, como si la nieve que había cuajado no me dejara caminar, y no era así. Mi abuela, percatándose de mi ritmo, ralentizó el paso para que llegara hasta ella y camináramos juntas hasta la casa, a pesar de que estábamos al lado.

—¿Todo bien? —se preocupó, y asentí sin mirarla—. Algo me dice que no es así. La miré—. ¿Problemas con Jerome?

Me sorprendía la capacidad de observación de mi abuela, dándose cuenta de cosas que mis padres no serían capaces de ver. Me encogí de hombros. No estaba preparada para contarle a ella lo que me estaba pasando, aunque ya se lo había dicho a Jess. Pero entre amigas, era diferente, ¿no?

—Bueno, no me lo digas si no quieres, pero estaré aquí cuando te sientas preparada, ¿vale? —dijo con suavidad.

Asentí y le di un abrazo.

—Gracias, abuela. —Me dio un beso en la cabeza.

Entré en la casa y me dirigí directamente a mi habitación para acostarme, estaba realmente cansada y mañana tenía que madrugar para el instituto. Preparé la mochila, como cada día, y me cambié, poniéndome ese pijama tan calentito de color rojo y blanco que me había regalado mi abuela hacía ya un año.

En la cama, di varias vueltas inquieta; me estaba costando mucho quedarme dormida. Jerome y yo habíamos hablado y seguía sin aclarar mis sentimientos. Quería olvidarme de todo, claro que quería, pero no podía lograrlo porque una parte de mí se aferraba a eso como un clavo ardiendo. Tras varias vueltas más y después de haber mirado la hora como unas ocho veces, mis ojos finalmente se cerraron.

—Lou… Lou. —Noté una mano en mi hombro, moviéndome suavemente—. Cielo, despiértate.

—¿Qué hora es? —pregunté, aún en un susurro.

—Son casi las ocho. —Mis ojos se abrieron desmesuradamente, encontrándome con la amplia sonrisa de mi madre.

—Me he quedado dormida. —Me levanté rápidamente, pero el mareo que me dio al levantarme tan deprisa me hizo sentarme de nuevo—. ¿Por qué no me has despertado antes?

—Pensé que estabas vistiéndote, siempre te levantas antes que yo, hija —se quejó, como si fuera mi culpa.

«Pues claro que es tu culpa, ¿de quién si no?» pensé mientras cogía la ropa que me pondría y corría hacia el baño para asearme y vestirme a toda prisa.

—Voy a prepararte algo rápido para desayunar mientras te preparas.

Fue lo último que dijo antes de salir de mi habitación. Me eché agua en la cara y volví a recordar la conversación con Jerome. Eso fue lo que me desveló por la noche y el culpable de que me hubiese quedado dormida.

Salí del baño ya vestida, cogí mis cosas; por suerte, las había preparado por la noche. Con la mochila sobre el hombro, bajé las escaleras de dos en dos para ir a desayunar.

—Buenos días, cariño —me saludó mi abuela.

—Hola, abuela.

Me senté a comerme la fruta, lo que últimamente comía por los entrenamientos, y casi me atraganté por comer tan rápido. Mi madre no quería meterme prisa, pero estaba claro que, si no lo hacía, llegaríamos tarde.

El timbre de la casa sonó, y me extrañó, puesto que no esperábamos a nadie a esa hora. Mi abuela fue la encargada de ir a abrir y la voz de Jerome se escuchó entrando en la casa, tensándome de nuevo. Respiré profundamente antes de que llegara hasta la cocina. No podía seguir sintiéndome así; tenía que volver a ser la Lou de antes con su mejor amigo y nada más.

—Lou, ¿te has quedado dormida? —fue lo primero que me dijo al verme.

—Y tú te has caído de la cama —ironicé, sacando mi lado más gracioso para que viera que me había olvidado de todo.

—Algo así. —Se rió, y mi abuela con él, porque se reía con todo lo que su nietecito Jerome decía, aunque no tuviera gracia.

—Bueno, vámonos ya o llegaremos tarde —le pedí, tragándome el último trozo de manzana.

—Pero traga, que te vas a ahogar. —Se carcajeó.

Salimos de la casa y nos subimos al coche.

Por el camino, hablamos de cosas triviales, como el hockey, el patinaje, los exámenes, y todo lo que no nos gustaba. También le recordé que por la tarde iríamos a patinar para que se terminara de preparar para la prueba de mañana. Así, el trayecto se nos hizo más corto y llegamos enseguida.

Me despedí de mi madre y ambos nos bajamos del coche. Jerome pasó su brazo por encima de mis hombros, como acostumbraba, y yo, en vez de tensarme, intenté por todos los medios relajarme, algo que estaba consiguiendo. Tenía que acostumbrarme a esta sensación, a guardar en mi interior lo que realmente me hacía sentir mi mejor amigo, tras un choque en la nieve que trastocó todo lo que yo creía, todo mi mundo.

—Hola, Lou —Jess apareció de improviso, ayudándome a salir de los brazos de Jerome, quien la miró de mala manera.

«Había cosas que nunca cambiarían», pensé, mientras Parker se acercaba también a saludarlo.

—¿Qué tal todo? Veo que mejor. —Me encogí de hombros cuando me susurró eso al oído.

—Bueno, hemos aclarado las cosas y todo vuelve a ser como antes. —Suspiré y le regalé una sonrisa fingida.

—A Jerome podrás engañarle, pero a mí no —dijo, con el mismo tono de voz—. No te preocupes, el tiempo hará que todo vuelva a ser como antes.

—¿Tú crees? —Asintió, esbozando una sonrisa sincera.

La sirena sonó más rápido de lo habitual, o tal vez era yo que no sabía en qué hora vivíamos. Jerome y yo nos dijimos adiós con la mano y Jess me dio un beso en la mejilla. Entramos a nuestras aulas y me sumergí de nuevo en los estudios. ¿Qué más podía hacer?

CAPÍTULO 14

Jerome

La conversación con Lou fue intensa, todo lo que empezaba a sentir por ella me estaba llevando al límite. Lo único que deseaba era olvidarlo todo y seguir como si nada, como siempre, como era antes de la caída que nos hizo pensar que podría haber algo más. No, no podía haber nada más. Yo no podía darle nada más, y ella se lo merecía todo.

Cuando llegamos al instituto, Lou se alejó de mí rápidamente, gracias a la intervención de Jess. Si creía que no me había percatado, estaba muy equivocada; conocía demasiado bien a mi mejor amiga.

Me acerqué a Parker para entrar a clase, como cada día, y empezó la tortura. Hoy teníamos otro examen, uno para el que no estaba preparado porque no había estudiado. Había estado tan concentrado en entrar al equipo de hockey que no me detuve a pensar en lo importante: los exámenes antes de las vacaciones de Navidad.

—¿Qué pasa, tío? ¿Pudiste hablar con Lou? —curioseó Parker. Yo pensé que ya se le habría olvidado el momento en que mi mejor amiga se levantó y salió corriendo ayer.

—Sí, todo bien, no pasa nada —respondí. Aunque no le mentía, tampoco le conté toda la verdad.

—¿Seguro? Ella parece… no sé. —La miró de reojo.

—¿Por qué tanto interés en Lou? Parece que te gusta —espeté sin pensar demasiado. Parker enmudeció, y yo tragué saliva antes de atreverme a añadir—: ¿Te gusta mi mejor amiga, Parker? —La pregunta salió de mi boca con la voz entrecortada, mientras esperaba una respuesta negativa que nunca llegó.

Mi amigo no solo me confesó que le gustaba Louise, sino que llevaba interesado en ella desde hacía tiempo, aunque nunca se atrevió a decírmelo porque no sabía cómo me lo tomaría.

—¿Ya no crees que me gusta? —repliqué, clavando mis ojos en él.

—A ver, realmente siempre pensé que tú y Lou acabaríais juntos y… joder, ayer, cuando os vi… creí que…

—Tranquilo, lo de ayer fue un malentendido que no volverá a pasar. Además, sabes que a mí me gusta Kelly; si no, no estaría intentando entrar en el equipo de hockey —respondí, intentando sonar lo más convincente posible, aunque por dentro tenía ganas de gritarle que no quería que se acercara a ella ni a un milímetro de distancia.

Iba a sentarme en mi sitio, dando por concluida la conversación, cuando Parker volvió a hablarme, a pesar de que el profesor ya esperaba que los alumnos se sentaran.

—Voy a pedirle una cita —dijo en un susurro. Yo suspiré exasperado y asentí, dándole, supuestamente, mi bendición.

La mañana se me hizo eterna. El examen se me lio tanto que no supe qué hacer. Mi mente no paraba de pensar en la posibilidad de que mi amigo y Louise empezaran a salir juntos, que se hicieran novios. Me los imaginé besándose y, de pronto, se me heló la sangre. ¿Qué cojones me pasaba? Debería darme igual con quién salieran; ambos eran mis amigos. Vale, Lou era mucho más importante para mí que Parker, y no quería que nadie le hiciera daño.

«Por eso no quieres dar el paso tú, ¿verdad? Para no hacerle daño», mi conciencia decidió atacarme, metiéndome en la cabeza pensamientos que no quería tener.

No, a mí realmente mi mejor amiga no me gustaba. Todo había sido una confusión mezclada con el momento. No sentía nada por ella. No sentía nada por Louise Betancourt.

Cuando llegó el descanso, Parker se levantó rápidamente, y yo lo seguí. Sabía exactamente lo que iba a hacer y quería evitarlo a toda costa, al menos hasta que pudiera advertirle a Lou sobre sus intenciones. Primero habría que ver si tenía alguna posibilidad, ¿no?

Le agarré del brazo para frenarlo, y me miró extrañado, justo cuando estaba a punto de llegar hasta mi mejor amiga y su hermana, que ya estaban esperándonos.

—¿Qué te pasa? —preguntó con el ceño fruncido.

—Nada, es solo que... A ver, déjame que primero tantee a Lou.

—¿Por qué? ¿Crees que me dirá que no? —me encogí de hombros. No tenía ni idea de lo que Lou le respondería, aunque, siendo sincero, me encantaría que fuera un no rotundo.

—¿Entonces?

Se giró hacia mí, quedando de frente, y se cruzó de brazos. Parker era alto, más musculoso que yo, hay que admitirlo. Además, tenía esa apariencia de chico perfecto que tanto gustaba: pelo perfectamente desordenado, sonrisa ganadora, y como si fuera poco, era el capitán del equipo de hockey. Eso, claro, le daba puntos extra.

—Louise es muy tímida, y sé cómo decirle las cosas para que no se agobie. Si quieres salir con ella, deja que yo hable con ella primero, ¿vale? —Siguió sin parecer muy convencido—. Escucha, esta tarde hemos quedado para ir a patinar. Si quieres, puedes venir con la excusa de que me vas a enseñar algunos trucos para la prueba de mañana. Así, yo ya le habré hablado de ti.

Se quedó pensativo durante unos segundos, el tiempo justo para que Jess y Lou aparecieran a buscarnos. Estábamos anclados en la puerta del aula, perdiendo el tiempo del descanso. Finalmente, justo antes de que ellas llegaran lo suficientemente cerca como para escuchar nuestra conversación, Parker asintió y chocó su puño con el mío.

—Eh, ¿qué os pasa? ¿Por qué tardáis tanto? —preguntó Jess en cuanto llegó.

—Nada, solo estábamos hablando del examen —mentí descaradamente.

Sentí la mirada de Lou fija en mí. Apostaría lo que fuera a que sabía perfectamente que estaba mintiendo.

En completo silencio, caminamos hasta la cafetería. Mientras Jess iba a pedir una bebida y Parker se dirigía a saludar a su equipo, Lou y yo nos acomodamos en nuestra mesa de siempre para esperarlos.

Nos sentamos sin decir ni una palabra, algo inusual entre nosotros. Lou me miró con una ceja alzada, claramente esperando que fuera yo quien rompiera el hielo, pero no encontraba las

palabras adecuadas. Sabía que debía aprovechar este momento a solas para hablarle de Parker, pero no tenía idea de cómo abordar el tema.

—¿Vas a hablar de una vez? —dijo al fin, cansada de esperar.

—No sé a qué te refieres —respondí, esquivando la pregunta a toda costa.

—Vamos, Jerome. Está claro que Parker y tú estabais hablando de algo que no queréis que Jess y yo sepamos.

Negué con la cabeza, tratando de calmarla.

—No es exactamente así. Tú sí deberías enterarte...

—¿Perdón? —me interrumpió, con el ceño fruncido.

Solté un bufido, frustrado. Era la misma sensación que llevaba arrastrando desde hacía días y que parecía no querer darme tregua. Justo cuando iba a explicarle algo, Parker apareció y, para mi sorpresa, en lugar de sentarse a mi lado, como siempre hacía, lo hizo junto a Lou. Ella levantó una ceja, visiblemente incómoda, y lo miró de reojo.

—Hola, Lou —la saludó con su sonrisa más seductora.

—Hola, Parker —respondió, seca y algo desconcertada.

—¿Qué haréis hoy? —preguntó Parker, ignorando completamente mi presencia. Estaba claro que iba a hacer las cosas a su manera, a pesar de que le había pedido que me dejara a mí.

—Iremos a patinar. Quiero seguir enseñándole para que mañana no haga el ridículo —respondió Lou, haciendo que ambos se carcajearan.

Apreté los puños bajo la mesa. Las ganas de patearle el trasero a Parker eran inmensas. Por un momento, consideré levantarme y largarme de allí.

—Pues me apunto, si no os importa —dijo Parker, y Lou se encogió de hombros. ¿Qué más podía hacer?

—¿A qué te apuntas, hermanito? —preguntó Jess, sentándose a mi lado, ya que su hermano le había quitado el sitio.

Parker le explicó que íbamos a patinar por la tarde para seguir preparándome para la prueba del equipo de hockey de mañana. Pese a que Jess no disfrutaba del patinaje, decidió que también vendría, como no. No solo tenía que soportar que mi amigo se

uniera con la intención de conquistar a Lou, sino también a la acaparadora de su hermana. Los hermanos Simons empezaban a sacarme de quicio.

—¿Qué piensas tú, Jerome? —intervino Lou, dándose cuenta de mi incomodidad.

—Me parece genial. Cuantos más, mejor, ¿no? —respondí con una sonrisa forzada, aunque rechinando los dientes al final.

Parker notó mi cambio de humor y, por debajo de la mesa, me dio una patada, claramente pidiéndome que me relajara.

Le devolví la mirada, pero rápidamente cambié mi expresión a una más neutral. Lo último que quería era que mi amigo se diera cuenta de lo mucho que me molestaba su interés por Lou, mi Lou.

Tras ese momento incómodo, Louise se las ingenió para distraerme. Comenzó a hablar conmigo sobre nuestras cosas, ignorando por completo a Parker y Jess. Como siempre, tenía el don de devolverme la calma con su forma de ser.

De pronto, Kelly se acercó a nuestra mesa, algo poco habitual en ella, todo hay que decirlo. Me saludó con una sonrisa que me desarmó al instante. Me puse nervioso. Esa chica me gustaba mucho, y estaba claro que lo sabía, porque siempre aprovechaba esa ventaja.

—Me han dicho que mañana te presentas a la prueba del equipo —dijo, inclinándose un poco hacia mí.

Asentí, incapaz de articular palabra de inmediato.

—Espero que tengas mucha suerte, aunque creo que no la necesitas —añadió con una sonrisa encantadora.

—Gracias, Kelly —respondí al fin, armándome de valor. No era tan tímido como para quedarme callado del todo—. Espero verte en las gradas.

Le guiñé un ojo, y ella respondió con otra sonrisa antes de darse la vuelta y marcharse.

Justo después de que Kelly se marchara, clavé los ojos en Lou. Ella me miraba con una expresión difícil de descifrar, entre confusión y… ¿enfado? No estaba seguro y, sinceramente, tampoco quería averiguarlo del todo. Antes de que pudiera pensar en algo para decirle, Parker soltó una carcajada y empezó a comentar que esa

chica no se acercaba a cualquiera, que si lo había hecho era porque yo le interesaba.

No quería creerle demasiado, aunque una parte de mí deseaba que tuviera razón.

Lou se levantó de repente al escuchar a Parker, con una expresión seria, y fue a comprarse una bebida. Aproveché la oportunidad para seguirla y tratar de hablar con ella.

—¿Te pasa algo, Lou? —le pregunté tras su espalda, haciendo que diera un pequeño salto.

—¡Joder, Jerome! —exclamó, girándose hacia mí con el ceño fruncido—. Me has asustado.

—Perdona, no era mi intención. Solo quiero saber si estás bien.

—No me pasa nada, ¿por qué preguntas? —respondió, con un tono seco que no me convenció en absoluto—. El que parece que tiene algo que no quiere contarme eres tú.

Antes de que pudiera responder, dio un paso hacia mí, alzó una ceja y añadió con sarcasmo:

—Pero tranquilo, seguro que puedes contárselo a Kelly, ya que parece estar tan interesada en ti.

Solté una risa irónica, una reacción automática que no ayudó en absoluto. Lou frunció aún más el ceño, claramente molesta.

—¿Estás celosa, Lou? —solté, acercándome a ella. No sé por qué lo hice, pero algo en su mirada, su presencia… toda ella, me atraía de una forma que no podía controlar.

—¿Qué haces, Jerome? —preguntó con un tono entre desconcierto y reproche, poniendo una mano firme en mi pecho para frenarme—. Contrólate, por favor.

Su gesto me hizo reaccionar. Retrocedí al instante, pasándome una mano por el pelo, avergonzado.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado —murmuré, incapaz de mirarla a los ojos.

Estaba hecho un lío. Por un lado, me repetía a mí mismo que Kelly me gustaba, como había pensado hasta hace unos días. Pero, por otro, Lou estaba ocupando cada rincón de mi cabeza, desatando un caos que no entendía ni sabía cuándo había comenzado.

Me esquivó en cuanto tuvo su bebida en la mano. Yo me quedé ahí, clavado en el mismo lugar, con los pies anclados al suelo y la mirada fija en su espalda mientras se alejaba. No se molestó en girarse ni una sola vez y, cuando volvió a la mesa, se sentó al lado de Parker.

Verlos juntos, aunque solo fuera eso, sentados uno al lado del otro, me jodió más de lo que estaba dispuesto a admitir. Sin embargo, sabía que jamás lo reconocería, ni siquiera ante mí mismo.

CAPÍTULO 15

Louise

Algo raro estaba pasando entre Parker y Jerome, y aún no había conseguido que mi mejor amigo me lo dijera. Estuvo a punto de contarme algo antes de que Parker llegara y se sentara a mi lado. Eso me trastocó un poco, porque siempre se sentaba junto a Jerome.

Y por si eso no fuera suficiente, para estropear aún más la mañana, Kelly se acercó para hablar con él frente a todos, como si no le importara lo más mínimo que a mí me molestara. «¿Cómo pretendes que esa chica sepa si te molesta o no, si ni siquiera tú eres capaz de admitirlo?», pensé mientras los observaba fijamente. Él le guiñó un ojo, y ella le sonrió como si fuera la gran cosa.

Me levanté de la mesa en cuanto escuché al hermano de Jess aclararle a Jerome que, si Kelly se había acercado, era porque estaba interesada en él. Qué bien...

Fui a comprarme una bebida, intentando despejarme un poco. O tal vez debería salir al patio y dejar que el frío me congelara; sería más fácil y rápido. Pero, justo cuando pensaba eso, la voz de Jerome me sobresaltó, y lo encaré, molesta por el susto.

—¡Joder, Jerome! —exclamé, girándome hacia él con el ceño fruncido—. Me has asustado.

Él solo quería saber si me pasaba algo, y yo no podía decirle que sí, que me ardía ver cómo tonteaba con esa tal Kelly como si no existiera nadie más. Lo dejé verlo, dejé que entendiera que estaba celosa porque él me lo preguntó. Obviamente, no lo iba a admitir, por mucho que lo intentara.

De repente, como si fuera atraído por un imán, comenzó a acercarse a mí más de lo permitido. Estábamos tan cerca que casi respirábamos el mismo aire, y me puse tan nerviosa que no supe cómo controlarlo.

—¿Qué haces, Jerome? —pregunté, entre desconcierto y reproche, poniendo una mano firme en su pecho para frenarlo—.

Contrólate, por favor.

Mi gesto fue suficiente para que reaccionara. Retrocedió al instante, pasándose una mano por el cabello, visiblemente avergonzado.

Se disculpó de inmediato, y yo lo esquivé, volviendo a sentarme con Parker y Jess. Por suerte, ellos no habían presenciado el espectáculo que Jerome casi me hace protagonizar, acercándose a mí como si le interesara más de lo que debía. Esas cosas no las hacíamos nosotros, no era algo que debíamos permitir.

Minutos después, la sirena sonó y me levanté para ir a mi clase, deseando que el día se acabara pronto para poder regresar a mi casa. Antes de entrar al aula, sentí una mano agarrando la mía. Giré sobre mis talones, pensando que era Jerome, pero al darme la vuelta me encontré con Parker, mirándome con una sonrisa que me dejaba completamente confundida. Tragué saliva, nerviosa.

—Lou —musitó—. ¿Quieres que te recoja esta tarde?

Iba a responder, pero Jerome se adelantó, habiendo escuchado la propuesta de su amigo.

—No hace falta, tío. Ya sabes que vamos juntos. —Lo empujó amistosamente, y Parker asintió, soltando mi mano—. Nos vemos luego, Lou —dijo mientras entraba en su aula, dejándome completamente descolocada.

Me propuse concentrarme en la clase de ciencias, apartando de mi mente todo lo que me confundía y molestaba. Me costó bastante lograrlo, pero al final lo conseguí, sobre todo porque la profesora no dejaba de apuntar mil cosas en la pizarra que debíamos hacer en casa.

Las horas pasaron rápido, algo que me pareció extraño. Cuando llegó la hora de salir, cogí mis cosas y me dirigí al lugar de siempre a esperar a Jerome. No tardó nada en llegar hasta mí y, como si estuviéramos huyendo de alguien, me sacó del instituto a toda prisa. Pensé que íbamos hacia el coche de mi madre, pero, en lugar de eso, su mano tiró de mí y me llevó hacia la parte trasera del instituto, donde estaba el jardín.

—Jerome, es la segunda vez que me arrastras a un lugar apartado para hablar. ¿No puedes esperar a después? Mi madre está

esperando.

Él puso un dedo en mis labios, pidiéndome silencio. Estaba visiblemente nervioso.

—Lo siento, Lou —dijo, comenzando a caminar de un lado a otro, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. No sé qué me pasa, ¿vale? Quiero controlarme, pero me cuesta bastante hacerlo cuando...

—¿Cuándo qué? —le interrumpí, sin poder evitarlo—. Jerome, ya hemos hablado de esto. Solo estás confundido.

Me miró con una ceja alzada, como si no estuviera convencido.

—Vale, ambos estamos confundidos —admití, suspirando—. Y sí, tenemos que aclararnos, porque si no, esto no hará más que estropear nuestra amistad.

Se sentó en el banco que teníamos al lado, pasándose las manos por el rostro, y yo hice lo mismo, sentándome a su lado. Puse mi mano en su hombro, intentando calmarlo para que pudiéramos hablar con más claridad. Lo que estaba pasando no era bueno para ninguno de los dos, y tanto él como yo lo sabíamos.

—Jerome, te pido que hagamos algo —le dije, consiguiendo que me mirara—. Olvidemos este tema, ¿de acuerdo? No ha pasado nada entre nosotros, y no pasará nada, porque tú y yo siempre seremos amigos. Y los amigos no pueden ser nada más.

—¿Estás segura? —su pregunta me sorprendió—. ¿Estás segura de que los amigos no pueden ser nada más?

Sonreí, intentando aligerar la tensión, y él se unió a mi sonrisa.

—Tú y yo no, Jerome —respondí, agachando la cabeza y clavando mis ojos en la nieve cuajada bajo nuestros pies—. No te soportaría como novio, eres muy pesado.

Se carcajeó, la tensión comenzando a disiparse.

—Anda que tú —dijo al fin, mirándome de nuevo con esa sonrisa suya.

Me levanté y, sin pensarlo, tiré de él para que se pusiera de pie. Nos miramos unos segundos, y en ese instante, por un breve momento, desee que solo fuéramos dos compañeros de instituto que empezaban a gustarse, sin importar lo que pasara después. Pero no

era así, y sabíamos que debíamos seguir siendo Louise y Jerome, los mejores amigos.

Le di un abrazo y él me estrechó contra su pecho. En esa postura, nos reímos como si lo que acababa de pasar fuera solo una broma que no habíamos sabido llevar.

Llegamos a casa y me despedí de él como siempre, con un empujón y un "nos vemos luego". No quería estar mal con Jerome, y si para eso tenía que obviar que me atraía de otra manera, lo haría. Total, antes no pensaba en eso, solo había sido una tontería producto de las hormonas y no podía dejar que me controlaran.

Almorcé con mis padres y mi abuela, mientras hablábamos sobre la competición que tenía en unas semanas. Mi madre me recordó que mañana tenía entrenamiento con Lauren una hora antes del instituto. Era uno de esos días en los que tendría que madrugar más, y aunque no me importaba porque era para hacer algo que me apasionaba, sabía que acabaría agotada.

Al terminar, recogí mi plato y subí a mi habitación para hacer las tareas que nos habían mandado, con la esperanza de estar libre para ir a patinar con Jerome más tarde. Él también tenía un día importante mañana, con la prueba para entrar en el equipo de hockey.

Pasó poco más de una hora y, al terminar, me di cuenta de que aún tenía una hora libre. Aproveché para ensayar un poco en mi habitación, aunque sabía que tendría que hacerlo de nuevo con los patines puestos y sobre el hielo. Patinar era como bailar, solo que con un par de cuchillas bajo los pies.

Me puse de pie frente al espejo, ajustándome la ropa deportiva, y sentí la tensión en mis piernas. La habitación estaba en completo silencio, y el único sonido era el suave crujir del suelo de madera bajo mis pies descalzos. Cerré los ojos un momento, respirando profundamente, como si estuviera ya sobre el hielo, buscando esa sensación de fluidez que tanto amaba.

Me concentré, repasando mentalmente los pasos que había practicado con Lauren. Giré sobre un pie, extendí los brazos, intentando mantener el equilibrio como lo haría en la pista. «Es solo cuestión de sentir la música», me repetí en mi mente.

De pronto, me lancé a realizar un salto, el más complicado que había intentado. Cerré los ojos mientras me lanzaba al aire, sintiendo el peso de mi cuerpo, la misma sensación que tendría si estuviera realmente patinando. Aterricé con un pequeño desequilibrio, pero logré recuperarme. «Maldita sea», pensé. No me rendiría. Lo intenté de nuevo, y esta vez, el salto fue mejor. Al menos, lo sentí así.

Seguí con unos giros, mejorando la técnica, sintiendo cómo mi cuerpo se movía con mayor confianza. Estaba agotada, pero me seguía empujando a continuar. Patinar no solo era un deporte, era mi escape, mi forma de ser libre, de olvidar todo lo demás.

Finalmente, me detuve, respirando con dificultad, observando mi reflejo en el espejo. Sabía que había trabajado bien, pero aún no estaba al nivel que quería para la prueba de mañana. Sin embargo, sentía que estaba lista, como si el esfuerzo de todo el día se hubiera canalizado en esa pequeña mejora. Mañana lo lograré, me dije a mí misma. Y con esa idea en la cabeza, subí la música para relajarme un poco antes de seguir con el resto del día.

—Lou. —Mi madre abrió la puerta—. ¿Qué haces? —preguntó al verme sudando.

—Estaba ensayando un poco.

Ella alzó una ceja y se cruzó de brazos.

—Cielo, no es bueno que lo hagas aquí, te puedes hacer daño en los saltos. —Me recordó, y asentí—. Jerome te está esperando abajo y me ha pedido que lo rescates pronto antes de que tu abuela le pregunte algo que no sabrá responder. —Me carcajeé y ella hizo lo mismo mientras salía de mi habitación.

Me recogí el cabello en un moño y corrí a meterme en la ducha. Solo iba a ser un rápido lavado, ya que sabía que volvería a sudar más tarde, así que después me daría una ducha completa. Me vestí rápidamente una vez me sequé y bajé al rescate de mi mejor amigo, que aún estaba siendo interrogado por mi abuela Laisa.

—Abuela, déjalo ya —le pedí, cogiendo la mano de Jerome para sacarlo de sus garras.

—Por fin —musitó, aliviado—. ¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó cuando llegamos a la puerta.

—Mamá, vamos a salir un rato, ¿vale? —Esperé a que me respondiera y me agaché para coger la mochila con los patines.

Me ajusté la chaqueta y salimos de mi casa. Una vez que cerré la puerta, me dispuse a responderle.

—Estaba duchándome. ¿Por qué? ¿Mi abuela te ha preguntado muchas cosas? —Solté una risa irónica, y él me dio un empujón.

—Eres de lo que no hay, Lou —se quejó, y seguimos nuestro camino.

No tardamos mucho en llegar y nos encontramos con Parker y Jess esperándonos, algo que me sorprendió, puesto que siempre eran impuntuales.

—Mierda, me he olvidado completamente —musitó Jerome, y me paré en seco.

—¿De qué? —no sabía por qué, pero algo me decía que tenía que ver con lo que no había podido decirme en la cafetería.

—Le gustas a Parker —soltó la bomba sin más—. Debí decírtelo esta mañana, pero… bueno, ya sabes el motivo por el que no te lo he dicho. La cuestión es que le dije que hablaría contigo antes de esta tarde para preguntarte si a ti también te gusta.

Empecé a ponerme nerviosa. No me habría imaginado que le llegase a gustar al capitán del equipo de hockey. A ver, no podía negar que era muy guapo, pero nos conocíamos desde niños y, ciertamente, no era mi tipo. Parker y yo no teníamos nada en común, y no sabía qué responder si él mismo me lo preguntaba.

—La verdad es que esto me pilla por sorpresa, Jerome —dije con sinceridad—. Parker y yo… —hice una mueca extraña—. No sé, somos muy diferentes.

Jerome soltó un suspiro y sonrió, dándome un abrazo. Otra vez me dejó confundida, y aún más después de decirme al oído que eso era lo que esperaba escuchar de mi parte.

«¿En serio, Jerome? Por lo visto, quieres volverme loca».

CAPÍTULO 16

Jerome

La clase de geometría avanzaba lentamente, y, aunque intentaba concentrarme, mi mente no dejaba de dar vueltas. Había algo que me estaba quemando por dentro, algo que no podía ignorar. Las palabras de Parker, la mirada de Lou en la cafetería y esa sensación incómoda de que todo estaba cambiando entre nosotros, me tenían al borde del colapso.

Siempre había sido fácil con ella. Con Lou, nunca tenía que pensar demasiado en lo que decía o hacía; simplemente éramos nosotros. Pero ahora, todo parecía una maraña de emociones que no sabía cómo desentrañar. Era como si, con cada segundo que pasaba, las líneas entre nuestra amistad y algo más se volvieran más borrosas.

La forma en que me había mirado cuando Kelly se acercó… no era algo que pudiera sacarme de la cabeza. ¿Estaba celosa? Y si lo estaba, ¿por qué me importaba tanto? Lou era mi mejor amiga, y ese debería ser el principio y el fin de todo.

«Es solo una confusión», me repetí por enésima vez, aunque empezaba a dudar de mi propia convicción.

—Jerome, ¿estás conmigo? —La voz del profesor interrumpió mis pensamientos, y asentí rápidamente para no levantar sospechas. Aun así, las risitas de mis compañeros me dejaron claro que no lo había logrado del todo.

Parker, sentado a mi lado, me dio un codazo y susurró:

—Relájate, tío. Pareces un zombi.

Ni siquiera me molesté en responder. Si intentaba hablar con Parker, probablemente terminaría soltándole algo que no quería. Su interés por Lou seguía clavándose en mi mente como una espina. Y la idea de que pudiera estar tonteando con ella esta tarde mientras patinábamos me ponía los pelos de punta.

Pero no era solo Parker lo que me inquietaba. Era Lou. Era su mirada, su forma de apartarse de mí esta mañana, su manera de

evitar cualquier contacto cuando la tensión se hacía palpable entre nosotros. Era todo.

Solté un suspiro, dejando caer la cabeza entre mis manos, mientras intentaba ordenar mis ideas. Si seguía así, nuestra amistad se iría al garete, y eso era lo último que quería. Necesitaba hablar con ella, aclarar las cosas, poner todo sobre la mesa antes de que el caos se nos fuera de las manos.

La sirena sonó, sacándome de mi ensoñación. Con un movimiento rápido, recogí mis cosas y salí del aula. Sabía lo que tenía que hacer. Necesitaba a Lou a solas, aunque fuera un minuto.

Mientras cruzaba el pasillo, mi corazón latía con fuerza, y no estaba seguro de si era por lo que pensaba decirle o por lo que temía que pudiera responder. Pero una cosa era segura: no podía dejar que esta confusión nos consumiera.

Lou me esperaba en la esquina de siempre. Su mirada cargada de confusión chocaba con la determinación que intentaba mostrar al acercarme. Sin decirle ni una palabra, le cogí de la mano y la llevé fuera del instituto. Mi corazón latía con fuerza desbocada mientras buscaba un lugar donde pudiéramos hablar, lejos del bullicio y de cualquier interrupción.

Sabía que su madre estaba esperando, pero, maldita sea, no podía dejarlo pasar más tiempo. La tortura que sentía era insostenible.

—Es la segunda vez que me arrastras a un lugar apartado para hablar —dijo, su tono cargado de exasperación.

Por más que quería escucharla, sus palabras se desvanecían en el aire. Mi mente estaba a mil por hora, intentando encontrar una forma coherente de expresar lo que sentía, de explicarle por qué necesitaba tener esta conversación ahora.

—Lo siento, Lou —susurré, poniéndole un dedo sobre los labios para detenerla. Necesitaba que se callara, que me dejara ordenar mis ideas. Comencé a caminar de un lado a otro, sintiéndome como un león enjaulado.

—No sé qué me pasa, ¿vale? Quiero controlarme, pero me cuesta bastante hacerlo cuando… —Mi voz se quebró, incapaz de continuar. Quería decírselo todo: lo celoso que me había puesto al saber que

Parker estaba interesado en ella, lo mucho que me descolocaba su cercanía, lo que me estaba consumiendo por dentro. Pero las palabras no salían.

Ella me interrumpió, con ese tono calmado que usaba cuando quería devolverme a la realidad:

—Jerome, ya hemos hablado de esto. Solo estás confundido.

Levanté una ceja, claramente incrédulo. ¿Confundido? Sí, claro que lo estaba, pero no estaba seguro de que esa fuera toda la verdad. Durante años, había pensado que lo que sentía por Lou era pura amistad, esa conexión inquebrantable que compartes con una persona que es tu mundo entero. Pero ahora... ahora, todo parecía distinto.

Me dejé caer en el banco más cercano, pasando las manos por mi rostro. Ella se sentó a mi lado y puso una mano en mi hombro. Ese gesto, tan simple y tan suyo, hizo que me relajara un poco.

—Jerome, te pido que hagamos algo —dijo, con una mezcla de firmeza y dulzura en la voz—. Olvidemos este tema, ¿de acuerdo? No ha pasado nada entre nosotros, y no pasará nada, porque tú y yo siempre seremos amigos. Y los amigos no pueden ser nada más.

La miré fijamente, tratando de encontrar una respuesta en sus ojos. ¿De verdad creía eso? ¿De verdad pensaba que los amigos no podían ser algo más?

—¿Estás segura? —pregunté, con la voz cargada de una mezcla de incredulidad y curiosidad.

—No te soportaría como novio, eres muy pesado —respondió, con una sonrisa que alivió parte de la tensión entre nosotros.

No pude evitar soltar una carcajada. Esa era Lou, y esa era nuestra dinámica: amistad pura, sin complicaciones. O al menos, eso quería creer.

—Anda que tú —respondí al fin, con una sonrisa que intentaba disimular lo mucho que me costaba aceptar sus palabras.

Lou se levantó y tiró de mí para que hiciera lo mismo. Durante unos segundos, nos quedamos mirándonos en silencio, como si el tiempo se hubiera detenido. En ese instante, por un breve momento, deseé que fuéramos algo más que mejores amigos. Pero esa no era

nuestra realidad. Sabíamos que debíamos seguir siendo los que éramos y nada más que eso.

Me dio un abrazo, y la estreché contra mi pecho, encerrándola entre mis brazos con todo el cariño que sentía por ella. En esa postura, nuestras risas empezaron a llenar el aire, como si lo que acababa de pasar no fuera más que una broma sin importancia.

El camino de regreso al coche fue completamente diferente. La tensión había desaparecido, dejando paso a esa comodidad habitual entre nosotros. Era como si nada hubiera sucedido, y en parte, eso era lo que ambos necesitábamos: tiempo para dejar que todo se asentara y convertir este momento en un recuerdo de algo que nunca llegó a ser.

—Nos vemos después, Jerome —dijo, bajándose del coche con una sonrisa.

La observé alejarse, y cuando se cerró la puerta, suspiré profundamente antes de dirigirme hacia mi casa. Mi estómago rugía, recordándome que había llegado la hora de comer.

Al entrar, encontré a mi madre en la cocina. Estaba sola, y no hizo falta preguntar por qué; mi padre había ido al hotel a resolver un problema eléctrico.

—¿Qué tal tu mañana? —preguntó ella, alzando la mirada desde la ensalada que preparaba.

—Bien, lo de siempre —respondí, cogiendo un vaso de agua.

Me habría gustado acompañar a mi padre para ayudarle, porque esas cosas me relajaban. Siempre me consideré un manitas, y todo lo que sabía de mantenimiento lo había aprendido de él. Era casi terapéutico para mí arreglar cosas rotas.

De repente, un pensamiento cruzó mi mente, uno que no pude evitar: ¿Sería capaz de arreglarlo si mi amistad con Lou se rompiera? La idea me golpeó con más fuerza de la que esperaba, y por un momento, deseé que todas las relaciones fueran como un circuito sencillo; algo que pudiera reparar con unas pocas herramientas y un poco de paciencia.

—¿Mañana tienes la prueba del equipo? —preguntó mi madre mientras servía mi plato. Asentí con la cabeza.

—Esta tarde he quedado con Lou para seguir preparándome, aunque sigo cayéndome de culo —admití, soltando una risa que ella compartió—. La verdad, creo que no voy a entrar en el equipo.

Mi madre se sentó frente a mí, con los labios apretados y las cejas ligeramente fruncidas. No le gustaba nada cuando me ponía así de negativo, aunque yo no lo veía como pesimismo, sino como realismo. No estaba preparado para esa prueba, y lo sabía. Además, me había apuntado más por intentar impresionar a Kelly que por verdadero interés. Sin embargo, no iba a rendirme; nunca lo hacía. Esa era una lección que Lou me había enseñado desde siempre.

—No seas pesimista, cielo —dijo, poniendo su mano sobre la mía con una sonrisa tranquilizadora—. Estoy segura de que entrarás. Y sí, puede que pases algo de tiempo en el banquillo al principio, pero eso será hasta que aprendas del todo.

Me encogí de hombros, aceptando su ánimo a regañadientes, y me concentré en la comida.

Tenía claro que el tiempo no estaba de mi lado. No podía permitirme tardar mucho con los deberes que los profesores nos habían encargado hoy. Quería terminar rápido para ir a casa de Lou. Necesitaba un rato a solas con ella antes de llegar al lago, porque sabía que una vez allí, la intimidad desaparecería.

En cuanto estuviéramos sobre el hielo, Parker no perdería la oportunidad de acercarse a Lou, y eso me ponía de los nervios. Y Jess… bueno, esa chica siempre encontraba formas de complicarlo todo, especialmente si su hermano y Lou empezaban algo. Sólo de pensarlo, sentí un nudo en el estómago.

Terminé de comer, recogí mi plato y le dije a mi madre que subiría a mi habitación para hacer las tareas. Por suerte, no tardé más de dos horas en terminarlas todas. Guardé los cuadernos y libros en mi mochila, bajé las escaleras y me encontré con mi padre en el salón.

—Hola, hijo. ¿Ya te vas? —preguntó, alzando la vista de la Tablet.

—Sí, voy a buscar a Lou.

Después de saludarlo, me despedí rápidamente y crucé la calle para entrar en casa de los Betancourt. Nada más llegar, la yaya Laisa

me interceptó y me llevó al sofá, donde empezó su interrogatorio habitual.

—¿Y tú, Jerome, ya tienes novia? —preguntó, con una sonrisa traviesa.

—No, yaya. —Me pasé una mano por el pelo, nervioso.

—¿Seguro? Porque tienes cara de estar enamorado. Y dime, ¿te gusta alguien? —Alzó una ceja, y mi incomodidad aumentó.

—No, claro que no.

Sin embargo, lo peor llegó cuando añadió, casi susurrando:

—Lou es muy guapa, ¿verdad?

Sentí que el corazón me daba un vuelco. ¿Acaso sabía algo? Laisa tenía ese don para ver lo que otros no, y eso me ponía de los nervios. Era demasiado observadora y parecía entender cosas antes que cualquiera.

Mientras intentaba darle respuestas vagas y mantener la compostura, me preguntaba qué estaba haciendo Lou que tardaba tanto en aparecer. Al final, incapaz de soportar más el interrogatorio, le pedí a Erika que fuera a buscarla. No pasó mucho tiempo hasta que Lou apareció por las escaleras, con el cabello recogido en un moño y ese brillo en los ojos que siempre tenía cuando estaba a punto de salir a patinar.

—Por fin —dije, poniéndome de pie mientras ella me sonreía.

Me agarró del brazo y nos fuimos entre risas, dejando atrás a la yaya Laisa, que nos observaba con esa mirada cómplice que tanto me desconcertaba.

El camino al lago fue rápido, demasiado para mi gusto. Me hubiera gustado tener más tiempo a solas con Lou antes de enfrentarnos a lo inevitable. Al llegar, Parker y Jess ya nos estaban esperando, puntuales por primera vez en su vida. Fue en ese momento cuando recordé lo que había olvidado hacer: hablarle a Lou sobre lo que Parker me había confesado esa mañana.

Sentí un nudo en el estómago. No podía esperar más, así que solté la bomba de golpe.

—Le gustas a Parker —dije, sin rodeos.

Lou se detuvo en seco, girándose hacia mí con una expresión de incredulidad.

—Debí decírtelo esta mañana, pero… bueno, ya sabes por qué no lo hice. La cuestión es que le dije que hablaría contigo antes de esta tarde para preguntarte si… bueno, si a ti también te gusta.

Pude notar cómo su cuerpo se tensaba mientras procesaba mis palabras. Estaba seguro de que no se había imaginado algo así, porque la conocía demasiado bien.

—La verdad es que esto me pilla por sorpresa, Jerome —dijo finalmente, con una sinceridad que me tranquilizó—. Parker y yo… no sé, somos muy diferentes.

Hizo una mueca extraña, como si intentara encontrar una forma amable de decir lo que pensaba. Sentí un alivio inmediato. No sabía cuánto había estado conteniendo la respiración hasta que solté un largo suspiro y le sonreí, inclinándome para darle un abrazo.

—Esto era lo que esperaba escuchar —susurré en su oído, con una sinceridad que no podía ocultar.

Lou me devolvió el abrazo, aunque parecía algo desconcertada. Yo, por mi parte, estaba seguro de una cosa: no soportaría verla con Parker. Y aunque nunca lo diría en voz alta, tampoco quería que lo descubriera.

CAPÍTULO 17

Louise

Seguíamos parados frente a Parker y Jess. No sabía cómo acercarme después de que Jerome me soltara que le gustaba al hermano de mi amiga. ¿Cómo iba a salir de este embrollo?

—¿Chicos, pasa algo? —preguntó Jess, acercándose con esa mirada curiosa que siempre tenía.

—No, nada. —Caminé hacia ella rápidamente, intentando acortar la distancia y, de paso, evitar que Jerome dijera algo más—. Solo hablábamos de mi abuela. —Mentí descaradamente. No podía decirle que su hermano estaba interesado en mí.

Por suerte, Jess no pareció sospechar demasiado, aunque su expresión dejó claro que no se tragaba del todo mi excusa.

—¿Tu abuela? ¿Qué pasa con ella? —insistió, entrecerrando los ojos.

—Pues nada… que vino de sorpresa, y estábamos hablando de lo bien que lo pasamos anoche con ella —respondí rápidamente, intentando sonar casual.

Jerome se mantuvo en silencio, aunque podía sentir su mirada fija en mí. Yo trataba de no mirarlo directamente porque, si lo hacía, seguramente terminaría poniéndome aún más nerviosa.

—Ah, claro, la famosa abuela Laisa. —Jess sonrió, pero luego miró hacia su hermano, que estaba apoyado en una barandilla, mirándonos con una sonrisa ladeada.

—Bueno, ¿vamos a patinar o qué? —intervino Parker, rompiendo el momento. Su tono era animado, pero yo no podía evitar sentir una tensión extraña cada vez que hablaba.

Asentí sin decir nada más, siguiendo al grupo hacia la pista de hielo. Jerome caminaba a mi lado, más cerca de lo normal, y aunque no dijo ni una palabra, sentí que intentaba tranquilizarme de alguna manera. ¿Cómo habíamos llegado hasta este punto? Yo solo quería patinar, no enfrentarme a una montaña rusa de emociones y confesiones inesperadas.

Al llegar, vimos cómo Parker sacaba de una maleta larga unos palos de hockey. Por lo visto, lo de venir a patinar con nosotros era también para ayudar a Jerome, y eso, de alguna manera, me gustó. Nos pusimos los patines bajo la atenta mirada de Jess, que se negaba a ponerse los suyos. El patinaje no le gustaba y, siendo sincera, había que reconocer que no se le daba nada bien.

Entramos al hielo. Yo, como siempre, me deslicé despacio, buscando la calma que tanto necesitaba en ese momento y que, por culpa de Parker, parecía haberse escurrido entre mis dedos.

—¿Todo esto era necesario? —preguntó Jerome al ver que Parker le entregaba un palo de hockey.

—Muy necesario. ¿No pensarás que te ibas a presentar mañana a la prueba sin saber nada del juego? No voy a dejar que hagas el ridículo, amigo mío —mencionó el castaño con una sonrisa ladeada.

Parker deslizó el disco hacia Jerome con una precisión que no pude evitar admirar. Estábamos en una esquina tranquila de la pista, lo suficientemente lejos para no estorbar. Me senté en uno de los bancos a observar, con los brazos cruzados y una sonrisa oculta. La verdad, tenía curiosidad por ver cómo Jerome iba a lidiar con todo esto.

—Vamos, Jerome, controla el disco primero. Mantén la hoja del stick plana y usa las manos para guiarlo —dijo Parker, con ese tono paciente que no siempre se le veía.

Jerome se inclinó hacia adelante, como si estuviera a punto de enfrentarse a su mayor enemigo. Intentó empujar el disco de un lado a otro, pero este se deslizó fuera de su control, chocando con las vallas con un sonido que resonó en toda la pista.

—Esto parece más difícil de lo que creía —gruñó, yendo a buscarlo.

Parker se rió y negó con la cabeza.

—Es porque estás pensando demasiado, tío. Relájate un poco. Mira hacia adelante, no al disco.

Desde mi posición, pude ver cómo Jerome fruncía el ceño, claramente frustrado. Siempre había sido así: cuando algo no le salía bien, se lo tomaba demasiado en serio.

—Si no miro el disco, seguro que se va directo a las vallas otra vez —respondió, volviendo a colocarse en posición.

—Por eso estamos practicando. No vas a ser el mejor del equipo en un día, pero tienes que empezar por algo —dijo Parker, acercándose para ajustar la postura de Jerome con una mano en su hombro.

Jerome resopló, pero trató de seguir las indicaciones. Esta vez, parecía más relajado. El disco se deslizó suavemente sobre el hielo, y aunque sus movimientos eran torpes, logró controlarlo de un lado a otro sin que se le escapara.

—¡Eso es! —exclamó Parker, animándolo—. Ahora intenta avanzar un poco. Usa el palo para guiarlo mientras patinas.

Al escuchar eso, no pude evitar reírme por lo bajo. Jerome aún no dominaba el equilibrio sobre los patines y, al intentar avanzar con el disco, sus pies se cruzaron y terminó cayendo de espaldas con un golpe que hizo eco en la pista.

—¡Jerome! —gritó Parker, conteniendo la risa—. ¿Estás bien?

Desde mi lugar, no pude evitar reírme un poco también. Era difícil no hacerlo. Jerome se quedó unos segundos tumbado sobre el hielo antes de levantar la mano, indicando que estaba bien.

—Perfectamente —gruñó, mientras intentaba levantarse con torpeza—. Esto debe de ser lo que siente un bebé cuando aprende a caminar.

Parker lo ayudó a ponerse de pie, dándole una palmada en la espalda.

—No te preocupes, todos nos caemos al principio. Lo importante es levantarse y seguir intentándolo.

Me apoyé en el respaldo del banco, observándolos. Había algo en la manera en que Parker lo animaba que me parecía admirable. Jerome, a pesar de su frustración, no se rendía. Eso siempre había sido algo que lo diferenciaba.

—¿Cuántas veces te caíste tú? —preguntó Jerome, todavía recuperándose del golpe.

—Demasiadas —respondió Parker con una sonrisa confiada—. Pero eso no importa. Lo importante no es cuántas veces te caes, sino cuántas veces decides levantarte.

Jerome asintió, tomando el palo con más firmeza, y se volvió a colocar en posición. Por primera vez en toda la tarde, parecía realmente decidido a mejorar. Y mientras los observaba, no pude evitar sentir una punzada de orgullo por él.

Me concentré en él, en mi mejor amigo, y en cómo seguía intentándolo una y otra vez. Habían servido de algo todas las veces que le repetí que rendirse no era una opción, que, si deseabas algo, tenías que luchar con uñas y dientes. No estaba segura de que Jerome quisiera ser jugador de hockey porque le apasionara el deporte, pero me estaba demostrando que lo iba a conseguir, pese a que yo misma había dudado de ello en algún momento.

—Cuando quieras te paso un clínex —mencionó Jess, rompiendo el silencio. La miré con el ceño fruncido mientras se sentaba a mi lado—. Para secarte las babas con Jerome.

—¿Tanto se me nota? —pregunté sintiendo las mejillas arder de vergüenza. Jess asintió con una sonrisa burlona.

—Tranquila, a él le pasa lo mismo contigo.

No estaba tan segura de que fuera así, al menos, no con certeza. Claro que sabía que entre nosotros había algo más que amistad, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocerlo, y yo no iba a ser la primera en hacerlo.

Vi a Jerome caerse más veces de las que podía contar y, en todas, se levantó como si nada. Entonces, Parker me llamó desde el otro lado de la pista.

—¿Vienes? —Jess negó, aún reacia a ponerse los patines.

—Vamos, será divertido.

—¿Divertido para quién? ¿Para ti, que te partirás de risa cuando me veas caerme, o para mí, que terminaré con el culo frío? —solté una carcajada por su ocurrencia y negué con la cabeza mientras me levantaba.

—Te prometo que, si te caes, no me reiré. —Alzó una ceja, claramente no muy convencida.

—Qué mentirosa eres, Lou… pero, aun así, no iré.

Entré de nuevo en la pista y patiné hasta Parker y Jerome. Mi mejor amigo, al verme acercarme, se puso visiblemente nervioso. Lo

noté en su mirada y en la forma en que apretaba con fuerza el palo de hockey entre las manos.

—¿En qué puedo ayudar? —pregunté, dirigiendo mi atención a Parker. Él me miró con una sonrisa que delataba que ya tenía un plan.

—Quiero que lo hagas correr, que le enseñes cómo te deslizas tú. Intentaremos mezclar un poco de ambos deportes para que coja más confianza. ¿Podrás hacerlo? —preguntó, tomando una de mis manos de forma inesperada. El gesto me puso nerviosa, pues no era algo que Parker hubiera hecho antes.

Cuando Parker se dio cuenta de mi incomodidad, soltó mis manos y se disculpó con una sonrisa avergonzada. Negué con la cabeza y me acerqué a Jerome, pidiéndole que me mirase fijamente. Primero patinaría yo, añadiéndole velocidad a mis movimientos para que él viera todo lo que podía correr.

Me coloqué en posición, respirando profundamente para centrarme. Deslicé mis patines con fluidez sobre el hielo, arrancando con gracia y aumentando la velocidad poco a poco. Me aseguré de que Jerome estuviera observando cada uno de mis movimientos: el modo en que deslizaba los pies, la forma en que mi cuerpo se equilibraba con la velocidad y la manera en que utilizaba los bordes de los patines para hacer giros suaves pero rápidos.

—Mira bien —le dije mientras aceleraba, sintiendo la brisa fría que me acariciaba el rostro. Jerome se mantenía quieto, observando atentamente. Sabía que era una oportunidad para que viera cómo controlaba el ritmo, cómo patinar no solo era deslizarse, sino también cómo tomar decisiones rápidas sobre el hielo, cómo reaccionar en un momento de presión.

Giré en una curva amplia, el sonido de los patines sobre el hielo se hizo más nítido, un ritmo que se sentía como música para mis oídos. Al final de la pista, frené suavemente, dejando que mi cuerpo se desacelerara hasta quedar quieta frente a él.

—¿Lo has visto? —le pregunté con una sonrisa.

Jerome asintió, su mirada fija en mí, más concentrado que antes. Podía ver la admiración en sus ojos, y me di cuenta de que no era solo por mi habilidad sobre el hielo, sino también por el esfuerzo que

había puesto en intentar entender cómo podía aplicar eso a lo que él necesitaba aprender para la prueba.

—Ahora es tu turno —le dije mientras le hacía un gesto para que se pusiera en posición.

—¿Yo? —asentí esbozando una sonrisa sincera—. No creo que pueda hacer lo que haces tú, Lou. Eres… eres demasiado buena —titubeó claramente nervioso.

Pude ver como Parker nos observaba con una quietud que nada tenía que ver con el chico que había empezado a enseñar a su amigo. Algo me decía que le molestó como Jerome me hablaba, y esa sensación me hizo pensar que esto no iba a acabar nada bien.

—Vamos, yo confío en ti y sé que podrás —le dije con una sonrisa alentadora.

Él sonrió inquieto, pero listo para intentarlo. Se puso en posición, con la espalda recta pero un poco inclinado hacia adelante, tal y como le dije el primer día. Me gustó saber que había atendido a mis indicaciones. El aire en la pista parecía más pesado, y pude ver cómo se concentraba.

—Recuerda, Jerome, que tienes que sentir el hielo bajo tus pies, no solo usar la fuerza. Mantén los movimientos suaves y fluye con la pista. —Lo observaba atentamente mientras daba sus primeros pasos, notando su inseguridad.

Al principio, sus movimientos eran torpes, como era de esperar. Pero lo intentó, se mantuvo en movimiento, y aunque sus caídas eran más frecuentes de lo que me gustaría, se levantaba una y otra vez con la misma determinación.

—Vas bien, solo tienes que confiar en ti mismo —le dije al ver cómo tomaba más velocidad, aunque un poco inestable.

—Esto no es tan fácil como parecía —respondió con una risa nerviosa, pero pude ver el brillo de concentración en sus ojos.

Parker, desde un costado, observaba sin intervenir, pero había algo en su postura que me hacía pensar que no estaba tan tranquilo como intentaba aparentar. Era evidente que la atención de Jerome estaba dividida, y eso no me gustaba. Aun así, seguí alentándolo, sabiendo que ese era el único camino para que mejorara.

Jerome continuó, ahora con más confianza en sus movimientos, y aunque aún quedaba mucho por mejorar, había algo en su actitud que me decía que, con tiempo, podría hacerlo. Y lo lograría.

CAPÍTULO 18

Jerome

No podía concentrarme del todo en el patinaje. A pesar de los esfuerzos de Lou para enseñarme, mi mente seguía desviándose hacia Parker, que no dejaba de mirarla de la manera en que yo no quería ver. Cada vez que él se acercaba, algo en mi estómago se revolvía, pero me obligué a no dejar que me afectara. ¿Por qué me importaba tanto, si lo que había entre Lou y yo era solo amistad?

Mientras ella me guiaba en los movimientos, me costaba no distraerme con la cercanía de su cuerpo, con la forma en que sus ojos brillaban cuando me corregía. Yo no podía estar aprendiendo a patinar y, al mismo tiempo, pendiente de lo que Parker pudiera hacer o decir.

Pero Lou seguía enseñándome, repitiendo las mismas indicaciones y con una paciencia que me sorprendía, como si todo lo demás no existiera.

—¿Cómo vas? —me preguntó Lou, acercándose a mí con una sonrisa.

—Agotado, pero bien. —respondí, intentando hacer que mi voz sonara más confiada de lo que realmente me sentía.

De alguna forma, me sentí tonto por dejar que las emociones se mezclaran con algo tan trivial como un entrenamiento de hockey, pero no podía evitarlo. Lo que pasaba entre Lou y Parker me estaba comiendo por dentro.

Me apoyé sobre mi rodilla y me preparé para un nuevo intento. Ella estaba ahí, lista para ayudarme a levantarme de nuevo, y, aun así, no podía dejar de pensar en lo que estaba ocurriendo con ellos.

—¿Esto es siempre así? —pregunté, aún entrecortado por el cansancio, con la esperanza de cambiar el tema, aunque ni siquiera yo mismo me lo creía.

Lou simplemente se encogió de hombros con una sonrisa traviesa, como si todo fuera más fácil de lo que realmente era.

—Sí, un poco. Solo tienes que seguir adelante. Cuando dejas que las distracciones se metan en tu cabeza, es cuando pierdes el control.

«Lo sé», pensé. Ella tenía razón, pero no estaba tan claro para mí. Si todo esto seguía de la misma forma, tendría que decidir qué significaba realmente todo lo que estaba sintiendo. Pero no era el momento de pensar en eso. «Tengo que concentrarme en el hockey, en el patinaje, en mejorar», me repetí. Si lograba dominar estos dos mundos, entonces podría entrar al equipo sin hacer el ridículo. Lo único que debía hacer era enfocarme.

No supe cuánto tiempo habíamos estado practicando hasta que nos dimos cuenta de que ya estaba anocheciendo. No miré la hora, pero estaba seguro de que mis padres empezarían a llamarme en cualquier momento.

—Espera, me está sonando el móvil —dijo Lou, excusándose mientras salía del hielo para cogerlo.

«Pues no, primero llamaron a Lou», pensé, mientras me acercaba a ella. Era hora de dejarlo o acabaría tan cansado que mañana podría cometer un error por culpa del agotamiento.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Parker, y le miré mientras me sentaba para quitarme los patines.

—Bien, algo cansado, pero preparado para mañana. —le sonreí —. Gracias por tu ayuda, me ha venido muy bien, tío.

Chocó su puño con el mío.

—Para eso están los amigos, ¿no? —su respuesta iba cargada de segundas intenciones. Cuando hizo una señal en dirección a Lou, lo supe de inmediato: quería que le ayudara con ella.

Pero no estaba preparado para ayudarle con eso. No podía convencerla de que saliera con él. Si ella no quería, no iba a hacerlo por mucho que yo se lo dijera.

Aprovechó que Lou estaba lo suficientemente apartada, hablando por teléfono, para sentarse a mi lado. Yo lo ignoraba deliberadamente, evitando a toda costa cualquier cosa que pudiera decirme. Incluso llamé la atención de Jess, algo completamente inusual en mí, porque yo no soportaba a esa chica, pero lo preferí antes que escuchar lo que su hermano quería pedirme.

—Vamos, no me ignores, Jerome —dijo con una sonrisa, sabiendo perfectamente lo que estaba haciendo—. Solo quiero que camines más rápido y me dejes un poco atrás con ella, para poder hablar a solas.

Mis ojos se clavaron en él, y aunque me dieron ganas de darle un puñetazo, lo fingí tan bien como pude.

—Pero...

—Hermano, ¿te gusta Lou? —soltó sin rodeos, y yo me sorprendí de que Jess no supiera nada.

Él asintió, bajando la cabeza, y mi sorpresa aumentó.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—No sé… es que, tú y ella sois amigas, y no quería que lo supieras antes de que pudiera decírselo yo —contestó, mirando ahora a Jess.

—¿Me estás llamando chivata? —se encogió de hombros con gesto travieso—. Te recuerdo que aquí el que tiene la lengua muy larga, eres tú, Parker. Pero bueno, entiendo que quisieras mantenerlo en secreto, hermanito. —Se cruzó de brazos, como si estuviera muy satisfecha con la conversación—. Eso sí, si quieres mi consejo... —Parker le prestó toda su atención—. No eres el tipo de Lou, vas a perder el tiempo con ella.

Parker no parecía muy convencido de lo que le decía Jess, y se levantó para rebatirle. Sin embargo, no pudo hacerlo porque Lou apareció en el momento justo, y tuvo que quedarse callado si no quería que mi mejor amiga le escuchara.

—¿Te han regañado mucho? —cambié de tema, buscando desviar la atención hacia lo que había pasado en la llamada.

—Bueno, en cuanto les dije que estaba ayudándote a prepararte para la prueba de mañana, se les ha pasado. —Me sonrió con cariño.

—Lo siento, soy el favorito de tus padres. —Me burlé de ella mientras me levantaba para que nos fuéramos.

Ella se carcajeó, y yo subí mi brazo por encima de sus hombros, como siempre hacía, dejándole claro a Parker que no iba a hacer lo que me había pedido. No es que no quisiera ayudarle, es que... bueno, la verdad era que no me daba la gana ayudarle a conquistar

a mi mejor amiga, a mi Lou. A ver si los hermanos Simons se daban cuenta de una vez de que Louise era mía. «Estás quedando como un tóxico», me dijo mi conciencia, algo que no me gustó y que me hizo soltar a Lou, dejándola decidir qué hacer con el tema de Parker.

—Jerome, ¿qué te pasa? —Se preocupó al ver que aceleraba el paso.

—Nada, Lou… solo estoy cansado y quiero llegar rápido a casa. —Le mentí descaradamente, y me sentí mal por ello. Ella no se merecía que le mintiera.

—Vale, yo también estoy muy cansada, pero te recuerdo que vivimos uno al lado del otro. ¿No puedes bajar un poco el ritmo? —Negué sin mirarla, y Jess, en vez de quedarse al lado de su hermano, se acercó a mí, dejando a Lou y a Parker a solas, como tanto había deseado él.

Jess y yo íbamos en silencio, aunque en mi mente no paraba de despotricar y maldecir. Mierda, ¿por qué no podía soltarla? Debería dejar que Lou hiciera lo que le diera la gana sin tener que pasar por mí primero. No era su hermano, ni de su familia, aunque nos dijéramos que lo éramos por habernos criado juntos. Pero la realidad era otra: mi mejor amiga me estaba empezando a gustar de una forma que no podía controlar, y no podía estropear lo que teníamos por unos estúpidos celos que no venían a cuento.

Llegamos a mi calle en tiempo récord, y fui directamente a mi casa sin esperar a despedirme de Lou.

—Espera, Jerome —dijo Jess, sorprendiéndome al cogerme del brazo—. Entiendo cómo te sientes, pero Lou no tiene la culpa y no deberías ignorarla de esta manera.

—No te metas, Jess —respondí, molesto—. No tienes ni idea de nada.

—Te equivocas, sé más de lo que crees y no precisamente porque me dé cuenta por mí misma. —Fruncí el ceño—. Lou y yo hemos hablado de...

—¿De qué habéis hablado? —la interrumpí.

Iba a responderme, pero mis ojos se desviaron hacia donde estaban Lou y Parker, parados uno frente al otro, mirándose fijamente. Mi amigo cogió una de sus manos y la llevó a sus labios,

como todo un caballero. Quería acercarme para evitar ese contacto, pero Jess me detuvo, sujetándome para que no cometiera una locura de la cual me arrepentiría después.

—No puedes hacer nada, Jerome —me recordó—. Tú mismo has perdido la oportunidad de tener algo más con ella.

—Prefiero que sigas siendo insoportable, me caes mejor cuando lo eres —le dije, soltando un suspiro.

—No sabía que te cayese bien... ¡Qué sorpresa! —respondió con ironía, y yo clavé mis ojos en ella—. Lo siento, no quiero meterme en lo que tengáis tú y Lou, Jerome.

—Entre Lou y yo no hay nada y nunca habrá nada. A mí me gusta Kelly, y mañana le pediré salir. —Dije todo esto sin pensar, sin saber que Lou había escuchado cada palabra.

—Jerome... —musitó Lou, y giré sobre mis talones para encontrarme con su mirada desconcertada.

No dije nada más, no pude. Ya la había cagado lo suficiente. Me di media vuelta y me alejé sin despedirme. Rodeé a Jess, que estaba bloqueando el camino, y entré en mi casa, pegando un portazo tras de mí.

Me quedé unos minutos en el mismo lugar, con mi espalda pegada a la puerta. Estaba tan agotado físicamente que mentalmente estaba a punto de colapsar. Escuché los pasos de alguien acercarse e intenté recomponerme antes de que me viera. Mi madre llegó hasta mí, sorprendida al ver que no me movía, que me había quedado clavado en la puerta.

—Peque, ¿estás bien? —preguntó, poniendo su mano en mi frente para ver si tenía fiebre.

—Estoy bien, mamá —respondí con una seriedad impropia de mí, y aunque no parecía muy convencida, no insistió.

—¿Qué ha pasado, Jerome? —su voz se endureció, sabiendo que yo solía llegar a casa con alguna locura que Lou y yo habíamos hecho en nuestra salida.

Pero esta vez no era eso. Para nada tenía que ver con eso. Esta vez era yo el que estaba cabreado, el que había resquebrajado un poquito mi amistad con Lou. Supuse que lo mejor era aceptar que, a partir de este momento, las cosas debían ser así. Ella saldría con

Parker, y yo... yo solo tenía que centrarme en lo que realmente quería: entrar en el equipo y salir con Kelly. Esa era mi idea, y no podía desviarme de ella.

—No ha pasado nada, de verdad —mentí, intentando sonar convincente. Ella asintió, dándome su voto de confianza, pero me conocía lo suficiente como para saber que algo no iba bien.

Una de las mejores cosas que tenía mi madre era que no me atosigaba. Si le decía algo, me creía o al menos intentaba, y no insistía hasta que no me sentía listo para contarle lo que realmente pasaba. Su confianza era algo muy importante para mí.

—Creo que me voy a la cama ya —anuncié, dejándola completamente descolocada.

—¿No piensas cenar? Te he dejado un poco de carne asada, cielo. —Negué, poniendo cara de asco.

—Realmente, estoy tan cansado que no tengo apetito. —Se encogió de hombros y me dio un beso en la mejilla—. Buenas noches, mamá.

La seriedad con la que llegué hoy era una sorpresa para mi madre, lo sabía. Yo no era así, siempre llegaba como un terremoto, entre risas y anécdotas que contaba a mis padres después de pasar el rato con Lou. El día de hoy había sido productivo deportivamente hablando, pero malísimo si lo llevábamos al ámbito emocional.

Subí a mi habitación con la intención de darme una ducha y acostarme a dormir, aunque dudaba que pudiera conciliar el sueño. No podía dejar de recordar la mirada de Lou al escucharme, como tampoco lograba borrar de mi mente la forma en la que Parker había cogido su mano para darle un beso en ella. ¿Qué cojones habría pasado entre ellos para que él se atreviera a hacer eso? No estaba seguro de que Lou me contase algo, así que tendría que averiguarlo por el lado contrario, y esa era Jess.

CAPÍTULO 19

Louise

Estaba preocupada por Jerome. Su cambio de actitud me dejó confundida, pero tampoco podía ponerme a discutir con él por algo tan tonto cuando habíamos pasado un buen rato patinando.

Me sorprendió que acelerara el paso, y aún más, que Jess hiciera lo mismo, caminando a su lado como si fueran los mejores amigos.

—¿Pasa algo? —la voz de Parker me sacó de mis pensamientos y me puse nerviosa.

—No, nada —respondí, de manera breve.

Caminamos en silencio unos minutos, los más largos de toda mi vida. Noté el nerviosismo de Parker, y eso me lo estaba transmitiendo a mí. Quería evitar esta conversación con él, porque sabía que estaba a punto de decirme algo que no sabía si me iba a gustar.

—Verás…

—Yo…

Hablamos al mismo tiempo y sonreímos al darnos cuenta de lo tontos que podíamos llegar a ser. Parker y yo éramos amigos, nos conocíamos desde niños, pero Jerome siempre sería el único amigo que me importaba de verdad.

—Tú primero —le dije, intentando calmarme. De alguna manera, tenía que pasar por esto de una vez.

—No sé cómo decirte esto, Lou, aunque creo que Jerome te ha contado algo ya, ¿me equivoco? —negué con la cabeza. No se estaba equivocando y mis mejillas se ardieron por la vergüenza. —Me gustas, me gustas mucho… desde hace bastante tiempo, pero nunca me atreví a decírtelo porque pensé que entre Jerome y tú algún día pasaría algo.

Tragué saliva mientras nos deteníamos unos minutos para seguir hablando. Estábamos prácticamente al lado de mi casa. A lo lejos, podía ver a Jerome y Jess esperándonos en la puerta de la casa de

él. Me habría gustado salir corriendo para escapar de esta conversación, porque no sabía qué responderle a Parker.

Clavé mis ojos en él, y él me miraba de la misma manera. Por unos pequeños instantes, nuestras miradas se conectaron de una manera abrumadora. Aprovechando el momento, Parker cogió una de mis manos y la llevó a sus labios, depositando un beso en ella. Me sentí algo inquieta; no estaba acostumbrada a este tipo de actos hacia mí. Nunca había tenido novio, nunca me habían besado, y pasar por esto, pese a que tenía dieciséis años, me sacaba completamente de mi zona de confort.

—Lo siento, me he dejado llevar —se disculpó al percatarse de mi incomodidad.

—Tranquilo, no pasa nada —respondí, con la voz algo entrecortada.

—No sé qué piensas de lo que te he dicho y, aunque me encantaría que me lo dijeras ya, prefiero dejarte tiempo para que lo pienses bien, ¿vale? —asentí, dándole una sonrisa—. No quiero agobiarte, Lou… solo, me gustaría salir contigo, que pasemos más tiempo juntos y veamos si…

—Vale, gracias por entenderme, Parker. Te diré algo cuando… ya sabes —titubeé, y él asintió, comprendiendo perfectamente.

Me despedí de él y me encaminé hacia Jerome y Jess, que seguían conversando en la entrada de su casa. Lo que no esperaba escuchar al acercarme era cómo Jerome le decía a Jess que él y yo nunca tendríamos nada y que le gustaba Kelly, a quien le pediría salir, así, sin más.

—Jerome —musité, con la voz cargada de agonía.

Me miró, y cuando pensé que me diría algo, se dio media vuelta y se metió en su casa, pegando un portazo tras de sí.

Comencé a respirar con dificultad. Me puse tan nerviosa que tuve que sentarme en los escalones de mi porche. Jess vino conmigo, no iba a dejarme sola sabiendo que estaba mal. Jerome y yo nunca discutíamos, a pesar de que a veces no estábamos de acuerdo en ciertas cosas. Pero él, antes de dejarme así, prefería mil veces hacerme reír con cualquier chorrada que se le ocurriera. Esta vez,

sin embargo, se largó sin más, importándole muy poco cómo me estuviera sintiendo al escucharle decir eso.

Vale, yo misma me lo había buscado. En nuestra última conversación, dejamos claro que solo éramos amigos, que nunca pasaría nada más, eso lo tenía claro. Pero escucharlo de su boca, de esa manera tan despectiva, me dolió más de lo que me gustaría admitir.

—¿Estás bien, Lou? —Jess puso una mano en mi rodilla.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Por un lado, tu hermano me dice que quiere salir conmigo, que le gusto, y por otro, estoy que me muero de celos porque el estúpido de Jerome prefiere dar el paso con… Kelly. —Me quedé callada después de este arranque de sinceridad—. Lo siento, no debería ponerme así por algo que sabía que no pasaría, y a lo mejor sería buena idea salir con tu hermano.

—No lo hagas, Lou —me pidió—. No salgas con mi hermano solo porque Jerome es un inmaduro.

Rodé los ojos y ella sonrió. Se quedó conmigo unos minutos más. Ya tenía que irse a su casa, pero Parker se fue en cuanto se despidió de mí, dejándola con nosotros un rato más porque sabía que estaría bien. Además, vivían en la calle de atrás, así que no estaba lejos.

—Ya me tengo que ir, pero si necesitas hablar, envíame un mensaje, ¿vale? —me dio un abrazo—. Nos vemos mañana, Lou.

Se levantó y se fue, yo esperé a que cruzara la calle y me metí en mi casa en cuanto dejé de verla.

Cuando entré, mi abuela fue la primera en recibirme y, por cómo me miraba, entendí que había oído mi conversación con Jess. No me dijo nada y lo agradecí, no estaba ahora mismo para consejos que no podría acatar.

—Buenas noches, abuela —la saludé y le di un beso en la mejilla.

—¿Quieres cenar? Hice tu ensalada favorita —dijo, intentando que comiera algo antes de irme a mi habitación.

—No tengo mucho apetito, pero gracias, mañana me la comeré en el almuerzo —respondí, y ella frunció los labios, no estaba de acuerdo en lo que quería hacer.

—¿No pensarás irte a la cama con el estómago vacío? —me encogí de hombros.

—Cielo, lo que pase en tu vida no tiene por qué hacer que dejes de comer. La alimentación es muy importante, y mucho más para ti, que estás de entrenamientos.

Me quedé callada, no sabía qué responderle a eso porque tenía razón, así que, para no tener que seguir con la conversación, la seguí hasta la cocina, donde me sirvió un plato de mi ensalada favorita, que no era más que una ensalada César especial, porque ella le añadía varios tipos de quesos.

Mi abuela no dejó de mirarme en todo momento, comprobando que de verdad me comía la ensalada.

—Estoy comiendo, ¿ves? —me metí un poco en la boca y sonreí con ironía.

—Sí, te estoy viendo, pero no estás comiendo con ganas, y no me gusta eso —refunfuñó, y tuve que reírme.

Mis padres llegaron, ya que habían ido a echarle una mano al padre de Jerome al hotel. Mi madre me lo dijo cuando me llamó, y por eso no me extrañé al no verlos en la casa. Entraron en la cocina y se sentaron, ambos estaban agotados; trabajaban demasiado y me sentía un poco culpable por ello, porque, si yo no tuviera a una entrenadora de patinaje tan cara, podrían echar menos horas de trabajo. Sin embargo, las veces que les dije que podía entrenar sola, que ya nos apañaríamos, se negaron en rotundo, alegando que conseguiría llegar arriba solo con la ayuda de Lauren y, en parte, tenían razón.

—Hola. —Mi padre soltó un suspiro—. Mmm, qué buena pinta tiene esa ensalada —dijo, y mi abuela no tardó en servirle un plato a cada uno.

—¿Qué tal la tarde de patinaje, cielo? —preguntó, y me encogí de hombros.

—Lou, ¿estás bien? —Mi padre se preocupó al ver lo poco conversadora que estaba, algo anormal en mí, ya que hablaba hasta por los codos, o al menos eso decía mi abuela muy a menudo.

Asentí sin mirarlo, ya que, de hacerlo, sabría que le estaba mintiendo, y no tenía ganas de ponerme a explicar el motivo por el que me mantenía en silencio el mayor tiempo posible. Si ellos supieran que mi mente volaba tan deprisa que parecía que estaba

patinando por sí sola... No dejaba de pensar en Jerome, en Parker y en cómo, en cuestión de días, las cosas se habían complicado tanto. O tal vez éramos nosotros quienes nos complicábamos la vida. Fuera lo que fuese, con mi edad no debería preocuparme por estas cosas. No eran problemas importantes, no como lo era ver a tus padres ahogados por las deudas; eso sí eran problemas reales.

—Cielo, sabes que puedes contarnos lo que sea, ¿verdad? —preguntó mi madre. Asentí, mirándola de soslayo.

—Ha discutido con Jerome —añadió mi abuela, sin importarle mucho que pudiera molestarme. Y supo que así fue, con la mirada que le eché.

—Abuela, eso no ha sido así del todo —me quejé—. No deberías decir cosas si no sabes el contexto.

—Cariño, no quería que te enfadaras conmigo, pero he escuchado… —Fruncí el ceño antes de que terminara la frase, aunque ya sabía que nos había oído a mí y a Jess—. Lo siento, de verdad que no quería molestarte.

—No pasa nada, de verdad. —Me levanté y le di un beso en la mejilla para que no se sintiera mal—. Sé que solo te preocupas por mí… los tres lo hacéis. Pero estoy bien, con Jerome las cosas están bien.

—Está bien, cariño. No me gustaría que te pelearas con tu mejor amigo —comentó mi padre. Negué con una sonrisa.

Sin mucho más que añadir, recogí mi plato, les di las buenas noches a los tres y me fui a mi habitación para descansar por fin. Tenía que madrugar para entrenar; la competición estaba muy cerca y debía estar lo más preparada posible.

Lo primero que hice fue darme una ducha caliente, la necesitaba con urgencia después de toda la tarde patinando.

Cuando terminé, me puse el pijama y me senté frente al espejo para secarme el cabello. No tardé demasiado, a pesar de que lo tenía largo. Guardé el secador y me recosté en la cama con el móvil entre las manos.

Abrí el chat para hablar con Jess y me di cuenta de que tenía varios mensajes de Jerome y otros de Parker. Me puse nerviosa; no me gustaba estar en medio de dos chicos y, mucho menos, cuando a

mí solo me gustaba uno de ellos… Claro, que el que a mí me atraía no sentía lo mismo por mí. En fin, en esta vida no se podía tener todo.

Pensé qué mensaje abrir primero, si el de Parker o el de Jerome. Ya solo por dudar, sentí que estaba decidiendo entre los dos, y no era el caso.

"Hola, Lou 😊"

Comencé a leer los de Jerome. Independientemente de lo que yo comenzaba a sentir por él, era mi mejor amigo y necesitaba saber qué me había escrito.

"Lo siento… de verdad, no quería dejarte tirada hace un rato, pero… 😔"

"Parker me pidió que lo hiciera para hablar contigo y veo que la conversación ha ido bien, ¿no? 🤦‍♂️"

"Tampoco he sido buen amigo cuando… joder, qué difícil es esto 😅."

Sonreí al leer eso, porque me lo imaginé nervioso mientras tecleaba, y eso me enterneció. Conocía a Jerome demasiado bien, más de lo que sus propios padres podrían conocerle, y sabía cuándo estaba arrepentido de verdad y cuándo simplemente pasaba de todo.

"No quise dejarte con la palabra en la boca 😟."

"Me siento muy mal por ello, no es mi estilo hacer eso 😞."

"¿Me perdonas? 🙏"

"Lou, ¿estás? ¿O no quieres hablar conmigo? Si es así, lo entendería 😓."

La sonrisa, al leer sus mensajes, no se me borraba de los labios, y no podía evitar teclear una respuesta para que se quedase tranquilo. Sin embargo, me detuve a mitad de camino. Pensé en lo que había pasado hoy y en lo mucho que me había dolido su actitud. ¿Debería responderle? Claro, no podía dejarlo sin respuesta hasta mañana, ¿verdad?

Entonces lo reconsideré. Tal vez sería un buen castigo dejarle con la incertidumbre por una noche. Que sintiera un poco de lo que yo había sentido cuando decidió largarse sin más. Así aprendería que

yo, Lou, era su mejor amiga y que siempre, siempre, tenía que ser sincero conmigo. Aunque, si iba a ser honesta, últimamente a ambos nos estaba costando mucho serlo, quizás más de lo que nos atrevíamos a admitir.

Moví los dedos sobre la pantalla, debatiéndome entre enviarle algo breve y mantener mi silencio, pero finalmente dejé el móvil a un lado. «Mañana será otro día», pensé, aunque sabía que me iba a costar más a mí que a él.

CAPÍTULO 20

Jerome

No sabía cuántas vueltas llevaba dadas en la cama. Aún no había hablado con Jess, aunque me costaba mucho enviarla algún mensaje. No teníamos tanta confianza como para eso.

Cogí el móvil y comprobé si Lou estaba conectada, pero no. Me sentía tan arrepentido que necesitaba hablarle para pedirle perdón por lo capullo que había sido.

Llevaba bastante sin conectarse, así que pensé si era mejor hablarle ahora o cuando estuviera en línea. Como ya era bastante tarde, decidí escribirle y esperar a ver si me respondía o no. Eso me ayudaría a saber si estaba tan cabreada conmigo como yo creía.

Escribí varios mensajes. En todos intenté sonar como el de siempre. Le pedí perdón y me quedé esperando, observando la pantalla, en silencio. Entonces, ella se conectó. Cuando pensé que me escribiría, no lo hizo. No pude contenerme y le pregunté si no me hablaría. Fue entonces cuando la vi escribiendo. Estaba tardando demasiado, y supuse que sería porque me estaba escribiendo un buen mensaje. Sin embargo, terminó desconectándose sin responderme, y eso me dolió... aunque la entendí.

Dejé el móvil a un lado de la cama y suspiré varias veces. Me encantaría escaparme e ir a su casa para hablar con ella cara a cara, pero dudaba que me abriera siquiera la puerta, dado que ni siquiera era capaz de responderme un simple mensaje.

Tecleé un mensaje para Jess, necesitaba saber más sobre lo que había pasado entre Lou y su hermano. «Deja de pensar en ello, Jerome. ¿No ves que no puedes controlar todo? Al final, Lou hará lo que ella quiera», me decía mi conciencia, pero no era de los que hacían caso de primeras.

"Hola, Jess"

Escribí un saludo escueto. Me costaba mucho hablar con esta chica.

"¿Jerome? ¿Y este milagro?"

Sonreí al leer su respuesta. Jess Simmons era de esas chicas espontáneas, que respondían sin pensar, que decían lo que les daba la gana, importándoles muy poco si llegaban a molestarte o no. No podía decir que eso fuera una virtud, aunque nos parecíamos bastante. Mientras que ella y yo soltábamos las primeras palabras que pasaban por nuestra mente, su hermano y Lou eran los que pensaban antes de hablar. «Al final, ellos sí que tienen cosas en común», pensé, recordando lo que me dijo Lou cuando supo que le gustaba a Parker.

"Siento si te molesto, Jess"

"Quería preguntarte…"

No sabía si escribir lo que realmente quería saber, pero ella supo captar lo que necesitaba y terminó respondiéndome lo que quería saber.

"Mi hermano me ha dicho que Lou no le ha respondido nada todavía."

"Por lo visto, él fue quien le pidió que lo pensara antes."

Una parte de mí respiró con normalidad al leer eso. Si Lou no le había respondido, era porque no lo tenía claro, ¿verdad? Y si no lo tenía claro, todavía podría… No seas gilipollas, Jerome. ¿De verdad vas a intentar algo con tu mejor amiga? Pensé, mientras me incorporaba en la cama, quedando sentado.

Estaba claro que no, que no intentaría nada con Lou cuando no tenía claro lo que sentía por ella. Sí, me atraía, eso no era un secreto para nadie, ni siquiera para ella misma. Pero también era cierto que siempre había mirado a Louise con una admiración casi sobrenatural. Para mí, ella era una de las personas más importantes en mi vida. Por eso, no estaba seguro de que lo que empezaba a sentir fuera real o solo un espejismo que nosotros mismos habíamos creado frente a nosotros, como una forma de explicarnos las tonterías que habíamos hecho.

Tras eso, me despedí de Jess y silencié el móvil antes de dejarlo sobre la mesilla de noche cargando. Volví a acostarme, esta vez con la intención de conseguir quedarme dormido, aunque sabía que me iba a costar bastante.

***

Por la mañana, el despertador sonó, como siempre, a las siete. Me levanté rascándome los ojos y bostezando sin parar; no había pegado ojo en toda la noche.

Me vestí y, tras coger mis cosas, bajé a desayunar con mis padres antes de que se fueran a trabajar. Hoy me gustaría irme con alguno de ellos al instituto, no sabía si sería buena idea irme con Lou y su madre después de todo. ¿Y si seguía cabreada? Todavía no me había respondido y no estaba seguro de enviarle los buenos días, como siempre hacía.

—Hola, grandullón. ¿Cómo has dormido? —la voz de mi madre me sobresaltó.

—Joder, mamá, me has asustado —respondí mientras entraba en la cocina.

—Oye, no hables así —me regañó, y luego me dio un beso en la cabeza.

Sí, mi madre primero me regañaba y luego me besaba, así era ella.

—Lo siento, es que esperaba verte en la cocina y no detrás de mí. —Me senté pasándome las manos por el rostro; estaba agotado.

—¿Estás bien, Jerome? —se preocupó—. Me tienes inquieta desde anoche. —Fruncí el ceño—. No cenaste y ahora te levantas así. ¿Ha pasado algo que no me hayas contado?

—Lou no me habla —respondí con tristeza—. Ayer fui un capullo con ella y está cabreada conmigo… con razón, claro.

Tenía la suficiente confianza con mi madre como para contarle mis cosas, aunque no le diría todo, algunas me las guardaba para mí. Se sentó en frente y cogió mi mano con cariño.

—Cielo, estoy segura de que Lou no estará mucho tiempo cabreada contigo, te adora y no aguanta sin hablar contigo más de…

El timbre de la casa sonó, interrumpiendo nuestra conversación. Mi padre fue quien abrió al bajar de su habitación. No sabíamos quién podría ser tan temprano, hasta que escuchamos la voz de Lou. Mi madre me miró con una sonrisa, demostrándome con hechos lo que me estaba diciendo antes de que mi mejor amiga llegase.

—Buenos días, Lou —la saludó cuando cruzó el umbral de la puerta de la cocina.

—Buenos días, Erika —le dio un beso en la mejilla.

—¿Has desayunado? —Negó y se sentó en la silla en la que estaba mi madre anteriormente.

Lou me miró fijamente, esperando a que le dijera algo, pero las palabras se me quedaron atascadas. No sabía si era porque me sentía avergonzado aún con ella, o por ver lo preciosa que había llegado hoy. ¿De verdad no me había dado cuenta antes de lo bonita que era? Louise era hermosa, sus ojos verdes brillaban con tanta intensidad como las auroras boreales. Su sonrisa era perfecta y lo que más me gustaba era el lunar que tenía encima del labio, dándole ese toque tan sexy y especial.

«Jerome, ¿te estás enamorando de tu mejor amiga?», pensé mientras tragaba saliva, con un nerviosismo impropio en mí, estando a su lado.

—Toma, Lou. —Mi madre puso delante de ella un plato con fruta cortada, sabía que ella no podía comer cualquier cosa, como yo—. Bueno… os dejo a solas un momento, ¿vale?

Salió de la cocina, dejándonos solos, tal y como había dicho antes de irse, y yo seguía sin saber cómo empezar a hablar con ella.

—Iba a dejar de hablarte hasta la hora del descanso en el instituto, pero me ha podido más verte la cara en este momento —dijo, dejándome claro que seguía enfadada.

—Lo siento —me disculpé, no sabía qué más decir.

—¿Por qué? —inquirió, sin darme tregua.

—Joder, Lou… por todo, por cómo me comporté ayer y dejarte con la palabra en la boca. Ya sabes que yo no soy así, pero… bueno, ya me conoces. —Se encogió de hombros—. ¿Qué más puedo decirte para que me perdones?

—Ya te he perdonado, capullo —dijo sin más—. Solo quería hacerte sufrir un poquito, aunque creo que soy una blanda. Pero, hace un rato, mientras entrenaba, he pensado mucho… ya sabes, el hielo me aclara las ideas. —Nos reímos—. En definitiva, no puedo estar cabreada contigo, Jerome.

—Entonces, ¿me has perdonado? —asintió mientras nos levantábamos y nos abrazábamos con cariño.

Tras ese momento cariñoso, terminamos de desayunar y nos dirigimos al instituto. Hoy tenía que enfrentarme a la prueba para el equipo, y aunque me habría gustado que Lou me acompañara, Parker nos había dicho que no podía ir con nadie.

La mañana se me hizo eterna, llena de nervios. Estaba deseando que terminara para poder ir a la pista. La prueba era después de clases, casi cuando todos nos íbamos a casa, pero hoy, primero tenía que enfrentarme a eso. Aún no podía creer que estuviera a punto de hacerlo: ponerme frente al equipo de los Yucón para intentar ser parte de ellos, cuando el hockey nunca me había interesado. ¿Estaba realmente seguro de que quería seguir este camino? No podía negar que el patinaje me gustaba, pero no sabía si era suficiente para formar parte de un equipo como este, sobre todo si significaba estar lejos de Lou.

Cuando llegó la hora, me despedí de mi mejor amiga, prometiéndole que sería la primera a la que llamaría cuando terminara. ¿Cómo no iba a ser ella la primera si era la más importante para mí?

Parker ya había salido, por lo que tuve que ir solo. Por suerte, no estaba lejos, casi al lado del instituto. Llegué, pero al ver la pista de hielo de los Yukón, mis nervios se incrementaron. Tenía que tranquilizarme antes de entrar.

La pista estaba desierta, a excepción del entrenador Fraser, algunos jugadores del equipo y yo. No había gradas llenas, ni ruido de aficionados, solo el sonido de los patines deslizándose sobre el hielo y el eco de nuestras voces en el inmenso espacio.

Mis pasos resonaban en el vestuario mientras avanzaba, con las manos sudorosas a pesar del frío. Me senté en una de las bancas, mirando las camisetas colgadas al fondo. Una de ellas tenía el número 9, el de Parker. Él había insistido tanto en que viniera que no podía defraudarlo, pero los nervios eran como un nudo apretado en mi estómago.

Me puse el equipo, siguiendo el procedimiento como si fuera un ritual sagrado. Los patines estaban bien ajustados, las hombreras en su lugar y el casco perfectamente colocado. Cuando el entrenador

Fraser entró, todos guardaron silencio al instante. Su presencia imponía, y sabía que no toleraba tonterías.

—Spencer, ¿listo? —preguntó con su voz grave.

—Sí, entrenador —respondí, intentando sonar seguro.

—Bien. Vamos al hielo.

El aire frío me golpeó el rostro en cuanto salí del vestuario, despejándome un poco. Me uní a los demás jugadores, que ya estaban calentando. Aaron, el defensa más intimidante del equipo, y Parker me lanzaron una mirada aprobatoria mientras patinaban en círculos.

—Respira, Jerome —me susurró Parker al pasar junto a mí—. Recuerda lo que practicamos.

Comenzamos con un calentamiento sencillo: patinar en línea recta, giros básicos y paradas rápidas. Me concentré en cada movimiento, agradeciendo las horas que Lou y Parker habían pasado enseñándome. Mi equilibrio era mucho mejor que al principio, y aunque no era tan rápido como ellos, me mantuve firme sobre el hielo.

Después de unos minutos, el entrenador levantó una mano para detenernos.

—Spencer, al centro. Vamos a ver qué tal manejas el puck.

Me coloqué frente a Aaron, que me miraba como si fuera a aplastarme. Fraser lanzó el puck entre nosotros, y el sonido del choque de nuestros palos resonó en mis oídos. Logré ganar el enfrentamiento inicial, adelantándome con rapidez.

El entrenamiento se volvió más intenso. Los demás jugadores se movían con rapidez, intentando interceptarme. Parker me gritaba desde el fondo:

—¡Pasa a la derecha, Jerome! ¡Vamos, rápido!

Seguí su indicación y le pasé el puck, esquivando un intento de bloqueo de Aaron. Parker me lo devolvió con un pase limpio, dejándome frente al portero. Tomé aire, levanté el palo y disparé con todas mis fuerzas.

El puck golpeó la red con un sonido satisfactorio.

—¡Gol! —gritó Parker, levantando los brazos.

El entrenador Fraser asintió desde el borde del hielo, con una leve sonrisa.

—Nada mal, Spencer. Te queda mucho por aprender, pero tienes madera.

Sentí una oleada de alivio y orgullo, como si hubiera cruzado una línea que nunca pensé que alcanzaría.

Parker patinó hasta mí y me dio un golpe en el casco.

—Te lo dije, tío. Sabía que lo lograrías.

—¿Eso significa que estoy dentro? —pregunté, todavía incrédulo.

El entrenador no respondió, pero la leve sonrisa en su rostro fue suficiente para saberlo. Estaba dentro. Ahora, lo único que quedaba era demostrar que merecía estar allí.

CAPÍTULO 21

Louise

Pensé que me costaría más tiempo quedarme dormida, que después de ignorar los mensajes de Jerome me sentiría tan mal que no lograría descansar, pero no fue así. Estaba tan agotada que, al poner la cabeza sobre la almohada, caí rendida.

Me desperté muy temprano. Hoy tenía un entrenamiento intenso antes de ir al instituto, y con la competición cada vez más cerca, sabía que no podía permitirme bajar el ritmo. Tenía que estar preparada para dar lo mejor de mí, no solo porque Lauren lo exigiera, sino porque yo misma no aceptaba menos.

—Buenos días, cariño. ¿Has descansado esta noche? —La voz de mi madre me sacó de mis pensamientos mientras entraba en mi habitación, como cada mañana, para saludarme.

—Hola, mami —respondí, acercándome a ella para darle un beso en la mejilla—. La verdad es que sí, he dormido bastante bien. —Me sonrió con ese gesto que siempre me daba tranquilidad.

—¿Te falta mucho? Ya sabes que a Lauren no le gusta esperar y no tardará en llamarme para decirme que no nos retrasemos.

Asentí y agarré la mochila de los entrenamientos, asegurándome de llevar todo lo necesario.

Bajamos juntas, aunque mi madre insistió en que desayunara algo antes de salir. Yo sabía que no era buena idea comer justo antes de un entrenamiento intenso. Los giros, los saltos… acabaría vomitando, sin duda.

—¿Segura de que no quieres ni un poco de fruta? —insistió.

—Segura, mamá. Desayunaré algo ligero después del entrenamiento, lo prometo.

Mi padre ya estaba listo para irse al trabajo. Nos despidió con una sonrisa y un "mucho ánimo, Lou", mientras mi madre y yo salíamos. Mi abuela aún dormía plácidamente; no íbamos a despertarla a estas horas.

Por primera vez, Lauren no apresuró a mi madre con mensajes de "no lleguen tarde" o "necesito que aprovechemos cada minuto". Llegamos rápido, y justo cuando mi madre aparcaba frente a la entrada de deportistas, vi a Lauren bajarse de su coche, cargando su bolso y luciendo su eterna expresión de exigencia.

Entrar al pabellón de hielo siempre me llenaba de emociones encontradas. Era mi lugar seguro, el lugar donde podía olvidarme de todo, pero también el que me recordaba que no podía darme el lujo de fallar. Faltaban pocas semanas para la competición, y Lauren estaba más exigente que nunca. Hoy, incluso antes de que me atara los cordones de los patines, ya me estaba dando indicaciones.

—Louise, vamos a trabajar duro hoy —dijo sin preámbulos, mientras revisaba su libreta con notas sobre mis rutinas—. Necesito que te pongas el traje de competición. Quiero ver cómo te desenvuelves con él.

La miré, algo desconcertada.

—¿El traje? Pero… aún no está listo. Solo tengo el que usamos para entrenamientos especiales, y…

—Eso servirá. No es definitivo, pero es lo suficientemente parecido. Necesitamos que te acostumbres a la ligereza y la elasticidad de la tela. Además, quiero ver cómo se mueven las costuras con los giros y saltos.

Asentí y me dirigí al vestuario para cambiarme. El traje de entrenamiento especial era precioso, aunque no tan llamativo como los de competición oficial. De un azul celeste brillante, con pequeños detalles plateados en las mangas y la falda, se ajustaba perfectamente a mi cuerpo, pero me dejaba con una ligera sensación de vulnerabilidad. Era diferente a entrenar con mallas y sudadera.

Cuando regresé al hielo, Lauren me esperaba con los brazos cruzados y una mirada de aprobación.

—Perfecto. Ahora, a calentar rápido. No quiero que pierdas tiempo.

Comencé con los ejercicios de calentamiento, deslizándome suavemente sobre el hielo mientras flexionaba las piernas y giraba

los brazos en círculos. Sentí cómo el traje se adaptaba a cada movimiento, ofreciéndome una libertad que no esperaba.

—Bien, vamos a empezar con los giros. Quiero ver un doble axel limpio. Ya sabes que ese es uno de tus puntos débiles, y no podemos permitir errores en la competición.

Suspiré y asentí, concentrándome. Me deslicé hasta el centro de la pista, respiré profundamente y tomé impulso. Sentí la velocidad en las cuchillas de los patines mientras me preparaba para el salto. Mi cuerpo giró en el aire, y al aterrizar, perdí un poco el equilibrio, obligándome a tocar el hielo con la mano.

—Otra vez, Lou. Vamos, no te quedes pensando en lo que hiciste mal. Repite hasta que salga bien.

Volví a intentarlo, una y otra vez, hasta que finalmente logré un aterrizaje limpio. Lauren asintió con una sonrisa leve, pero no dijo nada. Sabía que era su forma de darme a entender que íbamos bien, pero que aún quedaba trabajo por hacer.

—Ahora los giros en camel spin. Vamos a probar con el traje, porque tu equilibrio cambia un poco con esta prenda.

Me deslicé hasta una esquina de la pista y comencé a girar, estirando la pierna trasera en paralelo al hielo. Al principio, la posición se sentía más inestable de lo normal, pero pronto mi cuerpo se adaptó. Sentí la falda del traje rozando mis piernas con cada giro, como si bailara conmigo.

—Eso estuvo mejor. Vamos a la rutina completa ahora —indicó Lauren, y su tono de voz me dejó claro que no había espacio para errores.

Puse la música que había elegido para la competición. Era una pieza intensa, con notas altas y momentos de calma que me permitían jugar con las emociones en cada movimiento. Empecé con los pasos iniciales, sintiendo el hielo bajo mis pies como una extensión de mí misma. Cada salto, giro y transición fluían con la música, y por un momento, olvidé que estaba entrenando.

Cuando terminé, mi pecho subía y bajaba rápidamente por el esfuerzo. Miré a Lauren, esperando su veredicto.

—Nada mal, Lou. Pero recuerda que, en competición, cada segundo cuenta. La entrada al triple salchow tiene que ser más

precisa, y quiero más fuerza en los giros finales.

—Lo haré mejor la próxima vez, lo prometo —respondí entre jadeos.

Lauren me dio una palmada en el hombro y sonrió.

—Lo sé, Lou. Por eso estamos aquí. Descansa cinco minutos y volvemos al trabajo.

Mientras me dirigía al borde de la pista para tomar un poco de agua, me permití sonreír. No importaba lo duro que fuera el entrenamiento o lo exhausta que terminara. En el hielo, me sentía invencible. Y estaba lista para demostrarlo.

Durante el entrenamiento, traté de mantener la mente enfocada en lo que me llenaba el alma, pero no pude evitar que Jerome volviera a mi cabeza en algunos momentos. Reflexioné sobre lo ocurrido, y aunque seguía molesta, sabía que no podía estar enfadada con él mucho tiempo. Al final, el patinaje me ayudó a ordenar un poco mis ideas, aunque no del todo.

Al terminar, aproveché que Lauren y yo estábamos solas para asearme rápidamente en el baño del vestuario. Había sudado bastante y no era plan presentarme en el instituto en ese estado.

—Louise, tu madre ya está esperando afuera —me comunicó Lauren al asomarse por la puerta del vestuario. Asentí con una sonrisa, ajustándome la chaqueta antes de salir—. Nos vemos en dos días. Intenta descansar lo máximo que puedas, porque a partir de la semana que viene los entrenamientos serán más seguidos y mucho más intensos, ¿de acuerdo? —dijo, colocándome las manos sobre los hombros. Hizo una breve pausa antes de añadir—: Vas a llegar lejos, Lou.

Era la primera vez, desde que empecé a entrenar con ella, que decía algo así. Siempre habíamos visto a Lauren como una mujer tosca, fría, sin demasiados filtros ni palabras amables. Supongo que su forma de ser estaba moldeada por el tipo de trabajo que tenía. Era lógico que fuera dura conmigo para sacar mi mejor versión, pero ese pequeño gesto me llenó de confianza. Tal vez todo el esfuerzo que estaba haciendo estaba comenzando a dar sus frutos.

Tras despedirme de Lauren, salí del pabellón y corrí hasta el coche. Había empezado a nevar y hacía mucho más frío que cuando

llegamos hace apenas una hora.

—¡Dios, qué frío! —exclamé en cuanto me senté en el asiento del copiloto, frotándome las manos.

—Sí, las temperaturas han bajado un poco más esta mañana. Suerte que tenemos calefacción en el coche —respondió mi madre, con una sonrisa mientras encendía el motor. Ambas nos reímos, aunque yo aun así me cerré un poco más la chaqueta.

—¿Qué tal ha ido, cielo? —preguntó, lanzándome una rápida mirada de reojo antes de concentrarse en la carretera.

—Muy bien, mamá. He conseguido hacer los saltos sin perder el equilibrio. Además, hoy Lauren me hizo ponerme la ropa de competición... esa de color azul clarito que tanto te gusta. —Se le dibujó una sonrisa, pero no desvió la atención del volante.

Con el temporal y la nieve cubriendo las calles, conducir se convertía en un desafío, así que mi madre iba con mucho cuidado.

Como todavía faltaba un rato para ir al instituto, decidimos volver a casa. Sin embargo, al llegar, le dije que iría a desayunar con Jerome; necesitaba hablar con él cuanto antes. Caminé hasta su casa y toqué el timbre, deseando que fuera él quien abriera, pero me encontré con Lincon, su padre, al otro lado de la puerta.

—Buenos días —lo saludé con una sonrisa cariñosa.

—Buenos días, Lou. ¿Qué tal? —me dio un beso en la mejilla.

—Bien, vengo a desayunar con Jerome.

Entré a la casa y, tras saludar a Erika de igual forma, me hizo sentarme frente a Jerome mientras ella me servía fruta cortada para desayunar. Ella siempre estaba en todo; sabía perfectamente lo que podía comer y lo que no. Era como mi segunda madre.

—Iba a dejar de hablarte hasta la hora del descanso en el instituto, pero me ha podido más verte la cara en este momento —dije, fingiendo un enfado que ya no sentía.

Él se disculpó, y aunque estuve a punto de soltar una carcajada al verlo tan serio, me contuve como pude. Cuando le pregunté el motivo de sus disculpas, queriendo que lo dijera en voz alta, noté cómo empezaba a frustrarse.

—Joder, Lou… por todo, por cómo me comporté ayer y dejarte con la palabra en la boca. Ya sabes que yo no soy así, pero… bueno,

ya me conoces. —Me encogí de hombros—. ¿Qué más puedo decirte para que me perdones?

—Ya te he perdonado, capullo —respondí, sin rodeos. La sonrisa que intentaba ocultar terminó escapándose de mis labios—. Solo quería hacerte sufrir un poquito, aunque creo que soy una blanda. Pero, hace un rato, mientras entrenaba, he pensado mucho… ya sabes, el hielo me aclara las ideas. —Ambos nos reímos, como siempre pasaba al final de cualquier discusión.

—En definitiva, no puedo estar cabreada contigo, Jerome.

Nos levantamos y nos dimos un abrazo para cerrar por completo el conflicto que, siendo sincera, tampoco había sido tan grave como pareció ayer. Terminamos de desayunar y nos fuimos al instituto.

Jerome estaba visiblemente nervioso; hoy tenía la prueba para entrar en el equipo de hockey. Aunque deseaba acompañarle y apoyarle, estaba prohibido que fueran espectadores ajenos al equipo, así que no me quedaba más remedio que esperar en casa su regreso. Con suerte, lo haría con buenas noticias.

La mañana pasó sin pena ni gloria. Los exámenes finales estaban a punto de acabar, las vacaciones de Navidad se acercaban a pasos agigantados y mi competición estaba ya a la vuelta de la esquina. Con tantas cosas en la cabeza, solo deseaba que llegara el fin de semana para escaparme con Jerome y disfrutar de lo que más nos gustaba: soñar juntos con las auroras boreales.

Durante el descanso, para mi sorpresa, Parker se mantuvo en su lugar. No me atosigó ni insistió en hablar conmigo, algo que agradecí más de lo que pensé que haría. Todavía no estaba preparada para darle una respuesta. Sin embargo, salir con él, aunque fuese solo una cita, no debería ser algo malo, ¿verdad? Es decir, ¿qué tenía de malo salir con un amigo a cenar o al cine?

Solo de pensarlo, mi corazón comenzó a acelerarse. Pero entonces, como si fuera incapaz de dejarme avanzar en ninguna dirección, Jerome volvió a apoderarse de mi mente. Su imagen se hizo tan presente que cualquier idea relacionada con Parker se desvaneció en cuestión de segundos.

CAPÍTULO 22

Jerome

Todavía no me creía que hubiese entrado en el equipo. Después de todas las caídas en el hielo, los esfuerzos habían dado sus frutos. Ahora me quedaba demostrar que podía dar lo mejor de mí para que el entrenador confiara en mí y, con suerte, me dejara jugar algún partido. De momento, sabía que estaría en el banquillo, esperando mi oportunidad.

—Felicidades, Jerome —me dijo Lion, chocando su puño contra el mío con una sonrisa amplia—. Va a ser divertido tenerte en el equipo.

Asentí, devolviéndole la sonrisa.

—No empieces a atosigarle, Lion —intervino Parker, entrando al vestuario mientras se quitaba los guantes.

—No lo hacía, capullo —respondió Lion, dándole un empujón amistoso que ambos acompañaron con una carcajada—. La diversión a la que me refiero es a las fiestas que hacemos cuando ganamos algún partido. —Alzó una ceja, visiblemente divertido.

Los demás jugadores comenzaron a entrar al vestuario, dándome la bienvenida. Parecían contentos de tenerme en el equipo, al menos la mayoría. Todos, excepto Cody, que me miraba con cara de pocos amigos, como si yo fuera una amenaza directa para su puesto de suplente. No era mi intención quitarle nada, solo quería jugar y formar parte de algo. Nada más.

Algunos se fueron rápidamente, otros se ducharon allí mismo, pero yo preferí irme a casa. Aún no me sentía con la suficiente confianza como para desnudarme delante de todos ellos. Me despedí de Parker y Lion, que eran con los que más relación tenía, y salí del vestuario.

Al salir, me encontré con el entrenador Fraser. Tenía pensado darle las gracias por la oportunidad, así que aproveché que estaba solo para acercarme a él.

—Entrenador Fraser. —Levantó la mirada de la libreta que tenía entre las manos—. Quiero darle las gracias por la oportunidad. Voy a dar lo mejor de mí.

—No lo dudo, Jerome. He visto potencial en ti y creo que llegarás a ser un buen jugador. Pero todo en esta vida requiere sacrificio, así que no te duermas en los laureles, ¿de acuerdo? —Asentí, convencido de sus palabras.

Cuando ya me daba la vuelta para irme, volvió a hablarme.

—Jerome, el próximo partido es dentro de un par de semanas. No te pierdas ningún entrenamiento porque jugarás.

Fruncí el ceño, incrédulo.

—¿Jugaré ese partido? ¿Tan pronto?

—Sí, será tu prueba definitiva para saber si eres merecedor del número 17.

—¿El número 17? —pregunté, intrigado.

El entrenador asintió y me llevó hasta una vitrina donde se exhibían los recuerdos de los logros del equipo desde su fundación. Señaló una foto en la que aparecía él, luciendo la camiseta con el número 17.

—¿Lo ves? —dijo, con firmeza en la voz—. No me defraudes, Jerome.

No sabía si sentirme halagado o agobiado por la confianza que el entrenador estaba depositando en mí. Llevar el mismo número que una leyenda como Logan Fraser me ponía bastante nervioso. Sin saber qué decir, asentí mientras tragaba saliva y me despedí de él, prometiéndole que estaría en el entrenamiento del viernes por la tarde.

Salí del pabellón y caminé hasta la parada de autobús más cercana para regresar a casa. Podría haber llamado a mi madre para que viniera a recogerme, pero sabía que estaría en el hotel trabajando, así que no me quedó otra que optar por el transporte público.

El trayecto fue más largo de lo que esperaba y, cuando llegué, lo primero que hice fue caminar hasta la casa de Lou. Le había dicho que sería la primera en saber si entraba en el equipo o no, y siempre cumplía lo que prometía.

Tenía varias llamadas suyas, lo había visto mientras venía de camino, pero preferí hablar con ella en persona. Toqué el timbre, y la yaya Laisa abrió la puerta.

—Jerome, ¿qué tal? ¿Cómo estás? —Me dio una cálida sonrisa mientras yo le daba un beso en la mejilla.

—Bien, ¿Lou está? —pregunté, algo ansioso.

—Está en su habitación. Sube si quieres.

—Gracias.

Subí las escaleras despacio, arrastrando los pies. Estaba bastante cansado, pero aun así tenía la energía suficiente para ir a verla. Cuando llegué a la puerta de su habitación, vi que estaba entreabierta. Dudé por un momento si debía tocar o simplemente entrar. Finalmente, la empujé con cuidado y me encontré con Lou recostada en la cama, profundamente dormida.

Me debatí entre marcharme y dejarla descansar o quedarme un poco más. La tentación de observarla sin reparo fue demasiado fuerte. Entré en la habitación sin hacer ruido y me acerqué a la cama. Me senté despacio en el borde, cuidando de no moverla demasiado. Lou se removió ligeramente, y mi cuerpo entero se tensó. No quería que me pillara en medio de mi atrevimiento.

Cuando volvió a quedarse inmóvil, suspiré aliviado y, casi sin pensarlo, llevé mi mano hasta su mejilla. La acaricié con una dulzura que ni yo sabía que podía tener. Era tan hermosa, tan perfecta en ese momento.

Mis ojos viajaron hasta sus labios, ligeramente entreabiertos, y por un instante me invadieron unas inmensas ganas de besarla. El simple pensamiento hizo que mi corazón comenzara a latir con fuerza, como si estuviera corriendo en mitad de un partido.

Me incliné ligeramente hacia ella, incapaz de apartar la mirada de su rostro. Su respiración era tan tranquila que casi podía sincronizarme con ella. Mis ojos viajaron una vez más hasta sus labios entreabiertos, y la tentación se hizo casi insoportable. ¿Cómo podía alguien ser tan hermosa sin siquiera intentarlo?

Me acerqué un poco más, como si mi cuerpo estuviera actuando por su cuenta. El calor de su presencia era embriagador, y por un

segundo, me permití imaginar cómo sería… cómo se sentiría besarla. Mi corazón latía con tanta fuerza que temí despertarla.

Pero entonces, algo en mi interior me frenó. ¿Qué estás haciendo, Jerome? Una pequeña voz resonó en mi cabeza. Esto no era justo para Lou. Yo estaba aquí para contarle sobre mi prueba, no para… complicarlo todo más.

Suspiré y me aparté despacio, llevándome las manos a la cara, intentando calmar mi agitado pulso. Estaba claro que mis sentimientos por Lou habían superado los límites de la amistad, pero ¿y si ella no sentía lo mismo? ¿Y si este momento arruinaba todo lo que éramos?

Justo entonces, Lou se removió en la cama y abrió los ojos lentamente. Por un instante, nuestros ojos se encontraron, y mi respiración se detuvo.

—¿Jerome? —murmuró, todavía adormilada, con la voz más suave que había escuchado jamás.

—Eh… sí, soy yo —respondí, apartándome un poco para darle espacio. Me rasqué la nuca, nervioso—. Perdona, no quería despertarte.

Lou se incorporó despacio, frotándose los ojos con una sonrisa perezosa que me desarmó por completo.

—¿Cómo te fue? —preguntó, con esa curiosidad sincera que siempre tenía cuando se trataba de mí.

Por unos segundos, olvidé mi nerviosismo. Lou era mi mejor amiga, la persona que siempre estaba ahí para apoyarme, y aunque mis sentimientos hacia ella estaban cambiando, había algo que siempre sería cierto: no quería perderla.

—Te lo cuento si me haces un sitio —dije, señalando el borde de la cama con una sonrisa traviesa.

Ella rió entre dientes y me dio una palmadita en el colchón, invitándome a sentarme. Era un gesto tan típico de nosotros que, por un momento, todo volvió a sentirse normal.

Me recosté a su lado, apoyando la espalda en el cabecero de la cama, mientras ella me miraba expectante, esperando a que le contara lo del equipo. Lo tenía en la punta de la lengua, pero seguía demasiado nervioso. Acababa de estar a milímetros de besarla, y

todavía sentía el calor en mi pecho, la tensión en mis manos. Por primera vez en mi vida, había deseado besar a alguien con tanta intensidad, que el mundo entero podría haber desaparecido a nuestro alrededor, y no me habría importado.

Pero no podíamos. Yo no podía. No podía perder lo que tenía con Lou. Ella era la única persona que confiaba en mí de verdad, lo suficiente como para escucharme, apoyarme y levantarme cuando hacía falta. Siempre estaba ahí. Y, aunque jamás lo admitiría en voz alta, yo era lo mismo para ella. Nos entendíamos sin palabras.

—¿Vas a contármelo de una vez? —su voz, suave pero cargada de impaciencia, rompió mi letargo y resonó como un eco en mi cabeza.

—Eh, sí, lo siento —me disculpé rápidamente, enderezándome un poco mientras me removía a su lado, intentando alejarme unos centímetros de ella.

El efecto que tenía en mí su proximidad era algo nuevo y desconcertante. Me encantaba estar a su lado, pero ahora, cada gesto suyo hacía que mi pulso se acelerara. Y eso, francamente, estaba empezando a volverme loco.

—¡Estoy dentro! —dije al fin, con la voz cargada de entusiasmo.

Su sonrisa me deslumbró. Antes de que pudiera reaccionar, me abrazó con tanta fuerza que ambos acabamos tumbados en la cama, tan pegados que no se podía distinguir dónde terminaba uno y comenzaba el otro. Por un instante, nos quedamos así, sin hablar, sin movernos, como si el tiempo se hubiera detenido a nuestro alrededor. Pero en mi cabeza, todo iba a mil por hora. Si lo que pretendía era mantenerme alejado de ella para aclarar mis sentimientos, no lo estaba consiguiendo en absoluto. En este momento, lo único que deseaba era rendirme de una vez y dejar que todo lo que sentía saliera a la luz.

—Felicidades, Jerome. Sabía que lo conseguirías. —Su voz fue un susurro cálido en mi oído, una corriente de aire que me recorrió por completo—. Estoy muy orgullosa de ti.

Nos separamos unos pocos milímetros, pero esa breve distancia fue suficiente para que nuestros ojos se encontraran. Nos quedamos atrapados en esa mirada, inmóviles, como si el mundo a nuestro

alrededor se hubiera congelado. Había algo en ese momento, en el brillo de sus ojos, que me hacía sentir como si todo cobrara sentido.

La vi tragar saliva. Sus ojos bajaron lentamente de los míos a mis labios, y juro que todo mi cuerpo reaccionó a ese pequeño gesto. Ese brillo especial en su mirada, esa intensidad que siempre había estado ahí, me desarmó por completo. Lou estaba increíblemente hermosa, irresistible… y, por un segundo, pensé que ella también deseaba lo mismo que yo.

Sin darnos cuenta, nuestros rostros comenzaron a acercarse, como si algo más fuerte que nosotros estuviera tirando de los hilos. Nuestros labios quedaron a milímetros de distancia, tan cerca que podía sentir el calor de su respiración. Bastaba con un pequeño movimiento para que se rozaran, para que lo inevitable sucediera. Y, sinceramente, no quería resistirme más.

Pero algo dentro de mí me detuvo. No podía dejar de pensar en cómo este beso, su primer beso, debía ser algo especial. No soportaba la idea de que otro se lo diera, pero tampoco estaba seguro de que yo fuera el indicado para hacerlo. Era un caos de emociones que me carcomía.

Lo que me desconcertaba era lo rápido que todo había cambiado. Antes de que Parker me dijera que le gustaba, ni siquiera me habría dado cuenta de todo esto. Pero ahora, no podía ignorarlo, y mucho menos detener lo que sentía.

De pronto, la voz de la yaya Laisa comenzó a acercarse a la habitación. En menos de un minuto, estaría frente a nosotros, pillándonos en esta tesitura.

Lou se removió nerviosa, soltándose de mi abrazo, y fue como si todo a su alrededor se vaciara, como si le faltara algo, como si hubiera un espacio donde solo mis brazos podían encajar.

—Entro —avisó antes de hacerlo, y en un abrir y cerrar de ojos, ya estábamos separados, sentados en la cama, tratando de recomponernos—. ¿Queréis comer algo? Voy a preparar tortitas de avena, tus favoritas, Lou —anunció Laisa con una tierna sonrisa, y ambos asentimos, casi con más ganas de comer su delicia que de respirar.

Nos levantamos y la seguimos hasta la cocina.

Nada volvió a ser igual entre nosotros, por lo menos en ese momento. Seguíamos algo agitados, y podía ver cómo las mejillas de Lou se coloreaban de un rosado tímido que la hacía aún más apetecible, si eso fuera posible.

«Joder, Jerome, deja de pensar en eso», me regañé internamente por ser tan descarado. Me senté a la mesa para merendar, pero mi mente no podía dejar de revolotear, y no solo por el nerviosismo, sino por todo lo que había quedado sin decir.

CAPÍTULO 23

Louise

Estaba deseando llegar a casa para poder descansar. Por suerte, hoy no nos habían mandado ninguna tarea, así que podría llegar, comer y acostarme. Era tan tentador que, solo de pensarlo, me relajaba.

Me despedí de Jerome, deseándole suerte con su prueba, y me fui con mi madre. Hoy mi abuela había preparado pasta gratinada, todo un manjar. Tenía tanta hambre que, en cuanto escuché el menú del día de la boca de mi madre, mi estómago rugió como si estuviera reclamando justicia.

—¿Tienes hambre? —preguntó mi madre, divertida.

—Estoy hambrienta...

—Ya me he dado cuenta. —Nos reímos juntas.

Por suerte, no tardamos demasiado en llegar. En cuanto crucé el umbral de la puerta de casa, dejé la mochila en el suelo y fui directa a la cocina. Mi abuela me recibió con una sonrisa y un buen plato de pasta, del que me relamí los labios con solo verlo.

—¿Sabes algo de Jerome? —preguntó mi abuela con naturalidad —. Hoy tenía la prueba, ¿no?

Asentí mientras me llevaba el tenedor a la boca.

—Supongo que estará en ello —respondí—. Ojalá tenga suerte, aunque estoy segura de que entrará.

Mi abuela me miró con una expresión curiosa, casi traviesa, y entonces lanzó la pregunta que me puso los nervios de punta:

—Le quieres mucho, ¿verdad?

Casi me atraganté con un bocado. Mi reacción no pasó desapercibida para ella, que al instante añadió con una sonrisa tranquilizadora:

—Eh, tranquila. Solo es la curiosidad de una anciana aburrida.

Nos reímos juntas por su ocurrencia.

—Primero, no eres una anciana, abuela. Y segundo... sí, adoro a Jerome. Es como mi hermano.

Pronuncié esa última frase con firmeza, como si quisiera autoconvencerme de que era verdad, porque aceptar cualquier otra posibilidad me volvería loca.

Mi respuesta convenció más a mi abuela que a mí, y dejó de preguntar, algo que agradecí internamente. En cuanto acabé de comer, recogí mi plato y me fui a mi habitación para cambiarme de ropa y descansar todo lo que mi cuerpo me pedía a gritos. Había estado despierta desde muy temprano y, después de haber entrenado, estaba realmente agotada.

Me puse un chándal calentito porque, por mucha calefacción que tuviéramos, hacía un frío que pelaba. Me recosté en la cama, y fue poner la cabeza en la almohada y quedarme dormida casi al instante.

No supe cuánto tiempo llevaba dormida, pero sentí que alguien estaba frente a mí, bastante cerca. Comencé a abrir los ojos y, al hacerlo, vi a Jerome.

—¿Jerome? —murmuré, todavía adormilada.

—Eh… sí, soy yo —respondió, apartándose un poco para darme espacio.

Me percaté de su nerviosismo, se rascó la nuca y se disculpó por haberme despertado. Me incorporé despacio, frotándome los ojos con una sonrisa perezosa.

—¿Cómo te fue? —pregunté, con curiosidad.

—Te lo cuento si me haces un sitio —dijo, señalando el borde de la cama con una sonrisa traviesa.

Dejé que se pusiera a mi lado, ambos sentados, reposando la espalda en el cabecero de la cama. Nos mirábamos de reojo, Jerome aún seguía en silencio, y a mí eso me estaba poniendo de los nervios. ¿Qué le pasaba? Normalmente, él no era así, tan callado, tan reservado. Siempre era más fácil hablar, pero ahora parecía que había algo que lo bloqueaba. A decir verdad, llevábamos días así, sin saber cómo actuar, cómo hablarnos, cómo tratarnos sin pensar que podía ser algo más entre nosotros.

—¿Vas a contármelo de una vez? —le hablé con suavidad, tratando de sacarlo de su mundo de pensamientos.

—Eh, sí, lo siento —se disculpó nuevamente, enderezándose un poco mientras se removía a mi lado, intentando alejarse unos centímetros de mí.

Si pensaba que no me estaba dando cuenta de lo que intentaba hacer, estaba muy equivocado. Conocía a Jerome como la palma de mi mano, y él también me conocía a mí. Entre nosotros, era casi imposible ocultar lo que estábamos pensando o sintiendo, y aunque intentáramos hacerlo, era evidente.

En cuanto me dijo que había quedado dentro, esa sonrisa tan brillante en su rostro me hizo olvidar todo lo demás. Mi corazón dio un brinco, y antes de que pudiera pensar en nada más, me lancé hacia él para abrazarlo. Era lo que siempre habíamos hecho, era nuestra costumbre, y no pensaba en nada más que en compartir ese momento con él.

Pero, al estar tan cerca de él, las cosas cambiaron. Mi cuerpo reaccionó de manera distinta a lo habitual, y por un instante, todo se detuvo. Nos quedamos allí, inmóviles, mirándonos, y fue entonces cuando su rostro se acercó al mío. Podía sentir su respiración, su calor, y mi mente estaba completamente en blanco.

¿Lo deseaba? ¿Él me deseaba? Esa cercanía, esa intensidad en su mirada, me hizo pensar que sí. Pero, de alguna forma, mi cuerpo no estaba preparado para ese cambio, y me costaba reconocer que lo que sentía era algo más que amistad.

La confusión me invadió, pero antes de que pudiera procesarlo todo, un ruido nos sacó de esa burbuja en la que estábamos. La voz de mi abuela, Laisa, se acercaba a la habitación y todo cambió. Me solté de Jerome rápidamente, como si algo se rompiera en el aire, y sentí un vacío extraño. Mi pecho se apretó, y no supe qué pensar.

Cuando mi abuela entró, todo parecía volver a la normalidad, pero yo seguía agitada, con la respiración entrecortada, tratando de disimular lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Ambos estábamos tan tensos, tan agitados, que ni siquiera nos miramos mientras nos levantábamos para seguir a Laisa hasta la cocina. No dijimos nada más, pero sabía que el aire entre nosotros había cambiado.

Mis mejillas ardían, y sentía el rubor de un deseo no correspondido, pero en el fondo, no sabía si estaba preparada para enfrentarlo o si quería seguir viviendo en la comodidad de nuestra amistad.

Cuando salí de la habitación, mi corazón todavía latía con fuerza, como si quisiera romper mi pecho para escapar. Me llevé las manos a las mejillas, intentando calmar el calor que me invadía. No era solo por lo que había pasado —o lo que casi había pasado—, sino por lo que significaba.

Me apoyé contra la pared del pasillo, cerrando los ojos un momento para recuperar la calma. "No puedes pensar así, Lou", me dije a mí misma. Jerome siempre había sido mi amigo, mi mejor amigo, pero lo de hoy... lo de hoy había cambiado algo, o al menos me había cambiado a mí. ¿Y si todo había sido una tontería? ¿Un malentendido? ¿Y si me estaba montando una película en mi cabeza?

El aroma a tortitas todavía flotaba en el aire, y la voz de la yaya Laisa llegaba desde la cocina. «Solo respira, actúa normal», pensé, forzándome a dar un paso tras otro.

Cuando llegué, Jerome ya estaba en la mesa, con una expresión tranquila que contrastaba con la mía. Sus ojos me buscaron al instante, pero yo me concentré en mi plato, demasiado nerviosa para sostenerle la mirada. Aun así, sentía su atención sobre mí, y eso solo conseguía que mi piel se estremeciera.

El resto de la tarde pasó en un extraño limbo. Nos reíamos con las ocurrencias de Laisa, comentábamos cosas sin importancia, pero cada vez que nuestras miradas se cruzaban, algo en el aire cambiaba. No sabría decir qué era exactamente, pero estaba ahí, tan real como el frío que se colaba por las ventanas.

Los días siguientes no fueron mucho mejores. Jerome y yo intentábamos actuar como si nada hubiera pasado, pero los pequeños momentos se volvían incómodos: nuestras manos que casi se rozaban al pasar una taza, las miradas que se alargaban más de lo debido, los silencios que gritaban lo que ninguno de los dos se atrevía a decir.

Yo me refugié en el hielo, como siempre hacía cuando las emociones amenazaban con desbordarme. Los entrenamientos se convirtieron en mi escape. Cada giro, cada salto, cada rutina me ayudaban a olvidar, aunque fuera por un rato, lo complicado que se estaba volviendo todo con Jerome.

Él también estaba ocupado con su hockey. Algunas tardes se quedaba en casa, viendo vídeos de partidos y tomando apuntes, como yo le había sugerido. A veces me pedía consejo sobre los movimientos, y me hacía gracia lo concentrado que se ponía. En esos momentos, todo parecía volver a ser como antes, sencillo y natural. Pero luego, bastaba un pequeño gesto, una sonrisa demasiado dulce, y todo volvía a tambalearse.

El tiempo se nos escapó de las manos, y de pronto, la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. La casa se llenó de luces, olores y canciones navideñas. Mi abuela Laisa y yo pasamos una tarde entera decorando el árbol. Era uno pequeño, pero tenía su encanto, con adornos que ella misma había hecho cuando era joven.

—¿No crees que es bonito? —me dijo mientras colgaba la última estrella en la punta.

—Es precioso, abuela.

Jerome apareció de repente con una caja entre las manos.

—¿Qué es eso? —pregunté, curiosa.

—Unos regalos. Para vosotros.

Mis mejillas se calentaron. «¿Es para nosotros... o para mí?», pensé, pero no me atreví a decirlo en voz alta.

La noche de Navidad fue cálida y tranquila. Compartimos una cena sencilla pero deliciosa, con el sonido de los villancicos de fondo y las risas de mi abuela llenando la sala. Jerome y yo intercambiamos regalos en privado, al lado del árbol. Me dio una bufanda tejida por su madre, y aunque era sencilla, tenía un valor que no podía medir. Yo le regalé un llavero en forma de stick de hockey, porque sabía lo importante que era para él.

Cuando nuestras manos se rozaron al intercambiar los regalos, sentí ese pequeño cosquilleo de nuevo. Esa tensión que parecía no querer irse nunca.

—Muchas gracias, Lou, es el mejor regalo que he recibido en toda mi vida —dijo con una dulzura que me dejó sin palabras.

—La bufanda es increíble, gracias, Jerome —respondí de la misma manera.

Nos dimos un abrazo, y sentí como cada ápice de mi cuerpo comenzaba a temblar, como si estuviera en una ventisca y sus brazos fueran mi refugio.

Desde que estuvimos a punto de besarnos en mi habitación, todo había cambiado entre nosotros. Ahora, cada abrazo, roce o sonrisa era como una invitación a dar un paso más, pero ninguno de los dos lo daba, y eso era lo único que nos mantenía a ambos en lados opuestos del camino.

Yo había salido un par de veces con Parker, al cine o a cenar, y Jerome también tuvo algunas citas con Kelly, aunque no parecía tan entusiasmado con ella, al menos no como cuando quería entrar en el equipo de hockey para impresionarla.

—¿Vendrás a verme jugar? —quiso saber. —El partido es en dos días —me aclaró.

—Solo si vienes conmigo a la competición —le recordé, y él abrió los ojos desorbitadamente.

—¿Pero es en Carcross? ¿Crees que nuestros padres nos dejarán? —su entusiasmo al hacerme esa pregunta me llenó el corazón.

—Tendremos que convencerles de que, sin ti, no lo haré igual —le sonreí. —No puedo competir sin tener a mi mejor amigo viéndome desde las gradas.

Cuando dije eso, todo atisbo de entusiasmo se esfumó, dejándome claro que no le gustaba que dijera que era mi mejor amigo. Era como si recordarle lo que éramos lo alejara de mí un poquito, y no era eso lo que pretendía.

Terminó sentándose al lado de sus padres, que tomaban vino junto a los míos y mi abuela. Los miré a todos con una sonrisa, y era como si el tiempo no hubiera pasado. Era bonito saber que tenía una familia tan unida, aunque Jerome y yo no compartiéramos el mismo ADN. Eso no importaba; habernos criado juntos nos daba mucha

ventaja a la hora de dar un paso más, aunque no sabíamos si ese paso era el correcto o no. ¿Algún día sabría qué hacer? ¿Jerome y yo seguiríamos siendo amigos toda la vida? ¿O lo nuestro iría más allá?

CAPÍTULO 24

Jerome

Los días pasaron tan deprisa, que casi no me di cuenta de que el primer partido de los Yucón, en el que yo ya era oficialmente miembro del equipo, estaba a solo dos días.

El tiempo entre entrenamientos, clases y las tardes de vídeo y estrategia con Parker y Lion se me escapó de las manos. Apenas veía a Lou estas semanas; ella estaba volcada en sus entrenamientos, y yo, en los míos. No era algo nuevo, pero desde aquella tarde en su habitación, cuando estuvimos tan cerca de cruzar una línea que siempre había estado clara entre nosotros, algo había cambiado.

Cada vez que la veía, me costaba contener las ganas de correr hacia ella y besarla. Pero no podía, porque Lou merecía algo mejor. Alguien que no estuviera hecho un lío, alguien que estuviera seguro al cien por cien de lo que sentía. Y yo… yo aún estaba tratando de descifrar todo este caos.

Además, Lou había salido un par de veces con Parker. Saberlo ya era complicado, pero verlo… eso fue mucho peor. Parker no paraba de hablar de lo maravillosa que era ella, como si yo no la conociera de toda la vida. Joder, era mi mejor amiga. La conocía mejor que él, mucho más de lo que Parker llegaría a conocerla nunca, y me jodía demasiado escucharle hablar de Lou como si ya fueran algo más.

Mientras yo trataba de aclarar este caos en mi cabeza, ella salía con mi amigo y compañero de equipo. El contraste era tan evidente que solo hacía que mis pensamientos dieran más vueltas.

Las Navidades fueron un respiro en medio de todo este lío. Las pasamos en familia, compartiendo regalos y momentos que se sintieron como un oasis de tranquilidad. Lou me regaló un llavero en forma de stick de hockey, y no solo me gustó porque venía de ella, sino porque realmente era perfecto. Era sencillo, pero tenía algo especial, algo que hacía que cada vez que lo miraba, pensara en ella.

—Toc, toc —la voz de mi padre me sacó de mis pensamientos mientras entraba en mi habitación.

Estaba recogiendo el desastre que había acumulado durante días. Desde que entré en el equipo, apenas tenía tiempo para organizarme, y mi cuarto lo reflejaba perfectamente: una montaña de ropa en la silla, zapatos por todas partes, el casco de hockey tirado en el suelo y… espera, ¿qué es eso?

Me agaché para recoger lo que parecía ser un pendiente. Al examinarlo más de cerca, reconocí que era de Lou. ¿Cuándo se le había caído aquí? No lo recordaba, pero ya tenía una excusa para ir a verla. Aunque, siendo sincero, no necesitaba excusas. Siempre encontraba un motivo para estar cerca de ella.

—Hola, papá —lo saludé mientras me enderezaba, con el pendiente todavía en la mano.

—Menos mal que has decidido poner orden en esta leonera. —Me reí por su ocurrencia.

—¿Hoy tienes entrenamiento? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Sí, en una hora. Solo será un par de horas, ¿por qué? ¿Necesitas ayuda en el hotel? —respondí, ya anticipando su respuesta.

Rodó los ojos, confirmando lo que sospechaba.

—Bueno, no es solo porque necesite ayuda —admitió, sentándose en el borde de la cama—. Hace tiempo que no pasamos tiempo juntos, y esta noche vienen los Betancourt. Pensé que te gustaría estar con Lou.

Eso último captó por completo mi atención.

—Además —continuó con una sonrisa—, tal vez podéis ir a ver las auroras boreales, como tanto os gusta.

Solté un suspiro profundo mientras me sentaba a su lado, sintiendo una punzada de nostalgia. Nuestra relación se estaba enfriando, y no podía evitar sentir que ambos estábamos tomando caminos diferentes. Necesitaba recuperar a Lou, nuestra conexión, como fuera.

—¿Te pasa algo, hijo? —La preocupación en su voz era evidente mientras me observaba.

—Es complicado —respondí, mirando el pendiente que aún sostenía entre los dedos—. Desde que entré al equipo, hemos pasado menos tiempo juntos. Entre sus entrenamientos y los míos, apenas coincidimos. Además, la semana que viene es su competición, y está más ocupada que nunca.

Mi padre asintió, como si entendiera perfectamente lo que estaba diciendo, pero su expresión reflejaba algo más.

—¿Y no hay nada más? —preguntó con cautela—. Porque, independientemente de lo ocupados que estéis, parece que algo ha cambiado entre vosotros. ¿Todo bien?

Dudé por unos segundos si contarle a mi padre lo que había pasado entre Lou y yo, pero decidí que no era el momento. Mucho menos me sentía preparado para abrirme tanto con él. Eso de contarle a los padres nuestros secretos más profundos eran palabras mayores, un terreno que prefería no pisar.

Negué fingiendo una sonrisa, y mi padre pareció darse por satisfecho. Se levantó y se dirigió a la puerta, pero antes de salir, se giró para hablarme:

—Por cierto, pronto será tu cumpleaños. ¿Has pensado qué quieres hacer?

Me encogí de hombros. Realmente no lo había pensado.

—Vamos, no se cumplen dieciocho años todos los días, hijo.

—Lo sé —respondí con seriedad—. Lo pensaré.

Se quedó mirándome unos segundos, y luego añadió con una sonrisa ladeada:

—Además, creo que ya podrías sacarte el carné de conducir y así podemos... no sé, ¿comprarte...

—¿Un coche? —lo interrumpí, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo.

Mi padre se encogió de hombros, imitando mi gesto.

—Oh, vamos, papá. ¿Es un coche?

—No sé... ya veremos —respondió, dejando la respuesta en el aire antes de salir de la habitación.

Me quedé completamente descolocado, con la idea rondándome en la cabeza. La posibilidad de tener mi propio coche me emocionaba. Podría moverme con libertad, llevar y recoger a Lou del

instituto, ya que ella todavía tenía un año más por delante mientras yo terminaría pronto. La idea me arrancó una sonrisa, aunque también me recordó lo complicado que se estaba volviendo todo entre nosotros.

Terminé de recoger mi cuarto, guardé las cosas para el entrenamiento, me vestí y salí de la habitación listo para irme. Parker vendría a recogerme con su padre, que sería quien nos llevaría al pabellón.

Al bajar, me encontré con mi madre en el pasillo, a punto de llamarme.

—Ya estoy aquí, mamá. —La sorprendí, haciéndola sonreír.

—Ya te iba a llamar. —Su voz confirmó lo que había imaginado.

—Lo sé. —Ambos nos reímos.

—Espero que te vaya muy bien, cielo. Y no te entretengas, ¿de acuerdo? —me recordó, con ese tono entre cariñoso y serio que solo una madre puede tener—. Ya me ha dicho tu padre que vendrás esta noche al hotel.

Asentí con tanto entusiasmo que la hice reír.

Me despedí de ella y salí de casa. En la puerta, el coche del padre de Parker estaba aparcado, pero mi amigo no estaba dentro. Miré hacia la casa de Lou, y allí estaba él, hablando con ella.

El sonido de su risa llegó hasta mí, clara y brillante, como siempre. Pero esta vez no la disfruté. Me enervó la sangre verlos así, hablando y riendo, haciendo lo que antes hacía yo. ¿Desde cuándo Parker había empezado a ocupar ese lugar?

Me encaminé hacia ellos, con la clara intención de interrumpir esas risas que me estaban sacando de mis casillas. Lou, en cuanto me vio, me sonrió como siempre, con ese cariño que tanto me demostraba y que hacía que todo lo demás desapareciera por un instante. Parker, en cambio, dejó su expresión alegre para adoptar un gesto más serio. Dio un paso al frente, intentando frenarme, y empezó a apremiarme para que nos fuéramos de una vez.

Por lo visto —o al menos por lo que ya tenía claro—, no quería que me acercara a Louise. Pero al cuerno con él. La saludaría como siempre, sin importarme lo mucho que le jodiera a mi "amigo".

Porque, siendo honesto, Parker empezaba a parecerse más a un rival que a un amigo.

—Hola, Lou —dije con una sonrisa mientras me inclinaba para darle un beso en la mejilla. Noté cómo se tensaba por un breve instante, pero luego recuperó su expresión tranquila.

«Está claro que ella siente algo por mí», pensé, mientras mis ojos permanecían fijos en los suyos.

—Vamos, Jerome, no hay tiempo para socializar… tenemos un entrenamiento muy duro hoy, tío —interrumpió Parker, visiblemente molesto. Lo ignoré por completo. No iba a permitir que fuera él el único que pudiera hablar con mi mejor amiga.

—He encontrado este pendiente en mi habitación —le dije, entregándoselo.

Lou soltó una risa suave al verlo, y fue como si el aire a mi alrededor se hiciera más ligero.

—¿Has limpiado tu cuarto? —preguntó con burla.

Asentí, contagiado por su risa, y acabé carcajeándome con ella.

—Ya era hora. Gracias, llevaba tiempo buscándolo.

—Bueno, me voy antes de que mi capitán me arrastre al entrenamiento. Nos vemos esta noche —dije, y antes de darme cuenta, le guiñé un ojo. No sabía muy bien por qué lo había hecho, solo sentí la necesidad de hacerlo.

Lou me devolvió el guiño, y en ese instante, volvió a encenderse dentro de mí esa necesidad casi incontrolable de besarla. Mi cuerpo pedía acercarme, borrar cualquier espacio entre nosotros y hacerle entender lo que me hacía sentir con cada pequeño gesto, con cada mirada, por insignificante que pareciera.

Me subí al coche en completo silencio. Parker ya estaba sentado en el asiento del copiloto, y no hacía falta ser un genio para notar que estaba molesto. Solo con mirar su postura rígida y la manera en que evitaba mirarme, lo supe. No me dirigió la palabra en todo el camino, y aunque podría haber intentado romper el hielo, decidí no hacerlo. El silencio era mejor que un enfrentamiento innecesario.

Cuando llegamos al pabellón, me bajé del vehículo después de él y le seguí hasta el interior, donde nos esperaba el equipo al

completo. El entrenador Fraser ya estaba allí, repasando su libreta mientras los demás jugadores hacían estiramientos y calentaban.

—¡Spencer! ¡Simons! —La voz firme del entrenador resonó en la pista, y ambos nos tensamos al instante—. Dejad de andar como si fuerais a un funeral. Id a cambiaros y calentad rápido.

Asentimos al unísono, pero el tono autoritario de Fraser no ayudó a calmar la tensión. Me dirigí al vestuario, y Parker me siguió, manteniendo su distancia. El ambiente entre nosotros era tan denso que casi se podía cortar con un cuchillo.

Una vez en la pista, Fraser nos dividió en grupos para practicar diferentes jugadas. A mí me tocó en el mismo equipo que Parker, lo que era irónico considerando lo mucho que me estaba molestando su actitud. Sin embargo, traté de mantenerme profesional.

—Jerome, al ala derecha —ordenó Fraser desde la banda.

Asentí y me coloqué en mi posición. La práctica comenzó, y cada vez que tenía la oportunidad de demostrar mi habilidad, sentía los ojos de Parker clavados en mí, evaluándome. Era como si estuviera esperando que cometiera un error para lanzarse a la yugular.

En una de las jugadas, Parker me pasó el disco con demasiada fuerza. Apenas tuve tiempo de reaccionar para controlarlo, y aunque logré mantener el control, me giré para lanzarle una mirada fulminante. Él simplemente se encogió de hombros, como si no hubiera hecho nada mal.

—¡Más precisión, Simons! —gritó Fraser, ajeno a la tensión que se cocía en el hielo.

Durante el resto del entrenamiento, Parker y yo seguimos chocando. No era algo descarado, pero estaba ahí. Sus pases eran más fuertes de lo necesario, sus comentarios a veces llevaban un tono burlón, y cada vez que yo destacaba en alguna jugada, él se mostraba más serio.

—Buen pase, Jerome —comentó Lion cuando logré interceptar el disco y devolverlo con precisión.

—Gracias —respondí, tratando de ignorar la mirada de Parker.

Cuando llegó el momento de practicar los tiros, Parker y yo terminamos enfrentándonos en un uno contra uno. El entrenador

quería probar mi capacidad defensiva, y Parker no perdió la oportunidad de intentar humillarme.

—¿Listo para enfrentarte al capitán? —me dijo con una sonrisa ladeada, su tono más desafiante de lo necesario.

—Siempre —respondí, sin apartar la vista de sus ojos.

El enfrentamiento fue intenso. Parker era rápido y habilidoso, pero yo no estaba dispuesto a ceder. Logré bloquear dos de sus tiros, y aunque él marcó uno, no pude evitar notar su irritación cuando celebré mis bloqueos con una sonrisa.

—Eso es todo por hoy, equipo —anunció Fraser, poniendo fin al entrenamiento.

Mientras nos dirigíamos al vestuario, Parker se acercó a mí, su tono más bajo pero cargado de intenciones.

—Espero que no te creas el rey del hielo solo por un par de bloqueos, Spencer. Esto es un equipo, no una competición.

—Lo sé —respondí con calma, mirándolo fijamente—. Pero tal vez deberías aplicarte el cuento, Simons.

El vestuario se llenó de risas de algunos compañeros que habían escuchado el intercambio. Parker simplemente bufó y se apartó, pero yo sabía que aquello no iba a terminar allí.

CAPÍTULO 25

Louise

Mi padre llevaba días pidiéndome que quitara la nieve que se había acumulado en el porche. Yo nunca tenía tiempo para hacerlo, y él, con lo ocupado que estaba, tampoco podía encargarse. Así que esta mañana me levanté con la intención de cumplir con esa tarea de una vez.

Mientras recogía la nieve, vi a Parker acercándose. Llevaba esa sonrisa que últimamente parecía haberse vuelto su marca personal: mitad encantadora, mitad nerviosa. Desde que habíamos salido un par de veces, estaba más pendiente de todo lo que hacía o decía, y aunque no me molestaba, a veces podía ser un poco abrumador.

—Hola, Lou —me saludó desde el camino mientras terminaba de subir los escalones.

—Hola, Parker —respondí, apoyando la pala contra la barandilla.

—¿Qué tal? Tengo muchas ganas de volver a salir contigo… Podríamos ir a ver la película de comedia que van a estrenar en unos días. Creo que se llama Infiltrado en la universidad. —Me reí al recordar el tráiler.

Antes de que pudiera responderle, escuché los pasos de Jerome acercándose. Mi corazón dio un pequeño vuelco al verle cruzar el jardín. Aunque no había nada raro en que Jerome estuviera por aquí —vivíamos uno al lado del otro—, algo en su presencia siempre conseguía desordenarme por dentro.

—Hola, Lou —dijo con una sonrisa que parecía iluminarle el rostro. Se inclinó para darme un beso en la mejilla, y mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera controlarlo. Me tensé por un segundo, pero luego me relajé, intentando que no se notara lo que estaba sintiendo.

Me obligué a sostener su mirada, como hacía siempre, pero esta vez había algo diferente en sus ojos, algo que no supe identificar del todo.

—Vamos, Jerome, no hay tiempo para socializar… tenemos un entrenamiento muy duro hoy, tío —interrumpió Parker, y fue entonces cuando me di cuenta de que su humor había cambiado.

Jerome, fiel a su costumbre, lo ignoró como si no lo hubiera escuchado.

—He encontrado este pendiente en mi habitación —dijo, sacando algo de su bolsillo.

Al verlo, no pude evitar soltar una risa. Era uno de los pendientes que había perdido hace semanas, y aunque había dejado de buscarlo, me alegró recuperarlo.

—¿Has limpiado tu cuarto? —le pregunté, tratando de sonar casual, aunque sentía el rubor subiendo por mis mejillas.

Él asintió con una sonrisa cómplice, y ambos terminamos riéndonos como si fuera lo más natural del mundo. Esa era una de las cosas que más me gustaba de Jerome: cómo conseguía que todo pareciera sencillo.

—Bueno, me voy antes de que mi capitán me arrastre al entrenamiento. Nos vemos esta noche —dijo de repente, y antes de girarse para irse, me guiñó un ojo.

No supe qué responderle, así que le devolví el guiño casi por instinto. Fue un gesto pequeño, pero al hacerlo, sentí cómo algo dentro de mí se encendía.

Parker carraspeó a mi lado, recordándome su presencia. Me giré hacia él, pero mi mente seguía atrapada en el rostro de Jerome, en la manera en que me miraba como si intentara descifrar algo.

Vi cómo se marchaban y seguí con lo mío. Me tomó aproximadamente una hora recoger toda la nieve, pero al terminar, me sentí satisfecha con el resultado. Al entrar en casa, mi abuela me recibió con una taza de té caliente. Me senté con ella frente a la chimenea para disfrutarlo en calma. Cogí el libro de Divergente; todavía no lo había terminado y, para ser sincera, ni siquiera iba por la mitad. La verdad es que no me daba la vida para mantener todo al día.

—¿Qué lees? —preguntó mi abuela, mirando el libro con curiosidad.

—Divergente. —Frunció el ceño ligeramente, y yo sonreí al verla tan intrigada—. Es una distopía. Desde que fui con Jerome al cine a ver la película, me dieron muchas ganas de conocer la historia completa, así que decidí leerlo.

—Oh, qué interesante.

Pasamos toda la tarde en el mismo lugar, calentándonos con el fuego de la chimenea. Ella tejía mientras yo avanzaba unas cuantas páginas del libro, disfrutando de esa tranquilidad que a veces era tan difícil encontrar.

Cuando llegó la hora de irnos al hotel, dejé el libro a un lado y me puse a prepararme. Habíamos quedado con la familia Spencer para cenar allí, y aunque los adultos seguían trabajando, Jerome y yo éramos los únicos con tiempo libre, lo que hacía nuestras reuniones mucho más especiales.

Lo que más me emocionaba de esa noche era que, después de cenar, iríamos a ver las auroras boreales. Era algo que ambos esperábamos con ansias, y no podía dejar de sonreír ante la idea de compartir ese momento con él.

Sobre las nueve de la noche, llegamos al hotel Paraíso Boreal. Aunque Jerome aún no había llegado, ya estaba deseando verlo para llevármelo conmigo a disfrutar de las auroras.

Los padres de mi mejor amigo nos esperaban en la puerta y nos llevaron hasta la mesa donde cenaríamos. Me encantaba la relación tan especial que teníamos entre las dos familias; era algo cálido, sincero, como si no hubiera distinción entre nosotros.

—¡Ya está aquí el alma de la fiesta! —escuché la inconfundible voz de Jerome detrás de mí, provocándome una sonrisa antes de girarme para saludarlo—. ¿Me echabas de menos, Lou? —dijo con esa chispa en los ojos que siempre me hacía reír.

—¿La verdad? No tanto —respondí, devolviéndole el tono con un guiño cómplice—. Pero quería que llegaras ya, porque no pienso ir a ver las auroras boreales sola. Tus padres no te lo perdonarían —añadí con ironía, logrando que soltara una carcajada.

—En ese caso, agarre mi brazo, señorita. —Extendió el brazo hacia mí con una sonrisa traviesa, y no pude evitar sonreír como una tonta mientras lo aceptaba—. Nos vamos, volveremos en un rato —

anunció para que nuestros padres lo escucharan, y salimos corriendo antes de que pudieran replicar algo.

Caminamos bajo la luz de la luna, acercándonos a la zona neutral donde las auroras boreales se mostraban en todo su esplendor. Había bastantes visitantes; algunos eran huéspedes del hotel y otros venían solo para disfrutar del espectáculo natural.

Avanzamos hasta un banco cercano al lago y nos sentamos, el frío aire nocturno envolviéndonos mientras nuestros ojos se dirigían al cielo. Los colores danzaban con una intensidad mágica, verdes y púrpuras entrelazándose en un espectáculo hipnótico.

Aunque intentaba concentrarme en las auroras, mis ojos no dejaban de viajar hacia Jerome. Los tonos azules de sus ojos parecían fundirse con los colores del cielo, y mi corazón latía con fuerza al darme cuenta de lo hermoso que era compartir este momento con él.

El aire frío de la noche nos rodeaba, pero no sentía el frío. Al tener a Jerome tan cerca, era como si el tiempo se hubiera detenido solo para nosotros. Nos quedamos en silencio durante unos minutos, mirando las luces que danzaban en el cielo. Pero no eran solo las auroras lo que me dejaba sin palabras, sino la cercanía de Jerome, la forma en que su presencia llenaba el espacio y hacía que todo lo demás se desvaneciera.

—Es increíble, ¿verdad? —dijo, rompiendo el silencio, y su voz suave me hizo girar hacia él.

Asentí, sonriendo sin poder evitarlo, mientras seguía observando cómo los colores del cielo se mezclaban. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la forma en que me miraba. Era como si sus ojos, en medio de todo ese espectáculo natural, fueran lo único que importara en ese momento.

Me mordí el labio, nerviosa, y luego me atreví a mirar hacia él, notando cómo su mirada se encontraba con la mía, profunda y calmada. Mi corazón dio un vuelco.

—Sí, es... increíble —respondí, mis palabras casi perdidas en el aire, como si el tiempo hubiera decidido moverse más despacio para nosotros.

Sin decir nada más, Jerome extendió su mano hacia la mía. Lo hizo de forma tan natural, tan como siempre, que no necesité pensarlo dos veces. Entrelazamos nuestros dedos, y al instante, una calidez me envolvió. Era un gesto simple, pero cargado de algo más. Algo que me hacía sentir viva, más conectada con él que nunca.

Nos quedamos allí, el silencio envolviéndonos, pero en ese silencio había algo que no necesitaba ser dicho. Algo que flotaba entre nosotros, algo que nos unía sin palabras. Sentí su respiración más cerca, el latido de su corazón como si fuera el mío.

Jerome se inclinó ligeramente hacia mí, y sentí su cercanía, su calor. Mi pulso se aceleró al instante, y mi mente me gritaba que no me alejara, que dejara que el momento fluyera, pero algo me frenó. Él tampoco parecía querer moverse, como si este instante, esta conexión, fuera tan perfecta que no necesitara nada más.

Y, aunque ninguno de los dos se atrevió a dar ese paso, nos quedamos ahí, juntos, compartiendo el instante. La noche, las auroras y la calma entre nosotros parecían encajar en algo más grande, algo que no necesitaba definirse, solo sentirse.

Los días siguientes fueron mejores, aunque Jerome y yo seguimos sin vernos en persona. Desde la noche de la cena en el hotel, no tuvimos oportunidad de encontrarnos. Sin embargo, nos enviábamos mensajes, y todo parecía como siempre, aunque con una diferencia que ambos sabíamos y que todavía nos costaba entender.

Ese día, por la tarde, era el partido, y tal como le prometí, estaría en las gradas apoyándolo. Aunque no estaría sola, su familia y la mía también irían. La idea de estar allí, viéndolo jugar, me llenaba de nervios y emoción al mismo tiempo.

***

Las gradas del pabellón estaban llenas de energía, los cánticos y el ruido de los tambores retumbaban en el aire, creando una atmósfera que me ponía la piel de gallina. No podía evitar sonreír de orgullo al ver a Jerome, sentado en el banquillo, con la mirada fija en el hielo. Su casco descansaba a su lado y movía la pierna derecha con un nerviosismo que conocía demasiado bien. Estaba deseando entrar al juego.

A mi lado, la yaya Laisa agitaba una pequeña pancarta casera que decía "¡Vamos, Yucón!" con su caligrafía característica. Mis padres y los suyos estaban detrás de nosotras, conversando animadamente, pero yo no podía despegar los ojos del partido.

El pitido inicial marcó el comienzo del juego, y los Yucón salieron con fuerza. Parker lideraba el ataque, luciendo su camiseta con el número 9, y no pude evitar sentirme algo incómoda al verlo. Sabía que estaba emocionado por estas citas que habíamos tenido, pero yo no sentía lo mismo. Por otro lado, mis ojos no tardaron en buscar a Jerome, que seguía en el banquillo, hablando con el entrenador Fraser. Su rostro estaba sereno, pero sabía que debía estar hirviendo por dentro.

«Cuando lo metan, va a darlo todo», pensé, conociendo la determinación que tenía.

Mientras tanto, el juego se intensificaba. Parker era rápido y preciso, pero su forma de mirar a Jerome desde el hielo me inquietaba. Había algo extraño en la dinámica entre ellos últimamente, una tensión que podía sentirse incluso desde donde yo estaba sentada.

El primer periodo avanzaba con intensidad, pero sin goles. Los Yucón estaban presionando, aunque los pases de Parker parecían imprecisos, casi como si no confiara del todo en sus compañeros. Eso hizo que Lion, que también estaba en el ataque, levantara las manos frustrado en más de una ocasión. Desde las gradas, yo también lo noté, pero intenté enfocarme en animar en lugar de preocuparme por lo que pasaba entre ellos.

Jerome, mientras tanto, seguía en el banquillo, observando cada movimiento del juego. Vi cómo el entrenador Fraser se acercó a él, hablando en voz baja. Jerome asintió con determinación, y por un momento, su mirada se cruzó con la mía. Me sonrió, esa sonrisa que siempre me había dado fuerza, pero que ahora parecía esconder algo más. Me obligué a devolvérsela, aunque no pude ignorar el calor que subió a mis mejillas.

El segundo periodo comenzó, y el equipo contrario marcó el primer gol tras una jugada rápida que dejó a nuestra defensa descolocada. Parker golpeó el hielo con el stick, frustrado, mientras

Fraser pedía un tiempo muerto. Desde mi asiento, veía cómo les daba instrucciones claras, pero también cómo señalaba directamente a Jerome.

«Va a entrar», pensé con emoción contenida.

Cuando el partido se reanudó, mis sospechas se confirmaron: Jerome saltó al hielo. El brillo en sus ojos lo decía todo. Estaba listo para demostrar lo que valía.

En su primera jugada, interceptó un pase que iba directo al capitán del equipo contrario. La rapidez con la que reaccionó hizo que todo el pabellón estallara en vítores. Jerome avanzó con el disco, esquivando a dos defensas antes de pasar a Lion, que intentó un tiro, pero el portero contrario lo detuvo con habilidad.

—¡Vamos, Yucón! —grité a todo pulmón, olvidando por completo que estaba rodeada de gente.

Jerome volvió a mirar hacia las gradas, buscándome, y su expresión cambió al ver que estaba animándolo con tanta energía. Me sentí un poco ridícula, pero también orgullosa.

Entonces, sucedió lo que temía. Parker, que hasta ese momento había estado liderando el ataque, empezó a ignorar las jugadas en equipo. Jerome se posicionó varias veces para recibir un pase claro, pero Parker parecía más interesado en lucirse.

—¿Qué demonios está haciendo? —mascullé, más para mí misma que para Laisa.

Lion también se dio cuenta, y en una jugada, se acercó a Parker con gestos exagerados, claramente indicándole que debía trabajar en equipo. Pero Parker lo ignoró.

El resultado fue un segundo gol del equipo contrario en un contraataque fulminante.

El entrenador Fraser explotó en el banquillo, gritándoles desde la zona técnica. Jerome patinó hasta Parker en cuanto tuvieron oportunidad, sus palabras no llegaban hasta donde yo estaba, pero por sus gestos, era evidente que estaban discutiendo.

«Esto va a acabar mal», pensé, sintiendo un nudo en el estómago.

El último periodo llegó, y los Yucón estaban perdiendo 2-0. El público estaba más silencioso, y el equipo parecía desmotivado. Fue

entonces cuando Fraser decidió intervenir.

—¡Parker, al banquillo! —gritó, haciendo señas claras.

El capitán no quiso salir al principio, pero al ver la cara de Fraser, terminó cediendo. Jerome tomó su lugar como líder en el ataque, y el cambio se notó de inmediato.

Con una nueva estrategia, Jerome se movió con rapidez, haciendo pases precisos a Lion y Aaron, que lograron acercarse peligrosamente a la portería contraria. La energía del equipo volvió, y cuando faltaban cinco minutos para el final, Lion marcó el primer gol.

El pabellón estalló en gritos, y yo salté de mi asiento, aplaudiendo como loca. Jerome se giró hacia mí de nuevo, y su sonrisa me dejó sin aliento.

Con solo un minuto en el marcador, el equipo contrario cometió una falta, y Fraser llamó a Jerome para que tomara el tiro decisivo.

—Vamos, Jerome, tú puedes —murmuré, agarrando con fuerza los bordes de mi asiento.

El pabellón quedó en completo silencio mientras Jerome se preparaba. Lo vi tomar aire, flexionar las piernas y avanzar con seguridad hacia el disco. Todo sucedió en cámara lenta: su stick golpeó el puck con precisión, y este atravesó al portero contrario como un rayo.

¡Gol!

El público se levantó de un salto, y mi corazón casi salió de mi pecho. Jerome levantó los brazos, siendo abrazado por sus compañeros en una celebración eufórica. El marcador final quedó 3-2 a favor de los Yucón.

Mientras el equipo se reunía en el hielo para celebrarlo, mis ojos estaban fijos en Jerome. Había demostrado su valía, no solo como jugador, sino como alguien capaz de cambiar el rumbo de un partido.

—¡Lo hiciste! —grité cuando nuestras miradas se cruzaron de nuevo.

Y, por primera vez, sentí que esa distancia que había crecido entre nosotros empezaba a desaparecer.

CAPÍTULO 26

Jerome

El partido iba mal, y todos lo sabíamos. Fraser, nuestro entrenador, decidió que era el momento de que yo entrara al hielo. No sabía si estaría a la altura, pero no podía permitirme fallar. La confianza que Fraser estaba depositando en mí era suficiente para empujarme a intentarlo. Además, tenía a Lou y a mi familia en las gradas, y solo con saber que estaban allí, mis piernas parecían llenarse de fuerza.

Lo que no esperaba era que Parker siguiera con esa actitud. Incluso en un partido tan importante, sus miradas desafiantes y su rechazo a colaborar conmigo eran evidentes. ¿Qué demonios le pasaba? Era obvio que teníamos una conversación pendiente, aunque, siendo honesto, yo tampoco estaba actuando de forma coherente.

Solo pensar en Lou y Parker juntos hacía que mi sangre hirviera. Era ridículo, lo sabía, pero no podía evitarlo. Recordar cómo les dejé solos aquella tarde me hacía querer golpearme la cabeza contra una pared. ¿En qué estaba pensando? Había sido tan estúpido… tan ingenuo.

Cuando el pitido final marcó nuestra victoria, todo lo demás se desvaneció. El sonido de los vítores, las luces que reflejaban en el hielo, mis compañeros gritando emocionados… todo quedó en un segundo plano. Mi mirada fue directamente hacia Lou. Su sonrisa iluminaba las gradas, y mi corazón —ese que siempre había tratado de mantener bajo control— se derritió al instante.

Salimos de la pista eufóricos, directos al vestuario, listos para escuchar las palabras de Fraser y compartir la victoria como equipo. Aunque, en el fondo, sabía que esta alegría sería efímera. La tensión entre Parker y yo seguía ahí, y tarde o temprano tendría que enfrentarlo.

Una vez en el vestuario, el murmullo de las conversaciones y las carcajadas comenzaron a disiparse en cuanto Fraser entró. Su

presencia llenaba la sala, y aunque tenía una expresión de satisfacción por la victoria, también podía notarse que había algo más que quería decirnos.

—¡Bien hecho, equipo! —comenzó, con una voz firme que resonó entre las paredes—. Este partido no fue fácil, pero logramos remontar. Eso habla de vuestra determinación y de lo que podemos conseguir cuando trabajamos como un equipo.

Algunos de los chicos se intercambiaron sonrisas y bromas, relajados tras su elogio, pero su mirada afilada rápidamente los hizo callar.

—Sin embargo —continuó, cruzando los brazos mientras recorría la sala con la mirada—, no puedo ignorar lo que vi en el hielo. Y me refiero específicamente a ti, Parker.

El ambiente cambió de inmediato. Parker, que había estado quitándose las espinilleras con calma, se tensó al oír su nombre.

—¿Qué te pasó ahí fuera? —preguntó Fraser, su tono más frío—. Ignoraste a tus compañeros, tomaste decisiones egoístas y pusiste en peligro el partido. Y lo peor, demostraste que no estás dispuesto a trabajar en equipo, algo que jamás toleraré en este equipo.

Parker abrió la boca para responder, pero Fraser levantó una mano para detenerlo.

—Antes de que digas nada, déjame ser claro: el hockey es un deporte de equipo, y si no puedes ser parte de uno, no hay lugar para ti aquí.

Parker bajó la cabeza, claramente molesto, pero no respondió. Fraser se giró hacia mí entonces, y sentí que todos los ojos del vestuario estaban sobre nosotros.

—Y tú, Jerome —dijo, señalándome—. Hiciste un gran trabajo hoy. Mostraste confianza, control y trabajo en equipo. Eso es lo que quiero ver. Pero también sé que tú y Parker tenéis algo entre manos, algo que no tiene nada que ver con el hockey.

Quise responder, pero me quedé callado, porque sabía que tenía razón.

—Sois compañeros, y eso significa que os debéis respeto. No me importa lo que pase fuera de la pista, pero aquí dentro y en el hielo sois un equipo. Así que ahora mismo vais a arreglar esto.

Fraser dio un paso hacia nosotros y señaló con firmeza.

—Parker, Jerome, quiero que os deis la mano y dejéis claro que esto no se repetirá.

Parker y yo intercambiamos una mirada tensa. Sabía que ninguno de los dos quería hacerlo, pero bajo la mirada severa de Fraser, no teníamos otra opción.

—Vamos, no tengo todo el día —añadió el entrenador con impaciencia.

Extendí la mano primero, intentando que no se notara mi reticencia. Parker la miró durante un segundo antes de estrecharla.

—Está bien, entrenador —dijimos casi al unísono.

Este asintió, satisfecho, aunque yo sabía que tanto Parker como yo solo estábamos fingiendo. Lo que fuera que había entre nosotros no se solucionaría con un simple apretón de manos.

Una vez que el entrenador salió y nos quedamos solos, la distancia entre Parker y yo se hizo más palpable. Era como si un gran bloque de hielo se hubiera interpuesto entre nosotros. Esa sensación de incomodidad me carcomía por dentro. Parker y yo éramos amigos desde niños, y tener esa barrera ahora por una chica... Bueno, no era cualquier chica, era Lou. Pensé en ella, y cómo nuestra amistad había cambiado por completo por algo que ni siquiera sabíamos si tendría futuro.

Me estaba cambiando, pero mis pensamientos seguían atrapados en la misma historia. ¿Cómo podía Parker estar tan tranquilo con todo esto? ¿Realmente quería estar con Lou? ¿O era solo un juego para él? Mi mente daba vueltas mientras me ponía la camiseta. Todo lo que había pasado esa tarde, la pelea, la tensión, ahora se sentía como un presagio de algo que estaba por venir.

—Bueno, esta noche fiesta en casa de Parker —gritó Lion, interrumpiendo mis pensamientos y aliviando la tensión del vestuario. Todos los ojos se volvieron hacia él, y la atmósfera cambió un poco.

Parker lo miró, frunciendo el ceño, claramente menos entusiasta por la idea, pero no podía negar que todos lo esperaban.

—No es el momento, Lion —dijo él, pero aun así se le escapó una sonrisa irónica—. Está bien, lo haré. Pero no penséis que será algo

grande.

Lion lo miró como si fuera el mayor desafío de su vida.

—Venga, tío. Eres el capitán. Tenemos que celebrarlo. Sabes que tus padres no están, así que... ¡es la oportunidad perfecta para una fiesta!

La sonrisa de Parker se desvaneció, pero asintió, resignado. Era evidente que no le emocionaba la idea de hacer una fiesta, pero tampoco podía negarse. El equipo lo esperaba.

—Bueno, me voy antes de que el capitán me eche del vestuario. Nos vemos esta noche. —Lion, con su característico desparpajo, nos dejó solos. Los demás comenzaron a hablar entre sí, pero Parker y yo nos quedamos en silencio. El bloque de hielo seguía entre nosotros, más grande que nunca.

***

La fiesta en casa de Parker estaba en su apogeo. El salón estaba lleno de compañeros de equipo, risas y música que retumbaba en las paredes. Yo estaba sentado en un sillón, sosteniendo una lata de refresco, pero apenas prestaba atención a la conversación de Lion, que hablaba animadamente sobre el próximo partido. Mis ojos, inevitablemente, buscaban a Lou, como un imán al que no podía resistirme.

Ella estaba al otro lado de la sala, riendo con Jess y algunos de los chicos del equipo. Parecía disfrutar del momento, pero algo en su expresión me decía que había algo más. Era un nerviosismo sutil que solo yo podía identificar.

Entonces, Parker se acercó al centro de la sala con una botella vacía en la mano y una sonrisa traviesa que ya sabía lo que significaba.

—¡Es hora de jugar a la botella! —anunció, provocando vítores y miradas expectantes de todos los presentes.

Rodé los ojos, pero mi atención no pudo evitar regresar a Lou. Cuando vi a Parker acercarse a ella, invitándola a unirse al círculo, sentí una punzada en el estómago. No sabía por qué, pero la idea de que Parker estuviera cerca de Lou me estaba revolviendo por dentro. Sin pensarlo, me levanté del sillón y caminé hacia ellos.

—Vamos, Jerome, no te hagas el aburrido —dijo Lion, dándome un empujón en el hombro para que me uniera al grupo.

Con algo de reticencia, me senté en el círculo, justo enfrente de Lou. La botella giró varias veces, causando carcajadas y bromas cuando algunos compañeros tuvieron que cumplir retos ridículos o dar besos apresurados en las mejillas.

Y entonces, la botella apuntó directamente a mí.

—¡Tu turno, Spencer! —gritó alguien, y sentí todas las miradas clavadas en mí.

Tragué saliva y me incliné para girar la botella. Giró rápidamente, mientras todos observaban en silencio, aguardando el momento en que se detuviera. Cuando lo hizo, el destino pareció decidir por mí: la botella apuntaba directamente a Lou.

El silencio se hizo palpable. Pude oír las risitas y murmullos a mi alrededor, pero nada de eso importaba. Lo único que importaba era Lou. La miré, y por un segundo, olvidé cómo respirar.

Ella estaba preciosa. Su cabello suelto, algo que casi nunca hacía, le daba un aire diferente, como si irradiara una luz especial. Sus labios brillaban con un leve gloss, simples y perfectos. No necesitaba más. Era como si cada pequeño detalle de ella, en ese instante, estuviera diseñado para desarmarme por completo.

—Vamos, no hay escapatoria —dijo Jess, riendo mientras empujaba suavemente a Lou hacia adelante.

—¡Venga, Jerome, Lou, queremos espectáculo! —gritó Lion, rompiendo el silencio.

Lou, sentada frente a mí, me miró con una mezcla de sorpresa y nerviosismo. Sentí un extraño nudo en el estómago, algo entre emoción y terror. Traté de mantener la compostura, pero el calor subía por mi cuello mientras ella susurraba:

—Es solo un juego, ¿no?

Su voz temblorosa me hizo sonreír levemente. No parecía estar hablándome a mí, sino a sí misma, como si intentara convencerse de que todo esto no era más que una tontería.

—Sí, solo un juego —murmuré, aunque en mi interior sabía que no lo era. Nada de esto lo era.

Me incliné hacia ella, incapaz de apartar los ojos de los suyos. Mi mundo entero parecía haberse reducido al par de centímetros que nos separaban. Y cuando nuestros labios finalmente se encontraron, lo que debía haber sido un simple roce se convirtió en algo más.

La suavidad de sus labios, el calor de su cercanía, todo parecía desaparecer a mi alrededor. La habitación entera se desvaneció, junto con las risas y los gritos que ya no escuchábamos. Levanté una mano, llevándola suavemente a su mejilla, profundizando el beso sin darme cuenta. Ella respondió con igual intensidad, inclinándose hacia mí, sus manos descansando en mi pecho como si fuéramos el único punto de anclaje en ese momento.

El silencio en la sala se tornó incómodo, pero no nos dimos cuenta. Solo cuando alguien carraspeó, probablemente Lion, nos separamos de golpe. Lou estaba sonrojada, sus ojos evitaban los míos, y yo me pasé una mano por el cabello, tratando de recuperar el aliento.

—Vaya… eso fue algo más que un beso de juego —comentó alguien, rompiendo la tensión.

Las risas volvieron, pero no pude escuchar ninguna de ellas. Vi a Parker levantarse y salir hacia la cocina sin decir palabra. La sensación de triunfo inicial que había tenido tras el beso se desvaneció, reemplazada por una inquietud creciente.

—Vuelvo enseguida —murmuré a Lou antes de levantarme para seguirlo.

En la cocina, encontré a Parker con los brazos cruzados, su rostro iluminado solo por la luz de la encimera.

—¿Qué demonios ha sido eso? —espetó, sin girarse para mirarme.

—Parker… —comencé, pero no sabía cómo terminar la frase.

—Siempre lo supe. —Su voz estaba cargada de frustración—. Siempre supe que te gustaba Lou, pero tú nunca hiciste nada.

Di un paso adelante, sintiendo cómo la ira comenzaba a arder en mi pecho.

—¿De qué estás hablando? No puedes reclamar algo que nunca fue tuyo.

Finalmente se giró, clavando sus ojos en los míos con una intensidad que rivalizaba con la mía.

—¿Y tú sí? —replicó, acercándose un paso—. Porque si realmente te importa, deberías haberlo dicho desde el principio. Pero no lo hiciste. Te quedaste callado mientras yo trataba de conquistarla.

—¿Conquistarla? —Bufé, sus palabras encendieron mi rabia—. Lou no es algo que puedas conquistar, Parker.

—¿Y qué hay de ti, entonces? ¿Qué crees que estás haciendo? —Levantó el tono de la voz—. Ese beso… no fue solo un juego, Jerome. Fue algo más, y lo sabes.

Apreté los puños, tratando de contenerme. Tenía razón, pero no iba a admitirlo.

—No estoy jugando, Parker. Pero Lou no es un premio, y no necesito tu permiso para sentir lo que siento.

—¿Y qué sientes exactamente? —preguntó con un tono sarcástico, cruzando los brazos.

Me quedé en silencio. No tenía una respuesta clara, pero sabía que lo que había pasado con Lou en ese momento había sido real, intenso y completamente inevitable.

—Eso pensé —espetó Parker, dando un paso hacia la puerta—. Si realmente no sabes lo que quieres, mejor aléjate de ella. Porque Lou merece a alguien que esté seguro de lo que siente.

Salió, dejando un vacío en la cocina. Las palabras de él retumbaban en mi cabeza. Apoyé las manos en la encimera, respirando profundamente para calmarme. Sabía que Parker tenía razón en parte, pero no podía dar un paso atrás.

Lou era mucho más que una amiga para mí, y este juego había dejado claro que mis sentimientos hacia ella eran imposibles de ignorar. Pero también sabía que, si daba un paso en falso, podría arruinarlo todo, no solo con Lou, sino con Parker también.

CAPÍTULO 27

Louise

Cuando los jugadores se marcharon al vestuario, mis padres y mi abuela querían irse a casa. Yo, en cambio, no podía hacerlo hasta que no viera a Jerome y pudiera felicitarle por el gran logro.

—Cielo, puedes esperarlo allí —sugirió mi madre, intentando convencerme de que me fuera con ellos.

—Mamá, estoy segura de que, si fuera al revés, Jerome se quedaría esperándome. —Mi madre asintió, sabiendo que tenía razón.

En ese momento, Jess apareció en mi campo visual. Para ser sincera, ni siquiera sabía que estaba en el partido; no la había visto antes. Caminó directamente hacia mí, con una expresión que dejaba claro que quería hablar en privado. Me llevó a un lado, lejos de mis padres, y supe que lo que iba a decir no era algo que quisiera que los adultos escucharan.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanto secretismo? —pregunté en cuanto estuvimos lo suficientemente lejos.

—Esta noche habrá una fiesta en mi casa; me acabo de enterar —anunció, y fruncí el ceño, sorprendida.

—¿Y por qué te acaban de avisar? ¿No eres tú quien vive allí? —bromeé, ganándome un gesto exasperado de su parte.

—Muy graciosa. La idea es de Parker, pero necesita que le echemos una mano para que todo esté listo antes de que lleguen los demás. ¿Te apuntas?

—No sé si estoy invitada —respondí con fingida indiferencia, aunque ambas sabíamos que sí lo estaba. A veces me gustaba hacerme la interesante. Jess rodó los ojos, como esperaba, lo que me hizo reír.

—Lou, no digas tonterías. Sabes que eres la primera en la lista de mi hermano.

El comentario me hizo tensarme ligeramente. Sabía que Parker tenía sentimientos hacia mí, pero no quería ser "la primera en su

lista". Sin embargo, no tenía otra opción que aceptar; Jess ya contaba conmigo.

Al volver con nuestros padres, decidí contarles lo de la fiesta, rogando que no se opusieran a dejarme ir. Por suerte, la casa de los Simmons estaba a solo una calle de distancia, así que cualquier cosa que pasara, ellos podrían estar allí en cuestión de minutos.

Mi padre, como era de esperarse, se mostró reacio desde el principio.

—No sé, Louise. No me gusta la idea de que vayas sola a una fiesta. —Mi madre guardó silencio, probablemente evaluando la situación. Convencer a mi padre no iba a ser fácil, como siempre.

—Venga, James, no seas tan duro. Deja que tu hija disfrute un poco con sus amigos. Además, con Jerome allí, no le pasará nada —intervino mi abuela Laisa, como la heroína que siempre sabía salvarme.

Le sonreí con gratitud, aprovechando que íbamos sentadas juntas en el asiento trasero. Le dediqué mi mejor cara de "cordero degollado", lo que la hizo reír suavemente antes de girarse hacia mi padre para seguir apoyándome.

Finalmente, tras unos segundos de reflexión, mi padre soltó un suspiro pesado.

—Está bien, pero quiero que vuelvas temprano, ¿entendido?

—¡Sí, papá! —respondí emocionada, lanzándole un abrazo torpe desde el asiento trasero.

Jess me guiñó un ojo mientras yo respiraba aliviada. Una noche que prometía emociones estaba a punto de comenzar.

Decidimos ir directamente a casa de Jess, aunque, en el fondo, me habría gustado cambiarme de ropa antes de la fiesta. Sin embargo, ella insistió en que podía prestarme algo de su armario, ya que nuestras tallas eran bastante similares, así que terminé aceptando.

Mi padre nos dejó en la puerta, asegurándose de que no nos desviáramos hacia otro lugar. Su desconfianza era algo frustrante, pero la entendía perfectamente. Al fin y al cabo, solo estaba siendo protector.

Nada más entrar, nos pusimos manos a la obra. Lo primero fue mover los muebles del salón para dejar suficiente espacio. El equipo de hockey completo, junto con sus acompañantes, necesitaría sitio para moverse sin estar chocándose todo el tiempo en un espacio tan reducido. Además, sabíamos que las fiestas del equipo eran famosas por incluir juegos que requerían bastante espacio.

Una vez despejamos la sala, empezamos a pensar en los detalles prácticos. Lo más obvio: no había nada de picoteo ni bebida. Sabía que alguien probablemente traería alcohol, pero nosotras no podíamos encargarnos de eso. En cambio, Jess y yo decidimos ocuparnos de comprar snacks en la tienda de la esquina.

Mientras caminábamos hacia la tiendecita, Jess sacó el móvil para enviarle un mensaje a su hermano.

—Que se encarguen ellos de lo demás —dijo, levantando las cejas con una sonrisa traviesa—. Si quieren algo más especial, que lo traigan.

Al llegar a la tienda, llenamos nuestras cestas con patatas, frutos secos y un par de dulces. No era un banquete, pero al menos habría algo para picar. Regresamos rápidamente a casa de Jess, repasando mentalmente lo que aún faltaba por organizar.

No se podía hacer gran cosa con el espacio, así que pusimos todo en platos sobre la mesa, que empujamos contra la pared para dejar más sitio. Después, encendimos el altavoz para que Jess pudiera conectar su móvil y empezar a buscar música en YouTube o Spotify. Los miembros del equipo no tardarían en llegar, así que Jess y yo nos acomodamos en el sofá para hablar mientras esperábamos.

—Entonces, ¿tú y mi hermano? —preguntó de repente, mirándome con una ceja alzada.

Fruncí el ceño, confusa.

—¿Qué? Claro que no. Solo hemos salido un par de veces, pero nada más —respondí, algo inquieta.

Tenía mucha confianza con ella, pero había cosas que prefería guardarme. No porque no quisiera hablar con Jess, sino porque yo misma no tenía claras las respuestas.

—¿Y con Jerome? —disparó de repente. Esa pregunta me dejó descolocada. Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar antes de que

siguiera hablando—. He oído por ahí que Kelly lo anda rondando mucho desde que entró al equipo, pero parece que él no le ha hecho demasiado caso… o al menos eso dicen las malas lenguas.

—¿En serio? —pregunté, tratando de sonar neutral, aunque por dentro sentía cómo algo se revolvía en mi pecho—. Pensé que, en cuanto estuviera dentro, empezaría a salir con ella, tal y como quería hacer.

Recordar el interés que mi mejor amigo había mostrado alguna vez por Kelly me puso de mal humor. Jess, con su aguda percepción, no tardó en notarlo. Abrió la boca para decir algo, probablemente una broma para relajar el ambiente, pero no tuvo tiempo.

El sonido de risas y voces al otro lado de la puerta la interrumpió. Ambas giramos la cabeza hacia la entrada justo cuando la puerta se abría de golpe. Parker fue el primero en aparecer, seguido por toda una marabunta de chicos y chicas.

—Vaya, parece que la mitad del pueblo decidió venir —murmuré, mirando a Jess, quien simplemente se encogió de hombros con una sonrisa despreocupada.

No podía negar que esperaba algo más pequeño, pero allí estaban, llenando la sala con una energía contagiosa que, a pesar de mis dudas, me arrancó una sonrisa. La noche prometía ser interesante.

El último en cruzar la puerta fue Jerome. En cuanto nuestros ojos se encontraron, intentó acercarse a mí, pero Lion lo interceptó antes de que pudiera dar un paso. Por lo que parecía, necesitaba ayuda con los barriles de cerveza que habían traído los mayores de edad. Jerome me miró, frustrado, y movió los labios en un gesto de disculpa. Yo simplemente negué con la cabeza, intentando transmitirle que no pasaba nada. Aun así, no pude evitar sentir un leve malestar al ver cómo nuestra conversación quedaba aplazada, una vez más.

—Hola, Lou. —La voz de Parker me llegó desde detrás, suave, pero con ese entusiasmo que últimamente le caracterizaba cuando hablaba conmigo. Me giré y me encontré con sus ojos oscuros, llenos de una mezcla de curiosidad y alegría.

—Parker, hola. —Le devolví la sonrisa, amigable, pero sin demasiada calidez.

—Pensé que te negarías a venir a la fiesta —comentó mientras se acercaba un poco más, invadiendo mi espacio personal.

—¿Cómo iba a perderme la celebración? Claro que no. Además, tenía que felicitar al equipo por haber jugado tan bien hoy… y por ganar. —Intenté mantener el tono ligero, aunque la incomodidad comenzaba a asentarse en mi pecho.

Parker sonrió de manera encantadora, pero antes de que pudiera reaccionar, se inclinó y dejó un beso en mi mejilla. Su gesto fue dulce, pero me removí incómoda. Miré rápidamente hacia ambos lados, buscando desesperadamente a Jess para que me ayudara a escapar de esta situación. No es que Parker me cayera mal, nos conocíamos desde siempre, pero el interés que mostraba por mí no era correspondido, y tarde o temprano tendría que dejarle claro mis sentimientos.

—Hola, hermanito —la voz de Jess llegó como un salvavidas. Al verme, captó de inmediato mi incomodidad—. Te la robo un momento, ¿vale?

—¿Por qué? Lou y yo estamos hablando. ¿No puedes esperarte un poco? —respondió Parker con un tono que intentaba sonar relajado, pero no podía ocultar su molestia.

Volvió a mirarme, buscando mi aprobación. Yo, sin saber qué decir, solo acerté a balbucear:

—Cosas de chicas.

Jess aprovechó mi respuesta para tirar de mi brazo con suavidad, sacándome de la línea de fuego. Parker resopló, evidentemente molesto, pero no tuvo más remedio que dejarnos ir.

Subimos a su habitación porque, con los preparativos de la fiesta, no habíamos tenido tiempo de cambiarnos de ropa, y mucho menos de arreglarnos un poco. Aunque, siendo sincera, no era muy fan de maquillarme en exceso; me gustaba algo sencillo, solo lo justo para dar un toque de luz al rostro.

Optamos por ponernos unos vaqueros con blusas; la suya era negra y la mía azul oscuro, un color que siempre me hacía sentir cómoda. Jess, como siempre, se aplicó su característico pintalabios

rojo. Yo, en cambio, elegí un gloss transparente, más por hidratar mis labios que por otra cosa.

—En serio, Lou, ¿por qué eres tan guapa? —dijo de repente, con esa expresión exagerada que me sacaba carcajadas.

—Exageras —respondí, rodando los ojos mientras me miraba al espejo para soltarme el cabello. No solía llevarlo suelto, pero decidí dejarlo así esta vez.

—No exagero nada —insistió, mirándome con un falso dramatismo—. Tú solo te pones un poco de gloss, rímel, y ya estás lista para arrasar.

Me reí con ganas, sacudiendo ligeramente la cabeza. Jess siempre sabía cómo hacerme sentir bien, incluso cuando yo no lo veía tan claro.

Volvimos a la fiesta, donde ya estaban todos bailando y bebiendo. No lo pensamos demasiado, simplemente fuimos directas al salón para mover el esqueleto, tal y como dijo Jess cuando escuchó su canción favorita, que sorprendentemente, era también la mía. No dudé en decirle que me encantaba esa canción.

"Cheap Thrills" de Sia sonaba a todo volumen, arrastrándonos por las notas y, entre risas, Jess y yo comenzamos a bailar.

Estuvimos un rato bailando, las siguientes canciones que sonaron también nos invitaban a seguir el ritmo. Por un momento, busqué con la mirada a Jerome, pero no lo encontré. Jess se dio cuenta y me dio un empujón para que siguiera disfrutando.

Tras cinco canciones, vimos a Parker con una botella en la mano, anunciando que íbamos a jugar al juego de la botella. ¿Qué éramos, niños? No sabía yo si era buena idea. Nunca había besado a nadie. ¿Y si me tocaba a mí? Solo de pensarlo, me puse nerviosa.

La música seguía sonando de fondo, pero todo a mi alrededor parecía desvanecerse cuando vi a Jerome levantarse. Mis ojos lo siguieron involuntariamente mientras se acercaba al círculo. Cuando se sentó frente a mí, sentí que el aire a mi alrededor se detenía. Su mirada se mantuvo fija en la mía, y mi corazón empezó a latir con fuerza.

La botella giró, y observé cómo sus manos la movían con decisión. Aunque el resto del grupo reía, yo no podía apartar la vista

de él. Cada uno de sus gestos parecía hacer que el nerviosismo creciera dentro de mí. Cuando la botella se detuvo, señalándome, sentí que la habitación se quedaba en silencio, como si el tiempo se hubiera detenido.

El murmullo y las risitas se convirtieron en un eco lejano, y lo único que pude escuchar fue el latido de mi propio corazón. Jerome me observaba fijamente, y por un segundo, todo lo que existía en ese momento eran sus ojos.

Jess, siempre tan animada, me empujó suavemente hacia adelante, riendo mientras lo hacía.

—Vamos, Lou, no hay escapatoria —dijo, y eso solo hizo que mi nerviosismo aumentara.

La voz de Lion rompió el silencio, pidiendo un espectáculo.

—¡Vamos, Jerome, Lou, queremos espectáculo! —exclamó, y mi cuerpo se tensó al instante, sin saber cómo reaccionar.

Miré a Jerome, buscando en sus ojos una pista sobre lo que sentía. Me sentía completamente perdida. Su sonrisa me hizo dudar aún más. ¿Qué estaba pasando entre nosotros? ¿Realmente era solo un juego?

Con una sonrisa nerviosa, murmuré:

—Es solo un juego, ¿no? —tratando de calmarme. Pero, al instante, su mirada me dijo que ambos sabíamos que no era así.

—Sí, solo un juego —respondió él, pero su voz, cargada de algo más, me hizo darme cuenta de que ni él mismo se lo creía.

El aire estaba denso entre nosotros, y todo lo demás parecía desvanecerse. Mis pensamientos me atropellaban, mi mente luchaba por procesar lo que estaba a punto de ocurrir. Lo que comenzó como un simple juego ahora se había convertido en algo mucho más real, más cercano.

Jerome se inclinó hacia mí lentamente, y todo lo que pude hacer fue quedarme allí, inmóvil, sin poder apartar la vista de sus ojos. Su respiración rozaba mi rostro, y sentí cómo su cercanía me envolvía, invadiéndome por completo.

Con una mano, él levantó mi rostro suavemente, su palma calentando mi mejilla. El contacto hizo que un escalofrío recorriera mi columna, pero no me aparté. Algo en mí quería más, algo que no

podía negar. Mis manos, como si actuaran por su cuenta, se posaron en su pecho, presionando ligeramente, como buscando aferrarme a él en ese momento tan irreal y tan palpable al mismo tiempo.

Su rostro estaba tan cerca del mío que podía sentir su respiración acelerada, cada uno de sus movimientos hacía que mi corazón latiera con más fuerza. Sin previo aviso, sus labios rozaron los míos. Al principio fue suave, cauteloso, pero eso solo duró un segundo.

Lo que empezó como una caricia ligera se transformó en algo más intenso. Jerome presionó sus labios con más fuerza contra los míos, y sin darnos cuenta, ambos nos dejamos llevar. El resto del mundo dejó de existir. La música, las risas, los murmullos… todo desapareció. Solo quedábamos nosotros, fundidos en un beso que parecía ser el único momento que importaba.

Sentí cómo sus manos, que estaban en mi mejilla, se deslizaban hacia mi cuello, acercándome aún más a él. Mis manos, instintivamente, apretaban su camiseta contra su pecho, como si no pudiera soltarme de él, como si mi cuerpo supiera lo que mi mente aún no entendía.

Fue un beso profundo, cargado de sensaciones que no había experimentado antes. Y, aunque por un segundo pensé que debía separarme, algo dentro de mí me decía que no lo hiciera. No podía apartarme, no quería apartarme.

Cuando nos separamos, ambos estábamos sin aliento, las mejillas sonrojadas, y el mundo alrededor de nosotros seguía girando, pero nosotros seguíamos atrapados en ese instante.

CAPÍTULO 28

Jerome

No podía dejar de pensar en lo que Parker me dijo en la cocina: *"Si realmente no sabes lo que quieres, mejor aléjate de ella. Porque Lou merece a alguien que esté seguro de lo que siente."*

¿Realmente no estaba seguro de mis sentimientos hacia Lou? No es que no lo supiera, es que me aterraba la idea de aceptarlo y estropearlo todo. Adoraba a Louise, era la persona más importante para mí, nunca nos habíamos fallado. Tener esa sensación de querer besarla, de desear repetir lo que había sucedido hace apenas unos minutos, me estaba matando por dentro.

Me serví un vaso de cerveza, intentando olvidar por un momento todo lo que me estaba trastocando. Quería desahogarme, disfrutar de la fiesta, pero no podía evitar buscarla entre la multitud.

La vi bailando de nuevo con Jess. Un impulso me recorrió. Deseé estar cerca de su cuerpo, abrazarla, sentirla entre mis brazos, llenar ese vacío que sentía. Porque, por muy menuda que fuera, Lou era lo suficientemente grande para llenar mi espacio por completo. Ella... solo Louise.

Tras ese vaso, me bebí varios más y perdí la cuenta en la quinta cerveza. No estaba acostumbrado a beber, por lo que comencé a marearme. Necesitaba salir a tomar aire fresco, así que busqué un punto de apoyo que me ayudara a salir al exterior.

Al salir, logré sentarme en las escaleras del porche sin caerme de bruces, todo un logro teniendo en cuenta mi torpeza cuando estaba sobrio.

De repente, sentí una presencia a mi lado. Giré la cabeza para ver quién era, pero todo estaba borroso. Solo pude distinguir que era una chica. Mi mente me jugó una mala pasada, y me hizo creer que, quien estaba cerca de mí, muy cerca, era Lou. Y, sin pensarlo, me dejé llevar por mis impulsos. Mis deseos de probar sus labios nuevamente me invadieron, y me acerqué a su rostro, hasta que mis labios rozaron los suyos. La besé con desesperación, inundando su

boca con mi lengua, rogando en silencio porque ese momento no se acabara.

—¿Jerome?

No podía ser verdad. Escuché la voz de Louise tras mi espalda y me tensé al instante. Me di cuenta de que no estaba besando a Lou. Entonces, ¿quién era?

Me separé rápidamente de la chica con la que me había estado besando, intentando enfocar la vista para darme cuenta de lo que había hecho. Tragué saliva al ver el rostro de Jess. Me levanté de un salto, y la borrachera se me disipó al instante. Miré a Lou, buscando algo en su mirada, alguna señal de comprensión o quizás una expresión que me tranquilizara. Pero no. En sus ojos solo vi decepción y dolor, algo que jamás había visto en mi mejor amiga. La había cagado de verdad.

—Lo siento —dijo Jess, su voz temblorosa. Se levantó rápidamente y huyó de mí, escapando también de la mirada acusatoria de Lou.

Quise acercarme a Lou, pero levantó la mano para frenarme. Sus ojos, llenos de lágrimas, me atravesaron, y negando con la cabeza, salió corriendo hacia su casa.

No podía dejar que se fuera así, sin que supiera lo que realmente había pasado. Corrí tras ella, necesitaba que me escuchara, que supiera que fue un error, que pensaba que la estaba besando a ella. La borrachera me nubló completamente y no pude controlarme.

Pero, antes de que pudiera alcanzarla, entró rápidamente en su casa, dejándome allí, parado en la acera. A pesar de mi esfuerzo, el alcohol aún me pesaba, y no me ayudó en absoluto a llegar a tiempo.

No supe cuánto tiempo estuve mirando la puerta de la casa de Lou, esperando que saliera de nuevo. Pero cuando me di cuenta de que no lo haría, supe que era el momento de marcharme a mi casa y descansar. Al menos intentarlo, porque sabía que la noche sería larga, con ese conflicto interno que me estaba carcomiendo por dentro.

Cuando entré, no dije nada a mis padres, que aún estaban despiertos. Subí a mi habitación y me encerré en ella de un portazo.

Un sonido que seguramente terminaría alertándolos y haría que alguno de ellos viniera a ver si estaba todo bien.

Por suerte, ninguno vino, y lo agradecí. No estaba preparado para escuchar nada en ese momento. Lo único que necesitaba era hablar con Lou, ella era la única persona que podía entenderme ahora, aunque sabía que la charla no sería nada fácil ni agradable.

Sin cambiarme de ropa, me tiré boca arriba en la cama. Por un momento, el cuarto comenzó a darme vueltas y sentí un nudo en el estómago que me obligó a levantarme de un salto para ir a vomitar todo lo que había ingerido.

El rato que pasé abrazado al inodoro, mi mente seguía dando vueltas. ¿Cómo pude besar a Jess? Ni siquiera me gustaba, la seguía evitando siempre que podía. Y ahora... la detestaba aún más. ¿Por qué no me detuvo? ¿Por qué siguió besándome, sabiendo que, en mi sano juicio, no habría sido capaz ni de acercarme a ella?

Por la mañana, me levanté con una buena resaca. Mi cabeza latía sin cesar y necesitaba una ducha con urgencia. Me levanté despacio, evitando así caerme de bruces contra el suelo por el mareo que acabó por destrozarme. Arrastré los pies hacia el baño y, tras desnudarme, me metí en la ducha. El agua caliente cayó por mis hombros, destensándome y mi mente viajó al momento más estúpido de la noche; cuando besé a Jess creyendo que era Lou. Todo estaba tan claro ahora que podía recordarlo mejor. ¿Cómo había sido tan gilipollas? Era la primera vez que alejaba a Lou de mí por algo que no pude controlar y la primera vez que sabía que no me perdonaría fácilmente. Si algo conocía de ella, era que no soportaba la traición.

En cuanto estuve vestido, con ropa cómoda, bajé a desayunar, aunque lo que más quería era ir a buscarla.

—Buenos días, cielo. ¿Está todo bien? —Ahí estaba la primera pregunta del día.

Mi madre me miraba con expectación, buscando una respuesta que no sabía cómo darle. Sin más, negué con la cabeza mientras pasaba las manos por el rostro.

—¿Quieres algo para ese dolor de cabeza? —Abrí los ojos sorprendido—. ¿Qué? ¿No pensarás que no sé qué bebiste anoche y

que ahora mismo estás de resaca? Hijo, he tenido tu edad y sé lo que hay en esas fiestas…

—Lo siento, no debí…

—Tranquilo, no te voy a regañar por haberte bebido un par de cervezas con tus amigos —respondió, interrumpiéndome.

—En realidad, fueron más de un par, pero… —me quedé en silencio al ver el cambio en su gesto comprensivo.

—Tampoco lo arruines, Jerome. El que te esté dejando pasar ese "par de cervezas", no lo estropees diciéndome el número exacto, porque entonces sí que me cabrearé, cielo —dijo con tranquilidad, o al menos eso parecía.

—Tampoco serías la única cabreada conmigo —musité más para mí que para ella, pero lo escuchó y se sentó frente a mí.

Mi madre se mantuvo en silencio, dándome espacio para que fuera yo quien empezara a hablar, pero no sabía cómo hacerlo. Tampoco estaba seguro de si era buena idea contarle todo lo que había pasado anoche, incluyendo el beso con Lou. ¿Qué pensaría de mí si llegaba a enterarse de que me había besado con mi mejor amiga, la única chica con la que tenía algo más que una amistad? Para mi familia y la suya, éramos como hermanos, así nos habían criado, y temía que la idea de que pudiéramos estar juntos no fuera de su agrado.

—Cielo, ¿hay algo que quieras compartir conmigo? —preguntó, su mirada fija en la mía, tan comprensiva como siempre—. Sabes que puedes contarme lo que sea, jamás te juzgaré.

—¿Aunque haya sido un capullo con Lou? —murmuré, viendo cómo fruncía el ceño. Antes de que pudiera responder, negué con la cabeza—. Da igual, no pasa nada, mamá. Gracias.

Me levanté sin siquiera tocar el desayuno.

—Espera, Jerome —me detuvo justo antes de que saliera de la cocina—. No sé qué te habrá pasado con Lou, pero espero que lo solucionéis, hijo.

Le devolví la mirada y asentí lentamente antes de marcharme.

Caminé directo hacia la puerta con un solo objetivo en mente: buscar a Lou y explicarle. Solo esperaba que estuviera receptiva, que al menos quisiera escucharme. «Confórmate con que quiera verte»,

me dije, mientras cruzaba el pequeño jardín y subía el primer escalón del porche de su casa.

Antes de que pudiera tocar el timbre, la yaya Laisa abrió la puerta. Su rostro amable y cálido me recibió con esa ternura tan característica en ella.

—Hola, Jerome. ¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó con curiosidad.

—¿Está Lou? —le solté directamente, sin siquiera devolver el saludo. Ella me observó con una expresión seria, mordiéndose ligeramente el carrillo por dentro. Me di cuenta de mi falta de modales y corregí enseguida—. Lo siento… Hola, yaya Laisa. —Me incliné para darle un beso en la mejilla.

—No está. Ha salido hace una hora a entrenar.

Asentí mientras bajaba la mirada, sintiendo un peso en el pecho. Me giré con la intención de marcharme, pero entonces, la voz de Laisa me detuvo.

—Jerome… Lou me dejó un mensaje para ti.

Levanté la cabeza con el ceño fruncido, mirándola con atención.

—¿Qué dijo? —pregunté, aunque temía la respuesta.

—Que no quiere que la busques. Que no quiere verte.

Un nudo se formó en mi garganta, y por un momento, las palabras me fallaron.

—Oh… me lo esperaba —musité, con la voz apenas audible. Sentí como si algo dentro de mí se rompiera, dejando un vacío que no sabía cómo llenar.

Decidí no volver directamente a casa. En lugar de eso, mis pies me llevaron hasta el lago donde Lou y yo solíamos patinar. Era nuestro lugar, un rincón que guardaba más recuerdos de los que podría contar. Me quedé allí, inmóvil, mientras el viento frío me golpeaba el rostro.

Por un momento, los recuerdos se apoderaron de mí. Pude verla, como si estuviera frente a mí, sonriendo mientras intentaba enseñarme a mantener el equilibrio sobre el hielo. Fue durante esas tardes cuando todo empezó a cambiar, cuando me di cuenta de lo mucho que me llenaba el corazón con solo mirarla. Lou siempre había sido mi refugio, mi paz, pero ahora… ahora no quería verme.

Era mi culpa. Lo sabía. Todo lo que pasó anoche, desde el beso hasta mi torpeza al manejar la situación, había creado un muro entre nosotros. Me pregunté si, en el fondo, lo que pasó era inevitable. Quizá el hecho de que me rechazara, de que no quisiera verme después de que su primer beso fue conmigo, era lo mejor que podía habernos pasado. ¿No?

dudas, un torbellino de "qué pasaría si" y "cómo arreglarlo". Habíamos sido inseparables desde niños, y ahora sentía que todo lo que habíamos construido estaba a punto de derrumbarse.

No sabía qué hacer para solucionarlo, pero una cosa era segura: no estaba dispuesto a perderla. No podía.

El día se me hizo eterno, y más cuando vi cómo se bajaba del coche de su madre al regresar del entreno. Su rostro estaba sombrío, la sonrisa de Lou no estaba por ninguna parte, y me dolió mucho más saber que yo era el culpable de que no la mostrara.

Desde que llegué a casa, me mantuve encerrado en mi habitación. Ni siquiera me atreví a enviarle un mensaje, aunque sí recibí algunos de Jess que ignoré por completo, borrándolos antes de leerlos.

—Hijo, ¿puedo pasar? —La voz de mi padre resonó al otro lado de la puerta. Sin responderle, le di permiso para entrar.

—¿Estás bien? No has comido nada hoy —dijo, observándome con preocupación.

—Estoy bien, solo no tengo hambre —respondí sin mirarlo.

—Bueno, te he traído un sándwich por si cambias de opinión. También quería decirte que mañana es la competición de Lou. Tu madre llevará a Laisa y a ella porque Kayla y James tienen un horario muy ajustado y llegarán directos a Carcross para verla competir. ¿Irás tú también? —Esa aclaración hizo que al fin lo mirara.

¿Debería ir? Le había prometido que lo haría, pero no sabía si Lou querría que estuviera en las gradas viendo su competición después de todo lo que había pasado. Sin embargo, una parte de mí deseaba verla, apoyarla, estar allí para ella como siempre lo había hecho.

—Sí, iré —dije finalmente, aunque añadí con algo de cautela—. Pero prefiero hacerlo contigo, aparte, y no en el mismo coche con mamá y ellas.

Mi padre no puso objeción alguna, algo que agradecí internamente. Supuse que mi madre le habría contado algo, y eso me ayudó a no tener que convencerlo de nada. Después de decirme que saldríamos después del almuerzo, ya que la competición era por la tarde, salió de mi habitación, dejándome solo de nuevo.

CAPÍTULO 29

Louise

Ser el centro de atención no era algo nuevo para mí, ya que competía en patinaje artístico, pero esa noche, rodeada por todo el equipo de hockey de los Yucón y después de haberme besado con Jerome, no me sentía nada cómoda. Jess me apartó del círculo justo cuando mi mejor amigo decidió ir tras Parker, quien parecía haberse enfadado después de que el juego lo hubiera propiciado él mismo. ¿Qué le pasaba?

—Nunca imaginé que un beso fuera tan... ¿cómo decirlo? ¿Apasionado? —comentó Jess, cuando estuvimos lo suficientemente lejos de las miradas y los murmullos.

—¿Qué? —todavía no podía pensar con claridad.

Estábamos sentadas en el porche y, mientras Jess seguía hablando, yo no podía sacar de mi cabeza el beso, de cómo sabían los labios de Jerome y de lo increíble que había sido mi primer beso.

Siempre quise que fuera especial, que la persona que me besara por primera vez fuera alguien a quien realmente quisiera, y sí, lo había conseguido, tal y como siempre había soñado. Sin embargo, algo dentro de mí me tenía completamente descolocada, ya que jamás imaginé que esa persona sería Jerome.

—Lou, ¿estás bien? —me preguntó Jess, y al fin la miré y asentí.

—¿Quieres algo de beber? Creo que una cerveza nos vendría bien a las dos. —Negué, poniendo cara de asco.

—No me gusta el alcohol. Además, mañana tengo que entrenar, y no es recomendable para mí beber y luego hacer piruetas. —Nos carcajeamos al pensarlo por un momento.

El silencio nos envolvió de nuevo, pero pronto fue interrumpido por Parker. Le pidió a su hermana que nos dejara a solas un momento. Y aunque no tenía ganas de tener esta conversación con él en ese instante, sabía que debíamos hablar.

Cuando nos quedamos solos, Parker seguía de pie, mirando al frente, como si le costara hablarme después de lo que había pasado

hacía apenas unos minutos.

—¿Puedo sentarme? —preguntó finalmente.

—Es tu porche —respondí, haciéndole reír por un momento.

—Buen punto —dijo mientras se sentaba a mi lado—. Lou, yo…

—Parker, te debo una disculpa, pero no por haber besado a Jerome en un juego que tú mismo iniciaste. —Lo interrumpí antes de que pudiera continuar—. Me disculpo por no poder ofrecerte lo que tú esperas de mí.

Frunció el ceño al escucharme y agachó la cabeza, clavando los ojos en sus pies, mientras soltaba una risa irónica. Cuando me miró de nuevo, su gesto cambió, y el sarcasmo en su rostro no me hizo ni pizca de gracia.

—¿Crees que Jerome te dará lo que tú necesitas? —dijo con tono desafiante. Iba a responder, pero no me dejó—. Jerome es un picaflor, Lou, y lo sabes. ¿Con cuántas chicas ha salido? Ni él mismo lleva la cuenta. ¿Y crees que dejará de salir con todas las que se le pongan por delante para tener algo serio contigo? No seas tonta, Lou.

Parker permaneció en silencio unos segundos, mirando al frente, con los brazos cruzados. Su enfado era evidente, y aunque intentaba calmarse, la frustración seguía allí.

—¿Sabes qué me molesta? —dijo, mirando directamente a mis ojos—. Que siempre he estado aquí, Lou. Siempre. Y ahora, me dices que no soy lo que necesitas. Todo este tiempo he intentado que me mires de la misma forma en que miras a Jerome, y ahora me quedo aquí, sin poder hacer nada.

Lo vi apretar los dientes, como si tratara de calmarse. Luego miró al suelo, sin saber qué hacer con las manos.

—Mira, no te estoy pidiendo que sientas lo mismo —continuó, la voz cargada de dolor—. Lo que me duele es que nunca te he fallado. Siempre he estado cerca, he sido paciente. Y ahora todo eso parece no valer nada. ¿Por Jerome? —La pregunta le costó, como si le doliera admitirlo.

Guardé silencio, sin saber qué decir. Las palabras que me decía me calaban hondo, y no podía defenderme. Sentía que no tenía cómo responderle.

—Lo que me mata —siguió, esta vez mirando al frente, casi como si hablara consigo mismo—, es que sé que, si Jerome te lo pidiera, dejarías todo por él. ¿Sabes por qué? Porque te encantas a ti misma pensando que él es lo único que te puede hacer feliz. Pero no ves lo que realmente está pasando. Él no te merece. Ni siquiera lo sabe.

Esas palabras me hicieron sentir un nudo en el pecho. ¿Era verdad? ¿Era yo la que no lo veía? Apreté los labios, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Parker, no se trata de que Jerome me haga feliz —dije finalmente, mi voz temblando, sin saber si estaba defendiendo lo correcto—. Se trata de lo que siento. Lo que estoy tratando de entender. No es algo que él haga, es algo que viene de mí.

Parker suspiró, pero no se dejó vencer. Miró al suelo un momento, luego levantó la vista con expresión seria.

—Lo peor es que he estado aquí todo este tiempo, Lou. Y no me arrepiento, porque te quiero. Pero no puedo seguir engañándome. Si sigues con Jerome, va a terminar mal. Y cuando te caigas, yo estaré aquí. Siempre estaré aquí.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero las contuve. No quería mostrarme débil, no quería que viera mi vulnerabilidad. Sin embargo, sabía que lo que decía era cierto, al menos en parte. Parker tenía razón, y ese peso me estaba destrozando por dentro.

Sin más palabras, porque ya lo había dicho todo, Parker se levantó y entró en la casa, dejándome sola, perdida en mis pensamientos. La incomodidad me ahogaba. ¿De verdad no me estaba dando cuenta de lo que Parker había mencionado? Tal vez no, no hasta ese momento. Siendo honesta conmigo misma, jamás había tenido estos sentimientos hacia Jerome, o al menos no lo había comprendido hasta ahora.

Me recompuse lo mejor que pude, intentando dejar atrás la tormenta en mi cabeza, y entré de nuevo a la casa para seguir con la fiesta. Vi a Jess, ya algo bebida, bebiendo con los demás. Mi mirada buscó a Jerome, pero no lo encontré. Frustrada, decidí sentarme en el sofá, observando a mi amiga disfrutar, mientras yo no hacía más que arrepentirme de haber venido. Sin embargo, si era sincera conmigo misma, debía admitir que, si no hubiera venido,

Jerome y yo no nos habríamos besado. Y eso, aunque confusa y avergonzada, había sido lo mejor de la noche.

El tiempo pasó mientras observaba a Jess bailar y reírse con los demás. Me sentía cada vez más aburrida, y las ganas de marcharme a casa aumentaban. No había visto a Jerome, y Jess hacía rato que había desaparecido de mi campo de visión. Finalmente, me levanté, decidida a buscar a mi mejor amigo y preguntarle si quería irse ya. Aunque me moría de vergüenza, no podía evitarlo. Mis mejillas aún ardían por el calor del beso que había compartido con él, y no sabía cómo iba a ponerme frente a él sin que mis emociones me traicionaran.

Sorteé a algunos compañeros de instituto y a varios jugadores del equipo, y salí al porche. Estaba cansada de esperar, pero aún no había encontrado a Jerome. Entonces, los vi. Mis ojos se clavaron en las dos personas que estaban besándose como si no importara nada más que ellos dos.

—¿Jerome? —la palabra salió de mis labios sin que pudiera detenerla.

Ahí estaban, Jerome y Jess, sentados en las escaleras, sus rostros cerca, sus labios unidos en un beso que, aunque no estaba en el centro de la fiesta, me atravesó como una flecha. El dolor, la sorpresa, la ira, todo se mezcló en mi pecho y mi estómago, como si alguien hubiera apretado un botón para hacerme sentir cada una de esas emociones a la vez. No podía dejar de mirarlos, aunque me estaba ahogando por dentro. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué? Todo lo que había pasado entre Jerome y yo, el beso, la confusión... ¿era solo un juego para él? ¿Acaso no significaba nada para él?

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, mi respiración se hizo más pesada. La imagen de ellos juntos me quemaba, pero no podía hacer nada. No podía interrumpir, no podía correr hacia ellos y preguntarle a Jerome qué significaba todo eso, no después de lo que había sucedido. Me quedé allí, paralizada, con una mezcla de emociones que no sabía cómo manejar.

Lo que había empezado como un momento increíble entre nosotros, se había convertido en una completa confusión. Sentí un nudo en la garganta y, aunque mi cuerpo me pedía moverme, mis

piernas no respondían. Estaba atrapada en una tormenta de pensamientos, y no sabía si quería llorar, gritar o simplemente desaparecer.

Jess y Jerome se separaron de golpe, y mientras ella evitaba mi mirada, él se levantó rápidamente, mirándome fijamente. Luego, sus ojos se desviaron hacia Jess, como si no pudiera creer lo que había hecho, como si no se creyera que se había besado con la única chica que no le caía bien, dado su historial con ella.

—Lo siento —dijo Jess, su voz temblorosa. Se levantó rápidamente y salió corriendo, evitando tanto mi mirada acusatoria como la de Jerome.

Vi cómo Jerome se acercaba, pero antes de que pudiera dar un paso más, levanté la mano, deteniéndolo. Mis ojos, llenos de lágrimas, lo atravesaron, y por un segundo sentí que mi corazón se rompía aún más al ver su expresión. Negué con la cabeza, sin poder decir nada, sin encontrar las palabras adecuadas para expresar el dolor y la confusión que sentía en ese momento. Luego, sin mirarlo más, corrí hacia mi casa.

No quería que me viera así, pero necesitaba huir, alejarme de todo. No podía soportar la idea de seguir allí, frente a él, cuando lo único que sentía era un torbellino de emociones, todas contradictorias, que me desbordaban.

Llegué a mi casa rápidamente, sin detenerme hasta estar en el interior de mi hogar. No fui capaz de girarme para ver si Jerome estaba detrás de mí, aunque sabía, con certeza, que lo estaría. Cuando cerré la puerta tras de mí, me apoyé contra ella y rompí en llanto. Sentía como si mi corazón se hubiera arrancado del pecho y se lo hubieran echado a los perros.

La sensación de vacío en mi pecho era insoportable, como si estuviera flotando en el aire, completamente perdida. Mi mente repetía una y otra vez lo sucedido, pero no lograba entenderlo. La confusión me rodeaba, y lo peor era que me dolía más de lo que había imaginado.

—Lou, cielo, ¿estás bien? —La voz de mi abuela me sorprendió, y al verme llorando, caminó rápidamente hasta mí.

Sin decirme nada, me abrazó con fuerza, acunándome como si fuera una niña pequeña. Si tan solo ella supiera que me habían roto el corazón la misma noche que me lo habían alimentado de amor.

—Todo estará bien, Lou. —Dijo finalmente, con suavidad—. Todo pasa, cariño, todo pasa.

Esas palabras, aunque no tenían la solución, me dieron algo de consuelo. Me aferré a ellas como si fueran mi única esperanza, como si el amor y el cuidado de mi abuela fueran capaces de devolverme la calma que había perdido esa noche.

Cuando conseguí calmar mis lágrimas, le agradecí a mi abuela por estar allí en ese momento en el que no sabía cómo gestionarlo. Sabía que ella querría una explicación, pero no me la pidió. Respetó mi silencio y me permitió subir a mi habitación, prometiéndome antes que no se lo contaría a mis padres, que sería nuestro secreto.

En mi habitación, me cambié de ropa mientras le daba vueltas a todo lo que había ocurrido en la fiesta. Me acosté, intentando dormir, aunque sabía que sería imposible. Tenía que levantarme temprano para entrenar, y estaba segura de que el día sería largo.

Por la mañana, mi madre me llamó para desayunar algo de fruta antes de irnos. Ya llevaba lista media hora, aunque las ojeras que adornaban mis ojos delataban la mala noche que había tenido. No había dormido nada.

—¿Qué tal la fiesta? ¿Lo pasaste bien, cariño? —preguntó mi madre, y una sonrisa forzada se dibujó en mi rostro, seguida de un nudo en el estómago.

—Todo genial, lo pasé muy bien —mentí, con una descarada falsedad. Mi abuela me miró de reojo; ella era la única que sabía que estaba mintiendo.

—Me alegro —dijo, levantándose—. Venga, vamos, que tienes que prepararte. Mañana es la competición. ¿No estás nerviosa? Porque yo sí. —Eso hizo que me riera, y le di un abrazo a mi madre, lo necesitaba tanto.

Mi madre salió de la cocina para ir a coger su bolso y prepararse para llevarme al entrenamiento, dejándome a solas con mi abuela.

—Abuela —la llamé—. Si viene Jerome, dile que no me busque, que no quiero verlo.

Frunció el ceño, sorprendida por mi petición.

—¿Por qué? ¿Acaso él fue el causante de tus lágrimas anoche?

Asentí, agachando la mirada, sintiéndome avergonzada.

—Pues entonces tendré unas palabras con él, no voy a permitir que...

—Tranquila, abuela, solo ha sido un malentendido, pero ahora no tengo fuerzas para hablar con él, ¿vale?

No parecía muy convencida, pero finalmente asintió.

Me despedí de ella con un beso en la mejilla y salí de casa para ir a prepararme para lo único que debía importarme en ese momento: mi competición. Lo demás quedaría en segundo plano, aunque estaba segura de que iba a ser una mañana bastante complicada.

CAPÍTULO 30

Jerome

Durante la tarde, mi mente no dejaba de buscar una forma de acercarme a Lou, pero cada idea que surgía parecía más absurda que la anterior. No podía esperar a mañana, a la competición, para enfrentarme a su mirada cargada de indiferencia. Lo sabía. Era lo que me esperaba, y la idea me destrozaba por dentro.

Los mensajes de Jess seguían llegando, pero mi reacción no cambió: los borré antes de leerlos. No quería lidiar con ella, ni con sus explicaciones o intentos de justificarse. Lo que no esperaba era recibir mensajes de Parker.

"Sé que no quieres hablar conmigo, pero mi hermana está de por medio."

"Jerome, ¿qué cojones has hecho?"

"Tenemos que vernos ya."

Leí cada mensaje con el corazón pesado, pero no respondí a ninguno. No tenía fuerzas para enfrentarme a Parker. Después de lo que pasó en la fiesta, hablar con él estaba al final de mi lista de prioridades. Sabía que todo esto solo alimentaría el resentimiento que había comenzado a formarse entre nosotros, pero no podía enfrentarme a más discusiones.

Esa noche, dormir fue una tarea imposible. Mi mente repasaba cada instante de la fiesta, reviviendo los momentos que desearía borrar para siempre. El beso con Jess se repetía en bucle, cada detalle más insoportable que el anterior. Pero, en medio del caos, también recordaba el beso con Lou. Fue como un rayo de luz en medio de una tormenta, un instante que me llenó de algo que no podía ignorar. Me había bastado para entender lo que sentía por ella, aunque el precio por ese descubrimiento hubiera sido demasiado alto.

El día de la competición de Lou finalmente llegó, y con él, un nuevo peso en mi pecho. Quería estar con ella, acompañarla en el

coche, que supiera que estaría a su lado. Pero sabía que no podía. Ella no me dejaría.

—Hola, papá —lo saludé al entrar al salón, notando que estaba solo—. ¿Y mamá? —pregunté al no verla con él.

—Ha salido con Lou y Laisa hace unos minutos —respondió, mirándome de reojo.

—¿Ya? ¿Por qué tan pronto? —Fruncí el ceño, extrañado. La competición era por la tarde, aún quedaban horas para eso.

—Bueno, considerando que hay casi una hora de camino y que Lou tiene que prepararse, no les quedaba otra que salir temprano. —Hizo una pausa antes de cambiar de tema—. ¿Qué quieres comer?

Me limité a encogerme de hombros mientras me dejaba caer en el sofá junto a él.

—Lo que sea —respondí, con un suspiro que salió sin que pudiera evitarlo.

Pasé las manos por mi rostro, intentando aliviar la presión que sentía en el pecho. Jamás había estado tanto tiempo sin hablar con Lou, sin verla. Por muy ocupados que estuviéramos, siempre encontrábamos un momento para ponernos al día, aunque fuera un rato breve. Ahora, saber que ella no quería verme, que prefería mantener la distancia, me estaba destrozando.

—Hijo, ¿ha pasado algo entre tú y Lou? —La voz de mi padre me sacó de mis pensamientos. Su tono directo me sorprendió, pero también me alivió.

Clavé mis ojos azules, idénticos a los suyos, en él. Dudé por un momento, pero luego sentí que quizás desahogarme no sería una mala idea. ¿Qué podría salir mal?

—Lou y yo nos besamos en la fiesta —solté de golpe, viendo cómo mi padre alzaba una ceja antes de suspirar. —Luego… besé a Jess, y el resto es historia.

Mi padre se recostó en el sofá, observándome con una mezcla de incredulidad y diversión.

—¡Vaya! Veo que no perdiste el tiempo en esa fiesta. —Sus palabras tenían un toque de ironía que me hizo desviar la mirada hacia el frente, avergonzado.

No podía saber lo que estaba pasando por la cabeza de mi padre; nunca había sido tan expresivo como yo, y en eso no nos parecíamos nada. Por un lado, haberle contado todo me había quitado un peso enorme de encima, como si finalmente pudiera respirar un poco mejor. Pero, por otro lado, sentía que no dejaba de meter la pata, una y otra vez, como si fuera incapaz de hacer las cosas bien.

Desde que Parker empezó a mostrar interés por Lou, todo entre ella y yo había cambiado. Había ido estropeando nuestra relación poco a poco, entre idas y venidas, como si cada paso que dábamos para arreglar las cosas terminara llevándonos dos pasos atrás. Y sí, siempre intentaba que siguiera siendo mi amiga, pero ahora me daba cuenta de que yo no había estado a la altura de ese vínculo. De lo que ella merecía.

—Jerome —musitó mi padre, rompiendo el silencio—. ¿Sientes algo por Lou?

La pregunta me pilló desprevenido, como si me hubieran tirado un cubo de agua helada. No pensé que se atrevería a preguntármelo tan directamente.

Volví a quedarme en silencio. Otra vez esa pregunta. Otra vez ese nudo en el estómago. Y otra vez, sin saber qué responder. Claro que sentía algo por Lou. Sentía demasiadas cosas por ella. Y justamente ese era el maldito problema.

Las palabras de Parker volvieron a mi mente como un eco que no podía ignorar: *Si no estás seguro, deberías dejarla en paz.*

El problema era que no se trataba de estar seguro o no. Yo sabía perfectamente lo que sentía por ella, pero aceptar esas emociones, afrontarlas y hacer algo con ellas, era otra historia completamente diferente.

—Supongo que, si no respondes, es porque no lo sabes ni tú mismo —expresó, poniendo una mano en mi hombro—. Tranquilo, el tiempo siempre pone todo en su lugar.

Sin más, se levantó y fue a la cocina a preparar algo de comer para los dos. Me quedé en el mismo lugar, inmóvil, intentando vaciar mi mente para que me llegara algo de claridad. ¿Mi padre tendría razón? ¿El tiempo siempre ponía todo en su lugar? Si eso era cierto,

cosa que dudaba, me encantaría que lo hiciera ya. Necesitaba saber qué paso dar antes de que todo terminara de derrumbarse.

Sobre las cuatro de la tarde, mi padre y yo nos pusimos en camino hacia Carcross para la competición de Lou. Al igual que ella y su familia estuvieron apoyándome el día del partido, nosotros también estaríamos allí para ella en un momento tan importante como este.

El camino transcurrió en un silencio cómodo, solo interrumpido por la música que sonaba de fondo. Mi padre iba concentrado en la carretera, tamborileando el volante al ritmo de Teddy Swims, mientras yo miraba por la ventana, perdido en mis pensamientos. Imaginé mil maneras posibles de acercarme a Lou, pedirle perdón y, sobre todo, recuperarla. Pero ninguna me parecía suficiente.

—¿Falta mucho? —pregunté, inquieto. Estaba deseando llegar; los viajes largos siempre me ponían nervioso.

—Unos cinco minutos, ¿por qué? ¿Estás cansado? —respondió mi padre, sin dejar de mover los dedos al compás de la música.

—No, solo quiero llegar antes de que empiece para desearle suerte a Lou, aunque no quiera verme —murmuré más para mí que para él, pero me escuchó.

—Tranquilo, te perdonará… siempre lo hace —dijo, mirándome de reojo con una ligera sonrisa.

Su confianza en que Lou y yo resolveríamos todo era reconfortante, pero también me hacía sentir una presión que no podía ignorar. ¿Y si esta vez no lo hacía? ¿Y si realmente la había perdido?

Cuando finalmente llegamos a Carcross, la pequeña localidad parecía envuelta en un aire de calma que contrastaba con el torbellino en mi interior. El centro de deportes donde se realizaría la competición estaba al final de la calle principal, un edificio de techo alto con grandes ventanales que reflejaban la luz del sol. Había varias personas entrando y saliendo, la mayoría cargando bolsas de equipo y trajes brillantes que destacaban contra la nieve.

Mi padre aparcó cerca de la entrada y me miró antes de apagar el motor.

—¿Listo? —preguntó con un tono tranquilo, aunque sabía que estaba esperando mi respuesta para medir mi estado de ánimo.

—Supongo —respondí con una media sonrisa, aunque no lo sentía.

Al bajar del coche, el aire frío me golpeó el rostro, despejándome un poco. Caminamos hacia la entrada, donde un grupo de padres charlaban animadamente mientras sujetaban termos de café. Los sonidos de la pista comenzaron a hacerse audibles: el suave roce de las cuchillas sobre el hielo y las indicaciones de los entrenadores.

Entrar al edificio fue como sumergirme en otro mundo. El ambiente era completamente diferente al del exterior. La pista principal brillaba bajo las luces, reflejando el techo alto. Gradas de madera rodeaban el hielo, y la energía que se respiraba era intensa. Competidores en diferentes estados de preparación se movían por el área, algunos ajustándose los patines y otros practicando movimientos frente a espejos.

Mis ojos se movieron instintivamente, buscando a Lou. No tardé en encontrarla. Estaba en un rincón junto a su abuela, quien sostenía su bolsa de patinaje. Lou parecía concentrada, aunque había algo en su postura que delataba su tensión. Incluso a la distancia, podía notar que evitaba mirar hacia donde nosotros estábamos.

Mi padre se giró hacia mí.

—Vamos a buscar un buen sitio en las gradas. Estoy seguro de que quiere demostrarte lo que vale, aunque no lo diga.

Asentí, siguiendo sus pasos hacia las gradas, mientras mi mirada se quedaba atrapada en Lou, preguntándome si alguna vez me permitiría recuperar lo que habíamos perdido.

Unos minutos después, Laisa se acercó a nosotros y se sentó a nuestro lado, saludándonos con la calidez que siempre la caracterizaba. Mi padre, que nunca perdía la oportunidad de preguntar por los detalles, fue directo:

—¿Dónde está mi esposa? —quiso saber.

—Ha ido a comprar café para las dos mientras yo ayudaba a Lou con los últimos ajustes —respondió Laisa, acomodándose en su

asiento.

Aproveché el momento para preguntar algo que llevaba rondándome la cabeza desde que llegamos.

—¿Cómo está Lou? —pregunté, intentando que mi voz sonara normal, aunque estaba lejos de lograrlo.

Laisa me miró con una mezcla de ternura y preocupación antes de responder:

—Está bastante nerviosa, algo inusual en ella —dijo con un suspiro—. Pero no te preocupes, Jerome, cuando esté en el hielo se le pasará. Siempre se le pasa.

Asentí, aunque no estaba tan seguro. No era habitual que Lou se mostrara nerviosa, pero después de todo lo que había pasado entre nosotros, sentía que gran parte de esa tensión era mi culpa.

—No sé… es la primera vez que… —intenté decir algo, pero no encontraba las palabras.

—Oh, ya habéis llegado —la voz de mi madre me interrumpió de repente, sacándome de mis pensamientos.

Le dio un beso rápido a mi padre antes de dirigirse a Laisa:

—Hola, cielo. ¿Sabéis algo de Kayla y James? Hace un rato me dijeron que estaban cerca y creí que llegaríamos juntos.

—Seguro no tardan en aparecer —respondió Laisa, mirando hacia la entrada con la misma expectación que mi madre.

Mientras ellas hablaban, me quedé mirando hacia el túnel que daba acceso a la pista. Sabía que en cualquier momento Lou aparecería, y solo esperaba que, al verme en las gradas, no se derrumbara más de lo que ya parecía estar.

La competición había comenzado hacía unos minutos. Patinadores de diferentes clubes y niveles desfilaban por el hielo, cada uno con su música, su estilo y su concentración absoluta. El ambiente en la pista era eléctrico, y las ovaciones subían y bajaban como olas con cada presentación.

Me acomodé en mi asiento, intentando calmar los nervios que no debería sentir porque, en teoría, no era yo quien iba a competir. Pero sabía que Lou estaría pronto en el hielo, y eso me hacía tensar los puños sin darme cuenta.

Cuando el nombre de Louise Betancourt resonó por los altavoces, sentí cómo mi corazón se detenía por un segundo. Mi mirada fue directa al túnel por donde los competidores salían, y entonces la vi.

Lou apareció en el hielo como si fuera parte de él. Su traje era un espectáculo: un vestido azul oscuro con detalles plateados que brillaban bajo las luces, como si estuviera envuelta en un pedazo del cielo nocturno lleno de estrellas. Las mangas, translúcidas y decoradas con cristales, añadían un toque etéreo, mientras la falda corta caía en suaves capas que se movían con gracia cada vez que daba un paso.

La música comenzó, las primeras notas de Skyfall llenando la pista. Era intensa, poderosa, como ella.

Lou se movió con una elegancia que me dejó sin aliento. Cada giro, cada salto, cada transición fluía como si no existiera otra forma de hacerlo. Pero no era solo técnica, era algo más. Había pasión en cada movimiento, una fuerza interna que parecía decirle al mundo: Aquí estoy. Esto es lo que soy.

No podía apartar la vista de ella. Había visto a Lou patinar miles de veces, desde que éramos niños, pero esta vez era diferente. Esta vez la veía como si fuera la primera vez, como si todo lo que sabía de ella quedara en segundo plano ante lo que estaba demostrando en ese momento.

Cuando realizó su primer salto, un axel doble perfectamente ejecutado, el público estalló en aplausos. Yo también aplaudí, aunque mi pecho estaba tan apretado que apenas podía respirar.

La secuencia continuó, cada movimiento más arriesgado, cada giro más preciso. Pero lo que realmente me atrapó fue cómo Lou contaba una historia con su cuerpo. No solo estaba patinando; estaba transmitiendo algo que iba más allá de la técnica, algo que hacía que cada persona en esa pista no pudiera dejar de mirarla.

En el clímax de la canción, Lou ejecutó una serie de giros rápidos que parecían desafiar las leyes de la física. Su cuerpo era una extensión de la música, y el vestido, con sus detalles brillantes, parecía atrapar la luz y esparcirla por toda la pista.

Cuando terminó, en una pose firme pero elegante, con los brazos extendidos y la cabeza en alto, el público se puso de pie en una

ovación que hizo temblar las gradas. Yo también me levanté, aplaudiendo como un loco, con una mezcla de orgullo y algo más que no podía explicar.

Lou miró hacia el público, y por un momento, nuestros ojos se encontraron. Fue breve, pero suficiente para que mi pecho se llenara de algo que no sabía si era culpa, admiración o el simple hecho de que la amaba más de lo que había querido admitir hasta ahora.

Ella apartó la mirada casi de inmediato, pero esa conexión fugaz quedó grabada en mí. Lou había brillado como nunca, y aunque yo había estado cerca de arruinarlo todo, no podía negar que ella seguía siendo el centro de mi mundo.

CAPÍTULO 31

Louise

Me había pasado la tarde encerrada en mi habitación. Después del entrenamiento, no tenía ganas de hacer nada más. Intenté tranquilizarme todo lo que pude de cara a la competición de mañana, pero me resultaba casi imposible borrar de mi mente la imagen de Jerome y Jess besándose.

Lo que más me dolía era tener que admitir que Parker tenía razón en muchas de las cosas que me dijo. Siempre había defendido a Jerome contra viento y marea, incluso contra mis propios pensamientos. Pero ahora no podía hacerlo, y eso me destrozaba por dentro.

—Lou —la voz de mi madre me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunté sin mirarla del todo.

Estábamos en la cocina, a punto de cenar. Aunque mi cuerpo estaba allí, mi mente estaba en otro lugar, en otro momento.

—¿Por qué no comes? Se te va a enfriar la musaca, cielo. —Me señaló el plato frente a mí, pero negué y lo aparté. No podía comer, tenía el estómago cerrado.

—No tengo hambre —respondí, y ella, con paciencia, volvió a acercarme el plato, algo que me molestó más de lo que debería—. He dicho que no tengo hambre, mamá.

—No me importa. Tienes que comer algo. Y no te vas a levantar de esta mesa hasta que, al menos, vea la mitad del plato vacío. ¿Está claro?

Su tono firme encendió una chispa de frustración en mí. Me levanté de golpe, empujando la silla hacia atrás, y salí de la cocina sin mirar atrás. Subí las escaleras a toda prisa, con el corazón en un puño. Cerré la puerta de mi habitación de un portazo y me dejé caer en la cama.

«¿Estás enfadada con tu madre por lo que te dijo o simplemente estás pagando con ella tu frustración?», pensé, aunque ya conocía la respuesta.

De repente, la puerta de mi habitación se abrió sin previo aviso, y ahí estaba mi madre. Sabía que tarde o temprano vendría, pero no esperaba que fuera tan rápido. No me dijo nada, solo se sentó a mi lado en silencio, esperando a que fuera yo quien empezara a hablar. Pero no tenía ganas de hacerlo, así que me quedé en silencio, mirando al frente.

—Bueno, como veo que tú no vas a hablar, lo haré yo. —La miré de reojo, sabiendo que mi madre no dejaría de insistir.

—¿Qué te pasó anoche en la fiesta? Porque no creo que estés así solo por los nervios de la competición, ¿me equivoco? —Me encogí de hombros, evitando mirarla—. Perfecto, hacemos la ley del silencio. —Me dijo con una sonrisa leve, que hizo que por un segundo olvidara lo tensa que estaba.

—Lo pasé muy bien —mentí, sin siquiera mirarla.

—Eso ya lo he oído antes. —La voz de mi madre, más firme, me recordó lo último que le dije cuando me preguntó por la fiesta—. Lou, sé que no quieres ver a Jerome y… —La miré rápidamente, frunciendo el ceño, pero ella no me dejó interrumpir.

—Tranquila, no me voy a meter en eso, pero si estás así con él, es porque ha pasado algo lo bastante grave como para llegar a ese punto. Sois inseparables desde niños y nunca te había visto así.

No supe qué responder, así que me quedé callada. Sabía que mi madre tenía razón, pero no estaba lista para admitir nada de lo que sentía.

Al ver que no iba a decirle nada, mi madre me dio un beso en la cabeza y se levantó para salir de mi habitación. Me dolía no tener la confianza suficiente con ella para contarle lo que había pasado entre Jerome y yo, y eso me disgustó mucho más de lo que ya estaba.

—Anoche Jerome besó a Jess —dije antes de que saliera, omitiendo que el primer beso de la noche fue entre él y yo.

Mi madre giró sobre sus talones y regresó a la cama, sentándose de nuevo en la misma postura que antes.

—¿Te ha molestado verle besarse con tu amiga? —preguntó, y yo asentí avergonzada, bajando la mirada.

—¿Por qué? Antes no te molestaba, Jerome ha salido con varias chicas y nunca… —comenzó a decir, pero la interrumpí rápidamente.

—Esto es diferente. —Mi voz salió más firme de lo que pensaba.

—¿Por qué? —insistió, y a cada pregunta que me hacía, sentía como si una grieta más se abriera en mi corazón, como si un bloque de hielo que me protegía comenzara a descongelarse, dejándome expuesta.

Me levanté hecha un manojo de nervios. Mi madre me miraba como si estuviera interrogándome, como si intentara entender algo que yo misma no era capaz de comprender. La miré fijamente mientras trataba de encontrar la manera de expresar en voz alta lo que me dolía en ese momento: ver a Jerome besándose con otra chica, independientemente de quién fuera.

—Porque antes me besó a mí —declaré en un hilo de voz, haciendo que mi madre se levantara también. —Por eso me ha dolido tanto, porque…

—Lou, ¿estás enamorada de Jerome? —Esa pregunta no me la esperaba, y ciertamente, tenía miedo de responderla.

Mi silencio fue mi respuesta. Y cuando pensé que mi madre me regañaría por no decir nada, se acercó a mí y me abrazó con fuerza, cobijándome entre sus brazos. Eso hizo que mis lágrimas volvieran a salir sin permiso, como si tuvieran vida propia.

Estuvimos un rato en mi habitación, en silencio, solo estando juntas, como hacía mucho que no estábamos. Luego, volvimos a la cama y mi madre me abrazó, como cuando era pequeña y tenía miedo de la oscuridad. En esos recuerdos, estaba Jerome, porque, cuando él dormía en mi casa o yo en la suya, también me cuidaba del monstruo nocturno que, en realidad, no existía.

Por la mañana, me desperté sola en mi cama, sin saber a qué hora mi madre se había ido, aunque supuse que había esperado a que me quedara dormida para irse.

Me levanté con la intención de tranquilizarme. Hoy era uno de los días más importantes de mi vida, y debía estar feliz y serena. Como no cené anoche, mi estómago rugió como si tuviera un ogro hambriento en su interior. Fui al baño a darme una ducha, y, después de vestirme, bajé a desayunar. Mis padres estaban a punto de irse a trabajar.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien? —Mi madre se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Sí, gracias. —Le devolví el gesto—. ¿Dónde vais tan temprano?

—Tenemos que trabajar, cariño —anunció mi padre, y fruncí el ceño.

—Pero entonces, ¿no vendréis a la competición? —Pensar que mis padres no irían conmigo me tensó. Ellos asintieron, intentando tranquilizarme.

—Tranquila, Erika se encargará de llevaros a tu abuela y a ti, y nosotros llegaremos antes de que empieces, ¿de acuerdo? Estaremos allí contigo.

—¿Seguro? —insistí, no sabía por qué, pero necesitaba que me lo dijeran de nuevo.

—Tan seguro como que eres mi hija. —Me dio un abrazo—. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

—Después nos vemos, bichito. —Mi padre me dio un beso en la frente.

Desayuné tranquila con mi abuela, intentando calmar los nervios que comenzaban a crecer en mi estómago. La competición estaba a la vuelta de la esquina, y aunque intentaba no pensar demasiado en todo lo que me esperaba, la presión seguía ahí, acompañándome en cada respiración. Cuando terminé de comer, fui a mi habitación a coger las cosas que necesitaba para el gran día. Erika llegaría pronto, y yo tenía que irme antes para prepararme. Tenía que estar lista, perfecta, como siempre.

Media hora después, estábamos en el coche rumbo a Carcross. El trayecto, aunque largo, se me hizo corto. Mi mente no dejaba de correr de un lado a otro, pensando en cómo sería todo. Lauren ya me había llamado, asegurándose de que todo estuviera listo para cuando llegara, y aunque intentaba mantener la calma, un nudo en el estómago me decía que todo lo que había sucedido con Jerome aún estaba muy fresco. El beso, la confusión, lo que me hizo sentir... Pero hoy no era el día para pensar en eso. Hoy era el día de mi competición, y eso era lo único que debía ocupar mi mente.

El coche finalmente llegó al lugar, y al ver la gran instalación, mi corazón dio un pequeño salto. Carcross no solo era el escenario de la competición, sino también un recordatorio de cuánto me había costado llegar hasta aquí, de todo lo que había superado. Erika aparcó rápidamente, y mi abuela me acompañó hacia el interior mientras me susurraba palabras de ánimo.

El lugar estaba lleno de la emoción típica antes de una gran competición, pero yo solo podía pensar en lo que vendría. Lauren ya me esperaba dentro, con una sonrisa en el rostro y una mirada cómplice. El ambiente estaba cargado de tensión, pero también de anticipación. A medida que nos acercábamos al área de los vestuarios, pude ver a otros patinadores calentando, algunos con la mirada fija en la pista, otros conversando entre ellos.

Mi cuerpo sentía la energía a su alrededor, pero mi mente seguía divagando. «Concéntrate, Lou. Solo piensa en patinar», me repetí una y otra vez, como si esas palabras pudieran calmar el caos dentro de mí.

Erika me dio un abrazo rápido antes de entrar, deseándome suerte. Yo asentí, agradecida, y mi abuela me apretó la mano, diciéndome que todo saldría bien.

—Hoy lo vas a hacer increíble, Lou —me dijo con una sonrisa cálida.

Entré al vestuario, y la sensación de estar a punto de enfrentarme a mi mayor reto me golpeó como un tsunami. Pero al ver a Lauren, ya lista para ayudarme a prepararme, me sentí un poco más tranquila.

Con cada paso que daba hacia la pista, mi mente intentaba mantener la calma. El foco estaba en mí, y en nada ni nadie más. Pero al mirar hacia el otro lado, vi una figura familiar en la grada, que hizo que mi corazón se acelerara un poco más: Jerome estaba allí. Vi su figura, su mirada fija en mí... y algo en mi interior me dijo que, aunque él no estuviera cerca, su presencia ya estaba marcando este día.

Ya era el momento. Tenía que dejar todo lo demás atrás y enfocarme en lo que había trabajado tanto para conseguir. Hoy, mi competencia era conmigo misma.

Cuando escuché mi nombre resonar por los altavoces, sentí un nudo en el estómago. El momento que había esperado tanto tiempo había llegado. Unos segundos después, me encontraba en el túnel que daba acceso a la pista. Todo lo que me rodeaba se desvaneció, mi mente concentrada únicamente en el hielo.

El vestido que llevaba era todo lo que había soñado: un azul oscuro que brillaba con detalles plateados bajo las luces, como si estuviera envolviéndome en un trozo del cielo nocturno lleno de estrellas. Las mangas translúcidas, decoradas con cristales, eran como un susurro de hielo, y la falda corta caía en suaves capas que se movían con cada paso, añadiendo más elegancia a cada giro que daba.

La música comenzó, y las primeras notas de Skyfall llenaron la pista. Era una melodía intensa, poderosa... igual que yo en ese momento. Me dejé llevar por la canción, por cada nota, y me lancé a la pista con la misma pasión con la que había soñado hacerlo.

Me sentí ligera, libre, como si el hielo fuera mi hogar. Cada movimiento fluía con naturalidad, cada salto, cada giro, cada transición, se daba como si no existiera otra forma de hacerlo. Sabía que la técnica era importante, pero en ese momento, todo lo que importaba era lo que sentía. Mi cuerpo se movía con una energía que venía de lo más profundo, y al patinar, sentí que estaba compartiendo algo de mí misma con el público. Esta era mi verdad, mi pasión. Este era mi momento.

Cuando realicé mi primer salto, un axel doble perfectamente ejecutado, escuché los aplausos estallar en la pista, y aunque mi pecho estaba lleno de nervios, pude sonreír por dentro. Aplaudí también, casi sin darme cuenta. La secuencia continuó, cada movimiento más arriesgado, cada giro más preciso. Pero lo que más me sorprendió fue cómo sentí que cada paso contaba una historia. No estaba solo patinando, estaba expresando algo más profundo, algo que se reflejaba en la forma en que me movía, en cómo todo cobraba vida a través de mi cuerpo.

En el clímax de la canción, cuando ejecuté una serie de giros rápidos, sentí que mi cuerpo era una extensión de la música, que nada podía detenerme. Mi vestido brillaba bajo las luces, atrapando

la luz y dispersándola por toda la pista. Mi último movimiento fue una pose firme pero elegante, con los brazos extendidos y la cabeza en alto, mirando hacia el público.

La ovación fue inmediata, el sonido de los aplausos llenó mis oídos y sentí el calor en mi pecho. Me levanté y miré hacia las gradas, buscando a mi familia, pero mis ojos se encontraron con los de Jerome. Aunque fue solo un instante, sentí una conexión tan intensa que me sorprendió. Mi corazón latió más rápido, y por un momento, me olvidé de todo lo demás.

Cuando aparté la mirada para poder mirar a mis padres y a mi abuela, me percaté de que solo estaba mi abuela. ¿Mis padres no habían llegado aún? Eso me extrañó y me puso nerviosa. El nerviosismo creció un poco al no verlos, pero intenté no darle demasiada importancia. A lo lejos, vi a mi abuela sonriéndome, sus ojos brillando de orgullo, pero algo dentro de mí no podía evitar preguntarse por qué mis padres no estaban ahí.

CAPÍTULO 32

Jerome

El ruido del público se mezclaba con mi respiración acelerada; mi pulso seguía acelerado después de la increíble actuación de Lou.

El teléfono de mi bolsillo vibró y, sin pensarlo, saqué el móvil. Era un mensaje de Jess, pero lo dejé a un lado. En ese momento, todo lo que quería era ver a Lou disfrutar de su triunfo.

La pantalla de la arena brillaba con la puntuación final, y cuando vi el número, no pude evitar sonreír de orgullo: 9.8.

Lou lo había hecho. Había dado lo mejor de sí misma, y el público lo había reconocido. Aplaudí con fuerza, el ruido de las gradas resonaba en mis oídos, pero no podía dejar de pensar en lo que significaba esa actuación. Lou se estaba superando a sí misma. La chica que siempre había sido mi amiga, la que nunca había dejado de sorprenderme, ahora brillaba con luz propia.

Mi mirada la siguió en la pista mientras hacía una reverencia, su cuerpo lleno de gracia, como siempre. No pude evitar compararla con aquella niña tímida a la que empecé a ver patinar, esa que era tan reservada, pero que siempre había tenido una fuerza imparable en el hielo.

Pero entonces, en medio de esa euforia, Laisa recibió una llamada. Supuse que serían los padres de Lou diciéndole que llegarían enseguida, posiblemente estuvieran en un atasco. Sin embargo, el gesto de ella cambió, mostrando una preocupación y dolor en su rostro que me advirtió de que algo no andaba bien.

Me levanté rápidamente y me acerqué a ella. Sin decir una palabra, vi cómo presionaba el teléfono contra su oído. Palideció a medida que escuchaba la voz al otro lado de la línea.

—¿Yaya? —le hablé, acercándome más.

Laisa colgó el teléfono lentamente, su rostro blanco, como si hubiera perdido toda su energía en ese momento. No me dijo nada. No necesitaba decirlo. Lo supe al instante. Algo terrible había sucedido.

Me sentí helado. En ese momento, el miedo se apoderó de mí. La expresión en el rostro de Laisa era todo lo que necesitaba para entender lo que estaba pasando. El mundo que, hasta hacía unos momentos, había sido perfecto, con Lou brillando en el hielo, se había desmoronado en un instante.

—Mamá, algo ha pasado —le susurré al oído al ver que Laisa no me respondía.

Mi madre se levantó rápidamente y tomó la mano de Laisa para sacarla de las gradas. Mi padre y yo fuimos tras ellas, y cuando llegamos a la esquina donde se habían detenido para hablar, encontramos a mi madre y a Laisa llorando desconsoladas, abrazándose con fuerza.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —preguntó mi padre, lleno de preocupación. Yo no sabía qué hacer en ese momento.

—Kayla y James… han… tenido un accidente —titubeó mi madre, incapaz de calmar su llanto.

—Han muerto —dijo Laisa al fin, su voz quebrada por el dolor—. Mi hija y mi yerno… han muerto.

Mi mente voló rápidamente hacia Lou, y una necesidad urgente de protegerla me invadió. Quería que no tuviera que enfrentar este dolor sola, que supiera que yo iba a estar ahí para ella, sin importar lo que viniera.

Me quedé anclado en el sitio, incapaz de moverme, aunque mi cabeza iba a mil por hora. ¿Cómo se lo dirían a Lou? ¿Cómo podía haber pasado algo tan horrible?

Entonces, sin pensarlo más, mis pies me dieron permiso para correr. Salí corriendo, buscando tomar aire, buscando la claridad que necesitaba. El frío aire canadiense me golpeó la cara, pero no conseguí calmar la tormenta en mi interior. Necesitaba encontrar las palabras adecuadas para hablarle a mi mejor amiga, para estar a su lado en el momento más oscuro de su vida.

Cuando entré, Lou ya sabía todo. La vi sentada en una esquina, la mirada perdida, los ojos llenos de lágrimas.

Caminé hacia ella, sin saber bien qué decir, y me acuclillé frente a ella, buscando que me mirara. Pero no lo hizo. No podía. Entonces, sin pensar, la abracé. Era lo único que podía hacer en ese momento.

Se dejó abrazar sin oponer resistencia, pero sabía que su mente estaba en otro lugar, en otro momento de su vida que nunca más volvería. Lo entendí al instante. Sus padres se habían ido, dejándola sola en uno de los días más importantes de su vida.

Pero cuando se dio cuenta de que era yo quien la abrazaba, se levantó de un salto, alejándose de mí. La mirada que me echó fue la peor que había recibido jamás. Nunca me había mirado así. Y aunque sabía que tenía razones para hacerlo, me dolió como un puño en el pecho.

—Lou, no dejes que lo que pasó en la fiesta te aleje de mí ahora, que es cuando más me necesitas —dije, mi voz quebrada, incapaz de ocultar la angustia que sentía—. Yo estoy aquí para ti, siempre lo estaré, no importa lo que haya pasado.

La miré fijamente, pero ella desvió la mirada, luchando contra sus propios sentimientos, contra la confusión que todo esto le había traído. Yo también estaba confundido, pero ahora lo único que importaba era ella. No podíamos seguir distanciados el uno del otro.

Me acerqué un paso más, como si mi cercanía pudiera aliviar su dolor, aunque sabía que no era tan fácil. Lo único que quería era estar cerca de ella, apoyarla, aunque no supiera cómo.

Lou, a pesar de estar rota por dentro, levantó la cabeza, y por fin me miró a los ojos.

—Gracias, Jerome —susurró, su voz tan baja que apenas pude oírla, como si esas palabras fueran todo lo que podía ofrecer en ese momento.

Lou volvió a alejarse de mí, como si mi presencia fuera más de lo que podía soportar en ese instante, y se acercó a su abuela. Ambas se abrazaron con fuerza, buscando consuelo mutuo en medio de un dolor tan inmenso que parecía desbordar el pasillo. Laisa, con su rostro marcado por las lágrimas, acariciaba el cabello de Lou mientras ambas temblaban por el impacto de la noticia.

Mis padres estaban al otro lado, con el rostro pálido y los ojos llenos de pena, sin saber tampoco cómo manejar lo que acababan de escuchar. Mi madre, siempre tan fuerte, luchaba por contener las lágrimas mientras mi padre la abrazaba, apretándola con fuerza como si eso pudiera hacer que todo esto no fuera real.

Yo me quedé inmóvil, atrapado entre querer acercarme a Lou y respetar la distancia que había impuesto. Mi mente estaba hecha un caos, llena de preguntas para las que no tenía respuestas y de un dolor ajeno que sentía como si fuera mío. La necesidad de hacer algo, cualquier cosa, para aliviar el sufrimiento de Lou me consumía, pero no sabía por dónde empezar.

Las palabras se atascaban en mi garganta, y lo único que pude hacer fue apretar los puños, tratando de mantener la compostura. Ver a Lou así, tan vulnerable, tan rota, era una imagen que jamás había querido imaginar. Ella siempre había sido mi pilar, mi fuerza, y ahora... ahora era ella quien necesitaba apoyo. Pero ¿era yo el adecuado para dárselo, después de todo lo que había pasado entre nosotros?

El pasillo se llenó de un silencio pesado, roto solo por los murmullos distantes de la competición que continuaba como si nada hubiera pasado. Pero para nosotros, el mundo entero se había detenido en ese instante, congelado por la tragedia.

La tensión que se vivía detrás de las gradas nada tenía que ver con el murmullo lejano en ellas. Lou estaba allí, apartada en una esquina, alejada de todos. Sus ojos vacíos miraban al suelo, como si quisiera deshacerse de todo lo que la rodeaba, de la multitud, de la competición, incluso de su propia victoria. El dolor la envolvía, haciéndola más pequeña de lo que era, más frágil de lo que jamás la había visto. La patinadora fuerte que había brillado en el hielo ya no estaba ahí, solo quedaba una chica rota, sumida en su dolor, incapaz de captar lo que pasaba a su alrededor.

Lauren apareció en el pasillo, aun sonriendo de felicidad, sin percatarse del estado de Lou. Cuando la vio, la sonrisa de Lauren vaciló por un segundo, al notar el silencio pesado que la rodeaba. Decidió seguir adelante, acercándose a Lou con su energía característica, sin saber del todo lo que estaba pasando.

—¡Lou! —la llamó, tratando de atraer su atención, aunque sin mucho éxito. —¡Te has clasificado! ¡Lo lograste!

Lou levantó la cabeza lentamente, pero sus ojos no reflejaban nada de lo que normalmente mostraba: determinación, alegría,

pasión. No había luz en ellos. La noticia de la clasificación pasó desapercibida en su mente nublada por la tristeza.

Lauren dio un paso más hacia ella, repitiendo la noticia con más entusiasmo, sin saber cómo manejar la situación.

—¡Lou, estás entre las mejores! ¡Es increíble, te lo mereces tanto! —La alegría en su voz contrastaba con la apatía de Lou.

Pero Lou no reaccionó como Lauren esperaba. Al contrario, su rostro se endureció aún más, y su voz, quebrada por la emoción reprimida, salió casi en un susurro.

—Mis padres... —dijo, su voz vacía, perdida.

Lauren la miró confundida, sin saber cómo procesar esas palabras. Había llegado para compartir un triunfo, pero Lou solo pensaba en lo que había perdido. En ese momento, la victoria parecía una ilusión lejana, irrelevante ante la devastación que sentía por dentro.

Su entrenadora, incapaz de responder con palabras, se acercó y tocó suavemente su hombro, un gesto de consuelo que parecía inadecuado en la magnitud del dolor de Lou.

—Lo siento tanto —susurró, su voz rota por la tristeza ajena.

Lou no dijo nada más, se quedó allí, en silencio, mientras el mundo a su alrededor seguía girando. La clasificación, los aplausos, todo eso ya no significaba nada. Solo quedaba el vacío de la pérdida, algo que nada podría llenar.

Tras un rato de incertidumbre y tristeza, mi madre tomó la iniciativa. Se acercó a Lou con calma y la acompañó para que pudiera cambiarse de ropa y prepararse para marcharnos.

—Yaya —murmuré, acercándome a Laisa con el pecho apretado —. Lo siento mucho.

Mis palabras eran sinceras, pero sentía que no eran suficientes. A pesar de que no compartíamos sangre, Kayla y James eran parte de mi vida, de mi familia. El peso de su pérdida me estaba aplastando, aunque todavía no había sido capaz de derramar una lágrima.

—Gracias, mi niño. —Laisa me abrazó con fuerza, como si en ese gesto buscara algo de consuelo.

Cuando Lou apareció junto a mi madre, con la mirada perdida y un aire de fragilidad que nunca le había visto, todos nos dirigimos

hacia los coches. El siguiente paso era algo que nadie quería enfrentar: Laisa tendría que ir a reconocer los cuerpos. El solo pensarlo me revolvía el estómago. No podía imaginar el dolor de una madre que acababa de perder a su hija enfrentándose a algo así.

Entonces, Lou habló, su voz quebrada pero firme:

—Yo también iré. Necesito verlos... necesito asegurarme de que no es cierto, de que no son ellos.

Su declaración nos dejó a todos en silencio, sorprendidos. No esperábamos que Lou quisiera enfrentarse a algo tan duro, pero al mismo tiempo, entendíamos su necesidad de aferrarse a la esperanza, por mínima que fuera.

—Yo te acompañaré, Lou… si me dejas.

La miré, esperando su respuesta, preparándome para que me rechazara, para que me apartara como lo había hecho antes. Pero, para mi sorpresa, asintió.

Sin decir nada más, Lou dio un paso hacia mí y se encerró entre mis brazos. En ese momento, el peso de la situación me golpeó como un torrente. Sentí sus sollozos en mi pecho, y mis propios ojos comenzaron a llenarse de lágrimas que no podía contener. Acaricié su cabello con suavidad, tratando de darle algo de calma, aunque sabía que no era suficiente para aliviar el dolor que estaba cargando.

Laisa y mis padres nos observaban desde una distancia respetuosa, dándonos un espacio que ambos necesitábamos.

CAPÍTULO 33

Louise

Estaba feliz por el resultado de mi presentación y esperaba clasificarme para la siguiente competición. Lauren sonreía de un modo que me sorprendió; era complicado sacarle una sonrisa a una mujer tan dura como ella, al menos en el ámbito profesional.

A pesar de esa pequeña alegría, algo seguía incomodándome: no veía a mis padres en las gradas. ¿Dónde estaban? Además, después de que volví de la pista tras recibir mi puntuación, noté que mi abuela, Jerome y sus padres también se habían marchado. Eso me inquietó mucho más. Algo no andaba bien, y sabía que si no averiguaba qué estaba pasando, no podría concentrarme en nada más.

—Lauren, ahora vuelvo —anuncié, acercándome a ella mientras revisaba la pantalla donde se mostraban las puntuaciones de todos los patinadores.

—¿A dónde vas, Lou? No puedes irte todavía —se quejó, girándose hacia mí con el ceño fruncido.

En ese momento, su molestia no me importaba demasiado.

—Tengo que hablar con mi familia, vuelvo enseguida, lo prometo.

Dudó unos segundos, claramente contrariada, pero terminó asintiendo con resignación.

Me puse la chaqueta sobre el vestido; aún no podía cambiarme hasta saber si me clasificaba. Salí de la zona oficial de los patinadores y tomé el pasillo lateral que bordeaba la pista. Con cada paso, la angustia crecía en mi pecho, como si una sombra me advirtiera de que algo no estaba bien.

Cuando finalmente llegué al área donde estaba mi familia, la imagen que me recibió me dejó helada. Mi abuela y Erika estaban abrazadas, llorando desconsoladas. Lincon, el padre de Jerome también tenía los ojos llenos de lágrimas.

No veía a Jerome. Mi respiración se aceleró de inmediato, y una oleada de miedo me recorrió. ¿Y si le había pasado algo? La sola

idea me revolvía el estómago. No podría soportarlo.

—¿Qué está pasando? —pregunté con voz temblorosa, sintiendo que mi corazón empezaba a latir con más fuerza.

Mi abuela, al escuchar mi voz, se separó ligeramente de Erika y clavó en mí su mirada intensa. La pena con la que me observó me dejó sin aliento. Me acerqué a ellas, sintiendo cómo el aire se volvía más pesado con cada paso, y repetí la misma pregunta, como si la respuesta pudiera disipar el miedo que me recorría de pies a cabeza.

—Lou… —titubeó Erika, porque mi abuela parecía incapaz de pronunciar palabra.

La madre de Jerome colocó sus manos sobre mis hombros con la clara intención de hablar, pero mi abuela alzó la mano y la detuvo, haciéndole saber que sería ella quien me lo contaría.

El tiempo se congeló. Cada segundo se alargaba como si estuviera atrapada en un bloque de hielo inmenso, uno tan grande que no me permitía ver ni sentir nada más. Mi corazón latía con fuerza, pero el sonido parecía lejano, como si no me perteneciera.

Finalmente, mi abuela habló. Tardó más de lo que creía poder soportar. Su voz era apenas un susurro, pero cada palabra se clavó en mí como un cuchillo helado.

—Lou… papá y mamá… han tenido un accidente.

Su voz se quebró, las lágrimas la asfixiaban, pero esas pocas palabras bastaron para hacerme sentir como si todo mi cuerpo estuviera siendo aplastado por el peso de ese enorme bloque de hielo.

—Pero… ¿están bien? —mi pregunta fue un débil hilo de esperanza, uno que se rompió en cuanto ella negó con la cabeza, sus ojos llenos de un dolor imposible de esconder.

—No se salvaron, cielo —intervino Erika, su voz cargada de una agonía que se hizo mía en el instante en que la escuché.

En ese momento, no sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Era algo increíble, imposible de creer. Mis padres estaban bien, tenía que estar segura de ello. Pero mis lágrimas, saliendo a borbotones sin control, delataban que en el fondo ya lo sabía. Insistí, rogando a mi abuela y a Erika que me dijeran que todo era un error, que mis

padres estaban bien. Sin embargo, sus ojos, llenos de un dolor que nunca había visto, me decían lo contrario.

Quería correr, ir en su busca, verlos por mí misma y confirmar que todo era una equivocación, que ellos estaban a salvo. Cuando intenté salir hacia la calle, sentí una mano firme sujetando mi brazo.

—Lou, espera… ¿Dónde vas a ir? —Lincon me habló con calma, aunque su voz estaba cargada de preocupación. No pude mirarlo, mis ojos seguían clavados en la puerta de salida, el único lugar al que quería ir era hacia ellos, sin importar nada más.

—Tenemos que esperar para ir a verlos, cielo.

—No… ellos están bien y llegarán enseguida, estoy segura. ¿Verdad, abuela? —Mi voz tembló al dirigirle la mirada. Pero cuando la vi, supo que ya no podía sostenerme la mirada. Bajó los ojos, incapaz de enfrentarse a mi desesperación.

Y en ese momento, algo dentro de mí empezó a quebrarse. La certeza que tanto intentaba evitar se deslizó por las grietas de mi negación. Mis pies se arrastraron hacia una esquina, lejos de todos. Me dejé caer al suelo, sintiendo cómo el cansancio se apoderaba de mí. No solo era físico; era un agotamiento que venía del alma, como si la poca alegría que había logrado reunir hoy se hubiera esfumado, llevada por una tormenta imparable.

Era como una ventisca interior, arrasando con todo, llevándose cualquier resquicio de felicidad que hubiera conseguido hoy. Me sentía perdida, vacía. Y por primera vez en mi vida, no tenía ni idea de cómo seguir adelante.

Lo siguiente que pude recordar fue tan fugaz en mi mente, que no supe con quién hablaba ni qué hacía. Escuché a Jerome, sentí su presencia a mi lado. Por un momento, me aparté de él, como si algo me alejara, pero pronto me di cuenta de que le necesitaba más que nunca. En este momento, mi mejor amigo era todo lo que necesitaba para soportar la pérdida.

Luego, escuché a Lauren decirme que me había clasificado, pero me importaba tan poco lo que había conseguido tras haber perdido lo más importante: a mis padres. La clasificación ya no significaba nada. Quería ir a verlos, pese a que mi abuela se negaba rotundamente a que lo hiciera, queriendo evitar que esa imagen se

me quedara grabada en la mente para siempre. Pero lo necesitaba, porque hasta que no los viera por mí misma, ese hilo de esperanza seguiría latiendo en mi corazón.

Jerome dio un paso hacia mí, con los ojos llenos de una mezcla de dolor y preocupación que no supe cómo interpretar del todo.

—Yo te acompañaré, Lou… si me dejas —dijo en un susurro.

Lo miré fijamente, intentando descifrar sus intenciones. Parte de mí quería rechazarlo, mantenerlo lejos, protegerme de lo que sentía cada vez que estaba cerca. Pero la otra parte, la más rota, sabía que necesitaba ese apoyo. No podía enfrentarlo sola, no en este momento.

Asentí lentamente, y Jerome pareció sorprendido por mi respuesta. Sin decir nada más, di un paso hacia él y, antes de pensarlo demasiado, me encerré entre sus brazos. El contacto fue inmediato, cálido, y aunque no alivió del todo el dolor que llevaba dentro, me ofreció una pequeña tregua.

Mis sollozos rompieron el silencio, sacudiendo mi cuerpo contra el suyo. Su abrazo se ajustó, firme pero delicado, como si temiera lastimarme más. Sentí sus manos acariciar mi cabello con una suavidad que contrastaba con la tormenta en mi interior.

Por un instante, supe que no estaba sola, que al menos tenía a alguien dispuesto a cargar con una parte de mi dolor. Pero también sabía que ninguna caricia ni palabra podría reparar la pérdida que acababa de sufrir.

Al separarnos, me di cuenta de que los padres de Jerome y mi abuela no estaban. Me preocupé, dudando por un momento si todo había sido un sueño, pero no, nada más lejos de la realidad; solo habían ido a por el coche para que pudiéramos irnos de una vez.

Jerome dejó uno de sus brazos sobre mis hombros y me acompañó a recoger mis cosas.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó, pero yo negué con la cabeza, sintiéndome demasiado vulnerable.

—Tranquilo, no tardaré —respondí en un susurro.

—De acuerdo, aquí estaré cuando salgas, ¿vale? —Dijo, y me cogió la mejilla para obligarme a levantar la cabeza y fijar mis ojos en los suyos.

Por un breve instante, su mirada fue como si estuviera flotando en medio de un océano, un lugar lleno de paz que me envolvía por completo. Tragué saliva y él besó mi frente, quedándose ahí unos segundos. Sentí sus lágrimas caer sobre mí, haciendo que me derrumbara de nuevo, y pude ver cómo él se sentía avergonzado, como si no fuera lo suficientemente fuerte para soportar mi dolor.

Entré al vestuario, fui directo a mi taquilla y saqué los pantalones para ponérmelos encima del vestido. Me dejé puesta la chaqueta y me calcé las botas. Guardé el resto de mis cosas rápidamente y salí, encontrándome con él, tal como me había prometido.

Volvió a colocar su brazo sobre mi hombro, quitándome la maleta de las manos y llevándola él en la mano que le quedaba libre.

Salimos de allí y nos subimos al coche con Erika y mi abuela, mientras su padre iba en el suyo.

El coche avanzaba lentamente por la carretera, pero para mí, cada kilómetro se sentía como una eternidad. Miré por la ventana, observando los árboles cubiertos de nieve pasar como manchas borrosas. Afuera, el mundo parecía tranquilo, pero dentro de mí había una tormenta que no podía controlar.

Jerome estaba sentado a mi lado, en silencio. Podía sentir su mirada de vez en cuando, como si esperara que rompiera el silencio. Pero no podía. Las palabras estaban atrapadas en mi garganta, junto con las lágrimas que me había prometido no dejar salir hasta estar sola.

Mi abuela iba en el asiento delantero, con las manos entrelazadas en su regazo. No decía nada, pero su postura rígida hablaba por ella. Conocía demasiado bien ese gesto: su manera de mantener el control cuando todo a su alrededor parecía desmoronarse.

Cuando finalmente llegamos al lugar, me sentí como si me hubieran quitado el suelo bajo los pies. Era un edificio gris y frío, una estructura funcional que no intentaba suavizar la realidad que representaba. Mis piernas temblaron al bajarme del coche, pero logré mantenerme firme. No podía permitirme ser débil ahora.

Jerome se acercó a mí, como si quisiera ofrecerme su apoyo. No le miré. Si lo hacía, tal vez me derrumbaría. Sentí su mano rozar mi brazo antes de que la retirara, respetando mi silencio.

—Lou, estoy aquí —susurró, quedándose cerca.

Seguimos caminando hasta que llegamos a una pequeña sala de espera. El aire estaba cargado de tensión, roto solo por el tic-tac del reloj en la pared. Cada segundo parecía alargarse, como si el tiempo se burlara de nosotros.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó mi abuela, sosteniendo mis manos entre las suyas.

Asentí. No estaba segura de nada en ese momento, pero sabía que tenía que hacerlo. Necesitaba verlo con mis propios ojos, aunque eso significara romperme por completo.

Un hombre con traje oscuro apareció en la puerta. Su expresión grave nos preparó para lo que venía, aunque nada podía realmente hacerlo.

—Cuando estén listas —dijo, señalando una puerta al final del pasillo.

Respiré hondo y avancé, sintiendo la presencia de Jerome detrás de mí, su sombra cercana, pero sin invadir. Cada paso parecía pesar más que el anterior, como si el suelo intentara aferrarme y evitar que siguiera adelante.

Entramos en la sala, y el frío me golpeó como una bofetada. No era la temperatura, sino el vacío que impregnaba el ambiente. Y entonces los vi.

Dos cuerpos cubiertos con sábanas blancas descansaban en sendas camillas. Mis piernas cedieron, pero Jerome reaccionó al instante, sujetándome por los hombros antes de que pudiera caer al suelo. El dolor en mi pecho se expandió tan rápido que me sentí como si algo me estuviera aplastando desde adentro. Pero no me caí. Jerome me sostenía con fuerza, y por un momento, sentí que él podía ser mi ancla, la única cosa que aún tenía peso en este mundo que acababa de volverse tan liviano, tan irreal.

—Estoy contigo, Lou.

Con manos temblorosas, alcé la esquina de una de las sábanas. Sus rostros aparecieron ante mí, quietos, inmóviles. Mi mundo se detuvo.

El aire se me escapó, y caí de rodillas al suelo. Jerome me sostuvo con fuerza, envolviéndome en sus brazos de nuevo, como si

pudiera protegerme de un dolor que ya había invadido cada rincón de mi ser.

No derramé una lágrima. El dolor era tan profundo que las lágrimas no podían alcanzarlo.

—Lo siento, Lou —murmuró Jerome, como si sus palabras pudieran aliviar mi carga.

Me quedé en silencio, incapaz de responder. No había palabras, ni gestos, ni nada que pudiera llenar el vacío que sentía en ese momento. Solo quedaba el abismo.

—No puede ser real —murmuré, en apenas un susurro.

«Han muerto.” Mis padres. Mis... padres». No paraba de darle vueltas a la cabeza. La negación me envolvía, y, aun así, una parte de mí sabía que tenía que aceptar la verdad.

Cerré los ojos, tratando de bloquear todo lo que no fuera el sonido de mi respiración entrecortada y el palpitar acelerado de mi corazón. El eco de esas palabras se mantenía flotando en el aire como si se estuviera burlando de mí, de mi dolor.

«Ellos están bien. Tienen que estar bien. Este es solo un mal sueño».

Pero no era un sueño. Era mi vida, mi realidad, y mi mente aún no podía alcanzarlo.

Me sentí vacía, como si alguien hubiera arrancado lo que me hacía ser yo. La sensación era tan extraña y vacía que ni siquiera sabía cómo llorar, como si las lágrimas no pudieran alcanzarme. Tenía miedo de lo que eso significaba. Y mientras Jerome me sostenía, mi cuerpo no reaccionaba. Estaba atrapada en el vacío, sin saber cómo continuar.

CAPÍTULO 34

Jerome

Después de ir a reconocer a los padres de Lou, nos fuimos dejando el alma en ese lugar tan frío. Ella seguía con la mirada perdida. Por mucho que mis padres, su abuela o yo le hablásemos, parecía que su mente había quedado atrapada allí, en ese espacio al que nunca debió ir. Laisa le había advertido que sería duro, que cargaría con ese recuerdo el resto de su vida, y no se equivocaba. Yo mismo sabía que esa imagen me acompañaría para siempre.

Pensar en que algo así pudiera pasarles a mis propios padres me hizo comprenderla aún más. No era fácil perder a tu familia de golpe, quedarte huérfana, aunque todavía tuviera a su abuela. Pero no sería lo mismo, ya nada lo sería.

Cuando llegamos, mi madre aparcó el coche, y tanto ella como Laisa se bajaron. Lou y yo permanecimos en el asiento trasero. Ella no pareció notar que habíamos llegado. Su mirada seguía fija en la ventanilla, observando su casa como si fuera un lugar extraño, un recuerdo distante.

—Lou —pronuncié su nombre en un hilo de voz, tratando de que mi tono no se quebrara—. Ya hemos llegado.

No reaccionó. Su cuerpo permanecía inmóvil, sus ojos clavados en algún punto indeterminado. Toqué su hombro, intentando que volviera en sí, pero ni siquiera eso funcionó. Fue entonces cuando la envolví con mis brazos, sosteniéndola con fuerza, como si al hacerlo pudiera devolverle algo de lo que había perdido.

—No puedo entrar, Jerome —susurró, y su voz, rota por el dolor, me desgarró más que cualquier grito.

—Lo sé, lo sé. —Acaricié su cabello con suavidad, buscando calmarla—. Pero yo estaré contigo en todo momento, Lou.

Finalmente, sus ojos se encontraron con los míos. Había en ellos un abismo que nunca había visto antes, una vulnerabilidad que me partía en dos.

—¿Me lo prometes? —preguntó, su voz tan baja que apenas pude escucharla.

Asentí, inclinándome para besar su frente.

—Siempre.

Sus siguientes palabras me dejaron sin aliento.

—Te quiero mucho, Jerome.

Había algo distinto en su declaración, algo que me llenó el corazón de un calor inexplicable, aunque también me dejó sin saber cómo reaccionar. Lou siempre me decía que me quería, pero esta vez, sus palabras estaban cargadas de un sentimiento que no podía descifrar del todo. Un sentimiento que, quizás, había estado esperando escuchar desde siempre.

—Yo también te quiero, Lou —respondí al fin, tras una pausa que pareció eterna, dejando que mis palabras salieran directamente del corazón.

Por un breve instante, las comisuras de sus labios se elevaron en una triste sonrisa que, aunque tenue, logró inflarme el pecho de una manera inexplicable. Louise me hacía sentir tantas cosas, y ahora, más que nunca, entendía cada una de ellas. Pero este no era el momento de pensar en mí. Ahora ella necesitaba a Jerome, su mejor amigo, no al chico que suspiraba por ella cada vez que la veía como si fuera lo mejor del mundo… porque para mí, lo era.

—Vamos, te acompañaré a casa. Necesitas descansar —la animé a salir del coche. Aunque vaciló unos instantes, finalmente me hizo caso.

Mi madre estaba esperando cerca del porche de nuestra casa, observándonos mientras cerraba el coche. Al vernos caminar hacia la casa de Lou, asintió con una mezcla de comprensión y tristeza.

Lou y yo avanzamos despacio por la acera, nuestros pasos resonando en el silencio de la noche. Parecía un paseo cualquiera, como los que solíamos dar de niños, pero la carga emocional que llevábamos era abrumadora. La oscuridad nos envolvía, y el frío de la noche parecía reflejar lo que cada uno sentía por dentro.

Cuando llegamos a su casa, sentí la tensión en su cuerpo aumentar. Sus pasos se hicieron más pesados, y cuando alcanzamos

el umbral de la puerta, comenzó a temblar ligeramente, como si la sola idea de entrar le resultara insoportable.

—Tranquila, Lou —susurré suavemente en su oído, inclinándome hacia ella para que mis palabras fueran solo suyas.

Ella giró el rostro hacia mí, y nuestras narices chocaron accidentalmente. Mi respiración se aceleró al instante, el contacto tan breve y sencillo hizo que todo mi cuerpo se tensara. Cerré los ojos por un segundo, intentando controlar los deseos de besarla que me invadían. Tenerla tan cerca, percibir su calor y el leve roce de su piel hacía que mantener el control fuera una tarea casi imposible.

Pero este no era el momento para mí. No ahora. Así que respiré hondo y me aseguré de que mis palabras fueran un ancla para ella, un recordatorio de que no estaba sola.

Ambos conseguimos desviar la tensión que se había creado con ese leve roce y terminamos entrando a la casa. Dentro, nos encontramos con Laisa, de pie en la sala, observándolo todo como si acabara de llegar después de muchos años, como si el lugar le resultara extraño.

—¿Yaya? —llamé suavemente su atención, esperando sacarla de ese trance.

—Hola. —Su respuesta llegó acompañada de un suspiro visible, como si el aire que expulsaba llevara el peso de su dolor.

Louise caminó hasta ella y se fundieron en un abrazo lleno de necesidad, un refugio mutuo que parecía ser lo único capaz de sostenerlas en ese instante. Entendiendo que ambas necesitaban privacidad, decidí darles espacio, aunque no era fácil alejarme de Lou. Quería quedarme hasta que ella no me necesitara, pero sentí que este era un momento solo para ellas.

Salí al porche y me dejé caer en los escalones, mirando la nieve que aún cubría el suelo. Intenté pensar, pero con tantas cosas rondando en mi cabeza, concentrarme en algo concreto era prácticamente imposible.

—Jerome. —Una voz familiar rompió el silencio.

Levanté la vista, apartando mis ojos de la nieve, y me encontré con Parker y Jess, quienes se acercaban.

—Hola. —os saludé con seriedad, sin la energía para fingir algo más.

—Nos hemos enterado de lo que ha pasado con los padres de Lou. ¿Cómo está ella? —preguntó Jess, su preocupación reflejada en sus ojos.

Se sentaron a mi lado, en los escalones, esperando una respuesta que me costaba formular. Sabía cómo estaba Louise, pero explicarlo era complicado, casi imposible. Tragué saliva y suspiré un par de veces, tratando de mantener las lágrimas a raya. Finalmente, logré pronunciar lo único que podía describir su estado.

—Devastada.

Ambos asintieron, y Parker fue el primero en romper el silencio.

—Entiendo. Tiene que ser muy duro perder a tus padres así, tan de repente. —Su voz cargada de empatía no me pasó desapercibida —. Me gustaría verla, pero… —añadió, dejando la frase incompleta, como si temiera cruzar algún límite.

—No es el momento, Parker, pero se agradece. —Intenté sonreír, aunque solo conseguí un gesto débil. Él me devolvió una sonrisa breve, más cercana a los viejos tiempos, antes de que todo se complicara entre nosotros por Lou.

—Sois mis amigos, los dos, y vuestro dolor es el mío…

—El nuestro. —Jess lo interrumpió suavemente, subrayando sus palabras, y asentí agradecido.

Jess extendió una mano y tomó las mías, sus ojos fijándose en los míos con una intensidad que no había visto antes. Algo en su mirada me resultó extraño, diferente, como si quisiera decir algo más allá de sus palabras. Por suerte, pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo y desvió la mirada rápidamente, soltando mis manos con torpeza.

Nos quedamos un rato en silencio. Me resultaba difícil entablar una conversación con ellos ahora mismo. No solo por lo que había sucedido entre los tres, que no era poca cosa, sino porque las palabras simplemente no salían.

—Bueno. —Suspiré profundamente y me levanté, sacudiendo las manos como si intentara disipar la tensión—. Voy a ver si Lou

necesita algo. Gracias por venir. Le diré que habéis estado aquí, ¿vale?

—Sí, por favor —respondió Jess con voz suave—. Dile a Lou que la quiero y que me tiene para lo que necesite… que me hable cuando quiera, no importa la hora.

Asentí, y luego dirigí mi mirada a Parker. Sus ojos tenían un brillo de preocupación que parecía reflejar el mío.

—Suscribo las palabras de mi hermana.

Me despedí de ambos con un breve movimiento de cabeza y entré de nuevo en la casa de Louise. El ambiente estaba cargado de una calma inquietante. No la vi por ningún lado, así que busqué a Laisa, quien me indicó que había subido a su habitación.

Subí las escaleras despacio, temiendo interrumpirla. Cada paso resonaba como un eco pesado en mi pecho. Cuando llegué frente a su habitación y la abrí con cuidado, no estaba allí, y el miedo me golpeó de inmediato.

—Lou —la llamé en un susurro, pero no hubo respuesta.

Busqué en el baño contiguo, pero tampoco estaba allí. Mi inquietud aumentó hasta que la oí. Los sollozos apagados que llegaban desde la habitación de sus padres me guiaron como un faro.

Arrastré los pies hasta la puerta entreabierta, sintiendo cada vez más el nudo en mi pecho. La empujé despacio, procurando no hacer ruido para no asustarla. Entonces la vi, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la cama y una fotografía entre las manos.

Caminé hasta ella, cada paso más pesado que el anterior, y me senté a su lado. Eché un vistazo rápido a la imagen que sostenía: era una foto de ella con sus padres. Los tres llevaban jerséis navideños a juego, gorros de Papá Noel, y una gran sonrisa iluminaba sus rostros. En el centro de la foto, sobre las piernas de Louise, descansaba Fufu, su gato, mirando a la cámara con su expresión solemne.

El contraste entre la alegría que irradiaba esa imagen y la tristeza que ahora la envolvía era tan desgarrador que me costó tragar saliva.

—Esa fue la última Navidad que pasamos juntos los tres... y Fufu, claro —dijo con voz quebrada, acariciando con los dedos el lugar de la foto donde estaba el gato.

Me quedé en silencio, sabiendo que ninguna palabra podría aliviar su dolor. Así que simplemente me quedé a su lado, dejando que mi presencia hablara por mí. A veces, no hacía falta decir nada; a veces, solo estar allí era suficiente.

—Hace tan solo unas semanas de esta foto y se siente tan lejano —continuó diciendo, mientras sus dedos acariciaban el marco con cuidado—. Si tan solo hubiera sabido lo que iba a pasar, no habría ido a esa dichosa competición —espetó, su voz cargada de dolor y frustración.

—Eh, Lou… tú no tienes la culpa de lo que ha pasado —dije rápidamente, al darme cuenta del rumbo que estaban tomando sus palabras—. Ir a competir no tiene nada que ver con esto. —Llevé mis dedos hasta su mentón, levantando su rostro para que me mirara a los ojos.

—Si es mi culpa, Jerome… claro que es mi culpa —replicó con un nudo en la garganta—. Porque si yo no fuera patinadora, si no hiciera todos esos entrenamientos, todas esas competiciones… Si… si yo… —Su voz se quebró, y las palabras quedaron atrapadas en su llanto.

Sin pensarlo, volví a abrazarla, envolviéndola con fuerza. Era lo único que podía hacer. Sentí la necesidad de protegerla, de cargar con todo su dolor si fuera posible. Preferiría mil veces soportarlo yo que verla así, rota.

Odiaba verla llorar. Lou siempre había sido la chica más alegre que conocía, esa sonrisa que iluminaba todo a su paso. Y ahora, verla tan frágil, incapaz de contener las lágrimas, me rompía en mil pedazos.

Un rato después, me levanté y, con suavidad, la tomé de la mano, guiándola hacia su habitación. Sabía que descansar le costaría, pero al menos tenía que intentar dormir. Para mi sorpresa, aceptó sin protestar y se acostó en la cama tal cual, sin cambiarse de ropa, con el vestido de la competición aún sobre ella, cubriéndose con unos pantalones.

Me quedé con ella unos minutos, observando cómo su respiración se volvía más tranquila, aunque sabía que solo era una apariencia. Me levanté de la cama y caminé hacia la puerta, decidido a dejarla descansar.

—Jerome… no te vayas —escuché su voz, suave y quebrada por la oscuridad—. Quédate conmigo esta noche, por favor… No quiero estar sola.

No necesitaba que dijera nada más. Regresé rápidamente a su lado, sin pensarlo dos veces, y me recosté detrás de ella. La abracé por la cintura, acercándola a mi cuerpo con firmeza, ofreciéndole la seguridad y el apoyo que tanto necesitaba.

CAPÍTULO 35

Louise

Haber visto a mis padres en aquel lugar fue algo que jamás podré borrar de mi mente. Mi abuela me lo advirtió, intentó protegerme, pero, aun así, necesitaba comprobarlo por mí misma. La verdad era dura, cruel, y el peso de aceptarla me aplastaba.

Me sentía tan perdida, tan insignificante. El dolor era un manto pesado que opacaba cualquier otra emoción, incluso el enfado, aunque sabía que estaba ahí, latente, esperando su momento para estallar y arrasar con todo a su paso.

Jerome no se separó de mí en ningún momento. Su presencia era el único hilo que me mantenía unida a la realidad, aunque no sabía si, después de experimentar lo que era tenerlo a mi lado en un momento como este, sería capaz de soportar estar separada de él. Me transmitía su fuerza, su amor, ese apoyo incondicional que siempre había sido parte de él. Lo necesitaba como quien necesita un salvavidas en medio del océano, como si estuviera al borde del vacío, a punto de caer, y solo su mano pudiera detenerme antes de estrellarme contra el suelo.

Quise encerrarme en la habitación de mis padres, quedarme en ese lugar que aún olía a ellos, donde su presencia seguía siendo tan palpable que casi podía engañarme a mí misma creyendo que todo estaba bien. Pero Jerome no me dejó. Me acompañó a mi habitación, asegurándose de que no me enfrentara a esa soledad que tanto temía. Se quedó conmigo, se acostó a mi lado cuando le pedí que no me dejara sola, y me abrazó con la misma fuerza con la que intentaba contenerme de caer al abismo.

Aun así, el sueño no llegaba. La culpa me inundaba, cada pensamiento era como una ola que intentaba ahogarme. «Si no hubiera ido a esa competición… si no fuera patinadora… si simplemente hubiera hecho algo diferente». Las palabras resonaban en mi mente, cada vez más fuertes, y sentía que, aunque estaba abrazada a Jerome, estaba completamente sola en mi lucha interna.

—Lou, ¿estás bien? —Su voz rompió el silencio de la habitación, resonando como un eco en mi cabeza. Parecía tan cerca, tan atento, que por un momento olvidé el peso que cargaba.

Negué antes de que mis labios pudieran siquiera formar una palabra. No podía hablar, no confiaba en mi voz.

—Ven aquí. —No me dio tiempo a reaccionar antes de envolverme entre sus brazos, esta vez de frente.

El calor de su cuerpo me envolvió, y aunque debía ser un gesto reconfortante, mi respiración se volvió pesada, descontrolada. Sentí mi corazón latir desbocado contra mi pecho, un tambor que marcaba un ritmo que no podía seguir.

Y entonces, el conflicto dentro de mí se intensificó. Me sentí mal, terriblemente mal, por dejar que este tipo de pensamientos me inundaran en un momento como este. «¿Cómo podía pensar en algo más, en él, cuando el vacío de la pérdida seguía ahí, inamovible, sin importar cuánto intentara escapar de él?»

La proximidad de Jerome me desarmaba. Estaba acostumbrada a sus abrazos, a sus caricias furtivas en mi espalda cuando me consolaba, pero ahora era diferente. Después del beso, después de todo lo que había pasado entre nosotros, la línea que nos separaba se había vuelto borrosa, difusa.

Y aunque sabía que estaba mal, que no debía pensar en ello, no podía evitar querer más.

Mis ojos se clavaron en su rostro apacible. Jerome tenía los ojos cerrados, su respiración era tranquila, un contraste absoluto con el caos que habitaba en mi interior. Por un instante, pensé que se había quedado dormido, pero entonces, su voz, suave y cálida, rompió mi burbuja de pensamientos.

—Lou. —Sus ojos se abrieron lentamente y se encontraron con los míos—. Dime, háblame.

Mi corazón se aceleró, pero las palabras no llegaban. La angustia y la necesidad me inundaban al mismo tiempo, y por mucho que lo intentara, no podía articular lo que estaba sintiendo.

—Yo… yo… —mi voz se quebró antes de terminar, dejándome en un mar de emociones sin salida.

No pude decir nada más. Las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta, así que dejé que mi corazón hablara por mí. Me incliné hacia él, cerrando la distancia que nos separaba, y pegué mis labios a los suyos sin pensar en nada más.

Jerome se tensó por un instante, pero no se apartó. Después, sentí cómo una de sus manos subía hasta mi rostro, y acarició suavemente mi mejilla, profundizando el beso con una intensidad que me desarmó por completo.

El roce de su lengua contra la mía fue como una chispa que encendió algo dentro de mí. No era solo necesidad, no era solo consuelo; era algo más profundo, algo que compartíamos sin necesidad de explicarlo.

Mis manos se deslizaron hasta su cuello, y lo atraje más hacia mí, ignorando cualquier pensamiento que intentara detenernos. En ese momento, no importaba nada más. Su calor, su cercanía, eran todo lo que necesitaba para mantenerme a flote en el desorden que había en mi interior.

El beso se volvió más profundo, más intenso, como si ambos estuviéramos buscando algo que no podíamos expresar con palabras. Las manos de Jerome abandonaron mi rostro y bajaron lentamente por mis brazos, dejándome un rastro de calor que hacía que mi piel ardiera. Mi respiración se entrecortaba, cada vez más rápida, mientras el deseo se entremezclaba con la tristeza y el consuelo en un remolino que parecía no tener fin.

Jerome se inclinó ligeramente sobre mí, mientras el calor de su cuerpo me envolvía. Sus ojos buscaron los míos, cargados de una mezcla de deseo y preocupación que me hacía temblar. Mi vestido de la competición, aún bajo los pantalones, parecía una barrera frágil entre nosotros, una que podía romperse en cualquier momento.

Sus labios encontraron mi cuello, dejando un camino de besos que me hicieron cerrar los ojos y arquearme ligeramente hacia él. Sus manos, cuidadosas pero firmes, se posaron en mi cintura, y pude sentir cómo se tensaban, como si estuviera luchando contra sí mismo.

—Jerome… —murmuré su nombre, mi voz apenas un susurro entrecortado.

—Lou… —respondió, su aliento cálido rozando mi piel.

Sus manos comenzaron a subir bajo la tela de mi vestido, rozando mi piel con una suavidad que me hizo estremecer. Por un momento, el dolor y la culpa desaparecieron, reemplazados por la seguridad de estar en sus brazos, por el deseo de aferrarme a algo real. A él.

Pero entonces, Jerome se detuvo. Sus labios dejaron de recorrer mi piel y apoyó su frente contra la mía, cerrando los ojos con fuerza.

—No puedo —susurró, su voz ronca, cargada de emociones contenidas.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz, sintiendo cómo el vacío volvía a instalarse en mi pecho.

—Porque no quiero que te arrepientas, Lou. No ahora. No cuando estás tan herida.

Su respuesta fue como un jarro de agua fría, pero también como un abrazo que me envolvía con cuidado. Jerome siempre sabía qué decir, qué hacer, incluso cuando yo no entendía lo que necesitaba.

Se apartó ligeramente, volviendo a mirarme con esos ojos azules que siempre habían sido mi refugio.

—Te quiero, Lou. Y quiero que, cuando esto pase, si llega ese momento entre nosotros, sea porque estás segura, no porque estás intentando tapar el dolor con algo más.

Asentí, incapaz de decir nada. Una lágrima se deslizó por mi mejilla, y él la limpió con el pulgar antes de besarme suavemente en la frente.

Jerome me abrazó, recostándonos de lado en la cama, sin dejar de sostenerme. Me sentí pequeña en sus brazos, pero también protegida, como si estuviera en el único lugar donde podía enfrentar mi dolor sin desmoronarme por completo.

***

Por la mañana, mis ojos se abrieron despacio al notar algo húmedo en mi frente. Fufú estaba sobre mi cabeza, lamiéndome como siempre, y no pude evitar sonreír al verlo. Lo cogí con delicadeza y lo abracé suavemente, depositando un beso en su cabeza peluda.

—Miau —su maullido fue su manera de decirme que me quería, o eso quería interpretar yo.

—Yo también te quiero, Fufú.

Se deshizo de mi abrazo y saltó de la cama para ir a recibir a la persona que estaba a punto de entrar en mi habitación. Por un momento, quise creer que sería mi madre quien entraría, con su bonita sonrisa y sus buenos días. Siempre era la primera en saludarme cada mañana y ahora… nunca más volvería a escuchar su voz.

Mis ojos se llenaron de lágrimas en cuanto la puerta se abrió, y Jerome entró, acercándose a mí para consolarme.

—Ya está, Lou. Ya pasó, mi luz.

Le miré a los ojos cuando me dijo "mi luz", porque nunca me había llamado así.

—¿Qué?

Solo con esas palabras, consiguió que dejara de llorar, que el dolor de darme cuenta de que no volvería a escuchar a mi madre se atenuara, aunque jamás podría borrar de mi corazón el recuerdo de estos momentos tan duros.

—Nunca me has llamado así —musité, hecha un manojo de nervios.

—Lo siento, no quería…

Negué antes de que pudiera terminar la frase.

—Me encanta.

Me regaló una bonita sonrisa y depositó un tierno beso en mis labios.

Solo fue un leve roce, pero suficiente para hacerme perder la cordura, dejándome con la necesidad de que su boca recorriera todo mi cuerpo.

Nuestros ojos estaban conectados, nuestras respiraciones se acompasaron y sus manos llegaron a mis mejillas en una caricia suave. Quería volver a besarle, revivir todo lo que me hacía sentir a cada segundo, como un recordatorio imposible de borrar de mi mente. Pero antes de que pudiéramos unir nuestros labios, mi abuela entró en la habitación, interrumpiéndonos y provocando que nos separáramos de golpe.

—Lou, ¿cómo… estás? Lo siento, chicos, no quería interrumpiros —dijo, mirándonos de hito en hito. Mis mejillas ardieron de vergüenza—. Jerome, tu padre ha venido preguntando por ti.

—Gracias, yaya, Laisa. —Me echó una última mirada y, tras darme un beso en la frente, caminó hacia la puerta que aún obstruía mi abuela—. Nos vemos más tarde, ¿vale?

Asentí sin dejar de mirarle.

—Adiós, yaya. —Le dio un beso en la mejilla y salió.

Nos quedamos solas, y cuando pensé que me diría algo que no me iba a gustar, se acercó a mí, se sentó a mi lado en la cama y me abrazó. No necesitábamos palabras, solo buscábamos el apoyo mutuo, el cariño que ambas pedíamos a gritos y que solo nosotras podíamos darnos.

Estuvimos así un rato, no sabría decir cuánto tiempo pasó, pero cuando se separó de mí, me miró de arriba abajo, recordándome que aún llevaba la ropa de la competición. Me observé un segundo, luego me levanté para coger lo necesario; necesitaba una ducha caliente, intentar volver a sentirme como una persona, aunque sabía que el agua no podría arrancar todo el dolor que llevaba dentro, llevándoselo por el desagüe. Qué fácil sería, ¿verdad?

Cuando terminé, mi abuela ya no estaba en mi habitación, así que bajé a buscarla. La encontré hablando por teléfono, y por su expresión, supe que no le gustaba lo que escuchaba al otro lado de la línea.

—Está bien, gracias —dijo antes de colgar.

—¿Quién era? —pregunté, temerosa de escuchar algo que no quería.

—De la funeraria. —Suspiré profundamente, intentando frenar las lágrimas que volvían a amenazar con salir—. Mañana será el entierro.

Se sentó en el sofá y pasó las manos por su rostro, como si quisiera quitarse de encima la angustia que parecía ahogarla. Mi abuela solo había venido para pasar tiempo en familia, y ahora se encontraba en medio de todo esto, sin que aún hubiéramos hablado de lo que significaba quedarnos solas, sin ellos.

—Abuela. —La llamé con la voz quebrada.

Me miró, su expresión llena de confusión.

—Lo siento tanto.

Frunció el ceño, sin entender a qué me refería.

—Esto es mi culpa. —Me senté a su lado, y ella comenzó a negar con la cabeza.

—No digas eso, cielo. Claro que no es tu culpa. Nadie puede evitar lo que el destino nos trae. A veces, solo nos hace pasar por los peores momentos de nuestras vidas. —Intentó consolarme, pero sus palabras no lograban penetrar en mi mente.

—No, abuela. Si yo no hubiera ido a esa competición, ellos todavía estarían vivos. Si no hubiese elegido una pasión tan cara, no habrían tenido que trabajar tanto para pagarme los entrenamientos, y... seguirían vivos. —Agaché la mirada, sintiendo como el peso de mis palabras me aplastaba. No me atrevía a sostener su mirada.

Se levantó y caminó hasta mí. Puso sus manos sobre mis hombros y me miró con esos ojos tan parecidos a los de mi madre, que, por un instante, casi sentí que estaba viendo a ella.

—Lou, tus padres te amaban más que a nada en el mundo, y solo querían verte feliz. No importaba lo que tuvieran que hacer para conseguirlo. Ellos lo hacían porque te querían, y eso no es tu culpa, cariño. —Mis lágrimas comenzaron a caer sin control, rompiendo la barrera que intentaba mantener.

—Eres una gran patinadora, Lou. Y eso no solo es gracias a ellos, también es gracias a ti, a tu talento. No quiero que...

—No pienso volver a patinar. —La interrumpí, sorprendida de escuchar las palabras salir de mi boca—. El patinaje se ha acabado para mí... para siempre.

—No lo hagas, Lou. Tus padres no querrían que abandonaras algo que te hace tan feliz, después de todo lo que has conseguido.

—Nada tiene sentido sin ellos. —Mis palabras salieron quebradas, como si me estuvieran destrozando por dentro.

Me alejé de ella rápidamente, girando sobre mis talones. No podía quedarme ahí. Sentía que las paredes de la casa me ahogaban, y el aire, en vez de aliviarme, parecía más denso. Necesitaba respirar, salir de ese lugar que, en ese momento, solo me recordaba todo lo que había perdido.

CAPÍTULO 36

Jerome

La noche con Lou fue una de las más intensas que recuerdo, no por lo que hicimos, sino por todo lo que no llegamos a hacer. Después de abrazarla para calmar sus lágrimas, nuestros cuerpos se encontraron en una cercanía que nunca habíamos compartido antes. Lou buscó algo en mí que yo no estaba seguro de poder darle en ese momento: una forma de aliviar su dolor, de reemplazarlo con algo más.

Verla así, tan rota, me destrozaba, pero también despertaba en mí una necesidad urgente de protegerla, de ser su refugio cuando todo a su alrededor parecía desmoronarse.

Cuando sus labios buscaron los míos, fue como si el tiempo se detuviera. No era solo un beso. Había desesperación, anhelo, una súplica silenciosa que no podía ignorar. Quería corresponderle, quería darle todo lo que buscaba en mí, pero también sabía que no podía. No así. Lou estaba rota, y aunque yo deseaba estar con ella de todas las formas posibles, no sería justo.

Por la mañana, me desperté antes que ella. Sabía que no había descansado bien; lo había notado en cómo se movía inquieta durante la noche, en sus pequeños suspiros entre sueños. Decidí dejarla dormir un poco más y bajé a preparar algo de desayuno. Era lo único que podía hacer para sentirme útil.

Mientras preparaba el café y tostadas, me detuve un momento frente a la ventana de la cocina. Mis pensamientos volvieron a la noche anterior, al momento en que casi cruzamos una línea que cambiaría todo. Habíamos estado tan cerca... pero me detuve porque sabía que no era el momento. Y, sin embargo, no podía ignorar lo que sentía. Lou no era solo mi mejor amiga; era mi todo.

Dejé el desayuno listo sobre la mesa antes de subir a despertarla. Cuando entré en su habitación, me encontré con sus ojos llenos de lágrimas. El dolor seguía ahí, implacable. La llamé "mi luz" sin pensarlo, y su reacción me desarmó. Por un instante, vi algo

diferente en su mirada, como si esa pequeña palabra hubiera sido suficiente para recordarle que no estaba sola.

Quise quedarme más tiempo, pero la yaya Laisa nos interrumpió, avisándome de que mi padre me estaba esperando. Me despedí de Lou con un beso en la frente, prometiéndole que volvería pronto. Mientras salía de su habitación, sentí un nudo en el estómago, como si dejarla sola en ese momento fuera lo más difícil que había tenido que hacer en mucho tiempo.

Salí de la casa de Lou, encontrándome con mi padre bajo las escaleras del porche. Su expresión era tranquila, pero al mismo tiempo parecía estar intentando medir cómo me sentía. Sin pensarlo demasiado, me acerqué y lo abracé, un gesto más espontáneo de lo que esperaba. Sentir el calor de su presencia, saber que estaba ahí, me hizo aferrarme a él como si llevara meses sin verlo.

—Eh, eh, ¿qué pasa, hijo? —preguntó, algo sorprendido, aunque no intentó apartarse.

—Nada, solo que te quiero, papá —murmuré al separarme un poco para mirarle a los ojos.

—Yo también, hijo, muchísimo. —Su respuesta fue inmediata, y me abrazó de nuevo con fuerza—. Entiendo cómo te sientes, de verdad.

—Es muy doloroso ver a Lou así, y no sé cómo ayudarla —confesé, sintiendo cómo mis ojos se llenaban de lágrimas que me negué a dejar salir. No podía permitirme romperme delante de Lou, pero aquí, frente a él, era distinto.

—Solo quédate a su lado, Jerome. Ahora es cuando más te necesita —me dijo con tono firme, pero cálido. Asentí mientras secaba mis mejillas con rapidez, intentando recomponerme.

—Anda, vamos. Necesito que me acompañes a buscar unos muebles a la fábrica para restaurarlos. ¿Te apetece? —propuso, intentando distraerme.

Me quedé en silencio, dudando. ¿Debería irme ahora? Una parte de mí sentía que no podía alejarme de Lou por mucho tiempo, pero también sabía que necesitaba un momento para despejarme, aunque fuera mínimo.

—Está bien, pero al menos ve a casa y date una ducha, ¿vale? Yo llegaré más tarde, y entonces me ayudas si quieres —añadió con una sonrisa, dándome una palmada en el hombro para reconfortarme.

Se dio la vuelta y subió al coche. Yo caminé hasta mi casa, dispuesto a hacer lo que mi padre me había sugerido; una ducha me vendría bien para aclarar mis ideas, aunque, irónicamente, las tenía más claras que nunca. Quería estar con Lou, apoyarla en todo, pero también necesitaba un momento para recomponerme y procesar todo lo que había pasado.

Al entrar, me encontré con mi madre limpiando la casa como si no hubiera un mañana. Todo estaba ya impecable, pero ella seguía en un frenesí, moviendo muebles, sacudiendo cortinas y revisando cada rincón. Me extrañó verla así. Mamá siempre había sido organizada y meticulosa; si hacía una limpieza de este tipo era porque intentaba distraerse de algo más grande. Caminé hasta donde estaba, justo cuando agarraba unas escaleras del garaje con intención de descolgar las cortinas del salón.

—Mamá, ¿qué haces? —pregunté, aunque la respuesta era bastante obvia.

—Limpiando, ¿por qué? —respondió, su voz más dura de lo habitual. Ese tono lo decía todo: ella tampoco estaba bien.

La miré con detenimiento mientras se aferraba a las escaleras. Kayla y mi madre habían sido amigas desde la infancia, prácticamente hermanas. Perderla tan de repente era un golpe devastador para ella, aunque intentara ocultarlo con una actividad frenética. La llevé hasta el sofá y le hice un gesto para que se sentara.

—¿Estás bien? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí, ¿no me ves? —su tono fue una mezcla de sarcasmo y rabia, pero enseguida bajó la cabeza y su voz se suavizó—. Lo siento, grandullón… —agachó aún más la mirada—. No, no estoy nada bien, y tengo que estarlo. Lou me necesita, y yo… no sé cómo afrontar todo esto.

Sus palabras me golpearon. Era la primera vez que la veía así de vulnerable. Mamá siempre había sido la roca de nuestra familia, pero

esta vez, ni siquiera ella podía mantenerse en pie.

—¿Qué pasará ahora? —continuó, hablando más para sí misma que para mí—. ¿Laisa se la querrá llevar con ella? No me gustaría que se fuera de nuestro lado. Ya sabes que Louise es como una hija para mí, y Kayla… Kayla y yo siempre nos prometimos que cuidaríamos de nuestros hijos si alguna vez una de las dos faltaba. Claro que nunca creí que eso llegaría, y ahora… Dios, esto no puede estar pasando.

Vi cómo sus manos temblaban ligeramente mientras se llevaba las palmas a la cara, intentando calmarse. Sentí una punzada en el pecho. Quería consolarla, pero no sabía cómo. Todo esto era demasiado grande, demasiado injusto para todos.

Sinceramente, no había pensado en la posibilidad de que la yaya Laisa pudiera llevarse a Lou a vivir con ella, y esa idea me golpeó como un puño en el estómago. Louise no podía dejarnos. No podía dejarme a mí. Pero era una posibilidad real, y tendría que enfrentarla en algún momento, cuando fuera el adecuado.

Mantuve mi atención en mi madre, quien seguía sentada en el sofá junto a mí, su cuerpo tenso y sus manos inquietas. La casa estaba hecha un desastre, como si una ventisca hubiera pasado por el salón. Ambos miramos alrededor, compartiendo un momento de silencio cargado de emociones.

—¿Quieres que te ayude a recoger? —pregunté, rompiendo la tensión.

Ella me miró con media sonrisa, el gesto más cercano a la calma que había visto en ella en días, y asintió. Nos levantamos y comenzamos a ordenar todo lo que había descolocado antes de que llegara mi padre. Cuando terminamos, habían pasado dos horas. Nunca me había dado cuenta de cuántas cosas podía haber en mi propia casa.

Subí a mi habitación y cogí todo lo necesario para darme una ducha. Mientras el agua caliente caía sobre mis hombros, los recuerdos de la noche anterior volvieron con fuerza. Lo que pasó entre Lou y yo, o, mejor dicho, lo que casi pasó, me había dejado con un torbellino de emociones que no podía ignorar. Estuvimos a

punto de dar un paso que lo cambiaría todo, pero me detuve porque sabía que no era el momento. Lou no estaba lista, y yo tampoco.

Desde aquel beso en la fiesta, no habíamos hablado del tema. Ella había estado enfadada conmigo por lo que pasó con Jess, y después, con la pérdida de sus padres, nuestra conversación quedó relegada a un segundo plano, casi olvidada. Sin embargo, lo que sentía por ella seguía ahí, más fuerte que nunca. Mi prioridad ahora era otra: estar para ella, ayudarla a superar el duelo, aunque no sabía si podría lograrlo.

Los días que siguieron fueron un torbellino de emociones. El entierro de los padres de Lou fue desgarrador. Ella estaba ahí, físicamente presente, pero era evidente que su mente y su corazón estaban en otro lugar. Se cerró por completo, pidió espacio, y aunque doliera, respeté su deseo. No quería ser una carga más para ella.

Con el tiempo, la rutina regresó. Las clases en el instituto comenzaron, los entrenamientos con el equipo se intensificaron, y me encontré con menos tiempo para estar a su lado. Ni siquiera celebré mi decimoctavo cumpleaños; no había ánimo para fiestas. Pero esa noche, Lou y yo terminamos juntos bajo el cielo estrellado, viendo las auroras boreales.

—Es bonito, ¿verdad? —le pregunté, sin apartar la vista de las luces que bailaban en el cielo. Luego miré hacia ella.

Louise estaba sentada junto a mí, con la mirada perdida. No sabía si estaba observando las luces, las estrellas o simplemente la nada. Llevé mi mano hasta su hombro, tocándola con suavidad. Ella dio un leve respingo y giró el rostro hacia mí. Sus ojos, cargados de tristeza, me golpearon como una ola de frío.

—Siento que este no sea tu mejor cumpleaños —musitó, con un tono de disculpa que no tenía sentido para mí.

—Yo siento que tú no seas feliz —respondí, dejando que mi corazón hablara por mí.

—No creo que vuelva a serlo nunca más —dijo, su voz apenas un susurro lleno de dureza.

Sus palabras me dolieron más de lo que podría expresar. Me acerqué más a ella, llevé mis manos a sus mejillas y acerqué mis

labios a su frente, dejando un beso lleno de ternura y promesas silenciosas.

—No hay nadie que se merezca más la felicidad que tú, mi luz —le dije, mi voz baja pero firme—. Y haré todo lo posible para conseguir que lo seas.

Lou se inclinó hacia mí y me abrazó con fuerza, como si yo fuera su único anclaje en un mundo que había perdido todo sentido. La rodeé con mis brazos, cerré los ojos y deseando que ese momento, esa pequeña burbuja de consuelo, pudiera durar para siempre.

Un martes cualquiera, tras varias semanas, me levanté temprano con un propósito claro: pasar más tiempo con Lou. Las últimas semanas habían sido un torbellino, y aunque me aseguraba de estar ahí para ella siempre que podía, el tiempo parecía escaparse entre mis dedos. Hoy quería al menos compartir un desayuno con ella antes de ir al instituto.

Al bajar las escaleras, el aroma del café recién hecho llenaba la casa. Mis padres estaban en la cocina, preparando el desayuno. Mi madre me miró sorprendida al verme madrugar, algo que, en mi caso, no era habitual antes de todo esto.

—Buenos días, grandullón —dijo, con esa voz dulce que solo usaba cuando no estaba demasiado ocupada.

—Buenos días, mamá —respondí mientras me dirigía a la puerta, poniéndome la chaqueta.

—¿Y adónde vas tan temprano, señorito? —preguntó, con una ceja levantada y la taza de café en la mano.

—Voy a ver a Lou. Hace días que no he tenido más de diez minutos con ella, y quiero al menos poder desayunar juntos. ¿Te parece bien?

Sabía que no necesitaba pedir permiso, pero el gesto de incluirla en mis planes siempre me había parecido importante, sobre todo con todo lo que también estaba pasando ella.

—Claro que me parece bien, cariño. Dale recuerdos de mi parte, ¿vale? —Su sonrisa fue cálida, pero sus ojos no ocultaban la preocupación que ambos sentíamos por Lou.

Asentí, ajustándome la bufanda.

—Gracias, mamá. Nos vemos luego.

Salí al frío de la mañana, preparado para un día más, pero con la firme intención de hacerle saber a Lou que no estaba sola, que yo seguiría ahí para ella, sin importar cuán difíciles fueran las cosas.

CAPÍTULO 37

Louise

Que difícil estaba siendo seguir con mi vida como si no hubiese pasado nada, como si mis padres aún estuvieran aquí, conmigo. Habían pasado tantos días desde su entierro que la noción del tiempo comenzaba a desdibujarse. A veces sentía que todo había ocurrido ayer; otras, como si hubieran pasado años. Lo que no cambiaba era el dolor constante, ese que me atenazaba el pecho, dificultándome incluso respirar.

El instituto había comenzado, y aunque siempre me habían enorgullecido mis buenas calificaciones, ahora apenas lograba prestar atención en clase. Todo se sentía vacío, carente de sentido. Los profesores intentaban ser comprensivos, pero sabía que no podría depender de su indulgencia para siempre. Tarde o temprano, tendría que enfrentarme a las tareas acumuladas y a los exámenes. Solo que no sabía cómo hacerlo con esta nube gris que no dejaba de seguirme a todas partes.

Jerome seguía siendo mi salvavidas, insistiendo en acompañarme siempre, incluso en los pequeños trayectos de casa al instituto. Por ahora, era su madre, quien se encargaba de llevarnos en coche cada mañana, ya que él aún no se había sacado el carné de conducir. Aunque agradecía su constante presencia, había días en los que todo resultaba más complicado. Si Erika no podía llevarnos, teníamos que optar por el autobús… o aceptar la oferta de Jess y Parker.

Compartir espacio con ellos me resultaba incómodo. Desde la fiesta donde vi a Jess y Jerome besarse, nuestra relación se había enfriado. Ahora, después de la tragedia, las cosas eran aún más tensas. Sentía la preocupación en sus miradas, pero no podía evitar poner una barrera entre ellos y yo, especialmente con Jess.

El sonido del timbre me sacó del ligero trance en el que estaba sumida mientras miraba la taza de café vacía entre mis manos. Había bajado temprano, incapaz de permanecer en mi habitación.

Por alguna razón, ese día la sensación de soledad era más pesada que de costumbre. El eco del timbre en la casa silenciosa me sobresaltó, y me dirigí a la puerta, preguntándome quién podía ser a esas horas.

—Yo abro —anunció mi abuela, levantándose con una agilidad que no coincidía con la calma que intentaba proyectar. Sus movimientos eran rápidos, casi como si esperara algo que no podía permitirse ignorar.

El sonido de la puerta abriéndose resonó en la casa silenciosa, seguido por un murmullo de voces que reconocí al instante. No necesitaba girarme para saber quién era. Jerome. Reconocería su voz en cualquier lugar, esa mezcla de calidez y energía contenida que tenía la capacidad de sacarme del rincón más oscuro de mi mente.

—¿Está Lou? —preguntó, y su tono se acercó más cuando entró al comedor.

Levanté la mirada y ahí estaba, con el cabello ligeramente alborotado por el frío y las mejillas enrojecidas por la nieve que caía afuera. Su chaqueta aún tenía pequeñas manchas blancas que comenzaban a derretirse, dejando un rastro húmedo en la tela. Me miró con una sonrisa, esa que siempre parecía diseñada para hacerme olvidar, aunque fuera por un instante, lo mal que me sentía.

—Buenos días —dijo, sacudiéndose la nieve antes de colgar la chaqueta en el perchero.

—Hola —respondí, intentando sonar más animada de lo que realmente estaba, aunque dudaba que se lo creyera.

Sin pedir permiso, se sentó frente a mí, apoyando los codos en la mesa y observándome en silencio. Había algo en su mirada, como si estuviera tratando de descifrar un enigma.

Siempre hacía eso, y aunque a veces me irritaba, en el fondo sabía que lo hacía porque le importaba.

—¿Has desayunado? —preguntó, arqueando una ceja de manera inquisitiva.

—No tenía mucha hambre —contesté, encogiéndome de hombros, como si eso explicara algo.

—Pues hoy comerás algo —sentenció, levantándose de la silla con una determinación que no me dejó espacio para protestar.

Jerome caminó hacia la cocina como si fuera su casa, abriendo los armarios y revisando todo con una naturalidad que me hizo sonreír, aunque fuera solo un poco. Había algo en la forma en que se movía, en su habilidad para convertir lo cotidiano en algo reconfortante, que siempre lograba calmarme, aunque nunca se lo hubiera dicho.

—Jerome, no es necesario… —intenté detenerle, pero él negó con la cabeza sin siquiera mirarme.

—No es cuestión de necesidad, Lou. Es cuestión de que comas algo.

Suspiré, derrotada, mientras le observaba preparar el desayuno. En pocos minutos, volvió con un plato de tostadas, fruta fresca y un vaso de zumo. Lo colocó frente a mí con una sonrisa triunfal y se sentó de nuevo, cruzando los brazos como si esperara verme comer en ese instante.

—Ahora, come —ordenó, señalando el plato con un gesto que no dejaba lugar a discusión.

Tomé una tostada, más por no decepcionarle que por apetito, y le vi relajarse un poco al verme dar el primer bocado. Ese pequeño gesto parecía ser una victoria para él, algo que le daba cierta paz en medio del caos que estábamos viviendo.

Mientras masticaba, me atreví a mirarle más detenidamente. Jerome siempre había estado ahí para mí, mi mejor amigo, pero ahora parecía haber algo más en su forma de mirarme, algo que no sabía si quería interpretar. Había una profundidad en sus ojos que hacía que mi corazón se sintiera menos roto, aunque solo fuera un poco.

—Gracias —murmuré, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros.

Él alzó la vista, como si no esperara que hablara. Sus labios se curvaron en esa sonrisa que siempre había sido mi refugio, una mezcla de ternura y complicidad que me hacía sentir segura.

—Para eso estoy aquí, Lou.

Y por primera vez en días, sentí que el peso que cargaba en el pecho se aligeraba un poco. Su presencia era un recordatorio de que no estaba sola, y aunque el dolor seguía ahí, con Jerome cerca parecía más soportable.

Para cuando terminé de comer, porque Jerome no permitió que me levantara hasta que dejé el plato vacío, Erika llegó apresurada, recordándonos que ya era hora de irnos al instituto. Me levanté con desgana, tomando el plato para recogerlo, pero mi abuela negó con la cabeza y lo tomó de mis manos.

—Venga, tienes que irte, no hagas esperar a Erika —dijo, dándome un beso en la mejilla antes de llevar el plato al fregadero.

Luego, se giró hacia Jerome con una sonrisa llena de gratitud

—Gracias por conseguir que comiera algo, Jerome. Eres un encanto de muchacho.

Antes de que él pudiera responder, mi abuela también le dio un beso en la mejilla, arrancándole una sonrisa sincera que iluminó su rostro.

Me puse la chaqueta con un bufido cansado, luego los guantes, pero no encontré el gorro. Jerome lo cogió del perchero antes de que pudiera decir algo.

—Aquí está. —Se acercó y me lo puso él mismo, con un gesto delicado, casi reverente.

No apartó sus ojos de los míos en ningún momento. Sentí que quería decirme algo, algo que no se atrevía a expresar en palabras. Su mirada era intensa, tan llena de emociones que me hizo contener la respiración.

—Lista —musitó con una pequeña sonrisa, antes de añadir algo que me sorprendió por completo—: Hoy estás hermosa.

El calor subió a mis mejillas como una ola imparable, inundándolas de un rubor que no podía disimular.

—Gracias. —Intenté sonreír con naturalidad, aunque por dentro sentía un caos absoluto—. Tú tampoco estás mal.

Le di un pequeño empujón en el hombro, un gesto cariñoso que provocó que soltara una risa ligera, algo que no escuchaba desde hacía días y que hizo que mi pecho se sintiera un poco más liviano.

Salimos de la casa con las mochilas a cuestas. Erika, al verme, caminó hacia mí con los brazos abiertos y me abrazó, un gesto que repetía a diario y que nunca dejaba de reconfortarme. Había algo en ella, en su calidez, que me recordaba a mi madre, como si en ese abrazo pudiera encontrar un pedazo de lo que había perdido.

Nos subimos al coche y, como siempre, Jerome se sentó a mi lado en el asiento trasero. No me dejaba sola ni un instante, y aunque una parte de mí sentía que debería insistir en que siguiera con su vida normal, otra parte, más egoísta, disfrutaba de tenerlo cerca.

Mientras el coche avanzaba, sentí cómo su mano buscaba la mía, entrelazando sus dedos con los míos. Miré nuestras manos unidas, esa conexión tangible que siempre parecía decir más de lo que cualquiera de los dos se atrevía a decir en voz alta.

No pude evitar recordar la noche que pasó conmigo, la pasión de aquel beso, la forma en que su cuerpo se amoldó al mío en ese momento que parecía suspendido en el tiempo. El recuerdo me hacía sentir nerviosa y a la vez anhelante, como si cada vez que pensara en ello volviera a revivirlo.

Desde aquella noche, no habíamos hablado de lo que pasó. Ni una sola palabra sobre el beso, sobre lo que significó o lo que cambió entre nosotros. Y tampoco habíamos vuelto a besarnos, aunque, si era honesta, deseaba con todas mis fuerzas probar sus labios otra vez.

Miré de reojo su perfil, preguntándome si él también lo pensaba, si también se sentía igual de atrapado en ese momento que nunca llegamos a completar.

Levanté la mirada, encontrándome con sus ojos fijos en los míos. La calidez de su mirada me envolvió, y una suave sonrisa apareció en sus labios, como si con ese simple gesto pudiera aliviar la tormenta que llevaba dentro. Sentí cómo algo en mi pecho se llenaba de una paz que no sabía si sería capaz de mantener por mucho tiempo.

—Hemos llegado —la voz de Erika rompió el hechizo, y ambos giramos hacia el frente.

Nos bajamos del coche tras despedirnos de ella. Mientras el frío de la mañana me golpeaba, sentí el brazo de Jerome rodear mis hombros con firmeza, un gesto tan natural en él que me hizo sentir segura al instante.

—Te quiero, Lou —su voz fue apenas un murmullo junto a mi oído, pero cada palabra resonó con fuerza en mi pecho.

Me detuve en seco, sintiendo cómo mi corazón latía desbocado. Levanté la mirada, con dificultad, y me encontré con esos ojos llenos de sinceridad que siempre habían sido mi refugio.

—¿Qué? —pregunté, más por el asombro que por no haberlo escuchado.

—Que te quiero, Lou… te quiero mucho, recuérdalo siempre.

Sus palabras me dejaron sin aliento. Nos quedamos mirándonos, sus ojos atrapando los míos, y por un momento sentí que todo a nuestro alrededor se desvanecía. Si no fuera porque noté la atención de algunos compañeros que estaban cerca, habría cerrado esa distancia entre nosotros y habría hecho lo que llevaba días deseando: besarle.

Pero el hechizo se rompió de golpe cuando una voz familiar me hizo girar ligeramente la cabeza.

—Hola, Lou —Parker fue el primero en acercarse, con una sonrisa amistosa en los labios—. ¿Qué tal estás?

—Hola, Parker. Estoy bien, gracias.

Mi respuesta fue corta, apenas un susurro. No tenía fuerzas para más, no con todo lo que estaba sintiendo y pensando en ese momento.

Lo que terminó de descolocarme fue ver cómo Jess, que estaba cerca de Parker, comenzó a caminar en nuestra dirección. Su sola presencia me hizo retroceder, como si el suelo bajo mis pies se volviera inestable.

Solté a Jerome con suavidad y me aparté, evitando mirarle directamente. Sabía que su preocupación estaría escrita en su rostro, y ahora mismo no podía lidiar con eso.

Sin esperar a que la sirena marcara el inicio de las clases, me encaminé hacia la entrada. Necesitaba el refugio de mi aula, aunque fuera por unos minutos. Necesitaba espacio para ordenar mis

pensamientos, para entender cómo tres simples palabras habían conseguido sacudir todo mi mundo.

—Espera, Lou. —La voz de Jess me alcanzó justo cuando estaba a punto de cruzar la entrada del instituto. Sus palabras me detuvieron en seco, aunque no giré para mirarla—. No puedes ignorarme para siempre.

Cerré los ojos un instante, dejando que el frío de la mañana calmara el torbellino que se agitaba en mi interior. Sus palabras, cargadas de una mezcla de reproche y súplica, me obligaron a girarme. Sus ojos estaban fijos en los míos, llenos de culpa, una culpa que parecía abrumarla, pero que no bastaba para cambiar lo que había roto entre nosotras.

—Puedo, y lo hago —sentencié, dejando que mi voz sonara fría, aunque por dentro algo en mí dudaba.

—Pero ¿por qué? Lo que pasó fue hace mucho, y ni siquiera me has dejado explicarme —insistió, con un hilo de voz que apenas se sostenía.

—¿Para qué? Sé lo que vi, Jess.

—A Jerome le has perdonado. ¿Por qué a mí no?

Su pregunta me dejó sin palabras durante un instante. Mi mirada se desvió hacia Jerome, que estaba unos metros más atrás, observándonos con una mezcla de preocupación y cautela. Sus palabras golpearon un punto débil, una verdad que había intentado ignorar: sí, a él le había perdonado. Tal vez no del todo, pero al menos había encontrado una forma de seguir adelante con él a mi lado. Entonces, ¿por qué no podía hacer lo mismo con Jess?

Lo sabía. Porque era diferente.

—Jerome no sabía lo que yo sentía por él —dije finalmente, con la voz más baja, pero no menos firme—. Tú sí.

Jess me miró con los labios entreabiertos, como si intentara responder, pero no supiera cómo.

—Te lo conté todo. Cada pequeño detalle. Cada miedo, cada duda… todo lo que me hacía sentir. Y, aun así, lo hiciste. No te importó lo que yo sentía. No te importó que él y yo… —Mi voz se quebró y aparté la mirada, incapaz de terminar la frase.

—Lo siento, Lou… —susurró, con lágrimas acumulándose en sus ojos.

La culpa en su voz era evidente, pero no era suficiente. Había algo roto entre nosotras que no podía repararse tan fácilmente. La traición pesaba demasiado, y aunque quería perdonarla, simplemente no estaba lista.

—Yo también lo siento —respondí, y sin esperar más, giré sobre mis talones y me dirigí hacia el aula. No miré hacia atrás. No podía.

El universo parecía haberse puesto de acuerdo para probarme una y otra vez, enviándome desafíos que no estaba segura de poder superar. ¿No era suficiente con el vacío que había dejado la muerte de mis padres? ¿Era necesario sumarle el peso de perder a alguien más, aunque fuera de una manera completamente distinta?

Había perdido a Jess, mi amiga de toda la vida, porque simplemente no podía olvidar aquella noche. La imagen estaba grabada en mi mente como un tatuaje imborrable: sus labios encontrándose con los de Jerome. El chico del que estaba enamorada, mi mejor amigo, mi confidente… una de las pocas personas que realmente daban sentido a mi mundo.

Era como si ese momento lo hubiera destrozado todo. La amistad, la confianza, los años de historias compartidas. No podía apartar de mi mente el pensamiento de que Jess sabía exactamente lo que sentía por él, y, aun así, lo hizo. Por más que intentara encontrar una excusa, algo que justificara sus acciones, lo único que sentía era una mezcla de dolor y traición.

La peor parte de todo era que, por mucho que quisiera mantenerla fuera de mi vida, no podía evitar que la herida sangrara cada vez que la veía. Estábamos en el mismo instituto, compartíamos amigos y recuerdos. Jess siempre había sido como una hermana para mí, y ahora se sentía como si hubiera perdido otra parte de mi familia.

Suspiré, sintiendo cómo mi pecho se comprimía con cada pensamiento. Tal vez algún día encontraría la forma de seguir adelante, de perdonarla, pero no hoy. No mientras el dolor estuviera tan fresco, mientras cada mirada a su dirección trajera consigo la misma pregunta que no me atrevía a formular: ¿por qué lo hiciste?

Era como si el universo quisiera recordarme constantemente que, incluso cuando creía haber tocado fondo, siempre había espacio para hundirse un poco más.

CAPÍTULO 38

Jerome

Me quedé anclado en la entrada del instituto, cuando escuché lo que Lou le dijo a Jess. Ella sabía lo que mi mejor amiga sentía por mí… ¿qué era lo que sentía por mí? Vale, no era estúpido, sabía que Louise y yo estábamos lejos de seguir siendo los mejores amigos; la atracción entre nosotros era más que evidente, y no podíamos negar que sentíamos algo más de lo que nuestros labios eran valientes de decir. Sin embargo, en ese momento, no lo sabía y entender al fin por qué Lou estaba tan enfadada con Jess me demostraba que debía contarle lo que pasó aquella noche de una vez por todas.

Tampoco podía dejar que Jess se llevase toda la culpa, fui yo quien propició el beso. «Sí, pero ella pudo detenerte y no lo hizo», me recordó mi conciencia, poniéndose de mi parte. Pocas veces lo hacía.

Un toque en el hombro me sacó de mi letargo.

—Jerome, la sirena ha sonado —anunció Parker, mirándome con algo de preocupación.

—No la escuché, lo siento —respondí, avanzando hacia la entrada.

Parker me siguió, manteniendo el silencio por unos segundos antes de hablar.

—¿Estás bien? —preguntó, su tono más serio de lo habitual—. Si te sirve de consuelo, me he quedado igual de desconcertado que tú. No sabía que mi hermana tuviera tantos datos de los sentimientos de Lou cuando os besasteis, y siempre te eché la culpa a ti. Lo siento.

Me detuve un momento, sorprendido por su sinceridad.

—No te disculpes, Parker. Es algo que debí aclarar desde el principio.

Parker asintió, pero no insistió más. Sabía que esta conversación debía tenerla con Lou, no con él.

Caminamos hacia nuestras respectivas aulas, pero mi mente ya estaba planeando cómo encontrar a Lou en el descanso. Había llegado el momento de decirle la verdad.

El tiempo que duraron las clases antes del descanso fue un tormento. No pude concentrarme ni un segundo; mi mente giraba en torno a lo que tenía que decirle a Lou y cómo podría reaccionar. ¿Y si la perdía para siempre? Antes de la muerte de sus padres, ya había sentido que la estaba perdiendo. Pensé que la noche de la fiesta había marcado un antes y un después entre nosotros, pero ahora todo parecía estar en una cuerda floja, y yo no soportaría que Lou se alejara de mí de nuevo.

Cuando sonó la campana, fui directo hacia su aula. No podía esperar más. Necesitaba sacarlo de mi pecho antes de que mi cobardía me traicionara. La encontré recogiendo sus cosas con desgana, como si el peso del mundo aún estuviera sobre sus hombros.

—Lou, ¿puedes venir conmigo un momento? —pregunté, intentando sonar tranquilo, pero mi tono traicionó la urgencia en mis palabras.

Ella levantó la mirada, algo confundida, pero asintió sin preguntar. La guie por los pasillos hasta una de las zonas menos transitadas del instituto, cerca de la parte trasera donde solíamos escondernos para hablar de nuestras cosas cuando éramos más pequeños.

Me apoyé contra la pared, intentando ordenar mis pensamientos. Ella me observaba en silencio, esperando que hablara.

—Lou, necesito explicarte algo —dije al fin, mi voz más baja de lo que pretendía.

Ella cruzó los brazos, como si se preparara para un golpe.

—Jerome, si es sobre Jess, no creo que sea necesario. Ya sabes lo que pienso sobre ella.

—No, Lou —negué, pasándome una mano por el cabello con frustración—. No es sobre Jess. Es sobre lo que pasó esa noche… y por qué pasó.

Su expresión cambió, algo en sus ojos reflejaba sorpresa, incluso miedo.

—Jerome, yo…

—Déjame hablar, por favor —la interrumpí suavemente, acercándome un poco más a ella—. Esa noche… bebí más de lo que debía. No suelo hacerlo, tú lo sabes. Pero estaba cabreado, contigo, con Parker, conmigo mismo. Después de que nos besáramos, todo en mi cabeza era un desastre. Sentía tantas cosas, y luego discutí con Parker. Todo se acumuló, y no supe cómo manejarlo.

Ella parpadeó, su postura algo más relajada, pero aún no dijo nada.

—Cuando Jess se sentó a mi lado esa noche, yo… —cerré los ojos un instante, buscando las palabras—. Pensé que eras tú, Lou. Por un segundo, pensé que eras tú. Estaba tan confundido, tan borracho, que no me di cuenta hasta que escuché tu voz.

Ella frunció el ceño, como si procesara mis palabras.

—¿Pensaste que era yo? —preguntó con incredulidad.

—Sí y en cuanto me di cuenta, me aparté de inmediato. No podía creerlo… cuando vi que era Jess, sentí que el suelo de me caía.

Hice una pausa, dejando que mis palabras se asentaran en el aire frío que nos rodeaba.

—¿Y Jess? —preguntó después de un rato—. ¿Por qué…?

—No lo sé, Lou. No sé por qué me dejó besarla. Nunca hemos sido amigos, ni siquiera nos llevamos bien. Pero eso no cambia el hecho de que fue mi error, uno que lamento cada segundo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no las dejó caer. Se mordió el labio, mirándome con una mezcla de dolor y algo más, algo que me asustaba porque no sabía si era decepción o algo peor.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó finalmente, su voz apenas un susurro.

—Porque no sabía cómo. No quería perderte, Lou. No quería que pensaras que eso significaba algo, porque no lo significa. Jess no significa nada para mí, nunca lo ha hecho. Solo tú… Luego pasó lo de tus padres y ya no supe cómo gestionarlo.

Mis palabras salieron con una sinceridad que no pude controlar, y ella me miró como si intentara encontrar alguna mentira escondida en mi rostro.

—No sé qué decir, Jerome. —Su voz se quebró al final.

—No tienes que decir nada, Lou. Solo quiero que sepas la verdad. Y quiero que sepas que te quiero, que siempre te he querido.

Nos quedamos en silencio, el sonido del viento entre los árboles era lo único que llenaba el espacio entre nosotros. Finalmente, ella apartó la mirada, cruzándose de brazos como si intentara protegerse.

—Esto es… mucho —murmuró, cerrando los ojos por un segundo —. Necesito tiempo para procesarlo.

Asentí, aunque el nudo en mi garganta me impedía hablar.

—Lo entiendo. Y estaré aquí, Lou. Siempre.

Ella me miró una última vez antes de darse la vuelta y caminar hacia el edificio. Me quedé allí, viendo cómo se alejaba, sintiendo que había soltado un peso enorme, pero a la vez cargándome con otro. Había dicho la verdad, pero no sabía si sería suficiente para arreglar lo que habíamos roto.

Me quedé un rato más afuera, dejando que el aire frío me despejara antes de regresar al edificio. Necesitaba tiempo para recomponerme tras lo que acababa de pasar con Lou. Soltar todo lo que había guardado durante tanto tiempo me había dejado aliviado, pero también vacío. La incertidumbre de su reacción pesaba demasiado en mi pecho.

Cuando finalmente me sentí más calmado, regresé al aula. La sirena ya había sonado, y mis compañeros estaban en sus sitios, conversando en voz baja mientras esperaban al profesor de matemáticas. Crucé la puerta con paso lento, y en cuanto me senté, Parker se acercó a mi mesa con su típica expresión de curiosidad.

—¿Dónde te habías metido? El equipo y yo te estábamos esperando para hablar. Esta tarde hay entrenamiento, y el próximo partido es en dos días —dijo con tono despreocupado, aunque su mirada buscaba algo más en mi rostro.

Asentí, pero no respondí. Mi cabeza seguía atrapada en la conversación con Lou, repasando cada palabra, cada expresión en su rostro.

—Jerome… —insistió Parker después de unos segundos de silencio incómodo.

—Perdón, tengo la cabeza en otra parte —murmuré al fin, pasándome una mano por el cabello.

—¿Es por Lou? —preguntó, su voz más baja, pero no menos inquisitiva.

Asentí de nuevo, aunque esta vez no lo miré. No sabía si podía hablar de Lou con Parker. Él también sentía algo por ella, y por mucho que intentáramos evitarlo, eso siempre se interponía entre nosotros. ¿Qué pensaría si le dijera que yo estaba completamente enamorado de mi mejor amiga? Ni siquiera yo podía creerlo del todo, pero era la verdad. Me había enamorado de Louise sin darme cuenta, y ahora no había forma de negarlo.

Parker suspiró, su tono cambiando a uno más serio.

—Espero que vuelvas a tener confianza conmigo, Jerome —dijo en un susurro justo cuando el profesor de matemáticas entraba al aula.

Lo miré fijamente por un momento, intentando descifrar qué esperaba de mí. Finalmente, me encogí de hombros, sin comprometerme con una respuesta clara. No sabía si podía recuperar la relación que teníamos antes de que ambos nos diéramos cuenta de que queríamos a la misma chica. Pero lo intentaría. No solo éramos compañeros de clase, también de equipo, y no podía permitirme malas vibras entre nosotros. El hockey era una de las pocas cosas que me ayudaban a mantenerme enfocado últimamente, y no quería que nada lo estropeara.

Parker volvió a su asiento justo antes de que comenzara la clase, pero sus palabras siguieron resonando en mi mente. ¿Confiar de nuevo? Quizá el problema no era él, sino yo. Había tantas cosas que aún tenía que resolver conmigo mismo, y Lou estaba en el centro de todo.

Las clases acabaron y, a pesar de que tenía mil cosas que hacer, que estudiar para varios exámenes, no podía enfocarme en eso ahora. Recogí mis cosas y salí del instituto para esperar a Lou. Normalmente, era ella quien lo hacía, esperarme en una esquina del pasillo, pero no estaba, y supuse que no habría salido aún.

Mi madre llegó para recogernos, pero Louise no salía, y eso me preocupó.

—Voy a buscar a Lou, mamá —anuncié antes de que ella pudiera saludarme siquiera.

—Jerome, no vayas, cielo —dijo bajándose del coche.

—¿Qué pasa? —mi tono salió preocupado, algo que no pude esconder.

—Louise ya se ha ido. Ha pedido salir una hora antes y ya está en casa. —Fruncí el ceño—. Por lo visto, no se sentía bien y, aunque me llamó para ver si podía ir a recogerla, no podía en ese momento. Supongo que se habrá ido en el autobús.

—Joder, mamá… ¿Lou está bien? Esto es mi culpa —me regañé a mí mismo en voz alta.

—Eh, cariño, ¿por qué dices que es culpa tuya? Que Lou no se sienta bien no tiene nada que ver contigo —respondió mi madre, con un tono firme pero comprensivo.

Comencé a negar con la cabeza, incapaz de responder. Antes de que pudiera preguntarme algo más, rodeé el coche y me subí, obligándola a hacer lo mismo. Mi madre sabía que, cuando me cerraba de esa forma, no tenía sentido presionarme; tendría que esperar a que fuera yo quien quisiera hablar.

En silencio, emprendimos el camino hacia nuestra casa, aunque estaba claro que lo primero que haría sería ir a ver a Lou. Necesitaba asegurarme de que estaba bien, a pesar de que le había dicho que le daría tiempo.

Al llegar a casa, apenas esperé a que mi madre aparcara el coche antes de bajar.

—Jerome, ¿no vas a entrar a comer? —me llamó desde la puerta, pero yo ya estaba cruzando el pequeño tramo de nieve que separaba nuestras casas.

No respondí. Mi preocupación por Lou era más fuerte que cualquier otra cosa. En mi mente, se repetían las imágenes de la conversación que tuvimos antes, de la forma en que me miró cuando le conté lo de Jess. No podía evitar pensar que, tal vez, todo esto la había afectado más de lo que me atreví a creer.

Cuando llegué a su puerta, golpeé suavemente. Esperé unos segundos, pero nadie respondió. Insistí con algo más de fuerza y, finalmente, escuché pasos al otro lado. La puerta se abrió

lentamente, y la yaya Laisa me recibió con una expresión de cansancio.

—Jerome —dijo en un tono tranquilo, pero con un dejo de preocupación en sus ojos—. ¿Qué haces aquí, hijo?

—Vine a ver a Lou. Mi madre me dijo que había salido del instituto antes porque no se sentía bien, y quería asegurarme de que está bien.

Laisa suspiró, inclinándose levemente hacia un lado como si considerara lo que debía decirme.

—Está en su habitación. No ha querido bajar desde que llegó. —Fruncí el ceño y di un paso hacia la entrada, pero su mano en mi hombro me detuvo—. Dale un momento, Jerome. Está pasando por mucho y, aunque sé que tienes buenas intenciones, a veces lo mejor es esperar.

—Lo sé, pero… no puedo quedarme sin hacer nada. Solo necesito saber cómo está —insistí, con la voz cargada de una mezcla de preocupación y culpa.

Su abuela me observó por un instante que pareció eterno antes de asentir con resignación.

—Está bien. Ve, pero no la presiones. Lou necesita su tiempo, más ahora.

Asentí rápidamente y subí las escaleras con pasos cuidadosos, como si el mínimo ruido pudiera romper el frágil equilibrio que parecía envolver la casa. Al llegar frente a su puerta, dudé un instante antes de llamar suavemente.

—Lou, soy yo… ¿puedo entrar?

No hubo respuesta al principio, pero entonces escuché un susurro apenas audible.

—Adelante.

Abrí la puerta lentamente y me encontré con ella, sentada en la cama con las piernas cruzadas, abrazando una almohada contra su pecho. Su cabello estaba recogido de forma descuidada, y sus ojos mostraban señales claras de haber llorado.

—Lou… —comencé, pero no encontré las palabras.

Ella levantó la vista hacia mí, con una mirada que era una mezcla de cansancio, tristeza y algo que no pude identificar del todo. Me

acerqué despacio, sentándome en el borde de la cama.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con un susurro, casi como si no tuviera energía para levantar la voz.

—Me preocupaste. Mi madre dijo que no te sentías bien y… no podía quedarme sin saber cómo estás.

Lou apartó la mirada, como si mis palabras fueran demasiado para soportar en ese momento. La habitación quedó en silencio, salvo por el leve sonido de nuestras respiraciones.

—No tienes que preocuparte por mí, Jerome —dijo finalmente, pero su tono no era convincente.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —respondí con más firmeza de la que pretendía—. Eres la persona más importante en mi vida, Lou. No puedo simplemente ignorar cómo te sientes.

Ella me miró de nuevo, y esta vez sus ojos se llenaron de lágrimas. Antes de que pudiera decir algo más, se inclinó hacia mí, apoyando la cabeza en mi hombro. No necesitaba más explicaciones; en ese gesto estaba todo lo que no podía expresar con palabras.

La rodeé con mis brazos, sosteniéndola como si pudiera protegerla del peso del mundo, aunque solo fuera por un momento.

—Estoy aquí, Lou. Para lo que necesites, siempre —le susurré, sintiendo cómo su respiración temblaba contra mi pecho.

En ese instante, no importaba lo complicado que fuera todo entre nosotros. Lo único que importaba era que ella supiera que no estaba sola.

CAPÍTULO 39

Louise

De todas las cosas que Jerome solía decirme, jamás me habría imaginado que, la noche en la que besó a Jess, creyera que era yo. Sí, estaba borracho, y sí, odiaba que esa confusión nos estuviera alejando poquito a poco. Lo que más me jodía era saber que Jess no se apartó. ¿Por qué no lo hizo? ¿Acaso a ella le gustaba Jerome? Y si era así, ¿por qué no me lo dijo en su momento, sabiendo lo que yo sentía por él? Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

Me había pasado toda la mañana dándole vueltas al asunto, con mil cosas rondando mi mente y ninguna concluyente. Un dolor punzante en las sienes comenzó a molestarme, y no sabía si era por no dejar de recordar cada maldito instante que habíamos vivido juntos o porque estaba agotada. Aunque, siendo sincera, probablemente eran ambas cosas.

No descansaba bien, apenas dormía y mucho menos comía. La vida sin mis padres era una tortura, un vacío constante que mi abuela intentaba llenar con su cariño, y Jerome... Él estaba ahí, demostrando con cada gesto cuánto me quería, cuánto significaba para él. Y aunque me encantaría creer que lo que estaba creciendo en su corazón era el mismo amor que yo sentía por él, no podía evitar pensar que estaba confundido, que solo intentaba ser lo que yo necesitaba en este momento. Llegaría un día en el que se daría cuenta de que todo había sido un espejismo.

Me levanté con desgana y me acerqué a la mesa de la profesora. Ella me miró por encima de las gafas, esperando a que hablara.

—No me siento nada bien, ¿podría irme antes? —pregunté, notando cómo el cansancio hacía eco en mi voz.

Frunció el ceño, y por un instante pensé que iba a decir que no. Era de esas profesoras a las que les costaba entender al alumnado, o al menos eso parecía.

—Está bien. Recoge tus cosas y ve a secretaría para que llamen a un adulto que pueda venir a recogerte, ¿de acuerdo? —respondió al

fin.

Que me tratara como a una niña no me sentó muy bien.

—Creo que soy mayorcita para irme sola, con todo respeto, profesora —añadí con firmeza, tratando de mantener la calma al ver cómo su expresión cambiaba de inmediato.

—Sí, pero todavía eres menor de edad, señorita Betancourt, por lo que es responsabilidad del instituto asegurarse de que llegue bien a casa —replicó con tono tajante.

Asentí, aunque no muy convencida, y me dirigí a recoger mis cosas. Estaba agotada, física y emocionalmente, y todo lo que quería era salir de ahí, aunque no tuviera claro si eso me haría sentir mejor.

Llegué a secretaría y le pedí a la secretaria que llamara a Erika; era la única que podía venir a recogerme. Sin embargo, estaba en el trabajo y no podía hacerlo en ese momento, por lo que no me quedó otra opción que llamar a mi abuela. Fue ella quien vino en un taxi a buscarme.

Cuando llegamos a casa, subí directamente a mi habitación con la intención de encerrarme el resto del día. Mi abuela respetó mi decisión, aunque antes me recordó que tenía que bajar a comer.

Me senté en la cama y abracé el cojín con fuerza. Las lágrimas comenzaron a caer sin control, y esta vez no tuve la energía para detenerlas. Estaba demasiado cansada de llorar, demasiado cansada de cargar con esta tristeza que oprimía mi pecho como un peso imposible de soportar.

El sonido lejano de un reloj marcaba el paso del tiempo, pero yo no tenía ganas de moverme. La habitación estaba en silencio, roto solo por mis sollozos, y me sentía atrapada en mi propia tristeza. No supe cuánto tiempo estuve así, hasta que escuché la voz de Jerome al otro lado de la puerta. Fue entonces cuando me di cuenta de que había pasado al menos una hora en la misma posición.

La puerta se abrió despacio, y ahí estaba Jerome, con esa expresión en el rostro que solo ponía cuando estaba realmente preocupado. Entró sin decir nada al principio; sus pasos eran lentos, casi cautelosos, como si temiera romper algo más dentro de mí. Me encontraba abrazando la almohada contra mi pecho, mis piernas cruzadas sobre la cama y mi cabello recogido de forma descuidada.

—Lou... —comenzó, su voz tan baja como el susurro que usé para responderle, pero se quedó ahí, como si no supiera qué más decir.

Levanté la mirada hacia él y me encontré con sus ojos que buscaban algo en los míos. No supe qué expresión tenía, pero debía reflejar todo el cansancio y la tristeza que llevaba dentro. Sin preguntar, se sentó en el borde de la cama, a mi lado, dejando un breve silencio que no se sintió incómodo.

—Me preocupaste —murmuró al fin. Sus palabras tenían un peso que reconocí al instante, ese tono que usaba cuando intentaba convencerme de que lo que decía era importante.

—No tienes por qué preocuparte por mí, Jerome —contesté, sin mirarle. Mi voz sonó frágil incluso para mis oídos.

—¿Cómo no voy a preocuparme, Lou? —replicó con suavidad, pero con una firmeza que dejaba claro que no aceptaría mi respuesta.

Dejé caer la mirada hacia la almohada que seguía abrazando, apretándola contra mí como si fuera mi salvavidas. Él no se rindió, como siempre. Se acercó un poco más, y aunque no dijo nada más, su presencia era suficiente para desmontar la barrera que intentaba mantener erguida.

Finalmente, no pude más. Me incliné hacia él, apoyando mi cabeza en su hombro. Sentí su brazo rodearme con fuerza, su mano acariciando mi cabello con una ternura que me arrancó el nudo que llevaba en la garganta.

—Estoy aquí, Lou —murmuró, su voz era un susurro que parecía un ancla en mitad de mi tormenta.

Me quedé así un rato, dejando que sus palabras, su calor y su abrazo hicieran el trabajo que mis pensamientos no podían. A pesar del caos dentro de mí, no pude evitar sentirme, aunque fuera un poco, menos sola. El silencio reinaba en mi habitación y, aunque en otro momento podría haber sido pesado, en este instante no era incómodo; al contrario, resultaba reconfortante.

—¿Te sientes mejor? —quiso saber después de que un largo suspiro escapara de mis labios.

Alcé la cabeza y mis ojos se encontraron con los suyos. Asentí levemente, y él pegó su frente a la mía, cerrando los ojos como si buscara fortaleza en ese gesto.

—Lo siento, Louise. De verdad que no quería hacerte daño, y creo que te lo hice, y eso me mata por dentro. —Llevé mi mano derecha hasta su mejilla, donde su piel se sentía algo áspera por el vello que comenzaba a crecer.

—No tienes la culpa de todo lo que me pasa, Jerome. —Abrió los ojos y volvió a encontrarse con los míos—. Yo he sido muy dura contigo, y soy yo quien debe pedirte perdón por ello. —Rozó su nariz con la mía, provocando un cosquilleo en mi estómago.

Volvimos a quedarnos en silencio, sin apartar nuestras miradas. La poca distancia que separaba nuestros labios se fue estrechando cada vez más, como si tuvieran vida propia y quisieran unirse sin pedir permiso. Solo fue un leve roce, pero suficiente para encender la hoguera que llevaba semanas apagada en mi interior y que solo él era capaz de avivar.

—Sé que no he sido clara contigo —empecé a decir, con la voz temblorosa—. Yo estoy enamorada de ti, Jerome, y… —Intentó hablar, pero no se lo permití—. Sé que no tienes que sentir lo mismo por mí solo porque es lo que "debes". Somos amigos, siempre lo hemos sido, y no quiero que esto lo estropee.

—Lou, yo… —Negué con la cabeza, de verdad no necesitaba escuchar nada más—. Déjame hablar, por favor. —Rodé los ojos, un gesto tan propio de la antigua Louise que no pude evitar, y que, para mi sorpresa, hizo que Jerome esbozara una sonrisa.

Se levantó de su asiento y se dio la vuelta, poniéndose de espaldas a mí. Parecía que evitaba mirarme, como si buscara las palabras adecuadas para decir lo que fuera que tenía en mente. Eso me hizo sentir algo extraño, como si hubiese tocado un punto sensible. «¿De verdad Jerome no siente nada por mí?».

Era una pregunta que me había hecho antes, pero siempre la apartaba, temiendo que la respuesta me doliera. Quería creer que todo lo que hacía por mí, su lealtad inquebrantable, era por algo más que simple amistad. Y, al mismo tiempo, tenía miedo de saber la verdad, como si temiera que sus sentimientos fueran una carga.

Pero, si había algo que deseaba con todas mis fuerzas, era que me quisiera de la misma manera que yo lo quería a él.

Por supuesto, no siempre obtenemos lo que queremos en esta vida. Después de todo, la misma vida ya me había arrebatado lo más importante: a mis padres.

—¿Por qué no puedes creer que te quiero? —Su voz interrumpió mis pensamientos, y sus palabras me dejaron helada.

Lo miré con incredulidad mientras él continuaba.

—Te lo he dicho muchas veces y… —Se giró para mirarme de frente, sus ojos llenos de algo que no podía descifrar del todo—. Lou, sé que no he sido el más fiel, he salido con muchas chicas… —suspiró, claramente frustrado consigo mismo—, pero desde hace mucho tiempo, me he dado cuenta de que solo tú has conseguido hacerme ver lo que es el amor.

Tragué saliva, sintiendo cómo los nervios me consumían, incapaz de decir una sola palabra.

Me levanté y caminé hacia él, decidida a acortar la distancia que nos separaba. Cada paso era un nudo más en mi estómago, una mezcla de miedo y emoción que me hacía dudar de todo. Me aterraba dejarme llevar, confiar plenamente en lo que Jerome me decía. ¿Y si nos equivocábamos? ¿Y si esto terminaba rompiendo lo que siempre nos había unido?

Nuestra amistad siempre había estado por encima de todo y de todos. Habíamos sido inseparables, inquebrantables. Pero ahora, estar tan cerca de él, al borde de un beso que lo cambiaría todo, me ponía los nervios de punta.

Jerome dio un paso hacia mí y, sin vacilar, tomó mis mejillas con ambas manos. Su tacto era cálido, firme, y su mirada estaba llena de algo que me desarmó por completo: sinceridad. Siempre confié en él, pero esta vez era diferente. Esta vez, lo que estaba en juego era algo más grande.

—Lou... —susurró, su voz apenas audible, pero cargada de intensidad.

Cerré los ojos un instante, intentando calmar la tormenta que tenía dentro. Siempre había pensado que Jerome era incapaz de

enamorarse y no entendía cómo alguien como él podría fijarse en alguien como yo.

¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? Cerré los ojos, intentando calmar el torbellino de emociones que me invadía. La pregunta resonaba en mi cabeza, insistente, mientras mi corazón latía con fuerza, como si temiera la respuesta.

Un suspiro profundo salió de lo más hondo de mi alma, y cuando abrí los ojos de nuevo, lo vi. Estaba ahí, mirándome con una intensidad que me desarmó por completo, como si en ese instante no existiera nadie más en el mundo. Ese pensamiento me asustó. Pero, al mismo tiempo, una calidez inesperada comenzó a extenderse por mi pecho, llenándome de una sensación que no sabía cómo manejar.

Finalmente, fui yo quien acortó la distancia, presionando mis labios contra los suyos. Jerome me recibió con ansias, como si hubiera estado esperando este momento tanto como yo. Sus manos descendieron hasta mi cintura, tirando de mí con firmeza, y me envolvió con sus fuertes brazos.

Me aferré a él como si fuera un salvavidas, como si pudiera rescatarme de la oscuridad y la pena que habían habitado en mí durante tanto tiempo. Jerome había entrado en mi corazón con la fuerza de un bloque de hielo, directo, inamovible. Y ahora, no sabía si alguna vez querría que saliera de ahí.

Sentí su lengua rozar mis labios, buscando la entrada, y cuando nuestras bocas se encontraron completamente, un jadeo se escapó de mi garganta, reverberando entre nosotros como un eco que nos paralizó por un instante. Su respiración se volvió más pesada, igual que la mía.

Mis brazos se deslizaron hasta su cuello, tirando de él con más fuerza, como si pudiera mantenerlo más cerca, evitando que este momento se desvaneciera antes de tiempo.

La calma que había sentido cuando me abrazó se transformó rápidamente en una desesperación por sentirlo por completo. No pude ocultarlo, y él lo notó al instante. Sin dejar de besarme, me alzó del suelo, haciendo que enroscara mis piernas alrededor de su cintura.

El contacto fue electrizante. Sentí su excitación, tan intensa como la mía, tan desesperada como la mía. Su respiración se mezclaba con la mía, y el calor de su cuerpo parecía arder a través de nuestra ropa.

Estábamos perdiendo el control, ese que tanto nos había costado mantener a salvo durante todo este tiempo. Ya no podíamos más. Ya todo estaba dicho, todo estaba hecho.

No había marcha atrás.

CAPÍTULO 40

Jerome

Cuando fui a ver a Lou, no pensé que acabaríamos enredados de esta manera, con sus piernas rodeando mi cintura y nuestras respiraciones descontroladas mezclándose en un ritmo desesperado. Su cercanía era una tortura deliciosa, cada roce de sus labios contra los míos encendía un fuego que no sabía si podía controlar.

—Lou… —pronuncié su nombre contra su boca, con los ojos cerrados, como si eso pudiera ayudarme a recuperar el control que ya estaba perdiendo.

—Jerome… —susurró, y su voz era todo menos inocente.

No pude evitarlo. Mis labios buscaron su cuello, trazando un camino con mi lengua que la hizo arquearse hacia mí. Sus uñas se clavaron ligeramente en mi espalda, atrayéndome más, como si no hubiera suficiente espacio entre nosotros. El leve jadeo que dejó escapar fue como un maldito interruptor en mi interior.

—No podemos, no aquí —murmuré, aunque mis manos traicionaban mis palabras al deslizarse por su espalda, presionándola más contra mí.

—Entonces llévame a otro lugar —respondió, su tono era un desafío mezclado con deseo, y esa combinación casi me destruye.

No sabía si reír o rendirme a ella. Era peligrosa, devastadora, y al mismo tiempo, todo lo que necesitaba en ese momento. Con cuidado, la apoyé contra la pared más cercana. Mis dedos acariciaron el borde de su camiseta, dudando por un segundo antes de deslizarse bajo la tela para tocar su piel.

Su suavidad me dejó sin aire. Mi mano recorrió su cintura con una mezcla de ternura y urgencia, mientras ella me miraba, sus ojos entrecerrados y sus labios ligeramente entreabiertos, rogando silenciosamente por más.

—Lou… —mi voz era un susurro cargado de todo lo que sentía—. Dime si quieres que me detenga.

—No lo hagas… —su respuesta fue firme, pero su voz temblaba, y ese temblor me desarmó por completo.

Sus palabras me dieron permiso, pero también me llenaron de una responsabilidad que no podía ignorar. Mi boca volvió a capturar la suya, profunda, desesperada, mientras mis manos seguían explorando, subiendo por su costado hasta casi rozar su pecho. Pero algo me detuvo.

Era ella, la forma en que se entregaba por completo, confiando en mí sin reservas, lo que me hizo recordar dónde estábamos, quiénes éramos. A pesar de todo, no podía perderme en este momento sin pensar en lo que ella podría sentir después.

Con un esfuerzo que me costó todo lo que tenía, apoyé mi frente contra la suya, nuestras respiraciones pesadas llenando el silencio entre nosotros.

—No quiero que esto sea un error, Lou. No contigo. No quiero que te arrepientas de mí.

Ella me miró, sus ojos llenos de algo que no pude descifrar del todo. Sus dedos rozaron mi mejilla, su tacto suave como una caricia que me decía que entendía, incluso si no compartía mi miedo.

—Jerome… nunca podría arrepentirme de ti.

Y aunque sus palabras eran todo lo que quería escuchar, sabía que teníamos que detenernos. Por ella, por nosotros. Porque cuando llegara ese momento, cuando todo estuviera claro, quería que fuera perfecto.

Mis labios abandonaron su cuello con un último beso, y me separé un poco, buscando su mirada. El deseo seguía ahí, palpable, pero también lo estaba la necesidad de parar antes de cruzar un límite para el que quizás aún no estuviéramos preparados.

—Lou… —pronuncié su nombre despacio, intentando recuperar el control de mis pensamientos.

Sus ojos, todavía entrecerrados por la intensidad del momento, se abrieron para mirarme directamente. Sus manos seguían aferradas a mi cabello, como si no quisiera que me apartara ni un centímetro más. Pero tenía que decirlo.

—Te deseo como no te imaginas… pero no quiero que esto pase así. No aquí. No cuando… —Mi voz se quebró un poco, porque lo

último que quería era detenernos, pero tenía que ser fuerte por los dos.

Lou respiró profundamente, como si luchara por volver al presente. Acarició mi rostro con delicadeza, sus dedos temblorosos rozando mi piel.

—Jerome… —Su voz era un susurro, cargado de emoción—. Yo también te deseo, pero tienes razón. Quizás… quizás no es el momento.

Aunque sus palabras deberían calmarme, el fuego en su mirada decía todo lo contrario. Estábamos caminando sobre una línea tan fina que un simple movimiento podía hacernos caer al otro lado.

—Te amo, Lou —confesé sin dudar, sin titubeos.

Ella se quedó inmóvil por un segundo, sus labios entreabiertos como si estuviera procesando lo que acababa de decir. Y luego, esa sonrisa tímida, una mezcla de incredulidad y felicidad, se apoderó de su rostro.

—Yo también te amo, Jerome.

Mis manos subieron hasta sus mejillas, sosteniéndola con firmeza, pero con ternura, como si fuera el tesoro más valioso que había tenido en mis manos. La besé de nuevo, esta vez con una dulzura que contrastaba con la pasión que habíamos compartido antes. Era un beso lleno de promesas, de certezas que no necesitaban ser dichas en ese momento.

La dejé deslizarse hasta el suelo, nuestras respiraciones aún entrecortadas y nuestras miradas atrapadas la una en la otra.

—Quiero que esto sea perfecto, Lou. No quiero que sea algo que recordemos como un impulso… —Acaricié su rostro con el pulgar, bajando la intensidad poco a poco.

Ella asintió, apoyando su frente contra la mía mientras sus manos seguían sobre mi pecho.

—Será perfecto, Jerome… porque será contigo.

Esa respuesta hizo que mi corazón latiera con fuerza, pero también me dio la calma que necesitaba. Me reí suavemente, todavía atrapado en la intensidad del momento, y besé su frente antes de separarnos del todo.

—Entonces, ¿te parece si damos un paseo antes de que me vuelva loco contigo?

Ella rió, ese sonido que siempre había sido mi refugio, y cogió mi mano para entrelazar sus dedos con los míos.

—Un paseo suena bien… por ahora.

La llevé fuera de esa habitación, donde nuestras emociones habían alcanzado un punto álgido, sabiendo que esto era solo el principio de algo mucho más grande.

En el salón, la yaya Laisa estaba sentada viendo algo en la televisión. Al escucharnos bajar, apagó el aparato y se levantó con calma para anunciarnos que el almuerzo estaba listo. Con todo lo que había pasado en la habitación, la idea de comer ni siquiera había cruzado por nuestras mentes.

—¿Te quedas a comer? —preguntó Lou, clavando sus ojos en los míos.

—Sí, voy a avisar a mi madre, ¿vale? —respondí, dejando un beso suave en su cabeza antes de salir de su casa.

El camino era corto, apenas unos metros hasta la puerta contigua, pero mi mente estaba tan llena de pensamientos que se me hizo eterno. Al entrar, encontré a mis padres en la cocina, justo a punto de sentarse a comer.

—Ya iba a llamarte —comentó mi madre al verme aparecer.

—Lo siento, me entretuve hablando con Lou —mentí sin pensarlo demasiado. No podía confesar que habíamos estado a punto de cruzar una línea importante por segunda vez—. Solo he venido para deciros que voy a comer con ella.

—Pero, Jerome, la comida ya está lista —replicó mi madre con ese tono que mezclaba preocupación y reproche. Se levantó, colocando las manos en las caderas mientras me miraba con una ceja alzada.

—Déjalo, mujer, no ves que está enamorado —intervino mi padre, soltando la frase con esa naturalidad que solo él podía manejar.

El comentario me dejó paralizado un instante. Mi madre, por el contrario, dejó escapar un resoplido y dirigió su mirada directamente hacia mí, con ese gesto que decía: "¿De qué está hablando tu padre

y por qué no me he enterado antes?". Su postura lo decía todo: los labios fruncidos, los ojos entrecerrados como si intentara descifrar cada rincón de mi mente, y los brazos cruzados con la firmeza de quien exige respuestas.

No hacía falta ser un genio para entender que quería explicaciones, y las quería ya.

—¿Vas a decirme ya qué es eso que dice tu padre o vas a esperar a que me dé un ataque al corazón? —soltó mi madre con un tono teatral que, normalmente, me habría hecho reír, pero esta vez me limité a esbozar una sonrisa irónica, lo que claramente no ayudó a calmarla—. Jerome Spencer, habla. ¿De quién estás enamorado?

—La que has liado, papá —le reproché a mi padre, aunque no pude evitar que se me escapara una sonrisa. Porque, para ser sincero, estaba feliz. Feliz de estar con Lou, de habernos dicho lo que sentíamos el uno por el otro. Así que, ¿por qué no contárselo a mi madre? Pero no ahora. Lou me esperaba para comer, y ya estaba tardando demasiado.

Giré sobre mis talones, dispuesto a marcharme, pero el bufido exasperado de mi madre me frenó en seco.

—Eh, muchacho. ¿Dónde te crees que vas? —dijo, cruzándose de brazos frente a la puerta—. No vas a salir de esta casa hasta que me cuentes…

—Mamá, mamá. —La frené suavemente, colocando mis manos en sus hombros—. Te quiero, pero eres muy cotilla.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—Cielo, tiene razón —intervino mi padre, intentando disimular una sonrisa tras su vaso de refresco.

—¿Os habéis puesto los dos de acuerdo? Esto es increíble. —Se pasó las manos por el rostro, soltando un suspiro exagerado antes de volver a mirarme—. Grandullón —continuó con un tono mucho más suave—, solo quiero saber quién es la chica que te tiene tan sonriente últimamente. Nada más.

Suspiré, sabiendo que no iba a dejarlo pasar tan fácilmente.

—Y lo sabrás, pero ahora tengo que ir a comer con Lou. —La mención de Lou hizo que su expresión cambiara ligeramente,

aunque intentó no mostrarlo demasiado—. Te prometo que después te contaré todo, ¿vale?

Mi madre no se mostró del todo conforme, lo dejó claro con el gesto de poner los ojos en blanco.

—Papá, espero que no le digas nada hasta que vuelva. Estás advertido. —Señalé a mi padre con un dedo, intentando mantenerme serio, aunque la sonrisa amenazaba con desbordarse.

—Eh, yo estoy en paz con mi conciencia —respondió él, alzando las manos en un gesto de inocencia, aunque su expresión decía otra cosa.

—Jerome, te voy a sacar la verdad tarde o temprano —dijo mi madre, rindiéndose momentáneamente mientras me apartaba de la puerta para dejarme salir.

Sonreí al salir, escuchando cómo mi padre murmuraba algo sobre "madres curiosas" mientras mi madre insistía en que no le daba suficientes detalles.

Regresé a casa de Lou y me senté a su lado. La yaya ya me había servido un plato de canelones de carne, el cual olía tan bien que era imposible no querer probarlo. Sabía que a Lou siempre le encantaban, aunque ahora parecía más enfocada en mover la comida con el tenedor que en disfrutarla.

—Louise, come algo, cariño —le pidió su abuela con suavidad, aunque con ese tono firme que usaba para no aceptar negativas.

—Abuela, no puedes pretender que me coma todo esto. ¿Quieres engordarme? Ahora no hago nada de ejercicio, y estoy segura de que acabaré poniéndome como una vaca. Si Lauren me viera comiendo esto, le daría un ataque. —Lou intentó añadir un poco de humor, pero la tristeza en su voz era evidente.

—¿Qué más te da? Tú no vas a volver a patinar, ¿no? —preguntó Laisa con un tono casual que, para mi sorpresa, no hizo más que tensar el ambiente.

El tenedor que estaba llevando a mi boca se quedó a medio camino.

—¿Cómo que no vas a volver a patinar? —pregunté, sin poder ocultar mi incredulidad. Lou se encogió de hombros, como si fuera un tema sin importancia.

—El patinaje acabó para mí el día que murieron mis padres —dijo con una dureza que me heló la sangre. Su rostro cambió de inmediato, mostrando esa máscara de dolor que no podía quitarse desde aquella tarde.

—Pero, Lou… no puedes dejar lo que es parte de ti. No puedes…

—Jerome, te quiero, pero no te metas en eso —me interrumpió con un tono seco antes de levantarse de la mesa, dejándonos a su abuela y a mí solos en la cocina.

La frustración se apoderó de mí, y sin darme cuenta, solté el cubierto sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. Me puse de pie, dispuesto a seguirla, pero Laisa cogió mi mano antes de que pudiera moverme.

—Déjala, Jerome. Ahora necesita estar sola —me aconsejó con calma.

Volví a sentarme, aunque mi mente seguía en otra parte. Dejé mi mirada perdida en un punto fijo, intentando comprender cómo alguien como Lou podía renunciar a algo que la hacía tan feliz. Verla patinar siempre había sido mi momento favorito. Sus movimientos en el hielo eran tan precisos, tan llenos de vida, que convertían cualquier rutina en algo mágico.

—Jerome —la voz de la yaya me sacó de mis pensamientos. Su tono era amable, pero cargado de curiosidad—. ¿Qué hay entre mi nieta y tú?

Tragué saliva con dificultad. No estaba seguro de estar preparado para responder esa pregunta, mucho menos a ella.

—Vamos, chico. Puedes confiar en mí —dijo con una mirada tan tierna que, sin darme cuenta, me relajé un poco.

—Pues… creo que estamos juntos —confesé finalmente, sintiendo cómo el peso de las palabras dejaba de ser tan abrumador una vez que salieron de mi boca.

Laisa asintió con una sonrisa sincera, y sus ojos brillaron con algo que solo podía describir como alivio y felicidad.

—Me alegro, mi nieta necesita a alguien como tú a su lado. Sé que la haces feliz.

Su aprobación fue como un bálsamo para mi alma, y no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Gracias. Ella también me hace feliz a mí.

La yaya me dio una última sonrisa antes de levantarse para recoger los platos. Su aprobación me dejó un sentimiento cálido en el pecho, pero no podía ignorar la inquietud que se alzaba en el fondo de mi mente. Lou seguía cargando con tanto dolor, tanta culpa, que me preocupaba que todo eso pudiera quebrarla más de lo que ya estaba.

Me quedé sentado un rato más, mirando el plato frente a mí, pensando en las palabras de Laisa. "La haces feliz." Quería creerlo, pero ¿era suficiente? Amarla, estar a su lado, no iba a borrar todo lo que había pasado, pero no podía rendirme. Había prometido estar con ella, ser su apoyo, y haría lo que fuera necesario para devolverle la sonrisa que tanto extraño.

Cuando volví a casa esa tarde, mientras caminaba bajo el cielo gris de invierno, no dejé de pensar en Lou. En todo lo que habíamos pasado, en todo lo que aún nos quedaba por enfrentar. A pesar de todo, una certeza crecía dentro de mí con cada paso: si alguien podía ayudarla a encontrar el camino de vuelta a sí misma, era yo.

Y no iba a fallarle.

CAPÍTULO 41

Louise

Pensé que un almuerzo con mi abuela y Jerome iba a ser más fácil. Todo iba bien, o al menos eso me repetía desde lo que pasó en mi habitación. Cada vez me costaba más controlar lo que sentía por él, pero las cosas entre nosotros iban mejor. Nos queríamos y eso era lo único que importaba, ¿verdad? Pero entonces, mi abuela sacó el tema del patinaje y, con ese simple comentario, hizo que todo dentro de mí se derrumbara. Lo último que quería era que Jerome descubriera lo que estaba ocurriendo en mi interior.

Salí de la casa sin coger el abrigo. El frío era intenso, pero también refrescante, una forma de sentir algo diferente a la tristeza constante que me acompañaba desde que perdí a mis padres. Por un momento, fue un alivio que el temblor de mi cuerpo no tuviera que ver con el dolor o el miedo, sino simplemente con el clima.

—¿Lou? —La voz de Jerome me sacó de mis pensamientos y se sentó a mi lado en las escaleras del porche—. Ten, ponte esto. —Me echó una mantita por los hombros.

—Gracias —musité sin mirarle—. Siento cómo te he hablado antes, no estuvo bien —me disculpé.

—No pasa nada, no debí meterme en eso —dijo, recordándome lo estúpida que había sido al decirle aquello. Le miré con cierta culpa —. Aun así, aunque no quieras escucharme, sigo pensando que no debes dejarlo.

—No vuelvas a sacar el tema, por favor —le supliqué.

Clavó su intensa mirada en la mía y frunció el ceño, como si no entendiera lo que yo trataba de decirle. ¿Tan difícil era comprender que no quería volver a patinar? Se quedó en silencio, esperando a que le dijera algo más, pero lo único que escuchábamos era el latido de mi corazón, que iba tan deprisa como el motor de un coche de fórmula uno.

—Deja de mirarme así —le pedí.

—No hasta que me digas por qué quieres dejarlo. —Suspiré exasperada.

—Porque no puedo seguir, Jerome. —Me levanté como un resorte —. ¿No entiendes que volver a patinar me recuerda que mis padres murieron por mi culpa? No puedo siquiera mirar los patines sin desmoronarme, sin recordar aquella tarde en la que perdí todo. —No quería llorar, pero mis lágrimas fueron más rápidas que mis ganas de retenerlas.

El peso de mis propias palabras me golpeó como una corriente helada. Mis manos se tensaron sobre mis rodillas mientras notaba cómo me derrumbaba frente a él, las lágrimas desbordándose sin control. Me odiaba por no poder parar, por no poder ser más fuerte, y al mismo tiempo, odiaba que Jerome tuviera que verme así, tan rota.

Lo vi levantarse con cuidado, sus movimientos eran lentos, casi cautelosos, como si temiera que pudiera romperme aún más. Cuando sus manos se posaron en mis mejillas, húmedas por las lágrimas, no pude evitar cerrar los ojos un instante. Pero él me obligó a mirarle, a enfrentarme a sus ojos cargados de una verdad que me resultaba demasiado pesada para aceptar.

—Lou, escúchame bien —dijo, su voz baja pero firme, como si cada palabra fuera una promesa que necesitaba que creyera—. Tus padres no murieron por tu culpa. No fue por el patinaje, no fue por nada que tú hicieras o dejaras de hacer. Fue un accidente, algo que nadie podía prever ni evitar.

Intenté apartar la mirada, pero sus manos mantuvieron mi rostro fijo frente al suyo.

—No digas eso, Jerome… no lo entiendes —sollocé, llevando mis manos temblorosas hacia las suyas, queriendo apartarlas, pero sin la fuerza suficiente para hacerlo.

—Claro que lo entiendo, Lou —su voz cargada de una intensidad que nunca había escuchado en él me desarmó—. Entiendo que estás sufriendo, que sientes un dolor que parece no tener fin, pero no puedo quedarme callado mientras te castigas por algo que no fue tu culpa.

Mi respiración era rápida y desordenada, el pecho me subía y bajaba como si me faltara el aire. Entonces sentí su mano en mi cabello, acariciándolo con una ternura que me hizo temblar aún más.

—Tus padres te querían más que a nada en el mundo —continuó, su voz quebrándose un poco, algo que me hizo mirarle fijamente por un momento—. Habrían hecho lo que fuera por verte feliz, por verte patinar, porque ese era tu sueño. Dejarlo no va a traerlos de vuelta, Lou… y no creo que ellos quisieran que renunciaras a algo que amas.

Cerré los ojos con fuerza, queriendo bloquear sus palabras, pero estas seguían penetrando, como si estuvieran desmoronando el muro que había construido alrededor de mi dolor. Él no se rindió. Ni siquiera se movió.

—Solo quiero que seas feliz —dijo, dejando un beso suave en mi frente que me hizo abrir los ojos por completo. —No importa cómo decidas seguir adelante, pero quiero que lo hagas porque lo eliges tú, no porque crees que debes castigarte.

Por un instante, no supe qué decir. Lo miré, y en su rostro no había ni un rastro de duda. Era como si toda la fuerza que a mí me faltaba, él la tuviera en exceso. Algo dentro de mí cedió. No sé si era aceptación, comprensión o simplemente el agotamiento emocional después de tanto tiempo cargando con todo sola, pero me permití algo que no había hecho en semanas: respirar. Sabía que él estaría a mi lado el tiempo que fuera necesario.

Esa fue la última vez que hablamos del tema. Jerome pareció entender que necesitaba tiempo, que mi corazón no estaba listo para enfrentarse al hielo, y quizá nunca lo estuviera. A decir verdad, no sabía si algún día volvería a estarlo.

El tiempo siguió su curso y, con ello, llegó mi decimoséptimo cumpleaños. Era un día que habría querido ignorar por completo. Sería el primero que pasaba sin el calor y la alegría de mis padres, y aunque mi abuela intentaba hacerme sentir especial, para mí no era más que otro viernes cualquiera.

—Buenos días, cumpleañera —me saludó mi abuela en cuanto me vio aparecer en la cocina—. He preparado tortitas con arándanos.

—Gracias, abuela, pero no tenías por qué. —Frunció el ceño, como si lo que le acabara de decir fuera una estupidez tan grande como el plato de tortitas que me había puesto delante—. ¿Qué? Para mí es un día normal.

Sin decir nada más porque sabía que no conseguiría nada, me levanté para ir al instituto. Esta vez, Jerome y yo nos iríamos solos ya que se había apuntado a un curso intensivo y se sacó el carné de conducir. Estuvo dos meses bastante ocupado; entre los entrenamientos y la licencia, apenas nos veíamos, y eso, a decir verdad, no me gustaba.

Al salir, ya me esperaba subido al pequeño coche que sus padres le compraron por haber aprobado. Caminé hasta el vehículo y me subí para después darle un beso en los labios.

—Feliz cum...

—No —lo paré antes de que lo dijera, y él frunció el ceño—. No quiero que este día se convierta en algo diferente, por favor. Es un día normal, ¿de acuerdo?

—Pero Lou, es tu cumpleaños. —Me encogí de hombros, y no volvió a decirme nada.

Al llegar al instituto, cada uno se fue a su aula. En el centro, manteníamos las distancias; no queríamos que la gente supiera que estábamos juntos... bueno, era yo quien le había pedido a Jerome que no lo estuviéramos. ¿Para qué? A nadie le importaba que estuviera saliendo con mi mejor amigo, ¿verdad?

Durante la mañana, recordé lo bonito que había sido pasar estos meses con Jerome siendo algo más que su mejor amiga. Ir a verlo a los entrenamientos de hockey, a los partidos, fue algo que me gustó mucho. Era la única manera en la que me atreví a ir a la pista de hielo, solo para apoyarle a él.

Recordé especialmente un partido en el que su equipo se jugaba el pase a la final. El ambiente en el estadio era ensordecedor, con los tambores y los gritos de los aficionados resonando en mis oídos. Lo vi salir al hielo con esa confianza que siempre lograba contagiarme, y aunque estaba rodeado de sus compañeros, mi mirada no podía apartarse de él. Cada vez que tocaba el disco, el público rugía, y yo sentía el corazón en la garganta.

Cuando marcó su primer gol, giró inmediatamente hacia donde yo estaba, señalándome con su stick antes de chocar los guantes con sus compañeros. Fue como si, en medio de toda esa multitud, solo existiéramos él y yo. Ese recuerdo sigue siendo uno de los más especiales que tengo, un instante en el que me sentí parte de algo mucho más grande que mi propia tristeza.

El último partido lo ganaron. Jerome no dejaba de celebrar los goles mirándome a mí y hasta vi cómo se atrevía a enviarme besos bajo la atenta mirada de Parker que, a pesar de no saber lo nuestro, no era tonto.

Al terminar las clases, íbamos de regreso a la casa en silencio, hasta que él rompió el hielo.

—Esta tarde te tengo una sorpresa. —Le miré con el ceño fruncido—. Ya sé que no quieres celebrar tu cumpleaños, pero tampoco me vas a negar que hagamos algo juntos, ¿vale?

—Está bien, pero…

—No hay peros, mi Luz. —Me guiñó un ojo.

Cuando llegamos, nos despedimos con un beso en los labios, intentando contenernos lo más posible, ya que cada vez que nos besábamos, perdíamos el control.

Hice las cosas muy rápido: almorcé, hice las tareas que los profesores nos habían enviado y preparé una mochila con algo de abrigo. Fue lo único que Jerome me dijo antes de que entrara en mi casa.

Sobre las siete de la tarde, Jerome vino a recogerme, y mi abuela ya sabía que lo haría, por lo que también sabía que esa noche no vendríamos a dormir. No estaba segura de sí era una buena idea pasar la noche sola con Jerome, pero me emocionaba saber que lo haría.

Jerome mantenía una sonrisa en los labios, pero yo sabía que algo especial estaba por suceder. Aunque no me lo había dicho directamente, el brillo en sus ojos me revelaba que tenía algo planeado para nosotros. Y no tardó en darme una pista.

—¿Lista para la sorpresa? —me preguntó con un tono travieso mientras el coche avanzaba por la carretera, rodeado de la oscuridad del bosque que comenzaba a envolvernos.

No respondí, pero no podía evitar sonreír. Sabía perfectamente a dónde íbamos. Al lago Chadburn. Siempre que estábamos en el hotel Paraíso Boreal, escapábamos allí, bajo el manto de las auroras boreales, para disfrutar de la calma y la belleza del paisaje. Era nuestro lugar, uno que nos conectaba, no solo con la naturaleza, sino con lo que compartíamos.

Cuando llegamos, el aire frío me dio la bienvenida, y un escalofrío recorrió mi espalda al ver las luces del cielo danzando sobre nosotros, como si fueran un reflejo de lo que sentíamos. Jerome aparcó el coche cerca de la orilla, y nos dirigimos al mismo rincón del lago donde tantas veces habíamos hablado y compartido momentos, incluso cuando el hielo cubría el agua y yo patinaba sobre él.

—Sabía que te encantaría… —dijo Jerome, observando cómo mi mirada se perdía en las auroras.

—Es perfecto. —Respondí sin apartar los ojos del cielo.

Instalamos la tienda, sabiendo que el frío sería nuestro aliado, creando una atmósfera de intimidad única. Nos miramos en silencio, sin necesidad de palabras. La cercanía, el ambiente cargado de algo profundo, nos envolvía.

—¿Y esa cesta? —pregunté al ver que la metía dentro de la tienda.

—Comida. No pensarías que iba a venir sin nada para comer, ¿verdad?

Negué, sin poder borrar la sonrisa de mis labios.

Jerome se sentó a mi lado, envolviéndome con su abrazo y la manta que había traído para que no pasáramos frío. La linterna iluminaba débilmente la tienda, pero lo que realmente brillaba era lo que había entre nosotros, la tensión que ya habíamos sentido en cada beso, en cada caricia. Pero ahora todo era diferente. Esta noche no sería solo un beso más. Sabíamos lo que significaba ese momento, lo que ambos deseábamos.

Jerome acercó su rostro al mío, buscando mis labios en la oscuridad. Me tomé un instante para mirar su rostro, el que siempre me había tranquilizado, pero ahora me lo encontraba lleno de deseo, de algo más profundo. No era solo el amor que compartíamos; era

una conexión que no podíamos negar, que ya no queríamos esconder.

—Lou… —susurró, su voz casi rota de emoción—. No hay vuelta atrás, ¿verdad?

No pude responder con palabras. Acorté la distancia que nos separaba y lo besé. Cuando nuestros labios se encontraron en un beso lento, suave, pero cargado de pasión, pensé que podríamos controlarnos, que podríamos parar. Pero no pudimos. Me senté a horcajadas sobre Jerome, y él me apretó contra su pecho mientras nuestros labios seguían dándose calor.

Sentí sus manos en mi espalda, por debajo de la tela de mi jersey, acariciando con una ternura que me hizo temblar. Su lengua buscó la mía, y jadeé, arqueando el cuerpo, pidiendo más… necesitaba más.

La delicadeza con la que comenzó a desnudarme me desarmó por completo. Me tumbó despacio sobre el saco de dormir, dejando un reguero de besos por cada trozo de piel que iba apareciendo.

—Te deseo, Jerome —musité con la voz entrecortada—. Te necesito.

—Te amo, Lou —me miró a los ojos desde su altura, y pude ver cómo tragaba saliva.

Se quitó su jersey, dejándome ver su torso bien definido. Mis manos fueron hacia él, tocando su piel, lo que provocó que Jerome temblara bajo mis dedos.

El roce de su piel contra la mía, el latido acelerado de nuestros corazones, todo se desvaneció a nuestro alrededor. Solo quedamos él y yo, bajo las luces de las auroras, en esa pequeña burbuja que creamos en el silencio de la noche. El amor y el deseo se mezclaban con la suavidad del viento y el eco lejano de las olas, haciendo de ese instante algo mágico e inolvidable.

Entonces ocurrió, el momento que tanto había soñado, que tanto habíamos pospuesto por miedo a que fuera un error. Jerome se puso un preservativo y entró en mí, haciéndome suya por completo, y esa primera vez se convirtió en la más especial, una que jamás podría olvidar.

—Jerome —jadeé su nombre mientras mis uñas arañaban la piel caliente de su espalda.

Sus movimientos eran pausados, como si tuviera miedo de hacerme daño, pero no creía que eso fuera posible. Jerome era la persona que había elegido para compartirlo todo, incluido un instante como este.

—Te amo —lo dije despacio, como si las palabras se me quedaran atascadas en la garganta.

Nuestros gemidos se mezclaban, resonando como un eco entre los árboles. Nuestros besos se volvían cada vez más intensos, más llenos de pasión. Su lengua recorrió mi cuerpo, deteniéndose en mis pechos, endureciendo mis pezones al instante, provocando un remolino de emociones en mi sexo.

Pasó el tiempo, o tal vez no pasó, porque en ese momento todo parecía eterno. Nos movíamos al unísono, guiados por una necesidad compartida y una confianza que habíamos construido juntos, paso a paso. Cada beso, cada susurro, nos acercaba más, hasta que, finalmente, la última barrera se rompió y nos entregamos por completo. Fue un acto de calma profunda, un amor que no necesitaba palabras.

Terminamos exhaustos, recostados uno al lado del otro, y él me aferró a su cuerpo, encerrándome entre sus brazos. Allí, bajo las auroras boreales, entre las luces danzantes del cielo y el reflejo en el agua congelada, Jerome hizo que todo desapareciera: el dolor, la soledad, el miedo. Esa noche fue nuestra, y lo que compartimos no necesitó palabras.

Jerome me miró como si fuera lo más valioso en su mundo, y yo supe que nunca olvidaría ese momento. Fue la primera vez que me sentí viva desde que mis padres se fueron. La calma, la paz que sentí en sus brazos, se convirtió en algo más grande que el sufrimiento que me había acompañado durante tanto tiempo. Aquella noche, bajo las luces del cielo, descubrí que, aunque mi corazón estuviera roto, podía seguir latiendo, podía seguir amando.

A pesar de todo lo que había pasado, a pesar de la pérdida y del vacío que seguía presente, con Jerome me sentí capaz de encontrar

un pequeño respiro, de volver a creer en algo tan simple y grande como el amor.

CAPÍTULO 42

Jerome

El tiempo se fue tan rápido que casi no me di cuenta. Aunque, a decir verdad, entre entrenamientos, partidos y sacarme el carné de conducir, era normal estar tan ocupado.

Había llegado el cumpleaños de Lou, y quería hacer algo especial por ella, preparar una noche que no olvidáramos jamás. Necesitaba mostrarle lo importante que era para mí, aunque ella ya lo supiera, o eso intentaba demostrarle cada vez que nos veíamos. Las tardes que pasábamos juntos siempre terminaban dejándonos con ganas de más. Se nos escapaba el control, y lo perdíamos. Al final, algo nos detenía y lo dejábamos para otro momento. Justamente, esta noche pretendía que, si llegábamos a perdernos, no hubiera nada que nos frenara. Aunque, en el fondo, una parte de mí temía arruinarlo.

—Buenos días, mamá —la saludé al encontrarla bajando las escaleras—. Esta noche no dormiré aquí; haré una acampada con Lou por su cumpleaños.

Mi madre me miró con el ceño fruncido. Ya sabía que la chica de la que estaba enamorado era Lou. Se lo tuve que contar aquel día en que mi padre metió la pata. Para mi sorpresa, no se inmutó; solo me confirmó que siempre lo había sabido. Dijo que lo notó antes de que nosotros mismos nos diéramos cuenta.

Por la mañana, fuimos juntos al instituto en el coche que mis padres me regalaron tras aprobar a la primera. Tener esa libertad por fin era algo que ansiaba desde hacía tiempo.

Lo primero que hizo Lou, nada más subirse al coche, fue darme un beso en los labios. Estaba en una nube. Nunca habría imaginado que estaría así con ella, compartiendo esta intimidad, esta conexión que, aunque ya existía antes, ahora era completamente diferente.

—Feliz cum...

—No —me interrumpió, frunciendo el ceño—. No quiero que este día se convierta en algo diferente, por favor. Es un día normal, ¿de acuerdo?

—Pero Lou, es tu cumpleaños —le recordé, como si ella no lo supiera.

Se encogió de hombros y no volvió a hablar del tema. Sabía que cuando Louise se cerraba, no había manera de que diera su brazo a torcer. Lo único que me consolaba era la noche que pasaríamos juntos. Tenía la certeza de que le iba a gustar, no solo por lo especial que sería, sino también por el lugar que había elegido.

Cuando llegamos al instituto, le di un beso rápido antes de bajar del coche, solo para que nadie supiera que estábamos juntos. No era porque no quisiera que el mundo lo supiera, porque estar con la mejor chica del mundo era algo que gritaría a los cuatro vientos, pero Lou no quería, y debía respetarla.

En cuanto ella desapareció, entrando en su aula, me encontré con Parker en el pasillo, justo antes de entrar en la nuestra.

—Hola, Jerome. ¿Qué tal? —me saludó con un choque de puños.

Ya comenzábamos a llevarnos como siempre, desde que se dio cuenta de que Louise y yo estábamos saliendo. Fue el único al que no pudimos engañar. Hablamos, aclaramos las cosas, y todo volvió a la normalidad.

Sabía que para él no era fácil verme con ella, dado que también le gustaba Lou, pero no podía hacer nada al respecto.

—Bien, harto de estudiar. ¿Y tú? ¿Cómo llevas el examen? —Rodó los ojos, visiblemente agobiado, y solté una carcajada—. Vale, no me lo digas. Me has representado en un solo gesto.

—Buenos días —escuché la voz de Jess detrás de mí, pero no me giré para saludarla.

Ella y yo no nos hablábamos, no solo porque jamás nos habíamos llevado bien, sino porque lo que pasó entre nosotros en la fiesta casi me hizo perder a Lou. No estaba dispuesto a que eso pasara otra vez. Ellas tampoco habían hecho las paces, aunque Jess lo había intentado, pero Lou no quería ni escucharla. Y, siendo honesto, no la culpaba.

En el fondo, me sentía bastante culpable de que no fueran amigas. Si yo no hubiese besado a Jess aquella noche, nada de esto habría ocurrido.

—Bueno —suspiró—. Voy a entrar, Parker.

Pasó por mi lado y cruzó su mirada con la mía por un instante. Desvié la vista hacia cualquier otra parte, y ella entró al aula sin decir nada más.

—¿Hasta cuándo vas a estar así con mi hermana, Jerome? —Parker sabía que tenía mis razones, pero su tono de reproche no pasó desapercibido.

—No lo sé —respondí con un encogimiento de hombros.

Nos vimos interrumpidos por el profesor, que llegó para darnos clase, y entramos al aula tras él, pisándole los talones.

La primera hora fue un desastre. El examen de ciencias era demasiado complicado. Bueno, no podía mentir; no había estudiado lo suficiente, y sabía que no iba a aprobar. Sin embargo, debía esforzarme al máximo si quería graduarme este año.

Mis padres ya me habían preguntado a qué universidad quería ir y qué quería estudiar. La verdad era que no tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida. Por ahora, me bastaba con ser el novio de Lou y formar parte del equipo de los Yucón. ¿Era demasiado pedir? Aun así, sabía que mis padres no aceptarían que no fuera a la universidad, aunque no tuviera ni pajolera idea de qué carrera elegir.

La mañana se me hizo eterna, y solo me sentí bien cuando sonó la campana. Salir del instituto para regresar a casa con Lou a mi lado era lo único que necesitaba para mejorar el día.

—Hola, mamá —saludé nada más entrar en la casa.

—Hola, grandullón. —Me besó en la mejilla—. ¿Qué tal el examen?

—No preguntes.

Puso los ojos en blanco con un suspiro exasperado.

—Jerome —su tono severo me hizo levantar la vista y mirarla de frente—, te falta poco para acabar y no puedes permitirte más suspensos.

—Mamá, solo he suspendido dos exámenes y ya estoy preparándome para recuperarlos, ¿vale? No te agobies, yo no lo hago —respondí, intentando tranquilizarla, aunque sabía que no se convencería tan fácil.

—Lo que tú digas, cielo. Pero...

—Vale, mamá —la interrumpí suavemente—. Lo conseguiré, ¿de acuerdo?

No insistió más, pero su silencio fue suficiente para dejar claro que no estaba del todo convencida. Tras preguntarle por mi padre —que no estaba por ningún lado—, me dijo que estaba en el hotel, y nos sentamos a almorzar.

Mientras comíamos, mi mente iba y venía entre dos cosas: el agobio de pensar en la universidad y los ojos verdes de Lou. Solo imaginar que pasaría la noche con ella en el lago hizo que mi corazón latiera más rápido. Quería que las horas volaran; necesitaba que ese momento llegara ya.

Intenté apartar esos pensamientos para centrarme en algo más práctico: mi futuro. Uno donde Lou siempre estuviera a mi lado. ¿Era posible? La certeza no existía, pero tenía claro que lo intentaría con todas mis fuerzas. Siempre lo haría.

La tarde se hizo eterna, desesperadamente lenta para mi gusto. Aproveché para estudiar un poco —o al menos, lo intenté— y preparé la cesta con la comida que llevaría esta noche. También metí una manta en la mochila, la tienda de campaña y dos sacos de dormir. Antes de ir a buscar a Lou, cargué todo en el maletero del coche. Quise dejarlo listo sin que ella pudiera ver nada.

—¿Ya te vas? —preguntó mi madre al verme regresar a la casa.

—En un rato, ¿por qué? —Fruncí el ceño al notar su rostro tenso.

—Ven, siéntate conmigo un momento.

Me guio hasta el salón, donde nos sentamos en el sofá. Algo en su tono y en sus gestos me hizo sentir que esta charla no sería una cualquiera. Sospechaba que tenía que ver con esta noche, con Lou y conmigo estando solos.

—Hijo. —Suspiró, como si no supiera cómo empezar a hablar—. Sé que Lou y tú sois jóvenes y que estáis enamorados, pero…

—Mamá, tranquila. —Cogí su mano—. No pasará nada que Lou no quiera, ¿de acuerdo? La quiero, la respeto, y jamás le haría daño. Lo sabes, ¿verdad?

Asintió, mostrándome algo de vergüenza por haber sacado el tema.

—Eres un buen chico y serás un hombre maravilloso, cielo. —Me dio un beso en la mejilla—. Solo te pido que no dejes de cumplir tus sueños por querer estar con Lou.

Fruncí el ceño.

—Todavía sois jóvenes y podéis equivocaros. Todos nos equivocamos a esa edad, créeme.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunté, con un deje de incredulidad en mis palabras—. No voy a dejar de cumplir mis sueños; los voy a cumplir junto a Lou, mamá.

No quería sonar duro, pero la conversación se estaba volviendo pesada, y no me gustaba que mi madre me dijera lo que debía o no hacer. Ya era mayor de edad y, sí, podría equivocarme, pero sería mi equivocación, no la suya. Me levanté, frustrado, para no seguir hablando del tema. Lo último que quería era discutir con mi madre por algo que no llevaría a ninguna parte. Yo sabía lo que quería con respecto a Lou; el resto tenía que descubrirlo poco a poco, como todos los chicos de mi edad.

—Jerome —me llamó antes de que saliera del salón—. No te enfades conmigo, solo quiero lo mejor para ti y para Lou. Ya sabes que la quiero como si fuera mi hija, y justamente por eso, porque tú sí eres mi hijo, no quiero que sufráis ninguno de los dos.

Asentí, respirando hondo, y me despedí de ella antes de salir por fin.

Lou salió poco después y nos subimos al coche para emprender camino hasta el lago. Ella no sabía a dónde iríamos, aunque se lo imaginaba por el camino que había tomado para llegar.

Lou se sentó a mi lado en el coche, con esa sonrisa que tanto me desarmaba. Aunque no me había preguntado directamente, sabía que estaba adivinando mis intenciones. Esa chispa en sus ojos siempre la delataba.

—¿Lista para la sorpresa? —le pregunté con un tono travieso, mientras el coche avanzaba por la carretera. A nuestro alrededor, el bosque comenzaba a envolvernos en su oscuridad, dándole al momento un aire de misterio.

Lou no respondió, pero su sonrisa hablaba por ella. Sabía perfectamente a dónde la llevaba. El lago Chadburn. Ese lugar se

había convertido en algo nuestro, un rincón donde siempre parecía que el tiempo se detenía bajo el manto de las auroras boreales.

Cuando llegamos, el aire frío nos recibió. Mientras las luces danzaban en el cielo, aparqué cerca de la orilla y cogimos nuestras cosas para dirigirnos al rincón donde tantas veces habíamos compartido momentos. Pero esta vez, todo era diferente. Había algo en el aire, algo más profundo, más cargado de significado.

—Sabía que te encantaría… —dije al ver su mirada perdida en las auroras.

—Es perfecto —respondió, sin apartar los ojos del cielo.

Mientras instalaba la tienda, sentía su mirada sobre mí. Esa conexión, esa tensión que siempre había existido entre nosotros, parecía más tangible que nunca. Metí la cesta con comida y me giré hacia ella con una sonrisa.

—¿Y esa cesta? —preguntó.

—Comida. ¿Qué pensabas? ¿Que vendría sin nada?

Negó, pero su sonrisa seguía presente. Me senté a su lado, rodeándola con mis brazos y una manta para protegerla del frío. La luz débil de la linterna iluminaba la tienda, pero lo que realmente brillaba era lo que sentíamos. Cada beso, cada caricia hasta ahora había sido un preludio. Pero esta noche, lo sabíamos, sería diferente.

Acerqué mi rostro al suyo, buscando sus labios. Antes de besarla, se detuvo un instante para observarme. Su mirada, llena de confianza y deseo, era todo lo que necesitaba para saber que no había vuelta atrás.

—Lou… —susurré, mi voz temblando por la emoción—. No hay vuelta atrás, ¿verdad?

Ella no respondió con palabras. En su lugar, acortó la distancia entre nosotros, y nuestros labios se encontraron en un beso lento y profundo. El control que siempre habíamos mantenido comenzó a desvanecerse. La sentí sentarse a horcajadas sobre mí, y mis manos buscaron su espalda, deslizando mis dedos bajo su jersey. Su piel era suave, cálida, y temblaba bajo mi toque.

La delicadeza con la que comencé a desnudarla fue acompañada por besos en cada pedazo de piel que se iba revelando. Cuando la tumbé sobre el saco de dormir, la intensidad entre nosotros alcanzó

un nuevo nivel. Cada caricia, cada mirada, confirmaba lo que ambos deseábamos.

—Te amo, Lou —dije, con la voz cargada de emoción mientras me deshacía de mi jersey. Sus manos recorrieron mi torso, provocando un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo.

En ese momento, el mundo exterior dejó de existir. Bajo las auroras boreales, entre las luces danzantes y el sonido suave del viento, nos entregamos el uno al otro por completo. Fue un acto lleno de amor y deseo, pero también de calma y ternura. Cuando finalmente nos fundimos, su nombre escapó de mis labios en un susurro.

Nos movimos juntos, guiados por una conexión que habíamos construido paso a paso. Cada beso, cada susurro, nos llevaba más lejos, hasta que finalmente alcanzamos el punto donde no había barreras entre nosotros. Todo era perfecto: el frío del exterior contrastando con el calor de nuestros cuerpos, el amor que nos envolvía y la seguridad de estar exactamente donde debíamos.

Cuando terminamos, nos quedamos tumbados, con su cuerpo aferrado al mío. La rodeé con mis brazos, deseando que ese instante durara para siempre. Miré su rostro, iluminado por las auroras, y supe que esta noche no era solo un momento. Era el inicio de algo mucho más grande, algo que habíamos soñado y que, por fin, habíamos alcanzado juntos.

CAPÍTULO 43

Louise

Por la mañana, me desperté con el suave canto de los pájaros. Al principio, no era consciente de dónde me encontraba, hasta que vi a Jerome a mi lado, profundamente dormido. Me giré para observarlo fijamente, grabando a fuego cada detalle de su rostro. Sus labios, los mismos que me besaron anoche con tanta pasión. Sus manos, esas que me acariciaron de manera electrizante y única. Era increíble que mi primera vez hubiese sido con él, mi mejor amigo, el único chico que había dejado que me besara o llegara a verme desnuda. Me había abierto por completo ante Jerome; él sabía todo de mí: mis secretos, mis pensamientos, todo lo que sentía. Era el que mejor me conocía, al igual que yo a él, y precisamente por eso, sentía que estábamos hechos el uno para el otro.

—Deja de mirarme así o no respondo —musitó con los ojos aún cerrados, provocando que esbozara una sonrisa.

—Es que te ves tan tierno dormido —respondí, logrando que me regalara la mejor de sus sonrisas.

Abrió lentamente los ojos, mostrándome ese azul tan profundo, tan parecido al cielo y al mar. A veces, temía perderme en ellos en cualquier momento… si es que no lo estaba ya.

—Buenos días, mi Luz. —Acercó su rostro al mío y me dio un tierno beso en los labios—. ¿Has dormido bien?

—Mejor que nunca. —Sus ojos brillaron, y no pude evitarlo.

Me acerqué a su cuerpo, buscando que me envolviera con sus brazos, y volvimos a besarnos, esta vez con más pasión. Me deshacía bajo su cuerpo como lava, y nunca habría imaginado que, entre el hielo y el fuego, pudiera existir un equilibrio tan fascinante.

El beso se intensificó, y mis jadeos resonaron con la misma fuerza que el canto de los pájaros que me despertaron. Menos mal que estábamos solos; si no, me moriría de vergüenza.

Cuando Jerome estaba a punto de quitarme la parte de arriba, mi móvil comenzó a sonar. Al principio lo ignoramos, pero volvió a sonar

varias veces más. Con una sonrisa, me miró y paramos.

—Será importante —dijo con calma, aunque ambos sentíamos la frustración por la interrupción.

Cogí el móvil, y al ver que era Lauren, me detuve. Durante esos meses, me había contactado varias veces a la semana, y yo siempre había desestimado sus intentos. Sabía perfectamente cuál era el motivo de su llamada, y por eso prefería no saber nada, mucho menos hablar con ella.

Jerome regresó a la tienda; había salido para darme privacidad, seguro pensaba que era mi abuela.

—¿Quién era? —preguntó al sentarse a mi lado.

—Nadie, se habían equivocado. —Frunció el ceño, pero no insistió.

No me gustaba mentirle, aunque a veces me costaba hacerlo porque él siempre se daba cuenta. Sin embargo, si le decía que mi entrenadora me había intentado contactar, la conversación sobre el patinaje volvería a ser el centro de nuestra charla, y no quería retomar esa discusión. Había tomado una decisión, y no quería que eso cambiara.

—¿Tienes frío? —me preguntó Jerome al ver que empezaba a castañear los dientes—. No hace falta que respondas, ven aquí.

Me envolvió de nuevo con sus brazos, y en ese instante sentí una paz que hacía tiempo no me permitía experimentar. Era extraño sentirme así, después de haber perdido a mis padres. Por un momento, mis lágrimas amenazaron con salir, pero él se dio cuenta antes de que cayeran. Llevó su dedo pulgar a mi mejilla y secó la humedad incipiente.

Acercó su rostro al mío, pegando su frente a la mía con los ojos cerrados. Era tan perfecto que me resultaba surrealista estar descubriendo esta faceta de mi mejor amigo. Bueno, ya no solo era mi mejor amigo; ahora éramos algo más.

—No quiero que vuelvas a llorar —musitó, y un suspiro se me escapó—. Haré lo posible para que no vuelvas a hacerlo, Lou.

Estuvimos en el lago hasta que nuestros estómagos rugieron de hambre. La comida que trajo Jerome era solo para la cena, y, a decir

verdad, ya estábamos hambrientos. Por suerte, el hotel de su familia estaba cerca, así que decidimos comer allí antes de regresar a casa.

El señor Spencer, el padre de Jerome, nos recibió con una sonrisa sincera. Ya no nos veíamos tanto como cuando mis padres estaban vivos. Antes, en cuanto llegaba el fin de semana, siempre nos juntábamos para venir aquí. Jerome y yo nos escapábamos al lago para patinar. Bueno, en realidad, la única que patinaba era yo, porque él se caía nada más poner un pie en el hielo. Ahora, en cambio, era uno de los mejores jugadores de hockey de los Yucón, y no podía evitar sentirme orgullosa de todo lo que había logrado.

—¿Qué tal lo habéis pasado en la acampada? —preguntó Lincon mientras nos acompañaba a una mesa.

—Bastante bien —respondimos al unísono, y al instante cruzamos una mirada cómplice.

—De acuerdo —el tono divertido de su padre me hizo sonreír y, al mismo tiempo, sentir un leve rubor en las mejillas. Jerome lo notó y me guiñó un ojo.

—¿Qué habéis preparado hoy para comer? —Mientras Jerome hablaba con su padre sobre la comida, me excusé para llamar a mi abuela y avisarle de que volveríamos pronto.

Salí, cerrándome bien la chaqueta, y saqué mi móvil. Tuve que quitarme uno de los guantes porque me resultaba difícil marcar el número sin equivocarme. Justo antes de darle a la tecla de llamada, el móvil volvió a sonar. En la pantalla se iluminó el nombre de mi entrenadora. Era la segunda vez que me llamaba en el mismo día, y no solía ser tan insistente. Aunque había estado ignorándola, ella solía darme varios días de descanso antes de volver a contactarme.

Cuando dejó de sonar, llamé a mi abuela para avisarle de que llegaría después del almuerzo. No me gustaba dejarla sola tanto tiempo, pero era mejor comer antes de regresar. Sabía que no le molestaría, pero, aun así, necesitaba comunicárselo.

Entré de nuevo al restaurante y vi que Jerome ya había pedido la comida para los dos. Nos la sirvieron bastante pronto.

No estuvimos allí ni una hora. Nos despedimos de su padre y salimos rumbo a casa. Ya era tarde y tenía que estudiar para un examen que tenía el lunes.

—¿Vamos? —preguntó Jerome mientras sentía su mano sobre mi hombro. Me había quedado absorta mirando el paisaje frente al hotel. Era una maravilla que debería ser visitada por muchas personas.

Asentí, y él tomó mi mano para caminar juntos hasta el coche. Nos subimos, y arrancó rápidamente. Por el camino, hablamos de cosas triviales, salpicando la conversación con algún que otro piropo y varios "te amo". La sonrisa de Jerome me hacía soñar; me hacía creer que todo era posible, incluso que algún día podría dejar de llorar, aunque eso todavía me costaba mucho.

—¿Qué tal si después vamos al cine? —preguntó Jerome antes de que bajáramos del coche.

Habíamos llegado hacía apenas unos minutos, pero nos quedamos en el interior del vehículo, alargando el momento. Cada vez nos costaba más estar separados.

—Me parece buena idea, pero no quiero dejar a mi abuela tanto tiempo sola. ¿Por qué no te vas tú? Puedes invitar a Parker y pasar tiempo con tus amigos. Recuerda que ya no tienes una mejor amiga con la que salir a hacer travesuras —dije con una sonrisa nostálgica.

—No, ahora tengo una novia con la que quiero compartir todo. —Tragué saliva mientras Jerome continuaba—. No te lo había pedido formalmente, Lou… aunque es algo que quería decirte desde hace mucho. —Tomó mis manos con cuidado—. ¿Quieres ser mi novia?

Mi sonrisa se hizo más amplia, y con eso ya le había respondido.

—La verdad pensaba que ya lo éramos. —Se rio, y acercó su rostro al mío para darme un beso en los labios. Fue tan tierno que mi cuerpo tembló como una hoja.

Volví a despedirme de él, como si no lo hubiese hecho ya unas tres veces, y nos bajamos del coche. Jerome se fue a su casa, pero no entró hasta que me vio hacerlo yo en la mía. Esa era la suerte de tenerlo como vecino.

Mi abuela me esperaba en el salón, con la chimenea encendida y un olor a galletas de jengibre que me volvió loca. Ella sabía lo mucho que me gustaban sus galletas.

—Hola, abuela. —Besé su mejilla y me senté a su lado—. Qué bien huele.

—Sí, hice galletas para ti. ¿Quieres que te traiga unas, junto con una taza de chocolate caliente? Hoy está haciendo mucho frío. —Ya se estaba levantando sin esperar mi respuesta.

—No, deja que vaya yo y traigo también para ti, ¿vale? Así compartimos este rato juntas. —Me sonrió de esa manera tan especial y cariñosa.

Preparé todo y lo puse en una bandeja. Cuando regresé, me senté de nuevo a su lado, y comenzamos a hablar de cómo nos sentíamos, sin dejar de recordar a mis padres ni un segundo en nuestras vidas. Obviamente, me preguntó qué tal lo había pasado. Con ella no tenía secretos; mi abuela era mi única amiga, mi confidente y la persona en quien siempre podía confiar.

—Entonces, ¿Jerome y tú…? —Enarcó una ceja, y, a pesar de que me moría de vergüenza, asentí—. Habréis usado protección, ¿verdad?

—Sí, tranquila. —Recosté mi cabeza sobre su hombro—. Jerome me hace muy feliz, abuela. Estoy tan enamorada de él que no sé cómo gestionar todo este sentimiento.

—Se te ve feliz, mi cielo, y es lo único que a mí me importa. Sé que Jerome es un buen muchacho y que hace todo por ti. —Asentí sin mirarla.

Tras ese rato juntas, subió a su habitación para descansar un poco; le dolían bastante las piernas por el frío. Ella no estaba acostumbrada al invierno canadiense. Yo me quedé en el salón para estudiar, ya que allí se estaba muy a gusto con el calorcito de la chimenea, aunque también teníamos calefacción en las habitaciones.

Durante el tiempo que estuve estudiando, intenté concentrarme al máximo, pero los recuerdos de la noche que había pasado con Jerome irrumpieron en mi mente. Sentí cómo mi cuerpo ardía solo de pensar en ello. Me mordí el labio inferior y tuve que dejar el libro de biología sobre la mesa.

De pronto, Fufú vino a acostarse a mi lado. Acaricié su cabecita peluda mientras él maullaba en respuesta. El sonido de unos golpes firmes en la puerta me sacó de mi ensimismamiento.

—Louise, soy Lauren. Sé que estás ahí, y no pienso irme hasta que me abras.

Me tensé. Su voz sonaba decidida, como siempre, pero con un matiz de impaciencia que me hacía pensar que había alcanzado su límite. Me quedé inmóvil, esperando que se fuera, pero los golpes volvieron, esta vez más insistentes.

—Por favor, Lou. No quiero hacer una escena aquí afuera.

Suspiré, aparté a Fufú de mi regazo y me levanté lentamente. Al abrir la puerta, me encontré con Lauren cruzada de brazos, su expresión mezcla de determinación y frustración.

—Hola —murmuré, sin saber qué más decir.

—Por fin —respondió mientras entraba sin esperar una invitación —. ¿Por qué me has estado evitando?

Cerré la puerta y me quedé apoyada en ella, sin ganas de discutir.

—No tengo nada que decir.

—Bueno, yo sí. —Dejó su bolso sobre el sofá y se giró hacia mí —. ¿Crees que ignorarme va a resolver algo?

—No estoy intentando resolver nada —le respondí, cruzándome de brazos—. Simplemente… no quiero volver a patinar.

Lauren frunció el ceño, mirándome como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo.

—Lou, sabes que eso no es cierto. El hielo es parte de ti. Siempre lo ha sido.

—Lo era —le corregí, sintiendo cómo mi voz se quebraba al final.

Lauren suspiró, pero no se rindió. Se inclinó hacia adelante, como si estuviera a punto de revelarme un gran secreto.

—De acuerdo. No voy a discutir contigo sobre eso. Pero necesito que escuches lo que tengo que decir.

Su tono era tan firme que no me atreví a interrumpirla mientras sacaba una carpeta de su bolso. Me la extendió, pero no la cogí.

—Te han ofrecido una beca completa para entrenar en una de las mejores academias de patinaje del mundo. Está en Dakota del Norte, y lo cubre todo: alojamiento, comida, entrenamientos…

Mis piernas casi fallaron. Sentí que el aire me faltaba, que mi mente intentaba procesar lo que acababa de decir.

—¿Cómo…? ¿Cómo es posible eso? —pregunté con un hilo de voz.

Lauren sonrió ligeramente, una mueca de satisfacción que me confirmó que ella tenía algo que ver.

—Cuando te clasificaste en la última competición, me aseguré de enviar tus vídeos a los contactos correctos. Sabía que tenías posibilidades, incluso aunque tú no quisieras creerlo.

Mi corazón latía con fuerza mientras mi mente intentaba encontrar sentido a lo que decía.

—No puedo aceptarla —murmuré, dando un paso atrás.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy preparada. No quiero volver al hielo. Y aunque quisiera… —hice una pausa, sintiendo cómo mi voz se quebraba—, no quiero irme ahora… No puedo dejarlo todo, no puedo dejar a Jerome. Además, no puedo permitírmelo.

Lauren suspiró profundamente, cruzándose de brazos.

—Lou, ¿qué tiene que ver Jerome con todo esto? —preguntó, frunciendo el ceño.

Mi mirada bajó al suelo, incapaz de responder. Lauren me observó, y algo en mi silencio pareció darle una respuesta que no esperaba. Ladeó la cabeza, incrédula, y luego su tono se volvió más severo.

—¿Vas a rechazar esta oportunidad, tu futuro, por un amor adolescente? ¿Por un chico? Lou, hay miles de chicos con los que podrías estar, pero esto… esto no vuelve a pasarte.

Su comentario fue como un golpe, uno que me dejó sin aire. Apreté los puños, intentando mantener la calma, pero sus palabras me dolieron más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—No es solo por eso —logré decir, aunque mi voz sonó rota.

Un ruido en el pasillo nos interrumpió. Mi abuela había llegado, probablemente atraída por la discusión. Nos miró con curiosidad y luego se centró en Lauren.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, con ese tono entre dulce y firme que siempre había tenido.

Lauren le explicó lo de la beca, con un poco menos de entusiasmo, pero con la misma determinación. Cuando terminó, la expresión de mi abuela cambió por completo. Su sorpresa fue

evidente, y sus ojos se llenaron de algo que no veía en ella desde hacía tiempo: esperanza.

—Louise, ésta es una oportunidad única —dijo mi abuela, sentándose a mi lado y tomando mis manos entre las suyas—. Tienes un talento especial, y tus padres querían que lo aprovecharas.

Negué con la cabeza, pero ella me apretó las manos con más fuerza.

—Abuela, no puedo… no puedo dejarlo todo ahora, no cuando… —me quedé en silencio, incapaz de continuar.

—Cielo, te entiendo, pero seguro que él lo entenderá, y si el dinero es un problema, yo me encargaré de eso. He estado pensando en buscar un trabajo en el Hotel Boreal. Con lo que ellos dejaron y lo que yo pueda aportar, podremos con esto.

La miré, conmocionada por sus palabras.

—Pero… ¿y tú? No deberías tener que hacer eso por mí.

—Lou, ésta es tu vida. Tus sueños. Y no voy a dejar que los abandones por miedo o culpa. Tus padres no querrían eso.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero asentí sin decir nada. Lauren dejó la carpeta sobre la mesa y se levantó, dándome espacio.

—No tienes que decidir ahora —dijo con una sonrisa leve—. Pero quiero que lo pienses. Hablaré con la academia para ganar algo de tiempo.

Cuando se marchó, me quedé con mi abuela en silencio. Sus manos seguían sujetando las mías con firmeza, como si intentara darme seguridad, pero yo no podía evitar sentirme atrapada. El patinaje, mi pasión, me llamaba, pero cada vez que pensaba en el hielo, el recuerdo de ese día, de cómo mis padres murieron mientras yo competía, me pesaba como una losa. ¿Cómo podría volver a hacerlo? ¿Cómo podría dejar a Jerome, al chico que me daba algo de paz, para perseguir algo que solo me traía dolor?

Mi abuela me miraba, esperando que tomara una decisión, que fuera fuerte, que siguiera adelante. Pero yo no sabía si podía. ¿Cómo podría hacerle esto a Jerome? ¿Cómo podía dejarlo cuando él había sido mi refugio en todo este caos?

—Lo haré por ti, Lou. No te preocupes por nada —dijo ella, casi leyendo mis pensamientos. Pero sus palabras no me daban consuelo. No podía soportar la idea de que ella tuviera que sacrificarse por mí.

El peso de la situación me ahogaba. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente y mi corazón luchaban en direcciones opuestas. Estaba al borde de una decisión que no sabía si sería capaz de tomar. Y, sin embargo, al menos, por un momento, ya no me sentía completamente sola. Aunque el miedo seguía ahí, había algo más: una pequeña chispa de esperanza que me decía que aún había algo por lo que luchar.

CAPÍTULO 44

Jerome

La idea de quedar con Parker no me disgustaba del todo. Aunque nuestra amistad había mejorado algo después de la confusión por sus sentimientos hacia Lou, todavía había una incomodidad palpable. No le resultaba fácil vernos juntos, y lo entendía. Había sido extraño para él saber que yo estaba con Lou, especialmente después de todo lo que había dicho sobre ella. A pesar de ello, intentaba no dejar que eso arruinara nuestra relación de años.

Al dejar a Lou en su casa, me dirigí a la mía, y como no había nadie, subí directamente a mi habitación para darme una ducha y descansar un rato. Había sido una noche larga, y aunque habíamos dormido algo, no era lo mismo que hacerlo en una cama. Necesitaba relajarme.

Mientras me vestía, cogí el móvil y decidí escribirle a Parker. Había pasado tiempo desde la última vez que hablamos de verdad, y sentía que quizá era hora de hacer un intento por normalizar las cosas.

"Hola, tío. ¿Qué tal?"

El mensaje no tardó en llegar.

"Hola, Jerome. Bien, ¿y tú? ¿Por qué me hablas?"

Me reí al ver su respuesta. No es que no habláramos, pero después de todo lo sucedido, parecía que ambos evitábamos ciertos temas.

"Para que veas que también me acuerdo de mis amigos."

Me envió un emoji con una cara de diablo. Respondí rápidamente, sugiriendo que podríamos hacer algo juntos, ya fuera ver una película de acción o ir a cenar. No importaba, solo quería ver cómo respondía.

"Me gusta la idea. ¿A qué hora quedamos?"

"Pues en una hora en la esquina. ¿Te parece?"

Con un "sí" grande, dejé el móvil. Me cambié y decidí ir a ver a Lou antes de salir. Aunque solo había pasado una hora desde que la

dejé en su casa, me costaba estar sin verla.

Me calcé las botas, me puse el abrigo y los guantes, y salí de mi casa. Estaba a punto de llegar a la puerta de Lou cuando vi a Lauren bajando los escalones del porche. Me sorprendió verla aquí, pero lo que más me sorprendió fue la expresión de su rostro. No era la típica cara de alguien que venía a saludar, sino más bien de alguien que tenía algo importante que decirme.

—Jerome —su saludo fue cortante, como siempre.

—Hola, Lauren. ¿Qué haces por aquí? —pregunté, intentando que mi tono sonara casual, aunque estaba claro que había venido a hablar con Lou.

Su mirada, cargada de frustración, me desconcertó. El silencio que se instaló entre nosotros me ponía nervioso. ¿Qué le pasaba ahora? No es que Lauren fuera precisamente una mujer amigable, pero había algo diferente hoy.

—He venido a hablar con Lou, ya que lleva semanas evitando mis llamadas —respondió, y sí, sabía que había intentado comunicarme con ella, pero no tantas veces como parecía dar a entender.

—¿Has podido hablar con ella? —pregunté, con algo de ansiedad.

Asintió, pasándose los dedos por el puente de la nariz, como si estuviera buscando la mejor manera de seguir con la conversación. No me era extraño que no tuviera facilidad para hablar de manera abierta, porque las pocas veces que nos habíamos cruzado, nunca fue amable conmigo. Más bien, parecía que me veía como una molestia.

—Jerome, he venido porque le han ofrecido a Lou una beca en una de las academias más importantes de Dakota del Norte para continuar con su carrera en el patinaje.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Eso suena increíble —dije con sinceridad, sin poder evitar que una sonrisa se asomara, aunque no tardé en darme cuenta de que el ambiente no era tan positivo como parecía.

—¿Increíble? Lou no quiere aceptarla —respondió, con un tono que me dejó frío.

Fruncí el ceño, confundido.

—¿Cómo que no quiere? ¿Por qué?

—Porque no quiere dejarte, Jerome. Lo va a rechazar por ti. —Su voz sonó más grave, como si estuviera lanzándome una advertencia, y mi estómago se tensó.

Que Lou no quisiera aceptar algo tan importante para su futuro por mí me hizo sentir fatal. Dakota del Norte no estaba precisamente al lado, pero eso no importaba. Se trataba de una oportunidad única, algo que no podía dejarse escapar. ¿Por qué lo haría?

—Pero… no puede hacer eso —dije, titubeante, mi mente trabajando a toda velocidad.

—Precisamente por eso quería hablar contigo —respondió Lauren, ahora con un tono más firme—. Tienes que hacer lo que sea necesario para que lo acepte. Es una oportunidad única en la vida, Jerome. No puede dejarlo todo solo por estar contigo. Si de verdad la quieres, como creo que lo haces, haz lo que sea necesario.

Sus palabras fueron un golpe directo a mi pecho. Mi cabeza daba vueltas, y todo lo que quería era hacer lo correcto para Lou. Pero ¿lo correcto qué era? ¿Hacerla seguir su sueño a costa de lo que sentíamos el uno por el otro? ¿Era eso lo que realmente quería?

Lauren seguía mirándome fijamente, como si esperara una respuesta. Y la verdad, no tenía ni idea de qué decirle.

—No sé qué hacer para convencerla. Ella me ha dejado claro que no quiere volver a patinar, y mucho menos dejar que me meta en ese asunto. ¿Qué puedo hacer yo? No quiero que desaproveche esta oportunidad por mí. Lo único que quiero es que cumpla sus sueños y sea feliz.

Mis palabras salían entrecortadas, como si me costara respirar. Me atoraba solo de pensar en la idea de convencer a Lou de que aceptara la beca, porque había una única manera de hacerlo, y esa manera no me gustaba nada.

—Mira, Jerome —suspiró, como si estuviera cansada de escuchar mis dudas—. Veo que eres un chico inteligente. Sabes lo que debes hacer cuando llegue el momento. Pero lo único que debes tener en cuenta es esto: si Lou no acepta, no volverá a patinar nunca más. ¿Es eso lo que quieres?

Negué con la cabeza, y un nudo se me formó en la garganta. Claro que no quería eso. Pero no sabía cómo podía ayudarla.

—Entonces, rompe con ella —dijo de manera firme, como si fuera la única opción posible—. No sé si estáis juntos, pero lo deduzco, por cómo te comportas. Es la única manera en la que ella aceptaría la beca. Piénsalo y me dices. Aquí tienes mi tarjeta.

Me extendió la tarjeta con un gesto rápido, y antes de que pudiera responder, se dio media vuelta y se subió a su coche.

La vi marcharse en su coche, y me quedé paralizado, anclado al suelo. Ahora no me atrevía a ir a ver a Lou. No sabía cómo actuar después de saber todo esto. ¿Qué iba a hacer?

Un momento después, Parker apareció en mi campo visual. Habíamos quedado en la esquina y ni siquiera me había dado cuenta de que ya estaría esperándome.

—Jerome, ¿quién era esa mujer con la que hablabas? —me preguntó al llegar junto a mí, pero no pude responderle—. Tío, ¿qué te pasa? Pareces haber visto un fantasma. —Puso una mano sobre mi hombro, y fue cuando por fin volví en mí.

—Eh, hola —musité, sin mucho más que decir.

—¿Quién era? —me repitió, insistente.

—La entrenadora de Lou.

Mis palabras salían desordenadas. Seguía sin poder hablar con normalidad, sin poder respirar de forma tranquila. Las piernas me temblaban y el corazón latía tan rápido que parecía que se me iba a salir del pecho.

Como no era capaz de quedarme frente a la casa de Lou, le dije a Parker que nos fuéramos ya. Al principio me preguntó si no iba a verla antes, pero negué con la cabeza. No podría ponerme frente a ella en ese momento, cuando todo daba vueltas. Solo tenía ganas de alejarme, de correr hasta encontrar un lugar donde estuviéramos solos. Necesitaba consejo, pero no sabía si Parker sería el mejor para ello.

—Espera, Jerome. ¿Qué pasa? Estás raro, tío. —Me frenó cuando ya estábamos algo alejados de su casa.

—Necesito que vayamos a tomar algo, tengo mucho que pensar y ahora mismo no sé… estoy bloqueado —le confesé, como si él tuviera alguna idea de lo que me estaba pasando, pero no era así.

—Pero ¿ha pasado algo malo? —preguntó, pero yo simplemente negué—. ¿Entonces?

—Es mejor que lo hablemos en otro lado.

Fuimos caminando hasta el centro y entramos en el primer bar que encontramos. No solía beber, no era de los que se emborrachan, aunque, por culpa de una borrachera, casi perdí a Lou. Sin embargo, hoy necesitaba olvidar, aunque solo fuera por un instante, perderme en algo que no tuviera que ver con lo que Lauren me había pedido. ¿Romper con Louise? No podía estar hablando en serio, aunque sus palabras tenían una firmeza que me aterraba.

Nos sentamos, pero yo seguía en silencio. No sabía cómo empezar a contarle a Parker lo que estaba pasando. El camarero se acercó a tomar nota, y ambos pedimos cerveza. Parker arqueó una ceja al escuchar mi pedido; no era habitual en mí, y su expresión cambió al darse cuenta de que algo no estaba bien.

—¿Me vas a contar de una vez qué te pasa? —rompió el hielo, una ironía amarga que no podía ignorar. El hielo, el mismo que me unió a Lou, ahora parecía destinado a separarnos. Solo de pensarlo, sentía que algo dentro de mí se quebraba.

Respiré hondo, sabiendo que no había una forma fácil de decirlo.

—Tengo que dejar a Lou… No puedo seguir con ella.

Parker frunció el ceño, confundido al principio, pero la incomprensión pronto dio paso a un cabreo evidente.

—Siempre supe que acabarías haciéndole daño, que no podrías estar en serio con ella. No te mereces a Louise, Jerome, y ahora mismo lo único que quiero es partirte la cara. —Sus palabras eran un golpe directo, y ver cómo cerraba los puños me dejó claro que estaba listo para hacerlo.

—Hazlo —le dije, con la mirada fija en la mesa—. Nada de lo que me hagas dolerá más que saber que tengo que dejarla.

El fuego en sus ojos se apagó un poco. Su rostro se suavizó, aunque todavía mantenía una expresión seria. Supo que algo no cuadraba.

—¿Qué está pasando, Jerome? Esto no suena a ti.

Después de lo que dije, Parker seguía mirándome, claramente esperando una respuesta que tuviera más sentido. Respiré hondo,

tratando de ordenar mis ideas antes de hablar.

—Lou tiene una oportunidad única. Una beca en una academia de patinaje en Dakota del Norte —empecé, con la voz baja, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real—. Lauren cree que no aceptará porque no quiere dejarme. Y ahora me ha pedido que la deje yo.

Parker frunció el ceño, pero su reacción no fue inmediata. Parecía procesar lo que acababa de decir.

—¿Y tú qué piensas hacer? —preguntó al fin, con un tono más controlado, aunque su mirada seguía siendo dura.

—No lo sé. Quiero que sea feliz, que cumpla sus sueños. Pero… no puedo imaginarme sin ella. Es como si estuviera atrapado en una decisión imposible.

Parker suspiró, recostándose en la silla mientras cruzaba los brazos.

—Mira, Jerome, no soy la mejor persona para darte consejos sobre esto. Ya sabes lo que siento por Lou, pero esto no se trata de mí. Si ella tiene la oportunidad de cumplir algo que siempre quiso, tú, como su novio, deberías apoyarla. Pero romper con ella… No estoy seguro de que sea la respuesta.

—Entonces, ¿qué hago? —pregunté, casi suplicando. Mis manos temblaban ligeramente mientras las escondía bajo la mesa.

—Habla con ella. Dile cómo te sientes. Pero también déjale claro que no puede rechazar esto por ti. No la subestimes, Jerome. Lou es más fuerte de lo que crees.

Las palabras de Parker resonaron en mi mente. Tenía razón; necesitaba hablar con ella, pero el miedo de enfrentar esa conversación seguía paralizándome.

Después de terminar nuestras cervezas, Parker se ofreció a acompañarme a casa. Durante el camino, ninguno de los dos dijo nada. El peso de la conversación anterior parecía colgar en el aire.

Cuando llegué a mi habitación, me senté en la cama y enterré la cabeza entre las manos. Todo lo que Lauren había dicho seguía dando vueltas en mi cabeza. Romper con ella. ¿De verdad sería la única manera de que aceptara la beca? ¿Y si eso rompía algo en ella que no pudiera repararse?

Mis pensamientos comenzaron a desbordarse, y sin darme cuenta, saqué el móvil. Abrí nuestra conversación y me quedé mirando su última respuesta: un emoji sonriente que me había enviado unos días antes. Mi dedo se movió hacia el teclado, pero no pude escribir nada.

En cambio, me levanté y me acerqué a la ventana. Afuera, la nieve caía débilmente, iluminada por las farolas. El mundo parecía tan tranquilo, como si no tuviera idea del caos que había dentro de mí.

Tenía que verla. Tenía que hablar con ella, pero no sabía cómo hacerlo y, mucho menos, cómo empezar.

Recibí un mensaje, y era de Louise. Cogí el móvil con manos temblorosas y supuse que me escribía para contarme lo de la beca, pero no fue así. No me dijo nada, y eso no hizo más que incrementar mi miedo a aceptar la propuesta de Lauren de dejarla.

"Hola, ¿qué tal con Parker? ¿Lo habéis pasado bien?"

No respondí. No tenía valor de escribirle nada en ese momento.

"Jerome, ¿estás ahí?"

"¿Pasa algo?"

Noté cómo empezaba a ponerse nerviosa. La conocía demasiado bien, y tampoco sabía cómo lidiar con eso. No sabía cómo calmar sus nervios cuando ni siquiera podía lidiar con los míos.

CAPÍTULO 45

Louise

Desde que Lauren salió de mi casa, no había dejado de pensar en la beca. El nombre de la academia seguía rebotando en mi cabeza como un eco constante, y aunque debería sentirme emocionada, solo sentía una mezcla de presión y confusión. Mi primer pensamiento fue rechazarla. Había pasado tanto tiempo lejos del hielo que ni siquiera estaba segura de si podía volver. Y, además, ¿cómo iba a dejar todo lo que tenía aquí? ¿Cómo iba a dejar a Jerome?

Suspiré, dejando caer el móvil sobre la cama mientras me recostaba, mirando el techo. Había estado a punto de contarle, de escribirle para desahogarme, pero algo me detenía. Tal vez era el miedo a su reacción o, peor aún, la posibilidad de que me animara a aceptarla, y eso significara perderlo.

Opté por escribirle algo más sencillo, preguntarle qué tal lo había pasado con Parker. Pero no recibí respuesta.

Había algo en el silencio de Jerome que me ponía los nervios de punta. Mi dedo tamborileaba contra la pantalla del móvil mientras miraba nuestra conversación. El doble check azul brillaba como un recordatorio constante de que había leído mis mensajes, pero no había respondido.

¿Por qué no decía nada? Sabía que no era su estilo dejarme colgada, especialmente después de todo lo que habíamos compartido estos días. Pero ahí estaba yo, esperando una respuesta que parecía no llegar nunca.

Intenté distraerme reorganizando las cosas de mi escritorio, pero mi mente seguía volviendo a él. ¿Estaría ocupado? ¿O quizá algo le pasaba y no sabía cómo decírmelo? Un nudo comenzó a formarse en mi estómago, y, sin darme cuenta, estaba repasando todas nuestras últimas conversaciones, buscando alguna pista que pudiera explicar su comportamiento.

La verdad era que Jerome y yo habíamos estado más unidos que nunca en los últimos días. Pero, por alguna razón, ahora sentía que algo había cambiado. Y lo peor de todo era no saber por qué.

El doble pitido de mi móvil me sacó de mis pensamientos. Rápidamente lo cogí, esperando encontrar un mensaje suyo, pero solo era una notificación de otra conversación que no tenía importancia. Volví a abrir la conversación con Jerome. Había leído mis mensajes, lo sabía, pero no había respondido. El doble check azul seguía allí, como si me observara con burla.

Suspiré de nuevo. Esto no era normal, y su silencio empezaba a ponerme nerviosa. Jerome siempre había sido directo conmigo, incluso cuando las cosas no eran fáciles. ¿Por qué estaba actuando así?

Mis pensamientos volvieron a girar en torno a él. ¿Estaría bien? ¿Le habría pasado algo? El nudo en mi estómago crecía a cada segundo. ¿O tal vez era algo que yo había hecho?

Finalmente, dejé caer la cabeza sobre el escritorio, cerrando los ojos por un momento. No sabía qué me molestaba más: la beca, el miedo a volver al hielo o el vacío que me estaba dejando Jerome con su falta de respuesta. Pero, en el fondo, sabía que las tres cosas estaban conectadas de una manera que aún no lograba entender.

—Lou, ¿estás despierta? —La voz de mi abuela me sacó de mis pensamientos.

—Sí —respondí, breve. Sin esperar más, abrió la puerta y entró en mi habitación.

—¿Cómo estás? —preguntó, con esa suavidad que siempre empleaba cuando veía que algo no iba bien.

Me encogí de hombros, sin saber qué responder. Desde la conversación con Lauren, me había encerrado para pensar, pero cada vez me sentía más atrapada en mi propia cabeza. No solo por no haber sido capaz de tomar una decisión, también estaba el tema de Jerome.

¿Qué estaba pasando? Me sentía tan agobiada con todo que apenas podía respirar. Hace unas horas estaba feliz, tan feliz que pensaba que esa dicha sería eterna. Pero estaba claro que me había equivocado.

La noche que pasamos en el lago fue tan especial que una parte de mí quería aferrarse a ella, grabarla en mi mente y mi corazón como un momento intocable. Pero la otra parte, esa que no quería escuchar, me decía que esa noche se quedaría allí, atrapada entre los árboles, las auroras boreales y el canto de los pájaros. Jerome había sido tan especial conmigo, tan cercano. No quería pensar en nada negativo. Seguramente estaba cansado, por eso no respondió a mis mensajes.

—Lou —dijo mi abuela, pronunciando mi nombre con calma mientras se sentaba al borde de mi cama.

Me levanté de donde estaba y me acerqué a ella, sentándome a su lado. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos, su mirada cálida pero preocupada. Me conocía demasiado bien y sabía que me enfrentaba a otra de esas pruebas de las que no sabía cómo salir.

—¿Qué? —pregunté finalmente, mirándola fijamente.

—Lauren dijo que no tienes que dar una respuesta todavía, cielo. Aunque, si te soy sincera, me gustaría que aceptaras.

Bajé la mirada, buscando en el suelo alguna respuesta que no encontraba.

—No tienes que preocuparte por nada, cariño. Todo va a salir bien, y verás que Jerome te apoyará en la decisión que tomes.

Quise creerle, pero la duda ya se había sembrado en mi corazón. No podía asegurar que Jerome me apoyaría, porque ni siquiera le había contado lo de la beca. Tal vez mi abuela tenía razón, tal vez él lo entendería, pero… ¿qué era lo que yo realmente quería?

El hielo me aterraba. No por miedo a no dar la talla, sino porque sabía que no estaba preparada para intentarlo. No ahora

—¿Te preparo algo de cena? —No tenía apetito, pero asentí, sabiendo que no me dejaría acostar sin comer—. Está bien, te traeré un sándwich especial, ¿vale?

La idea de comer su sándwich especial no me disgustó del todo.

—¿Es el mismo que me hacías cuando era pequeña? —pregunté con una sonrisa.

—Ese mismo. —Se levantó rápidamente.

—Vale, me gusta. —Con una carcajada, salió de mi habitación.

No tardó nada en regresar, trayendo esa delicia que siempre llevaba lechuga, tomate, guacamole, jamón braseado y algo más que nunca me decía, pero que le daba ese toque tan característico.

—Gracias, abuela. —Le di un beso en la mejilla—. Luego bajo yo el plato, ¿vale? No vuelvas a por él, que te conozco.

—Tranquila, me voy a la cama ya. Estoy agotada. Buenas noches, cielo.

—Buenas noches.

Mientras comía, no podía dejar de mirar el mensaje que le había enviado a Jerome y que aún no había respondido. Lo peor era verlo en línea una y otra vez. ¿Por qué no me respondía? Me dieron ganas de ir a su casa, pero ya era tarde, y no quería molestar a sus padres, que trabajaban tanto y, seguramente, ya estarían descansando. Pensé en escribirle de nuevo, pero temía enfrentarme a su silencio otra vez. Así que, en un impulso, decidí escribirle a Parker.

"Hola, Parker. ¿Qué tal estás?"

No tardó en leer mi mensaje y contestarme.

"Lou, bien. ¿Y tú? Me alegra hablar contigo."

Parker era tan bueno que, a veces, me daba pena no haberle correspondido como se merecía. Pero yo estaba enamorada de Jerome, y no podía engañarle.

"Yo también, gracias."

"Oye, Parker, ¿sabes qué le pasa a Jerome?"

"Le escribí hace rato. Me lee los mensajes, pero no responde."

"De verdad, estoy bastante preocupada."

Lo vi escribir, luego detenerse, volver a escribir y otra vez parar. Eso solo aumentó mi inquietud. ¿Acaso Parker sabía algo que yo no? Habían salido juntos, seguro que estaría al tanto de lo que le pasaba a mi novio, y eso me molestaba. Se suponía que Jerome debía confiar en mí. A veces compartimos más cosas con nuestros amigos que con nuestras parejas, ¿no? Eso me hizo recordar cuando Jerome y yo éramos solo amigos, cuando nos lo contábamos todo, sin barreras. ¿Era posible que el paso de amigos a novios nos estuviera distanciando? No, no podía creer que eso pudiera pasarnos a nosotros. Jamás.

"Bueno, puede ser porque hemos bebido."

"Estaba algo mareado y seguramente se sentirá avergonzado."

Su respuesta no tenía consistencia. No me la creía, pero fingí que sí, porque sabía que Parker no me diría nada más.

"Vale."

Respondí brevemente. ¿Qué más podría decirle? Parker volvió a escribir.

"Mañana hemos quedado con algunos compañeros del equipo."

"Vente y así nos vemos."

"Si quieres, voy a recogerte cuando vaya a por Jerome."

Una parte de mí, tras leer ese mensaje, me dijo que debía ir, que no podía desaprovechar la oportunidad de hablar con Jerome cara a cara, a pesar de que también podría ir a su casa y encararle directamente. Pero, por otro lado, tenía una sensación extraña, como si no debiera ir.

"Está bien, me apunto."

Acabé aceptando porque mis ganas de ver a Jerome, aunque fuera con esa excusa, podían más que mi incertidumbre, antes de tener que buscarlo y acabar discutiendo por no haberme respondido.

Hablamos unos minutos más y me despedí de él. Bajé a la cocina para dejar el plato y regresé a mi habitación para dormir. Estaba bastante cansada.

Al día siguiente, pasé toda la mañana estudiando. Apenas salí de mi habitación, solo para comer. Cuando llegó la tarde, me arreglé para salir con Jerome, Parker y otros amigos. Sabía que habían tenido entrenamiento, por eso no nos habíamos visto antes. Sin embargo, pensé que Jerome me escribiría por la mañana, y no lo hizo, lo cual me puso ansiosa. ¿De verdad esto iba a ser así a partir de ahora?

—Hola, Parker —lo saludé en cuanto salí de mi casa. Él ya me estaba esperando.

—Hola, Lou. —Me dio un beso en la mejilla.

—¿Y Jerome? —pregunté, justo en el momento en que apareció en mi campo visual.

Jerome, al verme, se tensó. Lo noté en su mirada, en la tensión de su mandíbula y en cómo apretaba los brazos, aunque no pude ver bien, ya que llevaba una manga larga.

—Jerome —habló Parker.

—Hola —saludó a él antes que a mí. Yo fruncí el ceño.

—Lou. —Me dio un beso corto en los labios, casi un roce, porque no llegó a pegar los labios.

—Hola —musité, confundida.

Caminamos en silencio. Bueno, yo iba en silencio, porque ellos conversaban entre sí como si estuvieran solos. Y sentí como el cielo se nublaba sobre mi cabeza.

El bar estaba más lleno de lo que esperaba, y la mezcla de risas, música y el tintineo de vasos me resultaba un poco abrumadora después del entrenamiento. Aun así, estaba contenta de haber aceptado salir con Jerome y algunos de sus amigos. Últimamente, entre la beca, Lauren y mis propias dudas, sentía que necesitaba una distracción. Jerome no había sido el mismo desde ayer, pero me convencí a mí misma de que quizás solo estaba cansado.

Me senté junto a Parker, que estaba de un humor sorprendentemente bueno, y traté de integrarme en la conversación. Jerome estaba en el otro extremo de la mesa, hablando con uno de sus compañeros de equipo. Apenas me había mirado desde que llegamos, y eso me tenía un poco inquieta.

—¿Todo bien, Lou? —preguntó Parker, inclinándose hacia mí con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí, claro —mentí, sonriendo débilmente.

Pero no era verdad. Todo estaba mal. Lo sentía en mi pecho, como un peso que no me dejaba respirar del todo.

Decidí que no podía seguir ignorándolo. La preocupación me carcomía, y necesitaba saber qué le pasaba. Me levanté de la mesa y caminé hacia él. Jerome levantó la vista cuando me acerqué, pero su expresión me detuvo por un segundo. Sus ojos no reflejaban nada, y eso me heló por completo.

—Jerome, ¿podemos hablar un momento? —pregunté, tratando de mantener mi voz firme.

—Claro —respondió, pero su tono era tan distante que sentí como si me hubiera clavado un cuchillo.

Nos apartamos un poco del grupo, aunque seguíamos lo suficientemente cerca como para que Parker y los demás pudieran

vernos. Mi corazón latía tan rápido que casi me dolía.

—¿Qué está pasando contigo? —le solté, incapaz de contenerme más—. Has estado raro desde ayer. Ni siquiera me miras, y apenas me hablas. ¿He hecho algo mal?

Él se cruzó de brazos, su postura cerrada, como si estuviera construyendo un muro entre nosotros.

—No pasa nada —respondió con una voz que no sonaba como la suya—. Solo... no estoy seguro de qué estamos haciendo aquí.

Mi mente no pudo procesarlo por completo. ¿Qué estaba diciendo? La confusión me envolvía, como si las palabras no pudieran encajar en mi cerebro. Estaba frente a él, tratando de leer su rostro, buscando algún atisbo de emoción, alguna pista que me dijera que todo esto no era real, que todavía había algo de lo que conocía a Jerome. Pero no había nada. Nada que me diera esperanza. Su rostro estaba impasible, como una máscara. Su mirada evitaba la mía, y eso, más que cualquier cosa, me decía lo que no quería escuchar.

—¿Qué quieres decir con eso? —insistí, ahora con una creciente angustia en la voz.

Jerome suspiró, y el sonido fue como una bofetada

—Lou… esto no está funcionando.

Por un instante, no entendí lo que acababa de decir.

—¿Qué? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

—Nosotros. Tú y yo. Esto. No está funcionando.

Sentí como si el suelo bajo mis pies desapareciera.

—¿De qué estás hablando? —insistí, mi voz temblando mientras trataba de encontrar algún sentido en sus palabras.

—Creo que lo mejor es que lo dejemos.

Mi pecho se contrajo, como si alguien me estuviera aplastando el corazón con las manos.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué está pasando? —mi voz se rompió, y las palabras apenas salieron de mi garganta.

Jerome evitó mi mirada, y eso fue lo que más me dolió.

—No es por ti, Lou. Es por mí. Esto no es lo que quiero.

Mi mente giraba en círculos, buscando desesperadamente una explicación, algo que pudiera arreglar esto.

—¿No es lo que quieres? —repetí, incrédula—. Jerome, mírame a los ojos y dime eso otra vez.

Él levantó la mirada por un breve segundo, pero la desvió casi al instante.

—No lo hagas más difícil, por favor. Esto es lo mejor para los dos.

Un calor extraño se apoderó de mi pecho, mezclándose con el dolor. Era enojo, confusión, tristeza, todo al mismo tiempo.

—¿Esto es lo mejor? ¿Romper conmigo de la nada, aquí, delante de todos? —mi voz subió un poco, lo suficiente para que Parker y los demás comenzaran a prestar atención.

Jerome no dijo nada. Su silencio era como un golpe tras otro, y me di cuenta de que no tenía nada más que decirme.

—Si esto es lo que quieres, entonces está bien —dije finalmente, aunque mi voz temblaba. No iba a rogarle. No iba a romperme delante de él. Pero por dentro, ya estaba hecha pedazos—. Espero que al menos seas sincero contigo mismo, porque no lo estás siendo conmigo.

Le di la espalda antes de que pudiera ver cómo las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas. Salí del bar, sintiendo cómo el aire frío de la noche golpeaba mi rostro. Caminé sin rumbo, el pecho aun ardiendo mientras las palabras de Jerome resonaban en mi cabeza.

"Esto no está funcionando"

"No es lo que quiero"

Me detuve en seco, incapaz de avanzar más. ¿Cómo podía no querer esto? ¿Cómo podía no quererme a mí? La conexión que habíamos compartido, el amor que sentí en sus ojos esa noche, ¿todo eso no significaba nada para él?

Todo lo que había intentado construir, todas las piezas que había reunido de mí misma se desintegraron de golpe. ¿Cómo podía algo tan real desaparecer tan rápido? ¿Cómo podía él ser tan ajeno a lo que éramos?

CAPÍTULO 46

Jerome

Pensé mil veces en qué responderle a su mensaje. Me pasé horas divagando sobre la manera de hablar con ella, buscando una forma de ocultar lo mal que me sentía, pero no me atrevía. No podía. Entré al chat una y otra vez, repasando sus palabras, buscando alguna forma de ignorarla, de demostrarle que no quería hablar. Pero no lograba encontrar nada que me sirviera.

Finalmente, me acosté, agotado. Mi cabeza no paraba de dar vueltas, y el corazón latía con fuerza, como si estuviera a punto de estallar. Aunque todo era un caos, había algo que sabía con certeza: debía hacer una cosa. Una sola decisión que me destrozaría el alma en mil pedazos, algo tan doloroso que no sabía cómo recomponerme. Y, por si eso no fuera suficiente, tendría que cargar con el dolor que causaría en Lou.

Al día siguiente, no le escribí para darle los buenos días como siempre, y con eso ya comencé a sentirme como si la estuviera traicionando. Teníamos la costumbre de mandarnos un mensaje nada más despertarnos, pero ni siquiera eso pude hacer. El simple acto de no hacerlo ya me desgarraba por dentro.

—Buenos días, grandullón. ¿Hoy saldrás a algún sitio con Lou? —La voz de mi madre me sacó de mis pensamientos.

Estábamos en la cocina, a punto de comer. Mi padre apareció justo antes de que pudiera contestarle, pero lo único que pude hacer fue negar, porque las palabras no salían de mis labios. Mi garganta estaba demasiado apretada para que algo coherente escapara de mí.

—En realidad, tengo entrenamiento —recordé de repente, como si eso fuera lo único que me quedaba, y ella asintió sin más.

Mi día pasó lento, cada minuto arrastrándose más que el anterior. Bajé para desayunar, me encerré en mi habitación a pensar en nada en particular, bajé nuevamente para almorzar y luego volví a refugiarme entre cuatro paredes hasta que llegó la hora de irme a entrenar. Cada parte del día parecía vacía, como si todo lo que hacía

estuviera de alguna manera ensombrecido por lo que había decidido, por la decisión que aún no entendía completamente, pero que sabía que había tomado.

El entrenamiento era lo único que me mantenía en movimiento, aunque sabía que no podía seguir con este peso sobre los hombros por mucho más tiempo.

La pista de hielo estaba llena del sonido de los patines deslizándose y el choque constante del puck contra las tablas. Yo intentaba concentrarme, mantenerme en el momento, pero cada pase, cada jugada, parecía desmoronarse ante la tormenta que se libraba en mi cabeza. No podía pensar en nada más.

La presión del equipo era algo que siempre había manejado bien. El hockey se había convertido en mi refugio, mi escape. Pero hoy era diferente. La ansiedad me apretaba el pecho y las manos me sudaban bajo los guantes. Cada vez que miraba a Parker o a Zack, me sentía atrapado, como si estuviera jugando un partido en el que no quería estar. Pero lo peor de todo era que no podía dejar de pensar en Lou. Sabía que lo que haría no tenía vuelta atrás, y que lo que sentía ahora, ese nudo en el estómago, solo empeoraría cuando se enfrentara a mí, cuando se diera cuenta de lo que estaba por suceder.

Parker gritaba órdenes, Lion estaba a su lado, llevando el puck hacia la portería como siempre, pero yo no podía seguir el ritmo. Mi mente no dejaba de saltar entre las decisiones que había tomado sin darme cuenta, entre el dolor que vería en los ojos de Lou, entre la necesidad de hacer lo correcto. Sabía que debía alejarme de ella, pero no podía. No podía dejar de desear estar a su lado.

—¡Jerome! —gritó Parker desde el centro del hielo, lanzándome el puck con fuerza—. ¡Vamos, tíralo a puerta!

Mi respiración estaba más rápida de lo normal, mi mente llena de pensamientos contradictorios. «No te distraigas. Piensa en el juego. Es solo un entrenamiento», me repetía una y otra vez. Pero nada parecía calmarme. La verdad era que no podía dejar de pensar en lo que estaba por venir, en la decisión que sabía que ya había tomado, aunque no fuera capaz de asimilarla por completo.

El hielo crujía bajo mis patines, y por más que me esforzaba por concentrarme, mi mente se desviaba hacia un solo lugar: Lou. Sabía que debía alejarme de ella, pero no podía. Pensaba en todo lo que había sucedido entre nosotros, en lo que me estaba arriesgando.

El entrenador, Fraser, me observaba desde el borde de la pista, su mirada fija. Sabía que no estaba dando lo mejor de mí, pero no podía cambiarlo.

—¡Concentrado, Spencer! —bramó el entrenador—. ¡Esto no es un paseo!

Parker, al ver mi error, patinó hasta mí.

—¿Estás bien? —me preguntó, frunciendo el ceño.

No podía decirle la verdad. No podía explicar por qué mi mente estaba en otro lugar, por qué mis pies no respondían. Solo asentí y tomé aire. «Todo está bien», pensé, pero en realidad no lo estaba.

El entrenamiento continuó, pero para mí todo se volvió borroso. Los movimientos de mis compañeros, la jugada que intentábamos, se sentían lejanos, como si no estuviera completamente allí. Era incapaz de desconectar.

Cuando el entrenamiento terminó, me quedé atrás, patinando en círculos lentos, tratando de calmar la agitación en mi pecho. El equipo ya se dirigía al vestuario, pero yo aún no podía moverme. Me preguntaba si haría lo correcto, si alejarme de ella, por mucho que me doliera, realmente la ayudaría. Sabía que no quería perderla, pero también sabía que no podía quedarme con ella y arruinar su futuro, su sueño de ser patinadora profesional.

Finalmente, con una sensación de vacío profundo, me dirigí al vestuario. No podía seguir con esa carga, no podía soportar el peso de la decisión mucho más tiempo.

Cuando nos duchamos y cambiamos de ropa, salí del vestuario sin hablar con nadie. Parker me interceptó antes de que pusiera un pie afuera, deteniéndome con una mano en el brazo.

—Eh, Jerome —me miró directamente, sus ojos fijos en los míos —. Hoy has estado especialmente distraído.

Me encogí de hombros, sin saber qué más decir. No era como si pudiera ocultarlo.

—Sé que estás así por lo de Lou y créeme, te entiendo, pero tienes que hacer las cosas bien.

—Eso es lo que intento —respondí, mi voz cargada con la amarga frustración que llevaba encima.

—Vamos a ir a tomar algo, ¿te vienes? —me preguntó, su tono amigable, pero yo dudaba. No estaba seguro de si salir con ellos sería una buena idea, pero no podía quedarme en casa, atrapado en mis pensamientos.

—Venga, no lo pienses tanto, solo ven —insistió, con una sonrisa en el rostro—. Hemos quedado en un par de horas, así que puedes ir a tu casa primero.

—Está bien, nos vemos en un rato —respondí, tratando de sonar más convencido de lo que realmente estaba.

—Nos vemos en tu calle y salimos juntos, ¿de acuerdo?

Asentí sin mucho entusiasmo y salí finalmente, agradecido de que al menos me dieran un respiro.

La llegada a mi casa fue un desastre. No quería ni acercarme a la casa de Lou. Temía que, si la veía antes de salir, no podría hacer lo que había decidido. Lo que no me esperaba era que, cuando salí para encontrarme con Parker, Lou estuviera hablando con él. Sentí cómo mi cuerpo se tensaba, cómo mi mandíbula se apretaba sin quererlo. Su presencia me afectaba más de lo que quería admitir.

No estaba preparado para ello. No sabía cómo iba a afrontar todo esto, ni cómo iba a actuar frente a ella.

Parker la saludó con un beso en la mejilla, y en un momento que se me hizo eterno, Lou me buscó con la mirada. Sentí cómo mi cuerpo se tensaba, cómo mi mandíbula se apretaba sin quererlo. Mis brazos estaban rígidos bajo la manga larga de mi jersey, pero no pude evitarlo. Su presencia me afectaba más de lo que quería admitir.

Escuché la voz de Parker, y con una leve inclinación de cabeza, lo saludé, pero no fue hasta que mis ojos se encontraron con los de Lou que todo se volvió más difícil. Ella frunció el ceño al verme, y aunque no dijo nada, su expresión lo decía todo. Sentí el peso de su mirada, como si estuviera juzgando mi distancia, pero no podía hacer nada al respecto.

Ella respondió con un saludo corto, y no pude evitar sentirme un poco desconcertado cuando, al final, le di un beso. Fue apenas un roce, casi nada. No pude evitar pensar que no era lo que había sido antes. Aquella cercanía se había convertido en un espacio incómodo, algo que había comenzado yo.

Cuando llegamos al bar, este estaba más lleno de lo que había anticipado. Nos sentamos con algunos amigos en una de las mesas, pero al ver a Lou frente a mí, al lado de Parker, me sentí atrapado. Me habría encantado sentarme a su lado, pero no podía ceder. Había tomado una decisión, y esa decisión era romper con ella, tal y como Lauren me había sugerido.

Lou intentaba captar mi mirada en todo momento, pero yo desviaba la vista, sabiendo que, si la miraba, todo se desmoronaría.

Finalmente, se armó de valor y me pidió que habláramos. Nos levantamos, apartándonos un poco del bullicio de la mesa, aunque no lo suficiente como para que no nos escucharan.

—¿Qué está pasando contigo? —preguntó, casi sin aliento—. Has estado raro desde ayer. Ni siquiera me miras, y apenas me hablas. ¿He hecho algo mal

Mi primer impulso fue alejarme de ella, cruzarme de brazos, endurecerme, construir un muro de hielo entre nosotros. Me costaba pensar, pero sabía que tenía que decir algo.

—No pasa nada —respondí sin pensar—. No estoy seguro de lo que estamos haciendo aquí.

Mis palabras no sonaron como las mías, y el silencio que se instaló entre nosotros me aplastó. El dolor de verla tan perdida, tan confundida, me desgarraba por dentro. Pero no podía parar. No podía retroceder.

Sus preguntas seguían llegando, y mi mundo se hacía más pequeño. La desesperación que sentía me estaba matando por dentro. Sabía que tenía que ser claro, que no podía seguir posponiendo algo que ya era inevitable.

—Creo que lo mejor es que lo dejemos —dije, aunque mi voz no se escuchó tan firme como quería. Las palabras parecían vacías, pero tenía que decirlas—. No es lo que quiero.

Mi corazón dio un vuelco, y por un segundo creí que me ahogaba en mi propia mentira. Lou se quedó quieta, su rostro arrugado en incredulidad, buscando en mis ojos alguna señal de que no estaba diciendo lo que pensaba.

—¿No es lo que quieres? —preguntó, su voz quebrada, y me miró con una mezcla de dolor y esperanza, como si creyera que aún podía salvar algo.

Levanté la mirada solo un instante, pero la desvié rápidamente, incapaz de sostener su mirada.

—No lo hagas más difícil, por favor. Esto es lo mejor para los dos —musité, y aunque traté de sonar decidido, mi voz se quebró por dentro.

Lou permaneció en silencio por unos largos segundos, como si estuviera procesando lo que acababa de escuchar. Finalmente, me dio la espalda.

—Si esto es lo que quieres, entonces está bien —dijo, su voz temblando.

Sin esperar más, dio la vuelta y salió del bar. Me quedé allí, congelado, mirando cómo Lou se desvanecía en la oscuridad de la calle. Cada paso suyo parecía retumbar en mi mente, como si el sonido de sus zapatos chocando con el suelo se estuviera repitiendo en mi cabeza una y otra vez. Algo dentro de mí se rompió al verla irse, y me quedó la sensación de que todo lo que había conocido hasta ese momento, todo lo que había sido, también se desmoronaba.

El aire, que antes me parecía fresco y limpio, ahora me quemaba en los pulmones. La sensación de vacío era tan densa que me costaba respirar. No podía moverme, no quería moverme. Quería quedarme ahí, atrapado en ese momento, aunque sabía que no había vuelta atrás.

El ruido del bar seguía a mi alrededor, las voces de los amigos, las risas, las conversaciones en voz baja, pero yo no las escuchaba. Solo podía escuchar mi propio pulso acelerado, el latido de mi corazón, el sonido de mi respiración entrecortada. ¿Qué acababa de hacer?

«Esto es lo mejor para ella. No puedo ser yo quien le arruine la vida».

Me repetí esas palabras, pero no hacían que me sintiera mejor. No lo entendía. No entendía cómo podía hacerle esto. Sabía que no había otra forma, que, si no lo hacía, la perdería igualmente, pero eso no lo hacía más fácil. No podía dejar de pensar en su rostro, su dolor. En sus ojos, llenos de lágrimas, como si todo se hubiera desmoronado. Y sabía que había sido yo quien había empujado todo al abismo.

Me llevé las manos a la cara, luchando por contener lo que no podía retener más. Las lágrimas empezaron a caer, y me sentí como un completo extraño, arrastrado por una corriente de sentimientos que no sabía cómo manejar.

Me dejé caer en la mesa vacía del rincón más apartado del bar. Necesitaba estar solo, aunque sabía que eso no cambiaría nada. Tragué el nudo en la garganta y me repetí una y otra vez que lo había hecho por ella. Porque si seguía a su lado, si le permitía quedarse conmigo, la arrastraría a un futuro que realmente no quería.

«Esto es lo mejor para los dos».

Pero esas palabras no ayudaban. No podía callar el grito de mi alma, el deseo de abrazarla y decirle que todo estaba bien, que no la quería perder, que no podía vivir sin ella. Pero no podía. No debía.

De repente, escuché pasos. Alguien se acercaba con fuerza, y antes de que pudiera reaccionar, la figura de Parker apareció en mi campo de visión, su rostro lleno de furia.

—¿Qué cojones has hecho? —dijo, su voz baja pero cortante, como si cada palabra fuera un golpe.

Me quedé en silencio, sin saber qué decirle. No podía, no tenía excusas.

—Esto es lo que ella necesita. —La voz me salió fría, vacía, como si no me reconociera. Apreté los puños sobre la mesa. —No me importa lo que pienses de mí, Parker. No lo haría si no estuviera convencido de que es lo mejor para ella.

Parker me miró con desprecio, sin decir una palabra más, pero su mirada me atravesó. No esperaba que lo entendiera, y en ese

momento, ni siquiera quería que lo hiciera. Solo me quedé allí, sumido en mi propio dolor, mientras las lágrimas seguían cayendo, más por lo que había perdido que por lo que había hecho.

Sabía que nada iba a ser igual después de esa noche.

CAPÍTULO 47

Louise

Tardé más de lo que hubiera querido en llegar a casa. El camino parecía interminable, como si nunca fuera a acabar. Cada paso pesaba, como si mi corazón, detenido desde que Jerome me dijo que lo dejáramos, estuviera arrastrándome hacia un abismo. ¿Por qué? No entendía qué lo había llevado a tomar esa decisión tan drástica de un día para otro. Apenas unas horas antes habíamos hecho el amor. Me había entregado a él por completo, convencida de que juntos podríamos reconstruir lo que quedaba de mí. Y ahora… Dios, ahora ni siquiera sabía si la Lou de esa noche volvería a ser la misma.

Lo poco que quedaba de aquella chica que disfrutaba cada momento a su lado, que soñaba con un futuro juntos, se había roto en mil pedazos. Jerome se encargó de destrozarlo todo con unas pocas palabras.

Cuando crucé el umbral de la puerta, me permití llorar libremente, aunque no había dejado de hacerlo desde que salí del bar. Maldita sea, no debí haber ido.

—¿Lou? —la voz de mi abuela llegó desde cerca, demasiado cerca, y no quería que me viera así.

Intenté escapar hacia mi habitación, pero antes de que pudiera dar un paso más, ya estaba frente a mí.

—¿Qué te pasa, cielo? ¿Ha ocurrido algo? ¿Todo bien? —Sus palabras, cargadas de preocupación, no encontraban respuesta en mi garganta. La voz no me salía; solo pude negar con la cabeza, porque claro que no estaba bien. Nada lo estaba. Y en ese momento, parecía imposible que algo pudiera estarlo alguna vez.

Mi abuela no insistió. Se acercó y me abrazó, fuerte, como si pudiera juntar los pedazos rotos de mí con sus brazos. No preguntó más, no necesitaba saber por qué lloraba. Su consuelo era sincero, pero ni siquiera eso era suficiente para calmar el dolor que sentía en el pecho.

Desde la muerte de mis padres, me había aferrado a Jerome. Él había sido mi ancla, mi refugio. Me demostró que estaría allí para mí, que me quería. ¿Era todo una mentira? ¿Jamás me quiso? ¿Solo quería acostarse conmigo? La idea me revolvía el estómago. No podía creer que el chico con el que había crecido, el que me defendía de todo y de todos, pudiera ser tan cruel. Y, sin embargo, ahí estaba yo, enfrentando una verdad que me rompía en pedazos.

—Vamos, te prepararé un té. —Me llevó a la cocina y me hizo sentar.

Mi mirada estaba perdida, pero mis pensamientos volvían una y otra vez a las palabras de Jerome. Por más que las analizara, no encontraba una respuesta que explicara lo que había hecho.

—Tómatelo, verás cómo te calma. —Me dio la taza de té y se sentó frente a mí, en silencio, esperando con paciencia a que yo misma me abriera y le contara lo que había pasado.

Bebí a sorbos pequeños, evitando mirarla porque me avergonzaba estar tan destrozada por alguien que me había demostrado que no valía la pena.

—Jerome me ha dejado —dije al fin, sin pensarlo demasiado porque ya no había nada más que decir.

La sorpresa de mi abuela fue evidente; su rostro cambió rápidamente a un rictus de enfado.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado para que…? —Ni siquiera ella podía articular las palabras.

—No lo sé. Me ha dejado sin más, y eso es lo que me tiene así. Porque si al menos me hubiera dado un motivo, podríamos haberlo hablado o, qué sé yo...

—Lo siento mucho, cielo. Sé lo que le quieres, y pensaba que él también a ti... No me entra en la cabeza, no lo entiendo. —Se levantó y comenzó a dar vueltas por la cocina.

Estuvimos un rato en silencio. Ambas pensábamos lo mismo, aunque no encontraba respuestas. Jerome lo había hecho y ya, no había nada más que hacer, aunque me destrozara el alma.

Cuando me cansé de llorar, de recordar y de maldecir, me levanté y, tras darle las buenas noches a mi abuela, subí a mi habitación. Quería descansar, aunque dudaba poder hacerlo. Mi mente no

dejaba de dar vueltas, atrapada en un torbellino que no podía detener. Entré en mi habitación, me cambié de ropa, dejé el móvil sobre la mesilla de noche y me recosté en la cama, boca arriba. Las lágrimas volvieron sin previo aviso; no podía controlarlas, y sentía que nunca se acabarían. En unos meses había llorado más que en toda mi vida, y ya no podía más.

De pronto, el móvil vibró, anunciando un mensaje. No sabía quién era y, a decir verdad, me habría gustado que fuera Jerome, diciéndome que todo había sido un error, que lo que me dijo en el bar había sido una broma de mal gusto. Pero no era así. Era Parker.

"Hola, Lou."

"¿Cómo estás? Siento mucho lo que ha pasado, de verdad."

"Solo quiero decirte que, si necesitas a un amigo, aquí me tienes."

"Buenas noches, mi Lou."

Cuando leí lo último, "mi Lou", recordé cómo Jerome me llamaba "mi Luz". Mi corazón se resquebrajó un poquito más, como si eso fuera posible. No podía creer que estuviera tan destrozada, pero lo estaba. Los pedazos de mi corazón se esparcieron por cada lugar que había visitado con Jerome. No sabía si algún día encontraría todos esos pedazos, si mi corazón volvería a latir con normalidad, o si podría sanar.

Iba a responderle a Parker, pero no tenía ganas de hablar con nadie. En realidad, no quería saber nada de nada ni de nadie.

Pasaron varias horas dando vueltas en la cama, buscando la forma de dormir, pero me costaba horrores. Entre lo de Jerome y los recuerdos de mis padres, sentía que todo pesaba más de lo que podía soportar. Más que nunca, necesitaba los consejos y el cariño de mi madre. Tenía a mi abuela, sí, y ella me daba todo lo que una madre podría, pero no era la mía. Mi madre ya no volvería jamás, y eso me partía el alma un poquito más cada vez. ¿De verdad me merecía esto?

Por la mañana, mis ojos se abrieron alrededor de las diez, pero no tenía fuerzas para salir de la cama, mucho menos para ir al instituto.

—Lou, ¿estás despierta? —Mi abuela dio unos toques suaves en mi puerta. No respondí.

—Cielo, por favor. —Me suplicó. Parte de ella estaba segura de que ya estaría despierta; no era de las que dormían hasta tarde.

—Está bien, no te molestaré más. Baja a desayunar cuando quieras, cariño.

Escuché sus pasos alejarse, y el silencio volvió a envolver mi habitación. A pesar de todo, no encontraba fuerzas para moverme.

Ni siquiera me levanté para ir al instituto. Jerome y yo íbamos juntos todos los días, ya fuera en el coche de su madre o en el suyo propio. ¿Cómo iría ahora? ¿Qué más daba eso? No tenía relevancia comparado con el dolor que sentía por haberlo perdido.

Finalmente, me levanté. Tenía que pensar qué hacer a partir de ese momento. No podía dejar los estudios de lado, pero solo de pensar que lo vería todos los días, que no volveríamos a hablarnos ni a mirarnos, me helaba la sangre. Las lágrimas volvieron a salir, como un recordatorio de que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Entonces, un destello de memoria me iluminó: la beca que Lauren me había ofrecido y que rechacé por Jerome. ¿Y de qué me sirvió? De nada. Jerome me había dejado igualmente, sin necesidad de saber nada.

Me tensé de inmediato, como si algo en mi mente se hubiera encendido. Un hilo de esperanza me devolvió un poco de paz. ¿Y si Jerome me había dejado para que aceptara la beca? Pero, si era así, ¿cómo lo supo? Yo no le había contado nada, y dudaba que mi abuela lo hubiera hecho.

Decidí preguntarle a la única persona que podría haberle contado a Jerome sobre la beca: Lauren. Cogí el móvil y marqué su número con decisión. Ella no tardó en descolgar.

—Lou, espero que esta llamada sea para aceptar la beca.

—Buenos días a ti también, Lauren —respondí con un toque de sarcasmo.

—Lo siento, buenos días —dijo suavemente.

—Lauren, ¿tú le has contado a Jerome lo de la beca? —No iba a perder tiempo con rodeos; necesitaba saberlo.

Lauren se quedó en silencio unos segundos, y eso me hizo pensar que sí, pero su respuesta fue negativa. Ella no le había contado nada a "ese chico", como lo llamaba despectivamente. No sabía si creerla, porque si lo hacía, me demostraría lo que tanto trataba de ignorar: Jerome no me quería, y por eso me había dejado. La cruda realidad era que yo no le importaba lo más mínimo.

—Vale, te creo —dije tras una pausa.

—Mira, Lou. No tengo por qué engañarte, y te aseguro que, si hubiese visto a Jerome, le habría contado lo de la beca porque sabes lo que pienso. Pero no ha sido así, y quiero que aceptes. He conseguido que nos den un día más, así que mañana necesito una respuesta.

Sus palabras resonaron en mi mente una y otra vez. Tenía hasta mañana para tomar una decisión, y no estaba segura de que fuera la correcta. Por un lado, quería rechazarla, no solo porque alejarme de aquí me costaba muchísimo, sino porque, al mismo tiempo, deseaba desaparecer. Estaba hecha un lío.

—Lauren, si acepto, ¿cuándo tendría que irme? —Pregunté, solo para tener todo claro.

Escuché cómo sonreía. Era extraño imaginar a alguien sonriendo a través del teléfono, pero con Lauren, bastaba con conocerla un poco para saber cómo se sentía.

—Louise, si aceptas, tendrás que irte en tres días para instalarte. Sé que puede parecer precipitado, pero tu vida cambiará para mejor, de eso puedes estar segura. No solo ganarás calidad de vida, sino que lograrás convertirte en una de las mejores patinadoras del mundo. Si me dejas ayudarte, haré de ti la mejor.

Mi corazón se aceleró. Si esta propuesta me hubiese llegado antes de la muerte de mis padres, habría aceptado sin pensarlo dos veces. Pero ahora todo era más complicado. No quería dejar a mi abuela sola, no podía permitir que se sacrificara tanto por mí. Ya tenía la edad suficiente para hacer todo lo que me prometió.

—Está bien, tendrás una respuesta pronto.

Sin decirle nada más, y mucho menos esperando que pudiera decirme algo, colgué, decidida a pensar con calma qué hacer.

Me aseé y me vestí antes de bajar a desayunar, tal como me había pedido mi abuela. Cuando llegué a la cocina, no la encontré, así que fui al salón y allí estaba, sentada en el sofá con Fufú. Caminé hasta ella y me senté a su lado, dándole un beso en la mejilla.

—Hola, cielo —me saludó con cariño.

—Siento mucho no haberte respondido esta mañana —me disculpé—. No mereces que te haga la ley del silencio, a ti no.

—No te preocupes, te entiendo.

—Hoy no fui al instituto —comenté, como si no fuera evidente—. No tenía ganas de levantarme, no estoy preparada para enfrentarme a él. Además, ¿cómo iré ahora? Siempre íbamos juntos.

—Lo sé, por eso tampoco te he insistido. Sé que no debe ser fácil para ti. —Llevó su mano hasta mi mejilla y secó las lágrimas que, sin darme cuenta, habían vuelto a caer.

Me quedé en silencio, buscando las palabras, luchando con lo que sentía. Mis pensamientos iban a mil por hora, pero no sabía cómo explicarlos. Si pudiera, desaparecería, huiría de todo lo que me había hecho daño, de todos los recuerdos que me ahogaban. Pero sabía que eso no era lo que necesitaba. ¿Y si podía hacer algo distinto? ¿Y si tomaba la oportunidad que Lauren me había dado?

—Abuela, he hablado con Lauren... —Comencé, de repente, sin más preámbulos. No quería ocultarlo, no quería seguir callando.

Ella me miró atentamente, sabiendo que algo importante se cernía sobre mí.

—¿Y qué te dijo? —Su voz era suave, como si intuyera que esa conversación cambiaría algo en mí.

—Me recordó lo de la beca. Me dijo que, si aceptaba, podría irme en tres días, empezar una nueva vida. —Mi garganta se apretó al decirlo, como si las palabras pudieran destrozarme al salir.

—¿Y qué piensas hacer? —Me miró, como si no quisiera presionarme, pero sus ojos no podían esconder la preocupación.

—No lo sé… Todo es tan complicado, abuela. Lo que más quiero es quedarme aquí contigo, pero también siento que esto es lo que necesito. Una oportunidad para mí.

Ella me tomó las manos entre las suyas, dándome tiempo para respirar.

—Lou, lo que más deseo es que encuentres lo que te haga feliz. Si esta beca es el paso que necesitas para sanar, no puedo impedirlo. Sé lo que has sufrido, y si esto te da la posibilidad de ser quien realmente eres, tienes que considerarlo. Pero también sé que lo que más te importa ahora es no dejarme sola, y entiendo esa parte de ti.

—Abuela, no sé si podré... dejarte.

—Lo harás, cariño. Porque lo que necesitas ahora es descubrirte a ti misma, encontrar tu camino, no quedarte estancada en el dolor. Lo que te ofrezco no es un adiós, es un "te espero cuando quieras volver".

Su voz era un consuelo que ni siquiera sabía que necesitaba. De repente, todo parecía más claro, pero al mismo tiempo más doloroso. Aceptar la beca significaba alejarme, pero también era mi única oportunidad de reconstruirme. Mi corazón se debatía entre el miedo de partir y la necesidad de sanar.

El día pasó lentamente. Me pasé la tarde estudiando, tratando de centrarme en algo, pero mis pensamientos seguían regresando a la conversación con Lauren, a la mirada de mi abuela, y a la imagen de Jerome alejándose sin una explicación. El dolor seguía ahí, un nudo en mi pecho que no desaparecía, pero el peso de la decisión era algo que no podía dejar de lado. ¿Qué haría si decidiera quedarme? ¿Podría seguir adelante si no tomaba esta oportunidad?

Por la noche, mientras el silencio de la casa se volvía aún más pesado, me senté frente al móvil. La llamada a Lauren había quedado pendiente, como una promesa que tenía que cumplir. Sabía lo que quería, lo que necesitaba. No podía quedarme aquí para siempre, ahogada por el dolor del pasado. Necesitaba empezar de nuevo.

Cogí el teléfono, dudando un instante, y finalmente marqué su número. El timbre de la llamada resonó en mi oído, y cuando escuché su voz del otro lado, supe que no había marcha atrás.

—Lauren, he tomado una decisión. Acepto la beca.

Hubo una pausa, como si ella estuviera esperando a escuchar esas palabras.

—¡Qué bien, Lou! Te prometo que no te arrepentirás. Mañana te envío toda la información. Estoy tan feliz por ti.

Colgué, y aunque el miedo me invadió, también sentí una extraña sensación de alivio. Lo que empezaba como una huida ahora se convertía en una oportunidad para renacer. Quizás lo que necesitaba no era desaparecer, sino simplemente empezar de nuevo.

CAPÍTULO 48

Jerome

Parker y los demás me dejaron solo, insistiendo en que ya era tarde, pero yo no tenía ganas de escucharlos. El cansancio acumulado de toda la noche, sumado al dolor por Lou, me dejó sin fuerzas para decirles que no quería irme. Así que me quedé, bebiendo, dejando que el alcohol se llevara, aunque solo fuera momentáneamente, el peso de lo que había hecho

No sé cuántas cervezas me bebí hasta que el gerente del local se acercó y me dijo que iban a cerrar, que ya tenía que marcharme.

—¿No me puedes poner la última? He tenido una noche de mierda —dije, arrastrando las palabras.

—Lo siento, tío, pero ya estamos cerrando.

—Mierda. —Me pasé las manos por el rostro y me levanté con lentitud.

Estaba borracho, sí, pero no lo suficiente como para olvidar el daño que le había hecho a Lou. Sus ojos llenos de lágrimas y decepción seguían grabados en mi mente. Le había fallado pese a que le prometí que siempre estaría a su lado. Era la primera vez que le hacía daño a una chica, y su dolor me afectaba tanto que apenas podía soportarlo. Con las otras con las que había salido, nunca me preocupé por si las hacía llorar. Aunque, en mi defensa, también tenía claro que jamás les prometí nada.

«A Lou le prometiste todo, Jerome», mi conciencia me lo recordó, y sentí el amargo sabor en mis labios, como cuando recibes un puñetazo y te rompen el labio… ese sabor a sangre que te provoca arcadas.

El camino hacia mi casa se me hizo eterno. No solo por cómo estaba, sino también porque no quería llegar. Sabía que, en cuanto pasara por la puerta de su casa, el deseo de buscarla y retractarme de todo lo que le había dicho sería abrumador. Pero no podía… no debía hacerlo. Elegir sacrificarme de este modo era el acto de amor

más sincero que podía ofrecerle a Lou, aunque ella nunca llegara a entender por qué lo hacía.

Entré, y al ser bastante tarde, mis padres ya estarían dormidos, algo que agradecí. Subí a mi habitación y me encerré con unas inmensas ganas de no volver a salir, de no tener que verla. Pero eso era inevitable; compartíamos el mismo instituto. ¿Qué pasaría ahora? Solíamos ir juntos en mi coche, y ahora, ¿cómo se las arreglaría Lou? Todo esto estaba resultando más difícil de lo que me había imaginado.

Con esos pensamientos dando vueltas en mi cabeza, un millón de ideas que no podía ordenar, acabé quedándome dormido.

Por la mañana, mi despertador no fue otro que mi madre, como siempre. Entró en mi habitación mientras aún dormía, obligándome a levantarme de una vez. Mi cabeza latía tan fuerte como mi corazón, acompasados en un ritmo que solo aumentaba mi malestar.

—Anoche llegaste tarde a pesar de que te dije que no lo hicieras, Jerome —me regañó, y con toda la razón.

—Lo siento —musité, porque hablar en voz alta me provocaba un dolor punzante.

—¿Bebiste anoche? —Fue más una afirmación que una pregunta, o al menos así lo sentí yo. Asentí; ¿qué más podía hacer? Tenía muy claro que a mi madre no podía engañarla.

—¿Por qué bebiste tanto? Tal y como estás, eso significa que llegaste borracho —continuó, cruzándose de brazos.

—No preguntes, mamá. —Me levanté despacio, intentando esquivar sus preguntas, esas que no podía ni quería responder.

Iba a entrar en el baño cuando ella me interceptó, poniéndose delante de mí. Había sido más rápida; a decir verdad, ahora mismo hasta una tortuga me adelantaría.

—¿No piensas decirme nada? —Agaché la mirada, incapaz de sostenerle la mirada a mi madre.

Si ella supiera lo cabrón que había sido hace apenas unas horas con Lou, con la chica más bonita e increíble de mi mundo, me echaría la mayor charla de la historia, y no estaba preparado para sus reproches. No cuando yo mismo me sentía como la mayor mierda.

—Lo siento, pero no tengo ánimo para nada —respondí finalmente, alzando la cabeza y reprimiendo las lágrimas que pedían a gritos salir a borbotones.

Mi madre se dio cuenta de mi estado, y eso fue lo que la hizo dejarme pasar sin preguntarme nada más. Puso su mano en mi mejilla y la acarició con cariño. Tal vez estaba secando la lágrima que se me escapó sin permiso.

—No sé qué te habrá pasado, hijo, pero puedes contarme lo que sea, ¿vale? Siempre estaré para ti, a pesar de todo. —Me dio un beso en la mejilla—. Venga, te espero abajo para desayunar.

Mi corazón se congeló. Bueno, a decir verdad, estaba congelado desde que supe lo de la beca y lo que iba a hacer para que ella se fuera de mi lado. No sabía si volvería a latir con la misma intensidad, si volvería a ser feliz sin tener a Lou conmigo. ¿Por qué pasaba esto ahora? Estábamos en nuestro mejor momento; por fin nos habíamos dicho que nos queríamos… Mierda, hicimos el amor, siendo para ella su primera vez, y estaba seguro de que ahora Lou pensaba que yo solo quería llevármela a la cama. No soportaría que ella me viera como un aprovechado.

Me aseé y vestí en tiempo récord. Bajé a desayunar, pero no tenía apetito, por lo que me despedí de mis padres y salí de mi casa para ir al instituto.

Estuve unos minutos sentado en el coche, esperando a que Louise saliera para ir juntos, olvidándome por un momento de que eso no pasaría nunca más. Cuando me di cuenta de ese detalle, arranqué y me fui.

Pasé la mañana en solitario, sin juntarme con nadie, ni siquiera con el equipo durante el descanso. Busqué a Lou con la mirada por todos lados, pero no la encontré. Aunque podría haber preguntado por ella, preferí no hacerlo para evitar que se enterara de que la estaba buscando.

A la hora de salir, Parker me siguió hasta la salida; quería hablar conmigo.

—Jerome, Jerome, espera —dijo Parker, intentando alcanzarme.

—¿Qué cojones quieres, Parker? —me giré, dejándome llevar por la rabia, ignorando el remordimiento que todavía ardía en mi pecho

—. ¿No ves que no quiero hablar contigo?

—Pues tendrás que hacerlo porque no pienso dejar que la cagues más. —Suspiré, exasperado—. Tío, ¿de verdad vas a dejar que ella crea que no la quieres? ¿De verdad piensas que esa es la solución? Te dije que hablaras con Lou, pero no para dejarla.

—Déjame en paz, por favor —mi voz se endureció, incapaz de soportar otro enfrentamiento.

—No, no voy a dejarte en paz —respondió, tan desafiante como siempre—. Si no se lo dices tú, lo haré yo, Spencer.

Acerqué mi rostro al suyo, enrojecido por el cabreo que empezaba a recorrerme de pies a cabeza. Cerré los puños a cada lado de mi cuerpo y lo miré de un modo que habría atemorizado a cualquiera, pero no a él, que me conocía demasiado bien.

—¿Piensas que me vas a asustar comportándote como un gilipollas? Estás equivocado, Jerome, muy equivocado. —Me dio un empujón, lo suficiente para alejarme, pero no para hacerme daño.

—No te metas en mi vida, Simons, o conocerás mi peor cara, te lo aseguro.

Fue lo último que le dije antes de darme la vuelta y subirme a mi coche. Empezábamos a ser el centro de atención de nuestros compañeros, y no quería dar un escándalo que pudiera llegar a oídos del director y, con él, a nuestros padres. Lo último que necesitaba ahora era que ellos se enteraran de lo que estaba pasando.

Volví a casa y, como anoche, me encerré en mi habitación. Esta vez no saludé a nadie. Mi madre sabía que algo no iba bien, pero no me preguntó. No tenía hambre, y aunque tenía que hacer los deberes y estudiar, la concentración me falló por completo. En vez de eso, pasé horas mirando las fotos con Lou, leyendo los mensajes que habíamos intercambiado, que no eran pocos. Nunca borraba nada entre nosotros, aunque mi teléfono me lo pidiera a gritos para liberar espacio. No me importaba que se hiciera más lento por todos esos recuerdos que jamás desaparecerían de ese pequeño aparato, y mucho menos de mi corazón.

Por la noche, el hambre terminó por regresarme, y no pude más. Bajé a la cocina, encontrándome con mi padre a oscuras, tomándose

una taza de café. Rara vez lo veía a esas horas, y cuando lo hacía, sabía que algo lo preocupaba.

—Papá, ¿qué te pasa? —le pregunté, mientras iba al mueble a coger pan para prepararme un bocadillo.

—Nada, no te preocupes. ¿Y a ti? Mamá me dijo que no estás muy animado. ¿Todo bien con Lou? —Sus palabras me hicieron tragar saliva.

Ciertamente, no estaba preparado para hablar de esto con nadie, pero tenía mucha confianza con él. Lo vi como un amigo, alguien en quien podía desahogarme. Me senté frente a él, suspirando varias veces antes de abrir la boca.

—He roto con ella. —Sus ojos se abrieron desmesuradamente por la sorpresa.

—¿Cómo? ¿Por qué? Se suponía que estabas enamorado de ella, ¿no? —me preguntó, y sus palabras me dolieron más de lo que esperaba. Claro que la amaba, y no creía que pudiera dejar de amarla nunca.

—Ha recibido una beca de patinaje muy importante para irse a Dakota del Norte, y no iba a aceptarla por mí… tuve que… —las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. No sabía cómo explicarlo. Me sentí tan débil en ese momento—. Lo hice por ella, para que pudiera aceptarla.

—Oh, hijo… —Se levantó y se acercó a mi lado, poniéndome una mano en el hombro—. ¿Estás bien? Eres un buen hombre, y estoy muy orgulloso de ti. Pero, ¿crees que era necesario dejarla? ¿Por qué no intentaste convencerla de que la aceptara antes de tomar esta decisión tan drástica?

—Lo pensé, de verdad que sí… pero conozco a Lou mejor que nadie. Sé que no la habría aceptado por nada en el mundo. Ella ya no quería volver a patinar, y si ahora tiene esta oportunidad, no podía dejar que la desaprovechara.

Estuve un rato más hablando con mi padre. Cuando finalmente solté todo lo que había estado guardando en mi corazón y escuché sus consejos —algunos mejores que otros—, regresé a mi habitación. Me tumbé en la cama, boca arriba, y seguí reviviendo cada momento con ella a mi lado. Desde que tengo uso de razón,

Louise Betancourt había sido mi persona favorita, mi mejor amiga, incluso la vi como una hermana… hasta que me enamoré de ella. Y ahora, seguía siendo mi persona favorita, la mujer que amaría por el resto de mi vida.

Pasaron dos días sin pena ni gloria. Todavía no lograba concentrarme en los estudios, y ya había tenido un par de charlas con mi profesor de matemáticas por no dar lo mejor de mí.

Un día la vi de lejos en el instituto. Supe al instante que había venido a pedir los papeles del traslado porque sí, había aceptado la beca. El único con el que habló fue con Parker, y luego la vi abrazarse con Jess, lo que me sorprendió. Pero al mismo tiempo, me dio algo de consuelo saber que ellas eran amigas. Supuse que estaría despidiéndose.

Noté su mirada fija en la mía por un instante. Fue fugaz, pero en esos ojos vi una tristeza profunda, una vulnerabilidad que solo había visto antes, cuando perdió a sus padres. Eso me hizo más daño del que ya había causado yo mismo.

El jueves por la mañana, salí de casa para ir al instituto. Al bajar las escaleras del porche, la vi guardando sus maletas en el coche de Lauren. Ella no me vio, pero Lauren sí. Me miró, asintió, y aunque no dijo nada, su gesto fue como un silencioso agradecimiento por haber hecho lo que ella me pidió. Lo peor que había hecho en mi vida.

Me dieron ganas de acercarme a ella, aunque fuera solo para despedirme como Jerome, su mejor amigo. Pero el miedo al rechazo me mantuvo anclado al suelo.

Entonces, ella se giró al notar que Lauren me observaba. Vi cómo tragaba saliva, cómo sus ojos se llenaban de lágrimas rápidamente, y mi corazón se detuvo cuando le dijo a su abuela que acababa de salir de la casa para despedirse, que ya tenía que irse.

—Espero que te vaya muy bien, cielo —escuché la voz de la yaya Laisa.

—Te voy a echar de menos, abuela —respondió Lou, abrazándola.

Justo cuando estaba a punto de subirse al coche, corrí hacia ella, pero Lou levantó una mano para frenarme antes de que llegara.

—Lou, yo... —las palabras se me atoraron en la garganta.

Dolía, dolía demasiado estar así con ella, ser el causante de su dolor. Era como si me hubieran arrancado el corazón de cuajo, y lo peor era que yo mismo lo había hecho. ¿Cómo pude ser tan estúpido? No soportaba tenerla cerca, no poder abrazarla, besarla, ni gritarle lo mucho que la amaba y lo mucho que la iba a extrañar.

—Tengo que irme —dijo en un susurro.

—Espero que… nada, solo sé feliz, Lou.

Se subió al coche, y Lauren arrancó de inmediato, dejándome allí, en el mismo sitio, con los pies clavados al suelo, como si ya no tuviera fuerzas para moverme. La yaya Laisa no me dijo nada, ni siquiera me miró, y no la culpaba. Yo había destruido a su nieta.

CAPÍTULO 49

Louise

Desde que le dije a Lauren que aceptaba la beca, mi vida se había vuelto un torbellino. Entre los trámites, las listas de cosas por empacar y las despedidas que intentaba evitar, apenas me quedaba tiempo para pensar, lo cual, en cierto modo, agradecía. Sin embargo, la cercanía de la fecha de partida comenzaba a pesarme como una losa. Lo que más lamentaba era no haber pasado tiempo con mi abuela. Ella intentaba restarle importancia, como siempre, pero yo sabía que se sentiría sola sin mí, igual que yo sin ella.

El día que fui al instituto a recoger los papeles necesarios para mi traslado, no elegí el mejor momento. Era la hora del descanso, y los pasillos estaban llenos de caras conocidas que, por alguna razón, me hacían sentir aún más ajena. Había evitado venir a esa hora, pero no había tenido alternativa. Con el corazón apretado, me dirigí al despacho del director.

Cuando salí, papeles en mano, me encontré con Parker justo fuera. Su sonrisa de bienvenida fue como un golpe suave en el pecho, un recordatorio de todo lo que estaba dejando atrás. Antes de que pudiera decir algo, me rodeó con un abrazo cálido y apretado.

—Lou, ¿qué tal? Te echamos de menos por aquí. —Su tono era amable, pero había un deje de preocupación en su voz.

—Hola, Parker —respondí, correspondiendo el abrazo con torpeza. Aunque me alegraba verlo, sentía que cualquier contacto me podía desmoronar—. Sí, estoy bien… o tan bien como se puede estar.

Su mirada se volvió esquiva, y pude notar la incomodidad en su rostro.

—Tranquilo —le dije, intentando sonar convincente—, tú no tienes la culpa de nada.

—Lo sé —admitió, con un suspiro—, pero no dejo de sentirme mal por ti, Lou. Ya sabes que eres muy importante para mí.

Su sinceridad me tocó el corazón, como siempre lo hacía. Parker había sido uno de mis amigos desde que éramos niños. Aunque nuestra relación nunca fue tan cercana como la que tenía con su hermana Jess, siempre había algo reconfortante en su presencia. Hablar con él era como una bocanada de aire fresco, un espacio seguro donde las palabras fluían sin esfuerzo. Pero ahora, incluso ese consuelo venía teñido de melancolía, porque Parker, con toda su bondad, también era un recordatorio vivo de lo que estaba perdiendo. Y ese peso, aunque pequeño en comparación con otros, se sumaba al cúmulo de emociones que cargaba conmigo.

—Bueno, ¿para qué has venido? —preguntó con curiosidad.

—Pues… me ofrecieron una beca para ir a Dakota del Norte, y la he aceptado —solté, con un tono más neutro de lo que realmente sentía.

Parker no pareció sorprendido. Su expresión, lejos de la incredulidad que esperaba, era más bien de comprensión. En ese instante supe que ya lo sabía, probablemente por Jerome. El pensamiento me atravesó como una descarga eléctrica.

Quise preguntarle cómo se había enterado, pero ¿qué importaba? Las respuestas no cambiarían lo que estaba ocurriendo ni cómo me sentía al respecto. Todo lo que quedaba por hacer era aceptar la realidad, por más dolorosa que fuera.

—Te deseo lo mejor, Lou —dijo al fin, con un tono que mezclaba tristeza y genuina esperanza—. Sé que vas a brillar allí, como siempre lo haces.

—Gracias, Parker —respondí, intentando no pensar en lo lejos que se sentía esa posibilidad.

Justo cuando pensaba marcharme, sentí una presencia detrás de mí. Me giré despacio y allí estaba Jess, parada a pocos metros, mordiéndose el labio como solía hacer cuando no sabía cómo actuar. Sus ojos buscaron los míos por un instante, pero luego se desviaron hacia el suelo. Estaba claro que no sabía si acercarse o mantenerse al margen, atrapada en la distancia que había crecido entre nosotras.

Por un segundo pensé en ignorarla, en seguir caminando y dejar las cosas como estaban. Pero el nudo en mi pecho me empujó en

otra dirección. Sin decir una palabra, me acerqué a ella, acortando el espacio que nos separaba. Cuando llegué a su lado, extendí los brazos y la rodeé en un abrazo. Sentí cómo se tensaba al principio, sorprendida, pero luego se relajó y apoyó la frente contra mi hombro.

—Te voy a extrañar, Jess —dije apretándola con fuerza, dejando que mi voz temblara un poco. No importaba todo lo que había pasado entre nosotras, sabía que iba a echarla de menos.

—¿Te vas? —preguntó, sorprendida y llena de emoción al mismo tiempo, como si no estuviera segura de haber oído bien.

Asentí y di un paso atrás para mirarla a los ojos.

—Sí, mañana me voy a Dakota del Norte, a una academia de patinaje. —Vi cómo su ceño se fruncía ligeramente, procesando mis palabras—. Ha sido todo muy repentino, pero prometo que estaremos en contacto y que te contaré todo. ¿Vale?

Sus ojos se llenaron de algo que parecía ser culpa o arrepentimiento, y entonces tomó aire como si estuviera a punto de sumergirse en aguas profundas.

—Lou, yo… quiero que sepas que nunca quise hacerte daño. —Su voz era apenas un susurro, pero lo suficientemente clara para que no me perdiera ni una palabra—. Lo que pasó… el beso… solo fue efecto del alcohol y nada más. —Hizo una pausa y sus ojos bajaron hacia el suelo—. Lo siento tanto.

Negué con la cabeza, levantando una mano para que no siguiera hablando. Sus disculpas, aunque sinceras, no eran lo que quería oír ahora. Ya no.

—No importa, Jess. —Intenté que mi voz sonara más firme de lo que me sentía—. Te creo, de verdad. —Esbocé una pequeña sonrisa para darle algo de alivio—. Perdóname tú por haber sido una imbécil de manual y no querer escucharte antes.

Jess parpadeó rápidamente, intentando contener las lágrimas, pero una solitaria terminó deslizándose por su mejilla. Se la limpió con el dorso de la mano y me miró con una mezcla de alivio y tristeza.

—No fuiste una imbécil… Fui yo la que arruinó todo. —Su voz se rompió un poco al final.

—No arruinaste nada. —Respondí con suavidad, intentando transmitirle la misma tranquilidad que no sentía del todo en mi interior—. Y no quiero que sigas pensando eso. Quiero que sigas adelante, ¿vale? Como lo vamos a hacer todas.

Jess asintió, pero su gesto era dubitativo, como si no estuviera completamente convencida de poder dejar atrás todo lo que había sucedido. Nos abrazamos una vez más, y esta vez fue ella quien me apretó con más fuerza.

—Prométeme que no te olvidarás de mí, Lou. —Su voz apenas fue un murmullo contra mi hombro.

—Nunca podría, Jess. Eres una de mis personas favoritas en el mundo. —Y, aunque dolía decirlo, era la verdad.

Nos separamos, y por primera vez en semanas, vi una pequeña sonrisa en su rostro. Una sonrisa que me hizo sentir que, quizás, este no era un adiós definitivo, sino un hasta luego.

Por un momento, sentí una punzada extraña en la nuca, como si alguien estuviera observándome. Instintivamente, levanté la mirada y ahí estaba él. Jerome. Quieto, a la distancia, con las manos en los bolsillos y una expresión que no supe interpretar del todo. Sus ojos estaban clavados en mí, y en ese instante, sentí cómo mi corazón se partía de nuevo, pero esta vez en mil pedazos más pequeños, imposibles de recoger.

El dolor que atravesó mi pecho fue peor que la noche en que me dejó. Fue peor porque ahora no estaba la rabia para amortiguarlo, ni el shock para mantenerme en pie. Era puro dolor, crudo y sin disfraz, que se instaló en mi cuerpo como si fuera un huésped permanente.

Mis pies parecían enraizados al suelo, incapaces de moverse. Por un instante, nuestros ojos se encontraron, y el tiempo pareció detenerse. La tristeza que vi reflejada en su rostro me rompió aún más. ¿Cómo era posible que él también estuviera sufriendo, después de haber sido quien decidió rompernos?

Me costó mucho desviar la mirada. Me costó mucho más no salir corriendo hacia él, lanzarme a sus brazos y suplicarle que cambiara de opinión, que me dijera que todo esto había sido un error y que aún podíamos arreglarlo. Pero no lo hice. No podía permitirme

hacerme más daño, y, sobre todo, no podía permitirme detener mi camino, aunque cada fibra de mi ser gritara por él.

Tragué saliva, parpadeé para contener las lágrimas y apreté los puños a mis costados. Con cada gramo de fuerza que me quedaba, aparté los ojos de los suyos, bajé la cabeza y volví a centrarme en Jess, que seguía frente a mí, aunque claramente había notado lo que acababa de suceder.

—Lou… —comenzó a decir, pero negué con la cabeza, cortándola antes de que pudiera continuar.

—Está bien, Jess. —Mentí, porque nada estaba bien y ambas lo sabíamos.

Respiré hondo, intentando recuperar la compostura, y me despedí de ella con un último abrazo. Sin mirar atrás, empecé a caminar hacia la salida del instituto, mientras el peso de su mirada seguía quemándome la espalda.

Estaba dejando atrás demasiadas cosas, y aunque intentaba convencerme de que todo esto era por un futuro mejor, no podía evitar sentir que estaba perdiendo una parte importante de mí misma en el proceso.

Por la mañana, el sol apenas comenzaba a asomarse cuando abrí los ojos. El día que había estado evitando en mi mente finalmente había llegado. Me quedaban horas en casa, horas con mi abuela, horas en el lugar donde siempre me sentí segura. Me levanté con pesadez, cada paso se sentía más lento de lo normal mientras me vestía y recogía lo necesario. Lauren llegaría en una hora para llevarme al aeropuerto, y yo no quería estar desprevenida.

Al bajar las escaleras, el aroma a tortitas recién hechas llenó el aire, como siempre que mi abuela quería consolarme. Allí estaba ella, con su sonrisa cálida y su mirada llena de amor, esperando a que me sentara a desayunar.

—Buenos días, mi cielo —me dijo, sirviendo un plato lleno para mí.

Mis ojos se llenaron de lágrimas incluso antes de poder responder. Cada bocado sabía a despedida, y la idea de no tener estos desayunos diarios me partía el alma. Mi abuela, como siempre, percibió mi emoción al instante.

—No llores, cariño. —Se acercó para secar mis lágrimas con sus manos temblorosas—. El tiempo pasa volando, y cuando menos te des cuenta, estaremos juntas de nuevo.

—Lo sé, abuela, pero te voy a extrañar tanto... —respondí con un nudo en la garganta, aunque no pude terminar la frase, porque en ese momento el timbre sonó, cortando nuestra conversación.

Me tensé de inmediato, pensando que era Lauren que había llegado antes de lo previsto. Pero al abrir la puerta, me encontré con Erika, la madre de Jerome. Su presencia me sorprendió más de lo que podía admitir. No esperaba verla, y menos en un momento tan emocional.

—No me creo que no vayamos a vernos más, Louise —dijo antes de rodearme en un abrazo cálido y maternal.

Sentí cómo se me formaba otro nudo en el pecho. Erika siempre había sido una figura importante en mi vida, alguien que me había tratado como a una hija desde que éramos niños. Su abrazo me transmitió una sensación de hogar que solo hacía que la despedida fuera más difícil.

—Te voy a echar mucho de menos, Erika —susurré, apretándola con fuerza.

—Yo a ti también, cariño —respondió con voz suave, acariciándome el cabello como solía hacer cuando era más pequeña.

No se quedó mucho tiempo; tenía que ir a trabajar. Agradecí en silencio que no mencionara a Jerome. No estaba preparada para hablar de él, y menos con ella. Solo su presencia ya era un recordatorio suficiente de lo que había perdido.

Cuando Lauren finalmente llegó, el momento se sintió aún más definitivo. Mi abuela me abrazó una y otra vez, y aunque habíamos dicho nuestras despedidas durante toda la semana, ahora que era real, parecía imposible soltarla.

—Te amo, abuela. —Mi voz se quebró mientras nos abrazábamos por última vez.

—Y yo a ti, mi cielo. —Su sonrisa era suave, pero sus ojos reflejaban el mismo dolor que sentía yo.

Con las maletas ya guardadas en el coche, me giré para subirme cuando lo vi. Jerome. Estaba parado a unos metros, mirándome con

una intensidad que hizo que todo mi cuerpo se tensara. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, pero su presencia lo llenó todo. Sentí un torbellino de emociones golpeándome al mismo tiempo: amor, tristeza, enojo, y, sobre todo, un dolor insoportable.

Por un instante, nuestras miradas se encontraron, y el mundo pareció detenerse. Vi sus labios moverse, temblorosos, mientras decía:

—Lou, yo...

No podía escucharle. No podía permitirme escuchar lo que tenía que decir. Mi corazón ya estaba roto, y cualquier cosa que saliera de su boca solo lo destrozaría más. Quise gritarle que se callara, que no lo hiciera más difícil, pero al mismo tiempo, deseaba con todo mi ser que dijera algo que cambiara todo, algo que me hiciera quedarme.

—Tengo que irme —murmuré al fin, apenas encontrando la fuerza para hablar.

Lo vi bajar la mirada, como si estuviera luchando con las mismas emociones que me consumían. Durante unos segundos, pensé que no diría nada más, pero entonces, levantó los ojos y, con una voz que parecía cargar el peso del mundo, dijo:

—Espero que… nada, solo sé feliz, Lou.

Esas palabras me golpearon como un puñal directo al pecho. No había odio en ellas, ni rencor, solo una tristeza que reconocí porque era la misma que yo llevaba dentro. Tragué saliva y, sin responder, me giré y subí al coche. Lauren arrancó casi de inmediato, como si supiera que, si me daba un segundo más, no podría irme.

Mientras el coche se alejaba, dejé que las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo finalmente cayeran. Sabía que esta decisión era la correcta, pero eso no hacía que doliera menos.

Llegamos a la academia de patinaje en Dakota del Norte junto a Lauren. Cuando salimos del coche y vi el complejo por primera vez, una sensación de vacío me invadió. Era más grande de lo que imaginaba, pero todo me parecía tan distante, tan ajeno. Los entrenamientos, el hielo, la residencia donde pasaría los próximos años… me sentía fuera de lugar, como si no perteneciera allí. Y lo peor de todo era que no sabía cómo dejar de sentirme así.

Lauren me guiaba por el campus mientras yo la seguía en silencio, como si la distancia con ella me ayudara a alejarme de mi propio dolor. No dejaba de pensar en Jerome, en cómo me había dejado atrás y en todo lo que había dejado de ser. Estaba aquí porque había tomado esa decisión por él, para darle el espacio que necesitaba para ser feliz. Pero, aunque intentaba convencerme de que había hecho lo correcto, el hueco en mi pecho seguía sin llenarse.

La residencia era moderna, con paredes blancas y ventanas grandes que dejaban pasar la luz. Parecía el lugar perfecto para empezar de nuevo, pero no podía dejar de sentir que todo lo que quería estaba a miles de kilómetros de distancia. Pasé las primeras semanas como una sombra. No me abría a nadie, ni siquiera a Lauren. Los entrenamientos eran lo único que lograba distraerme un poco, pero ni el hielo ni los movimientos de mis patines podían borrar la sensación de que todo me había dejado atrás.

Fue Emma, mi compañera de cuarto, quien comenzó a sacarme de mi burbuja. Una chica de ojos brillantes, siempre con una sonrisa en el rostro, tan diferente a lo que yo solía ser. No sabía qué me veía, pero con el tiempo, su compañía se volvió lo único que me hacía sentir un poco menos sola. Al principio, intenté mantener la distancia, pero ella no dejaba de invitarme a hacer cosas. Caminatas por el campus, charlas después de entrenar, incluso ir a la cafetería para tomar un café que siempre sabía a algo distinto cuando lo compartías con alguien que realmente te escuchaba.

—Oye, ¿quieres dar una vuelta después de entrenar? —me preguntó un día mientras me cambiaba.

No tenía ganas de nada, pero algo en su mirada me hizo decir que sí. Salimos y caminamos por los pasillos nevados del campus. El aire frío se colaba entre mis cabellos, pero no me importaba. Estar fuera, sin pensar en todo lo que me atormentaba, me ayudaba a desconectar, aunque fuera solo por un rato.

—Sé que no hablas mucho, Lou, pero quiero que sepas que, si alguna vez necesitas algo, yo estoy aquí —dijo Emma con una voz suave.

Por un momento, me detuve y la miré. Era difícil aceptar que alguien se preocupara tanto por mí cuando yo aún me sentía tan rota por dentro. Pero lo que Emma tenía era genuino, y eso era lo que me hacía bajar las defensas.

—Gracias, Emma —fue todo lo que pude decir, aunque la sensación de vacío no desaparecía.

Pasaron los meses y aunque aún seguía llorando algunas noches en silencio, me aferré al patinaje. Era lo único que tenía que me hacía sentir algo de control, algo que me conectaba con el presente. Durante los entrenamientos, a veces me sentía mejor. El hielo me obligaba a concentrarme, a no pensar en lo que había dejado atrás. Me lancé con todo lo que tenía, aunque la tristeza me pesara en cada paso, en cada salto.

Al principio, todo fue difícil. Mis movimientos eran torpes, mi mente no se despejaba, pero con el tiempo, las caídas fueron menos dolorosas. Me di cuenta de que el hielo, en alguna extraña forma, me ofrecía lo que no podía encontrar fuera: un lugar donde no tenía que ser Lou la que había dejado atrás a Jerome. Era Lou, la patinadora, la que podía empezar a construir su propio camino, aunque no fuera fácil.

A veces, cuando el cansancio me invadía, me tomaba un respiro y miraba el teléfono en busca de algo que me recordara a casa. Entonces llamaba a mi abuela. No pasaba mucho tiempo sin que escuchara su voz llena de cariño al otro lado de la línea.

—Cielo, ¿cómo va todo? —me preguntaba siempre, con esa dulzura que solo ella sabía transmitir.

—Todo bien, abuela. Aunque… algunas veces siento que me estoy perdiendo en este lugar.

—Lo entiendo, cariño. La vida tiene su manera de poner las cosas en su lugar, pero tú eres fuerte. Sigue adelante, no te dejes vencer.

Las palabras de mi abuela siempre me daban un poco de paz. Aunque estaba lejos, sentía su amor rodeándome, recordándome que siempre podría contar con ella, incluso cuando todo me parecía tan incierto.

Al final, la academia se convirtió en mi hogar, aunque no de inmediato. Los días pasaban y la herida que me dejó Jerome no se

cerró de golpe. Pero con cada entrenamiento, con cada conversación con Emma, con cada conversación con mi abuela, el dolor se fue transformando en algo más llevadero. No iba a olvidarlo, no podría, pero aprendí a seguir adelante.

Pasaron los meses, luego los años. Un par de años después de llegar a Dakota del Norte, ya no era la misma Lou que había llegado rota y perdida. Ahora, aunque el corazón aún doliera por lo que había dejado atrás, me sentía más fuerte, más capaz de abrazar mi futuro, el futuro que ahora sabía que no dependía de nadie más que de mí misma.

CAPÍTULO 50

Jerome

Si alguien me hubiera dicho hace dos años que ver a Louise marcharse me destrozaría, probablemente no les habría creído. Pero aquí estaba, dos años después, sintiendo el peso de su ausencia como una losa que no podía quitarme de encima. Ella se fue sin decirme nada, dejando atrás una confusión que aún no lograba resolver. Nunca hablamos de su beca, nunca tuve la oportunidad de decirle lo orgulloso que estaba de ella ni de lo mucho que me dolía verla partir.

El tiempo no había hecho más que intensificar ese vacío. Aunque mi vida había seguido su curso y había alcanzado metas importantes, como convertirme en capitán de los Yucón, no podía evitar sentir que algo faltaba. Las victorias en la pista ya no sabían igual. El sonido de los palos golpeando el hielo, los gritos del público, incluso la alegría de mis compañeros tras un gol, todo había perdido parte de su brillo. Porque ella no estaba ahí.

Me había pasado los últimos meses reflexionando sobre lo que realmente quería para mi futuro. El hockey se convirtió en una parte importante de mi vida, pero no quería que lo fuera todo. Había visto a jugadores retirarse, aferrados a una gloria pasada, incapaces de encontrar algo que los llenara fuera del hielo. Yo no quería eso para mí. Sabía que mi tiempo como capitán estaba llegando a su fin, y aunque me costaba aceptarlo, también sentía una especie de alivio. Quería algo más. Algo que me hiciera sentir vivo de verdad.

Louise había sido la única persona capaz de hacerme cuestionar todo. No solo por lo que sentía por ella, sino porque su pasión por el patinaje me inspiraba a buscar mi propio camino, a no conformarme. Y ahora, después de tanto tiempo sin verla, me preguntaba si también pensaba en mí. Si alguna vez se había arrepentido de irse o si su nueva vida la había absorbido por completo.

Mientras me ponía los patines para uno de los que sería mis últimos entrenamientos con los Yucón, no podía evitar preguntarme

qué estaría haciendo ella en ese momento. ¿Seguiría patinando con la misma pasión? ¿Habría encontrado a alguien que ocupara el lugar que yo nunca supe llenar?

Respiré hondo y salí al hielo. El frío golpeó mi rostro, pero no logró despejar mi mente. Los gritos de mis compañeros resonaban en el estadio vacío, y aunque intentaba concentrarme en el entrenamiento, mi cabeza seguía viajando a ella, a nosotros, a lo que pudo haber sido si hubiera tenido el valor de hablar.

—¡Jerome, más rapidez en esa defensa! —gritó el entrenador desde la banda, sacándome de mis pensamientos.

Asentí y volví a centrarme en el juego. Pero sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarme a lo que realmente me estaba persiguiendo: el miedo de haberla perdido para siempre.

Cuando terminó el entrenamiento, me quedé rezagado mientras mis compañeros se retiraban al vestuario. Vi al entrenador revisando su libreta desde la banda y decidí acercarme. Sabía que era el momento de hablar con él.

—Entrenador —dije, intentando sonar más firme de lo que me sentía.

—¿Qué pasa, Jerome? ¿Todo bien? —preguntó sin apartar la vista de sus notas.

—Sí, bueno... en realidad, hay algo que necesito decirle.

Dejó la libreta a un lado y me miró con el ceño fruncido.

—Dime.

Respiré hondo antes de soltarlo.

—El partido de este fin de semana será el último que juegue. Después de eso, voy a dejar el equipo.

El silencio que siguió a mis palabras fue casi ensordecedor. Vi cómo procesaba lo que acababa de decirle, buscando las palabras adecuadas.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó finalmente, su voz más baja de lo habitual.

Asentí.

—Lo estoy. Llevo un tiempo pensando en ello y siento que necesito un cambio. Amo este deporte, pero no quiero que sea lo

único que defina mi vida.

El entrenador suspiró y me dio una palmada en el hombro.

—Es valiente tomar una decisión así, Jerome. Te vamos a extrañar en el equipo, pero si esto es lo que necesitas, tienes mi apoyo.

Agradecí su comprensión con un leve asentimiento. Mientras me alejaba de la pista, sentí un peso menos sobre mis hombros. La decisión estaba tomada. Ahora solo me quedaba averiguar qué venía después.

Entré al vestuario y me duché rápidamente para llegar pronto al hotel. Desde que terminé los estudios, me propuse ayudar a mis padres, aunque fuera como camarero en el restaurante donde, desde que Lou se fue, la yaya Laisa ocupaba la cocina. Con la yaya, la relación era fría y distante. Sabía que yo mismo me gané su reproche, había dejado a su nieta sin motivo alguno, haciéndole creer que no la quería, aunque eso no lo supiera. Podría haber sido sincero con ella, contarle que lo hice para que Lou aceptara la beca, pero preferí que las cosas siguieran así. No sabía si eso llegaría a oídos de mi… de mi nada, Louise ya no era nada mío, ni siquiera pude conservar su amistad.

—Hola, papá —saludé al cruzar la entrada del hotel, dejando mi mochila junto al mostrador.

—Hola, campeón. Hoy has llegado pronto, ¿ya terminaste el entrenamiento? —Su mirada burlona se clavó en mí mientras esbozaba una sonrisa. Alcé una ceja, respondiéndole con esa expresión que siempre parecía divertirlo.

—Ya, ya, eres muy gracioso —añadió al ver mi cara.

Me acerqué un poco, bajando el tono de mi voz.

—Papá —musité, esta vez con algo más de seriedad—. Quiero contarte una cosa.

Su sonrisa se desvaneció ligeramente, y ladeó la cabeza, atento.

—¿Todo bien? —preguntó, frunciendo el ceño. Asentí con calma, aunque por dentro dudaba si este era el mejor momento.

—Sí, pero… no sé si ahora es el momento. ¿Puede esperar? —Me encogí de hombros, intentando quitarle, peso a mis palabras, aunque en el fondo deseaba soltarlo todo de una vez.

—Bueno, venga, cuéntame —insistió, pero no con prisa, sino con esa paciencia que siempre me ofrecía cuando veía que me costaba hablar.

Respiré hondo y negué con la cabeza.

—No, no te preocupes, no es nada… después hablamos, ¿vale?

Me miró con esa mezcla de curiosidad y preocupación, pero al final asintió, sabiendo que no sacaría más de mí en ese momento.

Cuando entré en la cocina, el aroma de guisos recién hechos llenaba el aire. La yaya Laisa estaba de espaldas, removiendo algo en una olla grande. Como siempre, la saludé al cruzar la puerta.

—Hola, yaya —dije con un tono que intentaba ser cálido, aunque sabía que no obtendría respuesta.

Ella continuó con lo suyo, sin molestarse siquiera en girar la cabeza. El silencio era más frío que el hielo en el que entrenaba, y aunque llevaba años soportándolo, ese muro invisible entre nosotros seguía pesándome.

Me acerqué al mostrador para atarme el delantal, intentando ignorar el nudo que se formaba en mi garganta. Mientras lo hacía, no pude evitar mirarla de reojo. La línea de su espalda parecía más tensa que nunca, y su cabello, recogido en un moño apretado, tenía más canas de las que recordaba.

—Laisa, ¿necesitas ayuda con algo? —pregunté, rompiendo el silencio.

Por un instante, pensé que iba a responder. La vi detenerse, su mano suspendida sobre la olla. Pero, como siempre, volvió a lo suyo, dejándome ahí, esperando una reacción que nunca llegaba.

Apreté los dientes y me centré en mis tareas. ¿Por qué seguía intentando? Sabía que no había perdón para mí en sus ojos. Y, sin embargo, cada día lo intentaba. Cada saludo, cada ofrecimiento, era un intento de reconstruir algo que sabía que probablemente estaba roto para siempre.

Salí de la cocina para sumergirme en el trabajo, algo que hice durante tres horas seguidas sin descanso. Mi padre siempre me insistía en que me tomara al menos cinco minutos para respirar, pero sabía que, si lo hacía, ese tiempo lo usaría para pensar en ella. Y pensar en Louise era algo que prefería evitar a toda costa.

Mantenerme ocupado era mi único escape, al menos hasta que llegara la noche. Porque en las noches no había escapatoria. En la oscuridad, las preguntas invadían mi mente, y la imagen de su sonrisa, de su mirada, se colaban como fantasmas que no podía espantar.

Cada noche era lo mismo: sostenía mi móvil entre las manos, mirando la pantalla como si eso fuera a hacer que su nombre apareciera. A veces me imaginaba escribiéndole, preguntándole cómo estaba, pero algo siempre me detenía. Quizá el miedo a que no respondiera, o peor, a que lo hiciera con la frialdad de alguien que había pasado página. Así llevaba dos años: esperando algo que sabía que nunca llegaría.

—Campeón, ve a atender la mesa doce —la voz de mi padre me sacó del trance en el que había caído sin darme cuenta. Y justamente por eso prefería trabajar todas las horas posibles.

—Enseguida.

Cogí la bandeja y caminé hacia la mesa doce, donde me encontré con Jess, Parker y sus padres. Habían venido a comer, aunque, claro, no a verme a mí. No había necesidad de engañarme.

—¡Spencer! —me saludó Parker como si lleváramos meses sin vernos y no solo unas horas.

—Parker, no sabía que vendrías a comer aquí —respondí con una media sonrisa—. Hola, Jess.

—Hola, Jerome —me devolvió el saludo con una sonrisa cordial.

—¿Ya sabéis lo que vais a pedir?

Parker negó con la cabeza mientras miraba la carta y luego señaló hacia la cocina.

—No estamos seguros. Aunque mi madre, nada más entrar, ha olido algo y ya quiere eso que huele tan bien.

Solté una carcajada ligera, dejando la bandeja apoyada en el borde de la mesa.

—Debe de ser el guiso de carne con verduras de Laisa. Es lo que se está sirviendo hoy y, la verdad, tiene muy buena pinta.

Tras una breve consulta entre ellos, decidieron pedir un plato para cada uno. Asentí con un gesto rápido y regresé a la cocina para avisarle a la yaya.

Me detuve un momento antes de entrar. A veces me costaba enfrentármela. Aunque no dijera mucho, su silencio era suficiente para recordarme que no todo estaba bien. Entré y caminé hasta donde estaba.

—Cuatro guisos para la mesa doce, yaya —le dije, con un tono neutral, esperando no incomodarla más de lo necesario.

La yaya Laisa asintió sin siquiera mirarme. Como siempre, sus movimientos eran precisos, seguros. Me quedé un instante observándola, pensando en todo lo que nunca me diría y en lo mucho que había cambiado desde que Louise se fue. Quise decir algo más, pero no lo hice. Al final, las palabras sobraban entre nosotros.

Salí con dos platos en una bandeja y los otros dos en otra. Había ganado bastante práctica con esto de ser camarero, y no se me daba mal. Llegué a la mesa y coloqué los platos con cuidado frente a cada comensal. Una vez terminado, devolví las bandejas a su sitio y, solo por hoy, decidí darme ese descanso que mi padre tanto insistía en que debía tomar.

Salí a la terraza y me encendí un cigarrillo. No era un hábito del que me sintiera orgulloso, pero lo necesitaba, a veces. La primera calada llenó mis pulmones, y con el humo exhalé algo de la tensión que llevaba acumulada desde la mañana. El aire frío acariciaba mi rostro, pero no era suficiente para despejar mi cabeza del todo.

—Jerome.

La voz me sobresaltó. Giré ligeramente y ahí estaba Jess, detrás de mí.

—Eh, hola —respondí, apagando el cigarro contra el borde de la barandilla y guardándolo en un cenicero cercano. Jess se acercó con esa mezcla de confianza y torpeza que siempre la caracterizaba.

—¿Cómo estás? —preguntó, cruzándose de brazos—. Desde que terminamos el instituto, apenas te veo. Solo en tus partidos, y creo que hasta eso se va a acabar.

Fruncí el ceño, curioso por su comentario.

—Ups, lo siento —añadió, encogiéndose de hombros—. Ya sabes que mi hermano me lo cuenta todo, y se ha enterado de que le dijiste al entrenador que dejarás el equipo. ¿Ha pasado algo?

Me encogí de hombros, restándole importancia.

—No, solo que me he cansado de seguir con una vida que ya no me llena —dije con sinceridad—. Tengo que seguir buscando mi camino, a pesar de que me siento más perdido que nunca… bueno, llevo perdido desde que…

—Desde que Lou se fue —terminó Jess por mí, y yo asentí, agachando la cabeza.

—Te entiendo. Yo también la extraño mucho, aunque hablamos de vez en cuando.

La última frase me golpeó como un mazazo, y no pude evitar levantar la mirada rápidamente.

—¿Lou y tú estáis en contacto? —pregunté, tratando de disimular mi sorpresa, aunque era evidente en mi voz. Jess bajó la mirada, como si acabara de meter la pata. Lo cual, siendo Jess Simons, no era una novedad.

—Bueno… hablamos dos veces a la semana por teléfono, y nos escribimos mensajes. Además, me envía fotos y videos.

Sentí cómo mi corazón se aceleraba, casi con violencia. La posibilidad de verla, aunque fuera a través de una pantalla, hacía que mi pecho se comprimiera y mi respiración se volviera un poco más pesada.

—¿Quieres que te enseñe alguno? —preguntó, sacando su móvil con un gesto casual, como si no acabara de dejarme sin palabras.

Tragué saliva y asentí, intentando aparentar calma mientras mi interior era un torbellino. Estaba a punto de verla. A la Louise más adulta, más madura… aunque solo tuviera diecinueve años.

Jess desbloqueó su móvil y empezó a buscar entre los mensajes. Cada segundo que pasaba parecía eterno, y mi corazón latía con una fuerza que casi dolía. Finalmente, encontró lo que buscaba y me extendió el teléfono.

—Este es de hace unas semanas. Estaba en una competición importante —dijo, con un tono casual, aunque yo apenas la escuché.

Mis ojos se clavaron en la pantalla. Louise estaba en el centro de una pista de hielo, luciendo un traje de patinaje azul oscuro con detalles brillantes que parecían destellos de estrellas. El video

capturaba el momento exacto en el que terminaba su rutina. La cámara temblaba un poco, probablemente porque alguien lo grabó desde las gradas, pero eso no importaba.

El público estalló en aplausos, y el juez principal se levantó para otorgarle la puntuación final. Louise levantó los brazos, exhausta pero radiante, y su rostro se iluminó con una sonrisa que me dejó sin aliento. Era esa sonrisa, su sonrisa. La misma que recordaba de tantas tardes en el lago, pero ahora cargada de algo más: confianza, triunfo, felicidad.

El video continuó y mostró cómo el juez principal le entregaba una medalla de oro. Louise la tomó, emocionada, y luego saludó al público mientras un par de lágrimas le rodaban por las mejillas. Jess comentó algo sobre lo mucho que se lo había ganado, pero apenas la escuché. Estaba demasiado atrapado en la imagen frente a mí.

Ahí estaba ella, mi Lou, alcanzando sueños que siempre supe que lograría. Pero también estaba ese nudo en mi pecho, apretando con fuerza, recordándome que no estaba ahí para verla. Que no había sido parte de ese momento.

—Es increíble, ¿no? —preguntó Jess, con una sonrisa orgullosa mientras pausaba el video.

Asentí, tragando con dificultad.

—Sí… es increíble —musité, aunque lo que realmente quería decir era: "Es increíble cómo sigue siendo lo más importante en mi vida, incluso después de todo este tiempo".

Antes de que pudiera procesar completamente lo que había visto, Jess deslizó la pantalla para mostrarme una serie de fotos. La primera mostraba a Louise en un bar, rodeada de chicos. Estaba sonriendo, su cabello castaño cayendo en ondas perfectas sobre sus hombros, y sostenía un vaso de cristal que brillaba bajo las luces del lugar.

—Aquí está con algunos de sus amigos de la academia. Siempre me dice que son como su nueva familia.

La palabra "familia" me golpeó con fuerza. Observé las caras desconocidas en la foto, y aunque no tenía motivos para sentirlo, una punzada de celos se instaló en mi pecho. Estaba feliz, eso era lo

importante, pero había algo profundamente inquietante en verla compartiendo esa felicidad con personas que no eran yo.

Jess pasó a otra foto. Esta vez, Louise estaba abrazada a una chica rubia que tenía una expresión dulce y risueña. Ambas llevaban ropa de entrenamiento, y detrás de ellas se veía una pista de hielo.

—Esa es Emma, su compañera de equipo. Siempre hablan de competir juntas en los campeonatos nacionales.

Luego, una última foto. Louise estaba sentada entre dos chicos que no conocía, ambos riendo mientras ella hacía un gesto divertido con las manos. Su sonrisa era tan natural, tan llena de vida, que me dolió. Era la misma sonrisa que me dedicaba a mí, o al menos así lo sentía.

Devolví el teléfono a Jess, intentando mantener una expresión neutral.

—Está… está increíble. Me alegra que le vaya tan bien —dije, aunque mi voz no sonaba tan convincente como habría querido.

Jess me observó durante unos segundos, como si intentara descifrar algo en mi expresión, pero al final solo asintió.

—Sí, le va de maravilla. Aunque creo que te extraña más de lo que te imaginas.

No respondí. ¿Me extrañaba? ¿Realmente pensaba en mí? Quería creerlo, pero después de todo este tiempo, había aprendido a no esperar demasiado.

Apagué el cigarrillo que había olvidado en la barandilla y miré al horizonte. El viento helado golpeaba mi rostro, pero no lograba despejar la confusión dentro de mí. Lou estaba feliz, triunfando, rodeada de nuevas personas y experiencias. Y yo seguía aquí, atrapado en un pasado que no podía soltar.

CAPÍTULO 51

Louise

La preparación para una de las competiciones más importantes de mi vida estaba a punto de llegar. Cada salto, cada giro y cada detalle artístico en mi rutina se habían vuelto casi automáticos, fruto de meses de trabajo incansable. Lauren, aunque ya no era oficialmente mi entrenadora, seguía siendo mi consejera y mi guía. Me conocía mejor que nadie en la pista, artísticamente hablando, claro. Su presencia era un ancla, una constante que no permitía que la presión me abrumara.

Además, contaba con el apoyo de Emma, mi nueva amiga, una persona que había llegado a mi vida como un soplo de aire fresco. Con ella, podía ser simplemente yo misma, sin máscaras ni filtros. Pero también estaban mi abuela y Jess, quienes, a pesar de los kilómetros que nos separaban, seguían conectándome con mi pasado. Eran mi lazo con una parte de mí que no estaba lista para soltar.

—Jess, ¿por qué no dejas de moverte? —dije entre risas mientras observaba cómo no paraba de moverse con el móvil en la mano.

—¡Perdona! —respondió, con ese tono ligeramente dramático que la caracterizaba—. Estoy maquillándome porque tengo una cita con Liam, y estoy de los nervios. ¡Con Liam! ¿Lo puedes creer? Ni siquiera me gustaba, pero un día me pidió ir al cine y… bueno. —Suspiró profundamente, y su nerviosismo me arrancó una carcajada.

—Eso es bueno, ya era hora de que salieras con alguien —respondí, sin evitar sonreír. Jess siempre encontraba la manera de alegrarme, incluso a miles de kilómetros de distancia.

Pero ni siquiera alguien como ella, que hacía todo lo posible por hacerme sentir bien, podía sacar a Jerome de mi mente.

—¿Y tú? —preguntó de repente, con ese tono curioso que anunciaba que estaba a punto de decir algo incómodo—. Supongo que habrás conocido a algún patinador macizorro, ¿no?

Enmudecí al instante, tragando saliva mientras los recuerdos volvían a inundar mi mente, llevándome de vuelta a un lugar del que aún no era capaz de escapar.

Solo con él había sido realmente feliz, aunque también había sido él quien rompió mi corazón. Jerome me había dado lo mejor de cada etapa de mi vida: amor, amistad y, finalmente, desengaño. ¿Llegaría algún día a olvidarlo? No estaba segura. En cada salto sobre el hielo, en cada rincón de mi día, su imagen aparecía sin permiso, clavándose en mi mente y, sobre todo, en mi corazón.

La pregunta de Jess seguía resonando en mi cabeza mientras ella hablaba sobre su cita, pero yo apenas podía escucharla. Porque, aunque quisiera seguir adelante, una parte de mí seguía atrapada en el pasado. Y ese pasado tenía un nombre: Jerome.

—Bueno, ¿qué tal estoy? —preguntó Jess, dejando finalmente el móvil quieto en un lugar fijo y sacándome de mis pensamientos.

—Estás guapísima, y Liam va a babear cuando te vea —respondí, esbozando una sonrisa que ella me devolvió con entusiasmo.

—Eso es lo que quiero, amiga.

Charlamos un rato más, entre risas y consejos, hasta que prometí enviarle fotos de mi salida con algunos compañeros de la academia. Íbamos a celebrar que, por fin, habíamos terminado los estudios. Más tarde de lo que me habría gustado, pero terminados, al fin y al cabo, que era lo importante.

Justo cuando me disponía a vestirme para la salida, Emma irrumpió en la habitación como un torbellino. Venía sudando y arrastrando su maleta de entrenamiento, que soltó de mala manera en una esquina.

—No aguanto a mi entrenador —bufó con fuerza, como si solo mencionar su nombre le diera calor.

—¿Qué ha pasado esta vez? —pregunté, divertida.

Ya conocía la historia. Cada vez que Emma salía de entrenar con Ferrer, llegaba maldiciendo su existencia. Según ella, él no la entendía. Emma era de esas personas que vivían para innovar, para salirse de lo establecido. Repetir los mismos movimientos una y otra vez la aburría profundamente, y por eso, terminaba haciendo lo que le salía del alma… o de otro lugar, como ella misma solía decir.

—Nada, solo que me han salido varios saltos que, para qué te voy a mentir, me han salido de puta madre. Pero él no… siempre con esa ceja alzada y diciéndome: "Emma, si sigues así no ganarás ninguna competición y dejaré de ser tu entrenador". Que oye, pensándolo bien, no me importaría que dejara de serlo —soltó, dramatizando cada palabra.

No pude evitar soltar una carcajada, y ella se unió, contagiada por mi risa.

—Supongo que solo quiere lo mejor para ti, ¿no? —intenté defenderlo, aunque sabía que no serviría de mucho.

Emma se encogió de hombros, sin querer darle más vueltas al asunto. Caminó hacia su armario, sacó el albornoz y se encaminó al baño, todavía refunfuñando.

—Ojalá Lauren quisiera ser mi entrenadora. Me cae muy bien —dijo antes de cerrar la puerta.

Abrí los ojos con sorpresa, casi riendo de incredulidad. Si supiera lo que realmente era Lauren, no hablaría así de ella. Claro, era innegable que Lauren era la mejor entrenadora que alguien como nosotras podía tener, pero también era calculadora, tosca y, en ocasiones, una cabrona de primera. Era el tipo de persona que podía llevarte al límite y hacerte brillar, pero no sin antes desgarrarte un poco en el proceso.

Mientras Emma se duchaba, terminé de arreglarme. Como siempre, me tocó esperarla. Cuando finalmente salió, fresca y lista, ya estábamos casi sobre la hora.

—Vamos, nos están esperando —dije, cogiendo mi bolso y caminando hacia la puerta.

Ella asintió, apurada, y ambas nos encaminamos hacia una noche que prometía ser un respiro en medio del caos de nuestra rutina.

Cuando llegamos al bar más cercano a la academia, ya nos esperaban en la puerta Jeff, Jayden, Carol y Stefano. En cuanto nos vieron, se acercaron a saludarnos como siempre, con sonrisas amplias y cálidas que hacían que la rutina diaria pareciera un poco más ligera. Había hecho muy buenas migas con Jeff y Jayden. Eran divertidos, genuinos y, aunque el patinaje nos unía, nuestra amistad se había forjado más allá del hielo.

Recordé el día que Lauren me pidió que patinara con ellos. Fue un entrenamiento agotador, pero al final terminamos riendo y tomándonos una foto que le envié a Jess. Yo estaba en el medio de los dos, con una sonrisa en los labios, sintiéndome parte de algo por primera vez en mucho tiempo.

Estaba empezando a crear recuerdos en este lugar, recuerdos que me hacían sentir bien, como si poco a poco estuviera construyendo una nueva vida. Entramos al bar y pedimos algo de picar y unos refrescos. No solíamos comer comida basura, pero un día era un día, ¿no? Además, como decía mi abuela: "Una vez al año no hace daño".

Suspiré al recordarla. ¿Cómo estaría? Cada vez que hablábamos, ella siempre evitaba hablar de sí misma. Solo se interesaba por cómo me iba a mí, cómo estaban mis entrenamientos, si comía bien, si descansaba lo suficiente. Sabía que lo hacía para que no me sintiera mal al pensar en ella trabajando en una cocina a su edad, pero no podía evitar desear que los años pasaran rápido. Quería regresar, quitarle esa carga, devolverle al menos un poco de todo lo que había hecho por mí.

La noche transcurrió entre risas y charlas ligeras. Fue uno de esos momentos que, aunque sencillos, se grababan en la memoria como pequeños tesoros. Pero la calma nunca duraba demasiado. Al día siguiente, los entrenamientos volvieron con más intensidad que nunca. Lauren parecía dispuesta a exprimir hasta la última gota de energía que tenía, y mi entrenador no se quedaba atrás. Entre los dos, me tenían al límite. Había días en los que no sabía cómo lograba mantenerme en pie.

Pero, si no hubiera sido por esa exigencia, por esa presión constante, no habría conseguido lo que logré: la medalla de oro. Clasificarme para la competición en Nueva York era un sueño hecho realidad, el tipo de logro que parecía justificar todo el sacrificio.

La vida me sonreía en el patinaje. Tenía oportunidades, reconocimiento, y un futuro que parecía brillar más que nunca. Pero, aunque todo iba bien en la pista, el tiempo seguía sin curar ciertas heridas.

Un año después, todavía luchaba contra los mismos fantasmas. Seguía intentando olvidar, intentando no recordar aquello que me atormentaba. Pero el pasado siempre encontraba una forma de regresar, colándose en mis pensamientos cuando menos lo esperaba.

—Hola, Louise.

La voz de Jayden me sacó de mi concentración, resonando detrás de mí mientras deslizaba mis patines sobre el hielo. Estaba sola en la pista, entrenando a mi manera, sin nadie que me dijera qué hacer a cada segundo. Era un raro momento de libertad que me permitía simplemente sentir el hielo bajo mis pies.

—¡Jayden! ¿Qué haces aquí? —pregunté, patinando hacia él con curiosidad.

—Creo que lo mismo que tú, ¿no? —respondió con una sonrisa, esa que parecía iluminar todo a su alrededor.

Jayden tenía esa capacidad única de sonreír con la mirada, de hacerte sentir bien con un simple gesto. Era guapo, eso era innegable, con unos ojos negros que brillaban bajo los focos de la pista y unos rizos que parecían moverse con vida propia cada vez que él se desplazaba. Había algo en su forma de estar que siempre resultaba reconfortante, como si su presencia pudiera borrar cualquier preocupación, al menos por un rato.

—¿Patinamos juntos? —propuso, inclinándose ligeramente hacia mí con una expresión que no dejaba lugar a un no—. Me vendría bien una ayuda extra.

Asentí con una sonrisa. Me gustaba patinar con Jayden. Siempre lograba que los entrenamientos parecieran menos pesados, como si todo fuera un poco más fácil cuando estaba cerca.

Jayden extendió una mano hacia mí, invitándome al centro de la pista. Dudé un instante, pero luego la tomé. Su toque era firme, seguro, y, sin decir una palabra, comenzamos a deslizarnos juntos, dejando que el hielo guiara nuestros movimientos.

Primero trazamos un círculo amplio alrededor de la pista, ajustando nuestras respiraciones y sincronizando cada paso. Jayden tenía esa presencia que llenaba el espacio, y su patinaje reflejaba

esa misma energía: decidido, sólido. Yo añadía un contraste más ligero, más fluido, y juntos formábamos un equilibrio casi perfecto.

Sin previo aviso, Jayden aceleró, y nuestras manos se entrelazaron mientras ejecutábamos un giro conjunto. La fuerza de su agarre me estabilizó, permitiéndome extender la pierna en un arabesco mientras girábamos. El hielo crujía bajo nuestros patines, y el aire frío acariciaba mi rostro, pero no lograba apagar la calidez de su mirada fija en la mía.

—Prepárate para el lift —dijo, con un tono tan bajo que apenas lo escuché.

Me impulsé con fuerza, y él me levantó con una facilidad que parecía desafiar la gravedad. Desde allí arriba, con los brazos extendidos, sentí por un instante que el mundo desaparecía, dejando solo el hielo, los focos y nosotros dos. Al descender, mis patines volvieron al hielo con un giro perfecto, y una chispa de satisfacción cruzó por su rostro.

Seguimos moviéndonos en armonía, cada giro, cada cruce, parecía hablar de una conexión que iba más allá de la técnica. Pero había algo en el aire, algo que parecía más intenso de lo habitual.

Cuando llegó el final, ejecutamos la última figura con precisión. Me giré a su alrededor, su mano sujetándome con fuerza, hasta que, con un movimiento calculado, me soltó y me permitió deslizarme sola hacia el centro de la pista. Nos reunimos allí, nuestras respiraciones entrecortadas y nuestras miradas encontrándose bajo los focos.

—Lo has hecho increíble, Louise —dijo, su voz más suave de lo habitual.

—Gracias. Tú también estuviste… bueno, como siempre, perfecto —respondí, intentando recuperar el aliento y esquivar la intensidad de su mirada.

Entonces, sucedió. Jayden dio un paso más hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros, hasta que pude sentir su respiración mezclándose con la mía.

—Jayden… —intenté decir algo, pero las palabras se atascaron en mi garganta.

Antes de que pudiera reaccionar, su mano se deslizó con suavidad hasta mi rostro. La calidez de su palma contrastaba con el frío del hielo que nos rodeaba, y, sin darme tiempo a procesarlo, sus labios rozaron los míos.

El beso fue breve, casi inseguro, pero lo suficiente como para que una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo desde el lugar donde sus labios tocaron los míos. Un escalofrío subió por mi espalda, dejando una mezcla confusa de sensaciones: el calor de su cercanía, el temblor de mi corazón y un vacío extraño que no lograba identificar.

Cuando se apartó, sus ojos buscaban desesperadamente los míos, como si intentara descifrar mi reacción. Mi mente, sin embargo, era un caos. Sentía mi pecho agitado, pero no de la manera en la que debería estar. Porque, en lugar de sentir algo por Jayden, el recuerdo de Jerome había irrumpido en mi interior como una tormenta.

El aire que llenaba mis pulmones de repente se volvió pesado, como si mi cuerpo no pudiera decidir si lo que acababa de pasar era un paso adelante o un retroceso que me llevaba al pasado.

Los besos de Jerome eran diferentes. No solo porque los recordaba con intensidad, sino porque cada uno de ellos parecía llevar consigo una promesa. Jerome me besaba con seguridad, como si estuviera grabando su lugar en mi vida con cada caricia. Jayden, en cambio, parecía pedirme permiso, buscando algo que no estaba segura de poder darle.

El contraste era abrumador, y no pude evitar apartar la mirada. Me alejé un paso, cruzándome de brazos como si intentara protegerme de algo que ni siquiera entendía.

—Jayden… no sé si esto es una buena idea —murmuré, mi voz más baja de lo que pretendía.

Su expresión cambió, y aunque intentó mantener una sonrisa, vi cómo la decepción se reflejaba en sus ojos.

—Lo siento —dijo finalmente, tragando saliva—. No pude evitarlo.

No respondí. En mi cabeza, Jerome seguía ocupando todo el espacio. Su sonrisa torcida, su forma de mirarme como si yo fuera la

única persona en el mundo, sus besos cargados de una mezcla de pasión y ternura…

El silencio entre Jayden y yo se volvió incómodo. Él retrocedió, respetando mi espacio, pero la intensidad del momento seguía colgada en el aire como un eco.

Miré hacia el hielo, que ahora parecía más frío, más vacío. Algo dentro de mí me decía que debía seguir adelante, pero el peso del pasado era más fuerte que cualquier impulso de avanzar. Por mucho que quisiera construir algo nuevo, Jerome todavía tenía un poder sobre mí que ni siquiera el tiempo ni la distancia habían podido romper.

CAPÍTULO 52

Jerome

Cuando la familia Simons se fue, miré el reloj. Faltaba media hora para terminar mi turno, pero cada minuto se sentía como una eternidad. Estaba agotado, física y mentalmente, deseando llegar a casa y simplemente desplomarme en la cama. Aunque sabía que dormir sería un desafío. Las imágenes de Lou, las fotos en las que estaba entre esos dos chicos y el video que Jess me mostró, seguían revoloteando en mi mente como una tormenta que no podía despejar.

Se veía feliz. Y eso, en teoría, era lo que siempre había deseado para ella. Ese fue el motivo por el que decidí apartarla de mi vida, ¿no? Porque sabía que conmigo no podría alcanzar todo lo que ahora estaba logrando. Pero el consuelo de esa decisión se desmoronaba frente a la realidad de mi propia vida: un vacío que ni siquiera el tiempo había podido llenar.

—Hijo, ¿estás bien? —La voz de mi padre me sacó de mis pensamientos. Me giré hacia él y lo vi mirándome con preocupación.

—La verdad es que no, no estoy nada bien, papá —respondí con sinceridad, dejando caer mis hombros.

—¿Qué querías contarme antes? —preguntó, intentando cambiar de tema. Sabía que lo hacía para evitar ahondar en el dolor que se reflejaba en mi rostro.

—Nada, solo que he decidido dejar el equipo —dije, sintiendo cómo la confesión me dejaba aún más vacío.

Frunció el ceño, sorprendido.

—¿Por qué? Pensé que estar ahí te gustaba, te hacía feliz…

—Ya nada me hace feliz. Nada me llena desde que Lou se marchó —admití, con un hilo de voz que apenas salía de mi garganta.

Mi padre suspiró y colocó una mano firme en mi hombro, intentando transmitirme algo de su fortaleza.

—Te entiendo, hijo.

Pero su compasión no me ayudaba. No podía aliviar el peso de la culpa que cargaba, ni el vacío que me consumía desde dentro. La realidad en la que me encontraba era una que yo mismo había creado, y sabía que solo yo tenía la culpa.

—Además, trabajar aquí en el mismo turno que Laisa no ayuda. Al contrario, me hace sentir la peor persona del mundo. Ni siquiera ella es capaz de perdonar lo que hice. ¿Cómo voy a perdonarme yo mismo? —dije, apretando los dientes mientras reprimía las lágrimas que amenazaban con brotar.

Mi padre me observó con detenimiento, como si estuviera sopesando sus palabras antes de hablar.

—¿Por qué no le cuentas la verdad? —dijo finalmente—. ¿Por qué no le dices que dejaste a Lou solo para que aceptara la beca y no porque no la querías? Jerome, creo que, si Laisa supiera que sigues enamorado de su nieta, que estás sufriendo, entendería muchas cosas que ahora no logra comprender.

Negué con la cabeza, casi con desesperación.

—¡No! No puedo permitir que Laisa se entere de eso. Se lo dirá a Lou, y eso no puede pasar. —Mi voz subió, cargada de angustia.

No podía arriesgarme. Si Lou se enteraba, todo lo que había hecho, todo el sacrificio, habría sido en vano. Giré sobre mis talones y salí a toda prisa, buscando aire fresco, aunque el peso en mi pecho no me dejaba respirar con normalidad.

El alivio que esperaba encontrar fuera se desvaneció al instante. Ahí estaba ella. Laisa, de pie frente a mí, con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba sorpresa y algo que no lograba descifrar.

No tuve que preguntarle si había escuchado. Lo sabía. Sus ojos me lo decían todo.

—Laisa… —empecé a decir, pero mi voz se quebró antes de poder formar una frase coherente.

Su mirada se suavizó al verme. Algo en ella había cambiado, y esa suavidad me golpeó más fuerte que cualquier reproche que pudiera haber esperado. Lo sabía todo. Dos años intentando ocultar mis motivos, dos años cargando esta culpa, y todo se había desmoronado en un instante.

No sabía si sentir alivio o miedo. Lo único que tenía claro era que nada volvería a ser igual.

La rodeé sin ser capaz de enfrentarla. En ese instante, mis piernas se movieron solas, llevándome lejos del hotel, donde el frío cortante de la noche me recibió como un castigo merecido. Necesitaba respirar, aunque sabía que ni el aire más puro podría aliviar el peso en mi pecho. Caminé mientras la nieve crujía bajo mis pies, hundiéndome en ella tanto como en mis propios pensamientos.

El camino me llevó al lago congelado, ese lugar que siempre había sido nuestro refugio. Levanté la mirada y, como si el universo quisiera torturarme aún más, las auroras boreales bailaban en el cielo. Sus colores se extendían como un recordatorio cruel de que la magia existía, pero nunca para mí.

Los recuerdos me golpearon con fuerza, transportándome a la última vez que estuve aquí con Lou. Aquella noche que cambió todo. La noche en que fue mía por primera vez, con su cuerpo temblando bajo el mío, sus jadeos mezclándose con el aire helado. Sentí un escalofrío que no sabía si atribuir al frío, al miedo de no volver a verla, o a la punzada de esos recuerdos que seguían martirizándome. Fue la última aurora que compartimos, la última vez que el mundo pareció estar en equilibrio, aunque fuera solo por unas horas.

Saqué el móvil, mis manos temblando mientras lo desbloqueaba. Desde que Lou se fue, nunca había tenido el valor de buscarla en redes sociales. La idea de verla feliz, avanzando, me aterraba tanto como el miedo de que pudiera darse cuenta de que la acechaba, de que seguía cada paso de su vida sin estar realmente en ella.

Pero esta vez, lo hice. Busqué su perfil, y apareció enseguida. Allí estaba, la foto que Jess me había mostrado antes: Lou, en medio de esos dos chicos, con esa sonrisa que iluminaba todo a su alrededor. Pero ahora, tenía la oportunidad de saber más.

Mis ojos descendieron hasta la descripción: "Después de un día agotador, estos chicos siempre me sacan una sonrisa. Jayden y Jeff, ¿qué haría sin estos momentos?"

Jayden y Jeff. Ahora tenían nombres. Saberlo hizo que la imagen se volviera más real, más dolorosa. La forma en la que se refería a

ellos, como si fueran su refugio, su nueva familia, me hizo sentir como si alguien acabara de golpearme en el pecho.

Las lágrimas, esas que había reprimido durante tanto tiempo, rodaron por mis mejillas con una fuerza que no podía controlar. Una mezcla de tristeza, celos y arrepentimiento me abrumó, dejándome congelado en esa posición por más de media hora, incapaz de moverme o de calmarme.

Cuando finalmente logré recomponerme, me levanté y emprendí el camino de regreso al hotel. Estaba seguro de que Laisa ya habría ido a casa; era demasiado tarde para seguir trabajando. Pero al entrar, la vi.

Ahí estaba ella, sentada junto a mis padres, esperándome. Mis pasos vacilaron al verla. Algo en su expresión era diferente, y mi pecho comenzó a latir descontrolado.

—Grandullón, ¿estás bien? —La voz de mi madre llegó a mis oídos con esa calidez que siempre intentaba protegerme. Se levantó de la silla y se acercó a mí, estudiando mi rostro.

—Sí, tranquila —mentí, aunque mi estado era evidente. Me abrazó con fuerza y luego me guio hasta la mesa para que me sentara.

—¿Quieres un chocolate caliente? Te ayudará, cielo.

Asentí, porque no tenía fuerzas para hablar. Ella se levantó rápidamente para prepararlo mientras Laisa me miraba en silencio.

Sus ojos estaban fijos en los míos, y aunque no podía descifrar exactamente lo que sentía, había algo en ellos que hacía tiempo no veía. Una ternura que hizo que mi corazón latiera aún más fuerte.

—Jerome… lo siento tanto —dijo finalmente, rompiendo el silencio. Su mano se extendió por encima de la mesa y tomó la mía con una suavidad inesperada—. Te he tratado tan mal, y tú solo lo hiciste por Lou.

Una lágrima rodó por su mejilla, pero la secó con rapidez. A pesar de sus palabras, el peso de la culpa seguía aplastándome.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó, su voz quebrándose—. Si tan solo hubieras hablado con ella…

Negué de inmediato, interrumpiéndola antes de que pudiera seguir.

—No habría servido de nada, y lo sabes. Lou es muy testaruda… Se habría quedado aquí y no estaría viviendo su sueño en este momento. Un sueño en el que yo no entraba.

Mi voz se apagó al final de la frase, incapaz de sostenerle la mirada. Porque, aunque intentaba justificar mis decisiones, cada palabra que pronunciaba solo reforzaba el vacío que sentía.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, pero no era incómodo. Era un silencio cargado de comprensión, de emociones contenidas y de heridas que, tal vez, finalmente empezaban a sanar.

—Eres un gran hombre, Jerome —dijo Laisa, con una voz cargada de ternura, como si sus palabras pudieran devolverme la alegría que había perdido hace tanto—. Lo que hiciste fue algo que solo alguien que ama de verdad es capaz de hacer. Sacrificaste tu amor…

—Y le rompí el corazón en pedazos —la interrumpí de nuevo, cortando su elogio con una crudeza que ni siquiera intenté suavizar. Quería que recordara que no todo lo que hice tuvo un lado noble.

Laisa asintió, como si aceptara el peso de mis palabras.

—Es cierto, le hiciste mucho daño a Lou, pero tú sufriste también, Jerome. Y ella debe saberlo.

Sus palabras me atravesaron como un dardo. Me levanté como un resorte, negando con la cabeza, mi cuerpo en tensión como si quisiera rechazar la idea por completo.

—No —respondí, con más firmeza de la que esperaba—. No puedes decírselo. No quiero que lo sepa.

No iba a permitir que lo hiciera, que Louise descubriera que todo lo que creyó sobre nuestra ruptura había sido una mentira cuidadosamente planeada. Que yo había sido quien había decidido su marcha, quien había construido el muro que nos separó. Ya no importaba. Después de estos años, no había vuelta atrás.

Me llevó un buen rato convencerla. Le expliqué una y otra vez que lo mejor era dejar todo como estaba. Louise era feliz ahora, construyendo su vida lejos de aquí, ajena a las verdades que solo traerían más dolor. ¿Qué cambiaría si lo supiera? Nada. No la recuperaría, no habría un "nosotros" al final del camino. Solo habría más sufrimiento.

Laisa terminó cediendo, aunque no parecía convencida del todo. Antes de irse, me pidió perdón de nuevo, prometiendo que todo volvería a ser como antes entre nosotros. Su disculpa me conmovió, pero no la culpaba por su cambio de actitud hacia mí. De hecho, lo entendía perfectamente. Me lo había ganado, y lo aceptaba. Lo importante ahora era que había recuperado a alguien importante para mí. Eso, al menos, haría que trabajar juntos en el hotel fuera más llevadero.

Los días pasaron más rápido de lo que esperaba, y en un abrir y cerrar de ojos, llegó el día del partido. El último partido. Sabía que mi decisión era drástica, incluso precipitada, pero ya no había marcha atrás. Mi entrenador seguía preguntándome si lo tenía claro, si realmente era lo que quería. Y todas las veces le respondí lo mismo.

—Jerome, ¿preparado para este partido? —La voz de Parker me sacó de mis pensamientos mientras ajustaba mis patines.

—Siempre —respondí, con una sonrisa que intentaba ser convincente.

—Por cierto… —dijo, ladeando la cabeza con una expresión seria —. ¿Sigues pensando dejar el equipo?

Desde que tomé la decisión, no había hablado con Parker. Él era alguien en quien confiaba, alguien con quien podía sincerarme. Solté un suspiro, levanté la cabeza y apoyé mi espalda contra la pared del vestuario.

—No, no sigo pensando en ello porque ya lo he decidido, Parker —respondí con franqueza.

Parker frunció el ceño, su descontento evidente.

—¿Pero por qué? Eres un jugador increíble y mucho mejor capitán de lo que yo fui jamás. —Sonrió débilmente, intentando aligerar el peso de la conversación—. No puedes dejarlo ahora, Jerome. ¿Por qué no esperas a que termine la temporada? Te dará más tiempo para pensarlo.

—Eso, Jerome… no puedes dejarnos ahora —escuché la voz de Liam detrás de él.

Giré la cabeza y me encontré con el resto del equipo entrando al vestuario. Parecía que se habían puesto de acuerdo para

acorralarme justo antes del partido. Solté una carcajada al ver sus caras, con esas expresiones que parecían sacadas de una película dramática, como si estuviera anunciando que me mudaba al otro lado del mundo y no solo dejando el equipo.

—Eres parte de este equipo, Jerome. No podemos dejar que te vayas —comentó Zack, asomándose detrás de Parker con una mirada casi suplicante.

Sus palabras me tocaron más de lo que esperaba, pero ya no había vuelta atrás. Mi decisión estaba tomada, aunque sabía que iba a doler, no solo a ellos, sino también a mí.

Me levanté, mirando a los chicos que habían sido parte de mi vida durante tanto tiempo. Sabía que este momento llegaría, pero eso no hacía que fuera más fácil. Los iba a extrañar. Tomé aire, intentando calmar el nudo que sentía en el pecho antes de hablar.

—Agradezco que me estiméis tanto, pero creo que mi ciclo en el equipo ha terminado —dije finalmente, con un tono más firme de lo que esperaba.

El ambiente se volvió más serio al instante. Algunos agacharon la cabeza, otros fruncieron el ceño, y por un momento, nadie dijo nada.

—No me estoy despidiendo de vosotros como si me fuera a mudar al otro lado del mundo —continué, intentando aligerar el ambiente con una sonrisa—. Nos seguiremos viendo… solo que será cuando quedemos para salir por ahí o en alguna de vuestras fiestas en las que suelo cagarla.

Eso arrancó unas carcajadas, rompiendo la tensión que se había instalado en el vestuario. Ese era el efecto que quería, que este momento no se sintiera como una despedida definitiva, aunque en el fondo sabía que lo era.

—Gracias por este tiempo y por lo fácil que me lo habéis puesto desde el principio —añadí, dejando que mi voz reflejara toda la sinceridad que sentía.

Liam, siempre el primero en decir lo que pensaba, se adelantó.

—Entonces, ¿esto es un adiós definitivo?

Asentí, sin dejar espacio para dudas.

—Pues tendremos que hacerte una fiesta de despedida, ¿no? —dijo, como si fuera algo obvio.

—Contaba con ella —respondí, logrando sacar otra ronda de risas.

Después de eso, nos abrazamos, primero de manera algo torpe, y luego con la familiaridad de amigos que habían compartido más que solo victorias y derrotas en la pista. Éramos un equipo, y aunque yo estaba a punto de dejarlo atrás, ese lazo no se rompería tan fácilmente.

Cuando finalmente salimos al hielo, sentí una mezcla de emociones. Era extraño saber que este sería mi último partido con ellos, pero también era la primera vez en mucho tiempo que me sentía en paz con una decisión.

La primera gran decisión que tomé en mi vida me llevó a años de sufrimiento, a vivir con un recordatorio constante de lo que había perdido. Pero esta vez era diferente. Esta vez, necesitaba pasar página. Cerré los ojos por un instante, dejando que el frío del hielo y el sonido del público me envolvieran.

Este era mi final aquí, pero también era el inicio de algo nuevo.

Y un año después, había encontrado mi vocación. Siempre estuvo ahí, pero no me había dado cuenta de cuánto me encantaba restaurar muebles. Solía hacerlo con mi padre, como algo pasajero, una actividad que disfrutaba porque la compartía con él. Pero con el tiempo, comenzó a ser algo más. Empecé a hacerlo por mí mismo, porque era yo quien realmente deseaba hacerlo, y resultó que no se me daba nada mal.

Me convertí en el restaurador del hotel, devolviendo vida a lo que otros daban por perdido, y, de alguna manera, también reparando partes de mí mismo en el proceso.

CAPÍTULO 53

Louise

El tiempo... esa constante que pasaba tan deprisa que apenas te dabas cuenta, hasta que un día te despertabas en un lugar desconocido, años después, preguntándote cómo habías llegado allí. Debería haberme acostumbrado ya a esta habitación, pero a veces, cuando abría los ojos, me sentía tan desubicada que casi podía jurar que estaba en mi cuarto de siempre, esperando a que mi madre entrara para darme los buenos días.

Y pensar que, de niña, apagaba el despertador a propósito solo para que ella viniera a despertarme. Me encantaba esa rutina: su entrada al cuarto con esa mezcla de reproche y ternura, mientras yo fingía estar profundamente dormida. Qué tontería… Si hubiera sabido que lo hacía adrede, probablemente me habría regañado, pero ahora era uno de esos pequeños momentos que añoraba más de lo que quería admitir. Momentos que nunca volverían.

Suspiré profundamente, dejando que el recuerdo se desvaneciera mientras ponía los pies en el suelo. El frío del piso me recorrió como un latigazo, desde los dedos hasta la cabeza, obligándome a castañear los dientes. Me levanté rápidamente y busqué una sudadera para abrigarme.

—¡Buenos días, dormilona! —La voz de Emma irrumpió en la habitación como un vendaval, junto con ella.

—¿Qué hora es? —pregunté, todavía confusa.

—Las dos de la tarde.

Abrí los ojos como platos.

—No me jodas.

—¡Esa boquita, niña! —me regañó, aunque la diversión en su tono era evidente. Solté una carcajada ligera, sintiéndome un poco más despierta.

—Ni siquiera recuerdo cómo llegué a la cama anoche.

Emma alzó una ceja, con una sonrisa divertida en los labios.

—Mea culpa —admitió con fingida inocencia—. Yo te traje, con la ayuda de Jayden, claro. Es que anoche te pasaste de copas y todavía no sabemos por qué. Solo sabemos que viste algo en tu móvil y empezaste a beber como si no hubiera un mañana. ¿Qué fue lo que te puso así?

Intenté recordar, rebuscando en mi mente como si estuviera dando pasos de ciego en medio de la niebla. Pero todo era un vacío. Un inmenso y aterrador blanco. Igual que el que me había acompañado desde aquel día, hacía ya un año, cuando Jayden me besó durante un entrenamiento.

Había pasado un año desde aquello, y aunque debería haberlo olvidado ya, no podía. Su presencia constante, siempre pendiente de mí, intentando conquistarme a pesar de que le había dejado claro una y otra vez que no debía hacerlo… Lo hacía todo mucho más complicado.

Por un momento, intenté dejar la mente en blanco para recordar, y entonces me vino a la cabeza lo que vi en el móvil. Lo cogí de encima de la mesa para corroborarlo, y ahí estaba. Era una foto en el perfil de Parker, en la que salía él junto a Jerome. Sí, había visto a Jerome después de cuatro años aquí metida, lejos de todos, de él. En la descripción ponía: "Con uno de los mejores restauradores de Whitehorse. Gracias por esta maravilla". No me había fijado en que delante de ambos había un balancín de madera, precioso, y me emocioné al comprobar que había sido obra de él. Siempre supe que haría cosas grandes, pero jamás creí que llegaría a tanto.

Las lágrimas regresaron, y Emma se sentó a mi lado para mirar lo que tenía frente a mí.

—¿Ese es Jerome? —Lo señaló, pero negué con la cabeza; había señalado a Parker.

—Ese es Parker, un amigo de los dos —respondí entre sollozos.

—Pues es muy guapo, aunque no tanto como Jerome. —La miré, y ella bajó la mirada—. Lo siento, no quería hacerte sentir mal. —Negué, mordiéndome el labio inferior—. ¿Todavía le quieres?

Suspiré, sin saber qué responderle, aunque, en el fondo, yo misma conocía la respuesta. Claro que le quería, incluso más que antes de venir hasta aquí, más de lo que creí que llegaría a amar a

alguien. Jerome no iba a salir de mi corazón jamás, y eso me dolía. Me mataba la idea de amarle para siempre y no poder rehacer mi vida lejos de alguien que me había destrozado el corazón. Apostaba lo que no tenía a que él había pasado página, a que estaba saliendo con otra y se habría olvidado de mí.

Emma no me insistió, tomó mi silencio como una respuesta y me dejó sola para que me cambiara de ropa; teníamos entrenamiento grupal. Una tontería que se habían inventado todos los entrenadores. No sabía muy bien a qué se debía, pero no me disgustaba la idea de pasar más tiempo con mis compañeros.

Llegué junto con Emma a la pista que teníamos en la academia y ya todos nos esperaban. Jayden estaba ajustando los cordones de sus patines, mientras Carol hablaba animadamente con Jeff. Stefano se encontraba un poco apartado, practicando una figura sencilla mientras Ferrer, uno de los entrenadores más exigentes, lo observaba con atención. Lauren también estaba allí, revisando una lista en su tabla, como siempre, con su mirada crítica. No pasé desapercibida para ella; levantó la vista y asintió ligeramente al verme, un gesto que podría haber pasado por un saludo si no conociera tan bien su severidad.

—Bien, chicos, reúnanse aquí —ordenó Ferrer, con su voz firme resonando en la pista.

Todos nos acercamos en silencio, formando un círculo. Lauren dio un paso adelante y comenzó a hablar.

—Hoy trabajaremos en equipos. Queremos que aprendan a apoyarse unos a otros, a construir confianza, porque en el hielo, aunque compitan individualmente, siempre hay un equipo detrás.

Nos asignaron parejas al azar. Para mi sorpresa, me tocó entrenar con Jayden. Intenté mantener una expresión neutra, pero fue difícil cuando él me dedicó esa sonrisa que siempre me desarmaba.

—Prometo no hacerte caer —bromeó, extendiéndome la mano para comenzar.

El ejercicio consistía en practicar figuras sincronizadas, algo que, según Ferrer, ayudaba a mejorar nuestra conexión en el hielo. Jayden y yo logramos mantener el ritmo, aunque sentía su mirada

fija en mí, lo que me ponía nerviosa. Mientras tanto, Emma y Carol parecían estar pasándolo bien juntas, riéndose cada vez que una perdía el equilibrio.

Cuando terminamos, Ferrer y Lauren hicieron una ronda para evaluar nuestro desempeño. Lauren apenas comentó nada, limitándose a anotar en su tabla, pero Ferrer me dedicó una mirada aprobatoria que no esperaba.

—Buen trabajo, Louise. Veo que has mejorado tu postura. Sigue así.

Asentí, intentando no dejar que el comentario me afectara demasiado. Era raro recibir elogios de Ferrer, y algo en la forma en que lo dijo me hizo sentir que, quizá, no lo estaba haciendo tan mal después de todo.

Tras el entrenamiento, mientras recogía mis cosas, Jayden se acercó. Su expresión era seria, aunque trataba de mantener esa calma habitual en él.

—Louise, ¿puedo hablar contigo un momento? —preguntó, deteniéndose a mi lado.

—Claro, dime —respondí, algo intrigada.

—He estado queriendo decirte esto desde hace tiempo, pero nunca encontraba el momento adecuado. —Hizo una pausa, pasándose una mano por el cabello—. Me gustas, Lou. Estoy enamorado de ti.

Sentí un nudo en el estómago. Aunque había intuido algo, escucharlo en voz alta lo hacía mucho más real.

—Jayden… yo… —empecé a decir, pero él levantó una mano para detenerme.

—No necesitas responderme ahora, pero quiero saber algo. ¿Te gusto? Aunque sea un poco.

Lo miré a los ojos, esos ojos llenos de esperanza que me hicieron sentir culpable por lo que iba a decir.

—Sí, Jayden. Me pareces un chico increíble, y cualquiera sería afortunada de estar contigo.

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, pero pronto se desvaneció al escuchar lo siguiente.

—Pero no puedo. Mi corazón no está abierto a nadie más porque le pertenece a otra persona… aunque sepa que es imposible estar con él —lo último lo dije bajito, como si me lo estuviera diciendo a mí y no a Jayden.

Jayden bajó la mirada, asintiendo lentamente.

—Entiendo… Gracias por ser honesta, Lou. Eso es todo lo que necesitaba saber.

Sin decir nada más, se dio media vuelta y se alejó, dejándome con un peso en el pecho que no había sentido en mucho tiempo. A veces, la verdad dolía más de lo que imaginabas.

Los meses se transformaron en años, dos para ser exactos. La academia se convirtió en mi hogar, y cada día en la pista era un reto que me empujaba a superarme. Lauren y Ferrer tomaron las riendas de mi entrenamiento, reemplazando a Robertson, quien, aunque competente, no era suficiente para llevarme al nivel que mi potencial requería. Ambos entrenadores no me daban tregua, pero aprendí a valorar su exigencia y a entender que cada corrección, cada reto, era una pieza del camino hacia mi meta.

Emma se mantuvo a mi lado, siendo mi apoyo constante en los momentos más duros. Jayden, aunque había aceptado mi rechazo, seguía presente, intentando conquistarme de maneras sutiles que, con el tiempo, se transformaron en una amistad genuina. Carol y Jeff dejaron la academia al final de la primera temporada, pero Stefano y yo continuamos siendo rivales amistosos en el hielo.

La competencia que lo cambió todo llegó un año después. El Campeonato Nacional era el evento más esperado, y todos mis esfuerzos estaban centrados en demostrar que pertenecía a ese nivel. Recuerdo la sensación al entrar a la pista, las luces brillando sobre el hielo, y el silencio absoluto mientras me colocaba en posición. Cada giro, cada salto que había practicado miles de veces cobró vida con una perfección que ni siquiera yo esperaba. Cuando mi nombre resonó en los altavoces como ganadora absoluta, las lágrimas nublaron mi visión. Era un sueño hecho realidad.

Con esa victoria, mi nombre comenzó a sonar en circuitos internacionales. Era el primer paso hacia un futuro prometedor, pero, a pesar de los logros, seguía habiendo un vacío que no podía llenar.

Las noches en la academia eran tranquilas, pero a menudo me encontraba mirando por la ventana, pensando en Whitehorse, en una sonrisa y unos ojos que nunca habían dejado de ser mi ancla.

Sabía que el amor que llevaba en el corazón seguía intacto, pero tampoco había cambiado mi determinación de seguir adelante, por mí misma. Cada día despertaba con la sensación de haber logrado algo importante, una pequeña victoria personal. Sin embargo, esa sensación se desvanecía al recordar que mi tiempo en la academia estaba llegando a su fin.

Seis años. Seis años repletos de altibajos, de momentos de incertidumbre, y de recuerdos que aún me pesaban. Pensé que podía dejar atrás mi pasado, que con el tiempo se desvanecería, pero ahora parecía más vivo que nunca.

Todavía me quedaban algunos meses antes de cerrar definitivamente este capítulo. Sabía que, tras eso, mi vida tomaría un rumbo diferente. Mi plan de mudarme a Dakota del Norte parecía sólido, pero había un detalle pendiente: hablarlo con mi abuela. No podía tomar una decisión tan importante sin consultarla. Después de todo, ella había sido mi brújula cuando el mundo parecía perder el norte.

—Lou, Lou —escuché la voz de Emma al otro lado de la puerta del baño, insistente, pero con un deje de urgencia—. ¿Has terminado?

El vapor caliente aún flotaba en el aire mientras me envolvía en una toalla. Salí descalza al cuarto, agotada después del último entrenamiento. Cada músculo de mi cuerpo pedía un descanso, pero algo en el tono de Emma me hizo apresurarme. La encontré junto a mi cama, sosteniendo mi móvil con una expresión tensa que hizo que mi pecho se encogiera al instante.

—Es para ti —dijo, extendiéndome el teléfono.

En la pantalla iluminada, el nombre de Erika brillaba como una alarma. ¿Por qué me estaba llamando la madre de Jerome? Desde que me mudé aquí, apenas habíamos intercambiado unas cuantas palabras, y siempre en situaciones puntuales. Esto no era normal. Cogí el móvil, y mis dedos temblaban mientras lo acercaba a mi oído.

—¿Erika? —pregunté, como si no supiera que era ella. Mi voz salió entrecortada.

—Lou, por fin contestas —respondió con un tono agitado que me puso en alerta al instante.

Sentí un nudo formarse en mi estómago. Mi mente fue directa al peor escenario posible.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, con el corazón en un puño—. ¿Mi abuela está bien?

El silencio al otro lado de la línea me golpeó como un presagio. Erika vaciló, y por un segundo, sentí que el techo de mi habitación estaba a punto de derrumbarse sobre mí.

—Tranquila, tu abuela está bien, pero… —Se detuvo, y el sonido de mi respiración parecía llenar el cuarto—. Ha tenido una caída. La hemos llevado al hospital, y se ha roto la pierna. Tienen que operarla.

—¡¿Qué?! —El grito salió de mi garganta antes de poder detenerlo. Mi corazón comenzó a latir a un ritmo frenético—. Ahora mismo cojo el primer vuelo. Gracias por avisarme, Erika.

—Lou, espera. Por favor, no le digas que te he llamado. Me hizo prometer que no te preocuparía —añadió, su tono cada vez más frágil.

Su súplica me desconcertó. ¿Cómo podía no preocuparme? ¿Cómo podía hacer como si nada cuando mi abuela, mi fuerza, mi hogar, estaba sola en un hospital? Cerré los ojos, intentando contener las lágrimas que amenazaban con brotar.

—¿Cómo quieres que haga como si nada? —murmuré, más para mí misma que para ella. Las palabras apenas salieron de mis labios, y el peso de la preocupación se instaló en mi pecho como una losa.

—Lou, sé que ella no quiere que te preocupes. Quiere que sigas enfocada en lo tuyo, ¿vale? No le gustaría que interrumpieras todo por esto —respondió Erika, pero su tono apenas era convincente.

Me senté al borde de la cama, mirando el suelo sin verlo realmente. Todo mi cuerpo estaba rígido, como si no pudiera moverme, como si cada pensamiento estuviera atrapado en un bucle interminable. La posibilidad de que mi abuela necesitara más de lo que estaba admitiendo era un golpe que no sabía cómo gestionar.

—Gracias, Erika —respondí finalmente, con la voz apagada. Colgué el teléfono y lo dejé caer sobre las sábanas, sintiendo el frío del suelo bajo mis pies descalzos.

El torbellino de pensamientos era imparable. Tenía que hacer algo, pero al mismo tiempo, sentía que cualquier decisión sería insuficiente. ¿De verdad podía quedarme aquí sabiendo que ella me necesitaba?

—¿Está todo bien, Lou? —La voz de Emma me arrancó del trance en el que me había sumido sin darme cuenta.

Al girarme, vi su expresión llena de preocupación, pero las palabras se atascaban en mi garganta. Sentía que, si hablaba, si lo ponía en voz alta, todo se haría más real. Finalmente, solté un suspiro tembloroso.

—Tengo que volver a casa —dije mientras me levantaba como un resorte. Comencé a vestirme apresuradamente, con manos torpes que luchaban contra los botones y cremalleras—. Voy a hablar con Lauren ahora mismo. Necesito conseguir el primer vuelo, inmediatamente.

—Espera, Lou. —Emma me agarró del brazo, obligándome a detenerme. Sus ojos buscaban respuestas que yo aún no había dado —. ¿Qué ha pasado?

Mis hombros cayeron y la miré, con los ojos llenos de lágrimas que se negaban a caer. Mi pecho subía y bajaba rápidamente, cada respiración una batalla para mantenerme en pie.

—Mi abuela me necesita, Emma. Ha tenido un accidente y está sola. No puedo dejarla sola… —Mi voz se quebró, y las lágrimas finalmente escaparon, rodando calientes por mis mejillas—. Si llega a pasarle algo y yo no estoy con ella… —sollocé—. No quiero ni imaginármelo.

Emma asintió con decisión, como si mi desesperación se hubiera trasladado a ella.

—Tranquila, ve con Lauren mientras yo te preparo la maleta, ¿de acuerdo?

Mis labios intentaron esbozar una sonrisa agradecida, pero el peso de la situación la hizo débil.

—Gracias, Emma. Eres increíble.

Mientras salía de la habitación, dejando a Emma preparando mi maleta, mi mente no paraba de girar en torno a una idea: volver a casa. No era solo mi abuela. Aunque su accidente era la razón de mi viaje, el peso del regreso traía consigo una carga que no podía ignorar.

Whitehorse. Un lugar que había sido mi refugio, mi hogar, pero que ahora sentía como una caja de Pandora, llena de recuerdos que no estaba segura de querer abrir.

¿Qué iba a encontrar al volver? ¿Sería como lo recordaba? ¿O el paso del tiempo lo habría cambiado todo, borrando las huellas de lo que una vez fue?

Y luego estaba Jerome. Su nombre surgió sin invitación, como siempre lo hacía cuando pensaba en mi pasado. ¿Qué haría si lo viera? ¿Qué diría? ¿Y si él ya no era el mismo? ¿Y si yo no era la misma? La idea de que el tiempo lo hubiera llevado a olvidar todo lo que compartimos me aterraba, casi tanto como la posibilidad de que yo no pudiera seguir adelante al volver a verlo.

Inspiré profundamente, tratando de alejar esos pensamientos. Me forcé a centrarme en mi abuela. Ella era mi prioridad, la razón por la que estaba dejando todo atrás en este momento. Pero el miedo al regreso era como una sombra que no podía ignorar, una presencia constante que susurraba: algunas heridas nunca terminan de cerrarse.

Cuando llegué al despacho de Lauren, ya había decidido una cosa: no iba a dejar que el miedo dictara mis acciones. Si tenía que enfrentar lo que quedaba de Whitehorse, lo haría. Por mi abuela. Y por mí.

Sabía que la conversación con Lauren no sería fácil. Nunca lo era. Lauren era todo lo que yo necesitaba para triunfar, pero también lo que más me asfixiaba en momentos como este. Su enfoque implacable en mi carrera no dejaba espacio para el caos de la vida.

Cuando me miró con una mezcla de incredulidad y disgusto después de explicarle la situación, sentí que el aire se tensaba. Me quedé de pie frente a su escritorio, las manos entrelazadas para evitar que temblaran. Mis ojos se posaron en la tabla que sostenía,

tratando de no encontrarme con los suyos mientras esperaba su respuesta.

—Louise, entiendes lo que esto significa, ¿verdad? Estamos en el punto crucial de tu preparación. No puedes simplemente abandonarlo todo.

—No estoy abandonando nada, Lauren. Mi abuela me necesita, y voy a estar con ella. No hay nada que puedas decirme que me haga cambiar de opinión —le respondí con una firmeza que apenas reconocía en mí misma.

Ella apretó los labios y exhaló lentamente, como si estuviera evaluando si valía la pena insistir. Finalmente, se rindió, consciente de que ya había tomado mi decisión.

—Te conseguiré el primer vuelo disponible —dijo con un tono cortante que no intentó disimular.

Horas más tarde, estaba en el aeropuerto con Emma y Lauren. Sentía la presión del reloj, el peso de cada minuto que me alejaba de mi abuela. Lauren, sin embargo, no había terminado de hablar.

—¿Vas a regresar? —preguntó, sus ojos escudriñando los míos como si buscara una duda oculta.

—Claro. En cuanto vea que mi abuela no me necesita, estaré de vuelta —respondí con seriedad, aunque el nudo en mi garganta sugería que no todo era tan claro como lo quería aparentar.

Lauren cruzó los brazos y soltó un suspiro cargado de desaprobación.

—Lou, estás en tu mejor momento. No lo tires todo por la borda ahora o te pesará el resto de tu vida.

Sus palabras se quedaron suspendidas en el aire, como un eco que no podía ignorar. Sabía que tenía razón, al menos desde su perspectiva. Pero lo que Lauren nunca entendería era que había cosas en la vida más importantes que un giro perfecto o una pirueta impecable. Y para mí, mi abuela lo era todo.

CAPÍTULO 54

Jerome

La posibilidad de encontrar felicidad en algo que nunca imaginé me parecía irreal, casi como un sueño. Restaurar muebles se había convertido en mi refugio, el escape perfecto para no pensar… ni en ella. La vida, caprichosa y cruel, me había empujado hacia la soledad. Aunque, en el fondo, sabía que era yo quien no estaba listo para dejar atrás el recuerdo de Lou.

Había pasado tanto tiempo desde que se marchó, y, aun así, me encontraba mirando por la ventana de vez en cuando, como si en cualquier momento pudiera verla aparecer. Qué tontería, ¿no?

Dejé el trabajo en el hotel como camarero cuando abrí mi propio taller de restauración. Ahora era el tipo que arreglaba lo que otros daban por perdido, algo así como un chico de mantenimiento… pero de muebles.

El taller estaba justo detrás del hotel, en lo que antes había sido un garaje maloliente donde mi padre acumulaba trastos inútiles. Para mí, ese espacio se había convertido en algo más: un refugio, un lugar donde encontraba paz.

El sonido de la lija deslizándose sobre la madera era hipnótico. Me perdía en el ritmo, en la textura que quedaba tras cada pasada. El olor a barniz impregnaba cada rincón del taller, envolviéndome en un mundo que se sentía aislado del resto. Aquí no había recuerdos, solo madera, herramientas y silencio.

Entonces, la puerta se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire frío junto con la voz urgente de mi padre.

—¡Jerome!

Alcé la vista de inmediato, dejando la lija a un lado. La expresión de su rostro me bastó para saber que algo no iba bien.

—¿Qué pasa?

Avanzó un par de pasos hacia mí, los hombros tensos y las palabras atoradas en su garganta.

—Es Laisa —dijo finalmente, haciendo una pausa que me hizo contener el aliento—. Se ha caído y se ha roto una pierna. La han llevado al hospital.

El nudo en mi estómago se apretó al instante.

—¿Está bien? —pregunté, intentando mantener la calma—. ¿Qué más sabes?

—Parece que la atendieron rápido, pero a su edad ya sabes cómo son estas cosas. Dicen que la operarán en cuanto lleguen los resultados de las pruebas.

Asentí mientras limpiaba mis manos en un trapo cercano. Laisa siempre había sido una figura fuerte y constante en mi vida, alguien que parecía inmune al paso del tiempo. Pensar en ella inmovilizada, dependiendo de otros, era difícil de procesar.

Pero antes de que pudiera enfocarme del todo en su situación, un pensamiento irrumpió con fuerza, cortándome la respiración.

Lou.

¿Esto significaba que Lou regresaría?

El golpe emocional fue tan inesperado como una patada en el estómago. Aunque intentaba no pensar en ella, la posibilidad de verla de nuevo ahora... No sabía si estaba preparado para eso.

—¿Jerome? —La voz de mi padre me devolvió al presente.

Parpadeé un par de veces, intentando centrarme.

—Sí, lo siento. Estoy bien —dije, aunque mi voz sonaba más tensa de lo que quería admitir—. ¿Quieres que vaya contigo al hospital?

—Claro, pero date prisa.

Mientras recogía mis cosas, el pensamiento seguía ahí, clavado como una astilla. Lou. Si realmente regresaba... ¿qué se suponía que debía hacer?

Salimos del taller y, aunque mi padre insistió en ir en su coche, mi camioneta estaba más cerca. Nos subimos sin discutir y conduje hasta el hospital de Whitehorse. No estaba demasiado lejos, y el trayecto fue tan rápido que apenas nos dimos cuenta de lo poco que habíamos estado en el coche cuando llegamos.

Aparqué frente al hospital y entramos en busca de mi madre, que había llegado antes que nosotros. Laisa no tenía familia aquí, así que

nosotros nos habíamos convertido en sus responsables, aunque fuera una mujer independiente y fuerte, incluso a sus casi setenta años.

—¿Cómo está Laisa? —preguntó mi padre en cuanto vio a mi madre en la sala de espera.

Ella levantó la mirada, con los ojos cargados de preocupación, y suspiró.

—Está bien, ya entró en el quirófano. —Su voz tembló ligeramente—. Tengo miedo de que le pase algo, es tan mayor… No debería estar trabajando para nosotros, Lincon. —Lo miró alzando la cabeza, su preocupación transformándose en una leve reprimenda.

Mi padre se sentó a su lado, asintiendo con comprensión. Le tomó la mano y la apretó ligeramente, como si ese gesto pudiera aliviar el miedo que compartían.

Yo permanecí de pie, observándolos. Queríamos a Laisa como si fuera parte de nuestra familia, no solo la madre de la mejor amiga de mi madre. Para mí, era más que una conocida o alguien cercano. Era mi yaya, la abuela que nunca tuve porque los míos habían fallecido hacía tanto tiempo que ni siquiera recordaba sus rostros. Laisa llenó ese vacío con un cariño incondicional, el tipo de amor que solo una abuela puede dar.

La idea de perderla me apretaba el pecho, pero no era lo único que me rondaba la mente.

Quise preguntar por Lou. Las palabras estaban ahí, atoradas en mi garganta, empujando para salir, pero al mismo tiempo aterradas de hacerlo. ¿Y si no estaba aquí? ¿Y si estaba? Solo pensar en ella, en la posibilidad de que volviera a cruzar esa puerta, hacía que mi respiración se volviera más pesada.

Y como si mi padre hubiera escuchado mis pensamientos, fue él quien preguntó lo que a mí me costaba tanto decir.

—¿Has llamado a Lou? —preguntó, mirándome de reojo, como si con eso intentara darme valor.

Sentí un nudo en el estómago mientras tragaba saliva, esperando la respuesta de mi madre. Quise salir corriendo, huir de las palabras que estaban a punto de salir de su boca, pero la curiosidad fue más fuerte que el miedo.

—Sí, la llamé hace un rato —respondió, con una calma que me pareció insoportable—. Me dijo que vendría en el primer vuelo que encontrara.

El aire pareció desaparecer de la sala.

—Le pedí que no lo hiciera, que su abuela se enfadaría, pero ya sabes lo terca que es… Además, la entiendo. Si yo estuviera en su lugar, haría exactamente lo mismo.

El peso de sus palabras cayó sobre mí como una losa. Lou vendría. Estaba a punto de volver a verla después de tantos años. Mi garganta se cerró, dejándome completamente sin aire.

Mi mente empezó a llenarse de preguntas que me asaltaban todas a la vez, sin dejarme tiempo para procesarlas. ¿Cómo sería volver a verla? ¿Qué haría cuando la tuviera delante de mí?

Una parte de mí quería salir corriendo, alejarme antes de que llegara, pero otra, más fuerte, me anclaba al suelo. Porque, aunque me aterraba, no podía evitar la idea de verla de nuevo. De saber cómo estaba, si había cambiado, si todavía recordaba algo de lo que fuimos.

Y entonces, el miedo y la esperanza comenzaron a luchar dentro de mí, como lo habían hecho desde el día en que ella se marchó.

Fue en ese momento cuando entendí cómo funcionaba el destino, cómo tenía esa extraña manera de poner cada cosa en su lugar, aunque a veces doliera. ¿Y si todo lo que estaba pasando era mi oportunidad? ¿Mi momento para luchar por ella, para demostrarle que jamás dejé de amarla?

El pensamiento me golpeó con fuerza, dejándome sin aliento. ¿Y si ahora era el momento de contarle la verdad? De confesar que todo fue una mentira, que la alejé no porque no la quisiera, sino porque la amaba demasiado como para ser un obstáculo en su camino.

Tenía miedo, un miedo profundo que me atenazaba el pecho. Pero también sentía un remolino de esperanza, una chispa que llevaba años apagada y ahora amenazaba con prender de nuevo. No sabía nada de su vida en Dakota del Norte, si estaba sola o si alguien más ocupaba su corazón, pero necesitaba intentarlo. Jugar mi última carta.

Siempre había visto al destino como algo mágico, como las auroras boreales. Algo que aparecía fugazmente, rodeándote con sus colores brillantes, para luego desaparecer, solo para volver a ti en el momento menos esperado. ¿Y si este era mi momento?

Necesitaba tomar aire, así que me excusé con mis padres y salí del hospital. El aire frío me golpeó de lleno y sentí la tranquilidad que estaba buscando en esa brisa que rozaba mi rostro. Caminé hasta mi camioneta y me subí, dejando la puerta abierta. Quería ser valiente, tomar ese valor que siempre me había caracterizado para enfrentar lo que venía, lo que sería tenerla frente a mí de nuevo.

Las horas pasaron lentamente, o al menos eso me pareció a mí mientras esperaba solo. Había dejado a mis padres dentro del hospital, y aunque quería quedarme allí con ellos, necesitaba respirar. Sin embargo, cada minuto fuera se sentía interminable, como si el tiempo quisiera burlarse de mi impaciencia.

El sonido del teléfono rompió el silencio en el interior del coche. Era mi padre.

—Jerome, Laisa ya ha salido del quirófano —dijo al otro lado de la línea.

Sin perder tiempo, apagué el motor y volví al hospital. Encontré a mis padres sentados en la sala de espera.

—¿La habéis visto ya? —pregunté mientras me acercaba.

—No, todavía está en recuperación —respondió mi madre, aunque su tono parecía más aliviado—. Pero está bien. El médico ha salido para ponernos al tanto. Eso sí, ahora viene lo más difícil: la recuperación.

—Bueno, haremos lo posible para que sea llevadera —contesté con una sonrisa que intentaba transmitir confianza.

Me senté junto a ella mientras mi padre se levantaba para ir a la máquina de café. Aunque mi madre parecía más tranquila, la preocupación aún era evidente en su rostro.

—¿Tú estás bien? —me preguntó de repente, con esa mirada que siempre parecía leerme mejor de lo que yo quería.

Fruncí el ceño, intentando disimular.

—¿Qué has sentido al saber que Lou vendrá? —insistió, con la voz más suave pero directa.

Suspiré, sintiendo un nudo en la garganta. No tenía sentido mentirle.

—No te voy a mentir, mamá… estoy aterrado —admití finalmente.

Ella sonrió con esa ternura que siempre lograba calmarme un poco.

—No sé cómo reaccionaré cuando la tenga frente a mí, y mucho menos sé cómo me acercaré a ella —continué, dejando que las palabras fluyeran.

Mi madre apoyó su mano sobre la mía, un gesto cálido que me ancló al momento.

—Cariño, antes de enamorarte de Lou, erais amigos. Prueba a ser su amigo. Creo que es lo que más necesita en este momento.

Su consejo era simple, pero cargado de verdad. Sabía que tenía razón. Y, aun así, el peso de lo que sentía por Lou hacía que esa idea fuera casi imposible. Yo no podía ser solo su amigo. No después de todo lo que ella significaba para mí.

La amaba con cada fibra de mi ser. Quería que volviera a formar parte de mi vida, que se quedara a mi lado. Sabía que sonaba egoísta, que después de lo que hice no tenía derecho a pedirle nada. Pero no podía soportar más esta distancia. No podía seguir viviendo con la sensación de haberla perdido para siempre.

El tiempo había pasado, sí. Ambos habíamos cambiado, crecido. Pero si había algo que no había cambiado era lo que sentía por ella.

Y lo tenía claro: iba a luchar por Lou. Esta vez no iba a dejar que el miedo decidiera por mí.

Como si el tiempo se escurriera entre los dedos, las horas pasaron tan rápido que no nos dimos cuenta de que ya era de noche… o, mejor dicho, de madrugada. Ninguno de los tres había comido nada desde que llegamos al hospital, así que mi padre y yo decidimos ir a la cafetería en busca de algo con lo que alimentarnos.

Habíamos podido ver a Laisa unos minutos, los pocos que el médico nos permitió. Mi madre protestó, insistiendo en que no podía dejar sola a "su madre". No era cierto, claro, pero para ella, Laisa era como si lo fuera. Aun así, tuvimos que salir de la habitación, dejándola allí, sola en ese frío espacio.

Al menos, pudimos comprobar que estaba bien, y eso era lo único que realmente importaba.

—¿Por qué no dejas de mirar el reloj? —preguntó mi padre, interrumpiendo mis pensamientos.

Lo miré alzando una ceja, pero antes de que pudiera responder, añadió con una sonrisa que parecía conocerme demasiado bien:

—Oh, claro. Por Lou.

Suspiré, incapaz de negarlo.

—No sé cuánta distancia hay desde Dakota del Norte hasta aquí, ni siquiera sabemos si ha salido ya de allí —respondí, sintiendo que los nervios se acumulaban en cada palabra.

Mi padre apoyó una mano en mi hombro con calma.

—Hijo, llegará cuando tenga que llegar. Tranquilízate, ¿vale?

Asentí lentamente, apiñando los labios para no soltar lo que realmente estaba pensando.

Después de pagar los bocadillos y los refrescos que habíamos pedido, regresamos hacia donde estaba mi madre. Miré el reloj mientras caminábamos. Eran ya las cuatro de la mañana, y aunque el cansancio empezaba a pesarme, sabía que no me movería de aquí hasta ver de nuevo a Laisa. Necesitaba asegurarme de que realmente estaba bien.

Al acercarnos, noté que mi madre estaba hablando con alguien. Era una mujer, de espaldas, y aunque después de tantos años sin verla me habría costado reconocerla en cualquier otra circunstancia, no aquí, no ahora.

Sabía que era Lou.

No necesitaba verla de frente. Nadie más que yo podría saberlo solo con mirarla desde atrás.

Su cabello largo llegaba hasta la cintura, suelto, formando ondas perfectas que reflejaban la luz artificial del hospital. Todo en ella me parecía familiar, como si el tiempo no hubiera pasado. Era la misma… o al menos eso me decía mi corazón, que latía frenético solo con verla allí.

—¿Lou? —mi voz escapó en un susurro, como si temiera que decir su nombre en voz alta pudiera romper el delicado equilibrio del momento.

Louise se giró lentamente, y cuando nuestros ojos se encontraron, el mundo pareció detenerse. Todo lo demás desapareció: el hospital, los murmullos lejanos de los pasillos, incluso el cansancio acumulado de las últimas horas. Solo existíamos ella y yo, atrapados en un instante que llevaba años esperando.

No sabía qué esperaba ver en sus ojos después de tanto tiempo. Tal vez frialdad, indiferencia… pero lo que encontré fue un muro impenetrable, una mezcla de emociones que no lograba descifrar.

Y, aun así, verla de frente era como sentir un golpe directo al corazón. El tiempo no había borrado nada de lo que sentía por ella. Si acaso, lo había intensificado.

Era más hermosa de lo que recordaba, pero no por su cabello largo o las sutiles curvas que el paso de los años había acentuado. Era su fuerza, esa mirada que siempre parecía ver más allá de lo evidente, lo que seguía dejándome sin aliento. Era la misma Lou que me había robado el corazón, pero al mismo tiempo, era una mujer diferente, más madura, más lejana.

Intenté decir algo, cualquier cosa, pero mi garganta estaba seca, como si las palabras hubieran decidido abandonarme en el momento que más las necesitaba.

Ella frunció ligeramente el ceño, su expresión fría y contenida, pero no dijo nada. Y ese silencio era peor que cualquier reproche que pudiera haberme lanzado.

En mi mente, los recuerdos comenzaron a arremolinarse: su risa bajo las auroras, la forma en que me miraba como si yo fuera su mundo, el sabor de su nombre en mis labios la primera vez que lo pronuncié con amor. Todo volvía a mí como una ola imparable, arrastrándome hacia un mar de emociones que creía tener bajo control.

—Lou… —intenté otra vez, pero mi voz apenas salió, quebrada por los años de distancia y el peso de todo lo que había quedado sin decir.

Ella alzó el mentón, esa vieja señal de su terquedad, y me atravesó con la mirada.

—Hola, Jerome —respondió finalmente, con una voz tan neutra que dolía más que si me hubiera gritado.

Ese saludo, tan distante y formal, fue como un balde de agua helada. Pero no podía rendirme. No esta vez.

—Lou… hay tanto que quiero…

Ella levantó una mano, deteniéndome en seco.

—No ahora. Estoy aquí por mi abuela. No por ti.

Sus palabras eran como una daga, afiladas y certeras, pero no podía culparla. Había sido yo quien rompió todo lo que teníamos, quien dejó el vacío que ahora nos separaba.

Louise giró sobre sus talones, volviendo a mi madre, que la observaba con una mezcla de compasión y preocupación. Yo me quedé allí, congelado en el sitio, sintiendo que el suelo bajo mis pies se volvía más frágil con cada segundo que pasaba.

No sabía cómo iba a lograrlo, pero una cosa era segura: no iba a dejar que esta fuera la última vez que habláramos.

Porque, por primera vez en años, mi corazón había comenzado a latir con fuerza, no por el miedo, sino por la esperanza.

Y esta vez, no iba a dejarla ir.

CAPÍTULO 55

Louise

El aire frío de Whitehorse me golpeó el rostro en cuanto salí del taxi frente al hospital. Después de seis años, regresar aquí no se sentía como volver a casa. Era como entrar en un terreno que ya no reconocía, un lugar que seguía siendo el mismo, pero del que yo había dejado de formar parte.

El corazón me latía con fuerza, no solo por la preocupación por mi abuela, sino también por el temor de lo que este viaje significaba. Había evitado regresar durante años, convencida de que mantener la distancia era lo mejor, pero ahora no tenía elección.

Al cruzar las puertas automáticas del hospital, el olor a desinfectante me inundó, despertando un nudo de recuerdos que creía enterrados. Caminé hasta la recepción, tratando de mantener la calma mientras preguntaba por Laisa. Las palabras de la recepcionista apenas llegaban a mi cerebro; solo logré captar el número de habitación y un "en recuperación".

Cuando llegué a la sala de espera, encontré a Erika sentada, sola. El alivio de no ver a Jerome fue tan fuerte como la culpa que sentí al saber que ella estaba asumiendo todo el peso del cuidado de mi abuela. Solté el aire que no sabía que estaba reteniendo, intentando mantener la calma mientras avanzaba hacia ella.

—Erika —dije su nombre suavemente.

Ella alzó la mirada de inmediato, y una sonrisa cálida iluminó su rostro cansado.

—Lou.

El abrazo de Erika me tomó por sorpresa, pero en el momento en que rodeó mis hombros con sus brazos, sentí algo que no esperaba: calor. No solo el calor físico de su cuerpo, sino el de un amor genuino, como el que una madre podría ofrecer. Me aferré a ella, permitiéndome por un instante abandonar la coraza que había construido con tanto esfuerzo.

Su perfume, una mezcla de lavanda y algo cítrico, me recordó a los días en que ella y mi madre pasaban horas charlando en la cocina, compartiendo historias y risas. El recuerdo me golpeó con fuerza, pero en lugar de romperme, sentí que me sostenía.

Cuando Erika se separó ligeramente para mirarme, sus manos cálidas en mis mejillas, noté el brillo en sus ojos, un destello de cariño que encendió algo dentro de mí.

—Te pareces tanto a ella —susurró, y esas palabras, tan simples, me atravesaron como una flecha. Era un recordatorio de todo lo que había perdido y, al mismo tiempo, de todo lo que todavía tenía.

Su abrazo no solo me reconfortó; me llenó de una fuerza inesperada, como si su calidez pudiera protegerme del frío que sentía al regresar aquí, a Whitehorse… y a él.

Sus palabras golpearon directo en mi corazón, y sentí cómo mis ojos se llenaban de lágrimas. Luché por contenerlas, pero las emociones estaban demasiado cerca de la superficie, como una presa a punto de romperse. Erika, como si lo supiera, llevó sus manos cálidas a mis mejillas y, con ternura, secó las lágrimas que se habían escapado. Su gesto me recordó a mi madre, a la manera en que solía consolarme cuando era niña.

—Tus padres estarían tan orgullosos de ti. —Volvió a abrazarme, esta vez con un apretón más fuerte, como si quisiera transmitirme su fuerza—. Ven, siéntate conmigo. ¿Qué tal el viaje?

—Largo —respondí, intentando recomponerme mientras tragaba las lágrimas que amenazaban con salir de nuevo—. ¿Has visto a mi abuela? ¿Cómo está?

—Tranquila, Laisa es una guerrera. Pronto la tendremos dando guerra otra vez.

Sus palabras consiguieron arrancarme una sonrisa, y ambas nos reímos suavemente.

Me levanté, con la intención de buscar al médico y pedirle que me dejara entrar a verla, pero Erika me detuvo, colocando una mano en mi brazo.

—Lou, es una hora muy mala para visitar a los pacientes. Tendremos que esperar hasta las ocho de la mañana, que es cuando los médicos pasan a hablar con los familiares.

Asentí, dejando caer los hombros con resignación. La espera se sentía interminable, pero sabía que Erika tenía razón. Me quedé de pie, cruzando los brazos como si ese gesto pudiera contener el torbellino de emociones dentro de mí. Intenté enfocarme en lo importante: mi abuela, su recuperación, estar aquí para ella. Pero la calma que intentaba imponerme era frágil, como si una sola palabra pudiera romperla.

No esperaba que él estuviera ahí. Bueno, tal vez sí, pero no quería pensar en esa posibilidad, porque admitirlo sería aceptar que, en el fondo, lo había deseado.

Mi corazón se detuvo en cuanto escuché su voz, ese susurro que llevaba años enterrado en mi memoria. Su tono era más grave, más profundo, pero seguía siendo inconfundible.

Me giré lentamente, obligándome a hacerlo como quien enfrenta una tormenta de frente. Y ahí estaba él.

Al verlo de nuevo, no pude evitar analizar cada detalle, como si mi mente estuviera buscando pruebas de que era alguien diferente, alguien ajeno a la persona que conocí. Su cabello más corto le daba un aire de madurez que antes no tenía, y sus hombros más anchos hablaban de alguien que había trabajado con las manos, que había enfrentado la vida de una manera que nunca imaginé.

Pero no fue su físico lo que más me desconcertó. Fue su voz. Más grave, más pausada, cargada de un peso que antes no estaba allí. Había algo en su tono, en la forma en que pronunciaba mi nombre, que me desarmó por completo.

Y luego estaban sus ojos. Esos ojos que siempre habían sido mi refugio ahora eran un enigma, llenos de una mezcla de emociones que no lograba descifrar. Dolor, quizá. Esperanza, tal vez. Pero también algo más oscuro, algo que me hizo retroceder internamente, como si temiera lo que pudiera encontrar si miraba demasiado tiempo.

Cada pequeño cambio en él era un recordatorio de cuánto había pasado desde la última vez que estuvimos juntos. Pero, al mismo tiempo, en esos momentos fugaces, me di cuenta de que algo seguía igual. Él seguía siendo Jerome. Mi Jerome. Y esa realización me aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

Todo se detuvo. El hospital, los murmullos a lo lejos, incluso mi respiración. Solo existíamos él y yo, atrapados en un instante que llevaba seis años esperando, aunque nunca lo hubiera pedido.

Sus labios se movieron, como si quisiera hablar, pero no salió nada. Su mirada estaba fija en la mía, cargada de algo que no lograba descifrar, y eso me enfureció. ¿Por qué me miraba así? ¿Con qué derecho?

Fruncí el ceño, levantando el mentón como escudo, recordándome que ya no era la chica que él dejó atrás. Pero en el fondo, sabía que esa máscara se resquebrajaría si decía la palabra equivocada.

—Hola, Jerome —dije al fin, forzándome a que mi voz sonara neutra, casi indiferente. Pero dolió más de lo que esperaba.

Su rostro se contrajo apenas un instante, como si mis palabras le hubieran golpeado. Y en ese momento, una parte de mí quiso retractarse, suavizar el tono, decir algo que le quitara ese dolor. Pero no lo hice. No podía.

—Lou… hay tanto que quiero… —comenzó, pero levanté la mano, deteniéndolo antes de que continuara.

—No ahora. Estoy aquí por mi abuela. No por ti.

Las palabras salieron como un cuchillo, afilado y certero. Lo vi tensarse, su mandíbula apretándose, pero no podía permitirme flaquear. Ya no.

Sin esperar una respuesta, me giré de nuevo hacia Erika, que me observaba con una mezcla de tristeza y algo más, tal vez pena. No quise averiguarlo.

Mientras hablaba con ella, sentí su presencia detrás de mí, como una sombra que se negaba a desaparecer. Pero no me giré. No podía enfrentarle otra vez. No ahora, cuando apenas podía mantener mi máscara en su sitio.

Todo lo que quería era centrarme en mi abuela, pero ahora, con Jerome tan cerca, temía que los muros que tanto me había costado construir empezaran a derrumbarse.

—Hola, Lou —me saludó Lincon, su padre, con una calidez que no esperaba.

Caminó hasta mí y me envolvió en un fuerte abrazo, uno que consiguió reconfortarme en medio del torbellino de emociones que llevaba dentro. En ese momento, mientras pensaba en mi abuela y enfrentaba la presencia del hombre que me rompió el corazón cuando solo tenía diecisiete años, sentí que no podía descifrar del todo lo que todavía significaba para mí.

—¿Cómo estás? He visto algunos vídeos de tus competiciones gracias a Laisa, y estamos muy orgullosos de ti. —Asentí con una sonrisa débil, intentando que no se notara cuánto me afectaba la situación.

Podía sentir la mirada de Jerome clavada en mí, como un peso invisible que no me dejaba pensar con claridad.

—Estoy muy contenta. He ganado varias veces y soy reconocida en todo Estados Unidos. La próxima competición será en España. —La sorpresa iluminó el rostro de Lincon mientras abría los ojos, impresionado.

—Qué alegría me das —dijo con un cariño que me recordó por qué siempre había sentido tanta cercanía con él—. ¿Has comido algo? Si quieres, puedo acompañarte a que tomes algo.

—Genial, me vendría bien salir de aquí. —Aunque esas palabras parecían dirigidas a Lincon, mi mirada se desvió hacia Jerome, dejándole claro que su presencia era el motivo principal.

Al pasar junto a Jerome, hice un esfuerzo consciente por mantener mi mirada al frente. No quería darle la satisfacción de saber que todavía podía afectarme, no después de todo. Pero entonces sucedió: nuestras manos se rozaron.

Fue un contacto fugaz, casi imperceptible, pero suficiente para enviar una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Mis pasos vacilaron un segundo, apenas un instante, pero suficiente para que él lo notara. Mi piel se erizó, y el calor que dejó su roce se extendió como un eco por mi brazo, haciendo que apretara los puños en un intento por mantenerme firme.

«Es solo un roce, nada más», me repetí mentalmente, como si esas palabras pudieran calmar el torbellino de emociones que se había desatado. Pero no funcionó. La sensación de su piel contra la

mía era demasiado familiar, demasiado íntima, y por un momento me sentí atrapada entre el pasado y el presente.

Respiré hondo y seguí caminando, sin girarme, obligándome a ignorar el latido frenético de mi corazón. No iba a permitir que un simple roce desmoronara todo lo que había construido.

—¿Puedo acompañaros? —dijo de repente, su voz cargada de algo que no quise analizar demasiado.

Lincon me miró, buscando mi aprobación. Mi silencio y la rigidez en mi expresión fueron suficiente respuesta.

—Jerome, mejor quédate con tu madre. No la dejemos sola tanto tiempo —dijo Lincon, suavizando las palabras, pero firme en su decisión.

Jerome agachó la mirada, y algo en su gesto abatido despertó en mí una punzada de culpa que no debería haber sentido. ¿Por qué debía cargar con esa sensación? ¿Por qué debía preocuparme por él, cuando había sido él quien destrozó todo lo que teníamos?

«Qué estúpida eres, Louise», pensé, reprendiéndome mientras emprendía camino hacia la cafetería del hospital, dejando atrás todo aquello que me hacía sentir tan vulnerable.

Llegamos a la cafetería en silencio. Lincon me pidió que me sentara, asegurándome que él se encargaría de pedir algo para mí. Sabía lo que me gustaba; en eso no había cambiado. No tardó en llegar con un sándwich de pollo y lechuga que prácticamente devoré: estaba hambrienta. Pero su mirada atenta me decía que había algo más detrás de su gesto amable.

—Vamos, escúpelo de una vez. —Dije alzando una ceja, y él se carcajeó.

—Tienes el mismo carácter de tu padre. —Sonreí con nostalgia—. Pero sí, me has cazado.

—No es difícil. Te pareces mucho a Jerome, y él hacía el mismo gesto cuando quería contarme algo y no se atrevía.

Lo dije como si nada, como si el tiempo no hubiese hecho de las suyas y nos hubiera alejado más de lo que Jerome mismo nos separó. Suspiré, sintiendo una punzada en el pecho. Siempre reconocería cada gesto del que fue mi mejor amigo… y mi primer amor.

—Sé que Jerome y tú…

Le miré con una ceja alzada, interrumpiéndolo antes de que pudiera terminar.

—Lincon, perdón si sueno brusca. Pero si tu intención es hablarme de Jerome, pierdes tu tiempo. —Comencé a levantarme, pero él cogió mi mano, su gesto cargado de una súplica silenciosa.

—Lo siento, Lou —dijo, con un tono sincero—. Es que el simple hecho de veros así, después de lo unidos que estabais, me duele. Además, Jerome… bueno, está sufriendo mucho y…

—¿Y yo no? ¿Crees que yo no estoy sufriendo? —le interrumpí, la voz quebrándose ligeramente antes de recuperar mi firmeza.

—No he dicho eso.

—Lincon, he venido por mi abuela, y te rogaría que no me hablaras de Jerome, ¿vale? Por favor, respeta mi decisión.

Esta vez, cuando me levanté, él no intentó detenerme. Permaneció sentado, mirándome marchar con una mezcla de tristeza y algo que no quise descifrar. Mientras salía de la cafetería, sentí cómo la tensión se apoderaba de mí. Estaba cansada de lidiar con las heridas que Jerome había dejado. Y más aún, de cómo parecían estar siempre a punto de abrirse de nuevo.

CAPÍTULO 56

Jerome

Sabía que Lou no me lo iba a poner fácil, y mucho menos cuando pedí acompañarlos a la cafetería. Mi padre se ofreció a llevarla a comer algo, pero yo necesitaba estar allí, junto a ella, aunque fuera por unos minutos. Solo quería un instante, una oportunidad para hablar con ella, para explicarle todo lo que pasó cuando la dejé, para decirle la verdad que me había guardado durante tanto tiempo.

Pero no. Se negó. Y utilizó a mi padre como mensajero, como si no pudiera rechazarme directamente. Lo entendí, claro que lo entendí. Pero eso no hizo que doliera menos. Pude ver el cambio en su rostro cuando nuestras miradas se cruzaron, cuando nuestra tensión se hizo tan evidente que ni mi padre pudo ignorarla.

Si tan solo supiera lo que sentí cuando nuestras manos se rozaron. Fue como si el tiempo se hubiera detenido, como si esos años de distancia se desvanecieran en un instante. Su piel, cálida y familiar, despertó algo que nunca se había apagado en mí.

Fue un recordatorio cruel, pero también hermoso, de que nuestros cuerpos todavía se reconocían, todavía hablaban un lenguaje propio que el tiempo no había podido borrar.

Y al igual que el suyo, el mío respondió al instante, con esa certeza implacable que había intentado ignorar durante años: ella sigue siendo la dueña de todo lo que soy.

—Hijo, ven a sentarte aquí conmigo —la voz de mi madre rompió mis pensamientos, arrastrándome de vuelta a la realidad.

Giré sobre mis talones, dejando atrás el lugar donde Lou había desaparecido de mi campo visual. Mis pies parecían anclados al suelo, pero aun así caminé hacia mi madre para hacer lo que me pedía. Me senté junto a ella, intentando no mirar hacia la puerta por donde Lou se había ido.

—Tienes que entenderla, cielo —me dijo con esa dulzura que siempre usaba para calmarme—. Lou ha sufrido mucho por lo que pasó entre vosotros. Es normal que ahora no quiera tenerte cerca.

Asentí, dejando escapar un suspiro pesado.

—Lo sé, mamá. De verdad que lo sé, pero… ¿qué más da? Ya tendré otro momento para acercarme a ella. Y cuando lo haga, no tendrá otra opción más que escucharme —dije con una determinación que ni siquiera yo sabía que tenía. Porque lo haría, aunque fuera lo último que hiciera en esta vida.

El silencio nos envolvió durante unos minutos, hasta que la vi aparecer de nuevo, esta vez sola. La sorpresa me recorrió al no ver a mi padre con ella, pero no me dio tiempo a pensar mucho en ello. Cuando Lou me vio sentado junto a mi madre, sus pasos cambiaron de dirección y se dirigió hacia una esquina opuesta de la sala de espera.

Suspiré. Su rechazo era como una herida que se abría un poco más cada vez que lo hacía evidente. Pero no iba a dejar que eso la alejara de mi madre, de nuestra familia. Todavía faltaban algunas horas para que pudiera ver a su abuela, y nosotros éramos todo lo que tenía aquí. No podía quitarle eso, no cuando ella lo necesitaba más que nunca.

Me levanté despacio, intentando no llamar demasiado la atención.

—Hijo, ¿a dónde vas? —preguntó mi madre, frunciendo ligeramente el ceño.

—Necesito tomar aire, mamá —mentí a medias, mirando hacia el suelo—. Además, es la única manera de que ella pueda sentarse contigo sin sentirse incómoda.

Bajé la cabeza, pero sentí la mirada de mi madre fija en mí.

—Vuelves a sacrificarte por ella —dijo con un tono que no era ni reproche ni consuelo. Era algo más profundo, algo cargado de orgullo y tristeza a la vez—. Estoy orgullosa de ti, grandullón. Eres un buen hombre.

Sus palabras me golpearon con una calidez que dolía tanto como reconfortaba. Asentí ligeramente, sin decir nada más, y salí hacia la puerta. Porque a veces, el amor se trataba de ceder, incluso cuando dolía.

Al salir, el aire frío me golpeó de lleno, llenándome los pulmones con la bocanada que tanto necesitaba. Caminé despacio hacia el

aparcamiento, dejando que el silencio de la madrugada envolviera mis pensamientos. Cuando llegué a mi camioneta, apoyé el cuerpo en el capó, sintiendo el frío del metal traspasar mi ropa.

Saqué la cajetilla de tabaco del bolsillo y encendí un cigarro con dedos temblorosos. No solía fumar tanto, pero los nervios me estaban ganando. Necesitaba algo, lo que fuera, que calmara el caos en mi interior. Y ahora mismo, esta mierda era lo único que podía ofrecerme un respiro, aunque supiera que no era la solución.

Miré la hora en mi reloj. Las agujas marcaban las siete de la mañana. Solo faltaba una hora para que el médico pasara a hablar con los familiares de Laisa, y Lou finalmente pudiera verla.

Pensar en el reencuentro de ambas me llenaba de una mezcla de emociones que no podía controlar. Sabía cuánto lo necesitaban, cuánto significaban la una para la otra.

Pero al mismo tiempo, me aterraba la idea de que Laisa pudiera decirle a Lou lo que me había callado durante tanto tiempo.

Ese secreto, esa verdad que guardaba celosamente, no podía salir de los labios de nadie más. Necesitaba ser yo quien lo dijera, quien le confesara a Lou todo lo que mi corazón había acumulado desde que la dejé marchar.

El cigarro se consumió entre mis dedos, y lo aplasté contra el suelo antes de enderezarme. Sobre las ocho, volví a entrar al hospital. El silencio en la sala de espera me recibió con una sensación extraña, casi inquietante. Lou ya no estaba.

—¿Dónde está Lou? —pregunté, dirigiéndome a mi madre con un nudo en el estómago.

—El médico pasó antes, y ella aprovechó para pedirle ver a Laisa —respondió con un tono tranquilo.

Me dejé caer en una de las sillas cercanas, aliviado y nervioso a partes iguales.

—¿Cómo está la yaya? —quise saber, con un tono que revelaba más preocupación de la que intentaba disimular.

—Tranquilo. Si todo va bien, esta misma tarde le darán el alta —respondió mi madre con una sonrisa que logró calmarme un poco—. Tendrá que regresar en unas semanas para que le quiten los

tornillos de la rodilla, y mientras tanto, un enfermero irá a domicilio para curarle los puntos.

Asentí, sintiendo que la tensión en mis hombros se desvanecía ligeramente. Era solo un susto, pero también una advertencia.

—Laisa no debería volver a trabajar en el hotel —dije, más para mí mismo que para mi madre.

Ella me miró, comprensiva pero también un poco cansada.

—Claro, pero ya lo pensaremos en otro momento.

Me quedé en silencio unos instantes, dejando que sus palabras flotaran en el aire.

—¿Dónde está papá? —pregunté, notando su ausencia por primera vez.

—Ha pedido un taxi para ir al hotel. ¿No te lo cruzaste?

Negué con la cabeza.

—Se marchó hace unos minutos —añadió mi madre, dejando la taza de café que sostenía sobre la pequeña mesa frente a ella.

Suspiré y me incliné hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas mientras dejaba que la tranquilidad momentánea se instalara en el ambiente. Pero, incluso con la noticia de que Laisa estaría bien, había algo que seguía pesando en mi pecho. Algo que no podría ignorar por mucho más tiempo.

—Yo también debo regresar al taller —comuniqué, sintiendo el cansancio acumulado en mis hombros—. Tengo que terminar la restauración de un mueble que me encargaron hace unos días.

—Claro, cielo. No te preocupes, yo me quedaré aquí con Lou, ¿de acuerdo? —respondió mi madre, con esa calidez que siempre lograba hacerme sentir tranquilo.

Asentí mientras me levantaba, sintiendo el peso de las últimas horas en cada movimiento. Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla.

—Dile a Laisa que me alegro de que esté bien y que la quiero mucho, ¿vale?

—Yo se lo diré. Ve con cuidado, hijo.

Caminé hacia la salida, dejando atrás el hospital con una mezcla de alivio y preocupación. Al llegar a mi camioneta, sentí el frío de la mañana envolviéndome, despejando un poco mi mente. Decidí que

primero haría una parada en casa para darme una ducha rápida. El agua caliente me ayudó a despejarme, aunque no logró borrar del todo la sensación de incomodidad que me acompañaba desde que vi a Lou.

No tardé demasiado. Había trabajo esperándome y, en este momento, no podía permitirme acumular pendientes. Llegué al hotel aproximadamente una hora después. El bullicio en la cocina era evidente, un caos controlado que siempre caracterizaba el turno de almuerzo.

Entré y encontré a mi padre en medio del trajín, dando instrucciones a los ayudantes de cocina. Su tono era firme, pero no severo, animándolos a poner más de su parte para que la ausencia de Laisa no afectara a los clientes.

Algunos lo miraron con caras largas, pero otros asintieron con determinación, dispuestos a dar lo mejor de sí mismos.

—Papá —lo llamé desde la puerta, captando su atención.

Se giró hacia mí con una expresión de sorpresa y una sonrisa cansada.

—Hijo, no sabía que estabas aquí —dijo mientras se acercaba a mí.

—Vine para ver si necesitas ayuda —respondí sinceramente.

Él negó con la cabeza, pero su sonrisa se suavizó.

—No te preocupes. Sé que tienes mucho trabajo en el taller, así que vete tranquilo. Nos las arreglaremos aquí.

—Está bien, pero si necesitas algo, no dudes en llamarme, ¿vale?

—Lo tendré en cuenta, Jerome.

Sus palabras me dejaron un poco más tranquilo. Sabía que mi padre era capaz de manejar cualquier situación, pero no podía evitar preocuparme. Caminé hacia la salida de la cocina, sintiéndome agradecido por su fortaleza y por la manera en que siempre lograba mantener todo bajo control.

Era hora de volver al taller. Allí, al menos, podría ocupar mi mente en algo productivo mientras las piezas de mi vida parecían estar cayendo en su lugar… o desmoronándose.

El sonido de la lija deslizándose sobre la madera llenaba el taller, marcando un ritmo constante que, por momentos, lograba apaciguar

el caos en mi mente. La superficie del mueble bajo mis manos comenzaba a suavizarse, transformándose poco a poco en algo que podría volver a ser útil, algo con propósito. En cierta forma, era como si el proceso de restauración también tratara de aplicarse a mí, como si con cada pasada de la lija pudiera eliminar los restos de mi pasado, de mis errores.

Pero Lou... ella no era tan fácil de "restaurar".

Suspiré y dejé la lija a un lado, limpiándome las manos en el delantal. La verdad era que no podía dejar de pensar en ella, en cómo se había apartado al verme, en cómo su mirada, aunque fría, escondía emociones que no lograba descifrar. Y ese saludo, tan distante, tan cargado de indiferencia, me había dolido más de lo que quería admitir.

«¿Cómo diablos me acerco a ella?», pensé mientras cogía una brocha y comenzaba a aplicar el barniz sobre la madera. El olor fuerte y penetrante llenaba el aire, un recordatorio de que aquí, en el taller, las cosas siempre eran más simples. La madera no juzgaba, no guardaba rencores. Si cometías un error, siempre podías volver a empezar. Con Lou... no estaba tan seguro.

Por más que tratara de encontrar una manera de hablar con ella, de explicarle todo, cada opción que se me ocurría parecía insuficiente. Habían pasado años desde que la dejé ir, y ahora, su distancia era el muro más alto que jamás había enfrentado.

«Tal vez solo deba ser directo», me dije, aunque el pensamiento me hizo soltar una risa seca. Sí, claro, porque eso siempre había funcionado tan bien antes.

Sumido en mis pensamientos, casi no me di cuenta de que mis manos trabajaban en automático, extendiendo el barniz con movimientos precisos. Pero mi mente seguía con ella. Recordaba cómo solíamos pasar horas hablando de cualquier tontería, cómo su risa llenaba cualquier espacio, como si fuera capaz de iluminar incluso los días más oscuros.

Entonces, mis dedos se detuvieron sobre la madera, el barniz goteando de la brocha en silencio. Me di cuenta de algo: la única manera de acercarme a Lou era siendo sincero. No podía obligarla a confiar en mí de nuevo, pero podía demostrarle que seguía siendo el

hombre que una vez conoció, aunque ahora estuviera cargado de errores y cicatrices.

«Necesito esperar el momento adecuado», pensé, dejando la brocha a un lado. Sabía que no podía precipitarme, que un movimiento en falso podría alejarla para siempre. Pero también sabía que no iba a rendirme. Lou significaba demasiado para mí como para dejar que el miedo dictara mis acciones.

Miré el mueble frente a mí, ahora brillante bajo la luz tenue del taller. La madera, aunque marcada por el tiempo, había recuperado parte de su antiguo esplendor. Sonreí levemente. Quizá había esperanza, después de todo.

CAPÍTULO 57

Louise

Estar cerca de Jerome era una prueba que parecía diseñada para poner a prueba cada fibra de mi autocontrol. Cada vez que su mirada se cruzaba con la mía, sentía el peso de los años, de los recuerdos que no podía borrar, pero también el dolor de todo lo que había pasado entre nosotros. Creía que, si le permitía acercarse, todo mi esfuerzo por mantenerlo fuera de mi vida se desmoronaría en un instante.

Había trabajado demasiado en construir este muro, en convencerme de que estaba mejor sin él, de que podía seguir adelante. Pero ahora, con él tan cerca, cada ladrillo parecía temblar, amenazando con derrumbarse ante la más mínima grieta. No podía permitirlo. No podía demostrarle cuánto seguía influyendo en mí, cuánto poder seguía teniendo sobre mi corazón.

Y, sin embargo, había algo en su presencia que me hacía dudar, una pequeña parte de mí que anhelaba bajar la guardia, aunque solo fuera por un momento.

En cuanto se levantó para marcharse, aproveché el momento para deslizarme de nuevo al lado de Erika. Podría parecer un acto infantil, una estrategia poco madura para evitar a alguien, pero no era eso. Ni por asomo. Una niña no tendría la valentía de hacer lo que yo estaba haciendo: resistir la tentación abrumadora de dejarme arrastrar por algo que sabía que solo me haría daño.

—¿Puedo? —le pregunté a Erika en voz baja, señalando el espacio a su lado.

Ella me miró, su expresión se suavizó al instante, y sin soltar mi mano, asintió con calidez.

—Pues claro, cariño. Ven. —Apretó mi mano con una ternura que solo ella podía ofrecer.

Su gesto fue un bálsamo para el desastre que llevaba dentro. Mientras me acomodaba junto a ella, me aferré a su cercanía como

si fuera un escudo, un recordatorio de que podía mantener mi fortaleza.

—Erika. —El nudo en mi garganta creció mientras intentaba continuar—. Siento si mi comportamiento no es el más adecuado. Jerome es tu hijo, y yo…

No pude terminar la frase. Erika, con esa calma tan suya, tomó mis manos y las apretó ligeramente, obligándome a detenerme.

—No tienes que pedir perdón por nada, Lou. —Su voz era tan suave, tan cargada de comprensión, que me hizo sentir aún más vulnerable—. Entiendo cómo te sientes. Y puedo ver algo en ti que creí que se perdería con los años. —Alzó una ceja, analizándome con una mirada que sentí perforadora—. Sigues enamorada de mi hijo.

Intenté soltar una carcajada ligera, un intento desesperado por mantener mi fachada, pero sonó hueca, casi patética.

—Eh, claro que no. Eso está superado. —Las palabras salieron rápido, como si la velocidad pudiera hacerlas parecer más sinceras.

Claro que no me creyó. Su mirada no se desvió ni un milímetro de mi rostro, observando cada pequeño tic, cada cambio en mi expresión. Era como si pudiera ver directamente dentro de mí, arrancando la verdad que tanto me esforzaba por ocultar.

Porque claro que seguía amando a Jerome. Lo sabía desde el momento en que nuestras manos se rozaron en el pasillo, cuando una descarga recorrió todo mi cuerpo y me dejó sin aliento. Lo sabía desde que escuché su voz decir mi nombre y sentí como si el tiempo hubiera retrocedido seis años.

Intenté apartar esos pensamientos, pero no pude. Me sentía atrapada entre el amor que seguía quemándome el alma y el rencor que había crecido en su sombra. Quería dejar de sentir. Quería que todo esto desapareciera. Pero no podía.

—A mí no puedes engañarme, cielo. —Erika acarició mi mejilla con un gesto que me desarmó completamente. Por un instante, vi en ella a mi madre. Ese amor incondicional, esa ternura… Era la misma mirada que mamá tenía cuando yo me quebraba, cuando el mundo parecía venirse abajo y solo ella podía sostenerme.

—¿Sabes? Cuando naciste, supe que serías alguien especial para todos nosotros. —Su voz bajó, casi como un susurro—. Y cuando tú

y Jerome os volvisteis inseparables, lo vi con claridad. Sabía que los dos erais uno.

—Éramos amigos, Erika. Eso es todo. —Las palabras salieron rápidas, casi cortantes, como si con ellas pudiera protegerme de lo que ella estaba a punto de decir.

Pero Erika negó con la cabeza, sus labios curvándose en una leve sonrisa de comprensión.

—Sabes tan bien como yo que eso no es cierto. —Sus ojos se clavaron en los míos, buscándome con una intensidad que no podía ignorar—. Lo vuestro era único, Lou. Siempre lo fue.

Mi pecho se apretó ante sus palabras, pero intenté mantener la compostura.

—Era una conexión especial, como la que tus padres tenían, como la que Lincon y yo compartimos. No era algo que pudiera explicarse con palabras simples. —Hizo una pausa, como si quisiera asegurarse de que sus palabras realmente calaran en mí—. Por mucho que lo niegues, ese tipo de amor no desaparece. No se desvanece con el tiempo ni con la distancia.

Mi corazón se encogió. Escucharla mencionar a mis padres siempre despertaba algo en mí, algo que no sabía cómo manejar. Eran recuerdos dulces y dolorosos al mismo tiempo, y ahora, mezclados con lo que sentía por Jerome, parecían demasiado para soportar.

—No sé de qué hablas, Erika. —Me removí en mi asiento, intentando alejarme de esa conversación, pero ella no me dejó.

—Louise… —Su tono cambió, tornándose más serio—. Puedo ver lo que estás haciendo. Estás intentando protegerte, evitar sentir. Y lo entiendo. Perder a alguien que amas es desgarrador. Pero también veo cuánto duele seguir guardándote todo dentro.

Las lágrimas comenzaron a arder en mis ojos, pero me negué a dejarlas salir.

—No estoy guardándome nada. Estoy bien. He seguido adelante. —Mi voz sonaba tensa, como si cada palabra fuera un ladrillo más en el muro que intentaba levantar entre nosotras.

Erika inclinó la cabeza, observándome con esa paciencia infinita que siempre había tenido conmigo.

—Cariño, puedes mentirme todo lo que quieras, pero no puedes mentirte a ti misma. —Tomó mis manos nuevamente, apretándolas con una calidez que hizo que mi resistencia se tambaleara—. Sé que Jerome te lastimó. Sé que cometió errores que no puedo justificar. Pero también sé que no ha pasado un solo día en que no haya lamentado lo que hizo.

—Eso no cambia nada, Erika. —Mi voz se quebró, y aparté la mirada, incapaz de sostener la suya.

—Tal vez no. Pero lo que siento al mirarte es que, por mucho dolor que haya, el amor sigue ahí. Y ese amor, Lou, es algo que no puedes simplemente ignorar.

Quería gritar, llorar, negarlo todo. Pero en lugar de eso, solo asentí ligeramente, sintiéndome más pequeña que nunca.

Porque, aunque no quería admitirlo, Erika tenía razón. Lo sentía cada vez que pensaba en él. Lo sentí cuando nuestras miradas se cruzaron, cuando nuestras manos se rozaron, cuando mi corazón latió como un tambor desbocado al escuchar su voz.

Pero amar a alguien no era suficiente. No lo había sido entonces, y no lo era ahora.

—Erika… yo… —intenté decir algo, pero las palabras se atoraron en mi garganta.

Ella se inclinó hacia mí, envolviéndome en un abrazo cálido y seguro, como si supiera que ya no podía seguir manteniendo mi fachada.

—Está bien, Lou. No tienes que decir nada. Solo recuerda que no estás sola. Siempre estaré aquí para ti, como lo estuvo tu madre.

Y fue en ese momento, entre sus brazos, cuando sentí que algo dentro de mí se rompía un poco más, pero también que una pequeña parte empezaba a sanar.

De pronto, el médico nos interrumpió para hablarnos sobre el estado de mi abuela. Apenas había empezado a explicar cuando lo interrumpí, incapaz de contenerme.

—¿Puedo verla? Por favor, necesito verla. Han pasado seis años sin abrazarla, y no puedo esperar más.

El médico se quedó en silencio por un instante, observándome como si tratara de medir la intensidad de mis palabras. Finalmente,

una leve sonrisa se dibujó en su rostro, y asintió.

—Claro, pero intenta no alterarla demasiado.

No esperé a escuchar nada más. Mis pies comenzaron a moverse casi por inercia, llevando a mi cuerpo a través del pasillo, mientras mi corazón latía desbocado. El ruido de mis pasos resonaba con fuerza en mi cabeza, mezclándose con las emociones que bullían dentro de mí: el alivio, la culpa, el miedo. Todo se mezclaba en un torbellino imposible de contener.

Al llegar a la puerta de su habitación, me detuve un instante. Mi mano tembló al posar los dedos en el pomo. Abrí con cuidado, temerosa de molestarla si estuviera dormida. Pero no fue así.

Allí estaba ella, mi abuela, con los ojos abiertos y esa mirada cálida que siempre había sido mi refugio. Su rostro se iluminó al verme, y, de inmediato, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con ese tono de falsa severidad que usaba cuando intentaba ocultar que estaba emocionada—. Le dije a Erika que no te dijera nada.

Sonreí a pesar de que mi pecho estaba tan apretado que apenas podía respirar.

—¿De verdad creíste que ocultármelo era la mejor opción? —respondí con un nudo en la garganta—. Me habría cabreado muchísimo si me enteraba de esto por otra persona, abuela.

Sin decir más, me acerqué y la abracé con fuerza, dejando que la calidez de su cuerpo llenara el vacío que había sentido durante tantos años.

—¿Cómo estás? ¿Te duele? —pregunté, sin poder evitar que mi mirada viajara hasta su rodilla.

Cuando vi los tornillos atravesando su piel, algo dentro de mí se rompió. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y no pude contener el llanto.

—No debería haberme ido —dije entre sollozos, mi voz quebrada por la culpa—. No tendría que haberte dejado sola ni permitir que siguieras trabajando.

Mis lágrimas caían sin control, y las palabras salían atropelladas de mis labios. Había guardado tanto dentro de mí, durante tanto tiempo, que ahora, al verla allí, todo explotó.

—No digas tonterías, cariño —respondió con esa dulzura tan suya, mientras acariciaba mi cabello con una ternura infinita—. Solo fue un accidente.

—No, abuela. No tendría que haberte pasado esto. Si yo hubiera estado aquí…

—Lou, escúchame. —Su tono era firme, pero lleno de cariño, y alzó mi rostro para que la mirara directamente—. La vida de cada uno está escrita, y si hubieras estado conmigo, esto habría pasado igual. Era el destino.

Su mirada me atravesó como un rayo. Ella siempre había creído en el destino, en que cada cosa sucedía por una razón. Pero yo no podía aceptar que el destino la hubiera llevado a esto.

Acarició mi mejilla, limpiando mis lágrimas con sus dedos temblorosos.

—Estoy bien, Lou. Estoy aquí, contigo. Y eso es todo lo que importa.

Quise creerle, quise aferrarme a sus palabras como si pudieran borrar la culpa que me estaba consumiendo. Pero, en el fondo, sabía que me costaría mucho perdonarme por haberla dejado sola todos estos años.

Le devolví una sonrisa débil, mientras mis dedos rozaban los suyos.

—Te he echado tanto de menos, abuela.

—Y yo a ti, cariño. Y ahora estás aquí. Eso es lo único que importa.

Me incliné hacia ella y volví a abrazarla, prometiéndome en silencio que haría lo que fuera necesario para compensar los años de distancia. Pero, sobre todo, jurándome que no volvería a dejarla sola.

Cuando nos calmamos, empezamos a hablar de cómo me estaba yendo en Dakota del Norte. Le conté todo lo que había logrado, las competiciones ganadas, los entrenamientos interminables, los sacrificios que había hecho para llegar hasta donde estaba. Su sonrisa, llena de orgullo, me reconfortó, pero también me hizo sentir pequeña, como si todavía hubiera una deuda que nunca podría saldar con ella.

—Estoy tan orgullosa de ti, mi niña. Siempre supe que lograrías cosas grandes.

Su voz cálida me abrazó, y durante un momento, sentí que todo estaba bien. Pero entonces, su expresión cambió, y lo siguiente que dijo me hizo tensarme como una cuerda a punto de romperse.

—¿Has visto a Jerome?

Mi corazón se detuvo. Asentí, incapaz de evitar el nudo en la garganta.

—Sí, lo he visto.

—¿Y qué tal está?

Me mordí el labio, evitando su mirada. Sabía lo que venía. Lo sentía como una tormenta acercándose, y no había forma de detenerla.

—No lo sé, abuela. Apenas hemos hablado.

Ella me miró, sus ojos buscando algo en los míos. Sabía que no podía mentirle, pero tampoco quería abrir esa puerta.

—Cariño… —dijo con esa suavidad que solo ella podía tener—. Sé que no quieres hablar de esto, pero no puedo callármelo más.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿De qué hablas?

Suspiró, entrelazando sus manos sobre la sábana. Su mirada se perdió en un punto lejano, como si tratara de encontrar las palabras correctas.

—Jerome no te dejó porque no te quisiera, Lou.

Mi pecho se apretó.

—¿Qué? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

—Él… —Se interrumpió, respirando hondo, como si lo que iba a decir pesara toneladas—. Jerome sabía que no aceptarías la beca si él estaba aquí. Sabía que te quedarías, que renunciarías a tu sueño por él. Y no podía permitirlo.

Las palabras golpearon mi mente como un mazazo, desmoronando cada pedazo de la historia que me había contado a mí misma durante años.

—¿Qué estás diciendo? Jerome ni siquiera sabía lo de la beca —pregunté, sintiendo cómo mi voz temblaba.

—Lo sabía. No sé cómo, pero lo sabía —respondió mi abuela, con una firmeza que hizo que mi pecho se encogiera.

Me quedé helada. Un frío distinto al de Whitehorse me recorrió, como si algo dentro de mí se hubiera roto.

—Jerome te dejó porque te amaba, Lou. Porque pensó que tu futuro era más importante que su felicidad.

Negué con la cabeza, sintiendo que el aire me faltaba.

—Eso no tiene sentido, abuela. ¡Eso no tiene ningún maldito sentido! —Mi voz se quebró mientras me levantaba de la silla, alejándome unos pasos de la cama.

—Sé que es difícil de entender, cariño, pero… —intentó alcanzarme con la mirada—. Él creyó que estaba haciendo lo correcto.

Me giré hacia ella, con las lágrimas ardiendo en mis ojos.

—¿Hacer lo correcto? ¿Romperme el corazón fue "hacer lo correcto"? ¿Mentirme, hacerme sentir que no era suficiente, fue lo correcto? —Mis palabras salieron llenas de ira, pero también de dolor.

—Él solo quería que fueras feliz, Lou. Quería que tuvieras todo lo que él no podía darte.

Me llevé las manos a la cabeza, intentando procesar lo que acababa de escuchar. Pero no podía. Era demasiado.

—No… no puedo creerlo. —Mi voz se apagó, y las lágrimas comenzaron a caer silenciosamente.

Me senté de nuevo, apoyando los codos en mis rodillas y ocultando el rostro entre las manos. Todo lo que había creído durante seis años… todo lo que me había repetido para superar su ausencia, ahora no tenía sentido.

—Abuela, ¿por qué no me lo dijo? —pregunté finalmente, con la voz rota.

—Porque Jerome es un tonto, como todos los hombres de su familia. —Esbozó una sonrisa triste—. Pensó que te estaba protegiendo.

Levanté la mirada hacia ella, sintiendo que el enojo empezaba a arder con más fuerza que la tristeza.

—Necesito hablar con él. —Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlas.

Mi abuela asintió, con una mezcla de comprensión y preocupación en sus ojos.

—Hazlo, Lou. Pero no te guardes nada. Dile todo lo que sientes, incluso si duele.

Y lo haría. No sabía cómo, pero lo haría. No podía dejar que esta verdad se quedara enterrada. Jerome no iba a salir ileso de esto. Tenía que enfrentarme a él, gritarle, exigirle respuestas.

Porque ahora, más que nunca, necesitaba entender por qué había decidido jugar a ser el héroe… cuando todo lo que yo quería era que luchara por nosotros.

CAPÍTULO 58

Jerome

Me pasé más de tres horas trabajando en el taller, y el agotamiento empezaba a hacerse notar. Mis manos estaban cubiertas de polvo y barniz, y mi estómago rugía como si llevara días vacío. Decidí que ya era suficiente por la mañana y me dirigí al hotel para buscar a mi padre y almorzar con él.

El taller estaba cerca, así que no tardé en llegar. Mientras caminaba, mis pensamientos, como siempre últimamente, derivaron hacia Lou. Pensé en lo que sería compartir un espacio con ella, un apartamento pequeño, con la cocina y el salón conectados, donde pudiéramos hablar de nuestras cosas, reírnos de lo más tonto o simplemente quedarnos en silencio. Era un sueño que guardaba con tanto cuidado como esos muebles antiguos que restauraba, aunque sabía que estaba tan fuera de mi alcance como las estrellas que solíamos mirar juntos.

Al entrar al hotel, busqué a mi padre, pero no lo encontré. Me dirigí hacia uno de los camareros para preguntar.

—Henry, ¿has visto a mi padre?

—Fue a la zona de las habitaciones, la recepcionista lo llamó por algo —me respondió, mientras llevaba una bandeja rebosante de platos.

Asentí con agradecimiento y continué hacia la cocina. Me detuve en el umbral, observando a los ayudantes mientras intentaban recrear el famoso estofado de Laisa. Los pobres estaban al borde de un ataque de nervios. Sonreí para mis adentros; el sabor que ella lograba era único, y ellos sabían que cualquier cosa que intentaran quedaría lejos de su maestría.

Al final, decidí no molestar más y me dirigí hacia la terraza. Sentía que necesitaba un respiro antes de comer. Saqué un cigarrillo y lo encendí, disfrutando del silencio momentáneo.

—¿Ahora fumas?

Esa voz. No necesitaba girarme para saber quién era. Podría reconocerla en cualquier lugar, incluso a oscuras o bajo el agua.

Giré lentamente, sintiendo cómo mi corazón aceleraba, aunque sabía perfectamente a quién iba a encontrar al hacerlo. Verla frente a mí de nuevo fue como un soplo de aire fresco, aunque también llevaba consigo un huracán de emociones que amenazaban con derribar mis defensas. Lou había sido la que me habló primero, algo que no había esperado después de lo distante que estuvo en el hospital, como si no pudiera soportar mirarme.

—Lou. —Apagué el cigarro con un movimiento torpe, sintiéndome avergonzado de que me hubiera visto con él—. Bueno… solo a veces. Pero hoy, he fumado más que de costumbre.

Con cada palabra que pronunciaba, di un paso hacia ella. No podía evitarlo. Era como si una fuerza invisible me empujara a acercarme, a reducir la distancia que nos separaba. Cuando estuve lo suficientemente cerca, mis ojos buscaron los detalles de su rostro, esos pequeños rasgos que siempre me habían fascinado. El lunar sobre sus labios me llamó la atención de inmediato, y, por un segundo, casi pude sentir lo que era besarlo de nuevo.

Tragué saliva, mi pecho tensándose por la avalancha de recuerdos que su cercanía traía consigo. Me di cuenta de que ella no se apartaba, y mi mente, siempre dispuesta a jugarme malas pasadas, me llevó a pensar que tal vez, solo tal vez, me estaba dando una oportunidad.

Pero cuando mis ojos, llenos de una mezcla de anhelo y temor, se atrevieron a encontrarse con los suyos, algo dentro de mí se desplomó. Su mirada no tenía nada de lo que esperaba. No había calidez, ni compasión. Lo que vi fue algo frío, contenido, como si estuviera bloqueando cualquier emoción que pudiera traicionar lo que realmente sentía.

Era como mirar un espejo empañado; podía adivinar algo detrás, pero no estaba seguro de qué era. Y eso me aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

—¿Laisa está bien? —pregunté con nerviosismo, eligiendo la primera pregunta que cruzó por mi mente. Mi voz sonó más temblorosa de lo que me habría gustado.

—Sí, pero no he venido por eso —respondió con una seriedad que me desarmó al instante.

Sus palabras me golpearon como una ola fría. Algo en su tono me advirtió que este no era un simple intercambio de cortesía.

—Entonces, ¿a qué has venido? —murmuré, sintiendo cómo mi garganta se cerraba poco a poco.

Lou cruzó los brazos, una postura que no necesitaba palabras para expresar su distancia. Su mirada era un disparo directo al corazón, cargada de algo que no lograba descifrar.

—Lo sé todo, Jerome.

Mi cuerpo entero se tensó, y el tiempo pareció detenerse por un momento. No necesitaba preguntar para entender a qué se refería. Su tono, el peso de esas palabras… No había duda.

—¿Qué es todo? —intenté ganar tiempo, aunque sabía perfectamente a dónde iba esto.

—No te hagas el tonto. Sabes a lo que me refiero. Sé por qué me dejaste.

El aire se hizo más denso. Sentí un hormigueo en las manos, y no tenía que ser un genio para saber quién le había contado. Laisa. La única persona que podría decirle la verdad.

—Lou… —empecé, dando un paso hacia ella, pero levantó la mano para detenerme.

—¿Por qué no me lo dijiste tú, Jerome? —Su voz temblaba, pero no era tristeza lo que la impregnaba. Era puro enfado. Un fuego contenido que ahora ardía frente a mí.

—No era el momento… —intenté explicarme, pero su risa amarga me cortó antes de poder continuar.

—¡No me vengas con eso! ¡Tuviste años para decírmelo! —gritó, y sus ojos se llenaron de lágrimas que luchaban por no caer—. Me destrozaste, Jerome. Me dejaste pensando que no me querías, que todo lo que vivimos no significó nada para ti.

Cada palabra era una bala, y yo estaba demasiado indefenso para esquivarlas.

—Lou, yo…

—¡No! —interrumpió, dando un paso más cerca. Su proximidad me heló, pero no retrocedí—. ¿Sabes lo que eso me hizo? ¿Tienes

idea de cómo me sentí? ¿De cómo me culpé cada día, pensando que había hecho algo mal, que no era suficiente para ti?

Sus labios temblaron, y el dolor en su voz fue peor que cualquier golpe físico. Intenté alzar una mano, buscando tocar su brazo, pero ella se apartó bruscamente.

—No sabes cuánto quise decírtelo —dije al fin, tragando saliva. Mi voz sonó rota, apenas un susurro—. Pero pensé que era lo mejor. Quería que aceptaras esa beca, que vivieras tu sueño sin que yo fuera un peso.

Lou dejó escapar otra risa, esta vez más amarga, como si no pudiera creer lo que escuchaba.

—¿Un peso? —repitió, mirándome como si hubiera dicho la mayor estupidez del mundo—. ¿De verdad pensaste que tú, de todas las personas, eras un peso para mí?

Mi mirada cayó al suelo. No podía sostener la intensidad de sus ojos.

—Lo hice por ti, Lou. Porque te amaba… porque te amo.

Esas últimas palabras escaparon de mis labios sin que pudiera detenerlas.

Lou me observó en silencio por un momento, y algo en su mirada cambió. Ya no era solo enfado; había un destello de dolor, una grieta en la barrera que había construido entre nosotros.

—¿Por mí? —preguntó, con la voz más baja, pero igual de hiriente—. No, Jerome. No lo hiciste por mí. Lo hiciste por ti. Porque no tuviste el valor de enfrentarte a lo que sentías, a lo que significábamos el uno para el otro.

Su acusación cayó sobre mí como una losa. Quise replicar, defenderme, pero no pude. Sabía que tenía razón.

—Lou… —intenté una vez más, pero esta vez fue ella quien retrocedió, levantando un muro invisible entre nosotros.

—No quiero escucharlo, Jerome. Ya es tarde para eso.

Y con esas palabras, se giró, dejándome de pie en mitad de un torbellino de emociones, atrapado entre el peso del pasado y el vacío del futuro.

Por un momento, me quedé paralizado, como si mis pies hubieran perdido la voluntad de moverse. La vi alejarse, y un

torrente de emociones me golpeó de golpe: miedo, arrepentimiento, desesperación. Pero entonces algo cambió. Una chispa encendió dentro de mí. Era ahora o nunca.

Reaccioné. Vi la oportunidad de luchar por ella, aunque llegase seis años tarde para hacerlo. Entendía lo que me reclamaba, y tenía que demostrarle que esta vez no iba a retroceder, que no volvería a rendirme.

Aceleré el paso tras ella, casi tropezando en el camino, y la alcancé justo cuando estaba a punto de subirse a un taxi.

—Lou —susurré, con el corazón golpeándome el pecho como un martillo.

Sin pensarlo, extendí la mano y cogí su brazo con delicadeza, pero con la suficiente firmeza como para evitar que se marchara.

—¿Qué haces? —preguntó, sorprendida, cuando sus ojos se cruzaron con los míos.

—No puedo dejar que te vayas así, sin escucharme —respondí, con una seriedad que ni yo mismo sabía que tenía.

Ella me miró, con una mezcla de enfado y algo más que no pude descifrar.

—No tengo nada más que escucharte, Jerome. Ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar —replicó, su voz cargada de rabia contenida.

—Señorita, súbase o me voy —intervino el taxista, su tono impaciente rompiendo la tensión del momento.

—Pues váyase, porque ella no subirá a su taxi —respondí rápidamente, cerrando la puerta del coche con más fuerza de la que pretendía.

El conductor bufó, arrancando el motor con un sonido de protesta, y aceleró, dejándonos en mitad de la calle.

—¡Estás loco! —exclamó Lou, soltándose de mi agarre—. No puedes obligarme a quedarme, Jerome.

—No quiero obligarte, Lou. Quiero que me escuches —insistí, mi voz cargada de una urgencia que ni siquiera intenté disimular—. Solo dame esta oportunidad.

Ella cruzó los brazos, retrocediendo un paso.

—¿Y qué vas a decirme que no haya escuchado ya? —espetó, su tono desafiante.

Su mirada era un muro, pero yo estaba decidido a derribarlo.

—No puedo cambiar el pasado, Lou. Pero puedo intentar arreglar el presente. Por favor, dame cinco minutos, y si después quieres irte, no volveré a detenerte.

Ella suspiró, exasperada, pero finalmente asintió, con una mezcla de resignación y curiosidad que me dio una chispa de esperanza.

Ahora era mi momento. El momento de decirle todo lo que mi corazón había guardado durante años.

—Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión, de borrar el daño que me hiciste… nada, Jerome. Ya nada…

—¡La cagué, ¿vale?! —La interrumpí, alzando la voz más de lo que debería—. Sé que actué a tus espaldas, que no fui capaz de enfrentarme a la realidad, y elegí dejarte porque creí que era la mejor opción para ti. ¡Porque sabía que no te irías!

Mis palabras salieron atropelladas, cada una cargada de culpa, rabia y desesperación.

—¡Pues no, no me hubiera ido! —me cortó con la misma intensidad—. En eso no estabas equivocado. —Suspiró, como si cada palabra le costara un mundo.

La tensión era palpable, como un cable a punto de romperse. Me acerqué a ella, incapaz de contenerme, acortando la distancia que nos separaba. Era como si cada paso que daba derrumbara un ladrillo del muro que ella había levantado entre nosotros.

Sus manos se posaron en mi pecho, firmes, intentando detenerme. Sabía que no quería que me acercara; me lo había dejado claro desde el principio. Pero yo no podía, no quería detenerme.

—¿Qué haces, Jerome? —su voz era una mezcla de advertencia y nerviosismo—. No te acerques más o gritaré.

Sonreí débilmente. Esa era Lou, mi Lou. La misma que siempre me había enfrentado con fuerza y determinación.

—Nada de lo que digas o hagas me hará parar, porque te amo, Lou. ¿Me oyes? —Declaré con una certeza que salió directamente del fondo de mi alma—. Te amo.

Ella se quedó quieta por un segundo, como si mis palabras la hubieran congelado. Pero luego sus ojos se endurecieron.

—Pues yo no te amo. Dejé de amarte aquella noche. —Su voz era firme, pero sus ojos decían otra cosa.

No lo pensé. Necesitaba saber, corroborar si esas palabras eran ciertas o si solo intentaba alejarme. Antes de que pudiera reaccionar, acerqué mis labios a los suyos, cerrando la distancia que quedaba entre nosotros.

El primer contacto fue una explosión de emociones. Sentí el sabor de sus besos, tan familiar y lejano a la vez. Por un instante, ella se tensó, sus manos empujaron mi pecho débilmente, como si quisiera resistirse. Pero luego, como si algo dentro de ella se rompiera, profundizó el beso, entregándose al deseo que seguía latente entre nosotros.

Por un momento, pensé que todo podía arreglarse, que esto era una señal de que todavía me amaba, aunque lo negara. Pero entonces, se separó de golpe, sus ojos brillando de ira y algo más que no supe descifrar.

Y antes de que pudiera decir nada, sentí el golpe.

Su mano impactó contra mi rostro con una fuerza que no esperaba, dejando un ardor que se extendió por mi mejilla.

—No vuelvas a besarme en tu puta vida, Jerome —dijo, su voz temblando entre la rabia y algo más.

Sus mejillas estaban tan rojas como sus labios, el color que había dejado mi beso. Su mirada me atravesó como un cuchillo, llena de una mezcla de emociones que no sabía cómo descifrar.

La vi darse la vuelta y alejarse, dejándome allí, inmóvil, con la mejilla ardiendo y el corazón hecho pedazos. Pero lo que más dolía no era el golpe físico, sino la certeza de que la había perdido una vez más.

CAPÍTULO 59

Louise

Mi intención cuando fui a verlo no era, para nada, acabar besándonos. Pero ahí estaba, con sus labios sobre los míos, desarmándome como siempre hacía, aunque esta vez me doliera más de lo que me emocionaba. Estaba tan cabreada y tan… excitada, que por un segundo me dieron ganas de arrancarle la camisa, de gritarle, de hacerle sentir lo mismo que yo sentía. ¡Joder! ¿Por qué tuvo que besarme?

No podía creer en sus palabras, en ese "te amo" que escupió como si fuera suficiente para arreglar todo. No después de tanto daño. Sus promesas vacías no tenían peso en mí, no ahora, no después de tantos años. Porque si de verdad me amara, como decía, no habría dejado que me marchara. Habría luchado por mí, por nosotros.

Jerome me había demostrado que era un cobarde, incapaz de enfrentarse a lo que sentía, y yo no estaba dispuesta a bajar mis defensas. Pero, por un instante, casi lo hice. Y ese casi era lo que más me aterraba.

Por suerte, encontré un taxi al instante de alejarme. Necesitaba llegar a casa para darme una ducha y cambiarme de ropa, aunque recordé que mis maletas estaban en el coche de Lincon. Erika le había pedido que las llevara consigo antes de ir al hotel a trabajar, donde había dejado su coche aparcado. No sabía si tendría algo decente que ponerme en casa, pero con un poco de suerte encontraría algo que aún me quedara bien.

Cuando llegué, bajé del taxi frente a la puerta de mi antigua casa. Una ráfaga de nostalgia me golpeó de inmediato, como si el tiempo se hubiera detenido. Seis años no eran dos días, pero al mirar el lugar, parecía que nada había cambiado. Caminé hasta la puerta y, casi por inercia, levanté la maceta que estaba en la entrada para buscar la llave.

—Hay cosas que nunca cambian —murmuré mientras metía la llave en la cerradura.

Al entrar, los olores familiares me envolvieron como un abrazo inesperado. Una mezcla de madera antigua, polvo y algo que me recordaba a mis padres. Era como cruzar un portal al pasado. Cerré los ojos y dejé que los recuerdos me inundaran: el sonido de mi madre riendo, el aroma del café que mi padre solía preparar, y yo misma, corriendo por el pasillo con los patines en la mano.

Pero ese torbellino de imágenes felices no tardó en mezclarse con otras, más dolorosas. Recordé el día en que me marché, cómo dejé todo atrás intentando escapar del peso que esta casa y esta ciudad habían puesto sobre mí. Había intentado olvidar, pero estar aquí hacía que todo volviera, más vivo que nunca.

Miré alrededor y, sin poder evitarlo, busqué a Fufú. Durante años, lo había imaginado esperándome en algún rincón, con ese aire indiferente tan suyo. Pero él también se había ido. Se escapó poco después de que yo me marchara y nunca más supimos de él. Lo extrañaba más de lo que quería admitir. Me pregunté si alguien lo habría encontrado, si estaría bien en alguna otra parte, o si, como yo, simplemente se había perdido.

Subí a mi habitación y busqué algo que ponerme. Después de rebuscar entre cajones medio vacíos y armarios llenos de ropa que ya no usaba, encontré unas antiguas mallas y una sudadera larga que solía llevar a menudo cuando iba a entrenar. Me senté un momento en el borde de la cama, dejando escapar un suspiro mientras acariciaba la tela suave de la sudadera.

Decidí coger el móvil y revisar las notificaciones. Tenía varias llamadas perdidas de Lauren. Sabía que tenía que devolverle la llamada, pero no tenía ánimo para escuchar su voz en este momento. Era como si hablar con ella significara enfrentarme a todo lo que estaba intentando evitar.

En cambio, me animé a contactar con Jess. La idea de verla me levantó el ánimo, y estaba segura de que no tenía ni idea de que yo estaba en Whitehorse. Busqué su contacto en la agenda y marqué. Solo sonaron tres tonos antes de que respondiera.

—¡Lou! Justo estaba pensando en ti —dijo, con esa energía característica que siempre lograba sacarme una sonrisa.

—¡Mentira! —respondí con una risa, buscando picarla.

—Te lo juro, pensaba llamarte ahora mismo —insistió.

—¿Y no prefieres verme en persona? —pregunté, levantando una ceja como si pudiera verla a través del teléfono.

—¿Verte en persona? Espera... ¿Dónde estás? —Su nerviosismo era palpable, y me hizo reír.

—Anda, te espero en mi casa en media hora. —Fue lo último que le dije antes de colgar, sabiendo perfectamente que estaría aquí mucho antes.

Recordé que ahora vivía en un piso compartido con varios compañeros de la universidad, pero su casa estaba tan cerca como siempre. Me levanté rápidamente y fui a darme una ducha. El agua caliente era un alivio, como si pudiera lavar no solo la suciedad del día, sino también el peso que sentía en los hombros.

Después de secarme, me puse la ropa que había encontrado. El frío comenzaba a calarse en las paredes de la casa, así que encendí la calefacción. Justo cuando apreté el botón, el timbre resonó en la casa.

Sonreí, sabiendo que era Jess, y caminé hasta la puerta. Al abrirla, me encontré con su rostro iluminado por una mezcla de sorpresa y emoción.

—¡Lou! —exclamó, abriendo los ojos y la boca como si no pudiera procesar que yo estuviera ahí.

No dijo nada más, simplemente me abrazó con fuerza, como si las palabras no fueran suficientes. Le devolví el gesto, sintiendo el calor y la familiaridad de nuestra amistad, algo que no había cambiado a pesar del tiempo y la distancia.

Entramos en la casa y cerramos la puerta detrás de nosotras antes de dirigirnos al salón. Jess todavía me miraba como si no pudiera creer que estuviera ahí, sentada frente a ella, después de tantos años.

—¿Cuándo has llegado? No sabía que vendrías —preguntó, su tono lleno de sorpresa y una pizca de reproche cariñoso.

—Yo tampoco lo sabía, pero mi abuela tuvo un pequeño accidente y vine en cuanto lo supe. —Vi cómo su rostro mostraba algo de preocupación al escuchar mis palabras—. Tranquila, se rompió la rodilla y tuvieron que operarla, pero todo salió bien. Pronto la tendremos en casa.

—Vaya… No sabía nada. Hace días que no hablo con… —Se quedó en silencio, como si no supiera si debía continuar.

—Tranquila, puedes decir su nombre —dije, soltando un suspiro. El peso de la mención implícita de Jerome estaba ahí, inevitable, pero traté de manejarlo con calma—. Pero no hablemos de él ahora, ¿de acuerdo? Ya he tenido suficiente Jerome desde que llegué.

Jess me miró expectante, con esa curiosidad que siempre tenía cuando algo le intrigaba. Sus ojos parecían pedir detalles sin necesidad de palabras, pero no estaba lista para profundizar en ese tema, al menos no aún.

Decidimos ponernos al día, hablando de cosas que en realidad ya sabíamos porque habíamos mantenido el contacto durante todos estos años. A pesar de la distancia, Jess había sido un gran apoyo, una conexión constante con mi hogar y todo lo que dejé atrás.

—¿Y tu hermano Parker? —pregunté de repente, cambiando de tema.

—Entrenando, como siempre —respondió con una sonrisa que iluminó su rostro—. Sigue siendo un cabezota, pero se ha convertido en un gran jugador.

Sonreí al escuchar su respuesta. Parker siempre había sido alguien especial para mí, a pesar de nuestra complicada historia. Tenía ganas de verlo, de darle un abrazo y reírnos como solíamos hacer. Siempre fue un buen amigo, incluso cuando atravesamos esa etapa incómoda en la que intentó conquistarme.

—Le he echado de menos —admití, aunque mis palabras iban más allá de Parker. Había echado de menos todo lo que tenía aquí: los lugares, los momentos, las personas… incluso a él.

El nombre de Jerome no salió de mis labios, pero su presencia seguía ahí, en cada rincón de mis recuerdos, como un eco constante que no podía ignorar.

Fuimos a la cocina para preparar café. El sonido del agua hirviendo llenaba el silencio mientras buscaba las tazas en los armarios, sumida en mis pensamientos. Entonces, mi móvil vibró sobre la encimera. Al ver el nombre de Erika en la pantalla, lo tomé de inmediato, dejando todo lo demás a un lado.

—¿Erika? ¿Todo está bien? —pregunté rápidamente, sin dejarle apenas margen para responder.

—Tranquila, Lou. Todo está bien. —Su voz era calmada, pero percibí el cansancio en sus palabras—. Llamo para decirte que ya le dieron el alta a tu abuela. Lincon viene a recogernos al hospital.

Sentí una oleada de alivio, aunque también algo de culpa por no haber estado allí.

—¿En serio? Voy para allá ahora mismo…

—Lou, no te preocupes —me interrumpió con suavidad—. Has tenido un viaje largo, y necesitas descansar. Yo la llevaré a casa, ¿de acuerdo?

Suspiré, dudando. No me sentía cómoda dejando que Erika lo manejara todo sola, pero sabía que tenía razón.

—De acuerdo. Gracias, Erika. Te lo agradezco mucho.

—No hay de qué, cariño. Nos vemos en un rato.

Colgué y dejé el móvil en la mesa, todavía procesando la noticia.

—¿Todo bien? —preguntó Jess, mirándome con preocupación mientras vertía el café en las tazas.

—Sí, ya le dieron el alta a mi abuela. Erika la traerá a casa.

Me senté en la mesa, tomando la taza que Jess me había acercado. El calor del café en mis manos me ayudó a calmarme un poco.

Seguimos hablando, retomando el hilo de nuestra conversación anterior, pero el tiempo pareció escaparse entre palabras y risas. Cada minuto se sentía como un regalo, aunque también demasiado corto.

—¿Por qué no preparamos una cena esta noche y llamamos a tu hermano? Así lo veo a él también y pasamos más tiempo juntos —propuse mientras esa idea se asentaba en mi mente como algo que realmente necesitaba.

—Me parece estupendo. Voy a llamarle ahora mismo.

Jess sacó su móvil rápidamente, pero antes de que pudiera marcar, levanté una mano para detenerla.

—No le digas que estoy aquí, ¿vale? Quiero que sea una sorpresa. —Le dediqué una sonrisa traviesa, que ella respondió con un gesto cómplice.

—¡Hecho! —dijo, guiñándome un ojo antes de buscar el número de Parker en su lista de contactos.

Mientras hablaba con él, mencionó a Jerome como excusa para que Parker aceptara venir. Un nudo se formó en mi estómago al escuchar su nombre. Aunque era una mentira inofensiva, no pude evitar sentirme mal. Después de todo, siempre habíamos sido un grupo unido, y él también formaba parte de nuestra dinámica. Pero la idea de incluirlo ahora, de compartir un espacio tan reducido con él, era simplemente demasiado.

Intenté apartar esos pensamientos mientras veía cómo Jess terminaba la llamada con una sonrisa triunfal.

—Está hecho —anunció Jess, guardando su móvil—. Dijo que puede pasarse después de entrenar. Creo que se morirá al verte.

—Espero que sea de la alegría —respondí con una risa suave, aunque mi mente seguía divagando.

Jess me observó en silencio por un momento, con ese brillo de curiosidad en sus ojos que conocía demasiado bien. Sabía que estaba analizando cada uno de mis gestos, tratando de entender lo que no decía. Agradecí que no hiciera preguntas, que respetara mi espacio, como siempre lo había hecho.

—Vamos a hacer esto memorable, ¿vale? —dijo finalmente, cambiando el tono con esa energía positiva que siempre lograba contagiarme—. ¿Por qué no vamos al mercado y compramos algo para preparar? Estoy segura de que encontraremos algo especial.

—Bueno, mi abuela tiene comida en la despensa, como siempre —respondí mientras cogía mi abrigo—. Pero no estaría mal añadirle algo diferente a lo que tiene por costumbre.

—¡Perfecto! Así también nos da tiempo para pensar en el menú mientras caminamos —añadió con entusiasmo.

No pude evitar reírme. Era tan típico de Jess convertir cualquier situación en algo emocionante.

—Eso sí —continuó mientras se ajustaba la bufanda—, prometo no dejarte comprar cosas raras como cuando éramos adolescentes. ¿Recuerdas aquella vez que quisimos hacer sushi y terminamos con un desastre incomible?

—¡Por favor, no me lo recuerdes! —dije entre risas, mientras salíamos juntas de la casa.

El aire frío me golpeó de inmediato, pero esta vez no se sintió tan pesado. Estar con Jess tenía ese efecto: hacía que el peso de mis pensamientos se volviera un poco más ligero. Caminamos hacia el supermercado, hablando de todo y de nada, mientras la idea de ver a Parker esa noche se asentaba en mi mente como un recuerdo cálido, uno que necesitaba ahora más que nunca.

Mientras caminábamos hacia el supermercado, Jess me hablaba sobre lo mucho que Parker estaba entrenando últimamente y lo emocionado que estaba con la próxima temporada. Yo asentía, riendo con ella, intentando disfrutar del momento. Pero sabía que, por más que intentara evitarlo, los fantasmas del pasado no desaparecerían tan fácilmente.

El supermercado estaba lleno de gente, como siempre en las tardes de invierno en Whitehorse. Jess y yo caminábamos entre los pasillos, discutiendo opciones para la cena mientras intentábamos no llenar el carrito con cosas innecesarias.

—¿Qué tal una cena italiana? —sugirió Jess, sosteniendo un paquete de pasta en alto.

—Es buena idea, pero entre preparar la salsa, la pasta y todo lo demás, acabaremos comiendo a medianoche —repliqué, intentando no imaginarme lidiando con harina y tomates cuando apenas tenía energía para mantenerme en pie.

—Vale, entonces algo más rápido. ¿Qué te parece pizza? —propuso con una sonrisa traviesa, señalando la sección de congelados.

—¿Pizza congelada? ¿En serio? —dije fingiendo indignación.

—Vamos, Lou. Es práctico, y con el horno a tope seguro que hasta parece casera —insistió.

Finalmente, cedí. Era lo más sencillo, y, además, no quería que la cena se convirtiera en una tarea pesada. Cogimos varias cajas de

pizza, algunas bebidas y algo de postre, y luego regresamos caminando a casa.

El aire frío nos acompañaba, pero nuestras risas y las bromas de Jess lograron calentar el ambiente. Mientras cargábamos las bolsas, no pude evitar pensar en cómo sería la cena. Estaba emocionada de ver a Parker, pero también nerviosa. Y la posibilidad de que Jerome apareciera por sorpresa seguía rondándome la cabeza.

Cuando llegamos a casa, encendimos el horno y preparamos todo para la cena. Jess, como siempre, se encargó de decorar la mesa con los recursos mínimos que teníamos a mano, mientras yo intentaba controlar mis nervios.

—Relájate, Lou. Es solo Parker —dijo Jess mientras colocaba los vasos.

—Lo sé. Es solo que… —Suspiré, dejando que la frase quedara incompleta.

Jess no insistió, pero me lanzó una mirada cómplice antes de seguir con lo suyo.

Cuando todo estuvo listo, Jess miró el reloj y sonrió.

—Debería estar por llegar. Voy a salir a buscarle. No quiero que se quede dando vueltas como un perdido.

—Gracias. Yo termino de revisar aquí —respondí, agradeciendo en silencio tener un momento a solas para centrarme.

Jess salió por la puerta principal, cerrándola suavemente detrás de ella, mientras yo terminaba de colocar las servilletas. Por un instante, el silencio de la casa me envolvió, trayendo consigo una oleada de recuerdos. El beso de Jerome seguía rondando mi mente, pero me negaba a permitir que ocupara más espacio del que merecía.

Sin embargo, mi paz duró poco.

Escuché voces desde el exterior. Primero reconocí el tono alegre de Jess, pero luego llegó otro, más grave, más familiar. Mi pecho se tensó de inmediato.

«Por favor, que no sea…»

La puerta se abrió, y Jess apareció con Parker a su lado, pero no estaban solos. Jerome estaba justo detrás de ellos.

—¡Lou! —exclamó Parker en cuanto me vio, su rostro iluminándose con una mezcla de sorpresa y alegría.

Antes de que pudiera procesar la presencia de Jerome, Parker se acercó a grandes zancadas y me envolvió en un abrazo cálido.

—¡No puedo creerlo! —dijo mientras me apretaba con fuerza—. ¿Cuándo llegaste?

—Hace unas horas —respondí, devolviéndole el abrazo y sonriendo genuinamente al verlo—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti, Lou. —Retrocedió un paso, mirándome con una sonrisa enorme—. No sabes lo que significa verte aquí de nuevo.

—Bueno, lo importante es que estoy aquí ahora —dije, tratando de mantener el tono ligero, aunque sentía los ojos de Jerome clavados en mí.

—Perdón por colarme —intervino Jerome, rompiendo el momento con su tono tranquilo pero cargado de intención—. Pero no podía perderme esta cena.

Lo miré de reojo, intentando no mostrar lo mucho que su presencia me afectaba.

—No pasa nada —dije con un tono neutral, girándome hacia la mesa para evitar sostener su mirada por más tiempo del necesario —. Supongo que cuanta más gente, mejor.

Jess, siempre rápida para leer el ambiente, se apresuró a intervenir.

—¡Pues ya estamos todos! Vamos a sentarnos y disfrutar de las pizzas antes de que se enfríen.

Parker tomó asiento de inmediato, todavía emocionado por la sorpresa de verme allí. Jerome, en cambio, parecía tomarse su tiempo, observándome de una manera que me hacía sentir desnuda, aunque llevaba puesta mi sudadera más grande.

Me senté al lado de Jess, quien intentó mantener el ambiente relajado con comentarios divertidos mientras servíamos la comida. Agradecía su esfuerzo, pero mi atención estaba dividida entre Parker, que seguía haciéndome preguntas sobre Dakota del Norte, y Jerome, cuya presencia era imposible de ignorar.

Mientras la conversación fluía, Jerome lanzó un comentario casual que logró romper la barrera de neutralidad que intentaba

mantener.

—¿Y qué te trae de vuelta a Whitehorse, Lou? —preguntó, su tono tan inocente como una trampa bien disimulada.

Le lancé una mirada rápida, intentando descifrar sus intenciones, pero su rostro estaba impecablemente sereno.

—Mi abuela, como ya sabrás —respondí, mi tono más cortante de lo que pretendía.

—Lo sé —dijo, inclinándose ligeramente hacia adelante, como si quisiera acortar la distancia entre nosotros—. Solo quería escucharlo de ti.

Jess intervino justo a tiempo, soltando una risa exagerada.

—¡Jerome, siempre tan curioso! Mejor deja que Parker nos cuente cómo van los entrenamientos. Seguro que tiene algo interesante que decir.

Parker, ajeno a la tensión entre Jerome y yo, comenzó a hablar sobre su último partido, y aproveché la distracción para respirar hondo y recomponerme.

A lo largo de la cena, Jerome no dejó de lanzarme miradas furtivas, pero me esforcé por concentrarme en Parker y Jess. Aunque sabía que evitarlo no resolvería nada, en ese momento era lo único que podía hacer para mantenerme firme.

Cuando finalmente terminamos de comer, Parker insistió en ayudar a recoger la mesa mientras Jess ponía algo de música en el salón. Jerome, sin embargo, no hizo ningún intento de moverse, quedándose sentado y observándome con esa mirada intensa que siempre lograba desestabilizarme.

Me levanté con un plato en la mano, decidida a ignorarlo, pero sentí su mano rozar la mía cuando pasé a su lado. El contacto fue breve, casi imperceptible, pero suficiente para hacerme tambalear internamente.

—Lou… —susurró, apenas audible, pero me negué a detenerme.

—¿Me ayudas con esto, Parker? —dije en voz alta, ignorando deliberadamente a Jerome mientras me dirigía a la cocina.

Sabía que estaba jugando con fuego, pero no podía permitir que Jerome volviera a cruzar las barreras que había levantado con tanto esfuerzo.

CAPÍTULO 60

Jerome

Cuando Lou se fue, intenté enfocarme en el trabajo, en perderme entre las maderas y las herramientas del taller. Pero ni siquiera eso funcionó. Sus labios seguían grabados en mi mente como un tatuaje imposible de borrar, y la sensación de su piel contra la mía se repetía una y otra vez en mi cabeza.

Había pasado unas horas lijando y barnizando un mueble, pero el cansancio físico no era suficiente para acallar el torbellino en mi interior. Mi madre me llamó en ese momento, interrumpiendo mis pensamientos para decirme que le habían dado el alta a Laisa y que en cuanto tuvieran el informe, la llevarían de vuelta a casa.

Decidí cerrar el taller e ir directamente a su casa. Sabía que lo lógico era ofrecerme para ayudar con Laisa, pero en el fondo, no era la única razón por la que iba. «No te mientas a ti mismo, Jerome. Vas porque quieres volver a ver a Louise», me recordé mientras cerraba con llave.

Subí a mi camioneta, encendí el motor y salí de allí a toda prisa, sintiendo cómo la ansiedad crecía con cada kilómetro recorrido. Al llegar, mi primer impulso fue dirigirme directamente hacia la casa de Laisa, pero algo llamó mi atención.

Parker estaba llegando en ese mismo momento, y no pude evitar fruncir el ceño al verle.

—Eh, Parker. ¿Qué haces aquí? ¿Habíamos quedado? —pregunté, chocando nuestras manos en un gesto automático.

—Pues sí, habíamos quedado. ¿No lo sabías? Me llamó Jess hace un rato para decírmelo. —Fruncí el ceño, intentando unir las piezas del rompecabezas.

Jess. No hablaba con ella desde hacía días, así que su llamada era… extraña, por decir lo menos. Fue entonces cuando lo entendí. Todo encajó cuando la vi salir de la casa de Lou, con esa sonrisa traviesa que siempre ponía cuando estaba tramando algo.

—Ah, ya entiendo —murmuré para mí mismo, pero Parker me miró curioso.

Antes de que pudiera preguntar algo, Jess llegó hasta nosotros con su energía característica.

—¡Ahí estáis! Vamos, no os quedéis parados ahí como estatuas —dijo entre risas, haciéndonos un gesto para que la siguiéramos.

Sin darnos tiempo a cuestionarla, comenzó a caminar de regreso a la casa de Lou, y, por supuesto, Parker y yo la seguimos.

Mientras nos acercábamos, mi corazón comenzó a latir más rápido. No era la primera vez que estaba en esa casa, pero ahora se sentía diferente. Todo lo que me conectaba con Lou parecía amplificado, como si cada paso que daba me acercara más a ese abismo emocional en el que sabía que iba a caer de cabeza.

Al llegar a la puerta, Jess la abrió de un empujón, dejando que Parker entrara primero. Yo me quedé un segundo atrás, dudando si debía seguir.

—¿Qué haces, Jerome? ¿Vas a quedarte ahí parado? —preguntó Jess, con una ceja alzada, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Claro que no —respondí, aunque mi voz sonó más tensa de lo que quería.

Llegamos a la puerta de la casa de Lou, y mi corazón comenzó a latir más rápido. Parker caminaba junto a Jess, charlando animadamente, sin sospechar lo que estaba a punto de ocurrir. Yo, en cambio, sentía que cada paso hacia esa puerta era como una subida a la cima de una montaña: emocionante, pero con el riesgo de una caída que no estaba seguro de poder manejar.

Jess se adelantó y llamó a la puerta, mientras Parker y yo nos quedábamos detrás. Aproveché esos segundos para observar la casa, ese lugar que solía ser tan familiar para mí y que ahora me parecía un territorio extraño, lleno de recuerdos que no sabía cómo manejar.

Cuando la puerta se abrió, ahí estaba ella.

Lou apareció, y aunque trató de mantener la compostura, vi el destello de sorpresa y nerviosismo en sus ojos. Su mirada pasó rápidamente a Parker, buscando un ancla, algo seguro. Pero luego, como si no pudiera evitarlo, sus ojos se deslizaron hacia mí. Fue solo

un segundo, pero bastó para notar el cambio en su expresión: de la sorpresa a la incomodidad.

—¡Lou! —exclamó Parker, avanzando hacia ella con la energía desbordante que siempre lo caracterizaba, completamente ajeno al peso que parecía haber llenado el aire entre Lou y yo.

Ella le sonrió, esa sonrisa cálida que no había visto desde que regresó, y que me dolió no recibir. Parker la abrazó con fuerza, y por un instante, la risa de Lou llenó el espacio.

—¡No puedo creerlo! ¿Cuándo llegaste? —preguntó Parker emocionado, retrocediendo solo para mirarla con detenimiento.

—Hace unas horas —respondió ella, devolviéndole el abrazo y la sonrisa, como si mi presencia no existiera—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti, Lou. —Parker sonrió ampliamente, irradiando una felicidad que me hizo sentir como un intruso.

Yo me mantuve en silencio, observándola desde la distancia, notando cada detalle de sus gestos, cada cambio en su expresión. Entrar en esa casa era como caminar sobre un campo minado. Pero no iba a quedarme fuera, mirando desde lejos. Necesitaba estar ahí, aunque su incomodidad al verme dejaba claro que mi presencia no era bienvenida.

Cuando Parker y yo cruzamos la puerta detrás de Jess, mis ojos buscaron a Lou de inmediato. Ella estaba ahí, de pie en la sala, con esa sudadera enorme que parecía diseñada para esconderla del mundo. Pero nada podía ocultarla de mí. Su mera presencia me desarmaba, y aunque intenté mantener una apariencia tranquila, sentí como si ella pudiera ver a través de cada máscara que había aprendido a usar.

Parker no tardó en retomar la conversación, llenando el espacio con su entusiasmo, mientras Lou respondía con una naturalidad que me hacía añorar los días en que esa calidez estaba dirigida a mí. Observé cómo interactuaban, cada palabra, cada risa, y sentí una punzada de celos. No por Parker, sino porque él estaba recibiendo lo que yo tanto anhelaba: su atención.

Finalmente, rompí el silencio que parecía envolverme.

—Perdón por colarme —dije con una sonrisa que intentaba parecer despreocupada—. Pero no podía perderme esta cena.

Lou me lanzó una mirada rápida, lo suficientemente fugaz como para que mi corazón se acelerara, pero también lo suficientemente distante como para dejar claro que estaba caminando sobre hielo delgado.

—No pasa nada. Supongo que cuanta más gente, mejor —respondió, con un tono neutral que cargaba más distancia de la que había entre nosotros en ese momento.

Jess, siempre la mediadora, tomó el control de la situación con una sonrisa amplia.

—¡Pues ya estamos todos! Vamos a sentarnos y disfrutar de las pizzas antes de que se enfríen.

Parker se acomodó rápidamente, todavía emocionado por la sorpresa de ver a Lou. Yo, en cambio, me tomé mi tiempo. Elegí el asiento frente a ella, el único disponible, y mientras ella se concentraba en lo que tenía delante, no pude evitar observarla. Cada movimiento suyo, desde cómo evitaba mi mirada hasta cómo se inclinaba ligeramente hacia Jess, me decía que mi presencia la inquietaba más de lo que quería admitir.

Cuando finalmente rompí la barrera de silencio entre nosotros, lo hice con una pregunta que llevaba días quemándome por dentro.

—¿Y qué te trae de vuelta a Whitehorse, Lou? —pregunté, intentando que mi voz sonara casual, aunque mi pecho estaba tenso, esperando su respuesta.

Sus ojos me miraron de reojo, fríos como un muro.

—Mi abuela, como ya sabrás —dijo, y aunque su tono era cortante, también había algo más escondido en sus palabras.

—Lo sé —respondí, inclinándome un poco hacia adelante, como si acortar la distancia física pudiera disminuir la emocional—. Solo quería escucharlo de ti.

Su mirada me atravesó como una daga, y su silencio fue más elocuente que cualquier respuesta. Antes de que pudiera decir algo más, Jess, siempre al rescate, cambió el tema con una risa forzada.

—¡Jerome, siempre tan curioso! Mejor deja que Parker nos cuente cómo van los entrenamientos. Seguro que tiene algo

interesante que decir.

Mientras Parker comenzaba a hablar sobre su equipo y sus partidos, intenté prestar atención, pero mi mente seguía regresando a Lou. Cada vez que movía una mano o jugueteaba con su vaso, mi mirada era atraída hacia ella como si fuera un imán.

A lo largo de la cena, busqué pequeñas oportunidades para conectar, miradas, gestos, cualquier cosa que pudiera romper la barrera que había entre nosotros. Pero Lou era implacable, y cada intento mío parecía reforzar el muro que había construido.

Cuando terminamos de comer, Parker se ofreció a recoger la mesa, y Jess puso algo de música para relajar el ambiente. Me quedé sentado, observando a Lou mientras se levantaba para ayudar. Cuando pasó cerca de mí, nuestras manos se rozaron brevemente. Fue un contacto mínimo, pero suficiente para que una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo.

—Lou… —murmuré, mi voz apenas un susurro.

Ella no se detuvo.

—¿Me ayudas con esto, Parker? —dijo en voz alta, como si yo no estuviera ahí.

La vi alejarse hacia la cocina, y por un momento me quedé inmóvil, debatiéndome entre seguirla o quedarme donde estaba. Pero lo único que sabía con certeza era que no podía rendirme. Porque, aunque ella no quisiera aceptarlo, yo estaba dispuesto a derribar cada muro, ladrillo a ladrillo, si eso significaba tener una oportunidad con ella.

Jess y yo nos quedamos a solas, y aunque no lo dijera, su mirada estaba cargada de comprensión. No era lo que necesitaba en este momento, pero, de alguna manera, lo agradecí.

—No sé qué habrá pasado entre vosotros desde que ella está aquí, pero dale tiempo, Jerome. Es todo lo que necesita. —Su tono era suave, como si quisiera apaciguar la tormenta que sabía que llevaba dentro.

Asentí, aunque el consejo no era fácil de aceptar. ¿Tiempo? ¿Cuánto más? Lou ya había tenido años, y la distancia solo había hecho más profundo el abismo entre nosotros. Pero sabía que Jess

tenía razón. Aunque me costara admitirlo, todo lo que podía hacer ahora era esperar y ser paciente.

Justo cuando Lou y Parker volvieron del salón, el timbre sonó. Fue un sonido breve, pero suficiente para cortar cualquier conversación que pudiera haber surgido. Sin pensarlo, me levanté para abrir la puerta al mismo tiempo que Lou.

—¿Dónde vas? —preguntó con tono firme, deteniéndose justo frente a mí.

—A abrir la puerta —respondí, adoptando el mismo tono desafiante.

—No es tu casa —me recordó con una ceja alzada, esa expresión de terquedad que siempre me había vuelto loco.

—Como si lo fuera —repliqué con un toque de ironía.

—No, eso ya no es así, y no quiero que abras la puerta.

Caminamos hacia la entrada, casi en un duelo silencioso, nuestras tensiones irradiando por toda la habitación. Desde el fondo, podía sentir las miradas de Parker y Jess, como si estuvieran observando un partido de tenis. Ambos sabían que algo estaba a punto de pasar, pero ninguno se atrevió a intervenir.

Lou me adelantó, claramente decidida a llegar primero, y yo hice lo mismo, acelerando el paso. Fue entonces cuando ocurrió. Ambos intentamos adelantarnos al otro en el estrecho espacio del pasillo, y al final acabamos chocando torpemente.

Mi reacción fue instantánea: extendí los brazos y la agarré por la cintura antes de que pudiera caer al suelo. Fue un movimiento rápido, pero el contacto duró más de lo necesario.

Ella levantó la vista, sus ojos encontrándose con los míos, y el mundo pareció detenerse. Por un instante, todo desapareció: la casa, el ruido de fondo, incluso las razones por las que estábamos en ese incómodo punto de nuestras vidas. Solo estábamos nosotros, atrapados en un momento que parecía sacado del pasado, cuando las cosas eran más sencillas y nuestras miradas estaban cargadas de algo más puro, más fácil.

El calor de su cuerpo bajo mis manos encendió un fuego que llevaba años intentando apagar. Su respiración se entrecortó ligeramente, y aunque intentó apartar la mirada, no pudo. Nos

quedamos ahí, bloqueados, cada uno atrapado en sus propios pensamientos, pero incapaces de romper el hechizo que nos mantenía tan cerca.

En ese momento, todo lo que quise fue besarla. Estampar mis labios contra los suyos y recordarle todo lo que alguna vez tuvimos, todo lo que todavía podía ser nuestro. Necesitaba que supiera cuánto la amaba, cuánto la había extrañado, cuánto seguía siendo la única que podía hacerme sentir completo.

Ella debía saberlo. Tenía que entender que yo la conocía mejor que nadie, que era el único que podía abrazar tanto sus luces como sus sombras. Porque, aunque no quisiera admitirlo, Lou también era el amor de mi vida.

Pero no lo hice.

Porque sus ojos, aunque atrapados en los míos, reflejaban más que nostalgia y tensión. También había algo de dolor, de resistencia, como si estuviera luchando contra el mismo impulso que yo sentía. Y aunque me costara aceptarlo, sabía que presionarla solo haría que se alejase más.

Así que, en lugar de besarla, solté lentamente mi agarre, dejando que recuperara su equilibrio por sí misma.

—¿Estás bien? —pregunté, intentando mantener la voz firme, aunque mi pecho ardía con la intensidad de lo que acababa de pasar.

—Sí —respondió, dando un paso atrás y recuperando su postura rígida, como si quisiera borrar cualquier rastro del momento que acabábamos de compartir.

Sin decir más, se giró y continuó hacia la puerta, dejando claro que ella sería quien abriera esta vez. Yo la seguí, en silencio, con un nudo en el estómago y una esperanza tenue que se negaba a desaparecer del todo.

CAPÍTULO 61

Louise

En la cocina, el silencio pesaba más que el aire frío que solía envolver las noches en Whitehorse. Podía sentir la mirada de Parker clavada en mí mientras metía los platos en el lavavajillas, como si estuviera tratando de descifrar algo que no estaba dispuesta a compartir.

—Suéltalo ya —solté de repente, cansada de su insistencia muda.

Él sonrió, una sonrisa suave, de esas que siempre lograban quitarle hierro a cualquier asunto.

—Me conoces bien —respondió, cruzando los brazos y apoyándose contra la encimera.

—Eres igual de curioso que tu hermana —le acusé con una sinceridad que lo hizo asentir, sin molestarse en negarlo.

—No quiero meterme, ya sabes que no es mi estilo, pero está claro que entre tú y Jerome las cosas están tan tensas que se podría cortar el aire con un cuchillo.

Me detuve. La puerta del lavavajillas seguía abierta, pero no podía seguir llenándola. Sus palabras me habían alcanzado, aunque no quise dárselo a entender.

—Sé que te hizo mucho daño, Lou. Yo mismo me cabreé con él y pasé meses sin dirigirle la palabra. Pero…

—Si me vas a decir que tenía sus motivos, ahórratelo, porque ya lo sé todo. —Mi tono era seco, cortante, y lo vi fruncir el ceño con confusión.

—¿Te lo dijo él?

—No. Me lo contó mi abuela cuando fui a verla.

Parker pareció procesar esa información por un momento. Su expresión cambió, como si no supiera cómo continuar.

—¿Entonces?

—No cambia nada, Parker. —Mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. Jerome me hizo daño. Él eligió mi futuro por mí, tomó una

decisión que no le correspondía y me obligó a vivir algo que ni siquiera sabía si quería.

Parker bajó la mirada, asintiendo lentamente.

—Eso no es amor —añadí, más para mí que para él—. Amar a alguien no es decidir por ellos; es confiar en que tomarán las riendas de su propia vida.

El eco de mis palabras llenó la cocina, y por un instante me pregunté si trataba de convencer a Parker o a mí misma. Parker seguía en silencio, como si supiera que lo que acababa de decir no requería respuesta.

Justo cuando regresé al salón con Parker, el timbre resonó, interrumpiendo la charla animada que habíamos retomado. Fue un sonido breve, pero suficiente para quebrar cualquier intento de normalidad. Antes de darme cuenta, Jerome ya se había levantado con la clara intención de abrir la puerta.

—¿Dónde vas? —pregunté, deteniéndome frente a él, con el tono firme que usaba cada vez que intentaba evitar que cruzara mis límites.

—A abrir la puerta —respondió, su tono tan desafiante como su mirada.

Levanté una ceja, esa expresión que siempre parecía desconcertarlo, y no dudé en recordarle algo obvio:

—No es tu casa.

—Como si lo fuera —replicó con una ironía que me hizo apretar los dientes.

Respiré hondo para mantener la compostura.

—No, ya no es así. Y no quiero que abras la puerta.

Nos encaminamos hacia la entrada, ninguno dispuesto a ceder terreno. Cada paso que daba a su lado estaba cargado de una tensión palpable, como si las paredes mismas pudieran sentir el enfrentamiento entre nosotros. Desde el salón, las miradas de Parker y Jess se clavaban en nuestras espaldas; no necesitaba darme la vuelta para saber que estaban atentos, expectantes. Pero en ese momento, lo único que importaba era llegar primero, como si ganar esa pequeña batalla significara algo más que quién abriría la puerta.

Aceleré el paso, decidida a llegar antes que él, pero Jerome no se quedó atrás. Nuestras intenciones chocaron tanto como nosotros mismos cuando intentamos adelantarnos al mismo tiempo en el estrecho pasillo. Fue un choque torpe, y antes de que pudiera reaccionar, sus manos estaban en mi cintura, sosteniéndome para evitar que cayera.

Su tacto fue firme, pero lo que me detuvo no fue eso, sino la intensidad con la que sus ojos se encontraron con los míos.

El tiempo pareció detenerse. La casa, el ruido lejano, incluso el eco del timbre desaparecieron. Sólo estábamos él y yo, atrapados en un momento tan irreal que casi parecía sacado de una vieja película que me negaba a seguir viendo.

El calor de sus manos en mi cintura envió una corriente por todo mi cuerpo, haciéndome estremecer. Su cercanía era abrumadora, un recordatorio de todo lo que alguna vez fuimos y de todo lo que había intentado olvidar. Podía sentir su respiración, entrecortada como la mía, y aunque intenté apartar la mirada, no lo conseguí.

Supe, en ese instante, lo que estaba pensando. Lo vi en sus ojos: quería besarme. Y eso me aterraba tanto como me atraía.

Mis propios impulsos se debatían como olas en una tormenta. Una parte de mí anhelaba rendirse, dejar que otro beso borrara cada herida y cada palabra no dicha. Pero la otra, más firme y despiadada, me recordó lo difícil que había sido reconstruirme tras la última vez que Jerome decidió qué era lo mejor para los dos.

Él debía saberlo. Que yo no era la misma chica que había dejado atrás. Que no podía simplemente aparecer, sostenerme y esperar que todo se arreglara.

Finalmente, soltó mi cintura, permitiéndome recuperar el equilibrio. El frío reemplazó el calor de sus manos, y me enderecé, tratando de recuperar mi postura rígida, la que me protegía de todo lo que él era capaz de despertar en mí.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz más suave de lo que esperaba.

—Sí —respondí, dando un paso atrás, porque necesitaba espacio, aire. Algo que no estuviera teñido por él.

Sin añadir más, me giré y seguí hacia la puerta. Era mi casa, mi espacio, y no iba a permitir que Jerome tomara el control otra vez.

Aunque, mientras caminaba, sentía su presencia detrás de mí, como una sombra persistente que no sabía cómo apartar.

Abrí la puerta con un suspiro contenido, obligándome a concentrarme en lo que tenía frente a mí, aunque mi pecho seguía ardiendo con el eco de un momento que nunca debió ocurrir.

Cuando abrí la puerta por completo, lo primero que vi fue a mi abuela, Laisa, sentada en una silla de ruedas con la pierna extendida y cubierta con un soporte rígido. Su semblante irradiaba esa mezcla de fortaleza y humor que siempre la había caracterizado, a pesar de la incomodidad evidente. Erika estaba junto a ella, sosteniendo el manillar de la silla con una sonrisa paciente.

—¡Lou! —exclamó mi abuela al verme, pero su mirada no tardó en deslizarse hacia Jerome, que estaba detrás de mí. Al instante, frunció el ceño, aunque sus ojos brillaron con una chispa de picardía que reconocí al instante.

—Vaya, Jerome. Tú por aquí. —Sus palabras llevaban una ligera reprimenda, pero su tono cálido suavizaba cualquier posible reproche.

—Siempre dispuesto a ayudar, yaya —respondió Jerome con esa sonrisa que parecía destinada exclusivamente a ella, llena de cariño y complicidad.

Mi abuela rodó los ojos y levantó las manos teatralmente.

—Pues, si tanto te gusta ayudar, chico listo, no te quedes ahí como un adorno. Ayúdame a entrar.

Antes de que pudiera reaccionar, Parker y Jerome se acercaron casi al unísono para tomar el control de la silla. Jerome se posicionó detrás, con movimientos firmes pero delicados, mientras Parker se encargaba de guiar la silla por el pequeño umbral de la puerta.

—Con cuidado, no vayáis a romperme otra pierna —bromeó Laisa, arrancando una carcajada de Parker y una sonrisa de Jerome.

Yo me aparté hacia un lado, observando cómo Jerome cuidaba de mi abuela como si no hubiera pasado el tiempo. Sus gestos eran tan naturales, tan cargados de ternura, que un nudo se formó en mi pecho sin que pudiera evitarlo.

—¿Cómo te sientes, yaya? —preguntó Jerome mientras ajustaba la silla en el salón, con la misma dedicación que recuerdo de otros

tiempos.

—Mejor ahora que te tengo aquí para mimarme —respondió ella, alargando una mano para acariciar su mejilla.

Él se inclinó hacia ella y tomó su mano con suavidad, besándola en el dorso como si fuera la cosa más normal del mundo. Mi abuela rió suavemente, y mi corazón se apretó al ver esa escena.

No podía evitarlo. Verlos así me llenaba de ternura y nostalgia. Por un momento, fui incapaz de mantener mi distancia emocional. Era como si esos pequeños gestos entre ellos hubieran abierto una ventana hacia un tiempo más simple, cuando todo era más fácil, cuando Jerome formaba parte de nuestra vida como algo natural, casi inevitable.

Pero no tardé en recordar por qué estábamos en esta situación, por qué ese Jerome tan cercano y cariñoso no podía permitirme bajar la guardia. Así que tragué el nudo en mi garganta, me obligué a concentrarme en lo que estaba pasando frente a mí y dejé los pensamientos para después.

—Parece que ya tienes todo un séquito, abuela —dije en tono ligero, intentando ocultar mis emociones.

—Siempre hay espacio para más —respondió, guiñándome un ojo mientras miraba a Jerome.

Y aunque intenté no mirarlo, mis ojos lo buscaron. Allí estaba él, devolviéndole a mi abuela el mismo cariño que ella le daba, como si nunca hubiera habido una distancia entre ellos.

Estuvimos un rato atentos a mi abuela, asegurándonos de que estuviera cómoda. Jess y Parker, como era de esperarse, se unieron a los mimos, logrando que ella se olvidara por completo de su incomodidad, al menos por un rato. Erika, exhausta por el largo día, decidió marcharse a descansar. Me acerqué a ella antes de que se fuera y la abracé con fuerza.

—Gracias por todo, Erika. No sé qué haríamos sin ti.

—Para eso estamos, Lou. No te preocupes, todo irá bien. —Besó mi cabeza con ese cariño maternal que siempre me daba calma, y luego desapareció tras la puerta.

Cuando regresé al salón, me detuve en el umbral. Mi abuela reía con ganas, y no fue difícil adivinar que Jerome era el responsable de

esa alegría. Estaba contando algo, probablemente una de sus ocurrencias de siempre, mientras gesticulaba con entusiasmo. Ella le observaba como si fuera el nieto que nunca tuvo, y él respondía con esa atención absoluta que siempre le dedicaba.

Suspiré profundamente, tratando de ignorar el extraño peso en mi pecho. Jerome tenía ese don de entrar en la vida de las personas y quedarse ahí, dejando una huella imposible de borrar.

De pronto, sus ojos buscaron los míos. Por un instante, nuestras miradas se cruzaron, y me regaló una sonrisa. No era cualquiera; era esa sonrisa. La que parecía reservada solo para mí, la que hacía que mi corazón se acelerara como si no hubiera aprendido nada de lo que pasamos. Tragué saliva y desvié la vista rápidamente, como si mirar a otro lado pudiera devolverme la cordura que él me hacía perder con tan poco.

Un rato después, Parker y Jerome llevaron a mi abuela a su habitación para que pudiera descansar. Era tarde, y se le notaba cansada, aunque seguía con esa expresión tranquila que solo la compañía de Jerome lograba darle. Cuando volvieron, Jess y Parker se despidieron, dejándome a solas con él.

El silencio que se formó entre nosotros era denso, cargado de todo lo que no se había dicho y todo lo que probablemente nunca diríamos. Yo sabía que tenía que decirle algo, cualquier cosa para rellenar ese vacío incómodo, pero no encontraba las palabras.

—A pesar de todo, me lo he pasado muy bien esta noche, Lou —dijo finalmente, parado en la puerta de entrada abierta.

No respondí de inmediato, mi mente aún atrapada en el remolino de emociones que su presencia provocaba.

—Siento si mi presencia te ha incomodado.

Mis labios se movieron antes de que pudiera detenerlos:

—Yo también me lo he pasado bien, Jerome.

Lo dije sin pensarlo, y al instante su rostro se iluminó con una sonrisa. Pero ese brillo duró poco, porque agregué algo que lo apagó de inmediato:

—Después de todo, ha sido como cuando éramos amigos, ¿no?

Vi cómo el entusiasmo en sus ojos se desvaneció, dejando un rastro de algo que no supe identificar del todo. Tal vez decepción, tal

vez resignación.

—Claro —dijo suavemente, con una media sonrisa que no alcanzó sus ojos—, como cuando éramos amigos…

Hubo un breve silencio antes de que él se aclarara la garganta y diera un paso hacia afuera.

—Bueno, es tarde. Si necesitáis ayuda con lo que sea, solo tienes que llamarme. Vendré a la hora que sea.

—No será necesario, pero gracias.

—Buenas noches, Lou.

Entonces, antes de que pudiera procesarlo, se inclinó hacia mí, probablemente con la intención de darme un beso en la mejilla, como una despedida amable. Pero, en el último segundo, moví la cabeza ligeramente, intentando evitarlo, y el gesto resultó en algo completamente diferente.

Sus labios rozaron la comisura de los míos en un beso tan suave y fugaz que por un instante no supe si realmente había ocurrido. Mis ojos se abrieron de golpe, y sentí cómo mi corazón se detenía por un segundo para luego latir con fuerza descontrolada.

Jerome también pareció quedarse congelado durante una fracción de segundo, como si acabara de darse cuenta de lo que había pasado. Pero, en lugar de disculparse o intentar explicar lo ocurrido, simplemente retrocedió con calma, su expresión neutral, aunque sus ojos reflejaban algo más… algo que no supe interpretar.

Yo me quedé completamente bloqueada, incapaz de reaccionar mientras él se alejaba con una tranquilidad que contrastaba con el torbellino que acababa de desatar en mí.

Cerré la puerta lentamente, apoyándome contra ella mientras intentaba recuperar el aliento.

«¿Por qué tenía que pasar esto?» pensé, sintiendo cómo mi pecho se llenaba de emociones contradictorias: rabia, nostalgia… y algo mucho más peligroso que me negaba a nombrar. El eco del roce seguía ardiendo en mis labios, y por más que intenté ignorarlo, era como si mi cuerpo se negase a olvidar.

CAPÍTULO 62

Jerome

La recuperación de Laisa estaba siendo más larga de lo esperado. Lou seguía a su lado, a pesar de que ya llevaba más de dos semanas aquí. Cada vez que intentaba acercarme a la yaya, Lou encontraba la manera de evitarme, desapareciendo a otra parte de la casa como si mi presencia fuera insoportable. Y eso me partía el alma en dos.

No me daba la oportunidad de explicarme, de intentar recuperarla, de pedirle perdón por lo que hice. Sabía que me equivoqué, pero también sabía que el pasado no se podía cambiar. Y, siendo sincero, no estoy seguro de si lo haría, aunque pudiera. Porque, de otro modo, Lou no estaría aquí, cerca, aunque fuera de esta forma tan distante.

Durante estas semanas, me había volcado en un proyecto que nadie más conocía. Estaba creando, desde cero, un mueble especial para la yaya. Algo que le permitiera estar cómoda en el salón durante más tiempo, sin tener que retirarse a la cama tan pronto. Era mi forma de demostrarle cuánto la apreciaba y, quizás, de aliviar el peso de las tensiones que llenaban la casa.

Cada detalle del mueble lo había pensado como si fuera el proyecto más importante de mi vida: un sillón reclinable adaptado para mantener la pierna elevada cómodamente, con bolsillos laterales para sus revistas, el mando de la televisión e incluso un espacio para guardar sus infusiones favoritas. Quería que supiera cuánto la valoraba, cuánto significaba para mí.

Trabajar en él me ayudaba a mantener la mente ocupada, a alejar, aunque fuera por momentos, el dolor de tener a Lou tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. Cada martillazo, cada lijada, era un esfuerzo por canalizar lo que no podía decir en palabras.

A veces me encontraba hablando solo mientras ensamblaba las piezas, como si imaginara una conversación que nunca sucedería. "Yaya, este sillón es para que estés cómoda mientras todos te

mimamos", me escuché decir en voz baja. "Y sí, sé que Lou no me perdona, pero no pienso rendirme. No esta vez".

Cuando terminé, me quedé observando el resultado. Era sólido, práctico y tenía ese toque rústico que sabía que a ella le encantaría. Pero también era más que un simple mueble. Era mi forma de intentar reconstruir algo, de enmendar, aunque fuera un poco, los errores del pasado.

Decidí salir a tomar un poco de aire antes de darle los últimos retoques. Al cruzar la puerta del taller, vi a Lou caminando hacia el hotel. Su presencia me desconcertó, especialmente porque llevaba días evitando cualquier contacto conmigo. Sin pensarlo, corrí hacia ella.

—¡Lou! —grité, acelerando el paso. Ella se detuvo y se giró lentamente, sin llegar a sostenerme la mirada.

—Hola —musitó con voz baja, como si no tuviera intención de prolongar la conversación.

—¿Qué haces aquí? ¿Está todo bien con Laisa? —pregunté con preocupación, esperando que no fuera nada grave.

—Sí, todo bien —respondió, asintiendo brevemente—. Solo vine a recoger la comida.

Mis padres se habían encargado de llevarle comida a diario, sabiendo que Lou no era precisamente una experta en la cocina y que, de no hacerlo, probablemente terminarían alimentándose de tostadas y café.

—Espera, no te vayas en taxi. Yo te llevo en mi camioneta —dije, señalando el vehículo estacionado frente al taller.

Lou comenzó a caminar hacia la camioneta, pero al pasar junto al taller, su mirada se detuvo en la entrada. Sus pasos disminuyeron y su curiosidad fue evidente de inmediato.

—Lou, no… —me apresuré a interponerme en su camino, bloqueando la entrada con mi cuerpo.

—¿Por qué no me dejas pasar? —preguntó, arqueando una ceja con esa mezcla de desconfianza y desafío que siempre me desarmaba—. ¿Escondes a alguien ahí dentro?

—¿Qué? Claro que no. Es otra cosa… —respondí torpemente, sin saber cómo explicarme sin revelar mi sorpresa.

Antes de que pudiera detenerla, Lou aprovechó mi vacilación y me rodeó con rapidez, esquivándome con la misma facilidad de siempre.

—¡Lou, espera! —exclamé mientras ella empujaba la puerta del taller.

El mueble que había estado trabajando con tanto cuidado estaba ahí, expuesto ante ella. Mi corazón se detuvo un segundo.

Lou entró en el taller, sus pasos ligeros pero llenos de una curiosidad que no podía ocultar. Sus ojos exploraron cada rincón, deteniéndose en los detalles, como si quisiera absorber todo lo que hacía de este lugar mi refugio. Por un momento, me sentí completamente expuesto. Este taller no solo era donde trabajaba, sino donde volcaba todo lo que no sabía cómo expresar en palabras.

Ella parecía fascinada, y cuando sus ojos brillaron con esa chispa especial que siempre había sido tan suya, sentí que el peso en mi pecho disminuía un poco.

—Jerome, esto es fascinante —dijo de pronto, rompiendo el silencio con una admiración que no esperaba.

—Gracias —respondí, aunque mi voz apenas salió en un susurro.

Fue entonces cuando sus pasos la llevaron directamente hacia el mueble que había construido para Laisa. Su mano se posó sobre la madera con delicadeza, como si temiera estropear algo, y me miró con una mezcla de asombro y admiración.

—¿Y esto? —preguntó, sus ojos buscando los míos con intensidad—. ¿Lo has hecho tú?

Asentí, incapaz de articular una palabra.

—Es precioso, pero espera… ¿es para mi abuela? —Su voz bajó al final, como si la idea la conmoviera.

Volví a asentir, y esa conexión que había evitado durante días volvió a surgir entre nosotros. Su mirada, cálida y emocionada, se cruzó con la mía, y por un instante, fue como si el muro que había construido comenzara a resquebrajarse.

No pude evitarlo. Me acerqué lentamente, como si un imán invisible me arrastrara hacia ella. Cuando mi mano se posó sobre la suya, que descansaba sobre el mueble, sentí cómo su respiración se

entrecortaba. Tragó saliva, y nuestros ojos se encontraron de nuevo, esta vez sin barreras, sin máscaras.

El amor que siempre habíamos compartido estaba ahí, tan palpable como el aire que nos rodeaba. Era imposible ignorarlo, imposible fingir que no existía.

—Gracias por todo lo que haces por ella, por haber estado cuando yo no… cuando me obligaste a irme —dijo de repente, su tono cambiando, su mirada desviándose de la mía mientras retiraba su mano.

Su voz cargada de dolor me golpeó como un puñetazo. Antes de que pudiera decir algo, comenzó a alejarse.

—Lou, espera. —Mi voz salió más fuerte de lo que esperaba, y con un movimiento suave pero decidido, tomé su brazo.

Ella se detuvo, pero no se giró. Su cuerpo temblaba ligeramente, y el silencio que siguió fue como un abismo entre los dos.

—No te vayas, por favor. —Mi voz era casi un ruego. Sin soltarla, di un paso hacia ella, cerrando la distancia y envolviéndola en mis brazos antes de que pudiera resistirse.

—Jerome, no lo hagas más difícil de lo que ya es… hemos hablado y yo… yo no puedo. —Su voz temblaba tanto como su cuerpo, y podía sentir cómo luchaba contra algo más grande que ambos.

—¿Por qué? —susurré, bajando la mirada hasta encontrarme con la suya—. Si me amas tanto como yo a ti. ¿Por qué no puedes perdonarme?

Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de un dolor que reflejaba el mío propio. No respondió, y ese silencio me desarmó por completo.

No pude contenerme. Me incliné hacia ella y pegué mis labios a los suyos, buscando en ese contacto la respuesta que no podía darme en palabras.

Al principio, sentí su resistencia, un leve intento de alejarse. Pero entonces, como si algo dentro de ella cediera, correspondió al beso. Fue breve, intenso, cargado de emociones que no podían ocultarse.

Y luego, tan rápido como había comenzado, ella se separó, mirándome con una mezcla de confusión y vulnerabilidad.

—Jerome… Dios, eres terriblemente tonto.

—Siempre has sido mi todo, mi luz.

Sin esperármelo, fue ella quien acortó la distancia entre nosotros y me besó. Su gesto me tomó por sorpresa, dejándome completamente descolocado. Pero pronto reaccioné. Mis manos encontraron sus mejillas, sosteniéndola con una firmeza que no dejaba lugar a dudas, y profundicé el beso.

Cualquier resistencia que hubiera tenido se desvaneció en ese instante. Su cuerpo cedió al deseo que siempre había latido entre nosotros, y nuestras lenguas se buscaron en un baile cargado de pasión y recuerdos.

Un gemido, profundo y cargado de emociones, escapó de sus labios. Sin pensarlo, la tomé en brazos, y ella, como si ese gesto fuera el más natural del mundo, enroscó las piernas alrededor de mi cintura. La llevé hasta la pared más cercana, necesitando su contacto, su piel, cada parte de ella.

Mis manos viajaron hasta su jersey, deslizándolo por su cabeza mientras mi mirada la recorría. Su cuerpo, tan familiar y al mismo tiempo diferente, me dejó sin aliento. Había madurado, y esas curvas que ahora veía eran la prueba del tiempo que había pasado, pero también del deseo que nunca desapareció.

Bajé mis labios hasta su cuello, explorando su piel con mi lengua. Cada jadeo que arrancaba de su garganta era como un eco en mi pecho, alimentando un deseo que no había sentido con tanta intensidad en años.

—Jerome… —susurró, su voz quebrada entre el deseo y la incredulidad.

No respondí con palabras. La llevé hasta el rincón del taller donde tenía una cama improvisada, esa que usaba en las noches de trabajo interminables.

—¿De verdad? —preguntó con una sonrisa, sus ojos brillando con una mezcla de diversión y anhelo.

—Soy un hombre ocupado —respondí, dejándola sobre la cama con cuidado mientras ella soltaba una risa suave que calentó más el ambiente.

Pronto, nuestras ropas comenzaron a desaparecer, una prenda tras otra, hasta que no quedó nada entre nosotros más que el calor de nuestros cuerpos y la urgencia de un reencuentro que había tardado demasiado en llegar.

Lou me buscaba con ansias, sus manos recorriendo mi piel mientras sus ojos hablaban un lenguaje que no necesitaba traducción. Pero yo quería más. Antes de perderme por completo en el momento, tomé un instante para memorizarla, para dejar que cada línea de su cuerpo, cada curva, se grabara en mi mente.

Cuando finalmente nos unimos, lo hicimos como si el tiempo nunca hubiera pasado, como si los años de distancia y dolor no fueran más que una sombra lejana. Me moví despacio, saboreando cada segundo, cada sonido que escapaba de sus labios.

—Lou… —murmuré su nombre, mi voz cargada de todo lo que no podía expresar de otra manera.

Sus uñas se clavaron en mi espalda, y sus gemidos llenaron el espacio del taller. Era como si el mundo se hubiera reducido a este momento, a nosotros, a este reencuentro que no solo era físico, sino también emocional.

La insistencia de nuestros cuerpos por llegar al límite, por completar lo que nuestros corazones habían deseado desde hacía tanto, nos dejó exhaustos. El clímax nos envolvió como una ola arrolladora, llevándonos a un estado de quietud cargada de emociones. Cuando todo terminó, me tumbé a su lado, mi brazo rodeando su cuerpo como si temiera que este momento fuera un sueño efímero que podría desvanecerse al menor descuido.

Por un breve instante, la paz llenó el espacio entre nosotros. Pero esa tranquilidad se quebró cuando Lou, de repente, se apartó. Su cuerpo reaccionó como si lo que acabábamos de compartir fuera un error imperdonable.

—Lou, ¿qué pasa? —pregunté, con la voz todavía entrecortada por el esfuerzo y la confusión.

—Esto… nosotros… no puede ser, Jerome. —Su tono era tan firme como quebrado.

Se levantó rápidamente, buscando su ropa entre las sombras del taller. Mientras se vestía con prisa, cada movimiento suyo me llenaba

de una mezcla de desesperación y tristeza.

—¿Por qué no puede ser? ¿A qué tienes miedo? —insistí, sin levantarme de la cama, temiendo que cualquier paso en falso la alejara aún más.

Ella se detuvo un momento, sin mirarme, y dejó escapar un suspiro cargado de todo lo que no podía decir.

—¿Te irás de nuevo? —mi voz salió como un susurro, casi como si temiera que, al hablar, pudiera alejarla aún más.

Ella me miró de soslayo, evitando mi mirada, y me sentí atrapado en la incertidumbre de su respuesta.

—Tengo que irme… —su voz era baja, quebrada, como si cada palabra le costara.

El peso de esas palabras cayó sobre mí, y sin poder evitarlo, le lancé la pregunta que llevaba rondando en mi mente.

—¿Qué es lo que te aleja de aquí, Louise? —No quería hacerle esa pregunta, pero no podía callarme. Tenía miedo de que me respondiera algo que no pudiera soportar.

Ella agachó la mirada, evitando mis ojos, y pude ver la lucha interna en su rostro. Su silencio me desgarraba más que cualquier respuesta. Después, con una voz que apenas pude escuchar, lo dijo.

—Todo… —dijo, casi sin aliento.

No podía creer lo que oía. "Todo". ¿Qué significaba eso? ¿Yo también formaba parte de eso? ¿Había algo de mí que la alejaba también?

Mi respiración se volvió más pesada, pero no podía darme el lujo de quedarme con dudas. No ahora, no cuando el tiempo y las palabras parecían irse entre nosotros como el viento.

—¿Qué es todo? —insistí, con la voz rota, pero decidida—. Dímelo, Louise. Necesito saberlo.

—Jerome, yo estoy rota —me dijo, su voz cargada de una agonía que ya me era tan familiar, como si hubiera estado escuchando esas palabras durante años.

Me detuve frente a ella, sintiendo el peso de su dolor en cada palabra. Mi respuesta salió de forma automática, como si no pudiera soportar verla tan quebrada.

—No me importa —respondí con más firmeza de lo que sentía, acercándome un poco más. Pero, a cada paso que daba, Lou retrocedía, levantando ese muro de hielo invisible entre nosotros.

—Tú tienes personas con las que compartir todo… —su voz tembló ligeramente, pero la tristeza seguía siendo dominante.

No dejé que esa duda la llenara.

—No importa —contesté, aunque mi pecho se apretaba al verla así, tan perdida, tan cerrada.

Ella suspiró, la frustración marcando cada palabra.

—Jerome… no tengo fuerzas para recomponer ni buscar los pedazos que me rompieron hace seis años —repitió, como si esa confesión tuviera algún poder sobre mí, como si sus palabras pudieran convencerme de que no podía ayudarla.

Me acerqué un paso más, mi corazón lleno de algo más fuerte que la duda: la certeza de que no podía dejarla caer de nuevo.

—Te ayudaré a encontrarlos —dije, sin vacilar. Sentí que era lo único que podía prometerle en ese momento. Lo haría, por ella, por mí, por lo que fuimos.

—Me estoy quedando sin excusas —sus palabras se deslizaban entre sus labios como una última defensa, como si esperara que me rindiera.

Mi mirada se endureció, pero con ternura, con la comprensión de quien conoce cada rincón de su alma.

—Contaba con ello —respondí, sabiendo que no importaba cuántos muros levantara, yo estaría ahí, dispuesto a destruirlos.

No pude más. Sin pensar, tomé su rostro con mis manos, acercándola a mí de nuevo, sintiendo cómo mi cuerpo respondía a la necesidad de cercanía, de contacto. La besé, y al principio, ella no reaccionó. Fue un beso suave, como si todo fuera a romperse, pero en cuanto sentí que sus labios se abrieron bajo los míos, como si el dolor hubiera encontrado una forma de fluir, todo cambió.

El beso se intensificó, y aunque lo hice para transmitirle toda la desesperación y la esperanza que sentía, también sentí que ella lo recibía, como si en ese momento dejara caer las defensas. Sus manos, que antes me apartaban, ahora se aferraban a mí, como si buscara algo en mi cercanía para sostenerse.

Me separé lentamente, y por un instante, los dos nos quedamos ahí, sin palabras, con el eco del beso todavía flotando entre nosotros. Mi pecho subía y bajaba con fuerza, pero había algo más en ese aire, algo que ya no podía negar.

Ella cerró los ojos un momento, respirando profundamente, y cuando los abrió, me miró de una manera distinta, como si el dolor, aunque no desapareciera, hubiera cedido un poco.

—Gracias, Jerome —dijo, con la voz quebrada, pero algo en su tono me hizo sentir que no estaba tan sola como antes.

—¿Por qué? —No lograba entender a qué se refería.

—Por no rendirte nunca conmigo, por esperarme y por estar siempre para mí, a pesar de que me fui sin mirar atrás.

El miedo a perderla resonó en mi pecho, amplificado por el silencio del taller. Era como si el peso de todo lo que no habíamos dicho estuviera apretándome el corazón. No podía permitir que se fuera otra vez sin recordarle lo que sentía, lo que siempre había sentido.

—Te amo, Lou —dije al fin, dejando que las palabras fluyeran sin restricciones—. Siempre te he amado, y estos años no han hecho más que fortalecerlo. Tenía que decírtelo, una vez más.

Su mirada cambió, suavizándose, como si mis palabras hubieran derribado el muro que nos separaba. Y entonces lo dijo:

—Yo… también te amo, Jerome. Nunca dejé de hacerlo, a pesar del tiempo. Te clavaste en mi corazón, y no hubo forma de sacarte de ahí.

Su voz, rota pero llena de una pasión genuina, me atravesó como una descarga. No pude evitarlo; las lágrimas comenzaron a brotar, rodando por mis mejillas antes de que pudiera detenerlas.

Lou se acercó con cuidado, borrando cada una de ellas con la yema de sus dedos. Sus movimientos eran lentos, cargados de ternura. Luego reposó su mano en mi mejilla, acariciándola con una delicadeza que me desarmó por completo.

Instintivamente, envolví su mano con la mía y llevé sus dedos a mis labios, dejando un beso suave en su palma. Fue un gesto sencillo, pero cargado de todo lo que no podía expresar con palabras.

CAPÍTULO 63

Louise

Llevaba semanas cuidando de mi abuela, una mujer terca como ella sola. No soportaba la idea de estar limitada, incapaz de trabajar o de hacer algo por sí misma. Era una mujer tan activa, tan llena de vida, que verse en esta situación la desmoronaba por momentos, aunque intentara ocultarlo con su humor característico.

Durante todo este tiempo, me había esforzado por evitar encontrarme con Jerome. Desde aquella noche en la que cenó en casa junto a Parker y Jess, no había sido capaz de mirarlo a los ojos. El muro que había construido entre nosotros, ese que me protegía, empezaba a resquebrajarse. Y lo peor era que temía que, en cualquier momento, pudiera derrumbarse por completo, dejándome expuesta, obligándome a mostrarle todo lo que había mantenido escondido en mi interior durante tantos años.

Sabía que debía volver a Dakota del Norte. Lauren me lo había recordado una y otra vez con sus llamadas, cada una más insistente que la anterior.

—No puedo todavía, Lauren —dije mientras caminaba de un lado a otro en el salón, sintiendo que el peso de la llamada se acumulaba en mis hombros.

—Lou, sabes tan bien como yo que el tiempo corre en tu contra —insistió ella, con un tono que mezclaba comprensión y firmeza—. Pronto es la competición en España, y no puedes permitirte más días sin entrenar. Lo entiendes, ¿verdad?

Suspiré profundamente, tratando de encontrar una respuesta que no sonara como una excusa.

—Lo entiendo, claro que lo entiendo. Pero… no puedo dejarla todavía. Es mi abuela, Lauren. Ella me necesita.

—Lo sé, Lou. Sé cuánto amas a tu familia, y créeme que admiro eso. Pero también sé cuánto has luchado para llegar hasta aquí. No puedes tirar todo por la borda. Tu futuro es brillante, y no creo que Laisa quiera que lo pongas en riesgo ahora.

Sus palabras eran como agujas perforando una herida que ya llevaba días abierta. Sabía que tenía razón, pero había algo en mi pecho que se resistía a aceptarlo.

—¿Crees que no lo sé? —murmuré, cerrando los ojos un momento para calmar la presión que sentía en mi garganta—. Es solo que… no puedo marcharme ahora. No todavía. Dame unos días más, por favor.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Casi podía imaginar a Lauren frotándose la frente, intentando encontrar las palabras adecuadas para convencerme.

—Está bien —dijo al fin, con un suspiro que dejaba entrever su frustración—. Pero te quiero aquí la próxima semana, Lou. Y lo digo en serio. No puedes faltar más tiempo sin que eso tenga consecuencias.

—Lo sé. —Mi voz era apenas un susurro, y el nudo en mi estómago se hizo más grande cuando escuché el clic que marcaba el final de la llamada.

Me dejé caer en el sofá, con el móvil todavía en la mano. Sabía que Lauren no exageraba. Había trabajado demasiado para llegar a donde estaba, y abandonar ahora sería imperdonable. Pero, al mismo tiempo, cada fibra de mi ser me gritaba que no estaba lista para irme.

El salón parecía más pequeño, más opresivo de lo que recordaba, y mi mente se llenó de imágenes de mi abuela, sentada en su silla de ruedas, intentando sonreír a pesar del dolor. Pero no era solo ella lo que me ataba a este lugar. Lo sabía, aunque me negara a admitirlo.

Jerome.

Ese nombre resonó en mi mente como un eco persistente. No podía evitarlo. Él estaba ahí, en cada rincón de mi pensamiento, recordándome lo mucho que había intentado dejar atrás y lo poco que había logrado.

«¿Por qué no puedo simplemente marcharme?», pensé, sintiendo las lágrimas arremolinarse en mis ojos. Porque, aunque Lauren tenía razón, mi corazón estaba atrapado aquí, en Whitehorse, enredado en todo lo que una vez amé y en todo lo que temía enfrentar.

Subí a la habitación de mi abuela, tratando de apartar de mi mente el peso de la llamada con Lauren. La encontré sentada en su cama, hojeando una de sus revistas de cocina, con las gafas puestas y ese aire despreocupado que intentaba mantener, aunque sabía que en el fondo le costaba estar en esa situación.

Sin decir nada, me senté a su lado y apoyé mi cabeza en su pecho, buscando ese consuelo que solo ella podía darme. Sus manos encontraron mi cabello, acariciándolo con una ternura que me devolvió momentáneamente la paz.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad, notando cómo las lágrimas comenzaban a acumularse en mis ojos.

—Sí —mentí, aunque mi voz me delataba.

—Lou, si tienes que irte de nuevo, no te quedes por mí —dijo con firmeza, obligándome a levantar la cabeza para mirarla.

—No quiero dejarte sola, abuela… no otra vez, no así. —Mi mirada se desvió hacia su rodilla, aún inmovilizada, y las lágrimas comenzaron a escapar sin permiso.

Ella suspiró con paciencia, como si supiera exactamente lo que me estaba pasando por dentro. Secó mis lágrimas con el dorso de su mano antes de hablar.

—No dejes que esto empañe el futuro brillante que tienes por delante, cariño. —Su tono era firme, pero lleno de amor—. Ahora, si me dices que no puedes irte por otra persona… bueno, ahí la cosa cambia.

Me levanté de golpe, como si sus palabras hubieran tocado un punto demasiado sensible.

—¿Quedarme por Jerome? Claro que no, eso no tiene ningún sentido. —Intenté sonar convincente, aunque incluso a mí me sonó débil.

Me levanté como un resorte, como si lo que me estaba diciendo no tuviera ningún sentido. Él me dejó, dejó que me fuera y ahora… ahora yo no sabía si irme.

—¿Estás segura? —preguntó con una ligera sonrisa, como si estuviera leyendo mis pensamientos.

Intenté responder, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. Me giré hacia la ventana, buscando una salida en el

paisaje que se extendía ante mí. ¿Por qué todo era tan complicado?

Entonces lo entendí, comprendí por qué hizo lo que hizo. Porque él sabía, con total certeza, que yo nunca me habría marchado por mi cuenta. Igual que ahora, cuando ni siquiera sé qué hacer, incluso sin estar juntos.

Como si supiera que necesitaba un cambio de tema, mi abuela soltó un suspiro teatral y dijo:

—Anda, ¿por qué no vas a buscar la comida al hotel? Erika ya ha hecho bastante por nosotras; no quiero seguir cargándola con eso.

Agradecí la excusa para salir de la habitación y despejarme.

—Tengo que empezar a aprender a cocinar, ¿no?

Ella asintió con energía, y ambas nos reímos suavemente. Me incliné para darle un beso en la frente antes de salir.

Mientras me cambiaba para ir al hotel, no podía sacarme de la cabeza sus palabras. Porque, aunque no quisiera admitirlo, tal vez tenía razón. Tal vez el motivo de mi indecisión no era solo ella… sino también él.

Cuando llegué, escuché la voz de Jerome llamándome, y al instante sentí cómo mi cuerpo se tensaba. Sabía que las probabilidades de encontrarnos eran altísimas, casi inevitables. Aun así, no me importó venir porque, aunque me negara, una parte de mí deseaba verlo.

—¿Qué haces aquí? ¿Todo está bien con Laisa? —preguntó con ese tono de preocupación que siempre tenía cuando hablaba de mi abuela. Su ternura me desarmaba.

Le expliqué que solo venía a recoger la comida, y de inmediato se ofreció a llevarme en su camioneta. Cuando señaló el vehículo, mis ojos se desviaron automáticamente hacia su taller. Ese lugar, donde restauraba muebles, parecía ejercer una atracción sobre mí. Sin pensarlo, comencé a caminar hacia allí, con Jerome siguiéndome de cerca. Antes de que pudiera entrar, se colocó frente a la puerta, bloqueando mi paso.

—¿Por qué no me dejas pasar? —arqueé una ceja, observándole con sospecha—. ¿Escondes a alguien ahí dentro?

—¿Qué? Claro que no. Es… otra cosa —respondió con un nerviosismo que me hizo sonreír levemente.

Aproveché su desconcierto para rodearlo y empujar la puerta. Al entrar, mis ojos se detuvieron en cada rincón, explorando con curiosidad el espacio que parecía tan lleno de él. Había algo especial en ese lugar, una atmósfera tranquila, impregnada por el aroma de la madera y barniz.

—Jerome, esto es fascinante —murmuré, rompiendo el silencio mientras mis dedos acariciaban una superficie pulida.

Me detuve, admirando su trabajo, y una sensación de orgullo brotó en mi interior. Jerome siempre tuvo el talento y la capacidad para hacer cosas grandes. Lo estaba demostrando con cada detalle en este taller, y no pude evitar sentirme emocionada.

Mientras exploraba, un mueble llamó especialmente mi atención. Me acerqué y posé la mano sobre la madera con cuidado, temiendo estropear algo tan hermoso.

—¿Lo has hecho tú? —pregunté, mirando su rostro. Jerome asintió, incapaz de decirme nada.

—Es precioso, pero… espera… ¿es para mi abuela? —añadí, sintiendo un nudo en la garganta. La emoción me invadió incluso antes de escuchar su confirmación.

Cuando volvió a asentir, algo en mí se rompió. Ese muro que había construido para protegerme de él se resquebrajó todavía más. Por un instante, me sentí vulnerable frente a ese chico que había sido mi mejor amigo, mi refugio, y que, a pesar de todo, seguía siendo dueño de mi corazón.

Jerome se acercó despacio, colocando su mano sobre la mía. Su toque fue cálido, y mi respiración se entrecortó mientras nuestras miradas se encontraban. En ese instante, no hubo máscaras ni barreras. Solo nosotros, y ese amor que nunca había desaparecido del todo, a pesar de los años.

—Gracias —murmuré, incapaz de apartar los ojos de los suyos. Pero entonces, las palabras salieron solas, un reproche que rompió la conexión entre nosotros. Aparté la mirada y retiré mi mano.

Me alejé de él, con la necesidad de escapar de todo lo que estaba sintiendo. La intensidad de sus gestos, de sus palabras no dichas, era demasiado para mí.

—No te vayas, por favor —susurró, tomando mi brazo con delicadeza.

Me envolvió entre sus brazos, como si temiera perderme otra vez. Mi cuerpo se tensó al instante, pero al mismo tiempo, sentí el calor reconfortante de su abrazo. Me lo estaba poniendo demasiado difícil, y lo sabía.

—No lo hagas, Jerome… no me lo pongas tan difícil. Yo no puedo. —Mi voz apenas era un hilo, pero él no se apartó.

—¿Por qué? —preguntó, su tono cargado de una intensidad que me desgarró—. Si me amas tanto como yo a ti.

Sus palabras me dejaron sin aliento. No podía responderle, las emociones eran demasiado. Entonces, vi cómo se inclinaba hacia mí, y antes de que pudiera reaccionar, sus labios buscaron los míos.

El beso fue breve, pero tan intenso que hizo tambalear todo lo que había intentado mantener firme. Me dejé llevar por un momento, devolviéndole el gesto con el mismo desespero, como si ese contacto pudiera borrar todo el dolor acumulado.

Pero la realidad me golpeó de nuevo. Me separé de él, sintiendo cómo la confusión y la vulnerabilidad se reflejaban en mi rostro.

—Jerome… Dios, eres terriblemente tonto.

—Siempre has sido mi todo, mi luz. —Su voz era un susurro lleno de verdad.

Al escucharle decir esas palabras, algo dentro de mí se rompió. Ya no podía contenerme. Cerré la distancia entre nosotros y lo besé. Esta vez fui yo quien cedió al peso de lo que sentía. Jerome sostuvo mis mejillas con una dulzura que me desarmó, y me dejé llevar por la calidez de sus manos.

Cuando su lengua rozó la mía, un gemido escapó de mis labios, y él respondió alzándome con fuerza y decisión. Enrosqué mis piernas alrededor de su cintura, entregándome por completo a la pasión contenida que ambos habíamos reprimido durante tanto tiempo. Caminó conmigo hasta la pared más cercana, y ahí, sus manos recorrieron mi cuerpo con una necesidad que encendió cada rincón de mi ser.

Un estremecimiento me recorrió cuando su lengua acarició mi cuello. La urgencia por sentirlo completamente se intensificó,

llevándome a intentar despojarlo de su camiseta, un gesto que él entendió al instante. Sin soltarme, me llevó hasta el fondo del taller, donde vi una cama que no había notado antes. Una sonrisa divertida curvó mis labios, y levanté una ceja con picardía.

—¿De verdad? —pregunté con una ceja alzada.

—Soy un hombre ocupado —respondió, mientras me dejaba con cuidado sobre el colchón.

Nuestras ropas comenzaron a desaparecer, una prenda tras otra, hasta que no quedó nada entre nosotros. Mi piel ardía con cada caricia, con cada mirada que Jerome me dedicaba mientras recorría mi cuerpo con sus manos. Era como si estuviera memorizando cada centímetro de mí, grabando en su memoria lo que tanto habíamos anhelado.

Entonces, finalmente me hizo suya. Cuando entró en mí, sentí como si todo lo que nos había separado durante años desapareciera. Los años de distancia y dolor se desvanecieron, convirtiéndose en una sombra lejana. Se movió con lentitud al principio, saboreando cada segundo, cada suspiro que escapaba de mis labios.

Jerome murmuró mi nombre de un modo gutural, como si fuera un rezo, un canto que me hizo temblar y clavar mis uñas en su espalda. Nuestros gemidos llenaron el taller, envolviéndolo en una atmósfera que parecía fuera del tiempo. Era como si el mundo se hubiera reducido a este momento, a nosotros, a un presente donde el pasado no tenía poder y el futuro no importaba.

Cuando terminamos, el peso de lo que acabábamos de compartir me invadió. Sabía que no solo había sido un momento de pasión, sino un intento desesperado de sanar las heridas del pasado. Miré a Jerome a los ojos, y aunque sentí la necesidad de protegerme, también supe que este era el hombre que nunca había dejado de amar.

El breve instante de paz que compartimos se rompió tan rápido como llegó. Me aparté, el miedo y la confusión dominando cada uno de mis movimientos. Mientras buscaba mi ropa, podía sentir la mezcla de tristeza y desesperación en la voz de Jerome, sus preguntas insistiendo en saber qué pasaba conmigo.

—Esto… nosotros… no puede ser —murmuré, aunque la firmeza que intentaba proyectar se quebraba con cada palabra.

No podía mirarlo, ni siquiera explicar lo que sentía. Su voz me alcanzó, susurrando una pregunta que dolía más de lo que esperaba.

—¿Te irás de nuevo?

Mis labios formaron una respuesta que me costó admitir, pero que sabía inevitable.

—Tengo que irme… —Fue lo único que logré decir.

Pero no se rindió. Insistió, preguntándome qué era lo que me alejaba. "Todo", dije al final, porque eso era lo que sentía: un peso abrumador, una carga que no podía soltar.

—Estoy rota, Jerome —confesé finalmente, sintiendo cómo mi vulnerabilidad se exponía por completo.

Él no se detuvo. Su promesa de ayudarme a recoger los pedazos que había dejado atrás me golpeó como una ola de ternura. A pesar de todo, no podía creer que quisiera quedarse, que pudiera aceptar mis sombras.

Finalmente, sus manos encontraron mi rostro y, sin que pudiera evitarlo, sus labios se encontraron con los míos. Fue un beso suave al principio, pero pronto se llenó de una intensidad que derrumbó mis defensas. Sus palabras, su amor, estaban ahí, constantes, derritiendo las barreras que había construido.

—Gracias, Jerome —susurré, conmovida por su paciencia, por su fuerza, por su amor.

—Te amo, Lou —dijo, y esas palabras atravesaron cada duda, cada miedo que me había mantenido alejada.

Finalmente, le respondí lo que había guardado por tanto tiempo:

—Yo… también te amo. Nunca dejé de hacerlo.

Sentí sus lágrimas mientras acariciaba su rostro, y en ese momento, supe que, a pesar del tiempo, a pesar del dolor, siempre habíamos pertenecido el uno al otro.

Mientras el sol del mediodía entraba tímidamente por la ventana del taller, me permití cerrar los ojos y respirar profundamente. Jerome estaba ahí, a mi lado, con su cuerpo cálido sosteniéndome como si nunca más quisiera dejarme ir. Había pasado tanto tiempo huyendo de lo que sentía, convencida de que lo correcto era

priorizar mis deberes, mis planes, todo lo que estaba escrito. Pero, en este momento, entendí que no siempre se trataba de lo que debía hacer, sino de lo que mi corazón me pedía.

Jerome me miró, con esa ternura que siempre había sido mi ancla, y supe que no podía seguir luchando contra lo inevitable. Él era mi hogar, mi refugio, mi comienzo y mi final.

Por primera vez en años, dejé de pensar en el miedo, en los "qué pasará" y los "qué dirán". Por primera vez, me permití ser libre, amar sin reservas y sin culpas.

—¿Sabes? —dije, acariciando su rostro con una suavidad que ni siquiera sabía que tenía—. Siempre pensé que el amor debía ser perfecto, sin grietas, sin sombras. Pero me equivoqué. El amor verdadero es como la aurora, aparece en los momentos más oscuros, cuando menos lo esperas, y te llena de luz.

Él sonrió, sus ojos fijos en los míos, y sentí que no necesitaba decir nada más. La última aurora no era solo un título, no era un final. Era un recordatorio de que, incluso en la penumbra, siempre hay lugar para un nuevo amanecer.

Y con él, supe que lo tenía todo.

EPÍLOGO

Jerome

Los meses siguieron su curso, y, aunque Lou tuvo que volver a la academia para terminar la beca, esta vez regresó con algo que no tenía antes: la certeza de que nuestro amor era irrompible. Había sido difícil contarle la verdad sobre Lauren y cómo me pidió que la dejara, convencida de que sabía lo que era mejor para Lou. Pero cuando por fin me quité ese peso de encima, sentí que había recuperado algo aún más valioso: su confianza.

A su vuelta, conseguimos una casita para nosotros, cerca del hotel. Ese lugar había sido nuestro refugio, y ahora sería el comienzo de nuestra nueva vida juntos. Esperamos un año para mudarnos, mientras Laisa se recuperaba. Ella decidió quedarse en la casa de su hija, un lugar que Lou no se atrevía a vender.

Al principio, Lou no quería dejar sola a su abuela, pero sabíamos que este era nuestro momento para dar un paso importante hacia el futuro. Lo hicimos juntos, con la misma convicción con la que siempre enfrentamos cada desafío.

—Vamos, Jerome… no tengo todo el día —la voz de mi novia me sacó de mis pensamientos.

Estábamos en el lago. La sensación de patinar de noche, con las auroras boreales danzando sobre nosotros, nos daba una paz indescriptible.

—¡Ya voy! —exclamé atándome los cordones de los patines.

Entré al lago y patiné hasta ella, demostrando que me había convertido en un experto y que ya no me caía como cuando era un adolescente que quería que me enseñara a patinar para entrar en el equipo de hockey. Mientras patinábamos bajo el cielo lleno de luz, no podía evitar recordar cómo comenzó todo: esa época en la que el hielo no era solo un lugar para competir, sino el escenario donde descubrimos que nuestra amistad escondía algo más profundo, más eterno.

—A ver, muéstrame lo bien que patinas —me pidió con esa sonrisa que me dejaba sin aliento.

—¿Pretendes burlarte de mí? —pregunté con una ceja levantada.

Negó, reprimiendo la carcajada.

—No, solo intento coger notas para ver cómo puedo empezar a entrenar a otros.

Lou había decidido que las competiciones para ella habían acabado. Desde que fue a España, supo que esa sería la última. Se convirtió en una de las mejores patinadoras del mundo, y eso le permitió crear su futuro sin dejar Whitehorse. Ahora era entrenadora y estaba emocionada por empezar con su primera alumna.

Patiné con soltura, aunque, si era sincero, nadie podía hacerlo como ella. Porque Lou era parte del hielo; solo ella era capaz de deslumbrar hasta en la máxima oscuridad. Intenté dar un salto y acabé tropezando, cayéndome de culo.

—Como en los viejos tiempos —dijo, estallando en carcajadas.

Patinó hasta mí y me ofreció su mano para ayudarme. Yo, en vez de apoyarme en ella para levantarme, la hice caer sobre mí y la encerré entre mis brazos.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —preguntó sin poder parar de reír.

—Sí, pero loco por ti. Porque cada vez que te oigo reír, aunque sea de mí, mi corazón se llena más y más, como si fuera algo posible.

Me besó con dulzura, y en ese instante, todo a nuestro alrededor se desvaneció, salvo el brillo de las auroras sobre nuestras cabezas.

Nos levantamos y, agarrados de la mano, patinamos como si estuviéramos paseando sobre un espejo infinito. Lou me miraba fijamente, sin perder su sonrisa, y me juré que haría todo lo posible para que no se borrara jamás.

—¿En qué piensas? —preguntó con curiosidad.

—En ti, en nosotros… en que te amo con todo mi corazón.

—¿Sabes qué? —me miró con intensidad, sus ojos reflejando las luces del cielo—. Yo también te amo, y no dejaré de hacerlo nunca.

Las auroras boreales seguían danzando sobre nosotros, un recordatorio de que incluso en las noches más oscuras, siempre hay

un resquicio de luz esperando para guiarnos. Louise era esa luz para mí, el amanecer que nunca dejé de buscar.

Y así, bajo el cielo infinito de Whitehorse, supe que nuestra historia no era solo nuestra. Era parte de algo más grande, algo que perduraría en cada estrella y en cada destello de luz. Porque cuando el amor es verdadero, no importa el frío, las sombras o la distancia: siempre encuentra la manera de brillar.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro es un viaje solitario, pero nunca lo recorremos realmente solos.

A mi mejor amiga, Fanny Ramírez, porque siempre está ahí, porque la adoro y porque no sé qué haría sin ella. A Scarlett Butler, que me ha escuchado divagar sobre esta historia más veces de las que probablemente quisiera, pero nunca dejó de animarme.

A mis ceros, Anabel y Jenny, que han sido un pilar fundamental en esta novela, leyendo, apoyando y dándome ese empujón cuando lo necesitaba.

A mi familia, mi marido y mi hijo, los dos amores de mi vida, por entender mis silencios cuando estoy escribiendo y por estar siempre a mi lado.

A mis lectoras, que me siguen, que esperan mis historias incluso antes de que yo termine de escribirlas. No hay palabras suficientes para agradeceros todo lo que hacéis por mí.

Y, por último, a Iria, quien ha dado vida a esta historia con una portada preciosa. Mil gracias por hacerla tan especial.

Este libro es nuestro.